



CIÓN



WILCO
DE

ASSOCIIS.



BT301

S3

V.2

C.1

230
S





1080042064



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIDA
DE NUESTRO ADORABLE
REDENTOR JESUCRISTO,

RESCRITA EN LATIN POR

EL P. LUDOLFO DE SAJONIA, monge cartujo.

ILUSTRADA CON VARIAS NOTAS

POR JUAN DADREO,

DOCTOR TEÓLOGO EN LA UNIVERSIDAD DE PARÍS.

TRADUCIDA Y AUMENTADA

POR D. ANTONIO ROSELLO Y SUREDA.

presbítero misionero apostólico.



EDICION DE LA CIVILIZACION.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria®

37728

IMPRESO.

IMPRESA DE JUAN R. NAVARRO, EDITOR.

Calle de Chiquis núm. 6.

1852.

53566

Luis Forasté

BIBLIOTECA PÚBLICA
DE NUEVO LEÓN

230 BT 301

53

v. 2

VIDA

DE LA BIBLIOTECA AUTÓNOMA

RENTOR JESUCRISTO



BIBLIOTECA PUBLICA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



CAPITULO PRIMERO.

DE LA ELECCION DE LOS DOCE APÓSTOLES, Y DE LA INSTRUCCION
QUE JESUCRISTO LES DIÓ.

No era seguramente la situación de Jesús en la Judea la mas ventajosa para hacer prosélitos: su humildad y pobreza eran un obstáculo casi insuperable para que los judios creyeran en él, porque ambicionando la gloria que en otro tiempo su nacion habia tenido, deseaban ver en el Mesías que esperaban un rey poderoso y conquistador que en muy poco tiempo los hiciese dueños de aquellos grandes imperios que en otro tiempo los habian esclavizado: por eso no solo le aborrecian, sino que hacian cuanto estaba de su parte para oscurecer sus milagros y debilitar toda la fuerza de su doctrina. El precursor, que habia atraido al desierto multitud de gentes con la predicacion de su nueva doctrina, se hallaba preso y no quedaba mas predicador que Jesús, al que predicando á los pueblos con nuevo y mayor fervor el establecimiento de su Iglesia, que comunmente llamaba el reino de Dios, confirmaba su doctrina con tantos, tan públicos y tan estupendos milagros, que contra su publicidad y evidencia nada podian las inicuas maquinaciones de los ministros de la Sinagoga; y mientras estos mas se esforzaban, en perseguirle, y desacreditarle, mas evidentes eran las demostraciones del Salvador á los pueblos, para persuadirles la necesidad que tenian de recibir el Evangelio que les enseñaba, para gozar de los bienes que los pro-

fetas les habían anunciado; exhortándoles cada vez mas á la penitencia, para que por ella se hiciesen dignos de merecer aquellos, sin dejar empero de echar en cara á los pontífices y magistrados la aberracion con que caminaban, y la iniquidad y perfidia con que procuraban engañar y seducir á los que ya creían en él.

Vosotros, les decía, os llamais hijos y discípulos de Moisés, y rehusais darle crédito habiendo escrito tan claramente de mí. El os anunció un nuevo legislador que saldría de en medio de sus hermanos, cuya voz os convendría escuchar y cuyas lecciones deberiais seguir; ¿por qué, pues, no le creéis, viendo cumplidos sus oráculos en mi persona? En vano, os digo, pues, que yo soy, porque os habeis forjado un Mesías á vuestro antojo, y no viendo en mí lo que en aquel deseais, siempre os obstinareis en no creerme. Pero nada de esto importaba; Jesús era dueño de los corazones de los fieles, y como los atraía con beneficios, y cuando queria hacia hablar á los mudos, lejos de disminuirse el número de sus oyentes y de los ministros de su palabra, se aumentaba cada día mas; y ni la prision del Bautista ni las amenazas de los magistrados les imponía ni arredraba. Suave y eficazmente habia preparado el Señor los ánimos de sus discípulos, y por sinnúmero de creyentes que iban en pos de él y todos estaban dispuestos para oír grandes verdades, pudo decir muy bien á los escribas y fariseos: *Yo soy el Hijo de Dios, igual á mi Padre, y Dios como él*; porque le acreditaban de tal la edificación de su vida, el esplendor de sus milagros, el sucesivo cumplimiento de los oráculos de los profetas, y porque ya confrontando todo esto con las profecías, no se podría dejar de creerlo sin la mas notoria criminalidad.

De todas partes salian en tropel las turbas para oír á tan divino Maestro, despoblándose las ciudades para ir en su seguimiento, y solo aquellos que debían estar los mas bien dispuestos para prestarle fe, porque eran los mas versados en las Escrituras santas, eran los mas rebeldes; y si la Judea toda entera no creyó en él ni se sometió al yugo suavo de la nueva ley que se le anunciaba, fué porque los sacerdotes y doctores formaron una liga espantosa contra Jesucristo, y nunca cesaron de contradecirle ni de perseguirle: convida por lo tanto, atendidas todas las circunstancias, y que los es-

cribas y fariseos habían formado la resolucion de no darse jamás á partido y de apoderarse á la primera ocasion de su persona para perderle; que se multiplicase el número de los obreros evangélicos, para que con la autorizacion é instrucciones del Salvador le ayudasen en la plantacion y cultivo de la nueva viña que debía formar la bella heredad de su Padre.

El Señor, que nunca emprendía grandes obras sin consultarlas antes con aquel por medio de la oracion, salió de la ciudad cerca de la caída del sol, retiróse solo sobre un monte y pasó la noche orando á Dios; sobre lo que dice san Ambrosio [1]: Se te da el modo y la forma de lo que debes hacer. ¿Qué es lo que te conviene hacer para conseguir tu salud eterna, cuando por ti Jesucristo pasa toda la noche en oracion? ¿Qué es lo que te conviene hacer al querer entregarte á algun oficio de piedad, cuando Jesús ora toda la noche y consulta con su Padre antes de elegir sus apóstoles? Y advierte que marchó solo para orar, y cuando ora, siempre está solo; porque los consejos humanos ninguna parte tienen en los consejos de Dios; por esto añade san Bernardo [2]: Que cuando habló del modo con que debía hacerse la oracion, dijo: *Cuando tú orares métete en tu cuarto, y cerrada la puerta ora á tu Padre; y este que penetra, y ve los escondrijos mas secretos, despachará benignamente tus supplicas y oraciones*. El practicó lo que enseñaba. Solo ora toda la noche, no solo escondiéndose de las turbas, sino que no admite en su compañía ni á alguno de sus discípulos ni á alguno de sus domésticos; así tú cuando orar quisieres, lo mismo debes hacer. Levántate tú, pues, dice el Crisóstomo [3], para orar en medio de la noche, porque entonces parece que está mas pura el alma; porque las mismas tinieblas de la noche excitan mas á compuncion, y está como mas desnuda de los afectos de la tierra para volar hasta el cielo. Entonces ante la vista de la imagen pavorosa del silencio del sepulcro, no la molesta la gloria vana, ni la agita ni conmueve la excitacion violenta de las pasiones; ¡ah! no es tan poderosa la accion del fuego para consumir el hollin que lo carcome, como lo

[1] Div. Ambros. cap. VI in Luc.

[2] Div. Bern. in cap. VI Matth.

[3] Div. Crisost. Hom. 42 ad popul. Antiochen.

es la oración de la noche para matar y apartar del corazón de la criatura la oruga del pecado. Las cosas que lastimaron por el día los rayos abrasadores del sol, por la noche se templan y refrigeran; las lágrimas que en la oración derrama por la noche un corazón compungido, son más refrigerantes que todos los rocíos; ellas apagan los ardores de la concupiscencia y cualquiera otro tumor que produzca el fuego de las pasiones. Sécase por el día el corazón que por la noche no se riega con este rocío. Ora por tanto por la noche, y da á conocer que no solo el día, sino también la noche, al alma pertenece. Deja el mundo y ora de noche huyendo á la soledad, y no dudes que en ella te hablará el Señor, y tal vez te hará claras é importantes revelaciones, como las hizo siempre á sus amigos y favorecidos.

Cuando Cristo ora, nos enseña la teoría, y cuando predica y enseña, nos demuestra la práctica de la vida del cristiano, no sea cosa que algo por la enseñanza y cuidado del prójimo que debe tener, se resfríe ó entorpezca en el cuidado de la contemplación, ó que por el continuo ejercicio de esta deje los trabajos de la vida activa que deben fluir en beneficio y favor de aquel. Por esto acostumbra á repetir con frecuencia á sus monges el santo abad del Carnaval [1]: Venid, y subamos al monte del Señor y á la casa del Dios de Jacob, y allí nos enseñará sus caminos, sus intenciones, sus pensamientos, su voluntad, sus afectos, y todo lo que piensa y medita en sus consejos sobre los hijos de los hombres. Venid, subamos al monte del Señor, en el lugar alto desde donde nos observa y mira, y ve todos nuestros cuidados, solicitudes, afanes y penas: desde donde mas de cerca nos oye y se apresta para consolarnos y remediarlos. Subamos, y él nos saldrá al encuentro. ¡Oh! y cuán pronto. Las turbas seguan á Jesús y subian al monte para oírle, y él descendía del monte para hablarles; pero era de día: mas luego que fué de día, y antes de bajar á la llanura, que aunque era un lugar desierto estaba poblada de personas hambrientas de oír la divina palabra, y de enfermos que le habian seguido desde Judea y aun de Jerusalem, pues aun contaba esta ciudad gran número de fieles á quienes no

[1] Div. Bernard. lib. I. Medit.

habia podido pervertir la envidiosa malicia de los fariseos, y otros desde Tiro y Sidonia, y de la costa de los mares, llamó á la altura del monte á cierto número de discípulos [1], los que quiso, los que aunque no todos hubiesen contraído para con su Majestad empeños particulares, no obstante se manifestaban mas adictos á su persona que otros muchos que asimismo le seguian, y les dió á entender que queria distinguirles sobre todos los demás, elevándolos á un mas alto destino.

Doce eran las tribus de Israel, y segun el número de ellas eligió á doce, que ya no habian de ser solamente discípulos suyos, sino que también bajo sus órdenes habian de desempeñar las funciones de coadjutores, ministros y predicadores, y le habian de ayudar á extender la doctrina de su Evangelio. A estos les dió el nombre de apóstoles, esto es, enviados; los revistió de su autoridad y los fortaleció con su poder. No hay duda que hecha la eleccion por Jesucristo, ella sola era una declaración manifiesta de la gracia particular de que estaban adornados, y el número de doce era el complemento de muchos enigmas y figuras que hasta entonces no habian podido comprenderse. Los doce apóstoles estuvieron designados y figurados en los doce patriarcas de la antigua ley, cabezas y padres de las doce tribus [2], porque ellos engendraron espiritualmente todo el pueblo cristiano. Lo estuvieron en las doce fuentes de Helim [3], porque con sus doctrinas regaron el hermoso jardín de la Iglesia que plantaron en todo el universo. En las doce piedras del racional del sumo sacerdote expuestas en oro, y en las que estaban escritos los nombres de la doce tribus [4], porque revestidos del oro purísimo de la caridad, adornaron la Iglesia santa con sus virtudes y ejemplos. Y lo estuvieron en tantas y tan repetidas cosas, que no es posible traerlas á la memoria para exponerlas en este lugar: sobre todo, fueron doce los apóstoles para designar un gran misterio que ya fué prefigurado en el racional del supremo sacerdote. En cuatro órdenes mandó el Señor se colocasen las piedras preciosas que debian adornarle, porque tres veces cuatro son doce; y en el pri-

[1] Marc. cap. III. v. 13.

[2] Genes. cap. 33, vs. 23, 24, 25 et 26.

[3] Exod. cap. 15, v. 27.

[4] Exod. cap. 38, vs. 17, 18, 19 et 20.

mer número se manifestaba el adorable misterio de la Santísima Trinidad, que había de ser anunciado por los doce apóstoles en las cuatro partes del mundo, bautizando todas las gentes en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, según la misión que les había de dar el Maestro divino; por lo que, de la Jerusalem santa, ciudad del Señor que bajó del cielo, está escrito [1]: Que tenía un muro grande y alto con doce puertas, y en las puertas doce ángeles, y nombres esculpidos, que son los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel, tres puertas al Oriente, tres al Norte, tres al Mediodía, y otras tres al Poniente. Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y en ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero. Con cuyas figuras ó alegorías se demostraba que por la predicación de los apóstoles y de sus sucesores, todas las naciones de la tierra han de entrar en el gremio de la Iglesia por la confesión de la santa é indivisa Trinidad.

Nombró, pues, el Señor públicamente á los escogidos para apóstoles, los que fueron *Simon*, por sobrenombre *Pedro*, hijo de Juan; y *Andrés* su hermano; *Diego* y *Juan*, hijos del Zebedeo; *Felipe* y *Bartolomé*, que se cree fué Nathanael. Estos seis hacia ya más tiempo que se habían dedicado al servicio de Jesús; pero principalmente Pedro, Juan y Diego, casi siempre lo habían acompañado desde su primera vocación, por lo que les distinguió constantemente y les dispensó las mayores confianzas. Si de los otros se exceptúa *Mateo* ó *Levi*, hijo de Alpheo, á quien el Salvador había llamado poco antes, convirtiéndole de publicano en apóstol, ninguno de los demás parecía merecerle tanta confianza; sin embargo, fueron asimismo proclamados apóstoles *Tomás* ó *Didymo*, *Diego* ó *Santiago el menor*, hijo de Jacobo; *Simon Cananeo*, á quien los griegos dieron el sobrenombre de Celoso ó Calador, porque era de Caná, que significa celo, y *Judas* el traidor llamado *Isariote*, porque era de Carioth, que fué el que después vendió y entregó su Maestro á los judíos; por cuya razón se escribe siempre su nombre y se pronuncia con horror. Con todo, es de notar que no les comunicó desde luego todos los dones y gracias aliadas al apostolado; solo les concedió

[1] Apocalyp. cap. 21, vs. 12, 13 et 14.

el privilegio de andar mas cerca de su persona; y aunque les honró con el nombre de apóstoles, no les dió todavía ciertos poderes necesarios para llenar este nombre, los que les comunicó después al tiempo de su misión, y cuando les envió á predicar de dos en dos.

Es muy digno de notar que ninguno de los cronistas sagrados deja de poner á Simon Pedro á la cabeza del apostolado, nombrándole siempre el primero entre los apóstoles y discípulos del Salvador, y no falta quien observá que Simon, á quien su Majestad dió el nombre de Pedro, era el primero; esto es, el cabeza y príncipe del colegio apostólico. Santiago ó Diego, y su hermano Juan tambien, se llamaron por el Señor *Boanerges*, esto es, hijos del trueno, porque después de Pedro fueron los mas ardientes y fervorosos en el celo y servicio de su Maestro. Tres de los últimos apóstoles eran conocidos por el parentesco cercano con el Salvador, por ser sobrinos de san José, padre putativo de Cristo, el que tuvo á Cleóphas por hermano, que casó con María, que por esto se llamó *Marta Cleóphas*; y María Salomé que casó con el Zebedeo; y no falta tambien quien dice que tuvo tambien otra hermana cuyo nombre se ignora, que se casó con Galileo, llamado Jacobo, del cual suponen que fueron hijos Judas ó Tadeo, que fué apóstol, y san Simeon, discípulo del Salvador. Sea empero de esto lo que fuere, siempre resulta que Jacobo el menor, Simon y Judas, apóstoles de Jesucristo, eran sus primos hermanos, y en este concepto se les nombra comunmente hermanos de Jesús.

Entre los apóstoles fué elegido Judas Isariote para demostrar que en esta parte se había cumplido tambien la profecía de David cuando dijo: *Un hombre con quien vivía yo en dulce paz, de quien yo me faba, y que comía de mi pan, ha urdido contra mí una gran de traición* [1]; como tambien para evidenciar la inculpabilidad de los buenos cuando en su asociacion y compañía se asocia ó mezcla algun malo. O para manifestar, como dice san Ambrosio [2], cuán grandes, cuán sublimes, cuán incontestables son las verdades que el Señor predica, cuando no se invalidan ni destruyen teniendo por contrario uno de los ministros que habia elegido para anunciarlas

[1] Ps. 40, v. 10.

[2] Div. Ambros. in cap. 6 Luc.

al mundo. Quiso ser abandonado, quiso ser vendido, quiso ser entregado por su apóstol, para que cuando tú lo seas por tu compañero ó amigo, lo lleves con paciencia y no te irrites por haber errado tu juicio y haber perdido el beneficio que le hiciste. Nombra á los apóstoles por sus propios nombres, para que los pseudo ó falsos apóstoles no pensasen ingerir los suyos en la lista de los verdaderos; y conocidos estos por los fieles fuesen excluidos aquellos: y los eligió de humilde nacimiento, rudos y deshonrados á la vista de los hombres, para que se conociera que todo lo grande y admirable que ellos hiciesen, él mismo lo hacia y obraba con ellos.

No faltará quien á vista de esto piense y crea que la carrera del apostolado fué por lo mismo la de los goce y satisfacciones, porque elevados y sostenidos por un hombre de tanto poder como Jesucristo, seguramente dicen que debieron merecer y gozar; pero ¡cuánto se engañan! La carrera del apostolado no fué sino la de los trabajos, la profesion de la pobreza y la escuela del martirio, hasta que pasados los tiempos borrascosos de los primeros siglos y las sangrientas persecuciones de los tiranos, pudieron sus sucesores ejercer de alguna manera su autoridad sin tan manifiesta oposicion de parte de los gobiernos, aunque hayan tenido siempre que luchar con la pertinacia de los herejes, y combatir la necia y obstinada contradiccion de los impíos; por consiguiente, la honrosa distincion que el Maestro divino les dispensó, fué para hacerlos compañeros de sus trabajos; á este efecto les dió poder y autoridad para curar los enfermos, y lanzar los espíritus malignos de los cuerpos que poseian, mandándoles que fuesen á predicar el Evangelio del reino de Dios; pero es preciso advertir que no fué esta aquella misio general que después les dió, porque esta fué particular y muy limitada.

No marcheis, les dijo, á naciones estrañas, ni entrais en sus ciudades. Significábales el Señor la Tiberiades, Cesárea de Philippo, Julia, y algunas otras pobladas de griegos y romanos que se hallaban situadas en los contornos de Cafarnaum y en toda la Galilea, mandándoles expressamente que no visitasen las de los samaritanos, sino que fuesen á buscar las ovejas que se habian perdido de la casa de Israel, porque á estas era muy conveniente ofrecerlas desde luego la luz.

El principal encargo que su Majestad les dió, fué el que predicasen la penitencia, porque se acercaba á ellos el reino de los cielos; esto es, el tiempo en que se iba á establecer el reino del Mesías que habia aparecido ya entre los hombres para fundar su Iglesia, en la que no queriendo entrar los judíos habian de ser abandonados, y los estraños ocuparían el lugar destinado para los hijos; y que para atraerlos empleasen todos los medios que ponía en sus manos para justificar y autorizar su misio, curando á sus enfermos, resucitando á sus muertos, limpiando sus leprosos, y lanzando los demonios que atormentaban sus cuerpos, repartiendo graciosamente estos beneficios, ya que graciosamente se les conferia el poder para obrarlos. Era preciso ser Hijo de Dios para tener un poder tan extenso y conferirlo.

Como el espíritu de pobreza sobresalía de una manera tan grande en Jesucristo, queria que fuese uno de los caracteres distintivos de sus apóstoles, y así les previno que en aquellos viajes que iban á emprender no llevasen oro ni plata, ni especie alguna de moneda en sus bolsillos; ni una alforja, ni provisiones para el camino; ni vestidos dobles, ni aun calzado para mudarse en caso de necesidad; llegando á tal grado su extremado celo por la pobreza, que hasta les previno no llevasen báculo que indicase ser instrumento de su propia defensa, sino solamente un cayado para apoyarse y sostenerse. Tal era tambien la confianza que queria tuviesen en su providencia, para que supiesen que él que los enviaba tendria cuidado de que nada les faltase. Mas á pesar de todo esto no quiso el Señor desconociesen la nobleza y elevacion de su destino, y por esto les dijo: Tan luego como entráreis en alguna ciudad ó pueblo, ó aun que sea un pequeño castillo ó aldea, informaos cuál sea la persona mas digna, y allí hospedaos, quedando en su casa hasta que salgais de la ciudad; que fué lo mismo que si los hubiera dicho: Sabed, que por la entidad de enviados y ministros míos, se os debe la mayor consideracion, y que se honra mucho á sí mismo el que os recibe por huéspedes [1]. Vosotros, empero, saludareis la casa y á los que la habiten cuando entrais, dándoles en mi nombre la paz, esto es,

[1] Math. cap. 10. v. 11.

deseándoles todos los bienes y prosperidades que por su caridad y virtudes sean dignos de merecer. Si lo fuesen, Dios oíría vuestros ruegos, y los llenará de bendiciones; pero si desgraciadamente no lo fuesen, vuestra paz recaerá sobre vosotros, recogeréis las bendiciones de cielo, y con ellas el premio de vuestra caridad; porque es la voluntad de Dios que esta virtud que tanto le agrada, reciba todas las recompensas y misericordias que la ha vinculado.

La ingratitud, que es el carácter distintivo de los hombres, asentaré alguna vez contra vosotros sus tiros, y sucederá, que aunque les llevéis tan felices anuncios, no quieran recibiros ni en sus ciudades ni en sus casas; entonces salid prontamente de ellas y sacudid el polvo de vuestros pies en testimonio de vuestra justa indignación: así les anunciareis la maldición de Dios, y este polvo que arrojareis sobre sus frentes, atestiguará contra ellos en el día de la justicia del Señor, que les anunció el Evangelio y no quisieron oírlo ni sujetarse á él. En verdad os dijo, que la iniquidad de los de Sodoma y Gomorra será mas tolerable á los ojos del Señor en aquel espantoso día, que la ingratitud de aquellos que despreciaron la misericordia y la gracia que les vais á ofrecer.

Parece que estas prevenciónés que hizo Jesús á sus apóstoles para que desempeñasen con dignidad y fruto este primer ensayo de su apostolado, eran mas que suficientes para ello; pero no se contentó su Majestad divina con ellas, puesto que después de su muerte les habia de confiar empresas mas grandes en las que tendrian que arrostrar mayores peligros, y mas terribles y espantosas tribulaciones; y así les añadió: Ved ahí que yo os envío como ovejas en medio de los lobos; esto es, solos, desarmados y sin defensa; os encargo por lo tanto la prudencia de las serpientes y la simplicidad de las palomas: la primera, para que atentos á las astucias de los perseguidores del Evangelio, examinando todas sus acciones y pasos, sepais oportunamente precaveros, manteniéndoos siempre firmes en la fe que vais á anunciarles, evitando como las palomas, los lazos, sin hacer daño alguno á los que os los armaren. Guardaos, repito otra vez, de los hombres, que cuanto mas bien les hagais, tanto mas aumentarán contra vosotros sus desprecios y malos tratamientos. Os entregarán á sus consejos y tribunales, y seréis en

sus sinagogas cruelmente azotados. No queriendo sufrir la predicacion de la doctrina santa que les anuncieis, harán mil esfuerzos para que no habeis; os entregarán á los presidentes y reyes acusándoos en su presencia por el grande odio que tienen á mi persona y doctrina; mas vosotros les dareis entonces testimonio de quién soy. En estos casos debeis hablar llenos de confianza, no dudando al cómo ó lo que habeis de hablar, sino que debeis anunciar con intrepidez las verdades del Evangelio, sin miedo á las persecuciones, dando á conocer á todos que llegó ya el reino de Dios.

No hay duda que la persecucion que sufrieron los apóstoles y los primeros cristianos de parte de los gentiles, fué horrible; pero ello, es por desgracia demasiado cierto, que no fué menos atroz de parte de los judíos. Pedro y Juan fueron entregados con ignominia al tribunal de los ancianos de la nacion; de los príncipes de los sacerdotes, y el mismo Pedro se hallaba ya en vísperas de ser sacrificado para satisfacer las exigencias del judaismo. Santiago lo fué con el mismo objeto y por el propio tirano. Pablo fué azotado hasta cinco veces en los concilios de su nacion, conducido ante Félix y Festo, presidentes de la provincia, y citado ante Agrippa, rey de Judea; y Esteban fué apedreado en un sedicioso tumulto de la Sinagoga; además de otros muchos cuya memoria no nos supieron conservar los historiadores de aquellos tiempos, ó por el miedo de la persecucion, ó porque los archivos ó instrumentos públicos fueron en su mayor parte arrebatados y destruidos por los tiranos. Pero lo que ha podido conservarse es muy bastante para dar á conocer cuán atroz fué la persecucion que tuvieron que sufrir de parte de sus hermanos los judios, cuántos fueron los obstáculos que tuvieron que vencer, cuántos los combates que tuvieron que sufrir, y cuántos los oprobios é insultos que tuvieron que tolerar, para dar cima á los importantes designios que su Maestro les habia confiado. Aunque tambien es innegable que fué muy conveniente les previniera, no fuese cosa, que al ver desencadenarse contra ellos persecucion tan inaudita y bárbara, hubiesen creído que su Majestad los habia abandonado.

Estos sublimes documentos, que convendría continuamente repetir para que no los olvidasen jamás los sucesores de los apóstoles,

y muy particularmente en aquellos tiempos en que la feroz impiedad se desenfrena y desplega todo su furor contra los ministros del Evangelio, no fueron sino como los preludios de otras mayores promesas y mas grandes descubrimientos; y así continuó Jesús diciéndoles: Cuando os viéreis entregados y vendidos, y presentados en los tribunales fuérais interrogados por ellos, no mediteis vuestras respuestas, porque en aquella hora se pondrá en vuestra boca todo lo que habeis de decir. Echad á fuera todos los recelos y cuidados, vuestras razones serán incontestables, brillará en vuestras respuestas el celo, la rectitud de vuestras intenciones y la verdad de vuestra doctrina, porque inspirados de lo alto, no sareis vosotros los que hablareis, sino el Espíritu de vuestro Padre, el Espíritu de la sabiduría y de la verdad, que hablará por vuestra boca.

La experiencia de todos los siglos demostró que no fué vana esa infalible promesa de Jesús. Los tribunales y los tiranos se avergonzaron y confundieron, siempre que la presunción y orgullo de la vana y mundanal filosofía quiso entrar en contestación con todos aquellos á quienes el Espíritu Santo servía de director y Maestro. Consejero de los mártires y su ayuda y fortaleza, hizo discretas las lenguas de los niños, y varonil y esforzada la infancia; aun en el sexo mas tímido y delicado, dando á los defensores de la fe tanta elocuencia para hablar como valor para sufrir. Les avisó tambien que sus propios padres y hermanos se levantarían contra ellos, les harían traición, y los entregarían á los tribunales y magistrados, llegando hasta el exceso de sacrificarlos alguna vez con sus propias manos; siendo la causa principal de este odio tan encarnizado, el ver la valerosa constancia con que anunciarían su santo Nombre, que ellos, poseidos de un furor frenético, habían siempre de abominar. Exhortólos con este motivo á la paciencia, asegurándoles que ninguno se salvaría sino el que perseverara hasta el fin; porque los ataques serían ligeros y obstinados, y que era preciso pelear hasta morir gloriosamente en la demanda.

Todo esto les hubiera podido inducir á creer que el Maestro quería obligarles á que fuesen á buscar directa ó inconsideradamente los peligros y la muerte; y para desterrar de ellos esta equivocacion, les dijo: Cuando fuérais perseguidos en una ciudad, huid á otra. En

verdad os digo, que no habeis acabado de recorrer todas las ciudades de Israel, antes que venga el hijo del hombre. Así, perseguidos, os servirá la misma persecucion de camino ó medio para anunciar á otras ciudades la gracia del Evangelio. Sabed, empero, de que el discípulo no es superior á su Maestro, ni el siervo es de mejor condicion que su Señor; básteles al uno y otro ser tratados como lo fueron el Señor y el Maestro. Y cuando para insultar al padre le llamaron *Beelcebud*, ¿cómo deben esperar ser tratados los hijos y los domésticos? Todo lo que fué lo mismo que decirles: Fijad en mí vuestra vista, reparad bien cuántos insultos y cuánto género de ultrajes no he tenido yo que sufrir y padecer aun de parto de aquellos á quienes he venido á sanar. Pero nada os espante; tened buen ánimo; ahora vivís ignorados y desconocidos; pero vendrá día en que sabrán los que ahora os persiguen y desprecian, que vosotros érais los destinados para publicar y anunciar las verdades que yo os habia enseñado, pues nada hay tan encubierto que no haya de descubrirse, ni nada tan secreto que no haya de saberse. Ahora os hablo como en tinieblas porque estamos solos, y tal vez se os figura que os hablo como al oído, y que esta no es mas que una confianza de amigo á amigo; pero no es así: yo os autorizo y mando que anunciéis á la luz del medio día, y á todo el mundo, cuanto á solas os he dicho; y que publiqueis aun por encima de los techos de las casas, todo lo que se os figura que os he dicho al oído; pues día ha de venir después de mi muerte, en que así lo anunciareis con toda claridad. ¡Grande y honrosa promesa! Encubierta, empero, con el espantoso velo de otras mil amarguras, para cuyo sufrimiento se necesitaban auxilios muy eficaces de la gracia del Señor.

Cuánta era ya entonces la fe de los apóstoles, cuánta la confianza que tenían en su divino Maestro, y cuánto el deseo de padecer por él, se ve claro en esta importante instruccion. Nada de lo que hasta aquí les habia dicho bastó para arredrarles; y como para probar mejor su fidelidad y asegurarla mas y mas, les añadió: Hallareis en el mundo hombres furiosos y desalmados, que no contentos con martirizaros de muchas maneras, se empeñarán después en quitaros la vida; pero no temáis, ni á ellos, ni á los tormentos, ni á la muerte: su poder no alcanza al alma, martirizarán y matarán el

cuerpo, pero la salvacion ó tormentos eternos del alma pertenecen exclusivamente á Dios: á él solo, pues, es á quien habeis de temer; á él solo, que puede precipitaros ó salvaros del abismo. Los hombres nada pueden, pues ni aun la vida del cuerpo está abandonada á su discrecion. Todos están en las manos de Dios, y viven bajo la direccion de su Providencia siempre vigilante y amorosa para con los que le aman y temen; y nada puede suceder sin su orden ó permiso. Contemplad los tiernos pajarillos, aun aquellos que os parecen mas despreciables por el infimo precio á que se venden; ninguno de ellos cae sobre la tierra sin que no lo entienda y sepa vues. Padre celestial. ¿Y cuánta diferencia hay de vosotros á ellos? Dios es su criador, pero no es su Padre, lo es vuestro, y quiere que le llameis con este nombre; y vosotros sois mucho mas estimables á su vista, que infinitas avecillas de aquellas; él tiene contados todos los cabellos de vuestra cabeza, y sin su voluntad no os faltará ni uno solo.

Este cuidado sumo que vuestro Padre tiene de vosotros, os empeña á cumplir fielmente los deseos de su voluntad; estos son de que sea conocido de todas las gentes y que me conozcan á mi que soy su enviado. Yo reconoceré por discípulo mio á todo aquel que hiciere profesion de reconocermé delante de los hombres por Hijo y enviado de Dios; y al que delante de ellos me desconozca y niegue, tambien le desconoceré yo delante de mi Padre. No imagineis que yo he venido á traer la paz á la tierra; esto es, aquella paz que ama el mundo, porque se funda en el goce de los bienes del mundo y de los placeres de la sensualidad. No; porque aunque mi reinado es el de la paz, pues he venido para reunir los judíos y los gentiles, y á llamar todas las naciones bajo el imperio y cetro suyo de mi ley; con todo, la publicacion de mi Evangelio será una verdadera declaracion de guerra: por él se separarán el hijo del padre, la hija de la madre y la nuera de su suegra; en todo aquello en que la union y la amistad sean contrarias á los preceptos de mi nueva ley y á los intereses de mi reino. El fiel no podrá vivir con el incrédulo, y el sectario de Moisés tampoco podrá amalgamarse con el que milita bajo las banderas de Cristo. Mi Evangelio será una espada de dos filos que penetrará hasta el espíritu, y cortará con admirable dulzu-

ra todo aquello que pueda inficionarle, perderle ó corromperle; y en una misma casa habrá sangrientos combates, porque mi religion y mi ley tendrán por implacables enemigos todos los que á ella se opongan aunque sean de una misma familia: así que, si el hijo ó la hija amasen á su padre ó á su madre mas que á mí, ó los padres y madres, amasen á sus hijos mas que á mí, ninguno de ellos será digno de mi persona; esto es, ninguno de ellos merecerá mi cariño, obtendrá mis bendiciones ni entrará á reinar conmigo en el reino de mi Padre. Yo quiero que de tal manera vivan, que nunca atropellen ni desprecien mi ley; que sean fieles observadores de ella y de los preceptos de mi doctrina, y que por observar aquella y no quebrantar estos, desprecien sus intereses y todas sus conveniencias temporales, rompiendo para ello en caso necesario todos los vínculos de la carne y de la sangre.

Pero no son estas solas las grandes obligaciones que han de pesar sobre todos aquellos que hayan de ser mis discípulos y seguidores. Nadie puede vivir en el mundo sin grandes padecimientos y molestias: esta es una cruz que á muchos parecerá muy pesada; y sin embargo, el que no abraza su cruz y no la lleve con paciencia y amor, no será de los míos, no entrará en mi reino, no será digno de mí; seguirme han los que me amen, confesando mi nombre y siguiendo mi doctrina, aunque sea preciso exponer para ello su vida y perderla; porque perderla por mí y conservar á este precio la fe que vine á traer á la tierra, es salvar su alma y asegurar una vida que no tendrá fin. ¡Ah! No sois vosotros capaces todavía de comprender las dulzuras y goces que yo tengo preparados á todos aquellos que me sirven y aman. Nada hay en la tierra que pueda compararse con ellas: mi espíritu es mas dulce que la miel, y la posesion de mi reino mas sabrosa y exquisita que todos los panales.

Su Majestad habia penetrado bien el fondo del corazon de sus apóstoles, y creyó por lo mismo muy oportuno referirles tambien, aunque muy á la ligera, los premios que en el mundo les tenia destinados, y la liberalidad con que asimismo remuneraría los que les favoreciesen en sus necesidades, y les ayudasen en sus penalidades y trabajos. No desmayeis, les dijo, discípulos míos; el que fuese tan caritativo y generoso que os reciba en su casa cuando váyais á

predicarles el Evangelio de mi reino, llevando á los pueblos la luz hermosa de la fe con que yo quiero sean iluminados, será mirado por mí como si á mí mismo me recibiese; y ya sabéis que el que me recibe á mí, á mi Padre recibe, que es el que me envió al mundo. Es Omnipotente é infinitamente rico, y derramará con profusión sobre él sus carismas y consuelos: no dejará sin recompensa abundante las caritativas mercedes que se hagan al profeta y al justo que yo envíe: no lo dudeis, la paga será igual. Tanto merecerá el predicador de mi Evangelio ó anunciador de mi doctrina, como aquel que en su casa le hospedare y tratare con caridad; y tanto galardón y premio recibirá el que honrarse y obsequiase al justo y amigo de Dios, cuanto será el que recibiese al mismo. En fin, ya veis cuán poca cosa es dar en mi nombre ó por mi amor un vaso de agua fresca al que está sediento, ó á cualquiera de los pequeñuelos que en mí creen, y hacerlo porque es uno de mis discípulos; pues yo os aseguro que esto será á mis ojos un acto heroico, que lo será á los de mi Padre celestial, y que el que esto hiciere no perderá su premio.

Así terminó el Salvador esta instrucción importantísima á sus apóstoles y discípulos al tiempo de enviarles á su primera misión, sobre la que haremos después algunas observaciones.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, que por tu inestimable misericordia veniste al mundo para apartar los pecadores del camino del error, y conducirlos por el de la penitencia, dignándote al mismo tiempo, elegir muchos de estos para tus secretarios y discípulos especiales; aparta, Dios misericordioso, del camino de la perdición á este miserable pecador que camina errado; abraza al que á ti vuelve; conforta al que está enfermo; instruye al ignorante; y aunque sea indigno, admíteme en la compañía de tus discípulos, apartándome totalmente del deseo de las cosas terrenas, y elevando mi entendimiento y corazón á la contemplación de las celestiales, para que oyendo y entendiendo tus palabras, cumpla fielmente tus preceptos. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo está contenida en el décimo del Evangelio de san Mateo, desde el versículo 1.º hasta el 42. La contestan san Marcos, capítulo III, desde el versículo 13 al 19; y capítulo VI, desde el 7 al 11. Y san Lucas, capítulo VI, versículo 13 al 16; capítulo IX, versículo desde 1 al 6, y capítulo X, versículo desde el 1 al 21, todos inclusive.

La Iglesia usa de estos Evangelios en las misas y dias siguientes:

En la misa *In virtute* del comun de un mártir no pontífice, usa del de san Mateo, desde el versículo 34 al 42.

En la misa *Lactabitur* del mismo comun, usa desde el versículo 26 al 32, y este mismo lo usa en el día de san Policarpo, á 26 de enero.

En el de san Atanasio á 2 de mayo, y en el de san Calixto papa y mártir el 14 de octubre, usa desde el versículo 23 al 28.

En el de san Bernabé apóstol á 11 de junio, y en el de la Comemoración de san Pablo á 30 del mismo; usa desde el versículo 16 al 22, del mismo capítulo X de san Mateo, todos inclusive.

En el de san Marcos Evangelista á 25 de abril; en de san Vicente de Paul fundador, á 19 de julio, y en el de san Ignacio de Loyola, también fundador, á 31 del mismo, usa del capítulo X de san Lucas, desde el versículo 1 al 11.

Y en el de san Bartolomé apóstol á 24 de agosto; y en el de san Lucas Evangelista á 18 de octubre, usa del capítulo VI del propio san Lucas, desde el versículo 1 al 19, todos inclusive.

NOTA. Como la historia que se ha descrito en el capítulo que antecede es del Evangelista san Mateo, se pone solo su contenido y se dejan los demás.

EVANGELIO DE SAN MATEO.

Cap. X, desde el versículo 1 al 42.

1. En aquel tiempo, habiendo convocado Jesús á sus doce discípulos, les dió potestad para lanzar los espíritus inmundos, y curar toda especie de dolencias y enfermedades.

2. Los nombres de los doce apóstoles son estos: El primero Simon, por sobrenombre Pedro, y Andrés su hermano.
3. Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan su hermano, Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo el publicano, Santiago, hijo de Alpheo, y Tadeo.
4. Simon el Cananeo y Judas Iscariote, el mismo que le vendió.
5. A estos doce envió Jesús dándoles las siguientes instrucciones: No váyais á tierra de gentiles, ni tampoco entreis en poblaciones de samaritanos.
6. Sinó id mas bien en busca de las ovejas perdidas de la casa de Israel.
7. Id y predicad, diciendo que se acerca el reino de los cielos.
8. Curad enfermos, resuscitad muertos, limpiad leprosos, lanzad demonios; dad graciosamente lo que graciosamente habeis recibido.
9. No llevéis oro, ni plata, ni dinero alguno en vuestros bolsillos.
10. Ni alforja para el viaje, ni mas de una túnica ó un calzado, ni tampoco palo; porque el que trabaja merece que le sustenten.
11. En cualquiera ciudad ó aldea que entráreis, informaos quién hay en ella que sea digno de alojaros, y permaneced en su casa hasta vuestra partida.
12. Al entrar en la casa, sea vuestra salutación: La paz sea en esta casa.
13. Y si en verdad la casa la merece, vendrá vuestra paz á ella; mas si no la merece, vuestra paz se volverá con vosotros.
14. Si alguno no quiere recibirlos ni escuchar vuestras palabras, saliendo fuera de la tal casa ó ciudad, sacudid el polvo de vuestros piés.
15. En verdad os digo que Sodoma y Gomorra serán tratadas con menos rigor en el día del juicio que no la tal ciudad.
16. Mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos. Por tanto, habeis de ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas.
17. Guardaos, empero, de los hombres. Pues os delatarán á los tribunales y os azotarán en sus sinagogas.
18. Y por mi causa sereis conducidos ante los gobernadores y los reyes, para dar testimonio de mí á ellos y á las naciones.

19. Pero cuando os hicieren comparecer, no os dé cuidado el cómo ó lo que habeis de hablar, porque se os suministrará en aquella misma hora lo que háyais de decir.
20. Porque no sois vosotros los que entonces habláis, sino el Espíritu de nuestro Padre, el cual habla por vosotros.
21. Entonces un hermano entregará á su hermano á la muerte, y el padre al hijo, y los hijos se levantarán contra los padres, y los harán morir.
22. Y vosotros vendreis á ser odiados de todos por causa de mi nombre; pero el que perseverare hasta el fin, este se salvará.
23. Cuando empero os persigan en una ciudad, huid á la otra. En verdad os digo que no acabareis de recorrer las ciudades de Israel, antes que venga el Hijo del hombre.
24. No es el discípulo mas que su maestro, ni el siervo mas que su amo.
25. Baste al discípulo el ser como su maestro, y al criado como su amo. Si al padre de familias le han llamado Boelcebud, cuánto mas á sus domésticos?
26. Mas no por eso les tengais miedo, porque nada está encubierto que no se haya de descubrir, ni oculto que no se haya de saber.
27. Lo que os digo de noche, decidlo á la luz del día; y lo que os digo al oído, predicadlo desde los terrados.
28. Nada temais á los que matan el cuerpo y no pueden matar al alma; temed antes al que puede arrojar alma y cuerpo en el infierno.
29. ¿No es así que dos pájaros se venden por un cuarto, y no obstante, ni uno de ellos caerá en tierra sin que lo disponga vuestro Padre?
30. Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados.
31. No teméis, pues, que temer; valeis vosotros mas que muchos pájaros.
32. Todo aquel, pues, que me reconociere y confesare delante de los hombres, yo tambien le reconoceré y confesaré delante de mi Padre que está en los cielos.
33. Mas á quien me negare delante de los hombres, yo tambien le negaré delante de mi Padre que está en los cielos.

34. No penseis que yo haya venido á traer la paz á la tierra: no he venido á traer la paz, sino la guerra.

35. Pues he venido á separar al hijo de su padre, y á la hija de su madre, y á la nuera de su suegra.

36. Y los enemigos del hombre serán las personas de su misma casa.

37. Quien ama al padre ó á la madre mas que á mí, no es digno de que yo le ame; y quien ama al hijo ó á la hija mas que á mí, tampoco merece ser mio.

38. Y quien no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí.

39. Quien á costa de su alma conserva su vida, la perderá; y quien perdiere su vida por amor mio, la volverá á hallar.

40. Quien á vosotros recibe, á mí me recibe; y quien á mí me recibe, recibe á Aquel que me ha enviado á mí.

41. El que hospeda á un profeta en atención á que es profeta, recibirá premio de profeta; y el que hospeda á un justo en atención á que es justo, tendrá galardón de justo.

42. Y cualquiera que diere de beber á uno de estos pequeñuelos un vaso de agua fresca solamente por razón de ser discípulo mio, os digo en verdad que no perderá su recompensa [1].

OBSERVACIONES.

Si la insidiosa crítica y maligna rechifla de los impíos fuese capaz de avergonzarse, comprendiendo como no pueden menoscabar comprender lo que son las verdades del Evangelio, se confundirían para siempre viendo tan completamente refutadas las calumniosas imputaciones con que pretenden desnaturalizar y aun destruir el espíritu de tolerancia, de mansedumbre y de paz que en el precedente capítulo tanto recomienda el Salvador á sus apóstoles y discípulos. Para extendernos algo mas en este importante asunto, omitiremos á beneficio de la brevedad la investigación de si inmediatamente después de esta vocación y misión de los doce apóstoles, que tam-

[1] Se han puesto los números en los versículos de este Evangelio, para evitar la multiplicación de notas en la separación de los Evangelios de las festividades.

bien refiere san Lucas en su capítulo nono, sucedió la designación de los setenta y dos discípulos que asimismo envió á todas las ciudades y lugares, donde pasado algun tiempo pensaba ir, ó si tardó algun tiempo mas en realizarla, puesto que las palabras *Post hæc* con las que el propio Evangelio encabeza su capítulo décimo, se refieren á los sucesos que expresa acontecieron después de la vocación y misión de aquellos. Lo que hay de cierto es que ningun Evangelista marca la época y circunstancias en que esta última se verificó, aunque sean las mismas las instrucciones que se dieron á los unos y á los otros.

Tampoco examinaremos si los discípulos enviados fueron setenta, como se lee en el texto griego y en las versiones siríaca, arábiga y etiópica, ó si fueron setenta y dos, como dicen la pérsica y la vulgata. Los católicos deben atenerse á esta última, porque es la recibida por la Iglesia.

Las instrucciones dadas por Jesucristo á sus apóstoles y discípulos, son de la mas alta importancia, aun miradas bajo el aspecto político, que era el punto de vista por donde las contemplaban los soberbios hijos de Judá. Esperaban un Mesías dominador de todo el universo por la fuerza de su espada; pero como se les presentó pacífico y humilde, no quisieron reconocerle, y fueron los primeros que, segun su modo de comprender, hallaron en su doctrina repugnantes contradicciones. Pero si al fin se domina, ¿cuánto mas útil y ventajoso es para las naciones dominar y ser dominados con la dulzura y la paz, con la mansedumbre y caridad, con la fraternidad y el órden, con la concordia y levámen mutuo de las miserias y penalidades de la vida, que no con la disension y el desórden, con la intolerancia y la crueldad, con la desesperacion y el furor, con la desolacion y el espanto, con la guerra y la muerte? Del modo primero vino el Salvador para dominar al mundo, y este consintió ser dominado, porque conoció cuánto mas ventajoso le era sujetarse á la ley del amor que al imperio de la fuerza, siempre tiránica y opresora. Del modo segundo dominaron todos los tiranos enemigos de la religion del Crucificado; pero como su imperio era el del terror, no pudo echar las raíces necesarias para sostenerse. El amor hace hijos, la tiranía esclavos; por esto la dominacion del Mesías, que

era de amor y de paz, se extendió por todo el universo, y á despecho y pesar del infierno dura y durará hasta la consumacion de los siglos; pero la de los tiranos, que era de esclavitud y muerte, desapareció con ellos, y aun ella misma le hizo descender de un trono que manchaban frecuentemente con la sangre de la inocencia y la virtud. Las naciones todas prosperaron bajo la dominacion del Evangelio, los judíos perecieron bajo la de los romanos, y las águilas del imperio se ahogaron con la sangre de los mártires, y no pudieron llevar el cetro imperial al seno de Júpiter para que lo salvase.

El Salvador del mundo llevó los designios de su caridad y amor mucho mas allá de lo que los hombres podían presumir ni esperar: mandó como un precepto, el mas grandioso de su ley, el perdón de los enemigos, y lo confirmó con su ejemplo regando con su sangre desde el árbol de la cruz la preciosa semilla de todas las virtudes sociales, que durante la predicacion del Evangelio había sembrado con profusión.

Los apóstoles de la impiedad no se atrevieron á negar los ejemplos de modestia, de dulzura, de paciencia, de mansedumbre, de tolerancia y amor con que Jesucristo esmaltó su vida y confirmó su predicacion, puesto que ninguno de los escritores contemporáneos lo ha desmentido, y á ninguno de los antiguos rabinos le ha ocurrido siquiera la idea de dudarlo; antes bien muchos de ellos lo han confirmado, esclareciendo con muy notables explicaciones las misteriosas alegorías con que los profetas anunciaron el reinado pacífico del Salvador. En dos sentidos había dicho David [1]: Con nosotros está el Señor de la fortaleza: el Dios de Jacob es nuestro defensor. Venid y ved las obras del Señor y los prodigios que ha obrado sobre la tierra: ha alejado la guerra hasta el fin del mundo. Romperá los arcos, hará pedazos las armas y entregará al fuego los escudos.— Reciban del cielo los montes la paz para el pueblo y los collados la justicia.— Florecerá en sus días la justicia y la abundancia de la paz, hasta que deje de existir la luna. Y dominará de un mar á otro, y desde el río hasta las extremidades de la tierra [2]. Dios es conocido en la Judea; en Israel es grande su nombre. Fijó su ha-

[1] Ps. 46, vs. 8, 9 et 10.

[2] Ps. 71, vs. 3 et 7.

bitacion en la paz; y su morada en Sion. Allí rompió las saetas y los arcos, los escudos y las espadas, y puso fin á la guerra [1]. Oíré todo aquello que me hablará el Señor Dios; pues él anunciará la paz á los pueblos, y á sus santos, y á los que se convierten de corazon [2]. Anunciando con esta claridad la paz de la Iglesia, en cuyo seno había de vivir el nuevo pueblo de Dios cristiano y pacífico, formado por la fe que se había de detramar en sus corazones por el Espíritu Santo, y la paz que había de traer Jesucristo al mundo todo, reconciliándolo con la justicia del Padre por medio de su muerte, rompiendo todas las armas con que el infierno lo dominaba y esclavizaba.

Con no menos claridad había tambien anunciado Isaías el carácter manso y pacífico del Salvador, y la paz que habían de gozar los pueblos que se sometiesen á su ley. El Señor dijo, el juez supremo de todas las gentes, y convencerá de error á muchos pueblos, los cuales de sus espadas formarán rejas de arado, y hoces de sus lanzas; entonces no desenvainará la espada un pueblo contra otro, ni se enseñarán mas en el arte de la guerra [3]. Ha nacido un parvulillo para nosotros y se nos ha dado un hijo, el cual lleva sobre sus hombros su principado ó la divisa de su reino, y tendrá por nombre el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de la paz. Se extenderá su imperio, y su paz no tendrá fin [4]. Reposará sobre él el Espíritu del Señor. . . . El no juzgará por lo que aparece exteriormente á la vista, ni condenará solo por lo que se oye decir, sino que juzgará á los pobres con justicia y tomará con rectitud la defensa de los humildes de la tierra. . . . Habitará el lobo juntamente con el cordero, y el tigre estará echado junto al cabrito, el becerro, el leon y la oveja andarán juntos, y un niño pequeño será su pastor. El becerro y el oso irán á los mismos pastos, y sus crias se echarán en un mismo sitio; y el leon comerá paja con el buey, y el niño que aun mama estará jugando en el agujero de un áspid, y el recién destetado meterá la ma-

[1] Ps. 75, vs. 1, 2 et 3.

[2] Ps. 84, v. 9.

[3] Isaias, cap. 2, v. 4.

[4] Idem cap. 9, vs. 8 et 7.

no en la madriguera del basilisco. Ellos no dañarán ni matarán en todo mi monte santo; porque el conocimiento del Señor llenará la tierra como el agua llena el mar [1]. Y en los Hechos de los apóstoles se dice: Dios hizo entender sus designios á los hijos de Israel, anunciándoles la paz por Jesucristo, que es el Señor de todos [2].

Esta última cita de los Hechos apostólicos no hay duda que esclarece todas las anteriores, porque aunque las de Isaías anuncian una paz tan general que parece ha de alcanzar no solo á los hombres y á los niños, sino también á las fieras, los enemigos implacables de Jesús, que dicen que esto nunca ha sucedido, toman de ahí pié para negar, no tan solamente su doctrina, sino también su venida al mundo; y los mas antiguos rabinos, citados por el antiquísimo y erudito *Mossé ben Maimon* [3], á quien siguen los no menos insig-
David Rumi, *Samuel*, y el *Thalmud en su código sabbatico* se burlan de las ineptias en que incurren los judíos y judaizantes (como ellos dicen), que tomando al pié de la letra ó en el sentido material las palabras de Isaías, creían ver pasar sobre la tierra en el nacimiento de Cristo y durante su reinado en el mundo, esas manadas de lobos y corderos, de tigres y cabritos, de becerros y leones que el profeta describe; sin advertir que todo esto no es mas que una hermosa alegoría, con la que quiso dar á conocer la envidiable paz que habia de gozar el pueblo de Israel representado en la mansedumbre del cordero, de la oveja y del becerro, y el camino de la humildad y sumisión en que habian de entrar las gentes feroces tan luego como las iluminase la luz de la verdad que se esparciria por todo el mundo con la predicacion de la nueva doctrina que el nuevo y eterno Legislador habia de enseñar á los hombres, y que el lobo, el tigre, el oso y el leon, designaban los ídolos y dioses vanos que tenian atemorizados los hombres con los sacrificios de sangre humana que de ellos exigian, los que habian de destruirse á la vista del Dios verdadero que venia para libertar á todos del poder y la servidumbre del demonio.

[1] Idem, cap. 11, vs. a 2 ad 9.

[2] Actor, cap. 10, v. 36.

[3] Rab. Mos. ben Ma. "in Jsdim. Ghazacuh," lib. 4.º, part. 4.º

Para explicar mas estos mismos pasajes de la Escritura, acuden á otros no menos misteriosos y alegóricos que los primeros, y añaden: "También se lee en las Escrituras que en los últimos días el monte en que se erigirá la casa del Señor, tendrá sus cimientos sobre la cumbre de todos los montes y se elevará sobre sus collados [1].", "Que todo monte alto y de todo collado elevado correrán arroyos fértiles de aguas [2]; y cómo ha de ser esto posible, continúan, "cuando el mismo profeta asegura que todo valle ha de ser exaltado, esto es, *alzado*, y todo monte y cerro aplanado, y los caminos torcidos se harán rectos, y los ásperos se tornarán llanos [3]"; Nadie puede conciliar el significado de estas Escrituras si atiende solamente á su significacion literal; es preciso, pues, buscar su sentido misterioso y espiritual para comprenderlas y explicarlas; por lo que dijo Tertuliano [4]. Otros sentidos hay misteriosos en las Escrituras, que siendo figurados, alegóricos, enigmáticos, ó siendo lo que se dice, verdaderas parábolas, deben entenderse de otra manera de lo que están escritas; y así cuando leemos que los montes han de destilar dulzura, no hemos de comprender que los panales han de salir de las piedras, que los rios de miel han de manar de las peñas, y que su propia dureza ha de producir natas y cuajadas de la dulce leche que destilen: no, porque esto da precisamente á conocer la dulce tranquilidad, la calma y la paz en que rebosa la alma, sobre la que viene á descansar el espíritu del Señor. Esta explicacion la confirmó con la autoridad y doctrina del Apóstol, que para explicar el derecho que tenian de ser alimentados por el pueblo los que les anuncian la palabra de Dios, citó á los de Corinto la ley que prohibia se atase la boca al buey que trillaba las mieses [5], y para enseñarles las gracias que se nos comunican por Jesucristo, les habló de los raudales de agua que salieron de la peña dura del Oreb, que seguian en todas direcciones al pueblo cuando caminaba por el desierto: asimismo para explicarles los dos Testamentos, les habló de los hijos de Abraham, y de la union del varon y la mujer en el

[1] Isaías, cap. 2, v. 2, et Michá, cap. 4, v. 1.

[2] Isaías, cap. 30, v. 25.

[3] Idem, cap. 40, v. 4.

[4] Lib. 3, contra Marc. cap. 5.

[5] Deut. cap. 25, v. 4.

principio del mundo, para darles á entender la union de Cristo con su Iglesia, cuyo reino es espiritual. Asi pues, aquella paz prometida y dada por Salvador, es la paz de la conciencia, la paz alcanzada por Jesús entre Dios y los hombres; sobre lo que el rabino Judas en el libro que intituló de la Eternidad de Israel, afirmó: Que todas las cosas se habian escrito del Mesias por los antiguos profetas y á él decian referencia, todas eran espirituales y celestes.

Acosada empero la impiedad, y confundida en todas direcciones aun por los mismos rabinos, como se dijo antes y se acaba de demostrar, no cesan todavía los malvados, sino que mas obstinados cada vez, acuden á nuevas cavilidades, presentando como un hecho demostrado, que Jesucristo se propuso dominar y vivir á costa de sus prosélitos, esclavizar á todo el mundo y hacer á sus apóstoles y á sus sucesores otros tantos instrumentos de su politica, como si el dominador eterno de todo el universo necesitase otros agentes que los deseos de su propia voluntad para verificar la conquista universal de todo el mundo, y la de millares de mundos si los hubiese, y obtener, como indisputablemente obtiene, el dominio en el cielo y en la tierra, siendo así que al lado de su omnipotencia y poder brillan en competencia la humildad más profunda, la mansedumbre mas heroica, la abnegacion mas admirable y la obediencia mas asombrosa á la voluntad de su Padre; virtudes todas que quiso fuesen tambien como el carácter distintivo de sus apóstoles. En mil ocasiones predijo lo afrentoso de su muerte y se entregó voluntariamente á ella. Confesó que la conversion del mundo no seria obra exclusivamente suya, sino del Espíritu Santo que el Padre enviaria en su nombre, y prohibió altamente á sus apóstoles y discípulos el espíritu de dominacion, de orgullo, de interés, de intriga y de ambicion, exigiendo de ellos una total abdicacion y renuncia de los bienes de la tierra, sin prometerles por esto otra recompensa en este mundo mas que trabajos, persecuciones y odio público. Y por ventura al través de la horrenda persecucion que mas de medio siglo ha sufren la Iglesia y sus ministros, ¿no han acreditado ser mas bien los herederos del espíritu apostólico y de su infatigable celo, que no estar poseidos del de ambicion y avaricia de que tan calumniosamente se les acusa? ¿Por ventura el haber obtenido el dominio,

la posesion y el usufructo de ciertos bienes en la tierra, pudo merecerles estas abominables notas? Remontémonos hasta el principio del mundo, y hallaremos que si los soberanos de la tierra recibieron de Dios el derecho de proteccion sobre todos los bienes de sus súbditos, ó el dominio eminente, como llaman algunos, Dios no pudo enajenar jamás el dominio soberano que tiene sobre la tierra en calidad de Criador, y este dominio supremo lo posea desde la eternidad, y lo poseerá eternamente á pesar de cuantas resistencias pueda ó quiera oponerle la lamentable ceguedad del espíritu humano.

En uso de este dominio reservó para sí un árbol en el principio del mundo, é impuso la pena de muerte y condenacion eterna al que se atreviese á comer una sola de sus frutas; poco tiempo después reservó para sí las primicias de todos los frutos y ganados, y en la ley escrita lo consignó en sus leyes, exigió el tributo de los diezmos, y mandó se reservasen cuarenta y ocho ciudades para sus sacerdotes; y como él de nada necesita, lo reservó para su culto, para sus sacrificios, para sus templos, para sus altares, y para el honor exterior que como á autor y dispensador supremo de justicia le es debido. Lo exigió y reservó para sus sacerdotes y ministros, para sus tribunales, y para todos aquellos que hacen observar sus leyes, sin que la posesion de todos estos bienes fuese incompatible, ni enervase ó debilitase en manera alguna la potestad de distribuir los bienes espirituales que reciben de Dios.

Es el hombre en todas partes un ser mortal: así lo han confesado los mas enverecundos impios, y no lo niegan ni el patriarca de Feneq ni el hombre de la montaña, Walter y Russó; por consiguiente, esta confesion demuestra que en todos tiempos y en todos los países siempre tuvo necesidad de sacerdotes que le hablasen en nombre y de parte de un Señor mas alto y poderoso que todos los señores de la tierra; de un Señor infinitamente sabio, que todo lo ve, todo lo puede, y de quien todo depende; para que domesticada su fiereza por la razon y sujetada con el freno de la moral, domase las pasiones feroces, la inmoralidad y el libertinaje, por amor á Dios, en bien de sí mismo, en obsequio de sus semejantes, y para conseguir el premio de la inmortalidad. Solo así se le hizo conocer la dependencia que tiene del Criador, el dominio supremo de este sobre to-

das las cosas de la tierra, sobre todos los hombres y sobre los soberanos mismos que de él reciben tambien su mision y gobiernan en su nombre los pueblos y naciones de la tierra. Solo así pudo persuadir al hombre la obligacion de obedecer la potestad civil y el derecho que ésta tiene de regirle y gobernarlo, y de echar contribuciones é impuestos sobre los bienes y frutos de la tierra que posee, sin que sea permitido á aquel apelar á su razon ó á su fuerza particular para oponerse á las órdenes ó mandatos de aquella. Y solo así se persuade y convence con facilidad que Dios pudo destinar para su culto y para sus ministros todo aquello que le pareció justo, decoroso y conveniente, sin que por su posesion y uso tengan los hombres facultad de acusarlos de ambiciosos ó avaros. Sirven al santuario y al pueblo, y del santuario y el pueblo deben vivir: el derecho natural y el positivo así lo exigen, y el decoro de los reyes y de las naciones está interesado en ello, y el ministro del altar tiene una accion al premio de su trabajo, y un derecho de optar á una subsistencia decorosa, independiente y segura, como se la señaló Dios en uso de su suprema é independiente autoridad: todos los pueblos indistintamente, fieles, paganos, idólatras y salvajes, han reconocido esta importante doctrina y pagado por consiguiente los tributos al sacerdocio, con tanto gusto como á los soberanos; porque la ley de Dios es la base de los imperios; y como sin el sacerdocio no se asegura la observancia de aquella, tampoco sin él están seguros aquellos, y sin él es absolutamente imposible que sean felices los pueblos.

¡A qué cúmulo tan inmenso de reflexiones nos conducirian estas ideas si los estrechos límites de unas observaciones permitiesen extendernos sobre ellas! Al bien de las naciones y de los gobiernos interesa mas que á nadie que los encargados de enseñar la moral, de catequizar la niñez, de instruir al pueblo, de consolar los afligidos y mantener la paz en las familias, no sean unos hombres extirpatorios cuyas suertes dependa del extirpamiento que se le señala, por los azares y vicisitudes á que en mil ocasiones los gobiernos mismos se ven expuestos; por consiguiente, es preciso colocar y mantener al sacerdocio en el estado que corresponde á la elevacion de su ministerio. Si el gobierno de una nacion llegase á carecer de fondos para mantenerse, la nacion caeria en la mas espantosa anarquía, y si el

sacerdocio careciese de ellos, la inmoralidad mas abominable se apoderaría de todos los espíritus, y todo se hundiría después por su propio peso. Estos desastres quiso precaver la sabiduría infinita, dando á sus apóstoles al tiempo de enviarlos un poder tan amplio y una autoridad tan elevada como le concedió, enviándoles á predicar la paz y la guerra. Paz y bendicion eterna á los que los recibiesen; anatema y maldicion á los que les negasen el sustento necesario y no quisieren recibir su paz; porque tamaña iniquidad es mas abominable que el pecado de Sodoma. Dios tratará con mas rigor á los que desprecien y ultrajen á sus enviados, que á los sodomitas; y si sobre Sodoma llovió fuego, ¿qué lloverá sobre los perseguidores del sacerdocio?



UNIVERSIDAD AVILA
 ROMA DE NUEVO LEON
 DE BIBLIOTECAS

CAPITULO II.

SERMON DE JESUCRISTO EN EL MONTE, Y DE LAS OCHO BIEN-
AVENTURANZAS.

Instruyó el Señor completamente á sus discípulos en cuanto convenia que supiesen para representar dignamente el papel de enviados suyos, y luego les habló un lenguaje al parecer mas consolador para que se calmasen en todo las pequeñas zozobras en que su corazón fluctuaba. San Agustín asegura [1], que fué este razonamiento de Jesús un sermón tan completo y tan sembrado de sublimes documentos, que es el compendio mas perfecto de todos los preceptos de la vida cristiana, y de cuanto necesita el hombre para reformar sus costumbres y arreglarlas enteramente á la moral sublime del Evangelio.

San Mateo y san Lucas refieren este suceso [2], pero de distinta manera, aunque convienen en la verdad del hecho. San Mateo dice: Que el Señor predicó primero este sermón á sus apóstoles y discípulos estando solos y sentado á manera de doctor sobre la cima del monte; y san Lucas observó que lo predicó á los discípulos y á las turbas, no en la cima sino á un lado del monte; y no sentado, si-

no de pié, á manera de predicador: y varios expositores aseguran que primero habló el Salvador á los apóstoles y discípulos que se hallaban solos con él en la cima del monte, y que luego descendió con ellos desde la eminencia á una llanura que se hallaba á un costado del mismo, donde le esperaban todas las turbas, y que allí habló entonces á todos. Sea empero de esto lo que fuere, es innegable que Jesucristo habló á los apóstoles y á las turbas que les hizo un gran sermón, y que en el principio les propuso ocho bienaventuranzas ó virtudes, y que les propuso tambien un premio proporcionado á cada una de ellas: el mérito consiste en la virtud, y así es preciso obtenga primero el mérito el que desea conseguir el premio. Ninguno hay, continúa el mismo doctor [1], que no quiera ser bienaventurado; pero adviértase bien que el que desea la paga no debe regusar el trabajo con el que aquella se gana. Inflámesse el ánimo y corra gozoso al certamen con la esperanza cierta de conseguir el premio. Con este designio quiso dar el Salvador á sus apóstoles una puntualidad del sagrado ministerio á que los habia llamado, y enseñarles las máximas morales en que convenia que en adelante se fundasen sus afectos y sentimientos, se arreglase su porta y conducta.

Jesús habia pasado la noche solo y en oración en lo mas elevado de la montaña, y allí llamó á sus discípulos por la mañana. Después de haber elegido sus apóstoles se marchó con ellos á una ladera espaciosa de la misma, donde estaba mas alto que el pueblo que le escuchaba [2], el cual habia venido de toda la Judea y Jerusalem, de la Marina y de Tiro y Sidon, para oírle y curarse de sus enfermedades, y los que eran atormentados de los espíritus inmundos sanaban. Y la multitud procuraba acercarse á él y tocarle, porque salía de él una virtud y los curaba á todos. No queriendo su Majestad contristar á ninguno, deseoso de sanar sus almas antes que sus cuerpos, les dió las reglas de perfeccion que no miran solamente á los varones apostólicos, sino que contienen tambien la doctrina necesaria para todos los que hacen profesion de seguir el cristianismo; y sin preámbulo alguno puso á la vista de todos un retrato de la

[1] Div. Agustín. lib. I. De serm. Dom. in monte.

[2] Mat. cap. V, Luc. cap. VI.

[1] Div. August. lib. de Beata vita.

[2] Así concuerdan perfectamente san Mateo y san Lucas.

verdadera felicidad, que no podía menos de sorprenderles sobremañera y admirarles, viendo en tan pocas palabras compendiadas las principales verdades y las máximas mas sublimes é importantes del Evangelio, y les dijo: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de Dios.* No desconoció el Salvador que hablaba á un pueblo dominado por los escribas y fariseos, cuyo espíritu era orgulloso y vano; que amaba mucho el fausto y aparato exterior, y que en su imaginacion se creían ricos en obras y en merecimientos, y estaban por ello orgullosos y arrogantes; y por esto les persuadió en primer lugar la pobreza, ofreciéndoles en premio de ella un reino celestial y eterno, el reino de Dios.

Bienaventurados los pobres, pero no cualesquiera pobres. No aquellos que siéndolo de bienes de fortuna miran con envidia feroz la riqueza de los ricos y codician en su corazón cuanto ellos poseen. No aquellos que miran la pobreza como un azote ó una desgracia insuportable, y acucan por ello á Dios de injusto. No aquellos que la tienen como la carga mas aflictiva y pesada, la arrojan de sí con desprecio, y la detestan y blasfeman, *sino los pobres de espíritu;* esto es, aquellos que lo son de voluntad y corazón. Aquellos que siendo pobres no anhelan por las riquezas ni las conveniencias de la vida, en perjuicio de su alma; porque conocen, como lo conocieron tambien hasta los mismos gentiles, que en esta pobreza consiste la verdadera felicidad de la vida temporal; porque en verdad, nadie es feliz en este mundo, ni goza de dicha, ni de paz interior en su corazón, sino el verdadero pobre de espíritu, el que está contento con su suerte, el que nada ambiciona ni apetece. ¿Porque de qué le sirven al hombre grandes bienes, riquezas inmensas, largas posesiones, hermosas heredades y millones de tesoros en su gaveta, si cada día, cada instante y momento, es agitado y conmovido su espíritu con seiscientos mil olas de ambicion, de avaricia de insaciables deseos de tener y poseer mas, y de enriquecer sin medida? Al contrario, empero, el pobre de espíritu, sumido en la miseria nada apetece, y lleno de riquezas vive tan separado de ellas como si nada poseyera; la desgracia no le irrita, y la opulencia no le ensolberbece; nada ambiciona ni desea, solo Dios es su gozo, Dios solo su única ansia y el único deseo de su corazón. Por esto ense-

ñaba san Gerónimo [1], que el camino mas seguro para alcanzar la verdadera felicidad era la pobreza de espíritu; y el que poseía esta virtud gozaba de mayor y mas envidiable paz en medio de las penalidades y tribuaciones de la vida, que el rico circuido de todos los recursos que sus riquezas podían proporcionarle [2].

Bienaventurados los pobres de espíritu. Esto es, aquellos que ricos de bienes temporales por disposicion del cielo, como lo era Abraham, obedecen con tanta prontitud las órdenes de Dios; como las obtemperó aquel esclarecido patriarca. Rico en su país y lleno de honra, quiere Dios probar su fidelidad, y le manda dejar todo lo que allí posee, obligándole á marchar á una tierra extraña. *Nuevo género de probacion* ó de probar los hombres, dice san Agustín [3]: se le manda ir á una tierra que podía considerarse como un destierro, y se le condena á emprender un largo camino, sin permitirle antes explorar el terreno. Conpélese al hombre rico á que se haga de repente pobre, sin otra recompensa que la de darle duplicados bienes en el país á donde se le destina. Al hombre que goza de reposo y paz bajo la tienda que habita, se le manda levantar el campo y caminar por ásperos senderos, sin que determinadamente se le señale el lugar donde ha de fijar su residencia: tan solo se le dice, sal de tu tierra, deja tu parentela y ven al país que yo te mostraré. Déjalo todo, confia en Dios, El solo debe ser tu esperanza. ¿Y quién hubiera podido obedecer un tal mandato á no haber tenido viva fe, firme esperanza colocada en Dios, y un corazón enteramente desprendido de todas las cosas de la tierra? Este es uno de los primeros ejemplos de esta sabia verdad, que después en la ley escrita, y últimamente en la de gracia, ha tenido tan grandes y dignos imitadores. Fué Abraham el padre de los creyentes; y tambien el modelo ejemplarísimo de los pobres de espíritu: antes del Evangelio odedeció el precepto y el consejo del Evangelio, y esto aun sin tener ningun ejemplo que imitar.

Jacob, nieto de Abraham, perseguido por el furor de su hermano, sale huyendo de la casa paterna, dejando todas sus comodidades y

[1] Div. Hieronim. Epist. 34 ad Julianum.

[2] Idem lib. 8.º, contra Jovinianum.

[3] Div. August. serm. 68 de temp.

regalos, pobre y mendigo, sin llevar mas que su báculo, pero riquísimo, porque confia en la providencia de Dios. José, hijo de este y biznieto de Abraham, conserva el espíritu de pobreza, elevado por faraón á la primora dignidad en la tierra de Egipto. Daniel en la corte de Nabuco; Mardoqueo y Esther en la de Asuero; Elías, Eliseo, Jeremías, David, los dos Tobías, todos estos miraron á su padre Abraham, oyeron la voz del Señor, y manifestaron el desprecio que les merecian todas las riquezas de la tierra, por no perder la gracia y amistad de Dios, que es la única y verdadera riqueza del alma. No es extraño, pues, que después que en la ley de gracia sonó la voz del Salvador y dijo al jóven que san Mateo refiere [1]: *Si quieres ser perfecto, marcha, vendé todo lo que tienes, y dálo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven, y sígueme*. Y después que dijo: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*, se gloriasen al parecer los apóstoles de haber renunciado por su Maestro cuanto sobre la tierra poseían, y le dijese: *Ved ahí, oh Maestro, que nosotros hemos abandonado cuanto poseíamos para seguirte; ¿qué será de nosotros?* Y que el Señor para premiar su fe y la voluntaria pobreza á que se condenaron, les respondió: *En verdad os digo, que vosotros que me habeis seguido, en el día de la regeneracion venidera, cuando el Hijo del hombre se sentare en el trono de su Majestad y grandeza, también os sentareis vosotros sobre doce sillas, para juzgar á las doce tribus de Israel* [2]. Esto es, vosotros que me habeis seguido pobre, y que sin reparar en mi pobreza os hicisteis pobres por obedecer mi llamamiento, renunciando cuanto teniais, sin aspirar en esto á la recompensa de algun premio; vosotros seréis ricos conmigo; y cuando yo aparezca el mas rico del universo, también vosotros aparecereis ricos á la vista de los hombres, sentados sobre magníficos tronos, para ser jueces, juntamente conmigo, en el día de mi juicio y justicia.

San Bernardo, empero [3], hace sobre este lugar una reflexion muy prudente y digna de observarse. Al ofrecer, dice, Jesús, el pre-

[1] Math. cap. 19.

[2] Idem ibid.

[3] Div. Bern. in cap. 5 Math.

mio de esta bienaventuranza, no habla como en las demás de un premio futuro, sino de uno presente; y así no dice, *de ellos será el reino de los cielos, sino de ellos es*. Y en efecto, porque aunque de hecho no lo poseais, ya es sin embargo vuestro, porque lo habeis comprado para vosotros con el desprecio de todas las cosas terrenas, así como es ya una piedra preciosa de aquel que la compró con una gran suma de oro, aunque perseverare algun tiempo después en poder de aquel que la vendió, así es también ya el reino de los cielos de aquel que lo compró con la pobreza voluntaria de su espíritu, porque para comprarlo ya dió de contado todo cuanto tenia; porque darlo todo es no reservar algo para sí; y aunque sea poco lo que se tiene, da mucho el que nada para sí reserva; y da muchísimo mas el que renuncia el apetito, y hasta el deseo de poseer; que es en lo que consiste la verdadera pobreza de espíritu; por esto los pobres de espíritu son del reino de Dios, y de ellos es su reino.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Después de la pobreza sigue la mansedumbre, porque aunque esta bellísima virtud es á todos los hombres necesaria, parece serlo mas particularmente á los pobres, que en razon de su pobreza, son muchas veces insultados y despreciados de los demás. La mansedumbre puede considerarse de dos maneras, que algunos autores distinguen con los nombres de *mansedumbre* y *mansuetud*; y así manso se llama á aquel que á nadie ofende, y mansueto el que tolera con paciencia las injurias, aun siendo injustamente ofendido. El manso nunca siente en su ánimo afecciones interiores que turben la paz de su corazon; y siempre persevera en aquella bonanza que cada vez mas la afirma y asegura. El mansueto modera con valentia los ímpetus de las pasiones ofensivas, y á nadie vuelva jamás mal por el que á él se le hizo. La mansedumbre se manifiesta en el *afecto*, la mansuetud en el *efecto*. Esta clase de hombres mansos y mansuetos, modestos, humildes, pacíficos, sencillos en la fe, siempre sufridos, que ninguna amargura sienten en su alma, que jamás se irritan, que siempre ceden en las contiendas, enemigos de pleitos, nada querellosos, que sirven á Dios con simplicidad santa en medio de las divisiones públicas, y en medio de la escasez ó mediana que el Señor les hubiese dado; estos son los que poseen, y

poseerán verdaderamente la tierra, la de su cuerpo que dominan mientras viven en esta vida transitoria, caduca y percedera, y la del Paraíso que buscan, que es la permanente y eterna: gozarán de paz en la tierra de los que han de morir, y gozarán de Dios en la tierra de los vivos; y como se poseerán y dominarán á sí mismos en la tierra de los murientes, así tambien poseerán y gozarán de la heredad de su Padre celestial en la de los vivientes; por lo que decia san Agustín [1]: Entonces sin duda alguna poseerás la tierra, cuando te unas por la mansedumbre á aquél que hizo el cielo y la tierra. La verdadera mansedumbre consiste en no resistir á Dios, y en hacer el bien solo por agradarle á él, no por agradarnos á nosotros mismos; y en no obrar el mal porque á él le desagrada, y no porque nos desagrada á nosotros. Entiende, pues, oh hombre, que entonces darás gusto á Dios cuando á ti mismo te disgustes. Deja que riñan los demás y se peleen por las cosas temporales. Bienaventurados los mansos, porque ellos, que nada ambicionaron en el mundo, que por nada de la tierra se afanaron ni riefieron, ellos solos son los que poseerán la tierra [2]. Y si el reino de los cielos se promete á los pobres y la tierra á los mansos, ¿qué es lo que queda para los orgullosos y soberbios? El infierno solo, solo el infierno [3].

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bien se conoce que la sabiduría increada era la que ordenaba este sermón. Después del desprecio del mundo por la pobreza; después del sosiego del entendimiento y del corazón, fruto de la mansedumbre, entra el hombre dentro de sí mismo, y nada halla que no sea motivo de amarguras y llanto, y por esto empieza á llorar; y es cierto que llorar se debe, no tanto por la ocasion de los daños temporales, cuanto para evitar los tormentos eternos. Así en verdad, son bienaventurados los que lloran, porque consolándolos Dios, enjuga todas las lágrimas de sus ojos; por lo que dijo san Bernardo [4]: ¡Feliz lágrima que meroció ser enjugada por la mano de nuestro piadosísimo y misericordiosísimo Señor! Las lágrimas, perdon

[1] Div. August. serm. in Festo Omn. Sanctos.

[2] Idem. Lib. I. de verb. Dom. cap. 3.

[3] Ven. Bed. in cap. 6 Luc.

[4] Div. Bern. serm. 32 in Cant.

no piden, y sin embargo, lo merecen; las lágrimas no dicen la causa que las motiva, y con todo consiguen la misericordia. Las palabras no pueden en muchas ocasiones expresar todos los asuntos, y las lágrimas patentizan todos los afectos. Los que lloran serán consolados en este siglo y en el futuro; en este, por los consuelos espirituales que comunica á los penitentes el Espíritu Santo paráclito, esto es, el consolador; y en el futuro, porque serán llevados á la gloria, donde no hay llanto, ni suspiros, ni dolor alguno, sino un gozo y alegría eternos. Llore el hombre por cuanto ve y conoce no puede servirle sino de motivo de llanto: mírese á sí mismo ó á sus prójimos, no ve sino pecados propios y miserias ajenas; no ve sino la prolongacion de un destierro que le priva del goce de la felicidad y bienaventuranza eterna; no ve sino el peligro y la duda de merecer el infierno; no ve sino la dilacion de alcanzar la gloria. Bienaventurados, pues, los que lloran en la presente vida, porque ellos serán plenamente consolados en la futura. Bienaventurados los que es la afliccion no se mantienen sino del pan de las lágrimas, porque sus lágrimas y tristeza se convertirán en alegría; y á proporcion de los trabajos que sufren en esta vida, serán colmados de consuelos en la otra [1].

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. Hasta aquí quiso la Majestad divina arrancar los hombres del mundo con las tres bienaventuranzas primeras, y con las que siguen quiso levantarlos hasta el cielo. La primera de ellas es verdaderamente hambre y sed de justicia, porque mientras dura la vida no podemos tenerla verdadera, pero sí podemos ansiarla y apetecerla; por esto llamó el Señor bienaventurados á los que tienen hambre y sed de ella, esto es, los que la apetecen con vehemente deseo: con esto quiso darnos á entender que no deben los hombres considerarse jamás en estado de perfecta justicia, creyendo que son bastante justos, sino que cada día y continuamente deben arder en mayores deseos de aprovechar y justificarse [2]. San Gerónimo enseña [3] que no nos basta querer la justicia, sino que es

[1] Ps. 93, v. 19.

[2] Ven. Beda in cap. 6 Luc.

[3] Div. Hieronim. in cap. 5 Math.

preciso tener hambre de ella, para que así conozcamos que siempre debemos ocuparnos en hacer obras de justicia sin saciarnos jamás de practicarlas. Tiene hambre de justicia aquel que siempre había segun la justicia de Dios, y que viviendo una vida recta y justa, no solo apetece y desea retener en sí la justicia y la virtud, sino que la desea tambien en todos los demás [1]; y esta es la justicia que da á cada uno lo que es suyo: á Dios, al prójimo y á sí mismo. A Dios el honor como Criador, el amor como Redentor, el temor como Juez. Al prójimo, la obediencia á los superiores; la paz, la fraternidad, y la concordia con los iguales, y la beneficencia con los inferiores; y á sí mismo la pureza de corazón, la custodia de la boca y la mortificación de la carne. Así pues, son en verdad bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán de tal manera hartos y saciados con la hartura de la gloria, que la lograrán en un grado mucho mayor que lo fué la hambre y la sed que tuvieron. David, que padecía esta hambre y sed, confesaba que nunca se veria saciado sino cuando se le manifestaria la gloria de Dios [2], porque solo entonces estaria seguro de haber obtenido la justificación de su alma, por la que tan de veras suspiraba. La verdadera abundancia para saciar el espíritu solo se halla en la casa de Dios, y solo se satisface la sed de justicia cuando se bebe en el torrente de las celestiales delicias. Y aquellos que prefieren al alivio de sus propios necesidades el conocimiento del Evangelio, donde se encuentra toda la justicia y la perfección del culto de Dios á que aspiran, varán plenamente satisfechos sus ansias, recibiendo con la abundancia de las tics mas puras, la corona inmarcesible á que suspiran.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Llámans misericordiosos los que tienen un corazón tierno, compasivo, y muy propenso á remediar los males ajenos, declinándose de ellos como si fueran propios. Son asimismo misericordiosos los que con tanta prontitud como alegría perdonan las injurias recibidas sin conservar en su corazón odio ó resentimiento alguno, haciendo al ofensor todo el bien que puedan, así espiritual

[1] Div. Crisostom. Hom. 9 oper imperf.

[2] Ps. 16, v. 15.

como corporal. La misericordia empero tiene un orden metódico y propio que se debe seguir: su primer ejercicio y uso debe recaer sobre los males propios, segun el consejo del Eclesiástico [1]: *Apúdate de tu alma procurando agradar á Dios.* El segundo uso y ejercicio de la misericordia se dirige al prójimo, interesándose de tal manera por él, que no debe rehusarse molestia, peligro ni sacrificio alguno, por arduo que parezca, ó sea para librarle de su desgracia ó socorrerle en su necesidad, aunque sea el de la propia vida, siguiendo el ejemplo de Jesucristo. El tercero es respetuoso y filial, y tiene por objeto al mismo Jesucristo Redentor y Salvador nuestro. El primer uso de esta misericordia nos la alcanza para nosotros y nos merece la remisión de todas nuestras culpas; el segundo nos merece la diminución de la pena temporal que por aquellas merecamos; porque el que disminuye la pena de otro por amor de Dios, puede estar segura de que el Señor le condonará la suya propia; y la tercera nos hace merecedores de la gloria, porque si padecemos con Jesucristo y tenemos compasion de sus dolores, es para ser glorificados con él [2]. Esta virtud de la misericordia parece que es sobre todas las demás la propia y característica de la Divinidad, y es tambien la que en el día del juicio aprovechará muchísimo á los pecadores, porque escrito está: Se hará un juicio sin misericordia, al que no usó de misericordia; pero esta sobrepuja al rigor del juicio [3]; y san Mateo expresa con toda claridad lo que dirá el divino Juez en aquel día á los justos y á los réprobos para salvar á unos y condenar á otros; lo que justifica cuánto en aquel día valdrá á los primeros el haber usado de misericordia, y cuánto dañará á los segundos no haberla usado [4].

San Agustín enseña que son bienaventurados los que socorren á los menesterosos, porque de tal manera usará el Señor con ellos de misericordia, que serán enteramente libres de la miseria. Da y te se dará; haz y te se hará; haz con otro lo que quieres que se haga contigo. Como tú obrases con aquel que te pide, así obrará Dios

[1] Ecles. cap. 30, v. 24.

[2] Div. Paul. Ep. ad Rom. cap. 8, v. 17.

[3] Div. Jacob. Ap. Ep. cap. 2, v. 13.

[4] Meth. cap. 25, vs. & 34 ad 46.

contigo cuando tú le pidas á él [1]. Tanto es el gusto que Dios tiene de ver que usamos de misericordia con quien nos la suplica y ruega que promete no usar de ella sino en favor de los que la practican con sus prójimos [2]. No os admire, pues, que el Dios de las misericordias llame bienaventurados á los misericordiosos, anunciando que ninguno alcanzará misericordia sino el que la usa, y aun que parezca que es igual la retribucion, no lo es en efecto, porque la misericordia divina es infinitamente superior á la humana, y la que Dios usa con nosotros es mucho mayor que la que nosotros usamos con nuestros prójimos [3]. Así que en vano pedirán misericordia los tiranos que se ensangrentaron con sus crueldades, porque solo son bienaventurados los misericordiosos, y ellos son los que alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios. Bien debía colocar la sexta bienaventuranza en la limpieza de corazon, el que la recomendaba en el sexto mandamiento de su ley, prohibiendo al hombre la fornicacion y toda especie de deshonestidad é inmundicia. Bien merecia el sexto lugar entre las bienaventuranzas, aquella por la que el hombre criado en el sexto día á imagen y semejanza de Dios, se hace digno de ver á Dios y de gozarle eternamente, recobrando la gracia y amistad de Dios por la muerte y pasion del hombre Dios en la sexta edad del mundo. Coloca el Señor esta bienaventuranza despues de aquella en que encarga el uso de la misericordia, porque el que la práctica llevado de la vanagloria, y no con un corazon limpio y puro, ningun mérito contrae con aquella [4]. Esta limpieza interior de corazon que Dios exige de nosotros para darnos la bienaventuranza, no es aquella limpieza exterior y aparente de los hipócritas que solo cuidan de limpiar su cuerpo y dejan llena de manchas su alma: es, sí, aquella limpieza de conciencia que no tiene pecados con que argüir al hombre, que no vive segun la carne, ni se saborea con las cosas que son de la carne, sino que vive segun el espíritu, y gusta precisamente

[1] Div. August. lib. I, de serm. Dom. in mont. cap. 6.

[2] Div. Hilar. Canon 4.º in Math.

[3] Div. Crisostom. Hom. 15 in Math.

[4] Div. Ambros. in cap. 6 Luc.

las que á él pertenecen, porque sabe que la sabiduría ó prudencia de la carne es una muerte, y que la sabiduría de las cosas del espíritu es vida y paz; por cuanto la sabiduría de la carne es enemiga de Dios, como que no está sumisa á la ley de Dios ni es posible que lo esté, porque es enteramente contraria á ella. Así, que los que viven segun la carne no pueden agradar á Dios. El que vive con arreglo á la ley del espíritu, Dios habita en él, tiene el espíritu de Jesucristo y es de Jesucristo; y á los que tiene previstos, tambien los predestinó para que se hiciesen conformes á la imagen de su Hijo Jesucristo, que es el espejo sin mancha de la majestad de Dios y la imagen de su bondad [1]. Los así limpios de corazon se apartan de todo lo malo, y obran todo el bien que pueden con buen fin y recta intencion, puesto que solo así se verifica que los limpios de corazon vean á Dios. Esta limpieza sola es la que une al hombre con Dios, que es la sana limpieza; y el que es sumamente limpio no puede ser visto sino de los limpios. Si el corazon está limpio y libre de malos pensamientos y afecciones, todo el hombre está limpio de iniquidades; porque del corazon salen todos los vicios y pecados, y allí se arraigan para fructificar despues; pero si allí se cortan y abrasan las raíces con el fuego del amor de Dios, ya no crecen otra vez, y Dios, que es puro espíritu y no puede verse con los ojos de la carne, se ve entonces con los del corazon, esto es, con los del espíritu, ó con los ojos linceos de la fe.

Ninguna sociedad puede haber entre la luz y las tinieblas; ninguna concordia entre Cristo y Belial [2]; por consiguiente los de corazon impuro no pueden ver á Dios, que habita una luz inaccesible; el camino que andan es tenebroso y resbaladizo; el ángel del Señor les perseguirá constantemente [3]. Si los ángeles son sus ministros, si solo esperan sus órdenes para cumplirlas, y las del Señor son que arrojen de su presencia á los impuros, ¿qué esperanza les queda de ver á Dios? ¿Quiéres verle? Limpia tu corazon y le verás, ahora por la fe, despues en su reino; ahora como familiar y consejero, despues como Dios inmortal y glorioso; y cuanta mayor sea tu limpie-

[1] Ad Rom. cap. 8.º per Tot.

[2] Div. Paul. Ep. 2 ad Corint. cap. 6, vs. 14 et 15.

[3] Ps. 34, v. 6.

za, tanto mas la vision será despejada y pura. Bienaventurados, pues, los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios.

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Feliz anuncio para el hombre que ama con todo su corazon y posee en él aquella paz interior que constituye la verdadera felicidad en la vida presente, y le hace esperar con certeza el goce de la paz eterna en la futura; sin embargo, es preciso advertir que esta paz verdadera, sólida y santa que hace bienaventurado al hombre y le adquiere el renombre de hijo de Dios, ha de ser paz con Dios, paz con el prójimo y paz consigo mismo; y que es absolutamente imposible que el hombre obtenga y conserve esta paz interior consigo mismo, si antes no procuró obtener la paz con Dios por medio de la penitencia, y la paz completa con el prójimo por medio de la caridad; porque no siendo así, no podría aquella llamarse paz, sino que sería una confianza vana, un alargarimiento cruel, una sordera mortal y un sueño pesadísimo, con el que no haría el hombre mas que manifestar la relajación de su conciencia y la poca aprension que le causan los remordimientos y estímulos por la inveterada y criminal costumbre en que se halla: el fruto de esta paz es la muerte y la condenacion eterna, así como el de la primera es la reconciliacion con Dios, una prenda de su amistad, un bien mas inestimable que todos los bienes de la tierra, el derecho en fin de ser llamado hijo de Dios. El gozo y el deleite que esta paz infunde en el corazon, es superior, infinitamente superior á todos los gustos y deleites de la tierra, y su valor y precio solo pueden comprenderse y estimarse cotejando las dulzuras de aquella paz con los remordimientos y amarguras que causa el pecado. Este es el bien entre los bienes mas apetecibles; este el fin de todos nuestros votos, afanes y trabajos, y por él se sostiene la continua y cruda guerra que hay entre la carne y el espíritu; pero como esta paz y descanso del corazon no puede hallarse entre los bienes y goces de la tierra, sean los que fuesen, es preciso buscarla en Dios, pues es la fuente inagotable de todos los bienes puros, sólidos y permanentes, y que es el solo el que puede llenar el vasto espacio del corazon de la criatura, y por esto se llama Dios de la paz y de todo consuelo.

Cuando, pues, dice el Señor bienaventurados los pacíficos, da á

entender habla de aquellos que tienen paz consigo mismos, y que para conservarla arrojan de su corazon todo mal pensamiento, toda palabra vana, toda obra pecaminosa, sin permitir la entrada en él de cosa alguna que pueda turbarla, conservándola cualesquiera que sean las adversidades que ocurran, y que no solo procuran conservar consigo mismos esta paz interior, sino que se afanan para unir con el vínculo de la caridad y de la paz á todos sus prójimos cuando descubren entre ellos enemistades y disensiones. Cinco cosas hay que se oponen al goce de esta tan apetecible paz, y son: las guerras, los pleitos, los tumultos, las inquietudes y las molestias. Los pacíficos de corazon ponen toda su eficaz cooperacion en sedar ó apaciguar las guerras, en derimir los pleitos, en sosegar los tumultos, en acallar las inquietudes, en dulcificar las molestias; porque estas son las funciones y oficios propios del Hijo de Dios, que pacífico en sí mismo, pacificó á todos con su muerte; y nos reconcilió con su Eterno Padre; por esto de los pacíficos se dice con toda propiedad que serán llamados hijos de Dios.

Llámanse asimismo pacíficos los que por los afectos de su corazon se unen intimamente con Dios, que es la suma paz y bondad y así nada buscan fuera de él, y en él y con él viven seguros y pacíficos; y en él, y con él, y por él, tienen su paz y su gloria. Son llamados hijos de Dios por la semejanza que tienen con él; porque como es propio de Dios gozarse en sí mismo y ser él mismo su contenido y su gozo, así tambien los verdaderos pacíficos, teniendo á Dios en el fondo de su corazon, sin salir de él, se gozan y recrean en él, y allí tienen todo su contenido y alegría; por lo que decía David [1]: ¿Qué cosa puedo apetecer en el cielo, ni qué he de desear sobre la tierra teniéndote á ti, oh Dios mio? Tú eres el Dios de mi corazon, tú eres mi posesion y mi gozo, y lo serás eternamente.

Litiguen, pues, entre sí y muevan riñas con otros los inquietos y desasosegados imitando á su padre el diablo, mientras gozan en paz de su bienaventuranza los que conservan la paz en su corazon y la mantienen con sus prójimos y hermanos; estos serán llamados hijos de Dios por la gran semejanza que tienen con él. El es la paz y el

[1] Ps. 72, vs. 25 et 26.

sosiego sumo, todo lo dispone y ordena con tranquilidad y paz; y sus hijos gozarán con él de eterna y envidiable paz, mientras aque-
llos no gozarán con su padre el diablo sino de desesperacion, inquietud, rabia y tormentos eternos.

Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Declarada la bienaventuranza para los pacíficos, no quiere el Señor se persuadan los hombres que sus hijos siempre han de gozar de paz; quiere que sepan tambien que han de ser perseguidos, que han de sufrir calumnias, ultrajes, pasiones y malos tratamientos por no faltar á la fe, á las creencias de su ley santa ni á las prácticas y virtudes de su religion [1]. Esta bienaventuranza prepara y perfecciona al hombre para padecer bien, así como las anteriores le preparan para obrar bien; porque así como á la virtud toca obrar bien, tambien es propio de ella padecer bien; y después de la bienaventuranza de la accion sigue oportunamente la de la pasion. Son bienaventurados no solo los que obran bien, sino los que padecen persecucion; pero no una persecucion cualquiera, ni por sus crímenes ó delitos, sino por la justicia, que incluye toda virtud, toda verdad, y la santa y verdadera piedad. Persecucion por la justicia que incluye la justa, legal y racional defensa del prójimo injustamente herido, maltratado y oprimido; de los así perseguidos es el reino de los cielos. ¿Pero por ventura me expone á la muerte por la libertad de la Iglesia? Sí, por ella y por otras cosas que son espirituales; no por los campos ni por las rentas de la Iglesia, ni por otras cosas semejantes: muchas veces nos oponemos á esto llevados mas de la avaricia que de la justicia: hasta aqui san Crisóstomo. San Ambrosio resuelve esta grande é importantísima cuestion con las siguientes palabras [2].
"Si me pudiese el emperador lo que es mio, esto es, mi campo, mi plata ó dinero, ú otra cosa semejante, sépa que no me le he de oponer, aunque todas las cosas que son mías sean de los pobres; pero aquellas que son divinas no están sujetas al emperador. Si pedis el patrimonio (de la Iglesia) invadido; si pedis mi cuerpo,

[1] Div. Crisost. Hom. 15 in Math.

[2] Ponemos el texto original latino para que nada padezca por nuestra traduccion.

"yo os saldré al encuentro; quereis llevarme á la cárcel, quereis llevarme al cadalso ó á la muerte, yo tengo voluntad de padecer lo uno y lo otro: no creais que yo me acoja á la protection de los pueblos, ni que me agarre de los altares suplicando por mi vida, sino que por los altares y por las cosas espirituales que á la misma Iglesia pertenecen, seré sacrificado." *Si a me petierit Imperator quod meum est, id est, fundum meum, argentum meum, et hujusmodi, sciat me non refragatorum, quanquam omnia que mea sunt, sint pauperum: verum ea que divina sunt, imperatoria potestati non sunt subiecta. Si patrimonium petitis, invadite: si corpus, occurrat: vultis in vicula rapere, vultis in mortem rapere, voluntatis est mihi: non ego me vallabo circumfusione populorum, nec altaria tenebo vitam observans, sed pro altaribus et spirituibus, ad ipsa pertinentibus immolabor* [1].

Esta octava bienaventuranza es el complemento de todas las demás y la principal de todas las coronas, porque cuando ya por las otras se halla el hombre en estado de verdadera perfeccion, vuelve-se por esta apto y digno de padecer; por lo que dice san Crisóstomo [2]: Abre el Señor el camino por la observancia de todas, empezando desde la primera, y forma de ellas como una cadena de oro; porque el humilde es por consiguiente manso; el que posee la virtud de la mansedumbre, no hay la menor duda que tambien llorará sus pecados; y el que los llora con compuncion y ternura, declara bien con su llanto tener hambre y sed de justicia. El que esta hambre tiene, no pueda dejar de ser misericordioso; y el misericordioso y justo compungido, forzadamente será limpio de corazon, y este tal ha de ser sin duda alguna pacífico. Por último, el que con tales virtudes esté perfeccionado, preparado se halla para sufrir todos los trabajos, y no se amilanará á vista de los peligros; ni se confundirá aunque á miles lleven sobre él. Bienaventurado, pues, el que tales virtudes tiene, y mucho mas dichoso y bienaventurado el que sabe conservar su posesion entre los peligros y persecuciones. Las siete primeras perfeccionan al hombre, la octava le clasifica y

[1] Div. Amb. Ep. 33 Citat. 4 R. P. Ledol. De Vit. Chri. cap. 33, pag. 141, columna 2.^a

[2] Div. Crisost. ex variis in Math. cap. 6.

demuestra la sólida brillantez de la misma perfeccion, porque la paciencia perfecciona todas las obras. Así es que en esta octava y última bienaventuranza habla el Señor como en la primera; de los pobres de espíritu dice, que es suyo el reino de los cielos, y tambien dice que es de los que padecen persecucion por la justicia: á los primeros se los promete, porque á los que por Cristo renuncian las riquezas temporales, justo es que reinen con Cristo en los gozes eternos; y á los que padecen persecuciones por Cristo, y son oprimidos como el Salvador lo fué, justo es tambien que en el reino de Cristo triunfen con él y dominén á sus opresores.

Ya no tienen por qué quejarse los hombres de la misericordia ni de la justicia de Dios: Jesucristo les anticipó el fallo infalible é inevitable de su juicio: el camino del cielo está ya patente á todos, y á todos se manifiesta con claridad el que conduce á la muerte y á la condenacion eterna. La pobreza de espíritu, la renuncia de las riquezas y comodidades de la vida, el amor á la paz, el ejercicio de la caridad, el socorro de los infelices, la compuncion y las lágrimas, la pureza de corazon, la paciencia en fin en los malos tratamientos y persecuciones por la justicia, son los que constituyen la felicidad del hombre en la tierra, y su ventura y dicha eterna en el cielo: lo contrario, pues, es lo que le conduce á la muerte y condenacion eterna. ¡Bondad de Dios, cuándo te conocerán bastante los hombres! ¡Y conociéndote, por qué no te amarán! ¡Cuándo dejarán de ser ciegos, y depoudrán esa obstinacion necia que les impide ver y probar tantas dulzuras como en sí encierra la adorable religion del Crucificado! Los gritos aterradores de los malvados, sus estremecimientos horribles, la espantosa desconfianza que les atormenta en los últimos momentos de su vida, como le atestigua una tristísima y cotidiana experiencia, todo nos dice que no hay contento, ni felicidad ni paz para el hombre en la tierra, sino en el seno de esta religion augusta, al parecer tan sembrada de espinas, seguida de pocos de los que dicen que aspiran á conseguir su eterno bien, y abandonada de todos los que cifran su bienestar y su dicha en el goze de las pasiones mundanales. En ella sola se oye la voz de la verdad que desengaña, porque aquel para quien nada hay oculto, que penetra bien los secretos del corazon, y que con su com-

prension y sabiduría infinita descubre las vicisitudes de todos los tiempos, y hasta los espacios inmensos de la eternidad, no queria privar á ninguno de cuantos corrian en pos de él para oírle y empaparse de sus máximas, y mucho menos á sus apóstoles y discípulos, de este importantísimo secreto, puesto que ellos habian de ser los primeros que habian de beber del cáliz de tantas amarguras que el Señor tiene reservadas para los que le siguen, para vivir después y reinar eternamente con él.

Aunque esta octava y última bienaventuranza parece que se dirige mas particularmente á los ministros y predicadores del Evangelio, persuadiéndose su Majestad que los apóstoles y discípulos no la habrian comprendido cual convenia, se encará mas con ellos y les dijo: *Bienaventurados seréis cuando mintiendo los hombres por odio contra mí, os maldijeren, os persiguieren y dijeren: todo mal contra vosotros: gozaos entonces y alegraos, porque el premio que os está guardado en los cielos, es sin duda alguna muy grande y superior á todos vuestros deseos. No temáis, porque tambien los profetas que vinieron antes que vosotros á anunciar á este pueblo los oráculos de Dios, fueron perseguidos, y vosotros lo seréis como que lo fueron ellos.* En verdad, así como entre los profetas se leen una multitud atroz y cruelmente perseguidos, así tambien entre los apóstoles y discípulos, y entre los seguidores de Jesús, se cuentan una infinidad de miles de perseguidos, encarcelados y crucificados; pero es muy de notar que entre tantos no se ven infelices y desventurados, porque la infelicidad de la vida y la desventura de la muerte no puede traer su origen de una causa tan noble y santa como es el seguir á Jesucristo: ellas nacen solamente del seguimiento de las pasiones que su religion condena. Así, después de aquella primera general estampada en las bienaventuranzas, dió esta otra mas especial para sus apóstoles, y les especificó las diversas persecuciones que habian de sufrir; porque unas habian de ser de corazon, otras de palabra y otras de obra. Las primeras se manifiestan por las palabras, *seréis bienaventurado cuando os maldijeren*; no es por el odio que en su corazon conserven contra vosotros; las segundas por lo que añade, y *os aborrezcan los hombres*, porque entonces desatarán contra vosotros su lengua, y dirán toda especie

de mal para denostaros, infamaros y calumniaros, y las terceras por aquellas en que concluye, y es *exprobaren diciendo todo mal contra vosotros, y desecharen vuestro nombre como malo porque predicais la doctrina que os enseñó el Hijo del hombre y le defendeis*; y así para estas tres especies de persecuciones dió tambien el Señor tres remedios muy eficaces, á fin de que en su aplicacion se conocieran sus verdaderos seguidores y tuviesen en ello un verdadero mérito: tales son perdonar las injurias, compadecerse de los pecados del prójimo, y rogar por los perseguidores y calumniadores [1].

Como que enviaba los apóstoles á cosas mas arduas, tambien debia darles mayores precauciones; por esto en esta amonestacion se convierte ó vuelve á aquellos á quienes enviaba como á corderos entre los lobos, y que se habian de presentar llenos de gozo á la presencia de los concitos, porque eran dignos de padecer persecuciones y oprobios por el nombre de Jesús; lo que fué como si les dijera: Con vosotros hablo, discipulos míos; sabed que indóciles los judíos como los gentiles y paganos, se irritarán con vuestra predicacion, y despreciarán vuestra doctrina, aunque la vean confirmada con milagros, como yo la confirmo ahora que la anuncio; y dominados por el espíritu del error, os maldecirán y calumniarán con todo género de calumnias. Me aborrecen á mí y os aborrecerán á vosotros, solo por la calidad de discipulos míos; y su coraje y rabia crecerá de punto cuando os vean empeñados en atraer los pueblos á mi creencia y fe. Pero en medio de tan claras y tan crueles persecuciones, no decaiga vuestro valor, porque se menoscabaria vuestra fe y vuestro mérito, y conozcense entonces mas que nunca el gozo y alegría santa que inunde vuestro corazón: grandes serán vuestros trabajos en la tierra, pero mas grande, infinitamente mayor es el gozo que en el cielo os espera.

San Gerónimo, expositando este pasaje del Evangelio dice [2]: Toda obra por pequeña que sea, se hace con gusto con la esperanza de la paga, y la recompensa del premio aligera el peso del trabajo. Alegaos, pues, todos los que por el Señor padecéis persecuciones y sois calumniados, conducidos ante los tribunales, encarcelados, azo-

[1] Ven. Bed. in.

[2] Div. Hieronim. in cap. Math.

tados y muertos; alegaos, esto es, interiormente en vuestro corazón, y gozaos, esto es, exteriormente en vuestro cuerpo, manifestando este gozo exterior por el buen ejemplo que debéis dar, por la paciencia que debéis tener, por la fortaleza que tenéis un deber de mostrar, por la esperanza del premio y de la gloria que os espere, porque vuestra paga no será como la de los demás, sino que será *copiosa*, mucho mas que proporcionada en los cielos. Mucha será para compensar la paciencia de los que padecen en la tierra. Esta paga es grande, es mucha, es preciosa, es duradera. Tan grande, que no pueda comprenderse; tan mucha, que no puede numerarse; tan preciosa, que no puede ponerse precio; y tan duradera, que no ha de tener fin. Esta paga será tanto mas abundante, cuanto mas brillante sea la fe, el gozo y el contento en medio de las tribulaciones; porque Dios no tanto estima, y premia la cantidad ó número de los trabajos, cuanto la cualidad de ellos, el modo con que sufren y la raíz de donde nacen.

Desgraciados, empero, nosotros nos engañamos con mucha frecuencia y nos dejamos engañar; nos gozamos y alegramos cuando nos vienen viento en popa los negocios de la tierra, y cuando el vulgo necio, falaz y engañador nos adula y lisonjea, siendo así que entonces deberíamos llorar mas y entristecernos, por ser mayores los peligros que nos rodean entre las prosperidades que en el seno de las desgracias; mayores entre las alabanzas que entre los vituperios y calumnias. Ategrémonos, pues, y recojémosnos con los apóstoles, á quienes enseñó el Maestro divino el gozo y el contento saludables, cuando les dijo que en las tribulaciones, calumnias y tormentos, debian alegrarse, para que nuestra recompensa y premio sea copiosa en el cielo. No busquemos la gloria vana, y no nos entristeceremos cuando por Dios nos viésemos humillados y afrontados á la vista de los hombres; porque el que la gloria en el cielo busca, no debe rehuir la afrenta en la tierra. Nunca seris felix, dice Séneca, aunque gentil [1]: si alguna vez no se burlaron de ti y no te insultaron las turbas. Si quieres ser dichoso, lo primero que has de aprender es á despreciar los desprecios. Insúltete el que quiera, pro-

[1] Senec. Lib. de bonis moribus.

nuncie contra tí calumnias ó maldiciones, nada padecerás si eres virtuoso.

No se admiren, pues, ni se asusten los que padecen persecuciones porque siguen á Cristo; no es esto nuevo ni desusado. Antes de Cristo las padecieron los profetas. Vino Jesucristo al mundo y las padeció él; las padecieron sus apóstoles y discípulos, las padecieron los mártires, y las padecerán todos los que quieren vivir virtuosamente con arreglo á la ley del mismo Señor [1], ó bien de los enemigos de la fe, ó bien de los malos cristianos, ó bien de nuestra misma concupiscencia. Cada día á las puertas de la Iglesia persigue Cain á Abel, Ismael á Isaac, Esau á Jacob; esto es, el ímpio al justo, y si alguno no sufre persecucion de los extraños, tiene que sufrirla de los falsos hermanos; y como las persecuciones no cesan, nos es indispensablemente necesaria la paciencia para alcanzar las divinas promesas. ¡Ay de aquellos que la pierden, porque pierden también la corona que por ella merecemos!

De estas ocho bienaventuranzas que pone san Mateo, san Lucas solo pone cuatro; pero es porque en las ocho se contienen las cuatro, y en estas también se comprenden las ocho [2], porque la mansedumbre y la paz se refieren á la paciencia, la limpieza del corazón á la pobreza de espíritu, y la misericordia á la sed de justicia. Y porque quiso incitar y llamar á los pueblos á la práctica de las virtudes con los premios que les proponía, quiso también apartarlos de los pecados con la amenaza de los suplicios eternos. ¡Ay, pues, de vosotros, ricos, no todos, empero, sino los que tenéis aquí en la tierra, y gozáis de los consuelos, gustos y goces que apetecéis, abusando de las riquezas para los deleites de la vida; no tendréis la riqueza de mi amistad y gracia, ni en la presente ni en la futura vida; y como antes había dicho que el reino de los cielos era de los pobres de espíritu, condena el afán y abuso de las riquezas, y demuestra que el que las ama y apetece se enajena voluntariamente del reino de los cielos, y se condena por su voluntad á oír de la boca del supremo y rectísimo Juez en el día del juicio: *Acuerdate, hijo, que ya recibiste los bienes en tu vida* [1]. Como el mismo ri-

[1] Div. Paul. 2.ª ad Timoth. cap. 3, v. 12.

[2] Div. Ambros. in cap. 6 Luc.

co rabiarán de hambre y sed eterna los que en la vida se hartaron y glotonearon; por lo que dijo el venerable Beda [1]: Si son bienaventurados aquellos que siempre tienen hambre y sed de justicia, por el contrario, han de ser infelices aquellos que pasando su vida en el goce y satisfacción de sus deseos, se consideran bastante dichosos si nunca se ven privados de lo que apetece.

¡Ay de vosotros que ahora reís con desordenada y destemplada risa, y que injuriando os gozáis con gozo vano! Llorareis un día lágrimas irremediables por el dolor interior que padecereis en vuestro espíritu y por el exterior que sufrireis en vuestro cuerpo; llorareis, porque carecereis del sumo y mas estimable bien, y porque tendréis á la vista el sumo y eterno mal que habreis de padecer, los ardores sempiternos en que siempre debereis estar envueltos. *Allí será el llanto y el rechinar de dientes* [2].

¡Ay de vosotros cuando los hombres os alabaren y bendijeren, adulandoos y levantando ó ensalzando vuestra opinion y fama sobre todos los demás, dándoos tales aplausos, que os hagan volver ciegos, inconsiderados y tan olvidadizos, que ni aun á vosotros mismos os conoczáis, ni tampoco tengáis presente el sublime consejo de san Pablo [3]: *Si yo pretendiese agrandar á los hombres, no sería siervo de Cristo*; y mas desgraciados aun los que así alaban á los hombres, porque mas daña la lengua del adulador que la espada del perseguidor. El que adula á los que obran mal, pone una blanda almohada bajo la cabeza del que duerme, para que engreído con las alabanzas duerma con mas sosiego sobre el borde del mas espantoso precipicio.

Si son, pues, bienaventurados los que por odio á Dios son maldicidos injustamente por los hombres, con razon han de ser considerados infelices los que también son bendecidos y adulados injustamente, porque por el mismo odio que á Dios tienen, los malvados los inciensan y adulan; no hay duda que es una grande ira y venganza del Señor, que falte al pecador la correccion ó el aviso cuando le sobra la adulacion; porque con esta se duerme mas en la culpa y

[1] Ven. Bed. in cap. 6 Luc.

[2] Luc. cap. 13, v. 28.

[3] Div. Paul. Ep. ad Galat. cap. 1, v. 10.

se hace digno de mayor pena. ¡Qué castigo! ¡Y aun no tiemblan los hombres á su vista!

ORACION.

Señor mío Jesucristo, que para enseñar á los hombres lo mas excelso y elevado de todas las virtudes, subiste con tus discípulos al monte, y allí les enseñaste las mas sublimes y les prometiste el premio á cada una de ellas conveniente; consuele á esta criatura frágil que oyendo tu voz procure adquirir el mérito por el ejercicio de aquellas, para después conseguir el premio ayudado de tu misericordia. Haz que considerando la paga, no rehusé el trabajo por el que se me ofrece, sino que la esperanza de merecer la salud eterna mitigue el dolor que me causa la presente medicina, y se inflame mi ánimo para emprender con alegría el trabajo. Aunque miserable, hazme ahora, Señor, bienaventurado con tu gracia, para que después sea bienaventurado contigo eternamente en la gloria. Amen.

NOTA. La historia de este capítulo está contenida en el V de san Mateo, desde el versículo 1.º al 12, y en el VI de san Lucas, desde el versículo 17 al 23, todos inclusive.

La Iglesia lo usa como propios en los dias y festividades siguientes: el de san Lucas en el dia 20 de enero, fiesta de los santos mártires Fabian y Sebastian.

El 10 de marzo, fiesta de los cuarenta santos mártires.

El 23 de setiembre, fiesta de los santos Cosme y Damian.

En la vigilia de Todos los Santos, en la misa *Sapientiam* del comun de mártires, y en otros varios dias.

Y el de san Mateo lo usa como propio del dia de Todos Santos, y en el comun de Mártires, lo tiene señalado para otros varios dias.

Uno y otro dicen así:

EVANGELIO DE SAN MATEO.

Cap. V, vs. 1 al 23.

En aquel tiempo, viendo Jesús la mucha gente (que le seguía), subió á un monte, y habiéndose sentado se llegaron á él sus discípulos, y abriendo la boca les enseñaba diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los de corazón limpio, porque ellos verán á Dios. Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis cuando por mi causa os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros. Alegraos y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os espera en los cielos.

EVANGELIO DE SAN LUCAS.

Cap. VI, vs. 17 al 23.

En aquel tiempo, bajando Jesús del monte, se paró en un llano con la compañía de sus discípulos y una muchedumbre de pueblo de toda Judea y Jerusalem, y de la marina de Tiro, y de Sidon, que habian venido á oírle, y para ser curados de sus enfermedades. Y los que eran atormentados de espíritus inmundos eran curados. Y toda la muchedumbre á porfia procuraba tocarle, porque de él salía una virtud que curaba á todos. Y elevando él los ojos hacía sus discípulos, decía: Bienaventurados, oh pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, por-

que seréis saciados. Bienaventurados los que ahora llorais, porque reirois. Bienaventurados seréis cuando os aborrocieren los hombres, y cuando os separaren (*de sus sinagogas*), y os injuriaren, y abominaren de vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del hombre. Alegraos en aquel día, y regocijaos, porque os está reservada en los cielos una grande recompensa. (*Hasta aquí el Evangelio de las festividades citadas*).



CAPITULO III.

CONTINUACION DEL SERMÓN DE JESUCRISTO SOBRE LA MONTAÑA.

Habia echado ya Jesucristo los principales y mas sólidos cimientos para levantar la suntuosa fábrica del apostolado, exhortándolos á la paciencia y al sufrimiento de las tribulaciones, y creyó muy justo perfeccionar esta grande obra, haciéndoles ver por medio de excelentes y gratas comparaciones á qué grado de santidad queria que aspirasen, y hasta dónde les habia de conducir su celo por la salvacion de los pecadores. Comparólos á la sal, á la luz, á la ciudad fortificada ó á la fortaleza, y á la vela encendida y colocada sobre el candelero. Las dos primeras de estas semejanzas ó comparaciones se dicen como por afirmacion, las dos segundas como por negacion: aquellas manifiestan para lo que son enviados, esto es, para sazonar los afectos de la voluntad y para iluminar el entendimiento; y las otras indican lo que no han de hacer, esto es, esconder su persona ó huir el cuerpo, y ocultar la doctrina divina que deben anunciar: *vosotros sois la sal de la tierra*. Vuestro empleo será en un todo igual al de la sal. La sal sazona las comidas; vosotros debéis sazonar de tal manera las costumbres y la fe de todas las criaturas con vuestra predicacion y ejemplos, que podais presentarlos á mi Padre como un manjar sazonado y delicioso. La sal impide la corrupcion, y vosotros debéis preservar las almas de la corrupcion del pecado. Sal de la tierra debéis ser por la perfeccion de vuestra vida, con la que debéis perfeccionar la de los demás hom-

que seréis saciados. Bienaventurados los que ahora llorais, porque reirois. Bienaventurados seréis cuando os aborrocieren los hombres, y cuando os separaren (*de sus sinagogas*), y os injuriaren, y abominaren de vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del hombre. Alegraos en aquel día, y regocijaos, porque os está reservada en los cielos una grande recompensa. (*Hasta aquí el Evangelio de las festividades citadas*).



CAPITULO III.

CONTINUACION DEL SERMÓN DE JESUCRISTO SOBRE LA MONTAÑA.

Habia echado ya Jesucristo los principales y mas sólidos cimientos para levantar la suntuosa fábrica del apostolado, exhortándolos á la paciencia y al sufrimiento de las tribulaciones, y creyó muy justo perfeccionar esta grande obra, haciéndoles ver por medio de excelentes y gratas comparaciones á qué grado de santidad queria que aspirasen, y hasta dónde les habia de conducir su celo por la salvacion de los pecadores. Comparólos á la sal, á la luz, á la ciudad fortificada ó á la fortaleza, y á la vela encendida y colocada sobre el candelero. Las dos primeras de estas semejanzas ó comparaciones se dicen como por afirmacion, las dos segundas como por negacion: aquellas manifiestan para lo que son enviados, esto es, para sazonar los afectos de la voluntad y para iluminar el entendimiento; y las otras indican lo que no han de hacer, esto es, esconder su persona ó huir el cuerpo, y ocultar la doctrina divina que deben anunciar: *vosotros sois la sal de la tierra*. Vuestro empleo será en un todo igual al de la sal. La sal sazona las comidas; vosotros debéis sazonar de tal manera las costumbres y la fe de todas las criaturas con vuestra predicacion y ejemplos, que podais presentarlos á mi Padre como un manjar sazonado y delicioso. La sal impide la corrupcion, y vosotros debéis preservar las almas de la corrupcion del pecado. Sal de la tierra debéis ser por la perfeccion de vuestra vida, con la que debéis perfeccionar la de los demás hom-

bres, y condimentar el entendimiento de todos aquellos que todavía saben ó tienen sabor de las cosas de la tierra. La sal esteriliza la tierra y condimenta las comidas, seca las carnes, se hace del agua y del fuego, y se ofrece en todos los sacrificios; así el ejemplo de la santidad mitigando las afecciones de la tierra, esteriliza y hace infecundo el corazón para lo malo; sazona y condimenta los santos deseos haciendo grata y sabrosa para el espíritu la práctica de la virtud; diseca la carne por medio de la mortificación, y construyendo los impetus de la liviandad, preserva el entendimiento de la corrupción; formase esta sal santa del agua de la devoción y del fuego del amor, cocciéndola en la hoguera de la penitencia; y se ofrece en la moderación de todos los apetitos y en la dirección de todas las buenas obras.

De esta suerte quiso el Señor instruir á sus apóstoles para poderles decir después: Si vosotros por quien los pueblos deben ser ilustrados y fortalecidos en la fe, os lleváis á esconder por el temor del trabajo, ó por huir la persecución ó el martirio: si con una fuga vergonzosa os hiciérais una sal insípida y fatua, ¿á quién se encargará instruir á los hombres para que sean preservados de la corrupción? Si la sal, una vez que llega á perder su fuerza y buenas cualidades, para nada sirve sino es para arrojarse y que la pisen cuantos pasan, ¿qué juicio tan terrible no os esperará á la presencia de Dios si por el temor de la persecución dejáis de hablar, si faltos de celo dejáis de predicar, si amantes del reposo y codiciosos de la prosperidad, si hinchados y soberbios amantes de la gloria vana, ó poseídos de efectos carnales, ó seducidos por la negligencia ó la pereza, rehusáis cumplir con vuestro ministerio? ¿Con qué sal se sazonará y perfeccionará entonces el pueblo siempre enfermizo y malo si le falta la del buen ejemplo de la vida y doctrina de los pastores? Con esto prescribió Jesucristo á los apóstoles, y en su persona á todos los prelados y doctores de la Iglesia, la pureza de la doctrina, la integridad de la fe, la sabiduría, el celo, la prudencia y la gracia en la predicación del Evangelio, porque dicho estaba ya por el Espíritu Santo [1], que de la boca y labios de los varones justos manaría la

[1] Prover. cap. 10, vs. 31 et 32.

sabiduría, y destilarían las gracias. Que la ciencia del sabio rebozaría por todas partes como una avenida de un caudaloso río, y sus consejos serían como fuente perenne de vida. Que la boca del varón prudente se buscaría en las grandes asambleas, y que cada uno meditaría en su corazón las palabras que le oyese [1]. Y por lo mismo decía san Pablo á los de Efeso: Así él mismo (Jesucristo) á unos constituyó apóstoles, á otros profetas, á otros evangelistas, y á otros pastores y doctores; á fin de que trabajen en la perfección del cuerpo místico de Jesucristo, hasta que arribemos todos á la unidad de una misma fe y de un mismo conocimiento del Hijo de Dios, al estado de un varón perfecto, á la medida de la edad perfecta segun la cual Cristo se ha de formar místicamente en nosotros: por manera que ya no seamos niños fluctuantes, ni nos dejemos llevar aquí ó allá de todos los vientos de opiniones humanas, por la malignidad de los hombres que engañan con astucia para introducir el error. Antes bien, siguiendo la verdad del Evangelio con caridad, en todo vayamos creciendo en Cristo, que es nuestra cabeza. . . De vuestra boca no salga ningún discurso malo; sino los que son buenos para la edificación de la fe, que den gracia á los oyentes [2].

El mismo apóstol comprendió tan altamente y con tan alta claridad la importancia de este consejo evangélico dado por el divino Maestro á sus apóstoles y á todos los prelados de la Iglesia, pastores, maestros y directores de las almas, que no titubeaba en repetirlo á cada paso. A los colosenses les decía: la palabra y doctrina de Cristo habite en vosotros abundantemente, tanto que os haga ricos en sabiduría [3]. Conducíos con prudencia, portaos sabiamente con los extraños, esto es, los que están fuera del gremio de la Iglesia, ganando y aprovechando la ocasión. Vuestra palabra y conversacion sea siempre con agrado y con gracia, sazonado con sal, de manera que sepáis como responder á cada uno como conviene [4]. A Timoteo le decía: Bien sabes que al irme á Macedonia

[1] Eccli. cap. 22, vs. 16 et 20.

[2] Div. Paul. ad Efes. cap. 4, vs. 8 12, ad 12 et 29.

[3] Id. ad Colos. cap. 3, v. 16.

[4] Id. Ibid. cap. 4, vs. 5 et 6.

ta pedí que te quedases en Efeso para que hicieses entender á ciertos sugetos que no enseñasen doctrina diferente de la nuestra, ni se ocupasen en fábulas y genealogías interminables, que son mas propias para excitar disputas que para formar por la fe el edificio de Dios. Pues el fin de los mandamientos es la caridad que nace de un corazón puro, de una buena conciencia y de fe no fingida. De lo cual, desviándose algunos, han venido á dar en charlatanería, queriendo hacer de doctores de la ley, sin entender lo que hablan ni lo que aseguran [1]. El Espíritu Santo dice claramente que en los venideros tiempos han de apostatar algunos de la fe, dando óido á espíritus falaces y á doctrinas diabólicas, enseñadas por impostores llenos de hipocresía, que tapan la conciencia cauterizada de crímenes. . . . Pórtate, pues, de manera que nadie te menosprecie por tu poca edad: han de ser desechado de los fieles en el hablar, en el trato, en la caridad, en la fe, en la castidad. Entre tanto que yo voy, aplícate á la lectura, á la exhortación y á la enseñanza. No malogres la gracia que tienes, la cual se te dió en virtud de particular revelación, por la imposición de las manos de los presbíteros. Medita estas cosas y ocúpate enteramente en ellas, de manera que vea todo el mundo tu aprovechamiento. Vela sobre tí mismo y atiende á la enseñanza de la doctrina: insiste en estas cosas, porque haciendo esto te salvarás á tí, y también á los que oyeren [2].

No eran menos eficaces y saludables las instrucciones ó consejos que en otro lugar le daba. Huye, le decía, de contiendas, de palabras, porque de nada sirven sino para pervertir á los oyentes. Ponte en estado de comparecer delante de Dios como un ministro digno de su aprobación, que nada hace de que tenga motivo de avergonzarse y que sabe dispensar bien la palabra de la verdad. Evita por tanto y ataja los profanos y vanos discursos de los seductores, porque contribuyen mucho á la impiedad, y la plática de estos cunde como la gangrena. . . . Por tanto, huye de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, la caridad y la paz con aquellos que invocan al Señor con corazón limpio y puro. Evita las cues-

[1] Id. ad Thimoth. 1, cap. 1, vs. 3 ad 7.

[2] Id. Ibid. cap. 4, vs. 1, 2, 12 ad 16.

tiones necias, y que nada contribuyen á la instrucción, sabiendo que son un manantial de alteraciones. Al siervo de Dios no le conviene el altercar, sino ser manso con todos; propio para instruir, sufrido, que reprenda con modesta dultura á los que contradicen la verdad [1]. Y á su otro discípulo Tito le decía también: Tú has de enseñar cosas conformes á la sana doctrina, como que los ancianos sean sobrios, honestos, prudentes, constantes y puros en la fe, en la caridad, en la paciencia; que las ancianas sean de un porte ajustado y modesto, enseñando el pudor á las jóvenes para que amen á sus maridos, cuiden de sus hijos, y sean honestas, castas, sobrias, cuidadosas de su casa para que no se blasfeme de la palabra de Dios. Exhorta del mismo modo á los jóvenes á que sean sobrios. En todas cosas muéstrate declinado de buenas obras en la doctrina, en la pureza de costumbres, en la gravedad de tu conducta, en la predicación de la doctrina sana é irreprochable para quien es contrario, se confunda, no teniendo mal ninguno que decir de nosotros [2].

No fué solo san Pablo el que comprendió que solo así sus discípulos y los demás pastores y prelados de la Iglesia serian la sal de la tierra, y que conservando como sal verdadera el sabor de la doctrina sana y santa, lo comunicarian á los fieles, sino que así lo pensaron y creyeron también todos los padres y doctores que vinieron después de aquel grande apóstol y doctor de las gentes. El concilio cartaginense tercero mandó que los obispos y los clérigos fuesen todos instruidos antes de su consagración de las resoluciones y decretos de los santos concilios, no fuese cosa que tuviesen después que arrepentirse y hacer penitencia por haber dicho ó enseñado alguna cosa contra los estatutos y cánones conciliares [3]. El Toledano cuarto mandó que todos los sacerdotes supiesen los sagrados cánones para que pudiesen edificar á todos, tanto en la ciencia de la fe cuanto en la de la disciplina, y buenas costumbres [4]. Y lo mismo determinaron antes y después de estos muchos concilios, y entre ellos es muy digno de notarse el Niceno segundo.

[1] Id. Ep. 2.º ad Thimoth. cap. 2 per tot.

[2] Id. Ep. ad Tit. cap. 2, per tot.

[3] Concil. Carto. III, ann. 397, cap. 3, Refertur can. 7, distin. 38.

[4] Concil. Toletan. IV, ann. 633, cap. 25, Refert. can. 1, distin. 38.

El grande Julio T decia á los obispos del Oriente [1]: No os equivoqueis, no erréis, hermanos míos carísimos, no os dejéis llevar de doctrinas nuevas y extrañas. Ahí tenéis á vnestra vista las instituciones de los apóstoles y de los varones apostólicos: gozaos en ellas, rodeaos de ellas, deleitaos con ellas y armaos con ellas; para que con ellas pertrechados, rodeados, fortalecidos con la alegría santa y armados, podáis resistir los tiros de todos los enemigos de la fe, haciendo que esta siempre prevalezca y triunfe. Lo mismo repitió treinta y siete años después san Damaso papa, y añadió: que los que voluntariamente violaban los sagrados cánones ó los ignoraban, eran juzgados gravemente por los santos padres y castigados por el Espíritu Santo, por cuya inspiracion aquellos se habian formado [2]. Lo mismo repitió otra vez á san Próspero obispo [3]. Y casi lo mismo y con las mismas palabras san Leon papa á todos los obispos de Sicilia [4], y san Celestino tambien papa, á todos los de la Apulia y Calabria [5].

No sin fundamento habian escrito y pensado así padres tan grandes y doctores tan eminentes, puesto que el mismo Dios, antes que dicese á los apóstoles por boca de su unigénito Hijo: *Vosotros sois la sal de la tierra*, ni describir á Moisés el *racional* y el *ephod* que habia de vestir el sumo sacerdote, ya lo habia mandado que en él mismo *Racional del juicio se escribiesen estas dos palabras: DOCTRINA Y VERDAD*, las cuales Aarón habia de llevar sobre su pecho cuando se presentase delante de Señor [6]; lo que como observa san Agustín [7], y con él otros muchos padres y doctores, no era sino un recuerdo al sumo sacerdote de las dos principales cualidades que debían adornar su alma, para que fuese la verdadera sal que formase el pueblo del Señor segun el gusto de su Majestad divina. Y como si todo esto le pareciese poco, mandó otra vez á Aarón que ni él ni sus hijas bebiesen vino, ni otro licor ó bebida que

[1] Julius I Pap. ad Episcop. Orient. Epist. 1.º, ann. 337.

[2] San Damaz. Pap. an. 374. Refert. can. 5, n. 25, q. 1.

[3] Id. Ep. 4, ad Prosper. Episcop.

[4] S. Leo. I ad Episcop. Sicilia ep. 4, cap. 6.

[5] S. Celestin. Major. Episcop. per Apul. et Calabri. constitut. ep. 3.

[6] Exod. cap. 28, v. 30.

[7] Div. August. in Exod. Quest. 117.

puédiera embriagar cuando entrasen en el tabernáculo del testimonio, bajo la pena de muerte; así por ser este un precepto perpetuo para su posteridad, como para que tuviesen conocimiento para discernir entre lo santo y lo profano, lo puro y lo impuro, y enseñar á los hijos de Israel todas las leyes que les habia intimado por medio de Moisés [1]. Por último, cuando por boca de Oseas intimó á Israel los castigos que habian de venir sobre él y los motivos porque habia de castigarle, le dijo: Tú, oh Israel! perecerás hoy, y perecerán contigo tus profetas (ó sacerdotes); en la noche obligaré á tu madre (la nacion judaica), á que guarde un profundo silencio. Quedó mi pueblo sin habla porque se hallaba faltar de la ciencia de la salud. Por haber desechado tú la ciencia, yo te desecharé á ti para que no ejerzas mi sacerdocio; y pues olvidaste la ley de tu Dios, yo tambien me olvidaré de tus hijos [2].

Con esta claridad dieron á entender, Dios en la antigua ley y su Hijo unigénito Jesucristo, Redentor y Salvador nuestro en la nueva, de qué modo los apóstoles y sus sucesores habian de ser la sal de la tierra, y cómo habian de sazonar y condimentar con la predicacion de la divina palabra, amenazando á los unos y á los otros si por negligencia, pereza ó descuido dejaban de cumplir con las obligaciones de su ministerio; ó por rebeldia, capricho ó desprecio de la ley santa del Señor y de los ministros que la anuncian, no querían los otros cumplirla.

Por todas estas razones los llamó tambien luz del mundo, esto es, de los hombres que están en el mundo por la enseñanza de la doctrina, con la que deben iluminar á los ignorantes en las cosas que deben creer y hacer. Así como el sol y la luna iluminan los ojos del cuerpo, así los apóstoles y doctores iluminan los del entendimiento. Antes que enseñar bien es preciso aprender bien; y como para aprender bien es indispensable vivir bien, y el que vive bien enseña, edifica y preserva con su buen ejemplo, por esto después que los llamó sal de la tierra, indicándoles la santidad de su vida, les apellidó tambien luz del mundo; sal, por el buen ejemplo de su

[1] Levit. cap. 10, vs. 9, 10 et 11.

[2] Osee cap. 4, vs. 5 et 6.

vida, y luz por la buena enseñanza de su doctrina. Sabía bien el Señor no habían de faltarle siervos que lejos del bullicio del mundo, sin esplendor ni ruido, se habían de santificar en el retiro y servirle en el silencio y en la oscuridad; pero no quería que sus apóstoles fuesen de este número, y sí que fuesen la luz del mundo. De Jesucristo nos dice san Juan, que era la luz verdadera que ilumina todo hombre que viene á este mundo; y él mismo nos asegura que es la luz del mundo y que el que le sigue no camina entre tinieblas; por esto cuando dice á sus apóstoles vosotros sois la luz del mundo, es preciso entender que hay tres especies de luz: la una *no iluminada*, sino *iluminante*; la otra *iluminada é iluminante*, y la tercera *no iluminante y sí iluminada*. La primera es la luz de Dios que no recibe claridad ni resplandor de nadie y á todos ilumina. La segunda es la de los apóstoles y de los prelados y doctores de la Iglesia, que es iluminada por la sabiduría de Dios é iluminante por los rayos de doctrina que esparran; y la tercera es la de la virtud de los justos y sencillos de corazón, que no es iluminante, sino iluminada por la claridad de Dios. La primera es la claridad del sol, la segunda la de la luna, la tercera la de las estrellas. Comparándose pues, la luz de los apóstoles y prelados de la Iglesia á la de la luna que luce y brilla por la noche, se da á entender que su luz debe ahuyentar las tinieblas de la ignorancia y del pecado, con sus instrucciones y reprimendas públicas á los pecadores, y con la edificación ejemplar de sus virtudes.

Atendiendo á estas misteriosas significaciones, que aunque no podían ser enteramente ocultas podían muy bien ser perfectamente comprendidas, le añadió el Señor: Considerad que una ciudad puesta sobre un monte se ve desde muy lejos y no puede en manera alguna ocultarse. Yo os elevo sobre todos los demás hombres, no para ocultaros á su vista, sino para que luzcais y brilleis á su presencia como las estrellas en el firmamento: la lámpara no se enciende para esconderla bajo el celenin, sino para colocarla sobre el candelero para que ilumine á todos los que están en la habitación. Así es como la luz de vuestras buenas obras ha de brillar y resplandecer á los ojos de los hombres, para que estos den la gloria á vuestro Padre que está en los cielos, como el autor de todo bien. Mas apro-

vechan y edifican al prójimo las buenas obras y ejemplos, que las palabras y doctrinas, porque es mayor el resplandor de las obras que el de las palabras. El que solo habla y no obra, predica á lo mas una hora en cada semana; y el que predica con las obras y los ejemplos, predica por el día y por la noche, y en todo tiempo y hora: por esto de los justos que se purificaron como el oro en el crisol por medio de las tribulaciones y tormentos, dejó escrito el sabio [1]: Brillarán como el sol, y volarán de una á otra parte como centellas que corren por un cañaveral. Así es que notó san Ambrosio [2] que enseñar con las palabras solamente y no con las obras, es una pura vanidad y aprovecha muy poco. Y san Bernardo tambien dijo [3]: Lengua habladora y mano vacía y ociosa; grande erudicion y doctrina, y vida estéril de buenas obras, es una monstruosidad. Deben lucir con sus buenas obras y ejemplos, buscando como fin principal de todos ellos la gloria y alabanza de Dios, y no la suya propia y la edificación del prójimo; el que á la vista de las buenas obras que en Dios y por Dios se hacen, glorificará tambien el Señor, autor y consumidor de todo lo bueno.

Bien conocidas eran del Salvador las innumerables dificultades que habían de encontrar los fundadores de su Iglesia y primeros predicadores de su religion, para precisar á los soberbios y obstinados sectarios del judaismo, á que abrazasen los dogmas de su Evangelio, y los confesasen sin rubor á vista de los magistrados y príncipes de la Sinágora, con el fin de establecer un culto digno de Dios sobre la tierra; y por esto les dijo: Bienaventurados los que padecen por la justicia, asegurándoles que los trabajos, persecuciones y tormentos sufridos por este motivo, les labraba su corona en el cielo. Pero no era menos dificultoso tambien asegurar la esperanza del triunfo de los combates, en el corazón de unos hombres naturalmente flojos y tímidos, sabiendo que habían de lidiar con armas muy desiguales en su concepto, contra el furor de un pueblo fanatizado por la envidia de sus pretendidos maestros; contra los dogmatizantes de las escuelas judaicas, contra la altivez orgullosa

[1] Sap. cap. 3, v. 7.

[2] Div. Ambros. lib. 33. Moral. cap. 4.

[3] Div. Bernard. serm. De Custodia lingue.

de los escribas, y contra la feroz venganza de la Sinagoga, puesto que habian de predicar y enseñar contra las falsas interpretaciones que ellos daban á la ley, alterando enteramente su sentido y corrompiendo su moral; y por esto les añadió el Salvador: No penseis que he venido á destruir ó quebrantar la ley y la doctrina de los profetas. No; yo he venido para darla su debido complemento.

En verdad: todas las cosas que se escribieron en la antigua ley no eran mas que el tipo y la figura de las que habian de verificarse en la nueva, y por esto dijo san Agustín [1]: Que esta expresion del Señor tenia dos sentidos. Dar complemento á una ley puede ser añadir alguna cosa que le falte, ó pueda ser tambien cumplir lo que en ella se previene. El Señor, pues, no quebrantó la que habia hallado, sino que la perfeccionó, añadiéndole lo que la faltaba; y confirmó, dándole la sancion mas explicita con su obediencia: sin embargo, es preciso advertir que en la ley de Moisés habia muchas cosas invariables y permanentes, y que los hombres en manera alguna podian alterar; y aludiendo á esto dijo su Majestad divina que habia venido para cumplirlas. Encerraba aquella ley una multitud de preceptos divinos, sobre los que estaban los principios de la moral santa, pura y perfecta moralidad; y no era posible que el autor y legislador Supremo de la moral mas austera y sublime viniese á quebrantarlos. Comprendia además los preceptos especiales de una religion admirable, por cuya observancia y práctica se acercaba al hombre á la Divinidad, y conocia desde luego la necesidad de un culto público, mediante el que formaba el empeño de adorar á Dios y de guardar con sus semejantes todas las consideraciones que la caridad le prescribe, que la humanidad le manda y la sociedad le ordena; y luego se sentia interiormente compensado, viendo desplegarse en beneficio suyo los empeños mas grandiosos de la providencia de Dios, y así pudo muy bien decir el Salvador á sus apóstoles: *No penseis que he venido á destruir la ley ni á derogar los oráculos de los profetas.*

Dos conceptos tenia tambien esta segunda expresion de Jesús. Los profetas debian considerarse como órganos del Espíritu Santo,

[1] Div. Aug. lib. I. De Serm. Dom. cap. 14.

anunciando los sucesos futuros, y una gran parte de ellos habian tenido su complemento en la venida del Salvador al mundo: estos, pues, ya no podian derogarse, y los que faltaban debian necesariamente cumplirse. Y podian ser considerados como los ministros del Señor, enviados é ilustrados por Dios para renovar la memoria de su ley, restañar el vigor de su observancia y detener el curso de las prevaricaciones de Israel. En este concepto pudo asegurar el Salvador que venia tambien para darles el complemento, perfeccionando la predicacion de aquellos, confirmándola con la sancion infalible de su eterna verdad y con la multitud de portentos que obraba. Así unió en su discurso la ley y los profetas, y como un precepto explicito de la ley, y como una confirmacion expresa de su doctrina con la de los profetas predicaba la justicia y la caridad, y hacia de estas dos grandes virtudes todo el móvil de sus obras y doctrina, asegurando después á sus propios apóstoles y discípulos, que en la observancia de estos dos preceptos se encerraba toda la sustancia de la ley y los profetas, y que cuanto en ellos estaba escrito, hasta *una jota y una tilde*, subsistiria bajo el yugo suavísimo de la nueva ley del Evangelio.

No hay duda que para llevar Dios á cabo la ejecucion de sus designios eternos en beneficio y favor de los hombres y conservar un depósito de verdades sagradas en medio de las tinieblas y de la corrupcion universal del género humano, se habia valido de la ley que dió á su pueblo por mano de Moisés, la que de cuando en cuando se dignaba confirmar por medio de los profetas; pero como le parecia poco haber provisto solamente á las necesidades de Israel, conduciéndole como de la mano por entre repetidos milagros, quiso que así aquella como estos no fuesen sino como el preludio y la figura de la grande obra de misericordia que meditaba á favor de todos los hijos de los hombres; y mientras pasaban los siglos que debian transcurrir antes que ella se verificase, la marcaba con señales que no pudiesen ser desconocidas, y consolaba á la tierra con la continuacion de las promesas del remedio; se habia hecho anunciar como una luz que iluminaria los pueblos que gemian entre las tinieblas de la muerte, y era efectivamente la luz del mundo por su eternidad, por sus milagros, y por el modelo bellissimo de sus virtudes; todo lo

que consignado en el Evangelio le hace aparecer como el código sagrado del cristianismo, la regla inviolable de la fe, de la moral y del culto interior y exterior que á Dios debemos. En esta inteligencia continuaba el Maestro divino su discurso, y aseveraba á sus apóstoles y discípulos que mientras subsistía el cielo y la tierra, mientras haya hombres sujetos á Dios por las obligaciones de su religion santa y augusta, todos los preceptos de su ley que no recaigan sobre puras ceremonias legales, figurativas y pasajeras, se mantendrán en su vigor y no admitirán dispensacion; porque la ley de Dios es el vinculo que liga á todos los hombres, es inviolable y su duracion es eterna.

Pero es forzoso advertir que Jesucristo dijo que todas las cosas que estaban escritas en la ley y los profetas debian cumplirse con tanta exactitud, que á su cumplimiento no habia de faltar ni una jota ni una tilde de ella, *hasta que todo estuviere cumplido*: y en verdad que habiendo nacido su Majestad como hijo de Judá, se sujetó de tal manera á la ley de Moisés, que desde su infancia hasta su muerte no se dispensó siquiera ni una de las ceremonias al parecer mas insignificantes de la ley, y por consiguiente mucho menos sus preceptos: se circuncidó, se abstuvo de todas las viandas prohibidas, celebró los sábados y todas las fiestas, y un poco antes de morir celebró tambien la pascua con todos los ritos prescritos para esta solemnidad: así fué que cuando en el día de su pasion se buscaron testigos falsos que le acusasen, no se encontró siquiera uno que declarase haber predicado contra la ley, ni haber adoptado alguno de los ritos de las naciones extrañas; por esto podia añadirles como les añadía: Hasta los preceptos mas mínimos de la ley han de observarse: el que violase ó quebrantase el mas pequeño de ellos, y enseñase á los hombres á hacer lo mismo con el pretexto de que son pequeños, él será tambien el mas pequeño en el reino de los cielos; mas el que los guardare y enseñare á los hombres á guardarlos, será grande y reputado y tenido por tal en el reino de los cielos; que fué lo mismo que decir: El que quebrantare algo de lo que en la ley se reputa por menor ó menos obligatorio, ó que él juzga por no tan grave, y no guardándola toda enseñare á los demás y les estimulare de palabra á que la guarden, ese será menor en la Iglesia militante, sig-

nificada aquí [1] por el reino de los cielos, ó en la venida gloriosa de Cristo cuando venga á tomar posesion de su reino.

Espantoso es seguramente este castigo mirado con los ojos de la fe siempre atenta á la constante duracion de la eternidad, tanto como es consoladora la promesa que les hace: El que hiciere y enseñare, este será llamado grande en el reino de los cielos. Dos cosas es al mas grata y acepta á los ojos de Dios: *Hacer y enseñar*: á cada una de ellas ha hecho el Señor en particular grandes promesas; y los prelados y ministros del Altísimo que llegasen á reunir en sí la una y la otra, no hay duda que merecerán grande premio. Vela sobre tí mismo y atiende á la enseñanza de la doctrina, decia san Pablo á Timoteo [2]; insiste y sé diligente en estas cosas. Porque haciendo esto te salvarás á tí y tambien á los que te oyeron. Cuando Job describe su antigua felicidad, no deja de hablar de sus discursos y de los saludables efectos que producian sus consejos en todos los que les escuchaban. Cuando yo salia, decía á las puertas de la ciudad ó al lugar donde se purgaban los hombres, me disponian en la plaza un asiento distinguido. En viéndome los jóvenes se retiraban por el respeto que me tenían, y los ancianos se levantaban y mantenian en pié. Los príncipes no hablaban mas y cerraban sus labios con el dedo. Quedaban sin osar hablar los capitanes, y con la lengua pegada al paladar. Bienaventurado me llamaba todo el que oia mis palabras, y decia bien de mí cualquiera que me miraba; pues yo habia librado al pobre que no tenia defensor y al huérfano que clamaba por socorro. Me llenaba de bendiciones el que hubiera pasado sin mi auxilio, y yo confortaba el corazón de la viuda desconsolada. Porque siempre me revestí de justicia, y mi equidad me ha servido como de regío manto y ciudadela. Los que me escuchaban estaban agrandando mi parecer y atendian silenciosos mi consejo: ni una palabra se atrevian á añadir á las mías, y como rocio, así caian sobre ellos mis discursos. Aguardábanme como á la lluvia los campos, y abrian su boca como hace la tierra seca á las aguas tardías del otoño [3]. Decia y hacia; enseñaba en

[1] Div. August. lib. De Civit. Dei. cap. 9.

[2] Div. Pauli. Ep. 1.ª ad Timoth. cap. 4, v. 16.

[3] Job. cap. 29, per totum.

su doctrina y ejemplos, y aspiraba por este camino á ser grande en el reino de los cielos. Digno ejemplo para los prelados virtuosos y para los ministros santos del Evangelio.

Esta perfeccion de vida tan ardentemente recomendada en este pasaje del Evangelio, y que se requiere en los prelados para que sus súbditos toman el ejemplo y se edifiquen, y den gloria á Dios, es la que obligó á muchos santos á mirar con espanto la dignidad episcopal y cualquiera otro oficio de la misma naturaleza. No tengo por siervo perfecto de Jesucristo, decía san Gregorio Nacianceno [1], al que con ánimo alegre desea ser cabeza de la Iglesia. . . . Grande ganancia puede hacer un prelado, mas es tan temible su riesgo, que quiero mas ser monje pobre y vivir en un ricon, Gocan los demás de sus honras, de sus pompas y trofeos, tengan muchos criados á quien mandar, mucha riqueza y ornato de casa que mirar, que yo haré tendré que mirar en mí. Esperen los demás espaciosas mansiones en el cielo, que á mí un riconcillo me basta. Bajza de ánimo parece, pero yo le escogo por vivir mas seguro y estar mas lejos del peligro que trae consigo la dignidad. Palabras dignas de tan gran doctor, porque seguramente no merece el nombre de prelado ni el de operario evangélico el que edifica con una mano y destruye con otra; y así son los que pretenden edificar con su doctrina, y con sus obras convidan á la relajacion; edifican con una aparente humildad y destruyen con su soberbia. El que hace, dice san Crisóstomo [2], aunque calle, corrige á muchos con su ejemplo; pero el que enseña y no hace, sobre no corregir á nadie, escandaliza á muchos. Por el contrario el que enseña y hace lo que enseña; el que con la boca y con la mano, es decir, con la predicacion y el ejemplo atrae miembros vivos al cuerpo de la Iglesia; el que es igual en el consejo y en las costumbres, tomando para sí y haciendo lo que predica á los otros, este será llamado grande en el reino de Dios, siendo acá escuchado y seguido como caudillo y doctor del pueblo cristiano, y en la corte celestial honrado y galardonado como siervo fiel, que con los pocos talentos que se le entregaron acrecentó el caudal que el gran Padre de familias le habia confiado.

[1] Div. Gregor. Naz. Ap. cops. 1 et 2.

[2] Div. Crisost. oper. imperf. in Mat. Hom. 10.

Terrible cargo, dice san Gregorio el grande [1], espera á aquellos que dicen y no hacen; porque es preciso se desprece la predicacion de aquel cuya vida se condenó en público de anemano. ¡Oh! cuántos hay en el día de hoy en la Iglesia de Dios tan extremadamente pequeños y mínimos, y que sin embargo, quieren ser y parecer muy grandes. Consiguiente es, pues, que sea mínimo en el reino de los cielos, cual es la Iglesia militante, y que no entre en el reino de los cielos, cual es la Iglesia triunfante, el que enseñando lo que quebranta no puede pertenecer á la sociedad de aquellos que hacen lo que enseñan y continuamente repiten [2]. A cuyo propósito dice tambien san Crisóstomo [3]: Enseñar y no hacer, no solo no acarrea ningún provecho, sino que causa un grandísimo daño. Grande condenacion espera al que pone gran cuidado en pulir y limar sus discursos, y descuidan el arreglo de su vida y la justicia de sus obras. Otros hay empero que viven bien y enseñan bien, y de estos es precisamente de quienes se dice: *El que hiciere y enseñare, este será llamado grande en el reino de los cielos.*

Avanzó en seguida Jesucristo su discurso, y previno sabia y oportunamente la contestacion que pudieran darle sus apóstoles representándole la conducta de los escribas y fariseos, y les añadió: Que él no se contentaba con el sencillo cumplimiento de la ley y con que no se quebrantase, sino que era necesario se cumpliese superabundantemente, y que la virtud y la justicia de sus seguidores fuese mucho mayor que la de los escribas y fariseos; que decian y no hacian, y él queria que los suyos enseñasen e hiciesen, porque para conseguir la salvacion eterna no basta la buena doctrina; es indispensable la buena vida; lo que fué lo mismo que decirles: Os miraré como indignos de la eleccion que he hecha de vosotros, y lojor de ser fundadores y príncipes de mi Iglesia; ni aun mereceréis ser miembros de mi cuerpo ni de sus miembros é individuos, y de entrar en el reino celestial. Apóstoles y discipulos míos, constituidos maestros y doctores del pueblo fiel, debéis ser sus verdaderos guías; á vosotros deben seguir; por esto al proponerles los artículos de la ley les dijo: Debeis ser

[1] Div. Gregor. Hom. 3 in Ezechielem.

[2] Div. August. lib. 1.º De Serm. Damini in mont. cap. 16.

[3] Criv. Crisost. Hom. 16 in Math.

sencillos y exactos: clara vuestra explicacion y tan fácil de comprender, que en vuestras obras y ejemplo tengan siempre una leccion práctica que imitar; así vuestra justicia será mas perfecta y excelente que la de los escribas y fariseos, que siempre adulteran el texto santo de la ley con explicaciones caprichosas acomodadas á los vicios y pasiones que les dominan.

San Gerónimo dice [1]: Que todas las especies de virtud se comprenden en esta palabra *justicia*, y que por esto la usó el Señor en esta ocasion, para dar á entender á sus apóstoles que no les bastaba poseer una ú otra virtud; porque como príncipes de la Iglesia debían poseerlas todas; y que fija entonces la atencion del divino Maestro en la observancia de todos los preceptos del Decálogo á la que quería que indujesen todos los hombres, les declaró las verdaderas intenciones de los judíos y los errores en que se precipitaban, condenándolos á todos con su declaracion, circunscribiéndola á un precepto.

Era doctrina corriente entre los judíos que por los preceptos negativos del Decálogo se prohibían solamente los actos exteriores con que se quebrantaban, pero no los movimientos y actos interiores de la voluntad y el ánimo; y así concluían que los actos malos de la voluntad no eran pecado si no llegaban á tener su efecto; y que por este precepto *no matarás*, lo único que se prohibía era el acto ó hecho de matar; no el deseo ó propósito de dar la muerte; por lo mismo, al querer Jesucristo refutar y destruir completamente una exposicion tan contraria al espíritu de mansedumbre y caridad que se encierra en la misma ley, quería que su pensamiento brillase de un modo sobresaliente en el Evangelio, y exigía en sus discípulos mayor perfeccion y justicia que en los escribas y fariseos, hombres de corazón uo y que estaban muy lejos de la justicia. Exigía en ellos aquella inocencia en las obras y limpieza en el corazón que es la verdadera justicia, segun dice David [2], y que como discípulos suyos tuviesen mayor santidad que los maestros mas justificados del antiguo Testamento. Y sobre todo exigía en ellos la guarda y custodia espiritual de la ley, y que no fuesen como los judíos que la guar-

[1] Div Hieronim in cap. 56 in Isaiam.

[2] Psal. 14, v. 3.

daban casualmente en razon de la dureza de su corazón: que lo enseñasen así con su doctrina y ejemplos, porque los cristianos que no viviesen segun el espíritu de la ley manifestado claramente en el Evangelio, no conseguirán el premio prometido en él, que es el reino de los cielos; ni en la Iglesia militante los contará Dios en el número de sus escogidos, ni en la triunfante el de los bienaventurados. Tal es la altura y sublimidad de la perfeccion de la ley evangélica y el modo con que quiere el Salvador que la guarden sus apóstoles y discípulos, y todos los que se honran con el nombre de cristianos.

Como su Majestad penetraba el corazón de los hombres y no ignoraba lo que pasaba en el de los escribas y fariseos, concretó muy particularmente su doctrina á la ley del homicidio, que tan malamente aquellos expositaban, y dijo á sus apóstoles: *Habris oído que fué dicho á los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare, merecerá ser condenado por el juicio; pues sabed que yo soy hijo de Dios, y que como á tal estoy en el pecho de Dios y sé toda su voluntad; yo tengo una autoridad igual á la de mi Padre; yo que soy la sabiduría de Dios, dador de toda la ley, á quien toca interpretar su letra y mostrar su espíritu; yo os digo, que puesto que los homicidios suelen nacer de ira ó enojo interior escondido en el pecho ó manifestado con palabras injuriosas, cualquiera que se enfureciese contra su hermano, merecerá ser condenado por el juicio; esto es, será tratado en el juicio de Dios como lo son los homicidas en el de los hombres, segun el rigor de la ley; siendo cierto que para Dios es verdadero homicida el que llega á aborrecer á su prójimo. Así siguiendo el orden de los tribunales de la tierra, en los que se determinan mayores ó menores penas segun la gravedad de los delitos, hizo el Salvador el juicio comparativo de los diversos grados de ira y de odio contra el prójimo, y de los castigos que por cada uno de ellos respectivamente se merecia.*

Cualquiera, pues, continuó el soberano Maestro, que no refrenando como debe la pasion de la ira, se prebase á manifestar su rencor con el semblante, ó con la voz, ó con alguna otra señal que indique la indignacion del ánimo, y tratase á su hermano de un modo injurioso, llamándolo con desprecio hombre vil, ó le dijese algun dicte-

no insultante, como *raka*, merecerá ser condenado por el concilio [1]; esto es, por el tribunal de los acaianos, que vituperarán semejante de nuestro, pues con él manifestó á los circunstantes el exceso del furor de que estaba poseído, y contra él se determinará tambien en el tribunal del soberano Juez.

Si alguno en fin que no tenga derecho para reprender, ni aun para corregir, sin necesidad de mantener los derechos de Dios, sin obligación de reparar su gloria, y solo por aborrecimiento y ultraje tratar á su hermano de loco, de insensato ó otro nombre, que segun la costumbre de cada provincia se tenga por afrentoso é infame, *este merecerá ser condenado al fuego del inferno*, como hombre que atendida la flaqueza humana dió bastante ocasion para que sucediese rencilla sangrienta y homicidio. El Señor pronunció la palabra *gehenna*, que denotaba el valle de *Hennon*, donde los malos quemaban á sus hijos para sacrificio de *Molo*, el que era imagen del inferno, como asegura san Gerónimo. Juicio terrible! ¡Espantoso castigo! que se llevará á debido tiempo contra tanto verdadero insensato, que so pretexto de la vindicacion y defensa de un horror mal entendido, y quizás de una frustreria vana, no solo pronuncia de vuestros, vomita imprecaciones y amontona palabras injuriosas sobre la cabeza de su prójimo, sino que conservando en su corazon un odio feroz, una ira implacable y la mas rabiosa venganza, provoca el desafio, intenta el homicidio, y no se da por satisfecho si no lo consigue. ¡Ah! La iniquidad y la injusticia del mundo podría prevalecer algun tiempo y hacer que las pasiones feroces salgan á la defensa de la ira; pero llegará el día de la venganza del Señor, y su justicia y verdad condenarán sin remedio la seducción y ceguedad voluntaria de los hombres, premianado para siempre la mansedumbre, la paciencia y la caridad.

Así instruyó perfectamente el Salvador á sus discípulos sobre la prohibicion del homicidio, sobre el deber de reprimir los movimientos de la ira, y sobre los deberes y derechos reciprocos de unos hombres para con los otros, para que después lo enseñasen ellos á todas

[1] La palabra *raka* usada entre los hebreos, es propiamente siríaca; carecia de significacion particular, y denotaba un desprecio injurioso del prójimo, que solia expresarse mas con la accion de escupir al suelo.

las gentes, no como una doctrina nueva, sino es como verdadera inteligencia y extension de la legítima ley; asegurando por este medio la vida de todos, que siempre hubiera quedado expuesta sin una tan formal prohibicion y sin la intimacion de tan terribles castigos.

Pero entraba aun en el cálculo previsor de la Sabiduría infinita de Dios, no solo condenar al homicidio y obstruir todos los medios ó caminos de llegar á él, sino el de curar tambien el extrago que la venganza y la ira pudieran haber abierto en el corazon de la criatura; por esto les añadió: *Si ofrees tu ofrenda en el altar, y allí te acordares que tu hermano tiene algo contra tí, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve primero á reconciliarte con tu hermano, y después volverás á presentar tu ofrenda*; que fué lo mismo que decirles: Ya os he enseñado cuánto os interesa que no tengais ira ni rencor con nadie, ni deis ocasion á que con vosotros se tenga; pero si alguna vez os sedujese la malicia, si un delincuente criminal os arastrase á la venganza y diérais con ello ocasion á la rencilla ó á la queja contra vosotros, y os enfureciere vuestro hermano, sabed que no aceptará Dios ningun sacrificio ni ofrenda vuestra, hasta que reunidos con el espíritu de la caridad y de la paz ofrezcais á Dios vuestros dones, que le serán entonces mas aceptos por cuanto irán acompañados con el sacrificio interior de la abnegacion de la propia voluntad que debe preferirse al de todas las víctimas: si así no le hiciérais, no aceptará Dios vuestra ofrenda, perderéis el tiempo y la víctima, y nada bastará á reconciliarlos con el Señor si no precede antes la reconciliacion con el prójimo.

Lamentable desgracia es que los hombres se obstinen en no querer conocer la importancia de las verdades sublimes que el Salvador nos enseña; no dice el Maestro *si tú tienes algo contra tu hermano*, sino *si tu hermano tiene algo contra tí*, si tiene motivo de queja por haberte tú ofendido; porque si tú eres el ofendido, no es necesario vayas á reconciliarte con el ofensor, porque entonces bastará el sacrificio interior de tu corazon, el acto heroico de la caridad; rogar á Dios por los enemigos y ofensores, y pedir por ellos perdon á Dios [1]; y sobre todo, útese bien cuánta es la solicitud amorosa de Dios

[1] Div. August. lib. 1.º De Serm. Domini cap. 20.

para que reine la paz y la concordia entre los hombres, cuando tan encarecidamente nos manda que le busquemos, y con tanta caridad nos da á entender que sin ella le es abominable nuestro sacrificio. Sea cual fuere la ocupacion del hombre, nunca será tan grande como el llenar los deberes de la gratitud, de reconocimiento, de accion de gracias y de humillacion á la presencia de Dios, para merecer sus misericordias; y si Dios mismo se da por contento de que el sacrificio que á este fin se le ofrezca se interrumpa y deje para que aquel vaya á reconciliarse con su enemigo, ¿quién podrá excusarse de verificar este acto de reconciliacion tan del gusto de su Majestad divina, alegando los vanos y frívolos pretextos con que el mundo pretende enervar y destruir la fuerza de los preceptos del Señor? ¡Oh grandezas! ¡oh excelencias! ¡oh elevacion incomprendible de la virtud de la caridad! Solo las lenguas angélicas pueden explicarte; solo la sabiduria de Dios puede comprenderte. Solo Dios, que es todo caridad; pudo por este medio dar á conocer á los hombres cuanto sea de su gusto la práctica de su virtud. Por esto decia san Pablo á los de Corinto [1]: "Aunque yo hablase todas las lenguas de los hombres y el lenguaje propio de los ángeles, si no tuviese caridad, vengo á ser como un metal que sueta ó campana que retine. Y cuando tuviera el don de profecía y tuviese la dicha de penetrar todos los misterios, y poseyese todas las ciencias; cuando tuviera toda la fe posible, de manera que trasladase de una á otra parte los montes, no teniendo caridad soy un nada. Y aunque distribuyese todos mis bienes para sustento de los pobres, y aunque entregara mi cuerpo á las llamas, si la caridad me falta, todo lo dicho no me sirve de nada." Y enumerando después todas las bellas propiedades de la caridad, pone en primer lugar la *paciencia*, la *benignidad*, la *dulzura*, como las mas inherentes á ella; y como si le pareciese poco decirlo una vez, lo repite hasta tres, añadiendo *todo lo sufre, lo soporta y tolera todo* [2], y concluye con decir, *la caridad nunca fenecce. . . . Ahora permanecen estas tres virtudes, la fe, la esperanza y la caridad; pues de las tres, la caridad es la mejor, la mas excelente de todas* [3].

[1] Div. Paul. Epist. 1.ª ad Corinth. cap. 13. v. 2 et seq.

[2] Id. Ibid. vs. 4 et 7.

[3] Id. Ibid. vs. 8 et 13.

No se crea, empero, que en Dios hay imprudencia ó injusticia cuando nos manda dejar el sacrificio é ir á buscar á nuestro hermano para reconciliarnos con él; porque esto se entiende cuando está cerca y puede bienamente hacerse; pero no cuando está lejos y hay grandes inconvenientes que vencer para practicarle, como si se hubiese de hacer un largo viaje, transitando provincias y reinos, ó si se hubiese de navegar por los mares; porque la ley de Jesucristo es el compendio de la prudencia, de la sabiduria y de la ciencia; y en la ejecucion de lo que manda quiere que se guarden tambien las reglas de la misma prudencia; y así es que el cumplimiento de este precepto exige tiempo y lugar conveniente, y las demás circunstancias que en cualquiera obra virtuosa deben concurrir, aunque es innegable que en la preparacion de la voluntad debe cumplirse lo que manda el Señor, sin tardanza, ni excusa, ni condicion alguna, estando pronto el ánimo para hacerlo, como él lo dice, en el tiempo, lugar y ocasion que primero se presente. Esta es la práctica que se usa constantemente en la Santa Madre Iglesia; ella absuelve al reo que se presenta á confesar su delito; pero le impone la obligacion de dar satisfaccion cumplida á aquel á quien se causó algun dafio.

Tambien conviene saber que si la ofensa fué pública y llegó á entenderla y conocerla aquel á quien se ofende, entonces subsiste el deber de pedir la reconciliacion; pero si fué oculta y el ofendido no llegó á entenderla, no hay un deber de manifestársela; no fuese cosa que entonces se le provocase á la venganza, en cuyo caso se manifiesta el delito al sacerdote mediante la confesion, y á Dios se pide la reconciliacion; por lo que decia san Gerónimo [1]: Si ofendiste con el pensamiento, reconcíllate con el pensamiento; si con palabras, de palabra debes reconciliarte tambien; y si con obras, la reconciliacion debe ser con obras; porque la satisfaccion debe ser en todo proporcionada á la ofensa; y en otra parte concluia el mismo santo doctor [2]: ¡Oh admirable benignidad é inefable dignacion del amor de Dios para con los hombres! Parece que el Señor mira como con desprecio su propio honor cuando trata de que se restablezca y conserve la caridad entre los hermanos; pues nada procura tan-

[1] Div. Crisostom. Hom. 11 oper. imperfec.

[2] Id. Rom. 16 in Math.

to como unirlo con los vínculos de tan peregrina virtud: por esto hizo Dios todas las cosas y él se hizo hombre también; para unirmos á todos con los vínculos de la caridad.

Después de este tan grande precepto, dió el Señor á sus apóstoles un consejo de sumo interés é importancia: *Comparte con tu adversario* (les dijo) *mientras estás con él en el camino, no sea cosa que te ponga en manos del juez, y este te entregue al ministro y te metan en la cárcel. En verdad te digo que no saldrás de allí hasta que pagues el último moravedí.* Breve sentencia; pero que encierra un pensamiento misterioso y sublime. Desterrados en este valle de lágrimas, caminamos hacia el tribunal de Dios, por donde hemos de pasar antes de llegar á la patria; y si allí lleva nuestro hermano quejas contra nosotros y nos acusa, ¿qué será de nosotros? y aunque sea él tan bueno que nos perdone, si nuestros odios y venganzas son nuestra mas terrible fiscal y nos acusa, ¿dónde iremos á parar? El supremo Juez admitirá su testimonio, y después de pronunciar contra vosotros su fallo inapelable, nos entregará á los ministros de su justicia vengadora, y seremos eternamente atormentados.

No bastaba que Jesús hubiese manifestado tan explícitamente los deseos de su voluntad sobre un precepto tan interesante; así fué que, deseoso de continuar las reglas de perfeccion que iba dando á sus apóstoles, para uniformar en todo su espíritu y su corazón con las máximas de la moral sublime que quería que enseñasen al mundo, les habló de la inocencia de las costumbres y de la pureza de corazón que debían guardar los que hacían profesion de seguirle, diciendo: *Habéis oído que se dijo á los antiguos no cometerás adulterio* [1], pero no hasta ateneros á las palabras de la ley dada á vuestros padres; ella al parecer no prohibe sino el adulterio consumado: mis deseos son mas elevados y santos; la nueva ley que á los hombres anuncio se extiende á mas; yo os digo que la muerte entra por los ojos en el corazón luego que la voluntad consiente; el que mira á una mujer y la desea con afecto libidinoso, *adulteró ya en su corazón.* En esta materia no se prohibe solamente los actos exteriores,

[1] Exod. cap. 20, v. 14.

sino también la complacencia interior, la intencion y los deseos. Una mirada con intencion, un deseo ardiente y vivo, y aun el exponerse á una ocasion próxima de desear ó de pecar, bastan para incurrir en la malicia del adulterio. Grande ha de ser, pues, nuestro cuidado en evitar y huir todas las ocasiones; no abuseis de los sentidos de nuestro cuerpo, y mucho menos de la vista; y cuando ellos sean ocasion ó motivo de pecar, mas vale mutilarlos y arrojarnos lejos de nuestro cuerpo, que no que sean ocasion de escándalo y ruina de vuestra alma. No gana el cielo sino aquel que se hace violencia y sacrifica en caso necesario una parte de su cuerpo para conseguirlo; porque es preferible sin comparacion alguna este sacrificio á la conservacion de todo el cuerpo, si por conservarlo sin lesión ha de ser para siempre precipitado en el abismo.

No cabe duda en que su Majestad no quiere que sus palabras se entiendan tan materialmente y como suenan, de los miembros de nuestro cuerpo, sino que por el ojo derecho y mano derecha, que son los que señala, se signifiquen y entiendan aquellas cosas y personas, cuya privacion podria ser tan sensible y dolorosa al alma, como lo es al cuerpo la privacion y separacion de uno de sus miembros: así que, por sensible que sea la separacion del trato, amistad y compañía de una persona que escandaliza y precipita al pecado, es preciso hacerse violencia y separarse de ella, aunque para la comodidad y conveniencia nos parezca ser tan útil como las manos y los ojos, y que esta separacion no sea como quiere el mundo, sino como Dios lo ordena y manda: sea una separacion hecha con la energia de la virtud, con la valentia que el amor de Dios inspira, y con la fuerza de la conviccion, como quien no duda que si no corta de raíz una pasion criminal que la domina para no admitirla otra vez en su corazón, como se corta y arroja lejos del cuerpo un miembro gangrenado que ya no puede unirsele otra vez, arrebatado por la violencia de aquella será irremisiblemente arrastrado hasta el infierno.

En todas las ocasiones en que la virtud peligra es precisa esta separacion, por dura y violenta que parezca, y lo es muy especialmente en todas aquellas en que peligra la castidad. Nada hay mas delicado que esta virtud; es flor que se marchita aunque no se lo

que; una mirada soia basta para ajarla y hacerla perder toda su belleza; la fetidez de un aliento impuro la empaña y ennegrece, y es preciso conservarla con tanto mas cuidado, quanto que quiere el Maestro divino que en sus nuevos discípulos y seguidores sea mucho mas perfecta que lo fué en la ley de Moisés; á aquellos se les dijo: *Si toma el hombre una mujer y después llegase á ser mal vista ó mirada por él por algun vicio notable, hará una escritura de repudio, y la pondrá en manos de la mujer, y la despedirá de su casa* [1]; pero esto mismo que se permitia á vuestros antepasados, atendida la dureza de su corazón, no puede tolerarse en la ley evangélica. Después de mi venida al mundo, y después que yo declaro que el matrimonio es un vínculo indisoluble formado por Dios, el hombre no puede deshacerlo por su veleidad, por sus caprichos ó por su inconstancia; así que, *cualquiera que dejase á su mujer por otro motivo que el de su infidelidad, es responsable de su adulterio; y el que se case con la repudiada, será también adúltero.*

Segun esta doctrina del Salvador parece claro que el adulterio es una causa justa para el divorcio, y que el marido no es responsable de la vida desarreglada de la mujer, que con su infidelidad dió lugar á aquel; pero tambien es cierto que la mujer divorciada aun por motivo de adulterio, no puede contraer segundo matrimonio mientras vive el primer marido, porque en este caso la mujer y el segundo consorte ambos serian adúlteros. El lazo subsiste mientras viven los dos esposos, y el acto del divorcio no prevalece ni puede destruir la institucion de Dios, tan claramente representada en la union de Jesucristo con su Iglesia.

Otras varias máximas expusió el Maestro divino, que los doctores no explicaban con aquella claridad que ellas por su naturaleza requerian: así, después de hablarles del modo con que debia guardarse la fe del matrimonio, creyó muy oportuno explicarles la fidelidad con que han de cumplirse las promesas, especialmente las que se confirman con juramento, y enseñaes que se ha de guardar muy bien cualquiera de jurar en vano. Dios habia dicho antiguamente á su pueblo: *No tomarás en vano el nombre del Señor tu Dios; por-*

[1] Deuteronom. cap. 27, v. 1.

que no dejará el Señor sin castigo al que tomare en vano el nombre del Señor Dios suyo [1]; lo mismo les reiteró en el Levítico, y Moisés lo repitió en el Deuteronomio; sin embargo, el juramento era muy frecuente entre los judios: juraban por costumbre sin necesidad ni justicia, por el cielo y por la tierra, por la ciudad santa, y hasta por su propia cabeza, poniéndose las manos sobre ella. Los escribas y fariseos no solo no condenaban esta costumbre como debian, atendidos los mandamientos expresos de la ley, sino que hasta cierto punto los autorizaban y aplaudian: por esto para condenar el Salvador la tolerancia criminal de los doctores, dijo á sus discípulos: *De ninguna manera juréis, ni aun con las fórmulas introducidas que admiten los maestros de la Sinagoga, porque es un abuso sacrilego.*

La ley dice: No tomarás en vano el nombre de tu Dios, y se juraba por el cielo que es el trono de Dios, sin reparar que jurando por el trono del Altísimo se juraba por Dios del cielo que está sentado en él: *No jurareis, pues, por el cielo*, llamándolo por testigo de la verdad que afirmáis. *Tampoco jurareis por la tierra, porque es la alfombra ó tarima de los pies de Dios*: es el reflejo de su Omnipotencia, y la belleza de la naturaleza nos hacen ver como en un espejo de sus divinas perfecciones. *No jurareis por Jerusalem, porque es la ciudad del gran Rey*. Es la ciudad real, la ciudad santa que eligió el Señor para morada suya. *Ni juréis en fin por vuestra cabeza, porque sobre ella no tenéis potestad alguna, ni aun á un solo cabello podeis mudar el color convirtiéndole de blanco en negro*: ella es la imágen de Dios, al Señor pertenece; y jurar por ella seria jurar por el nombre y la grandeza de su Criador que en ella brilla y resplandee. Usad, pues, en vuestras aseveraciones ó negociaciones de frases explícitas y sencillas, como son *si* ó *no*, porque ellas solas bastan para dar testimonio de vuestra verdad, persuadiéndoos que todo lo que á estas palabras añadiéreis, procede de un mal origen y hará sospechosas vuestra honradez y verdad. Per esto decia Séneca [2]: Nada importa que afirmes ó que jures: sabe que se trata de la fe y la religion siempre que de la verdad se

[1] Exod. cap. 20, v. 7. Levit. 19, v. 12. Deuteronom. 5, v. 11.

[2] Senten. Lib. de Justicia et jure.

trata; y si tomas de jurar la costumbre, con mucha facilidad te deslizaras en el perjuro.

Duplicó Jesucristo la afirmación ó la negación cuando dijo á sus apóstoles, sean vuestras palabras *si, sí, ó no, no*, para demostrarnos que lo que está dentro del corazón es lo que ha de pronunciar la boca, y que las cosas han de decirse como están en la conciencia, tanto afirmando, como negando y son en sí; así debe pronunciarlas la lengua. Con esta claridad y sencillez nos dejó á todos las máximas de la moral mas sublime, se opuso á las falsas tradiciones, que autorizaban los escribas, condenó los abusos mas groseros, y abolió la criminal tolerancia que había de ultrajar y ofender al prójimo, sin darle una satisfacción cumplida después de haberle ofendido, quedando impune el ofensor. Así nos enseñó á huir el adulterio, evitando hasta las ocasiones de desealarlo; previniendo las tentaciones, previniendo la privación y apartamiento de las cosas mas amadas, por licitas que nos parecían, porque en muchas ocasiones nos ponen en la próxima de pecar. Así enseñó á los esposos no ser lícito separarse de la mujer legítima sino por causa de su infidelidad y adulterio; y que aun en este caso que justifica el divorcio, quedaban imposibilitados de contraer segundo matrimonio mientras vivan ambos consortes. Y así en fin nos enseñó que no era lícito jurar sino con verdad, con necesidad y justicia; y que á él solo tocaba exponer la oscuridad de la antigua ley, conformándola con la nueva del Evangelio en todo aquello que podía parecer oscuro ó dudoso; pues era el legislador Supremo á quien todas las criaturas no podían menos de obedecer.

ORACION.

Señor mío, Jesucristo, que desearo de que la justicia de los hijos del pueblo cristiano fuese mayor y mas excelente que la de los antiguos, prometiste á estos los bienes temporales, y á los cristianos los eternos: conódelme la gracia de que luzca con mis obras y palabras en tu divina presencia y en la de mis prójimos; de que no quebrante tu ley, sino de que la cumpla con toda perfeccion y plenitud. Librame de toda ira y de que ofenda á mis hermanos.

para que todo don que te ofrezca con la la voluntad, las palabras ó las obras, sea accepto á tu divina Majestad. Enséñame, oh Dios, clementísimo! á refrenar la concupiscencia, á apartarme de la vista de todo lo malo y á evitar todo juramento, para que me abstenga de ofenderte y de ofender á mi prójimo, y en todas las cosas siempre te agrade. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo está contenida en el V del Evangelio de san Mateo, desde el v. 13 hasta el 37. La contestan san Marcos, cap. IV, versículo 21. San Lucas, cap. VIII, versículo 16, cap. XI, versículos 33 y 36, y cap. XVI, versículo 17. Todos inclúve.

La Iglesia usa de estos Evangelios en las misas y dias siguientes.

En la misa *In medio Ecclesie* del comun de doctores, usa de el de san Mateo, desde el versículo 13 hasta el 19.

En el dia de san Juan Crisóstomo á 27 de enero.

En el de santo Tomás de Aquino á 7 de marzo; y en el de otros muchos santos doctores y prelados de la Iglesia.

En la Dominica quinta después de Pentecostés, desde el versículo 20 hasta el 24. Lo restante de este Evangelio no tiene aplicación particular; dice así:

EVANGELIO DE SAN MATEO.

Cap. V, desde el versículo 13 al 19.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Vosotros sois la sal de la tierra: si la sal pierde su fuerza, ¿con qué se la volverá el sabor? Para nada sirve ya sino para ser arrojada y pisada de los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; la ciudad colocada sobre un monte, no puede estar escondida; ni encienden la luz para ponerla bajo celemin, sino sobre el candelero para que alumbré á todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. No penseis que he venido á destruir la ley ó los

profetas; no he venido á destruirla sino á cumplirla. Porque en verdad os digo, que antes faltarán el cielo y la tierra, que deje de cumplirse perfectamente cuanto contiene la ley, hasta una sola jota ó ápice de ella. Por lo cual, el que quebrantare uno de estos mandamientos por mínimos que parezcan, y enseñare á los hombres á hacer lo mismo, será tenido por muy pequeño en el reino de los cielos; pero el que los cumpliere y enseñare, este será llamado grande en el reino de los cielos.

EVANGELIO PARA LA DOMINICA V, DESPUES DE PENTECOSTES.

Cap. V de san Mateo, desde el versículo 20 al 24.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Si vuestra justicia no fuera mas llena y mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Habis oido que se dijo á los antiguos no matarás; y cualquiera que matare sera condenado por el juicio. Mas yo os digo, que cualquiera que se airase contra su hermano merecerá ser condenado por el juicio. El que le dijese á su hermano raka, merecerá ser condenado por el concilio. Mas el que le llamase fatuo, será reo del fuego del infierno. Por tanto, si ofreces tu ofrenda en el altar y allí te acordares que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda en el altar y vé primero á reconciliarte con tu hermano, y volverás después á presentar tu ofrenda.

Sigue la historia del mismo capítulo desde el v. 25 al 37.

Compite luego con tu contrario mientras estás con él todavía en el camino, no sea cosa que te ponga en manos del juez y el juez te entregue en las del alguacil ó ministro y te metan en la cárcel. En verdad te digo que de allí no saldrás hasta que pagues el último maravedí. Habis oido que se dijo á vuestros mayores: No cometerás adulterio. Mas yo os digo que cualquiera que mirare á una mujer y la deseara con mal deseo, ya adulteró en su corazón: si tu ojo derecho te sirve de escándalo, sacátele y arrojale fuera de tí,

pues te conviene mas perder uno de tus miembros, que todo el cuerpo sea arrojado al infierno. Y si es tu mano derecha la que te sirve de escándalo, córtala y tirala lejos de tí; pues te conviene mas que perezca uno de tus miembros, que no el que vaya todo tu cuerpo al infierno. Hase dicho: Cualquiera que despidiere á su mujer, dele libeto de repudio. Pero yo os digo: Que cualquiera que despidiere á su mujer si no es por causa de adulterio, la expone á ser adúltera; y el que se casare con la repudiada, es asimismo adúltero. Asimismo habéis oido que se dijo á vuestros mayores: No jurarás en falso; antes bien cumplirás los juramentos hechos al Señor. Mas yo os digo: Que de ningún modo juréis *sin justo motivo*, ni por el cielo, pues es el trono de Dios; ni por la tierra, pues es la planta de sus pies; ni por Jerusalem, porque es la ciudad del gran Rey; ni tampoco jurareis por vuestra cabeza, pues no está en vuestro mano el hacer blanco ó negro un solo cabello. Sea pues vuestro modo de hablar, sí, sí, ó no, no; que lo que pase de esto, de mal principio proviene.

OBSERVACIONES.

Siempre que los hombres no distingan entre los consejos y los preceptos del Evangelio, tropezarán con mucha facilidad en el establecimiento y eleccion de los principios morales, y tendrán que acudir como los doctores de la Sinagoga á comentarios ó interpretaciones ridículas y absurdas en los preceptos y consejos mas importantes. Sabido es que, hablando generalmente, los consejos no obligan á cada uno de los cristianos; pero es innegable que constituyen una parte esencial del Evangelio, y es muy conveniente que siempre tengan observadores entre los discípulos mas fervorosos del Salvador, para confundir la impiedad filosófica, que se dignifica en querer persuadir que son ridículos, absurdos, imposibles de observar, y sobre todo, contrarios á los principios de la naturaleza y la razon.

No son leyes, dicen, no son preceptos; por consiguiente, no hay obligacion ni necesidad de observarlos. Lo primero es cierto, lo segundo es un absurdo, una incoherencia, una declaracion vana y estéril. No son preceptos, pero contienen el meollo, el gusto, el espíritu.

ritia y la perfección del Evangelio. Ninguno está obligado á guardarlos en todo tiempo y lugar; pero su práctica debe conservarse en el cuerpo de la sociedad cristiana ó Iglesia verdadera del Señor, y juzgarse el hombre siempre dispensado de todos ellos; sería tal vez exponerse temerariamente á quebrantar los preceptos. Es cierto también que ningún consejo determinado hace de suyo ley; pero tampoco puede dudarse que sucede muchas veces que atendiendo las circunstancias de lugares, tiempos y personas, el consejo pasa á ley y viene á ser un precepto.

Los impíos tachan también á Jesucristo de injusto cuando habla de la pena en que incurren los que se enfurecen contra sus hermanos, porque dicen que manda castigar con la misma pena á los homicidas y á los fruncidos, á los orgullosos. El Salvador solamente dice, que la misma ley que prohibe el homicidio, prohibe también y condena la ira, la venganza, los insultos, y las injurias y ultrajes contra los hermanos. El Señor clasifica esas diversas clases de pasiones innobles que con tanta frecuencia conciben los hombres y conservan en su corazón, é indica al tribunal que debe juzgarlos: añaden empero los refractarios que á más de todo esto hay una contradicción muy marcada entre lo que aquí expresa el divino Maestro, y lo que poco antes había manifestado; á saber: Que él no venía á quebrantar la ley y los profetas, sino á darles entero cumplimiento; y cómo ha de cumplir lo que ellos dijeron, si condena el enfurecimiento ó la ira? No es cierto que David dijo, cañas y no pequeñas [1]. ¿Pues qué pués dice ahora que el que se enfurece contra su hermano es como de juicio? Objeción infundada y puéril; á la que se contesta victoriosamente con una muy sencilla reflexión.

David no dice que los hombres se enojen y enfurezcan contra sus semejantes, sino que el pecador se enoja y enfurece contra sí mismo; castiga su cuerpo y le reduce á la servidumbre; para que la carne no se rebela contra el espíritu, y todas las pasiones queden amortiguadas y sujetas á la ley del mismo espíritu. Esta es aquella ira santa de que al parecer se acaban en muchas ocasiones los profetas contra los pecadores obstinados que se glorificaban en la

[1] Ps. lxxv. 5. *cañas y no pequeñas*.

multitud de sus iniquidades, y hacían alarde de insultar públicamente al Señor, pidiendo á voces los castigase ejemplarmente, quejándose en otras de que tan liberalmente los perdonase. Pero este furor ó enojo es con toda verdad aquel celo fogoso y ardiente que abrasaba su corazón en defensa de la ley y de la gloria de Dios; y no es aquella ira viciosa, culpable y funesta, que enrítece y degrada; no es aquel apetito desordenado, aquel movimiento de venganza feroz que arma la mano airada del hombre contra el miserable, que tal vez sin intencion tuvo la desgracia de ofenderle. Esta siempre es criminal, aquella es laudable y santa.

En efecto, ¿qué es el hombre arrebatado de los ímpetus furiosos de la ira? Es una fiara capaz de destruir el mundo entero. En su corazón no hay sentimientos ni virtudes; desconoce los deberes y obligaciones; no le contienen ni los lazos de la amistad, ni los de la carne y la sangre, ni los principios de la moral, ni las inspiraciones de la religion, ni los ayos lastimeros de la humanidad, olvidan todos los respetos y hollando todas las leyes; es capaz de volver su furor, no solamente contra aquellos de quienes se siente ofendido, sino contra sí mismo, si no puede satisfacer su implacable y muchas veces impotente rabia; pero la ira santa y laudable produce efectos enteramente contrarios.

Mas atento el hombre á las voces de la religion que á las exigencias del amor propio, la paciencia le es genial, la dulzura forma su carácter, la tolerancia y la paz con su primer móvil, y los afectos que mas le dominan son los deseos de la felicidad de sus prójimos, con los que contempla unido con los duplicados lazos de la religion y de la sociedad. Feliz el hombre que así se irrita y enfurece! Dichado de aquel que todo destruirlo quiere!

“ los árbitros. Pero si se quisiese la muerte de ella, pagarán vida por vida, y en general se pagará ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pié por pié, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe.” Y lo mismo se hallaba repetido en el Levítico [1] y en el Deuteronomio; y por esto creían ellos que absolutamente hablando, el deseo de este castigo era bueno y apetecible, pero no es así. Para que este deseo sea bueno, debe auzimarle otro objeto principal, como el de conservar los derechos y el orden de la justicia; la enmienda del que delinquirió; el terror de los malos y la conservación de los buenos; la gloria de Dios; la paz de la república, ó algun otro semejante; pues donde no se presume que ha de provenir algun bien de la pena que á uno se impone, sino que antes se teme que ha de provenir escándalo, ó que ha de suscitarse ó seguirse un mal mayor, entóces el hombre debe desistir de buscar la vindicta pública, y en este caso es la desistencia una necesidad; fuera de él es una obra de supererogacion. Así que, no resistir al malo, es en ciertos casos un precepto, en otros un consejo: pero si los malos se insolentan mas por no hallar una resistencia legal y de allí toman bríos para molestar y mortificar á los buenos, en este caso puede legalmente resistir á su malicia; pues al mal de la culpa siempre le oee resistir; pero no al mal de la injuria, si no es por los motivos antes dichos.

La incivilizacion del pueblo judío, y aun la ferocidad de que le habian precisado á revestirse los malos tratamientos que recibió de los egipcios, necesitaban de un rigor nunca visto para contenerle en los justos límites de su deber; por consiguiente la pena del *Talion* podria no solo ser útil sino en muchísimos casos necesaria para reprimir los excesos de furor y barbarie que con mucha frecuencia cometian. El Salvador empero que queria derramar el espíritu de fraternidad entre todos los hombres, no podia dejar pasar estas disposiciones sin aclararlas suficientemente, y darlas una explicacion bastante para que no quedasen autorizadas las venganzas personales, y los hombres no se armasen los unos contra los otros, entendiendo que el único recurso que por la ley les quedaba, era el poder deman-

CAPITULO IV.

CONTINUA JESUCRISTO DANDO INSTRUCCIONES A SUS APÓSTOLES Y DISCÍPULOS, Y LES PRESCRIBE LAS REGLAS DE GENEROSIDAD Y BENEFICENCIA QUE HAN DE TENER LOS HOMBRES ENTRE SÍ.

Nada mas natural y propio de la sabiduría infinita del Supremo legislador, que dar reglas á los cristianos del modo como debian conducirse con sus prójimos cuando de ellos recibieron agravios, después que les enseñó que á nadie habian de injuriar, ni hacer irreverencias ó desacatos al nombre santo de Dios. Pocas palabras habló su Majestad, pero muy suficientes para que todos los hombres consigan la perfeccion, y para recomendar y persuadir con eficacia las virtudes de la longanimidad y paciencia.

Explicóse en primer lugar la inteligencia ó el modo con que debía entenderse cierto precepto judicial, sobre el que erraban torpemente los judíos, creyendo que podian apeteer la venganza ó vindicta judicial y pública, por el plear que sentian en su corazon al ver castigado por la mano durisima de la ley al que les habia ofendido ó causado algun daño. Escrito estaba en el libro del Exodo [1]: “Si armando pendencia algunos hombres, uno de ellos hiriera á una mujer preñada y esta abortase, pero no muriese, resucirá el daño, segun lo que le pidiere el marido de la mujer y juzgaren

[1] Exod. cap. 21, vs. 23, 24, 25.

[1] Levit. cap. 24, vs. 19 et 20, Deuteronom. cap. 19, vs. 16 et seq.

dar en justicia la reparacion de la injuria que habian recibido y pedir que se contuviese al agresor, obligándole á que pagase una pena proporcionalada y correspondiente á la injuria causada: así se puso coto á la insolencia de los que siempre estaban dispuestos á ofender sus prójimos, y se reprimió la audacia de los que se hallaban no menos resueltos á vengar por su mano las ofensas.

La ley dada por Moisés decia una consideracion al ministro público que no se derogó por el Evangelio de Jesucristo, ni tampoco en él se deroga sin distincion ni reserva la facultad de aquella concede á los hombres ultrajados, despojados, maltratados ó deshonrados, de pedir la justicia, que jamás deben tomarse por su mano; pero quiere el Señor que se prevengan los corazones con los afectos de la caridad, que nunca se sigan ni se dé oídos á las violentas impresiones de la ira, de la venganza y del odio, sino que conteniéndose cada uno en los límites de la moderacion legal, pida si quiere, por los medios que prescribe la prudencia acompañada de la caridad, la satisfaccion ó restitution de aquello en que se le perjudicó. Pero esto no es precepto ni aun un consejo; es solo una permission en circunstancias dadas y con las precauciones referidas; pues muy lejos de mandar ó aconsejar el Señor que se pida justicia ante los tribunales por los agravios y ofensas, añade: "No os deis jamás por ofendidos de la injuria. No hagais resistencia al agravio." "Sufrid con alegría, á lo menos con paciencia, los malos tratamientos. Si alguno te hiere en la mejilla derecha, vuélvete tambien la otra." "Si alguno te moviese pleito para quitarte la túnica, dalo tambien la capa; y si alguno te forzare á ir cargando mil pasos, vé con él otros dos mil, y concédele de buena gana doblado de lo que te pide." "Esto es, si alguno sin derecho ni razon te precisa á que hagas por él oficios penosos porque se cree mas fuerte ó poderoso que tú, y porque te ve sin defensa te hiciere tomar su carga mil pasos, ofrécele llevarla dos mil mas allá. Sobre todo, lo que dice san Agustín [1]: No tan solo se te manda que no contestes con un bofetón al que te pegó primero, sino que si te aremetes con otro, estés dispuesto á sufrirlo con paciencia.

[1] Div. Augus. lib. 1.º De Serm. Domini. cap. 34.

Con estos preceptos evangélicos nos confirma el Señor en la paciencia y humildad que quiere sea como propia y peculiar de todos sus hijos; por lo que dice el Crisóstomo [1]: El que al recibir un bofetón vuelve otro á su prójimo, cumple con el mandato de la ley, pero no la de Cristo. Tú dirás, digno es el que me hiere de que yo le hiera tambien; pero á ti no te está bien la repercusion, porque eres discípulo de aquel que cuando le maldescian no maldescia, y cuando le herian tampoco heria á nadie. Y Beda añade [2]: Nada hay mas grande como ofrecer la otra mejilla al que ya nos hirió en una. Por ventura, ¿no se quebrantan con tan humilde accion los impetus del enojo? ¿No se aplacan los furrores de la ira? ¿Y por ventura, por la humildad y paciencia no se conmueve y muda el corazón del agresor, y se le provoca á la paciencia? Por el cumplimiento pues de este mandato, el hombre se conforma con Cristo, el diablo es vencido por el hombre, y se consigna entre los hombres una paz llena y perfecta.

Todo esto sin duda pareció poco al Señor, y añadió: No se ha de contentar con esto vuestra caridad; ha de ser mas sublime; ha de ser mas parecida á la caridad eterna que Dios tiene á los hombres. No solo no se ha de retornar mal por mal, sino que es preciso hacer al prójimo mucho bien. Dad libremente á todos los que os pidan, y no os escondais ó negueis el rostro á aquellos que pretendieren de vosotros algun préstamo. Es ser inhumano el no compadecerse de las misertas del prójimo, y apartar los ojos por no verle. Es pecar contra la ley natural no ser caritativo con los demás, como quisiéramos que lo fuesen con nosotros. Si no tenemos posibilidad y facultades para socorrer, por lo menos no deben faltarnos buenas palabras para consolar; así pues, al que en su necesidad te pide una cosa corporal ó espiritual, concédele el don ó no le niegues el consuelo ni la oracion rogando á Dios por él siempre que pida con necesidad y razon; pero aun cuando estas dos cosas faltaren, no le niegues la palabra prudente y modesta con que debes enseñarle la razon con que pide y la causa de tu justa negacion, para que de tu presencia no marche con el corazón vacío. Esta doctrina es parte

[1] Div. Crisostom. Hom. 42. Oper. imperfect.

[2] Ven. Bed. in cap. 6 Luc.

de las obras de justicia y de la limosna espiritual: así sí, el que injustamente ó sin necesidad te pidió no recibió de ti lo que quería, lleva sin embargo otra cosa mejor, que es la correccion fraternal: y así tú darás siempre á todo el que te pida, aunque no des siempre todo lo que se te pide. No es menos criminal y abominable, dice san Ambrosio [1], quitar á uno lo que tiene, que negar á los indigentes lo que piden, cuando aquel á quien se pide tiene con abundancia. El pan que tú retienes, es del hambriento; los vestidos que encierras en tus arcas, son de la viuda y el pupilo; y los dineros que en la tierra escondes, son del precio de la redencion y libertad de los miserables y cautivos. Y la vena de oro del Crisóstomo añade [2]: Las riquezas no son nuestras sino de Dios; pues quiso que todos fuésemos dispenseros, no señores de sus riquezas. Así, que da y reparte, pero no vendes; porque vende aquel que espera que le rueguen muchas veces; vende, el que difiere para mañana la concesion de lo que se te pide; vende, el que cuando da al pobre, le moteja é insulta; vende, el que da con semblante y ánimo triste; y vende en fin, el que dice que para dar debe esperarse una coyuntura favorable.

Entre los consejos que el anciano Tobias dió á su hijo, sobresale el de la limosna, diciéndole [3]: Haz limosna de aquello que tengas, y no vuelvas tus espaldas á ningun pobre, que así conseguirás que tampoco el Señor aparte de ti su rostro. Sé caritativo segun tu posibilidad. Si tuvieres mucho, da con abundancia; y si poco, procura dar de buena gana aun de lo poco que tuvieres; pues con eso te atesoras una gran recompensa para el día de tu necesidad. Y san Pablo tambien decia á los de Corinto [4]: Haga cada cual la oferta como lo ha resuelto en su corazon, pero no de mala gana ó como por fuerza; porque Dios ama al que da con alegría. Por lo que, cuando en el Evangelio dice, *da al que te pidiere, y no te niegues al que te pide prestado*; es preciso conocer que siguiendo este consejo evangélico debemos dar de buena gana con alegría y sin re-

[1] Div. Ambros. cap. 6 Luc.

[2] Div. Crisostom. Hom. 12. Oper. imperfect.

[3] Tob. cap. 4, vs. 7 et seqs.

[4] Div. Paul. Epist. 2.ª ad Coriuth. cap. 9, v. 6.

sistencia alguna aquello que se nos pide, aunque para nosotros sea útil ó conveniente; y cuando se nos pide prestado tambien lo debemos dar sin exigencia ni usura alguna. Nunca debe el hombre dejar de ser misericordioso; pero la recompensa de su misericordia no debe esperarla del hombre sino de Dios, que premia con mucha usura todo aquello que se hace porque él lo manda.

Asimismo debe advertirse que este consejo comprende dos especies de beneficios, que son, ó el dar de buena voluntad sin esperar retribucion alguna, ó cuando prestamos con la esperanza de que se nos devuelva; y á lo uno y á lo otro siempre hemos de estar dispuestos. Si se nos pide misericordia, hagámosla con la alegría, liberalidad y prontitud que podamos, para que precediendo este mérito, consigamos mas fácilmente de Dios lo que le pedimos; porque si despreciamos á los que nos piden, ¿cómo podremos esperar que Dios nos atenderá á nosotros? Y no debe entenderse esto solamente de la limosna natural que se nos pide, sino de aquella otra especie de riqueza que jamás falta; de aquel tesoro inestimable que trasladado á manos de otro siempre crece y se aumenta en beneficio del que lo dió; esto es, de la sabiduria y de la doctrina que jamás debe negarse al que la pide. Es pues un deber darla por Dios cuando por él se pide, y al que la pide prestada para enseñar á otros se le ha de dar con alegría; porque retribuirá el Señor con grandes usuras la enseñanza de la doctrina sana que á otros se dé [1].

Con estas máximas tan sublimes aleccionaba el Señor y formaba el corazon de sus apóstoles, porque esta claridad que en ellas resplandece era necesaria, no solo para la conversion de todo el mundo, sino para el establecimiento del Evangelio aun entre los mismos judíos; para los apóstoles eran leyes que debían observarse á la letra, porque predicadores de una nueva ley que habia de tener muchos enemigos, era preciso fuesen los modelos de la perfeccion evangélica; y así el divino Maestro no les dejó libertad en la eleccion sobre estos puntos. Para el resto empero del comun de los fieles no eran sino consejos, que el que los cumple con fidelidad bien puede decirse que se entrega á la perfeccion de toda la ley; pero aunque

[1] Div. Crisost. Hom. 20 in Math.

estas máximas tan perfectas no sean preceptos rigorosos para los fieles de todos estados y condiciones, sin embargo, se ve por otra parte que Jesucristo reprueba y condena las miras interesadas y los fines torcidos con que muchos acostumbran á hacer los beneficios. Quiere que el hombre haga bien á sus semejantes todas las veces que pueda, únicamente con el fin de cumplir los deberes de la humanidad y de la caridad; pero no quiere que la retribución ó el lucro temporal sean el objeto ó el principal agente de las acciones generosas, porque esto sería mas bien un cambio ó comercio de beneficios, que acciones caritativas y cristianas. Con todo, el Evangelio no condena como un crimen (según opinan aun los moralistas mas severos) exigir en los empréstitos un interés moderado en consideración á las circunstancias de las personas, á los peligros, á las pérdidas y perjuicios á que se exponen los prestamistas; podrán, sí, perder en muchas ocasiones el mérito de la virtud, mas no incurrir en pecado, salvo en los casos en que la razón y la ley natural dicten otra cosa. Hasta los antiguos justos pensaron de la misma manera, y así como condenaron por injusta y abominable la usura desmedida que exigía una mitad de interés del valor prestado, así tambien juzgaron muy tolerable un módico interés, menos en los casos exceptuados por la ley.

La ley de los judíos era clara al parecer y terminante, tanto con respecto á la beneficencia con los pobres y menesterosos, como con respecto á los amigos, domésticos y conciudadanos, como con respecto á los extraños; decía una de ellas [1]: "Si prestarás dinero al necesitado de mi pueblo que mora contigo, no le apremiarás como un exactor ni le oprimirás con usuras. Si recibieres de tu prójimo el vestido ó mantillo en prenda, se lo volverás antes de ponerse el sol. En el Levítico se leía tambien [2]: "Si tu hermano empobreciere, y no pudiendo valerse lo recibieres como forastero y peregrino, y viviere contigo, no cobres usuras de él ni mas de lo que prestaste. Temed á tu Dios á fin de que tu hermano pueda vivir en tu casa. No le darás tu dinero á logro, de los comestibles no le exigirás aumento sobre aquello que le has dado." En estas dos leyes na-

[1] Exod. cap. 22, vs. 25 et 26.

[2] Levit. cap. 25, vs. 35, 36 et 37.

da se dice con respecto á los extraños, y solo se habla de los hermanos pobres y menesterosos de su país, ó de los conciudadanos y correligionarios; pero en el Deuteronomio se decía [1]: "No prestarás á usura á tu hermano, ni dinero, ni granos, ni otra cualquiera cosa, sino solamente á los extranjeros. Mas á tu hermano le has de prestar sin usura lo que necesita, para que te bendiga el Señor Dios tuyo en todo cuanto pusieres mano en la tierra que vas á poseer;" de modo que por esta ley parece que la usura quedaba autorizada con respecto á los extranjeros.

Mas el Salvador divino que anunciaba á los hombres una ley toda de mansedumbre y caridad, y no para un solo pueblo ó nacion, sino para todas las del universo, quería que la generosidad y beneficencia fuese extensiva á todos; y reputándolos á todos por hermanos en su misma persona, como que todos habían de ser redimidos por él, no hizo distinciones ni exclusiones en la intimación de su consejo; y así dijo: *Da al que te pidiere, y no te niegues al que te pidiere prestado.* Da, porque de la misma manera que te conducirás con los hombres, así ellos se conducirán contigo. Haz bien á tus semejantes, porque esto es lo sumo de la ley y de los profetas; esto es lo mas alto y sublime, lo mas heroico y perfecto, lo mas dulce y suave; y solo aquellos que por inclinacion, por vocación ó por obligacion así lo practicaren, conocerán que son los mas dichosos y felices entre todas las criaturas de la tierra. Da y te se dará una medida colmada de dones y de gracias, que con superabundancia derramará el Señor en tu seno. Da en la tierra y te se dará en el cielo. Da lo transitorio y te se dará lo eterno. Da lo vil y te se dará lo inapreciable. Da la escoria y te se dará el oro purísimo; porque es infinitamente rico y remunerador eterno aquel en cuyo nombre y por quien tú dieres en la tierra.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, maestro mansísimo y modelo de toda humildad y paciencia: ya que soy el último y mas despreciable de tus siervos, concédeme la gracia de que sea de todos despreciado por

[1] Deuter. cap. 24, v. 19 et 20.

ti, y pisado; que sepa sufrir con paciencia todas las injurias, y que dispuesto mi ánimo para sufrir todavía mas, sepa libremente socorrer á todos mis prójimos, tanto en sus necesidades espirituales como corporales, sin esperar otro premio mas que á ti mismo, que eres el premio eterno de los que en ti esperan. Amen.

NOTA. La historia de este capítulo se halla en el V de san Mateo, desde el versículo 38 hasta el 42, ambos inclusive: la Iglesia no lo usa como propio en ningún día. Dice así:

EVANGELIO DE SAN MATEO.

En el cap. 5, desde el versículo 38 al 42.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Habéis oído que se dijo, ojo por ojo y diente por diente. Yo empero os digo, que no hagais resistencia al agravio; antes si alguno te hiere en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiere armarte pleito para quitarte la túnica, alégale también la capa; y á quien te forzare á ir cargando mil pasos, vé con él otros dos mil. Al que te pide, dale; y no apartes tu rostro del que pretende de ti, algún préstamo.

CAPITULO V.

AMPLIA MAS JESUCRISTO EL PRECEPTO DE LA CARIDAD CRISTIANA MANDANDO AMAR A LOS ENEMIGOS Y HACER BIEN A LOS QUE NOS ABORRECEN.

Como todas las obras de justicia son infructuosas si no quedan unidas á la raíz de la caridad, porque todo lo que se manda en la ley de Dios, en la caridad se funda: pareció conveniente al Maestro divino instruir á sus apóstoles en lo mas sublime y perfecto de esta grandiosa virtud, después de haberles explicado lo mas encumbrado y santo de aquellas; porque en el precepto del amor del prójimo también erraban torpemente los judíos; pues estando mandado en la ley amar al prójimo cada uno como á sí mismo, y amar á los amigos, inferían que debían aborrecer á los enemigos. Olvidaban que todo hombre debe ser amado segun el orden de caridad por cuanto es criado á imagen y semejanza de Dios, y es capaz de conocimiento y amor; y no solo habian destruido casi enteramente el precepto, sino que casi habian desvanecido el consejo; por consiguiente, era muy importante restablecer el precepto á su fuerza, y devolver al consejo toda su extension; y así les dijo: Vosotros habéis oído enseñar á los maestros de la ley, que se ha de amar al prójimo, y se ha de aborrecer al enemigo; mas ellos no entienden la ley y así abusan de ella: Es cierto que Dios habia dicho á los hijos de Israel: "Cuando el Señor Dios tuyo te introdujere en la tier-

“ra que vas á poseer, y destruyere á tu vista muchas naciones. . .
 “y te las entregare el Señor Dios tuyo, has de acabar con ellas sin
 “dejar alma viviente. No contraerás amistad con ellas, ni las ten-
 “drás lástimo [1].” Pero para entender bien el espíritu de esta ley,
 era preciso medir la enorme distancia que hay entre un israelita
 fiel y un extranjero infiel y contagioso. La ley no decía ni aun que-
 ría significar, que la enemistad y el aborrecimiento del corazón es-
 tuviesen autorizados respecto de algun hombre cualquiera que fue-
 se, aunque prohibía tener comercio con los pueblos vecinos, que to-
 dos eran ídólatras, y Dios quería destruirlos en castigo de sus peca-
 dos; y tambien para quitar á los hebreos la ocasion de contraer sus
 vicios y abominables supersticiones: así lo manifestó y expresó cla-
 ramente el Señor, diciendo: “No emparentarás con las tales, dando
 “tus hijas á sus hijos, ni tomando sus hijas para tus hijos; porque
 “los seducirán para que me abandonen y adoren á dioses extranje-
 “ros; con lo que se irritará el furor del Señor, y bien presto acabará
 “contigo [2].”

A pesar de lo terminante de esta ley, no quería Dios que en el in-
 terior, esto es, en el fondo del corazón, se aborreciese directa ó per-
 sonalmente á los individuos de aquellas naciones, ni que se tuviese
 enemistad ó odio contra alguno de ellos; pues la naturaleza misma
 prohíbe tener odio ó aborrecimiento á nadie: con todo, puede ser
 que haya alguna vez razon ó motivo bastante para huir el comer-
 cio ó compañía de un hombre que antes era nuestro amigo; pero
 esto debe ser sin dejar de amarle, sin desearle mal y sin procurár-
 selo en venganza de alguna ofensa, ó en castigo de alguna infide-
 lidad que contra nosotros haya cometido. Sin esa enemistad funes-
 te, sin ese rencor criminal, que desnaturaliza al hombre, se puede,
 sin faltar á la caridad, no prevenir al enemigo que no quiere recon-
 ciliarse, con aquellas demostraciones de afecto exterior y benevolen-
 cia que nacen de un reconocimiento fundado, de una sincera gra-
 titud, de una simpatía natural, y de un cariño acendrado; porque se
 le puede socorrer en sus necesidades, se le pueden dispensar los
 buenos oficios que la caridad pide con todos, rogar por él, comun

[1] Deuteron. cap. 7, v. 1 et 2.

[2] Ibid. v. 3 et 4.

y particularmente, y darle todas aquellas pruebas de union y fra-
 ternidad, que la humanidad, la sociedad, y la religion exigen de los
 hombres.

Para que esta caridad no nazca precisamente de los afectos de la
 naturaleza, sino que sea aquella que nos manda Dios, ha de ser
 aquella caridad benigna, paciente, sufrida y bienhechora que á to-
 dos abraza y que es la rama mas frondosa de aquella otra caridad
 eterna con que Dios á todos ama; porque sus motivos duran siem-
 pre, y los vicios ó la ingratitud de los hombres no pueden destruir,
 ni aun enervar la fuerza del precepto de la ley de Dios; pero si la
 de Moisés mandaba á los israelitas que se tratasen como hermanos
 y amigos, les prohibía el comercio con las naciones vecinas é ídó-
 latras, y les ordenaba expresamente que las tratasen como á ene-
 migas, que las arrinasen y destruyesen, aborrecien-
 do, odio de abominacion sus perversas costumbres; mas nunca les fué lícito el
 aborrecimiento de corazón á las personas, aunque fuesen sus ma-
 yores enemigos; sin embargo, no habia en ella un precepto que man-
 dase expresa y positivamente el amor de los enemigos como lo man-
 da el Evangelio; siendo preciso advertir que las palabras con que se
 nos intima el nuevo precepto de la caridad, envuelven tambien los
 consejos, las reglas y las máximas de perfeccion de esta virtud. En
 él se nos manda amar á nuestros enemigos; desear bien al que nos
 desea mal; hablar favorablemente de aquellos que nos desacreditan;
 hacer buenos oficios con los que nos los prestan malos; y rogar por
 los que nos persiguen, calumnian, ultrajan y nos ponen en prisio-
 nes. Los que se precian de discípulos de Jesús han de subir por
 estos grados la escala de la caridad para conseguir su perfeccion.

Esta hermosa gradería del amor es la formada por nuestro Padre
 celestial que está en el cielo, y es preciso subir por ella si queremos
 que este amable Padre nos reconozca por hijos suyos; él hace nacer
 todos los días el sol sobre los buenos y los malos, y hace caer la
 lluvia y el rocío para fertilizar de la misma manera y al propio tiem-
 po los campos de los justos y de los pecadores. No amar sino al que
 nos ama, es privarnos de la recompensa prometida á la caridad per-
 fecta, y seria un comercio usurario [1] de amor, mas bien que una

[1] Lucan. cap. 6, vs. 32 et seq[ua].

virtud tan heroica. No hay pecador tan abominable ni hombre por feroz que sea, que no se sienta naturalmente inclinado á corresponder á los que le aman, y en esto ¿qué mérito se contrae? ¿qué premio puede la criatura por ello prometerse? Esto mismo lo hacen los publicanos aunque sean pecadores. Y no saludar ni anticipar señales de urbanidad, de concordia y caridad sino á nuestros hermanos, compatriotas y amigos, ¿es por ventura hacer otra cosa que lo que hacen los paganos? Por esto decia san Agustin [1]: Han de amarse los hombres, pero no sus errores. Hemos de amar á nuestros enemigos deseándoles bienes de gracia y de gloria de los que no pueden hacer mal uso; pero no se les han de desear los de naturaleza ó fortuna sino con cierta generalidad: y en cuanto puedan aprovechar para conseguir su salvacion eterna, lo que solo Dios sabe, porque de ellos pueden usar bien ó mal, y así acerca de estos nada se ha de pedir determinadamente al Señor. Aunque amar á los amigos es una deuda, tampoco la deja Dios sin premio; pero se lo da el Señor mucho menor. El amor de los enemigos es mas mérito que el de los amigos, porque es mas difícil y necesita mayores esfuerzos de una buena voluntad. Es mas puro, porque proviene del movimiento interior de la gracia, y no de la naturaleza que inclina el hombre á amar á su bienhechor. Es mas liberal, porque no proviene de los favores recibidos, y porque no queda estancado en el fondo del corazon, sino que se justifica con las obras que se hacen en favor del enemigo.

Haced bien á los que os aborrecen, procurando su salvacion de un modo debido y posible; porque así como tenemos obligacion de amar á los enemigos en cuanto á los bienes de gracia y de gloria, así tambien la tenemos de hacerlos aquel bien. El enemigo en cuanto que es prójimo, debe ser amado *de necesidad de precepto*, porque se dice, amareis á tu prójimo; pero amarle con un amor especial, no es de precepto, sino un acto de mayor perfeccion, porque es una obra de supererogacion. El precepto no obliga á amar á todos con un amor especial, porque esto no es posible sino con un amor general, en cuanto todo hombre es prójimo. Al decir pues la Majestad divi-

[1] Div. Agustin. lib. 1. De Serm. Dom. cap. 41.

na á los apóstoles que amasen á los enemigos ó hiciesen bien á los que les aborrecían, y rogasen por los que les perseguían y calumniaban, les dió tres remedios eficacísimos contra las tres clases de pecados con que generalmente se injuria y ofende al prójimo; se le injuria *con el corazon*, y esto es lo que se llama odio, rencor ó venganza; se le injuria *con la boca*, y esto se llama maldicion ó detraction; se le injuria *con las manos*, y esto se llama lesion ó daño corporal. Contra el odio ó la venganza les mandó el amor; contra la maldicion ó detraction les mandó hacer bien á los que les aborreciesen, y contra la lesion ó daño corporal, rogar por los que les persiguiesen. Contra vosotros pelearán, les dijo, los hombres, con el odio, con las palabras y con los tormentos; y vosotros les debéis oponer el amor, la oracion y las buenas acciones: por esto os he acercado á mi persona y elevado á la dignidad de discípulos míos: vuestros deberes y obligaciones no son las propias y ordinarias de los publicanos, y los etnicos ó paganos. Porque os he dado un gran precepto, por esto os ofrezco tambien un gran premio, *amad, haced bien, rogad por vuestros enemigos, y seréis hijos de vuestro Padre celestial que está en los cielos.*

Es indudable que la práctica de estos tan grandes y sublimes preceptos, que de la caridad común para con los enemigos pasan hasta el afecto y amor especial de las personas, y del perdón de la injuria hasta prevenir las atenciones y derramar los beneficios, tiene grandes dificultades que vencer; pero por esto mismo es preciso conocer que si no nos esforzamos para llegar á esta perfeccion, es fácil quedemos muy distantes de cumplir con lo esencial de este precepto. Es demasiado fuerte la impresion que hace el recibir una ofensa para que se borre con medianos esfuerzos; aborrecer al que la hizo es un acto natural, y es forzoso violentarla para atraerla á aquella caridad generosa que de Dios y Jesucristo, á quien amamos, se extiende hasta aquellos que nos aborrecen: por esto conviene oponer muy luego al furioso ímpetu de la voluntad, el precepto y el ejercicio del amor; porque cuanto mas se arraiguen en el corazon los movimientos de la ira, menos seguros estamos de que no les aborreceremos. La necesidad del buen ejemplo y edificacion que debemos dar á nuestros prójimos, que nos mira mas atentamente

después que fuimos ultrajados y está mas atento á nuestros procedimientos, nos obliga mas á los actos externos de caridad; y la consoladora idea de que nuestros enemigos contribuyen con su odio al aumento de nuestra virtud y mérito, hace que bien pronto los amemos con un amor verdadero, olvidando enteramente los agravios recibidos. Así somos hijos de Dios por la imitación de su bondad, por la adopción de su gracia, por la educación en sus preceptos y por la consecución en su bondad; porque así como lo somos por la naturaleza y la creación, lo seamos también por la gracia y la imitación en aquello que á él le es propio; porque propio y exclusivamente suyo es el ser, por naturaleza misericordioso y benéfico [1]. Ningún premio mayor pueden recibir los hombres moradores y formados de la tierra, que verse convertidos repentinamente en hijos del Altísimo, y hasta en los cielos.

Como comprobante de esta eminente y preciosa doctrina, añadió Jesús á sus apóstoles que su Padre celestial hacía nacer el sol sobre los buenos y los malos, y disponía que las nubes lloviesen igualmente sobre los campos de los justos que sobre los de los injustos, haciendo de esta manera bien no solo á los que le aman, sino también á los que le aborrecen; sobre lo que dice san Jerónimo [2]: No niegues tú lo que Dios á nadie niega, aunque sea un blasfemo ó un impío. Da sin distinción á todos, no mirando á quién, sino por quién das; y haciendo bien á todos, no creas que solo á los otros aprovechas, sino que asimismo á tí te haces un gran bien; y como el amor no puede pasar mas allá que amar á los enemigos, añadió por esto: *Sed perfectos, como vuestro Padre celestial que está en los cielos es perfecto también. Sed imitadores de Dios como hijos muy amados, y ejercitaos mutuamente en obras de caridad. Amaos como Cristo nos amó y se entregó á sí mismo á Dios en oblation y hostia de olor suavisimo* [3]. Por lo cual, bien apercebido y mirergerado vuestro ánimo, vivid animados con la perfecta esperanza en la gracia que se os ofrece, hasta la manifestación de Jesucristo. pues está escrito, sed santos, porque yo lo soy [4]; con todo, está su-

[1] Ven. Bed. in cap. 6 Lucæ.

[2] Dir. Hieronim. in Math. cap. 5.

[3] Div. Paul. ad Efes. cap. 5. vs. 1 et 2.

[4] Div. Petr. Ep. 1, cap. 1, vs. 13 et 16.

blime sentencia del Salxador no puede ni debe entenderse con el materialismo del sentido con que está escrita.

El Maestro divino ya nos explicó por sí y por sus apóstoles en qué consiste esta santidad y perfección que exige de nosotros. El mismo se nos da y ofrece por modelo y ejemplo, y quiere que le imitemos: así lo expresó después del lavatorio de los piés á aquellos, en la noche de su pasión, diciendo [1]: *Yo os he dado ejemplo en lo que he hecho con vosotros para que así también lo hagáis.* Y san Pedro nos dice: Para esto fuisteis llamados á la altísima dignidad de hijos de Dios, puesto que también Cristo padeció por nosotros dándonos ejemplo para que sigais sus pisadas. El cual no cometió pecado alguno ni se ha llo dolo en su boca, quien cuando le maldicían no retornaba maldiciones; cuando le atormentaban, no prortimpia en amenazas [2]. Y san Juan añade: Quien guarda los mandamientos, en ese está verdaderamente la caridad de Dios, que es perfecta; y por esto conocemos que estamos en él, esto es, en Jesucristo. Quien dice que mora en él, debe seguir el mismo camino que él siguió [3]. Así que seremos perfectos é imitadores de Dios si guardamos sus mandamientos y el gran precepto del amor de Dios y del prójimo, en que se hallan compendiados todos los quilates de la moral evangélica: si nos ocupamos en hacer bien á todos los hombres sin distinción de amigos, con el fin de parecemos al Padre celestial que hace brillar su sol y caer su agua del cielo sobre los buenos y los malos y sobre los pecadores y los justos, y si practicamos las virtudes tan recomendadas por Jesucristo y hñimos de los vicios que nos prohibe, entonces en cuanto puede la flaqueza humana nos asemejaremos á él, ayudados con los auxilios de la divina gracia.

Si el ejercicio y práctica de todo esto es harto difícil, no es sin embargo imposible. Jesucristo ha multiplicado los conductos por donde nos comunica sus gracias para alentar nuestra flaqueza á fin de que vencamos las dificultades que pueden oponerse al cumplimiento de los deberes que nos impone. Por ventura no nos ofrece

[1] Joann. cap. 13, v. 15.

[2] Ep. 1. Petr. cap. 2, vs. 20, 21 et 22.

[3] Ep. 1. Joann. cap. 2, vs. 5 et 6.

la religion millares de ejemplos de héroes que los practicaron con la mayor escrupulosidad? ¿Por qué hemos de decir que no podemos hacer y practicar lo que aquellos practicaron é hicieron? Aun con-
sulta la sola razon natural y la conveniencia de la sociedad en que vivimos; ninguna humana ley puede autorizar la venganza y reprobar el perdón de sus enemigos: el hombre vengativo no es el hombre formado para vivir en la sociedad, ni menos para mantener la buena armonía y la paz indispensable para conservarla. La venganza es una pasión vil que nos arrastra; el perdón es el sentimiento generoso de virtud que nos ensalza: la venganza siempre deja un vacío fúersto en el corazón vengativo, y un presentimiento amargo que acibara inhumanamente los mas dulces placeres de la vida; pero el perdón de los enemigos es un placer sabroso y dulce que te llena de satisfacción y consuelo. Obliga con beneficios á tu enemigo, decía Séneca, y si no tiene un corazón feroz, ganarás un amigo: véngate de tu ofensor y ganarás muchos enemigos. La ira nunca gonó voluntades; la paciencia y la dulzura las esclavizan todas. ¡Oh! ¡Qué sublime y encantadora es la moral del Evangelio! Hasta los mismos gentiles aplandieron y encargaron la importancia del cumplimiento de sus preceptos.

ORACION.

Señor mío Jesucristo, amador eterno de los hombres, que por el grande amor que les tienes les diste el admirable ejemplo de amor, pidiendo por ellos perdón á tu Eterno Padre, excusándoles en su presencia y constituyéndole su abogado en el tribunal de la divina justicia; concédeme el que segun tus mandamientos y deseos, ame no solo á mis amigos, sino á mis enemigos y á todos los que me aborrecen y persiguen con el corazón, con la boca y con las obras, y que les haga bien, les bendiga y por ellos ruegue, para que por tu gracia merezca ser contado en el número de tus hijos y escogidos, con quienes eternamente te alabe en la gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo está comprendida en el V del Evangelio de san Mateo, desde el versículo 43 al 48, y en el VI de san Lucas, desde el versículo 27 al 36, todos inclusive.

La Iglesia usa el primero como propio en la feria sexta ó viernes primero después de Ceniza; dice así:

EVANGELIO DE SAN MATEO.

Cap. V, vs. 43 al 48.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Habiéis oído que fué dicho, amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo. Mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á les que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, el cual hace nacer su sol sobre los buenos y los malos, y llover sobre los justos y los pecadores. Si pues solo amáis aquellos que os aman, ¿qué premio habéis de tener? Por ventura ¿no lo hacen así los publicanos? Y si no saludais á otros que á vuestros hermanos, ¿qué tiene eso de particular? Por ventura ¿no hacen también esto los paganos? Sed pues vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

con el fin de ser vistos de los hombres y merecer sus elogios; por que así serán estas obras muertas y no merecerán premio alguno de parte de vuestro Padre que está en los cielos: cuando las obras se hacen por agradar á Dios, por cumplir los preceptos de la ley y por la edificación del prójimo, entonces adquieren el mérito y el derecho á la recompensa y al premio; y Dios lo da cumplido cuando las obras se hacen por su mandato ó amor. Injusta é infundadamente espera el hombre el premio y la recompensa de Dios si obró por amor al hombre y no por amor á Dios; pues solo debe recibirle de aquel á quien solo deseó agradar.

Jesucristo no nos manda solamente que no hagamos nuestras obras para ser vistos de los hombres, sino que nos encarga que procuremos ocultarlas; porque no es igual procurar con estudio no ser visto, que procurar ocultar [1]: sin embargo, no se nos prohíbe por esto el que hagamos buenas obras á la presencia de los hombres para mayor gloria de Dios y edificación del prójimo, porque esto es bueno y meritorio á la presencia del Señor. Es obra de barones muy perfectos y consumados en la virtud, hecha la buena obra buscar de tal manera la gloria del supremo Autor, que solo por la alabanza que á aquel se da se alegre el que la ejecutó; pero como es tal la debilidad de la flaqueza humana que con dificultad acierta á despreciar perfectamente las alabanzas, es preciso que esconda y oculte las buenas obras que hace [2].

Después que el Salvador pronunció esta palabra *justicia* al principio de su discurso, denotando con ella todo género de buenas obras, se concretó particularmente á la limosna, á la oracion y al ayuno, prohibiendo de un modo especial que se busque en ellas la vana gloria, porque son las tres mas acometidas de este vicio. Ellas son tres obras de satisfaccion ó satisfactorias, que se hacen por tres especies de pecados, á saber: la limosna, por los que se cometen contra el prójimo; la oracion, por los que se cometen contra Dios; y el ayuno, por los que se cometen contra uno mismo. Tambien sirven estas tres obras para atacar y destruir tres raíces del pecado que están en nuestro corazón; la limosna destruye la concupiscencia de los

[1] Div. Crisostom. Hom. 19. in Math.

[2] Div. Gregor. Lib. 3. Moral. cap. 30.

CAPITULO VI.

EXPLICA JESUCRISTO LA PUREZA DE INTENCION CON QUE DEBEN HACERSE LAS BUENAS OBRAS.

Después que el Maestro divino dió tan excelentes y sublimes reglas de caridad á sus apóstoles, demostrándoles cuánto mas pura y preciosa era la moral del Evangelio de amor que predicaba que la que predicaban los escribas y fariseos, pasó á instruirlos en otros principios que necesitaban saber como miembros de la nueva Iglesia, de la que eran ellos como los fundamentos y como predicadores de su nuevo Evangelio: la humildad, el espíritu de oracion, el desinterés, el abandono de sí mismos en manos de la Providencia, eran unas virtudes de cuya perfeccion necesitaban, y comenzó sobre ellas su nueva leccion, encargándoles estrechamente que huyesen los escollos de la vanidad, porque es muy difícil que en el ejercicio y práctica de estas virtudes se evite enteramente la vanagloria. Con una sola palabra llamó su atencion: *Atended*, les dijo; esto es, sed cautos, estad prevenidos, considerad con diligencia y armaos contra las asechanzas de la soberbia, porque tambien el enemigo envidioso la opondrá á vuestras obras para desvirtuarlas y hacerlos perder el mérito de ellas. Si una accion no tiene de bueno sino el mérito exterior con que se viste, mas que una virtud viene á ser un pecado. No deis pues limosna ni practiqueis la oracion y el ayuno

ojos, la oracion la soberbia de la vida, y el ayuno la concupiscencia de la carne. Por esto quiere el Señor que para que no se eche á perder el mérito de estas buenas obras, no se hagan para ser vistos y aplaudidos de los hombres, sino para recibir la recompensa de nuestro Padre celestial.

Con este mismo designio añadió: Cuando haced limosna, *bien sea corporal y espiritual*, no la hagais con estrépito y ruido, mandando tocar la trompeta, como hacen muchos, no para llamar los pobres á quienes se debe aliviar, sino para llamar la atencion del vulgo para que los aplauda. Así lo hacen los hipócritas á la entrada de sus casas, en los lugares de concurso y en las Sinagogas. Ellos quieren que el pueblo sea testigo de su generosidad y quieren ser honrados por ella; pero yo os digo en verdad que ya recibieron su paga. Querian los aplausos y alabanzas del mundo, ya las lograron; no recibirán otro premio de la mano de Dios. No se entienda empero que no es grata á Dios la limosna que se ve, sino la que se da precisamente para ser visto; y como el que así lo hace solo busca el honor vano y transitorio, por esto pierden el eterno: recibieron el premio de su obra, les resta recibir la pena de su intencion.

No os suceda, pues, así á vosotros, discípulos míos. Cuando hicieris limosna, hacedla tan secretamente que no llegue á entender vuestra mano izquierda lo que hace la derecha: esto es, no sepa la intencion perversa lo que hace la intencion santa; porque la izquierda denota lo malo y la derecha lo bueno. La izquierda denota el apetito y el deleite de la humana alabanza y de las comodidades terrenas, y la derecha la intencion de cumplir los preceptos divinos, el amor de Dios y la esperanza del premio celestial; y así vuestra limosna estará escondida y en lo oculto, por lo menos en cuanto á la intencion, aunque no lo esté en cuanto á la obra, y *vuestro Padre celestial os dará por ella la debida retribucion*. Sobre lo que dice san Crisóstomo [1]: Puede muy bien alguno dar limosna á la presencia de los hombres, pero no darla para hacer ostentacion de virtud ni para ser por esto aplaudido, y puede alguno darla en secreto, pero con deseo de que se divulgue y publique lo que al para-

[1] Div. Crisostom. Hom. 13. Oper. imperfect.

car hace á escondidas; así que, no la obra, sino la intencion ó el fin con que se hace, es la que merece la corona ó el castigo. La virtud consiste, pues, no en dar limosna, sino en la voluntad con que se da y en darla segun conviene; como acto de caridad con que se socorre al prójimo, y por agradar á Dios, por amor suyo precisamente, y por cumplir su mandamiento. Así la obra se ve por aquel que ve lo escondido y secreto, y viéndola no puede dejar de premiarla, porque es fiel y veraz y cumple todas sus promesas.

Cuanto dijo el Señor á sus apóstoles sobre la limosna, otro tanto les repitió sobre la oracion, para que huýesen la vanagloria y no perdiesen todo el mérito de ella. Cuando oráreis, les dijo, no imitéis á los hipócritas: ellos oran de pie en las sinagogas, en las encrucijadas y en los ángulos de las plazas, con el fin de ser vistos de los hombres y tenidos por fervorosos y los mas devotos de la nacion. En verdad os digo que tambien recibieron ya su paga. Creed, discípulos míos; creed: ese vano honor que buscan será todo su premio y el fruto de sus oraciones: no lo hagais como ellos. No creais, que la publicidad de vuestras oraciones les hace mas gratas y aceptas al Señor, ó que le obliga á despachar mas pronto y con mejor éxito vuestras plegarias; todo al contrario: Dios reprueba y desestima semejantes oraciones. Cuando querais orar, retiraos á lo interior de vuestro aposento, cerrad la puerta, y allí á solas cuando nadie os ve sino vuestro Padre celestial, allí orad: recoged ante él el espíritu, dirigidle desde la soledad vuestros ruegos y oraciones, y él será vuestro consuelo y vuestro premio. Básteos que aquel que es solo el escudriñador de los corazones [1], sea el solo conocedor de vuestra oracion; y conociendo que en ella solo buscáis su gloria, le procurará vuestro provecho.

Sagaz y astuto el engañador comun, suele tambien persuadir á los hombres que oren en secreto, para que cuando los demás conozcan su abstraccion y retiro, les prodiguen por ello mayores alabanzas; y entonces el que así ora mira antes á los hombres que á Dios, y su oracion es infructuosa y vana porque aspira á dos alabanzas: una porque ora y otra porque ora en secreto. Pero cuando el que ora

[1] Ps. 7. v. 10.

lo verifica en público y no tiene presente sino á Dios, y su entendimiento, y los afectos y deseos de su voluntad están fijos en Dios, entonces puede decirse que ora en secreto [1]; porque el que tiene su corazón escondido en Dios, en secreto tiene todo lo que hay en él.

Previene Jesucristo á sus apóstoles que para orar entren en su aposento, esto es, en el secreto de su corazón; y que cierren la puerta, esto es, á los sentidos de la carne, por los que los objetos y afectos externos se introducen con audacia y frecuencia, turbando fuertemente á los que oran con la multitud de ilusiones fantásticas que les presentan; para que cerrada así la puerta del entendimiento y recogidas las fuerzas del espíritu, la oración espiritual se verifique en lo más íntimo del corazón y se dirija con más fervor á Dios. Cuanto más desprecia la criatura lo que está fuera de sí, más se recoge interiormente, más se entervoriza en la oración y más se acerca á Dios por la contemplación: entonces ora en secreto, y desde el escondido retrete de su corazón, sube su oración hasta el trono de Dios su Padre y de él recibe su premio.

Tampoco en la oración debéis guardar la costumbre de los gentiles y paganos, los que hablan mucho cuando oran, porque creen que así obligan más á Dios, y que por sus estudiados discursos han de alcanzar más y más pronto lo que le piden: ellos dirigen sus ruegos á los dioses que se fabrican, que no tienen ojos para ver, ni oídos para oír, ni entendimiento ni voluntad para retener y premiar; y como los consideran poco instruidos en sus necesidades, por eso forman largas arengas para obligarles y moverles con su elocuencia. Nada hables inconsideradamente, ni sea ligero tu corazón en proferir palabras indiscretas delante de Dios, dice el Eclesiástico [2], porque Dios es el Señor que está en el cielo, y tú un vil gusano sobre la tierra: sean pues pocas y muy meditadas tus palabras. . . . porque el que mucho habla siempre pronuncia necesidades. El Señor oye prontamente el deseo de los mansos y humildes, y no es ocultos sus gemidos [3]. De lejos penetra los pensamientos, averigua los pasos y las medidas de los hombres; prevé todos sus accio-

[1] Crisostom. Hom. 13. Oper. imperfect.

[2] Eccl. cap. 5, vs. 1 et 2.

[3] Pa. 39, v. 10.

nes, aunque la lengua no pronuncie una palabra [1]. Mas no por eso condena el Salvador la oración larga ó que dura mucho tiempo, porque él mismo pasaba con frecuencia toda la noche en oración, y constituido en la agonía en el huerto de las olivas oraba más largamente; sino que condena el uso de largos discursos en la misma, á semejanza de las gentes.

No puede en manera alguna parecer extraña á los verdaderos creyentes esa doctrina del Salvador. El hombre ilustrado por la fe sabe bien que Dios es inmenso, infinito y eterno en todos sus atributos y perfecciones; que todo lo llena con su inmensidad, con su majestad y grandeza, y que por consiguiente nada se le oculta de todo cuanto ocurre en el universo, y que es espectador de la conducta de los hombres y de los secretos y mas ocultos pensamientos de su corazón, y que en la mas profunda soledad y en el mas oscuro retiro, el Señor todo lo ve y lo oye: animado de esta confianza derrama su corazón á la presencia del Altísimo, y sin estrépito de palabras implora confiado la divina clemencia, imitando la conducta de los santos y la de los verdaderos y humildes penitentes. Por tres causas ó motivos quiere Dios que usemos de la oración vocal; y son, para que honremos á su Majestad divina con el corazón, con la boca y con las obras. Quiere Dios que le roguemos para que no tengamos por cosa de menor cuantía todo lo que se nos da, y para que adorándole por esto mismo y rogándole más y más, merezcamos también mas con nuestros ruegos y súplicas.

Conviene que á Dios roguemos, dice san Crisóstomo [2], no porque le enseñemos algo que no sepa, sino para obligarle y familiarizarnos mas con él, con la frecuencia de la oración, para humillarnos en su divina presencia con la memoria de nuestras culpas y pecados, y para que por medio de la significacion de las palabras sea mayor nuestra compuncion y la elevacion de nuestro entendimiento á Dios; porque el hombre se eleva al Señor unas veces por la meditación y otras por la filial y afectuosa expresion con que le habla. San Agustín cierra al parecer con llave maestra esta importante doctrina [3]. Cuando rogamos á Dios, dice, es preciso tener, mas

[1] Pa. 108, vs. 3 et 4.

[2] Div. Crisostom. Augustin. Hom. 19 in Math.

[3] Div. Augustin lib. 2, de Sermon Dom. cap. 7.

piedad que locuacidad; porque una cosa es hablar mucho y otra amar mucho; mas se adelanta en la oracion con gemidos que con palabras; mas con lágrimas que con expresiones; pero esto debe entenderse de las oraciones privadas y particulares, mas de ninguna manera de las públicas, porque estas deben hacerse con palabras para que puedan percibirse de los demás.

Entrar pues debe el hombre en comercio con su Majestad divina por medio de la oracion, porque animada así su confianza le propone con mas cariño sus necesidades; así el mas amoroso Padre oye las humildes súplicas de sus hijos, y derrama sobre ellos el socorro que le piden; y así tiene el gusto de ser buscado de unos hijos sinceramente amados, y llena después sus grandes y vehementes deseos, colmándoles de los consuelos y gozos que rogándole en el secreto de su corazón supieron merecer.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, que en todas tus obras nos diste el mas grandioso y admirable ejemplo de humildad y nos enseñaste á huir la soberbia y la vanagloria: guárdame y fortaleceme por dentro y por fuera contra las asechanzas de tan mortales vicios, para que por ninguna parte tengan entrada en mi corazón los enemigos de mi alma; y concédenme, asimismo la gracia de que en la limosna, la oracion y en todas las buenas obras que haga, nunca busque la alabanza humana ni el favor de los hombres, sino que las practique puramente por la gloria de Dios y la edificacion del prójimo, ni que jamás piense ni presuma gloriarme de ellas, no fuese cosa que recibiendo aquí por premio la alabanza de los hombres, me viese privado de recibir los premios celestiales y fuese condenado á los tormentos eternos, de los que tu misericordia me libre. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al VI de san Mateo, desde el versículo 1.º al 8, ambos inclusive.

La Iglesia lo usa como parte del Evangelio de la misa de la feria VI después de Ceniza; dice así:

PARTE DEL EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA VI DESPUES DE CENIZA.

San Mateo, cap. 9, vs. 1 al 8.

Guardaos bien de hacer vuestras obras buenas en presencia de los hombres con el fin de que os vean, porque así no recibireis el premio de vuestro Padre que está en los cielos. Así pues cuando das limosna no quieras publicarla á son de trompeta, como hacen los hipócritas en la sinagoga y en las calles á fin de ser honrados de los hombres. En verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Mas cuando tú des limosna haz que tu mano izquierda no perciba lo que hace tu derecha, para que tu limosna quede oculta, y tu Padre, que ve lo mas oculto, te lo recompense. Asimismo cuando orais no habeis de ser como los hipócritas, que de propósito se ponen á orar de pié en las Sinagogas y en las esquinas de las calles para ser vistos de los hombres: en verdad os digo que ya recibieron la recompensa. Tú, al contrario, cuando hubieres de orar entra en tu aposento, y cerrada la puerta ora en secreto á tu Padre, y tu Padre que ve lo mas secreto, te premiará. En la oracion no afecteis hablar mucho como hacen los gentiles, que se imaginan ser oidos á fuerza de palabras. No querais pues imitarlos, que bien sabe vuestro Padre lo que habeis menester antes de pedirselo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN CARLOS DE GUATEMALA

CAPITULO VII.

DE LA ORACION DOMINICAL Y DE LA PUREZA DE INTENCION QUE SE DEBE TENER EN EL AYUNO.

Después de haber dado el Salvador á sus apóstoles tan útiles y saludables documentos para que no perdiesen el mérito de sus buenas obras, como necesarios para que hiciesen con fruto su oracion, parece que se retiró algun tanto de ellos y se puso á orar. No pueden decirse ni aun comprenderse las inundaciones de luces que cubrian el rostro y el cuerpo sacratísimo de Jesús siempre que por medio de la oracion trataba con su Eterno Padre del importantísimo negocio de la salvacion de los hombres que habia tomado á su cargo; lo que observado atentamente por los apóstoles al levantarse el divino Maestro de orar, fué invitado por ellos para que les enseñase el modo como debian hacerlo; porque no dudaban de que en la oracion recibirian sus espíritus las luces y consuelos que necesitaban para llenar cumplidamente las importantes obligaciones que les imponia el empleo á que Jesús los habia elevado. Previnieron los deseos del Maestro, como que sabian que el hombre se hace digno de las gracias cuando las desea con fervor y las pide con humildad; y así le dijeron: Maestro, enseñanos á orar, así como el Bantista enseñó tambien á sus discípulos. Como el Señor vió la afectuosa sinceridad con que lo pedian, no difirió el concederles la gracia, y

los instruyó en el mismo instante de lo que debian pedir á Dios, y de la fe, humildad y confianza con que debian pedirlo.

Quando os humilláreis con vuestros hermanos á la presencia de Dios para pedirle gracias y mercedes, debéis decirle con toda la confianza de verdaderos hijos: *Padre nuestro que estas en los cielos, etc.*

Colócase esta oracion la primera entre todas, porque á todas las demás aventaja y excede: á saber, por la autoridad del Maestro que la enseñó; porque fué pronunciada por la propia boca del Salvador; por la precision de los términos en que está concebida; por la suficiencia de las peticiones que contiene, pues comprende las necesarias para la felicidad de esta y la otra vida, y por la fecundidad de los misterios que encierra; por esto se repite tantas veces por la Iglesia en comun y por sus miembros en particular.

Ensáchase nuestro corazon cuando llamamos á Dios nuestro *Padre*, y llegamos á él con la confianza que un hijo llega al que le dió este ser. Este nombre amoroso mueve sus entrañas de misericordia y le obliga á prestarnos una cariñosa atencion. *Nuestro* le decimos, y lo es verdaderamente, no solo porque nos crió, nos mantiene y conserva, sino porque lo es tambien de un modo mas perfecto por la gracia de adopcion que nos mereció el mismo Jesucristo, por la que nos hace hijos de Dios y herederos de su gloria. *Nuestro* y no *mío*, porque aunque somos hijos de Dios con un modo tan admirable, ninguno lo es con la propiedad que Jesucristo Hijo de Dios vivo, que tiene la misma naturaleza que su Padre; y por esto él solo es el que con toda propiedad puede llamarle Padre *mío*. *Nuestro* en fin, quiere que le digamos aun cuando oramos en particular, para que en nuestra oracion tengámos presentes á nuestros hermanos y nos persuadamos de que todos no formamos mas que un cuerpo místico, cuya cabeza es el mismo Jesucristo que nos dió á su Padre por Padre nuestro.

Esta misteriosa oracion tiene ocho partes, á saber: La primera, la captacion de la benevolencia de Dios, á la que siguen siete peticiones. Esta benevolencia se granjea de la parte del rogado llamándole *Padre*, de parte de los que ruegan diciéndole *nuestro*, y de la parte de los que asisten continuamente á la presencia del rogado,

añadiendo *que estás en los cielos*. De Dios somos hijos por la fe; se nos dió por la caridad, y por la ayuda de sus cortesanos se reanima nuestra esperanza. *Padre*, en quien creemos; *nuestro*, porque nos ama y le amamos; *que estás en los cielos*, porque de él esperamos. ¡Oh, cuánta fe y cuánta confianza es necesaria para que la hechura se atreva á llamar Padre al Hacedor, la criatura al Criador, el hombre á Dios. Jamás en la antigua ley permitió Dios que se llamara con este nombre. Hacíase llamar Señor, y trataba á su pueblo como esclavo; mas ahora quiere se le llame Padre, porque no quiere que le sirvamos con temor, sino con amor, porque somos hechos hijos suyos de adopción por la sangre de Jesucristo, y podemos decirle con confianza: ¡Oh Padre mio! [1] Así tenemos una seguridad de conseguir lo que le pedimos; porque ¿quién ha de negar á sus hijos el que antes de pedirle los elevó á la dignidad de tales? Desde el instante feliz en que á ella fuimos sublimados ya no tienen los ricos y poderosos de la tierra por qué despreciar á los pobres y humildes, porque todos tienen igual derecho para decir *Padre nuestro que estás en los cielos*.

En el cielo está y en todas partes por esencia, por presencia y por potencia, y en todas partes está todo entero, porque es infinito, inmutable, omnipotente é inmenso; pero se dice *que estás en los cielos*, porque allí es donde hace una mas pomposa ostentacion de su gloria, y allí es donde nos tiene prevenida nuestra bienaventuranza, porque ella es la preciosa heredad de todos los que son llamados hijos de Dios.

Conseguida así y ganada la benevolencia divina, se dirigen á Dios en esta oracion siete peticiones, las mas conducentes á su gloria y las mas necesarias y provechosas para nuestro bien. La primera es que *sea santificado su nombre*; esto es, que sea conocido y reverenciado por santo por todas las criaturas del cielo y de la tierra. Que las que en la tierra vivimos, alcancemos y tengamos una vida santa como la tuvieron sus siervos y escogidos, que alumbré y vivifique todo el mundo, sirviéndole con tanto amor y temor, con tanta religion y vigilancia, que manifiesten nuestras obras la gloria

[1] Div. Augustin, lib. 12 de Serm. Dm. in mont. cap. 8.

de su nombre santo; que todos los corazones se unan para amarle, que todas las lenguas se junten para bendecirle y alabarle, y que todas las criaturas del cielo, de la tierra y del infierno, doblen la rodilla para adorarle; porque él solo es el Dios santo, fuerte, omnipotente, y celoso de su honra y de su gloria.

Adviértase empero que cuando le decimos que sea su nombre santificado, clarificado y engrandecido, no hemos de pedir que lo sea en sí mismo, como si hubiera de sobrevenirle un nuevo título ó motivo de santidad, por ser esto absolutamente imposible; porque él es santo por esencia y naturaleza, y así es infinito y eternamente santo; sino que hemos de desear que su santidad brille cada vez mas en sus criaturas y en las obras que estas hacen; porque todas ellas deben hacerse á mayor gloria de Dios, como dice san Pablo [1]. Digna es por cierto esta oracion de aquel que antes que nadie podia llamar á Dios su Padre, y nada mas propio de tal hijo que interesarse por la gloria de su Padre Dios. *Sea santificado su nombre* en la conversion de los hombres; y al contemplar estos tan hermosos del cielo, den gloria al que tan admirablemente hace resplandecer en ellos su virtud [2], y consérvese y confírmese en nosotros la noticia de la paternidad del Padre y de la generacion del Hijo por la fe, para que mas conocidos el uno y el otro, sean mas temidos, honrados y glorificados.

Venga á nos el tu reino: esto es, reinad, Señor, ahora por gracia en nuestros corazones; estableced en ellos vuestro reino; destruid en nuestro interior y en todo el universo el reino del demonio y del pecado; triunfad de todos vuestros enemigos, y reinad en nosotros con tan soberano imperio, como reináis en el cielo á la presencia de los ángeles. Reconozcan todos los hombres vuestro dominio, y sepan que vuestro reino no tiene límites y que su duracion no ha de tener fin. ¡Oh Padre eterno! Padre celestial y divino, creador de los ángeles y de los hombres, haced que las naciones que no os conocen se unan á nuestros adoradores, para que vivamos todos juntos en vuestro imperio y bajo el reinado de Jesucristo vuestro Hijo divino á quien enviásteis, hasta que llegue el día que teneis destina-

[1] Div. Paul. Epist. I.º ad Corinth. cap. 10, v. 31.

[2] Div. Crisost. Hom. 20 in Math.

do para entramos en la posesion del reino celestial, que Jesucristo nos ganó con su passion y muerte; dirijanse á él todos nuestros deseos ya que nos compró en el precio infinito de su sangre; y reine en nosotros acá en la tierra para que después eternamente reinemos con él en el cielo; porque es imposible que con él reinemos en la gloria si no viene primero á reunir en nosotros por su gracia [1].

Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo: esto es; ha ced, Señor, que sean á vuestra divina presencia tan eficaces nuestros ruegos, por la union de los méritos infinitos de Jesucristo, que por ellos nos concedais que todos los hombres, sin distincion de judios y gentiles, se sometan con el debido rendimiento á vuestra soberana autoridad; y que como todos los ángeles os obedecen en el cielo, así se porten tambien en la ejecucion de vuestra santa voluntad todas las criaturas que viven en la tierra; unidos inviolablemente á vos, conformados con vuestros divinos preceptos, sirviéndonos sin culpa para que eternamente os gocen. *Hágase tu voluntad así como en los justos tambien en los pecadores,* para que se conviertan á tí, único Dios vivo y verdadero, y todos te obedezcan, en tí crean y de tí esperen todo aquello que les convenga, bien sea próspero ó adverso, firmemente persuadidos de que aquella es tu voluntad. *Hágase,* así como en el espíritu tambien en la carne, para que esta no se rebole contra aquel, sino que como el espíritu bueno no te resiste, así el cuerpo no resista al espíritu, y ni uno ni otro á tí; para que aborrezcan todo lo que tú aborreces; amen todo lo que amas y cumplan todo lo que mandas.

Hacer la voluntad de Dios, es hacer todo lo que Jesucristo hizo y nos enseñó á practicar con sus doctrinas y ejemplos: humildad en la conversacion; estabilidad en la fe, modestia en las palabras, justicia en las obras, misericordia en nuestros hechos y deseos, moderacion en las costumbres, no injuriar á nadie, sufrir con paciencia las injurias, tener paz con los hermanos, amar á Dios porque es Padre, temerle porque es Dios, no preferir ni anteponer nada á Cristo porque nada antepuso á nosotros, unimos inseparablemente á él por la caridad, estar junto á su cruz con confianza y fortaleza, y cuan-

[1] Idem. Ibid.

do se trate de su honor y de la gloria de su nombre, tener en el corazón constancia para confesar, lo entre los tormentos para resistir y paciencia en la muerte para recibir la corona. Esto es, querer ser heredero de Cristo; esto es, hacer lo que enseñó é hizo Cristo; esto es, en fin, hacer y desear que se haga la voluntad de su Padre [1].

Hasta aquí nos enseñó Jesucristo á suplicar á su Padre todo aquello que á su mayor honra y gloria conducia; y después quiso que le representásemos nuestras necesidades, pidiéndole el alimento necesario para mantener la vida del cuerpo y la del alma, diciéndole: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy.* Pero qué pan es este que quiere que pidamos todos los días á su Padre? No es solo el pan material de que cada día necesitamos para la vida del cuerpo, sino el pan espiritual que sustenta el alma, cuya sustancia es superior á todas las demás sustancias; el pan vivo que nos sirve de prenda, y después nos servirá de viático para la vida eterna á que aspiramos. Además de este pan espiritual, quiere Dios que con esta peticion le pidamos cuanto es necesario para nuestro sustento; y quiere que se lo pidan todos, pobres y ricos: los pobres, porque no lo tienen; los ricos, porque tengan presente que han recibido superabundantemente de Dios, de quien depende su conservacion, y que por lo mismo deben repartir lo sobrante con sus hermanos pobres; y que es bien le pidan, para que después no les falte. Todo lo que nos da Dios, bien sea por medio de la oracion, bien sea por medio del trabajo, no nos lo da solo para nosotros, sino para que lo partamos con los demás: así pues el que de lo que adquiere con su trabajo no presta ó da á los necesitados, no solo come su pan, sino el ajeno. A aquel da Dios pan que se lo adquiere con justicia, esto es, con un trabajo honesto; á aquel empero que se lo adquiere con el pecado se lo da el diablo [2]. Quiere Dios que le pidamos pan, no carnes ni pescados, ni otras cosas superfluas, sino tan solamente aquello que es para la vida necesario; lo que está bien significado por el pan; porque como dice el Eclesiástico [3] lo esencial para la vida del hombre es agua y pan.

[1] Div. Ciprian. tract. De orat. Dominic.

[2] Div. Crisostom. Hom. 14. Oper. Imperiet.

[3] Ecli. cap. 20. v. 28.

Dánosle hoy; porque nada podemos tener por nosotros mismos, á no ser que nos lo dé aquel que da de comer á toda carne; así al tomar alimento debe el hombre pensar que Dios es el que se lo da por su propia mano. *Hoy*; esto es, el que para hoy nos baste, porque ignoramos si á mañana llegaremos. ¡Oh asombrosa sabiduría de Dios y admirable providencia! que nos enseñó á pedirle solamente pan y solo para hoy; para que de un golpe se arrancasen de nuestro corazón la codicia, la avaricia y hasta la esperanza de vivir mañana; y en la gloria no se quitará el alimento espiritual á los que lo merecieron, el que consiste en la fruición beatífica de Dios, con la que se saciarán eternamente, según lo que dijo David [1]: *Quedará plenamente saciado cuando se me manifestará tu gloria.*

Y perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. Sabia bien Jesucristo que todos éramos pecadores; por esto, cuando enseñó á sus apóstoles á orar, intercaló esta grande é importantísima súplica en aquella oración, á fin de que el mismo bien que computáremos pedimos á Dios para nosotros, convertidos á su Majestad divina, lo pidamos también para nuestros prójimos [2]. Nos enseñó á orar, para que llamando á las puertas de la misericordia de Dios nuestro Padre, le pidamos el perdón de nuestras culpas y de las deudas que por ellas hemos contraído: el que nos prometió el perdón, nos impuso también una ley obligándonos á una condición, sin cuyo cumplimiento no solo no será oída nuestra súplica, sino que ella será nuestro fiscal en el tribunal de la divina justicia. Dios en cierto modo nos hace árbitros y jueces de nuestra propia suerte: de nosotros quiere recibir la medida de su perdón é indulgencia. Si nosotros somos prontos en perdonar á nuestros hermanos las faltas que contra nosotros cometieron, nuestro Padre celestial nos perdonará pronta y benignamente las que contra él hubiéremos cometido; pero si por desgracia nuestra fuésemos iracundos, vengativos é inflexibles contra nuestro prójimo, Dios lo será contra nosotros, y nos exigirá con el mayor rigor la paga de nuestras deudas [3].

[1] Ps. 16, v. 15.

[2] Div. Gregor. lib. 10. Moral. cap. 11.

[3] Div. Ciprianus. Trac. De Orat. Dominic.

No nos enseñó Jesucristo á pedir primero perdón á su Padre, obligándonos nosotros á perdonar después de obtenido el nuestro, sino que quiso que el pedir el perdón y el ofrecerle nosotros fuese simultáneo; y así decimos: Perdonáname, Señor, como yo perdono; porque si así no lo hacemos, es lo mismo que si dijéramos: No me perdones, Señor, porque yo perdouar no quiero. Niégame, Dios, tu clemencia, porque yo la mía niego. No quiere Dios que lo aguardemos para después. Sabe su Majestad que todo hombre es mentiroso, y que si recibieren el perdón de su deuda antes de perdonar ellos, no perdonarian después: por lo mismo los que tuvieronla desgracia de ser ofendidos del prójimo, deben dar gracias al ofensor juntamente con el perdón de la ofensa, porque con tan poca cosa como le ofrecemos nos proporciona el ganar un tesoro inmenso de misericordia. Nuestras deudas son muchas y grandes á la presencia de Dios, y todas se nos perdonan por un pequeño perdón que demos. Ved ahí, exclama san Agustín, cuánto aborrece Dios el odio y la venganza que tenemos contra nuestros hermanos, cuando solo con la condición de perdonar las injurias recibidas nos ofrece el perdón de nuestras deudas [1]. San Anselmo añade: No tendrás indulgencia si no la dieres ó no la tuvieses con tu prójimo [2]. Y Séneca, aunque gentil, decía: Perdona siempre á los demás; á tí mismo nunca.

Y no nos dejes caer en la tentación: para que la carne no nos sumerja para siempre por los deleites con que nos tienta, el mundo no nos abraze por los deseos y el demonio no nos pierda por las iniquidades. Danos, Señor, la sabiduría para que no caigamos indiscretamente en los lazos que el enemigo de nuestra salud pone á nuestras almas; danos valor para resistir sus asaltos, para vencerle y ahuyentarle cuando claramente nos hace la guerra. No nos espantes aflicciones y calamidades que sean para nosotros ocasión de nuestras caídas, que puedan causar en nuestras almas el olvido de tu Majestad y de nuestras obligaciones. No permitas que nos veamos reducidos á miseria y necesidad tan extrema, que nos provoque á murmurar de tu bondad, que nos incite á la desesperación y que altere ó nos haga perder la fe: y ya que te complaces en poner-

[1] Div. Agustín lib. 2.º De Serm. Domini.

[2] Div. Anselm. in Math.

la á prueba por medio de la tentacion, nunca permitas que seamos vencidos por ella.

Mas libranos de mal. Amen. Es tal y tan grande nuestra flaqueza y miseria, que sin vos, oh Dios omnipotente! nada podemos, sucumbimos vergonzosamente cada dia y cada instante bajo el peso de nuestra propia flaqueza, y por todas partes nos amenazan muchos males: libranos, Señor, de todos ellos. De los de este mundo, en cuanto sea necesario para nuestra salud, y de los del infierno donde ejercita su poder el príncipe de las tinieblas, y donde no habrá jamás más remision para el pecado ni consuelo para el pecador. Libranos del mundo, del demonio y de la carne; del hambre, de la peste y de la guerra, y de todos los azotes, bien sean temporales bien sean eternos, que una y mil veces hemos merecido por el abuso que hacemos de tu misericordias. Libranos de toda culpa, porque ella es el peor de todos los males; libranos de toda pena; de todo mal visible é invisible; de todo mal pasado, esto es, merecido por las culpas pasadas, y de todo mal presente para no incurrir en la pena futura, que es el mal futuro de que tambien deseamos que nos libres. *Amen.* ¡Y de qué servirá, Señor, que suplicándote la criatura diga *amen* al fin de sus oraciones, si tú mandando revestido de tu omnipotencia, no dices tambien *amen*, concediéndole todo lo que te pide? *Di amen*, Dios mio, esto es, concedido está lo que me pides: *hágase, Fiat:* ¡Oh magnífica y eficazísima palabra! Con ella oh Padre eterno y sumo! creaste todas las cosas en el principio. *Dijiste, y todo queda hecho; mandaste, y todo queda creado.* Con esta misma palabra reparaste nuestra caída, cuando aquella purísima, santísima é inmaculada criatura que elegiste para Madre de tu Hijo dijo al ángel que te enviaste: *hágase en mí, segun tu palabra.* ¡Oh palabra saludable! oh palabra omnipotente! oh palabra de admirable eficacia! oh Jesús mio, Verbo del Padre, palabra de vida y de consuelo, contempla tú mi oracion, perfecciona mis palabras, dictadas y enseñadas por tí. ¡Oh dulce amor mio! oh dulce palabra! oh dulce *amen!* Hágase todo, Señor, segun tu voluntad.

Todavía después de esta oracion hizo notar Jesús otra vez á sus discipulos la obligacion que ella misma les imponia de perdonar á todos los que les ofendiesen, pues que sin esto no podian alcanzar el

perdon de sus culpas; porque Dios su Padre tenia resuelto tratarles de la misma manera que ellos tratasen á los demás; de modo que parece que en esta oracion hacemos pactos con Dios, y que si faltamos á lo pactado, no solo es meritoria ni fructuosa nuestra oracion, sino que se convierte contra nosotros. Tal es la ley que Dios impuso al hombre, y que el hombre se impone á sí mismo: ser tratado como tratase, y recibir gracia si la hiciere.

A la oracion y á la limosna añadió el Maestro divino el ayuno, que debe ser el compañero inseparable de aquella y como su principal fundamento. No consiste la felicidad del hombre en amontonar oro y plata, ni en acumular riquezas sobre la tierra; no es eso lo que atrae sobre su cabeza las bendiciones del cielo. Una oracion fervorosa, acompañada de la limosna y sostenida por el ayuno, este es el manantial de los méritos de una alma fiel y la llave de los tesoros de Dios. El ayuno, empero, tiene tambien como la oracion sus cualidades y condiciones. Cuando ayunais no imiteis á los hipócritas, cuya virtud no está en el corazon, sino en el semblante; no ayunes para manifestar vuestra austeridad en la atenuacion y palidez de vuestro semblante, y en la debilidad y flaqueza de vuestro cuerpo, sino para manifestar á Dios la humildad de vuestro corazon y el deseo de aplacar su justicia por la sincera y verdadera mortificacion de la carne. Soberbios aquíellos, ambicionan la admiracion y aplausos de los hombres, publicando con un exterior triste y un aspecto macilento el ayuno á que se dedican para ser tenidos por virtuosos. En verdad os digo que los aplausos y admiraciones que consigán, serán todo su premio y recompensa; obtendrán la reputacion de hombres mortificados, pero ningun mérito tendrán para con vuestro Padre celestial; antes al contrario, por su pérdida simulacion que usaron, obtendrán la condenacion eterna que no temieron.

Obsértese detenidamente la expresion con que el Salvador instruye á sus apóstoles, y se colegirá con facilidad cuán breve es y momentánea la alabanza que adquieren los hipócritas por su aparente y simulada mortificacion; pues dice: *En verdad os digo que ya recibieron su premio:* no dice reciben, sino recibieron; porque el gozo de su premio es tan pasajero y veloz, que casi nada tiene de

presente. Esto mismo había dicho Job [1] en medio de sus dolores, contestando á uno de sus amigos: *Una cosa sé, y es, que desde el principio, desde que el hombre fué puesto sobre la tierra, la gloria de los impios dura poco y el gozo de los hipócritas no es mas que un momento.* Así que, cuando ayuneis vosotros para aplacar al Señor, ningún ó perfumad vuestras cabezas; lavaos bien la cara para que resalten los colores, para que no reparen en vosotros los hombres, y cuando os miren no adviertan la austeridad de vuestra vida; pero sabed que por mas que ocultéis vuestra penitencia y mortificación, vuestro Padre la descubrirá y verá; para él nada hay oculto, y premiará oportuna y largamente la piedad que anima vuestro ayuno, y la humildad con que procuráis esconderlo. El Señor no prohíbe ni condena la tristeza de la penitencia por los pecados, sino la tristeza fúgida para merecer los aplausos; y así como esta recibirá castigo, aquella merecerá premios, unos y otros eternos; pues dicho está por el sabio [2], que *Dios dará á los justos el galardón de sus trabajos.*

Después de tan graves y tan sublimes intenciones pasó el Maestro divino á no darles otra de no menos sublimidad ó importancia: tal fué el enseñarles á huir la terrible pasión de la codicia que tanto consume á los hombres llevándoles siempre afanados por adquirir y amontonar bienes en la tierra, señalándoles un caudal inagotable de libertad, no en las riquezas y en la abundancia, que no siempre hacen generosos á los hombres que las poseen, sino en el desinterés y en la pobreza misma, donde los que confían en Dios encuentran siempre el remedio de sus necesidades. No queráis, les dijo, juntar grandes tesoros en la tierra, porque los consumen la polilla, los roen los gusanos, y los ladrones los roban: atesoraed tesoros para el cielo, ponédlos en manos de vuestro Padre celestial, depositadlos ó escondedlos en el seno del pobre y necesitado, y estad seguros de que allí, ni los consumirá la polilla, ni los roerán los gusanos, ni los robarán los ladrones. Bien seguro está en el seno de Dios todo lo que depositéis en la mano del pobre; los tesoros espirituales no los arrebatá la mano sacrilega del ladrón; la caridad para con los hom-

[1] Job. cap. 20, vs. 4 et 5.

[2] Sap. cap. 10, v. 17.

bres recibe su mas precioso esmalte de la confianza en Dios; sobre todo, lo que dice san Crisóstomo [1]: *¿Qué diré de aquel mandato tan precioso por el que nos manda el Señor no atesorar tesoros en la tierra, lo que seguramente hacen muy pocos? No parece sino que al oír los hombres el precepto, todos lo entendieron al revés; y se dan tanta prisa en acumular riquezas sobre la tierra, que parece que se han vuelto locos y que están poseídos de un rabioso frenesí que de tal manera les pega á la tierra, que les hace olvidar enteramente el cielo. Conviértanse los bienes temporales, transitorios y perecederos, en bienes espirituales y eternos, y no haya miedo que se consuman ó desperdicien. No atesoremos, pues, bienes en la tierra que hemos de dejar un día para no volver á ella, sino en el cielo, donde debemos anhelar quedar para siempre.* San Gerónimo añade [2]: *Es una necesidad muy grande esconder los tesoros en un lugar de donde hemos de salir, y no mandarlos delante nosotros á la patria donde siempre hemos de vivir. Coloca, ¡oh hombre! tus riquezas y toda tu sustancia allí donde tienes la patria.* Y san Gregorio concluye [3]: *Los justos no quieren edificar ni atesorar riquezas en la tierra, porque se conceptúan huéspedes y peregrinos en ella; y como esperan gozarse en su propia patria, no quieren felicidades en la ajena. Los tesoros en la tierra arrastran el corazón de la criatura hácia la tierra, y nada le permiten esperar del cielo y ni aun levantar la vista para mirarle; y para qué ha de levantar á él sus ojos el que nada tiene allí depositado [4]. No teniendo bienes sino en el cielo, allí estará siempre nuestro corazón: Dios será su dicha y su premio.*

ORACION.

Padre nuestro, esceldo en la creación, suave en el amor, rico por tu eterna é inmensa heredad. Que estás en los cielos; espejo de la eternidad, corona de la alegría, tesoro de la felicidad. Santificado sea tu nombre; para que sea miel en nuestra boca, melodía en nues-

[1] Div. Crisostom. Lib. De Compunctione cordis, tom. 3.

[2] Div. Hieronim. in Math.

[3] Div. Gregor. lib. 12 Moral.

[4] Div. Crisostom. Hom. 15 oper imperfect.

tro oído, devoción en nuestro corazón. Venga á nos el tu reino; feliz, sin mezcla de males; tranquilo, sin que jamás se perturbe; seguro, sin que haya miedo de perderse. Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo; para que aborrezcamos todo lo que tú aborreces, amemos todo lo que tú amas, y cumplamos todo lo que á ti te agrada y deseas. El pan nuestro de cada día dánosle hoy; á saber, el pan de la doctrina, de la penitencia y de la virtud. Y perdonanos nuestras deudas; esto es, los pecados que contra ti hemos cometido, contra el prójimo y contra nosotros mismos. Así como nosotros perdonamos á nuestros deudores; que nos ofendieron con palabras y obras, en nuestras personas y en nuestras cosas. Y no nos dejes caer en la tentación; del mundo, del demonio y de la carne. Mas líbranos de mal; presente, pasado y venidero. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo correspondiente al VI de san Mateo, desde el versículo 9 hasta el 21, ambos inclusive.

La Iglesia usa desde el versículo 16 hasta el mismo 21, como propio de la feria cuarta de Ceniza; uno y otro dicen así:

EVANGELIO DE SAN MATEO.

Capítulo VI, versículos 9 al 15.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Ved ahí el modo como habeis de orar. Padre nuestro que estás en los cielos: santificado sea tu nombre. Venga á nos el tu reino. Hágase tu voluntad en el cielo, así como en la tierra. El pan nuestro de cada día dánosle hoy. Y perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentación. Mas líbranos de mal. Amen. Porque así perdonais á los hombres las ofensas que cometen contra vosotros, también vuestro Padre celestial os perdonará vuestros pecados. Pero si vosotros no perdonais á los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará los pecados.

EVANGELIO DE LA FERIA VI DE CENIZA.

San Mateo, cap. VI, vs. 16 al 21.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Cuando ayuneis, no os pongais caritistas como los hipócritas, que desfiguran sus rostros

para mostrar á los hombres que ayunan. En verdad os digo que ya recibieron su galardón. Tú al contrario, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava bien tu cara, para que no conozcan los hombres que ayunas, sino únicamente tu Padre que está presente á todo, aun lo que hay de mas secreto; y tu Padre, que ve lo que pasa en secreto, te dará por ello la recompensa. No querais amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el orin y la polilla los consume, y donde los ladrones los desentieran y roban. Atesorad mas bien para vosotros tesoros en el cielo, donde no hay orin ni polilla que los consuma, ni tampoco ladrones que los desentierren y roben; porque donde está tu tesoro allí está también tu corazón.

JANUARIANA
BIBLIOTECA
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

prenderlas el entendimiento humano, pero que eran indispensablemente necesarias para ilustrar y esclarecer su razon.

Es tu ojo, les dijo, la antorcha de tu cuerpo: si tu ojo fuere sano, sencillo y sin intencion torcida, todo tu cuerpo será luminoso; es decir, en todas tus intenciones y acciones se verá el orden metódico de la justicia y de la virtud, y todas ellas se dirigirán perfectamente á Dios. Pero si tu ojo se malea con algun humor extraño, esto es, con malas y depravadas intenciones, todo vuestro cuerpo será tenebroso, denegrido, feo, caminará entre densas tinieblas y en él no se verá sino la deformidad del vicio. Y si sucediese que las luces que se os han comunicado para ilustrar vuestras almas se oscureciesen, sumergiéndolas vosotros en la estimacion de los bienes de la tierra, ¿qué luz os quedará para gobernar los movimientos de vuestros apetitos y de la concupiscencia, que por su naturaleza son movimientos ciegos é impetuosos? Llevados de su furioso arrebató ¿tendreis valor para resistirlos? ¿Cuán grandes serán entonces las mismas tinieblas?

Toda esta bella locucion de Jesucristo es verdaderamente metafórica. El cuerpo mortal es aquí el retratado; pues así como el ojo material rige todo el cuerpo material y dirige las operaciones de todos los miembros, así el ojo moral, esto es, la intencion, dirige las varias operaciones del entendimiento á su respectivo fin, y por esto dijo: *Si tu ojo fuere sencillo*, esto es, si tu intencion fuese recta sin mezcla de simulacion ni de error, todo tu cuerpo será bello y hermoso, porque todas tus obras serán buenas y meritorias; de otro modo no procederian de una buena intencion.

Esta pureza de intencion debe guiar tambien al hombre en las cosas temporales: para esto le dió Dios la razon, que es la antorcha que ilumina el alma, la que encendió el sople del Omnipotente; por esto le decia David [1]: *Tú eres ¡oh Señor! el que haces lucir la antorcha que me alumbrá; ilumina las tinieblas que cubren y ofuscan mi entendimiento. Solo la razon ilustrada por Dios nos pone á nosotros y á nuestras relaciones exteriores en su verdadera claridad: si Dios no la ilustra, el hombre piensa y obra fuera de lo que á aquel*

[1] Ps. 37, v. 29.

CAPITULO VIII.

DE LA CONFIANZA EN DIOS, Y DEL DESPRECIO DE LOS CUIDADOS DE LA TIERRA.

Después que el Maestro divino procuró arrancar del corazón de sus discípulos, no solo el apego de las riquezas percederas y el afecto á las vanidades de la tierra que cautivan el corazón, sino tambien la afición á todo lo que es terreno, caduco y transitorio, representándosele consumido y carcomido por el orin del tiempo y por el gusano de la inestabilidad, quiso demostrarles que todo lo que ha de tener duracion, belleza y bondad, debe tener su origen en él y derivarse de nuevo en él, porque todo lo que no tiene Dios por principio y último fin, no es mas que vanidad, tormento y afición para el espíritu. Por las cosas temporales y terrenas se entienden no solamente las que tocamos con nuestras manos y descubrimos con nuestros sentidos, sino todo lo que refiere únicamente á la tierra y al tiempo, y todo lo que no se propone por objeto á Dios, en quien deben refundirse el amor y todos los afectos del espíritu. La razon es como la luz del alma, y la enseña á dirigir bien sus intenciones y á no proponerse en todas ellas sino un fin honesto; por esto el que dotó al hombre de razon, y es la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, añadió el discurso que pronunciaba á sus discípulos unas ideas tan sublimes que apenas puede com-

Señor es relativo, anda errante en la oscuridad, y sus obras no pueden ser sino confusion y tinieblas. La luz de Dios enciende la caridad en el corazón e ilumina el espíritu con verdades: el que sigue esta luz verdadera camina siempre delante de Dios, ama á Dios, no tiene mas voluntad que la de Dios, y está en sociedad con Dios; por esto decía el mismo Dios á Abraham [1]: Yo soy el Todopoderoso; camina delante de mí como siervo fiel, y sé perfecto. Job, que no tenía mas voluntad que la de Dios, y caminaba siempre en su presencia cuando la desgraciada muerte de sus hijos, con la que el implacable Levaitan saltó al parecer el sello á sus desventuras, solo dijo: *Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. El Señor me lo dió todo, el Señor me lo ha quitado: como fue su voluntad así lo hizo: bendito sea el nombre del Señor* [2]. Y David, que caminaba á la presencia de Dios y estaba en sociedad con Dios, le decía [3]: Tú me asiste de la mano derecha, guiáste me según tu voluntad y me cogiste con gloria. Y ciertamente qué cosa puedo yo apetecer en el cielo, ni qué he de desear sobre la tierra fuera de tí, ¡oh Dios mío! ¡Ah! mi carne y mi corazón desfallecen, ¡oh Dios de mi corazón! Dios que eres la herencia mía por toda la eternidad. Así se conoce que el hombre tiene el ojo, esto es, el corazón ó su intención, claro, sencillo y hermoso, y todas sus operaciones son puras y buenas á la presencia de Dios: así con la sencillez busca á Dios, y con la pureza le halla y le goza, y así disfruta en el interior de su corazón de la mas dulce y envidiable paz Procura pues, dice Séneca, aunque gentil [4], que no sea perversa tu intención, porque si lo fuese, corromperá todo lo que intentares hacer.

Como no ignoraba el Salvador la astuta perversidad del corazón humano, quiso destruir preventivamente la perniciosa cavilación con que pretenden muchos todavía cohonestar la perversidad de sus intenciones, diciendo: que se puede muy bien atender á los negocios temporales al mismo tiempo que á los eternos, sin que el cuidado de

[1] Genes. cap. 17. v. 1.

[2] Job. cap. 1, v. 21.

[3] Ps. 72, vs. 24, 25 et 26.

[4] Séneca in Proverbiis Verbo Vitiosum

los unos desvíe la recta intención de los otros; y así continuó su sermón demostrando á sus discípulos que no es posible que uno sirva bien á dos amos ó señores á un tiempo, y mucho menos cuando mandan cosas encontradas ó opuestas entre sí; porque si se ama al uno, forzosamente se ha de aborrecer al otro, y si se ejecuta con fidelidad la voluntad de este, es preciso se miren con indiferencia: y aun con desprecio los mandamientos del otro. No podéis servir á Dios y Mammon [1]. Ni es posible que vosotros á quienes destino á predicar el Evangelio, os ocupéis al mismo tiempo en este ministerio santo y en el afán y cuidado de aumentar los bienes de la tierra; y no entendáis que á vosotros solos es á quienes dirijo esta instrucción; ella es también sobremanera necesaria para todos los que hacen profesión de servirme; por tanto, no debéis cavilar ni inquietaros por las cosas necesarias para la vida, esto es, para comer y vestir. Por ventura ¿no es mas preciosa la vida que el mantenimiento, y el cuerpo mas que el vestido? El que os dió pues tan generosamente la vida y el cuerpo, no dejará de daros alimento y vestido. Sobre esta importante doctrina dijo el venerable Beda [2]: Nadie puede amar á un mismo tiempo las cosas transitorias y las eternas, ni mirar con un mismo ojo al cielo y á la tierra; y así como esto no es posible, tampoco lo es el que se ame á un mismo tiempo á Dios y el mundo.

Observan los naturalistas que las aves cierran los ojos con la pupila inferior, y las fieras y demás bestias de la tierra con la superior. Por las aves entienden los padres, los varones espirituales, que cerrando los ojos á lo de la tierra, los abren únicamente para las cosas del cielo; y por las fieras y bestias de la tierra, los hombres mundanos que los tienen cerrados para estas y abiertos para las de la tierra. San Crisóstomo [3] explana este pensamiento, diciendo: Dos señores, dicen, los que juntan cosas contrarias; porque los que juntan muchas cosas que se adunan con facilidad y avienen entre sí, no son muchas sino una: la avenencia y la concordia de muchos

[1] Mammon es una voz siro-caldea que significa riquezas; tambien era el nombre de una diosa de la Siria.

[2] Ven. Bed. lib. 4 en Lucas.

[3] Div. Crisostom. Hom. 22 in Mathew.

hacen solamente uno. Estos dos señores á quienes á un mismo tiempo no se puede servir, son los vicios y las virtudes, las cosas del cielo y las de la tierra, la carne y el espíritu, Dios y el diablo; porque como contrarios incitan cosas contrarias, y así es preciso amar al uno y aborrecer al otro: por esto, casi como declarando este pensamiento, dijo el Señor: *No podéis servir á Dios y á Mammon.* Dios es el que manda y ama la pobreza, la humildad, el desprendimiento y todas las virtudes. Mammon es el demonio que preside las riquezas y manda á los hombres ser ambiciosos, usureros, avaros; no porque él pueda dar ó quitar las riquezas, sino porque los tienta con ellas y les inspira su mal uso; y aunque no se puede servir á Dios y á las riquezas, puede sin embargo servir á Dios con las riquezas. Aquel sirve á Dios y á las riquezas que las desea y ama como á su último fin, que las retiene injustamente y que las guarda con codiciosa avaricia; pero no sirve á las riquezas aquel que las expende en obras de misericordia y piedad, que las distribuye con largueza entre los pobres y necesitados, y que se sirve de ellas como de un precioso instrumento para mejor practicar las virtudes. Dos señores se nos ofrecen, Dios y el diablo: el primero, nos manda é incita con premios á la misericordia; el segundo, á la avaricia: aquel nos conduce por el camino de la salud, este por el de la perdición; el uno nos ofrece la vida eterna, el otro la muerte y la eterna condenación: ¿á cuál de los dos deberemos seguir? A aquel por cierto que nos ofrece la vida; no á aquel que nos conduce á la muerte. Nada hay tan malo para el hombre como el separarse de Dios por el apego de las riquezas, así como nada tan bueno para él como el despreciarlas por unirse estrechamente con Dios. Las riquezas, dice Ambrosio [1], impiden á los malvados acercarse á Dios, y facilitan á los buenos el medio de unirse estrechamente con él; por lo que quiso el Salvador arrancar de nuestro corazón toda solicitud superflua y desordenada, diciendo que no habíamos de pensar en la comida ni en la bebida, ni aun en lo que habíamos de vestir.

Para obligarles y obligarnos á colocar nuestra esperanza en nuestro Padre celestial que está en el cielo, les dijo: *Fijad vuestra con-*

[1] Div. Ambros. Hom. 2 in Luc.

sideración en las aves que vuelan por los aires; no siembran, ni siegan, ni tienen provisiones, ni graneros, y nuestro Padre que está en los cielos que es su criador y no su Padre, tiene cuidado de alimentarlas. ¿Y qué valen para con Dios las aves del cielo en comparación vuestra, que no solo sois sus criaturas, sino tambien sus hijos? Mas ¿quién de vosotros puede con sola su industria ó inteligencia añadir un codo á su estatura? El hombre no se hizo á sí mismo; él es la criatura, Dios el criador, el Señor tendrá cuidado de su obra. Todas las aves del cielo crió Dios para el hombre, pero á este le crió para sí mismo; y si á las aves y demás animales sustenta Dios para que sirvan al hombre, ¿podrá olvidar el sustento de este, criado para que le sirva á él [1]?

Tampoco por el vestido debéis afanaros ni inquietaros. Considerad los lirios del campo, ved cómo crecen, cómo se crían y mantienen, siendo así que no trabajan, ni labran, ni hilan; y sin embargo, yo os aseguro, que ni Salomon con toda su riqueza y gloria, con todo su fausto, ostentación y magnificencia, se vió tan magníficamente vestido como uno de ellos; porque aunque el arte imite á la naturaleza, con todo, los artefactos nunca consiguen la perfección que alcanzan las obras de aquella; lo que prueba que aunque Salomon fuese un rey poderosísimo, nunca vistió tan perfectamente como las flores del campo, vestidas de hermosa variedad por la mano del Criador [2]. Y á la verdad, ¿qué seda, qué púrpura real ni qué belleza en los tejidos puede compararse con la hermosa de las flores? Vistió las yervas y las flores de tanta galanía y belleza, añade el Crisóstomo [3], para demostrar su sabiduría y la superabundancia de su virtud, á fin de que en todas partes resplandezca la hermosura de su gloria, y no sean solos los cielos los que anuncien, sino que tambien la cante pasmosamente la tierra. Si Dios, pues, á las flores y á las yerbas que hoy hermojean los prados y mañana arden en los hornos, adorna con tanta belleza, ¿cuánto mas prodígo será con vosotros, hombres de poca fe!

¿No es fácil de comprender toda la gravedad misteriosa que en-

[1] Div. Crisostom. Hom. 16 oper imperfect.

[2] Hieronim. in cap. 6 Math.

[3] Crisostom. Hom. 23 in Math.

cierran estas palabras salidas de la boca de aquel que es infinitamente sabio! Esto es como si les hubiera dicho: Si con tanto regalo sustenta Dios á las criaturas irracionales; si con tanta ostentacion y hermosura viste á las insensibles, que el mas rico y opulento rey que ha habido en el mundo, aun cuando quiso hacer ostentacion de su grandeza, no pudo igualar el adorno de una sola flor de las que andan tiradas por el suelo; ¿cuánto mas cuidará de vosotros á quienes dió sentido y alma dotada de razon? Para vosotros crió de la nada todas las cosas; ¿y ahora habia de olvidaros y abandonaros? Vuestra afanosa solicitud trae de vuestra poca fe. No engendre vuestro corazon una desconfianza criminal que os haga indignos de las bondades de mi Padre; arrojad en sus manos los cuidados que os aquejan, que siendo como es, infinitamente misericordioso, pródigo y veraz, nunca pejará en las esperanzas de los que en él confian. No se oiga decir jamás en ofensa de su paternal vigilancia, ¿qué comeremos, ó qué beberemos, ó con qué nos vestiremos? estos cuidados son propios de los gentiles, que en Dios no creen ni esperan.

Tristísimo es que haya aun en el mundo gentiles y paganos que no conozcan á Dios, que le ignoren y que yerren, no reconociendo una Providencia gobernadora de todo el mundo, y que por lo mismo anden afanados por buscar de mil modos y por mil caminos lo que esperan conseguir solo por su industria y saber: no hay duda que este es un error muy funesto; pero no es extraño que incurran en él, porque al cabo no tienen fe, única medicina que cura radicalmente estas dolencias. Pero que esto lo hagan aquellos á quienes llegó la noticia de la excelsa sabiduría, poder y omnipotencia de Dios; que lo hagan aquellos que le conocen por la fe y que no pueden dudar que todo lo ve, dispone y ordena con admirable providencia y concierto; que lo hagan aquellos que le llaman Padre y le tienen por tal, y que aunque quisieran no puedan negarlo, porque todos los días reciben pruebas ciertas de que lo es; no hay duda de que mas que error, es una obstinacion atrevida, es una vileza de ánimo, es una ingratitud horrible que demuestra que en ellos no hay fe y que son de peor condicion que los gentiles.

Vuestro Padre, que no cierra sus entrañas de misericordia y amor

para sus buenos hijos, sabe que necesitais de todas estas cosas, y os las dará si vuestra infidelidad no os hace indignos de ellas. Porque es Padre vuestro, quiere, y porque es celestial, puede; y porque puede y quiere nos dará sin duda todo aquello que para nuestra salud convenga. Sabe el médico celestial lo que nos ha de dar para nuestro consuelo y lo que nos ha de quitar para ejercitar nuestra paciencia [1], puesto que ni aun el hombre quita sin causa la comida á su jumento. Si sabe pues lo que nos hace falta, porque todo lo ve y sabe, y quiere dárnoslo porque es Padre, y puede porque es omnipotente, no hay que recelar ó temer que nos falte su providencia. Conviene empero saber que por muchas causas nos abandona Dios al parecer, y nos falta lo necesario para la vida. La primera, por causa de nuestros pecados; la segunda, para ejercitarnos en la paciencia y en la virtud; la tercera, para castigar la importunidad de nuestra avaricia; la cuarta, para mortificar los deseos de la superfluidad que siempre nos acompañan; la quinta, para refrenar el abuso que siempre se hace de las cosas temporales, pues bien merecé que Dios le castigue con la falta de lo necesario el que abusa de lo que tiene; la sexta, para humillar la ingratitud, porque es digno el ingrato de que se le nieguen todos los beneficios y consuelos; y la sexta, para que creamos que Dios nos da los bienes temporales no por un débito de justicia, sino por su buena voluntad, y que nos los quita cuando quiere, porque es soberanamente árbitro, y obra siempre segun los deseos de su corazon.

Prohíbe Dios la solicitud que nace de la desconfianza y del temor, pero permite aquella que nace de la providencia y del trabajo. Prohíbe la solicitud desordenada y superflua por la que se impiden y posponen los bienes espirituales, pero permite la solicitud moderada y necesaria segun las reglas de la recta razon, de la justicia y de la prudencia; y así decia san Pablo: Que cargaban sobre él las ocurrencias de cada dia, por la solicitud y cuidado de todas las iglesias [2]; y esta solicitud no solo se permite, sino que se manda, porque está fundada en la caridad. Hay una solicitud vituperable, otra tolerable, otra recomendable. El hombre debe ser solícito por las oc-

[1] Div. Agust. Serra. 16 ad Fratres.

[2] Div. Paul. Ep. 2 ad Corinth. cap. 11, v. 23.

as eternas, no por las terrenas; y esta solicitud encierra tres bienes, el celestial, el espiritual y temporal; al primero corresponde el don de la gloria, al segundo el de la gracia, al tercero los dones de fortuna: ¿y dónde hay padre que tenga valor para negar á sus hijos estos dones, si aun con la afanosa solicitud de lo temporal solo desean agradar á Dios? Por esto les añadió en seguida: *Buscad pues lo primero el reino de Dios y su justicia, que todas las demás cosas sin las que no podéis pasar sobre la tierra, se os darán como por añadidura.*

En este precepto nos dió el Salvador expresada toda la sustancia y el meollo de la vida cristiana. Vosotros, dijo á sus apóstoles, y con ellos á nosotros, poned todo vuestro cuidado en la edificación de vuestra fe y en el ejercicio de las buenas obras, que os ha de abrir el reino de los cielos; este ha de ser el primero entre todos vuestros cuidados, porque si no todas vuestras buenas obras se harán sin concierto ni orden; y ya que con tanto afán procurais atender á las necesidades del cuerpo, tratad tambien de edificar en vuestra alma el templo espiritual de la justicia, donde more Dios como rey: así que, no se condena el trabajo ni la prudente solicitud que los hombres deben tener, condenados por Dios á comer el pan con el sudor de su rostro; condénase solamente el afán que sofoca la atenta vigilancia del espíritu para conseguir los bienes espirituales y celestes, puesto que el mismo Señor, á quien servian y ministraban los ángeles todo lo necesario, tambien permitia que sus discípulos tuviesen algun repuesto ó depósito para cuando les era necesario comprar vitualla; y esto lo permitió para dar ejemplo, é informar é instruir á su Iglesia. A esta regla pues redujo el Señor este grandioso precepto, á fin de que ninguno por la ambiciosa solicitud de los bienes temporales, pierda enteramente de vista los eternos. Cuando el hombre aparta su vista de Dios y la fija en la tierra, no es extraño que Dios se aparte tambien de él y le abandone. Quiere pues su Majestad divina concertar de tal manera las obras y los deseos de las criaturas, que ninguna de ellas se atreva á basear otra cosa mas que la expansion de su santo reino, la honra de su nombre y la glorificacion que deben darle en la tierra, como se la dan los espíritus bienaventurados en el cielo; para que así engrandecido y alabado, y buscado con

afán el reino de Dios y su justicia, gocen en la tierra de todos los consuelos, y en el cielo consigan el eterno premio.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, repartidor inefable de todos los bienes: concédeme que no me afane en atesorar los perecederos del mundo, sino en amontonar méritos para recibir en el cielo los eternos. Vos sois el único é incommutable bien con que la fe nos convida; y ya que en vos creo y espero, no me neguéis la gracia de que solo en vos, tesoro y riqueza mia, ponga mi corazón: desterrad de él el tirano cruel de la avaricia: no permitais, Señor, que elija yo servirle en competencia de un Padre tan dulce, tan benéfico y tan amoroso como vos. En los brazos de vuestra paternal Providencia me arrojo, con la firme esperanza de que no me dejareis perecer. Lejos de mí toda afanosa solicitud por las cosas temporales, y solo me acongoje el ver que no os sirvo con todo el fervor de mi corazón: fatiguemo solamente la memoria de lo mucho que os he ofendido, y sean mis solos deseos llorarlas todo el resto de mi vida, para que cubierto con el hermoso candor de las virtudes y desnudo del asqueroso heno de los vicios que destinais al fuego eterno reinéis vos siempre en mí, para que reine yo eternamente en el cielo. Amen.

Nota. La historia del presente capítulo está comprendida en el VI de san Mateo, desde el versículo 22 al 23, ambos inclusive. La contesta san Lucas en el capítulo XII, desde el versículo 22 al 31, tambien inclusive.

La Iglesia usa del Evangelio de san Mateo como propio de la dominica XIV después de Pentecostés, y en el día de san Cayetano fundador, á 7 de agosto, desde el versículo 24 al 33.

EVANGELIO DE SAN MATEO.

Capítulo VI, desde el versículo 22 al 33.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: La antorcha de tu cuerpo son tus ojos. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado. Pero si tu ojo fuere malicioso, todo tu cuerpo estará os-

curecido. (n. 24.) Nadie puede servir á dos señores, porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó al uno sufrirá y al otro despreciará. No podeis servir á Dios y á las riquezas. Por esto os digo: No os acogeis por el cuidado de hallar de comer para sustentar vuestra vida, ó de dónde sacareis vestidos para cubrir vuestro cuerpo. ¿Acaso el alma no es mas que la comida y el cuerpo no es mas que el vestido? Mirad las aves del cielo como ni siembran, ni siegan, ni amontonan granos en las trojes, y vuestro Padre celestial las sustenta. ¿Por ventura, no valeis vosotros mucho mas que ellas? Mas ¿quién de vosotros, por mas que lo piense, puede añadir un codo á su estatura? Y por el vestido, ¿por qué os acogeis? Contemplad los lirios del campo cómo crecen; ellos no trabajan ni tampoco hilan. Mas os digo que ni Salomon con toda su grandeza, llegó á estar vestido como uno de éstos. Pues si al heno del campo que hoy es y mañana es echado en el horno, Dios lo viste así, ¿cuánto mas á vosotros, hombres de poca fe! No queráis pues andar solícitos diciendo: ¿Qué comeremos ó qué beberemos, ó con qué nos cubriremos? Todos estos cuidados son propios de los gentiles. Porque vuestro Padre ya sabe que necesitáis de todas estas cosas. Buscad pues primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán como por añadidura.

CAPITULO IX.

CONCLUSION DEL SERMÓN DE JESUS EN EL MONTE; CONDENA LOS JUICIOS TEMERARIOS, Y AMENAZA A LOS QUE ASÍ JUZGAN A SUS PLÓTIMOS.—DA ADVERTENCIAS PARA EL CONOCIMIENTO DE LOS FALSOS PROPETAS.—E INDICA EL EMPENO QUE DEBEN FORMAR LOS HOMBRES PARA ENTRAR POR LA PUERTA ESTRECHA DE LA VIDA.—INDICA EL CAMINO DE LA SALVACION.

Muchos autores clásicos de la vida de Cristo, entre los que debe contarse al reverendo Ludolfo de Sajonia, intercalan en este admirable sermón de Jesucristo, según lo refiere san Mateo, varias doctrinas que este no cita y se hallan esparcidas en los capítulos VI, XI y XII de san Lucas, y en el IV de san Marcos. No entraremos en polémica con ellos sobre este asunto á beneficio de la brevedad, valiéndonos para refutar la narración de algunos de la incontrastable autoridad de los santos Jerónimo y Agustín; sino que admitiendo en ella lo que parezca mas justo, seguiremos sin desvío la senda marcada por el respetable varón que nos hemos propuesto por modelo.

Después que Jesucristo exhortó tan eficazmente á sus discípulos á depositar toda su confianza en la divina Providencia, prohibiéndoles, no el trabajo que nos manda, sino los cuidados que perturban, las inquietudes y la solitud que daña, y la desconfianza sobre las necesidades de la vida, ordenándoles que tuviesen cuidado de re-

curecido. (n. 24.) Nadie puede servir á dos señores, porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó al uno sufrirá y al otro despreciará. No podeis servir á Dios y á las riquezas. Por esto os digo: No os acogeis por el cuidado de hallar de comer para sustentar vuestra vida, ó de dónde sacareis vestidos para cubrir vuestro cuerpo. ¿Acaso el alma no es mas que la comida y el cuerpo no es mas que el vestido? Mirad las aves del cielo como ni siembran, ni siegan, ni amontonan granos en las trojes, y vuestro Padre celestial las sustenta. ¿Por ventura, no valeis vosotros mucho mas que ellas? Mas ¿quién de vosotros, por mas que lo piense, puede añadir un codo á su estatura? Y por el vestido, ¿por qué os acogeis? Contemplad los lirios del campo cómo crecen; ellos no trabajan ni tampoco hilan. Mas os digo que ni Salomon con toda su grandeza, llegó á estar vestido como uno de éstos. Pues si al heno del campo que hoy es y mañana es echado en el horno, Dios lo viste así, ¿cuánto mas á vosotros, hombres de poca fe! No queráis pues andar solícitos diciendo: ¿Qué comeremos ó qué beberemos, ó con qué nos cubriremos? Todos estos cuidados son propios de los gentiles. Porque vuestro Padre ya sabe que necesitáis de todas estas cosas. Buscad pues primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán como por añadidura.

CAPITULO IX.

CONCLUSION DEL SERMÓN DE JESUS EN EL MONTE; CONDENA LOS JUICIOS TEMERARIOS, Y AMENAZA A LOS QUE ASI JUZGAN A SUS PLÓTIMOS.—DA ADVERTENCIAS PARA EL CONOCIMIENTO DE LOS FALSOS PROPETAS.—E INDICA EL EMPENO QUE DEBEN FORMAR LOS HOMBRES PARA ENTRAR POR LA PUERTA ESTRECHA DE LA VIDA.—INDICA EL CAMINO DE LA SALVACION.

Muchos autores clásicos de la vida de Cristo, entre los que debe contarse al reverendo Ludolfo de Sajonia, intercalan en este admirable sermón de Jesucristo, según lo refiere san Mateo, varias doctrinas que este no cita y se hallan esparcidas en los capítulos VI, XI y XII de san Lucas, y en el IV de san Marcos. No entraremos en polémica con ellos sobre este asunto á beneficio de la brevedad, valiéndonos para refutar la narración de algunos de la incontrastable autoridad de los santos Jerónimo y Agustín; sino que admitiendo en ella lo que parezca mas justo, seguiremos sin desvío la senda marcada por el respetable varón que nos hemos propuesto por modelo.

Después que Jesucristo exhortó tan eficazmente á sus discípulos á depositar toda su confianza en la divina Providencia, prohibiéndoles, no el trabajo que nos manda, sino los cuidados que perturban, las inquietudes y la solitud que daña, y la desconfianza sobre las necesidades de la vida, ordenándoles que tuviesen cuidado de re-

presentarías todos los días á Dios, les mandó *que fuesen misericordiosos como su Padre lo es también*. Dios nuestro Padre se compadece de nosotros y remedia nuestras miserias y necesidades, no como si esperase alguna cosa de nosotros, sino por sola su bondad; significándonos con esto, que al remediar nosotros las necesidades de nuestros prójimos, no debemos hacerlo por nuestro bien, sino por el amor á su bondad y por el bien y salud de nuestros hermanos: el que por su comodidad y provecho propio hace bien al prójimo, no tiene caridad, porque en sus obras no busca la utilidad de aquel á quien debe amar como á sí mismo, sino la suya propia: Dios quiere que le imitemos en la misericordia, no en el poder; este le apeteció Luzbel y fué arrojado al infierno; quiere que le imitemos en la bondad, no en la sublimidad de los conocimientos que solo á él están reservados; esto lo ambicionó el hombre y fué arrojado del paraíso; imprime en nuestras almas el sello de su misericordia, y quiere que seamos misericordiosos con nuestros semejantes como su Majestad lo es con nosotros; por esto escribía san Gerónimo á Nepociano: *No me acuerdo haber leído que haya muerto jamás de mala muerte el que se ejerció alegremente en obras de piedad: este tiene á la presencia de Dios muchos intercesores, y es imposible que no siga Dios los ruegos de muchos.*

El Salvador enseñó á sus discípulos que de tres modos podía usarse la misericordia. No juzgando mal, ni pensando temerariamente de nadie, ni condenando á alguno con la misma ligereza y temeridad con que de él hubiésemos pensado; porque si no seremos juzgados y condenados en el tribunal divino, como acá en la tierra hubiéramos juzgado y condenado. Echad á buena parte lo que se puede interpretar bien, quiso decirles; no digais mal de lo que se puede excusar; no censuréis de aquellos que están á vuestro cargo. Si os apartáreis de estas obligaciones, seréis juzgados con rigor, pues Dios quiere aun aquí medir su conducta sobre la vuestra y hacer de vuestros juicios para con vuestros hermanos, regla de los que hará en vuestro favor ó contra vosotros. Siendo jueces favorables para con ellos, lo encontraréis lleno de misericordia; y siendo críticos severos y censores sin piedad, os espera un juicio sin ella. Tomad pues en vuestra mano la vara recta, la medida benigna, porque con la que á

vuestro prójimo midiéreis, con ella seréis medidos también. Guárdate, decía san Bernardo [1], guárdate bien de ser curioso escudriñador ó juez temerario de las cosas, de las acciones y de las palabras de tus hermanos, y sea lo que fuese lo que en ellos adviertas, no les juzgues temerariamente, excúsales mas bien. Excusala la intencion si no pudieses la obra, y atribúyela á ignorancia: atribúyela á engaño ó equivocacion, reputa la casualidad, y si de ninguna manera pudiera disimularse ó disculparse el hecho, recógete á tu interior y dí en el fondo de tu corazón: ¿Cuán terrible sería la tentacion que derribó á mi hermano? ¿Qué hubiera sido de mí si con igual violencia me hubiese acometido? Y el Crisóstomo repetía [2]: No conviene ser un inexorable exprobador de los delitos, ni dejarse caer con insolente orgullo sobre el desventurado que cometió la culpa, sino avisarle con clemencia y ayudarle con sanos consejos. Si fueses sobradamente severo y juzgador temerario, entiende que ya no juzgas y condenas á tu prójimo, sino que á tí mismo te juzgas y condenas; tú obligas á la justicia divina á que tome contra tí la mas severa venganza, aun por tus faltas mas pequeñas. Tú diste la ley al Juez supremo para que con mas severidad sean examinados tus pecados, puesto que juzgaste sin conmiseracion ni piedad los de tu prójimo. Conoce pues que estas son asechanzas y tentaciones diabólicas, porque el que severamente discute sobre la vida ajena, nunca, jamás merecerá el perdón de sus propios delitos.

El segundo modo con que enseñó el Salvador á usar de misericordia fué diciendo á sus discípulos: Excusad y perdonad las injurias que vuestro prójimo os hiciere, aunque no os parezcan excusables ni dignas de perdón; porque solo así seréis vosotros también excusables y dignos de que se os perdone; solo así usarán los demás de indulgencia con vosotros y tolerarán vuestros defectos. Y conociendo el Maestro soberano que no se necesitaba menos caridad para sufrir con paciencia las imperfecciones de sus hermanos y juzgar bien de ellos, que para socorrerlos en sus necesidades, les añadió el tercer modo de usar de misericordia, diciendo: Ved ahora la medida de que Dios se sirve en la distribucion de sus bienes; no es

[1] Bernard. Ser. 4 in Cantic.

[2] Div. Crisostom. Hom. 24 in Math.

como la de los avarientos, los ingratos y los hombres de mala fe. Es buena, grande, llena y superabundante, de modo que no se llena y aprieta bien, sino que se da con colmo y hasta que se vierte por los costados. De la abundancia del premio nos hace Dios cada vez mas liberales para hacer bien y usar de misericordia, pues por un vaso de agua que diéremos en su nombre ó en el de su discípulo, nos ofrece el premio de la bienaventuranza eterna; esta es la medida buena, porque es sobre la exigencia de nuestros merecimientos; y buena, porque es bueno su premio, esto es, sobre todo lo bueno, y que encierra en sí y comprende todo lo bueno y mejor. *Conforta*, esto es, llena, porque excede sobremañera lo condigno de nuestros merecimientos, pues llena de tal manera nuestra alma de celestial bienaventuranza, que nada le deja que no esté lleno de gloria. *Congitada*, porque es sobre todo lo que se puede desear, y porque es firme y eternamente duradera. *Sobreafluente*, porque es infinitamente mayor que todo lo que se puede pensar, excediendo tambien infinitamente todos nuestros merecimientos, pues se nos da lo eterno por lo temporal, lo divino por lo humano; sin embargo de esto, es muy de admirar que diga la verdad eterna, que se nos medirá con la misma vara que midiéremos, esto es, que el premio es igual á la dádiva; mas esto significa la correspondencia que hay en el modo de hacer bien [1], porque aunque bien se hace, al que bien hace Dios premia con mas largueza y abundancia de lo que merecemos: premia no solo las obras, sino hasta las palabras, los alientos y los deseos, y segun cada una de estas cosas es mayor, es asimismo mayor la remuneracion que por ellas se nos da; mas esta grandeza no debe estimarse ó valuarse por el mérito exterior que se ve, sino por la grandeza del afecto interior con que se hace, por la elevacion del deseo con que se dirige, y por la sublimidad y magnificiencia del objeto á quien se eleva y representa; así aquella pobre viuda que echó dos dineros en el garzophiliaco, echó mas segun el testimonio del Salvador, que muchos ricos que habian echado grandes sumas.

Quería Jesús mover á sus oyentes á aborrecer de todo corazón

[1] August. Serm. 15 de verb. Dni. cap. 10.

un vicio tan detestable, tan perjudicial y feo como era ese modo de juzgar y condenar temerariamente á su prójimo, y comparó las personas sujetas á él, á los que tienen los ojos enfermos ó les falta enteramente la vista, diciendo: ¿Si un ciego sirve de guia á otro ciego, y encuentra en el camino un hoyo ó un precipicio, no caerán ambos allí infaliblemente? Así como el discípulo no es mas sabio que el maestro que le enseña, tampoco el que es conducido ve mas que el conductor. Esto era expresarles érgicamente su aversion á la falta de caridad, á la injusticia y al orgullo que entran en nuestros juicios temerarios: esto era condenar con vigorosa vehemencia el juicio que ordinariamente formamos acerca de aquel que nos ofendió, como antes habia condenado el rencor que se guarda contra el mismo ofensor. Nosotros no vemos sino la accion, no descubrimos sino su exterior; pero solo el que todo lo ve penetra la intencion y el motivo; y cuando nosotros no le hallamos sino para acriminar, tal vez el que pesa con su balanza justísima y fiel, los halla para excusar y aun para justificar á nuestro prójimo. ¿Y podríamos nosotros, ignorantes y ciegos, formar un juicio exacto sobre todo lo que observamos y vemos en nuestro prójimo? El que se erige en público censor de sus hermanos y se toma la licencia de juzgarles y censurarles, debe estar perfectamente exento de las faltas que en ellos reprende. El necio no puede enseñar al necio y dirigirle segun las reglas de la justicia, sino que es preciso que ambos á dos caigan en la hoya de la perdicion, en la hoya de la culpa, en la fosa del infierno. Cuando el pastor camina por entre las breñas, es consiguiente que el rebano le siga al precipicio; esto fué lo mismo que si dijera á sus discípulos: De tal manera debéis obrar, que iluminado á los demás con vuestra doctrina y ejemplos, seais dignos de gobernarlos y conducirlos; no seais del número de los ciegos especuladores de la Sinagoga, porque es una cosa muy ridicula un especulador ciego, un doctor ignorante, un precursor cojo, un prelado negligente y unregonero mudo. Si tú pues que á los demás juzgas caes en las mismas culpas que en los otros condenas, ya eres un ciego que guías á otros ciegos. ¿Cómo podrás salvar á los otros si tú siendo maestro y doctor te precipitas?

Con otra semejanza no menos natural y hermosa anatematizó la

conducta de los fariseos y escribas que se tenían por santos, y les dió á entender de dónde provenia la gran dificultad que tenían en conocer sus propios defectos, cuando tan escrupulosamente notaban los de los demás. ¿Por qué os ingerís, les dijo, á buscar una paja en el ojo de vuestro hermano, y no veis una gran viga en el vuestro? ¿Gustáis de reñirlo sobre una falta ligera, y os disimulais y permitís á vosotros mismos los vicios mas groseros? Veis, ahí hipócritas, vuestro verdadero retrato y hasta dónde llega vuestra ceguera. ¿Os parece que veis con bastante luz y que todos los demás están ciegos ó que andan á oscuras? Abrid los ojos alguna vez, volvedlos á vosotros mismos, curaos los primeros, y después procurareis curar á los otros. Lo que os impide ver el estado infeliz de vuestra conciencia, es una grande viga; esto es, un enorme pecado que ocupa vuestra alma y ofusca vuestra razon. ¿Ni cómo habreis de poder sacar tampoco la paja del ojo de vuestro hermano, si os falta la caridad, que es la principal medicina? Si la soberbia, la vanidad y el amor propio son los que llevan la mano, ¿cómo queréis que salga bien la obra? Obrando de este modo haceis padecer al prójimo y no le sanais; esto es, no le sacais la paja que tiene en el ojo. El amor propio siempre es necio, indulgente para sí y tirano para los demás; todo lo ve bajo un punto de vista falso, porque él mismo se constituye como el centro; pero la dulzura de la caridad nos hace ver en Dios el punto central de todas las cosas y de todas las relaciones; y el que mira desde este centro, todo lo ve y contempla con discrecion y caridad.

Con todo eso, estas máximas importantísimas de la doctrina de Cristo no deban extenderse mas allá de los límites que el mismo Salvador las señaló. Hay hombres que por su estado tienen el cargo de juzgar á los otros hombres; y los hay tan corrompidos, que si su conducta no fuese tan condenada, se convertiría en escándalo y vendría á ser un contagio. Vosotros pues que sois mis apóstoles, tenéis derecho y estais en la obligacion de hacer diferencia y discernimiento de aquellos con quienes ejercitais vuestro ministerio. La doctrina que yo os confío es santa; mis lecciones son perlas preciosas; son unos secretos de que no se debe dar parte indiferentemente á todo el mundo, pues no todos son capaces de entenderlos, y es

fácil contradecirlos mas que penetrarlos; ellos no pueden bastante estimarse; y así como no se entregan á los perros las cosas consagradas á Dios, ni se arrojan las piedras preciosas á los puerros, así no se han de anunciar esta suerte de verdades á almas bajas y terrenas, á hombres sucios como los animales inmundos ó furiosos como perros; ni á gentes llenas de ignorancia y malicia, que después de haber menospreciado vuestra doctrina y puesto debajo de sus pies lo que podeis decirles mas santo y venerable, se levantarán contra vosotros y no cesarán de desacreditaros con sus calumnias. Dos cosas, dice san Agustín [1], son las que impiden el que recibamos como debemos las cosas grandes y sublimes que la Iglesia nos enseña, á saber, el desprecio y el odio: lo primero se refiere á los puerros, lo segundo á los perros. Guárdesse pues el ministro de la religion de descubrir los arcanos misteriosos al que no los comprende ni está en disposicion de comprenderlos; porque mejor busca aquel lo que para él está cerrado, que lo que le está abierto y patente; porque ó lo infecciona con el aliento pestifero de su odio como al perro, ó lo desprecia orgulloso como el puerco.

Esta contradiccion palmaria y manifiesta que Jesucristo anunciaba á sus apóstoles, no les dispensaba la obligacion que tenían de predicar el Evangelio por todo el mundo, y muchas veces á presencia de sus mas feroces é implacables enemigos; esto solo era proveñirles que no anticipasen el tiempo de declarar sus misterios á los hombres cuyas pasiones los hacian indignos de ellos, y cuyas preocupaciones los hacian incapaces, y como no queria que ninguno de los que enviaba pudiese excusarse con su ignorancia, ni con las dificultades y obstáculos que habian de encontrar para desempeñar cumplidamente su ministerio, les animó á que pidieran los socorros del cielo y la sabiduría de lo alto por medio de la oracion, alentándoles con la confianza de que recibirian los socorros y gracias necesarias para desempeñar la altísima mision de su apostolado. *Pedid, les dijo, y se os dará; buscad y encontrareis; llamad, y abriros han.* Pedid con fe y orando. Buscad con la esperanza y viviendo bien. Llamad con la caridad y la perseverancia. Porque eran ma-

[1] Div. August. lib. 2 de Serm. Dom. cap. 31 et 32.

yores, dice el Crisóstomo [1], los mandatos que se les habían dado, que las fuerzas humanas: los encamina el Maestro divino á Dios, para cuya gracia nada hay imposible, y les dice: *Pedid y se os dará*; para que lo que no podía constumarse por la fuerza de los hombres, tuviese cumplido efecto por la gracia de Dios; pues así como á los demás animales les proveyó de todo lo necesario, á los unos con la ligereza de sus piés, á otros con la velocidad de su vuelo, y á otros con la rapacidad de sus uñas, la fiereza de sus dientes y la fortaleza de sus cuernos, así dispuso también que el hombre, aunque dotado de razón y conocimiento, tuviese tan poca fortaleza y virtud, que siempre hubiese necesidad de acudir á su Dios y Señor.

Mas oportunas son las reflexiones que sobre estos pasajes del Evangelio hacen varios padres y doctores de la Iglesia. San Jerónimo [2] dice: Si al que pide se le da, y el que busca halla, y al que llama se le abre, claro es que aquel á quien no se da, que no halla y á quien no se abre, es porque no pide bien, ni busca, ni llama bien. San Crisóstomo añade [3]: Condenáse el mal modo ó la negligencia del que pide, cuando no puede dársele de la misericordia del que da. Y san Agustín concluye [4]: Jesucristo que nos enseña á pedir, es el dador con su Padre; y si no nos quisiera dar, no nos exhortaría con tanto amor para que lo pidásemos. Averguéncese pues la pereza humana; mas quiere darnos aquel que nosotros recibir, mas desoso tiene de usar de misericordia, que nosotros de salir de la miseria. El que nos exhorta á que á él acudamos, por nuestro bien nos exhorta. Dispertémonos, démonos prisa, y toda vez que somos exhortados, creamos al que promete, roguémosle con perseverante confianza, para que nos alegremos cuando nos dé con abundancia, según nos lo tiene prometido por la grandeza de su corazón.

Es sobre impía inhumana la opinion de los modernos refractarios que reprueba y condena la práctica de la oracion, diciendo que no tiene ninguna virtud ni merecimiento alguno para con Dios, y que

[1] Div. Crisost. Hom. 18 oper. imperfect.

[2] Div. Hieronim. in cap. 7 Math.

[3] Idem. Ibid.

[4] Div. Augustin. Sermon. 29 de Verb. Domini.

solo es provechosa al hombre y grata á Dios á título de acto de confianza y de elevacion de nuestro corazón á su divina Majestad, el cual no oye, dicen, nuestras súplicas, porque no necesita que le expongamos nuestras miserias; pero la práctica de todos los pueblos y de todos los hombres desde el principio del mundo condena esa impiedad espantosa y blasfema: la Escritura santa nos recomienda la oracion, y el mismo Jesucristo nos la enseña con su doctrina y ejemplos.

Tres cosas empero deben concurrir en la oracion para que sea oída: la primera es que sea *pia y justa*; esto es, para pedir á Dios todas aquellas gracias y auxilios que son necesarios para conseguir la salud espiritual de nuestras almas, y lo que mas nos convenga para alcanzar la corporal: la segunda que sea *perseverante*; esto es, que no se interrumpa por algunos actos contrarios ó repugnantes á la misma oracion, porque no cesa de orar el que no cesa de hacer bien: la tercera es que sea *fervorosa*; porque si no está inflamado el corazón por la caridad, mal será oída del Dios de la caridad; y esto es lo que principalmente denotan aquellas tres palabras, *pedid, buscad, llamad*. *Pedid con piedad, buscad con perseverancia, llamad con confianza y fervor*; y concurriendo estas tres cosas, *se os dará, hallareis y se os abrirá*. Luego es necesaria la perseverancia para que recibamos lo que pedimos, para que hallemos lo que buscamos y para que se nos abra cuando llamemos. Con la repetición de estas palabras nos manifiesta el Señor que quiere seamos solícitos, molestos, importunos y hasta obstinados en el pedir, porque aquello que se pide para la salud y salvacion nuestra, no siempre se nos da luego que se pide, sino que se difiere para darlo después en el tiempo conveniente, y para que retardándose mas el dar, se estime mas el don cuando se dé.

En la oracion deben evitarse las distracciones, porque como asegera san Ambrosio [1], no oye Dios aquella oracion á la que no tiene el que ora toda su atencion. Dios quiere que le pidamos con fe lo que tiene prometido darnos, y por esto nos promete muchas veces antes de dar, para que la promesa excite mas nuestra confian-

[1] Div. Ambros. in cap. 11 Lucæ.

za y merezcamos por la oración aquello que graciosamente habia determinado darnos [1]. Aunque Dios ve mejor que nosotros lo que necesitamos, nos ha iluminado acerca las necesidades de nuestra alma, y para satisfacerlas nos dió su único Hijo, y nos da el Espíritu Santo para que nos enseñe á orar y ore en nosotros. El espíritu ayuda nuestra flaqueza, dice san Pablo [2], porque nó sabemos orar como conviene; pero el mismo espíritu pide por nosotros con gemidos inefables. Jesucristo ruega tambien por nosotros y le tenemos por abogado á la presencia de su Padre, el que le oye por la reverencia que se le debe, y su amor paternal descende entonces hasta nosotros y nos oye. David nos asegura [3] que el Señor está cerca de todos los que le invocan, de todos los que le invocan en verdad. Hará la voluntad de los que le temen, oí á su súplica y los salvará.

De la sublimidad de las doctrinas espirituales descendia con mucha frecuencia el Maestro divino á la vulgaridad de las cosas mas naturales, para hacer aquellas mas fáciles de comprender, y así lo hizo tambien en esta ocasion diciendo á sus apóstoles y discípulos: ¿Podreis dudar vosotros de que es muy cierto cuanto acabo de decir, siendo todo ello una cosa muy natural entre los hombres! ¿Quién hay entre ellos de corazon tan duro, que en vez de dar á su hijo el pan que le pide le dé una piedra, y que en lugar de un pez de que tiene gana le ponga en la mano una serpiente? Pues si esto lo hacen los hombres siempre inclinados al mal, que son menos padres para sus hijos que lo es para vosotros vuestro Padre celestial que está en los cielos, ¿no os ha de dar este los verdaderos bienes y los consuelos y dones que rendidos le pidais, si los pedis con fe, con perseverancia y amor, asegurados como debéis en el inefable cumplimiento de sus promesas?

Dios empero exige de nosotros una cooperacion muy particular para concedernos los dones que le pidamos, y la marcó su Hijo con hermosa precision cuando dijo: *Dad y se os dará*; por esto inmediatamente después de haber exhortado á sus discípulos á que deposi-

[1] Div. Bern. Hom. 4 super Evang. Nisus est.

[2] Div. Paul. Ep. ad Rom. cap. 8, v. 26.

[3] Psal. 144, vs. 18 et 19.

tasen su confianza en la bondad de su Padre, les añadió: Así que, todo lo que queréis que hagan con vosotros los hombres, hacedlo vosotros antes con ellos; no les neguéis lo que tienen derecho á pedir. Tratados como queréis ser tratados; hacedles bien si os queréis que os lo hagan: esto es lo que manda la ley, esto es lo que enseñan los profetas. Así cumplireis el primero y el mayor de los mandamientos, que es amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos; en esto se encierra toda la ley de los profetas, y con esta cooperacion de vuestra parte, bien podeis acudir á Dios en todas vuestras necesidades, sean las que fueren, que no serán vãos vuestros ruegos ni infructuosas vuestras oraciones. Todos los demás preceptos de la ley que ordenan las acciones del hombre y las dirigen al bienestar, reposo y felicidad del prójimo, no son sino como consecuencias legítimas de este gran principio de la caridad, y por esto dijo san Pablo [1]: No tengais otra deuda con nadie que la del amor que os debéis siempre unos á otros, puesto que quien ama al prójimo tiene cumplida la ley.

San Crisóstomo dejó correr su elegante pluma en la exposicion de estas palabras, y dijo [2]: En estas breves palabras comprendió el Señor todas las cosas que eran necesarias para afirmar nuestra fe y merecer nuestra salvacion; así conocemos claramente el deber que tenemos de hacer para todos los demás lo que queremos que hagan con nosotros. Grande precepto en el que todos se encierran, por esto dijo el Señor: *Esta es la ley y los profetas*; porque así como las innumerables ramas de un árbol proceden de una sola raíz y en ella se contienen, así tambien de este como de su raíz, parten todos los demás mandamientos y en él se contienen. Si de los otros pues deseamos recibir aquello que para nosotros es útil y conveniente, en gracia de la caridad y amor que les debemos, tambien para ellos hemos de hacer cuanto les sea necesario, útil y conveniente: esta es la ley y los profetas; solo así conseguiremos la salud y la salvacion eterna.

Si suave es, no hay duda, el yugo del Señor, y muy ligera la carga

[1] Div. Paul. Ad. Rom. cap. 13, v. 8.

[2] Div. Crisostom. Hom. 18 Oper. imperfec.

que nos impone, pues está reducida y compendiada en una regla tan breve. Pero ¿cuán raros son los hombres que la observan! Durísima se les hace la ley, pesadísima la carga. Yo no sé, añade el mismo Crisóstomo, si hoy será fácil encontrar un solo hombre que la observe. ¡Oh ley suave y dulce! Solo el legislador infinitamente sabio podía dicitarte y darte á los hombres. *Todo lo que queréis que hagan por vosotros los hombres, tenéis un deber de hacer por ellos.* Nada mas justo, pero nada mas olvidado ni despreciado.

No se le ocultaba al Salvador la grande resistencia que habian de oponer los hombres á la práctica de esta saludabilísima é importante máxima, y por esto les anunció que debian hacerse violencia combatiendo en su propio corazon las pasiones que la contrariaban. *Entrad, les dijo, por la puerta angosta: haced para eso todos los esfuerzos posibles é imaginarios, que así es menester para abrazar una forma de vida evangelica que enflaquezca y debilite al hombre carnal. La puerta ancha y el camino espacioso conducen á la perdicion, y son muchos los que entran por él. La puerta angosta y el camino estrecho conducen á la vida; pero ¿cuán pocos son los que la hallan!* Digna es de notarse la palabra con que Jesucristo presenta á sus apóstoles esta doctrina. *Esforzaos*, porque el reino de los cielos no se alcanza sino haciéndose el hombre una gran violencia; forcejad para entrar por la puerta estrecha, porque no puede lograrse sino trabajando con grandes esfuerzos para que el hombre terreno se haga ciudadano del cielo. La lucha continuada para lograr tan alto fin es buena y santa; ella era la que alentaba los antiguos pobladores de la Tebaida y de la Palestina y les presentaba como dulces todas las privaciones y penalidades del desierto. Mas hoy en el mundo se esfuerzan y luchan los hombres por cosas muy distintas y ajenas de la profesion de los cristianos. Hoy se dirigen todos sus esfuerzos y conatos á adquirir la superioridad y primacia sobre todos los demás; en amontonar riquezas y tesoros; en satisfacer todas las pasiones y deseos de su corazon; en llevar á cabo todos los instintos de la venganza, y en entonar himnos de servil adulacion á quien en la tierra puede favorecerle, despreciando enteramente á Dios y blasfemando de su providencia.

Después que nos dice el Salvador que nos esforcemos y trabajemos para entrar por la puerta estrecha, nos da la razon por qué debemos hacerlo; ella conduce por un camino estrecho y sembrado de espinas á la vida y á la salvacion eterna y la puerta ancha y el camino espacioso conducen á la muerte y á la perdicion eterna; y sin embargo, son muchos los que entran por esta puerta y siguen este camino y pocos los que siguen aquel y entran por la puerta estrecha. Violentaos pues y forcejad para entrar por ella, porque ayunar, velar, mortificar la carne, domar sus apetitos, refrenar sus pasiones, privarse de los deleites de la sensualidad, negar su voluntad propia y sujetarse enteramente á la ajena, renunciar al mundo y á todos sus halagos, honores y gloria para abrazar la cruz de Jesucristo y seguir todos sus pasos; ser humilde hasta con los inferiores, obedecer aun á los indiscretos, sufrir con paciencia las injurias, perdonar los agravios, haced bien y rogar por los mismos enemigos, ¿á quién no parece arduo, estrecho y espinoso este camino? Pero el comer, beber, glotonear, descansar en blanda y mullida cama, satisfacer todos los apetitos y exigencias de la carne, dar rienda suelta á las pasiones, mandar á todos y á nadie obedecer, enriquecer á costa del prójimo, entregarse á los impetus de la venganza y llenar los caprichos de una voluntad ambiciosa sin contradiccion de ninguna clase, ¿á quién no parece este camino encantador y ameno? Mas ¡ah! que por este camino ancho caminan muchos; por el estrecho viajan pocos.

Pero ¿qué es lo que haces, oh hombre? Qué es lo que hablas? ¿Qué es lo que piensas? Se te ha mandado entrar por la puerta angosta y caminar por el camino estrecho; ¿por qué te afanas en buscar en este mundo sosiego y descanso, felicidad y abundancia, goces y placeres? ¿No sabes que no pueden hallarse en los caminos sembrados de espinas? Si este es estrecho, ¿por qué buscas en él anchurosos espacios para recrearte? ¿Puede haber alguna cosa peor que buscar esta permutacion? ¿Puede darse mayor perversidad que el desealarla? Los que sirven á los principes de la tierra solo quieren saber si sus servicios serán bien recompensados, y seguros de que lo serán, ya no rehuyen ningun trabajo, no evitan ningun peligro, ninguna bajeza excusan ni se niegan á ningun oficio, por

bajo y servil que sea. Con gusto emprenden penosas peregrinaciones á lejanas y extrañas tierras, y con la esperanza del premio sufren alegría la mudanza de climas, los peligros espantosos de los mares, los improbos trabajos, los desprecios y hasta los tormentos con que los molestan y adigen los rivales y enemigos de su príncipe y rey. Ni temen ser defraudados en la miserable esperanza que concibieron, ni una muerte prematura al visitar un país que desconocen, cuyo clima pueda ser sobremanera contrario; tampoco les detiene ni arredra la separación de sus esposas, la privación de sus hijos, ni el alejarse tal vez para siempre del país que los vió nacer y de la patria que tanto aman; sino que inflamados por la ambición y la codicia, obran como dementes furiosos y frenéticos sin sentir ningún trabajo, sin probar ninguna pena en su corazón. Nosotros, empero, que no buscamos las riquezas perecederas de la tierra, sino las permanentes del cielo, las que no puede ver el ojo del hombre, ni su mano tocar, ni su entendimiento comprender, y que para alcanzarlas debemos estar dispuestos á sufrir todos los trabajos del mundo, no debemos preguntar por el sosiego y descanso en la tierra.

¡Oh! cuánto mas miserables somos, mas flojos y débiles que los sectarios, paganos é infieles. ¿Qué dices, ¡oh hombre! qué haces? ¿te preparas para escalar y subir al cielo, para invadir aquel reino, y preguntas si te ha de ser muy áspero y dificultoso el camino? ¿Y no mueres de confusión y vergüenza? ¿Y no vas á esconder tu debilidad y miseria en las entrañas de la tierra? Aunque para conseguir tanto y tan grande bien te sucediesen todos los males, aunque para lograrlo te amenazasen todos los peligros, asechanzas, injurias, ignominias, calumnias, puñales, hierro, bestias, fuegos, precipicios, hambre, sed, enfermedades y cuantas calamidades y desgracias pueden imaginarse y decirse, todo debía parecerte ridículo y despreciable á trueque de conseguir tanto y tan grande bien. Si esto temes, ¡oh hombre! sabe que este es un medio propio de un ánimo afeminado, envejecido en el crimen y en la iniquidad. El que desea subir al cielo, no debe pensar ni buscar descanso en la tierra, siempre ha de estar en continua vela, siempre en una lucha continuada, y todos los peligros, males y calamidades de la tierra, risa,

quimeras y sombras vanas deben parecerle. Hasta aquí san Crisóstomo [1].

Es innegable que del fondo de nuestro corazón nace una resistencia tenaz á obrar todo lo bueno, y cada vez nos alejamos mas de Dios, aguijoneados por el instinto feroz del pecado que nos compele y domina; por lo que decía san Pablo á los romanos [2]: Bien conozco que nada de bueno hay en mí, esto es, en mi carne, pues aunque hallo en mí la voluntad para hacer el bien, no hallo cómo cumplirla. Y mas adelante les decía [3]: Los que viven según la carne, se saborean con las cosas que son de la carne, y los que viven según el espíritu gustan las que son del espíritu. La sabiduría ó prudencia de la carne es una muerte en lugar de que la sabiduría de las cosas del espíritu es vida y paz; por cuanto la sabiduría de la carne es enemiga de Dios, como que no está sumisa á la ley de Dios, ni es posible que lo esté siendo contraria á ella.—Así que, hermanos míos, somos deudores no á la carne para vivir según la carne, sino al espíritu de Dios. Porque si vivierais según la carne, morirais; mas si con el espíritu hacéis morir las obras de la carne, vivireis.—Pues yo estoy firmemente persuadido de que los sufrimientos ó penas de la vida presente no pueden compararse con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros. Por lo tanto, aunque sea estrecha la puerta y angosto y espinoso el camino que conduce á la vida, parecerá y será en verdad muy ancho y espacioso para los que mirando solo al cielo, ven dilatarse su corazón con la esperanza de la gloria futura; y será angosta la puerta y sembrado de congojas y penas el que conduce á la perdición, porque el corazón se estrecha y amortigua con la idea de la poca duración de los bienes de la tierra y de las inmensas dificultades que siempre al hombre se presentan para satisfacer cumplidamente todos los deseos de su alma.

Estas condiciones obligan al grande Crisóstomo á continuar diciendo: Si molestas, pesadas y de inmenso trabajo te parecieren las cargas que Jesucristo se impone, entiendo que por su amor las re-

[1] Div. Crisostom. De Via lata et porta Augusta, Hom. 24 in Math.

[2] Div. Paul. Ad Rom. cap. 7, v. 18.

[3] Id. Ib. in cap. 8, vs. 5, 6, 7, 12, 13 et 18.

cibes y llevas, y entonces te parecerá ligero y muy alegre lo que antes se te figuraba pesado y triste. Si este pensamiento nos ocupara siempre, nada nos sería molesto, sino que al contrario, toda penalidad nos serviría de gozo; el trabajo no nos parecería trabajo, sino que cuanto mas penoso fuese, tanto mas nos sería dulce y satisfactorio. Cuando asaltase pues tu espíritu el deseo de los goces de la tierra y la costumbre de pecar te sitíase mas terriblemente, habla entonces con mas ardor á tu alma y dile: ¡Estás triste porque te defraudo y cerceno los deleites y goces del cuerpo? mejor debías alegrarte porque con este fraude piadoso y justo te proveo de lo necesario para alcanzar el reino de los cielos. Advierte que no trabajas tú por el hombre, sino por Dios. Aléntate, sufre un poquito mas, espera un instante y verás qué cúmulo tan inmenso de bienes se te está preparando. Aprende á sufrir con magnanimidad y constancia las tribulaciones de la vida, y te alegrarás después con la infinita liberalidad de Dios. Si estas máximas inculcamos siempre á nuestra alma, prontamente arrancaremos de ella todos los vicios. Una sola cosa exige Dios de nosotros, y es que vivamos en continua guerra con nuestros capitales enemigos, porque lo son tambien del Señor; y que por el honor del Rey eterno, del Rey inmortal de los siglos, y por nuestra propia salud, todas las penalidades recitemos con gusto, y arrostrems con placer todos los peligros. Si esto le ofreciésemos, él consumará todas las batallas y luchas que nosotros emprendiésemos y hará que nos parezcan leves, llevaderas y muy amables cuantas cosas juzgamos ahora son insoportables é imposibles. Mientras permanecemos envueltos entre los vicios, áspera y difícil nos parece la práctica de la virtud; mas luego que arrojamos la pasada carga de aquellos, apetitosas y dulces nos parecen todas las virtudes. Y Séneca no titubeó en afirmar que algunas cosas nos parecían muy difíciles porque no nos atrevíamos á emprenderlas; pero luego que las acometíamos nos parecían hecderas y muy fáciles.

Nótese, empero, bien que dijo Jesús que eran pocos los que entraban por la puerta angosta y seguían el camino estrecho; y para que no creyésemos que los herejes y hombres perversos que falsamente aparentan seguir el camino de las virtudes no nos enga-

ñasen con facilidad persuadiéndonos que eran ellos del número de los pocos, añadió: *Vivid alerta y cuidad mucho de no dejaros engañar por los profetas falsos y doctores hipócritas.* Ellos os mostrarán caminos fáciles y os querrán perder por ellos. Guardaos bien de ellos, que vienen á vosotros con la mansa piel de las ovejas y en su exterior y fondo son lobos carnívoros y robadores. En su exterior aparentan sencillez y verdad y en la realidad son maestros de la mentira y del engaño, y bajo un bello exterior ocultan una doctrina que mata; son maestros y directores detestables, enseñan perniciosas máximas y recomiendan el camino ancho que conduce al infierno; y para que no nos sorprendan, nos da luego las señas para que los podamos conocer.

Cúbrense, nos dice, con la piel de la oveja para entrar con salvo-conducto en el rebaño de Jesucristo, para cebarse y encarnizarse después contra él. Cúbrense con el manto hermoso de la verdad y de la virtud conservando en su interior la mas feroz crueldad; y así mezclados entre las ovejas introducen primero entre ellas la division y el cisma, y así separadas y desunidas las persiguen á su placer, las destrozan y las matan.

El precepto de guardarnos de los falsos profetas es gravísimo, y para cumplirlo estamos obligados á averiguar quiénes son, y no como quiera, sino de suerte que no quede de ello la menor duda. Es innegable que este escrutinio sería muy arduo y difícil si el Salvador no nos diese dos señales infalibles para distinguir las ovejas de los lobos encubiertos con la blanca piel de aquellas. La primera es examinarlos, no por su doctrina, que es lo que en ellos hemos de indagar, ni por sus acciones particulares, por especiosas que sean, pues con ellas pueden slicinar á los incautos y sencillos, sino por sus frutos, que son los efectos de su doctrina, siempre funestos y detestables. Así como de un árbol se hace juicio no por la frondosidad de sus hojas, sino por la bondad de sus frutos, así tambien se conocen los hombres, no por la dulzura de su locuacidad, sino por la belleza de sus virtudes. Ninguna herejía se levantó jamás ni cisma alguno se suscitó en el seno de la Iglesia católica, que no se haya presentado vestido con los hermosos atavíos de la virtud, de la pública felicidad y de la paz universal; siendo así que siempre

han introducido el desorden entre los miembros de la Iglesia, la discordia en las familias, la guerra en las naciones, la desolacion en las provincias, la calumnia, la pobreza, el robo, el saqueo, la violencia, todos los horrores, la muerte y la sangre en todo el universo; y otro tanto se ha visto en los errores contra la moral evangélica, con los cuales, envenenado el corazon de los pueblos, han caido en el desvario de canonizar la senda ancha de la perdicion reprobada por Cristo. ¿Qué diremos de la política irreligiosa sobre que algunos pretenden ahora con nuevo celo fundar la felicidad pública? Por los frutos amargos para los reyes y los pueblos que se están cogiendo de este nuevo plan, conoceremos las manos hipócritas que lo extendieron y quieren llevarlo á cabo. A pesar de su afectacion, de su disfráz y fingimiento, ya van descubriendo lo que son.

Falso profeta es aquel que predica y promete una cosa y cuando conviene á sus maquinaciones y designios la quebranta [1] y así engaña á los hombres. La carne es un profeta falso que promete seguros deleites y solo da eternas aflicciones. El mundo es otro profeta engañador que para que le sigamos nos promete bienes y felicidades y solo nos proporciona la desgracia y miseria sin fin. Y el demonio es otro tercer profeta mentiroso é hipócrita, que inspirándonos pensamientos de soberbia nos promete elevacion y grandeza y solo nos acarrea la mas penosa é interminable de todas las humillaciones. Con facilidad el espíritu de las tinieblas se transforma en ángel de luz para seducirnos y engañarnos; por lo que nos avisa san Juan [2] diciendo: *Queridos míos, no queráis creer á todo espíritu, sino examinar los espíritus si son de Dios ó siguen su doctrina, porque se han presentado en el mundo muchos falsos profetas.* Muchos vendrán á vosotros para engañaros, apatentarán religion en vuestra presencia, y no tendrán ninguna; vestirán un traje humilde como los ministros de justicia, y serán extremadamente injustos; manifestarán hacer fervorosas y prolijas oraciones, y meditarán vuestra ruina; fugirán mansedumbre, ostentarán humildad, blasonarán de misericordiosos; hablarán con blandura, y serán interiormente y en la voluntad de engañaros, lobos rapaces y

[1] Div. Hilar. Can. 9 in Math.

[2] Div. Joann. Ep. 1.º cap. 4, v. 1.

devoradores; no deis crédito á estos halagos y simulaciones, antes bien guardaos de ellas. Nada lastima tanto á los buenos ni les hace una guerra mas cruel, como la simulacion y el engaño; el mal encubierto no se ve ni se teme [1].

Acaso, continuó Jesús, *¿pueden cogerse uvas de los espinos ó higos de los abrojos? por sus frutos los conoceréis.* Las palabras manifiestan y dan á conocer las ideas del entendimiento; las obras las afecciones del corazon. Si aplicamos esta regla á los filósofos mundanales y pesamos y medimos sus obras con el barómetro que nos da san Juan, desde luego conoceremos que no es de Dios el corazon que da los frutos del mundo, ni tampoco lo es el entendimiento que solo concibe ideas contra Jesucristo y su Iglesia. La filosofía carnal y terrena, poseida de un odio infernal contra la religion adorable del Crucificado, concibió la diabólica idea de humillarla y destruirla, y para lograr sus intentos se cubrió con el manto regio de la religion misma é intentó su reforma; y con ella le hace una perpetua guerra y emplea todas sus armas y ardidés para acabarla. ¿Puede darse mayor iniquidad? Estas ideas dicen que el entendimiento no es de Dios, así como tampoco lo es el corazon cuyos frutos son la impureza, la impaciencia, el odio, la venganza, la discordia, la envidia y todos los vicios; porque los frutos del corazon que es de Dios, son la caridad, castidad, paz, modestia, paciencia, longanimidad, continencia, etc., porque estos son los frutos del Espíritu de Dios.

Todo buen árbol produce buenos frutos y el árbol malo los produce malos. Ni aun es posible que un árbol bueno mientras es bueno produzca frutos malos y corrompidos, y que el malo mientras es malo les dé sazonados y saludables; por esto el árbol malo será cortado y arrojado al fuego. Así el hombre bueno da buenos frutos, porque los da del tesoro bueno de su corazon, esto es, de la buena intencion y voluntad que en él residen, y el hombre malo los da malos porque tienen mala voluntad é intencion. Lo mismo es, dice Beda, el tesoro del corazon del hombre que la raíz del árbol [2]; y así como de esta salen los frutos que el árbol da y salen bue-

[1] Div. Crisost. Hom. 19 oper imperfect.

[2] Ven. Bed. in cap. 6 Lucæ.

nos si la raíz está sana y malos si la raíz es endeble y enfermiza; así también de un corazón sano y virtuoso salen frutos de virtud y santidad, y de un corazón enfermizo y corrompido por el pecado no pueden salir sino frutos amargos y pestilentes: el fin de este corazón será el fuego eterno, así como el del árbol malo será el fuego material de este mundo. La raíz del árbol bueno es la voluntad informada y regada con el rocío de la divina gracia; las hojas nos los pensamientos puros y castos, las flores son las palabras llenas de unción y virtud y los frutos son las buenas obras hechas en caridad. Pero la raíz del árbol malo es la voluntad destruida de la gracia de Dios, cuyas hojas caen, cuyas flores se marchitan y cuyos frutos se pudren y corrompen [1]. De la abundancia del corazón salen los pensamientos, las palabras y las obras; si aquel es sano, todos sus frutos serán sanos; pero si es malo, todos serán malos. Corazón malo y que da malos frutos, qué otra cosa puedes esperar sino el fuego eterno!

Árbol que no da buen fruto, es el desdichado, que se contenta con no cometer maldades y no procura hacer buenas obras. ¿En qué muestra pertenecer á Cristo el que no vuelve á Dios por medio de la caridad los dones que recibe de su misericordia? Si te descuidas hoy en dar fruto de virtud, acaso no podrás mañana; y nota bien que por la sentencia del supremo Juez serás separado de la compañía de todos los buenos y del número de los fieles, y la ejecución de la sentencia será encargada á los ángeles ministros de la justicia del Señor, por cuyo ministerio serás entregado al eterno fuego. Advierte que el mismo Jesucristo manda arrojar á él, no solo á los que obraron mal, sino también á los que dejaron de hacer el bien: *Id, les dice, malditos, al fuego eterno; tuve hambre y no me disteis de comer; sed y no me disteis de beber.* Así que, la desidia en obrar el bien manifiesta un corazón estéril é infructuoso. Los frutos que da el corazón son la contrición, la meditación de los preceptos divinos, la reminiscencia de los beneficios de Dios, la memoria de la muerte y la compasión para con el prójimo. Los frutos que da la boca son la oración, la predicación, la acción de gracias, el con-

[1] Div. Augustin. lib. 1 de liberoarbi trio.

sejo que se da al que lo necesita, la corrección del que yerra y la instrucción del que no sabe. Los frutos de las obras son la penitencia, la limosna, la obediencia y la tolerancia en sufrir las injurias que recibimos del prójimo. Y aun para que no nos engañemos alguna vez al ver estos frutos en la mano ó en la boca de los malvados, nos da el mismo Jesucristo una regla infalible. *No todos los que me dicen: Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos.* No juzga Dios el corazón por las palabras, sino por las obras. La confesión de la fe sin las obras, no basta para conseguir la salud; porque es fe muerta, así como la de aquellos que confiesan á Dios con la boca y le niegan con los hechos. Y en verdad, ¿de qué sirve decir con la boca, Señor, Señor, si el corazón está muy distante de Dios? ¿Hipócritas! bien tratados por Isaías cuando en nombre del mismo Dios dijo: Este pueblo me honra con sus palabras, pero su corazón está muy distante de mí. Sobre lo que dice san Agustín [1]: ¿Por ventura no será Dios el Señor aunque nosotros no le digamos Señor, Señor? Reconocerle por Señor es amarle y crearle con el corazón, confesarle con la boca y testificarle con las obras, porque lo uno sin lo otro es negarle. El que le llama Señor y no le obedece, se burla de él; esos no buscan á Dios ni le sirven de veras. ¡Oh, cuánto se ve de esto en el centro mismo de la cristiandad! Siervos que habian mucho y trabajan poquisimo, domésticos de la fe que se consuejan con los hombres y no se acuerdan de Dios; estos no serán contados en el número de los escogidos, y serán de aquellos que en el día mas notable y famoso, terrible para los impios, suspirando por los justos; en el día del juicio, cuando, según san Crisóstomo [2], hablarán los corazones y callarán las bocas; cuando no se preguntará á las personas, sino que se escudriñarán las conciencias; cuando no habrá testigos aduladores, sino ángeles veraces, dirán tambien: Señor, Señor, ¿por ventura no profetizamos en tu nombre? ¿no fuimos revestidos de vuestra autoridad para explicar á los hombres los misterios de nuestro Evangelio? No hemos predicado la verdade-

[1] Div. August. Serm. 182, de temp.

[2] Div. Crisostom. Hom. 25, in Math.

ra fe? Con la invocacion de vuestro nombre y en confirmacion de vuestra doctrina, ¿no curamos los enfermos, lanzamos los demonios, é hicimos otras muchas obras milagrosas? ¿Por qué pues ahora, Señor, nos eres contrario? ¿Por qué nos arrojais de tu presencia? ¿Por qué nos has preparado na fin tan desastroso que nosotros no supimos preveer?

El Juez supremo, en cuyo rectísimo y severo tribunal no tienen entrada las apelaciones ni excusas, rechazará con indignacion estas frívolas respuestas, y les dirá: Nada tengo que agradeceros, ni tomar en cuenta para vuestra salvacion eterna los milagros que obró mi Padre por vuestro medio á la invocacion de mi nombre; no para dar testimonio de vuestras falsas virtudes, sino para autorizar vuestras palabras contra la perversidad de vuestras mismas costumbres. Yo no os conozco; jamás os he mirado como á discipulos y siervos míos; nada hay en vosotros que merezca mi aprobacion, ni nada tengo que premiaros, *lejos de mí, obradores de la iniquidad*. No dice el Señor *lejos de mí los que obrásteis*, sino los que obrais la iniquidad, para que no se crea que excluye tambien los que la obraron é hicieron penitencia, sino los obradores, ó lo que es lo mismo, los que la obrais; esto es, los que hasta la hora presente, habiendo llegado ya el dia del juicio, aunque no tengais ya la facultad de pecar, conservais sin embargo el afecto; porque los malvados, después de la muerte, no dejan de ser malvados, y aunque no pueden pecar, no pierden por esto la facultad de hacerlo [1]; pues la muerte separa el alma de la carne, pero no muda de propósitos.

¿Qué diferencia tan notable hay entre la solidez y precision de este famoso discurso del Salvador y los de los profetas falsos y herejes? Estos nos desvian del camino de la verdad y nos introducen en la senda de la perdicion, al paso que los de aquel nos esclarecen las grandes obligaciones del cristianismo, nos dan á conocer el poder de la religion augusta, la corrupcion y debilidad de nuestra naturaleza, y nos aseguran y nos demuestran, como dice san Pablo [2], que Jesucristo nos fué dado por Dios su Padre para

[1] Idem. Ibid.

[2] Div. Paul, Ep. I.ª ad Corint, cap. I, v. 30.

ser nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificacion y nuestra redencion. Por esto mas de una vez las repitió á sus apóstoles como que habian de serles muy necesarias en el ejercicio de sus funciones, y echó á ellas el sello con una parábola muy fácil de entender; con la que les demostró, que cuando el árbol de la virtud no echaba sus raíces en la tierra de la humildad, sino en el lodo corrompido del amor propio, no podia dar los frutos sazonados que eran de esperar, sino los corrompidos que siempre produce la soberbia; y que para levantar la suntuosa fábrica de su religion, convenia colocarla sobre un cimiento tan sólido, que estuviese á prueba de los mayores y mas furiosos embates, sin que pudiese ser derribada por los mas horribles sacudimientos.

Todo aquel pues, continua el Salvador, que oye las palabras que os acabo de decir y las cumple, se asemejará á un varon prudente que edificó su casa sobre piedra, esto es, sobre Cristo; porque hará todas sus obras por Cristo con pureza de corazon y rectitud de intencion, y así cumplirá con la plenitud de la ley evangélica, que es la caridad que está en el mismo Jesucristo; y sobre él se afirma no el que oye las palabra de la ley, sino el que cumple sus preceptos. Y así como aquel es la piedra angular que une los extremos mas opuestos y distantes, porque une el cielo y la tierra, la divinidad y la humanidad, así el hombre une por Cristo en su corazon el amor de Dios y del prójimo, y cumple con la ley y los profetas. Viene después la lluvia; esto es, la tentacion carnal de la lascivia y de la concupiscencia; salen de madre los rios mundanales de la codicia y avaricia; soplan los impetuosos vientos de la vanidad y los huracanes de la soberbia; y por la impetuosidad é importunidad de las tentaciones se arrojan con impetu sobre aquella casa, esto es, sobre aquel suntuoso edificio de virtudes levantado sobre el sólido cimiento de la religion de Cristo; y como está fundado sobre esta piedra solidísima por la fe, la esperanza y la caridad, no bambolea ni sucumbe. Por el contrario, aquel que oye mis palabras sin aprovecharse de ellas, el que escucha mis máximas sin practicarlas, es parecido á un hombre fatuo que edifica su casa sobre arena, cayó la lluvia y vinieron los rios, y soplaron los vientos, y se precipitaron sobre aquella casa, se arruinó, y su ruina fué grande. Si, dice el

Crisóstomo [1], fué grande, porque fué la ruina y la desgracia eterna del alma, creada á imagen y semejanza de Dios, comprada y redimida con la sangre del Hijo de Dios, y santificada con la gracia y amor del Espíritu de Dios; y no fué de cosas pequeñas, sino que ocasionó los suplicios y penas eternas, y la eterna pérdida del reino de los cielos. Y el venerable Beda añade: Es patente y manifiesto que acometiendo cualquier tentación, los malos al instante se hacen peores, hasta que llegan al extremo y se precipitan para siempre en el fuego eterno [2].

Acabado este tan precioso discurso, tan sencillo como grave, pero pronunciado con tanta majestad y grandeza que los oyentes no pudieron menos de quedar tan sobremana admirados, que estaban como extasiados y fuera de sí al contemplar la superioridad y excelencia de las doctrinas del Salvador, sobre las de los doctores y escribas; y que les enseñaba, como Maestro divino, cuya autoridad era infinitamente superior á la de todos los hombres, bajaban del monte en compañía de Jesús y le seguían con la mayor humildad y rendimiento. Contempla pues al Señor, concluye el Crisóstomo [3], con cuánta afectuosa benignidad habla á sus oyentes y les induce á la práctica de las virtudes. Contempla la admiración de las turbas, que se sobrecogían de pasmo al reconocer su grande potestad, porque no les imponía y daba sus preceptos como una segunda persona que recibía de otra su misión, como lo habían dicho Moisés y los profetas, sino que manifestaba claramente que era él solo el que tenía autoridad de mandar y sancionar en su propio nombre los preceptos y leyes que les imponía, mostrando ser el supremo y severo Juez que en el día terrible los había de premiar ó castigar; y contempla en fin la reverencia y humildad de los discípulos, la afectuosa atención con que le miran, la admiración con que escuchan su encantadora doctrina, la prontitud con que la aprenden y cumplen, y la alegría con que gozan de la amable presencia de tan divino Maestro, pues era el mas hermoso entre todos los hijos de los hombres y la gracia se veía esparcida por sus labios

[1] Div. Crisostom. Hom. 25 in Math.

[2] Ven. Bed. in cap. 6 Lucas.

[3] Div. Crisostom. Hom. 25 in Math.

[1], y con estas consideraciones, álegrete tú tambien, figurándote que le ves y oyes como aquellos, obedécele como ellos; síguela con prontitud, y no dudes que siguiendo al que es el camino, la verdad y la vida, conseguirás la eterna.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, que nos enseñaste á usar de misericordia con todos, y á no juzgar á nadie temerariamente: concédeme la gracia de que cumpla con fidelidad lo que enseñaste, para que cuanto yo haga sea digno de tu agrado. Tíenos exhortas á que oremos, y es sin duda porque estás pronto á darnos cuando siempre nos dices que roguemos. Pido pues porque lo mandas, busco por que así lo quieres, llamo porque lo previenes. Tú que me haces pedir, haz que reciba; tú que me dices que busque, haz que halle; y tú que me mandas llamar, ábreme para que entre; y ya que solo de ti espero lo que deseo, de ti solo lo consiga. Concédeme tambien que por el estrecho camino de la justicia y la puerta angosta de la penitencia, entre en los palacios eternos de la gloria; que evite la falacia de los que desean engañarme; que imite la simplicidad y la inocencia de aquellos que te sirven y aman; que los afectos de mi corazón estén fijos siempre en el cielo y jamás en la tierra, para que te sea fiel no solo de palabra, sino con el fruto de las buenas obras; y con los que perseceran en la fidelidad y la justicia eternamente te alabe. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla repartida en todo el capítulo VII del Evangelio de san Mateo. En el XI de san Marcos, versículos 24, 25 y 26. En el XI de san Lucas, desde el versículo 5 hasta el 13, ambos inclusive. En el VI del mismo evangelista, desde el 36 al 49, y en el XIII desde el 23 al 27, todos inclusive.

La Iglesia usa de una parte de estos Evangelios en los días siguientes: del capítulo VII de san Mateo desde el versículo 15 al 21, en la misa de la dominica VII después de Pentecostés.

[1] Psal. 44, v. 2.

Del capítulo VI de san Lucas en la dominica 1.ª, también después de Pentecostés, desde el versículo 36 al 42.

Del capítulo XI del mismo en la misa de las letanías mayores y en la votiva *contra paganos*, desde el versículo 5 hasta el 13.

Y en la votiva *pro remissione peccatorum*, desde el versículo 9 hasta el 13, todos inclusive. Unos y otros dicen así:

Nota. Para evitar repeticiones siempre molestas é inoportunas, se transcribirán solamente los Evangelios de las misas que se han citado.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA VII DESPUES DE PENTECOSTES.

San Mateo, capítulo VII, vs. 15 al 21.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos rapaces; por sus frutos y obras los conoceréis. ¿Acaso se cogen uvas de los espinos, ó higos de las zarzas? Así es que todo árbol bueno produce buenos frutos y todo árbol malo da malos frutos. Un árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un árbol malo darlos buenos. Todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego. Por sus frutos pues los podéis conocer. No todo aquel que me dice, Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ese es el que entrará en el reino de los cielos.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA I DESPUES DE PENTECOSTES.

San Lucas, capítulo VI, vs. 36 al 42.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Sed misericordiosos, así como también vuestro Padre es misericordioso. No juzgueis y no seréis juzgados; no condeneis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados. Dad, y se os dará y se os eclairará en el se-

no una buena medida apretada y bien colmada hasta que se derrame. Porque con la misma medida con que midiéreis á los demás se os medirá á vosotros. Proporcional es asimismo esta semejanza: Por ventura, ¿puede un ciego guiar á otro ciego? ¿No caerán ambos en el precipicio? No es el discípulo superior al maestro; pero todo discípulo será perfecto como sea semejante á su maestro. Mas tú, ¿por qué miras la mota en el ojo de tu hermano y no reparas en la viga que tienes en el tuyo? ¿O cómo puedes decir á tu hermano, déjame sacarla la mota de tu ojo, no reparando en la viga que tienes en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo y después podrás ver cómo has de sacar la mota del ojo de tu hermano.

EVANGELIO DE LA MISA EN LAS LETANIAS MAYORES Y EN LAS VOTIVAS *contra paganos*, y *pro remissione peccatorum*.

Capítulo VI de san Lucas, vs. 5 al 13.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: ¿Quién de vosotros tendrá un amigo é irá á él á media noche y le dirá: Amigo, préstame tres panes, porque acaba de llegar de viaje un amigo mio y no tengo que ofrecerte; y el otro respondiese de adentro diciendo: No me molestes; la puerta está ya cerrada y mis criados están como yo, acostados; no puedo levantarme á dártelos? Y si el otro perseverare llamando á la puerta, dígoos que ya no se levitase á dárselos por ser su amigo, es cierto que por librarse de su impertinencia se levantaria al fin y daria cuantos panes hubiese menester. Dígoos pues á vosotros: Pedid y se os dará, buscad y hallareis, llamad y se os abrirá. Porque todo aquel que pide recibe, y el que busca halla, y al que llame se le abrirá. Que si alguno de vosotros pidiese pan á su padre, ¿por ventura le dará él una piedra? O si pide un pez, ¿por ventura le dará una serpiente? O si pidiese un huevo, ¿por ventura le dará un escorpion? ¿Pues si vosotros siendo malos sabéis dar buenas dádivas á vuestros hijos, cuánto mas vuestro Padre celestial dará el espíritu bueno á los que se lo piden?



CAPITULO X.

CURÁ JESUS MILAGROSAMENTE A UN LEPROSO Y AL CRIADO DEL CENTURION; RESUCITA AL HIJO DE LA VIUDA DE NAIM; SOSIEGA EL MAR ALBOROTADO, Y DA LIBERTAD A DOS POSEIDOS DE LOS ESPÍRITUS INMUNDOS.

Después que Jesucristo dió á sus apóstoles y discípulos esa admirable y preciosa multitud de preceptos y consejos evangélicos, bajó del monte seguido no solamente de aquellos, sino de una turba inmensa que todavía deseaba con ansia oír las saludables doctrinas con que la instruíra; y el Señor quiso no solo instruirles, sino confirmarles en la fe y creencia de cuanto les habia enseñado por medio de los milagros que se disponia obrar á su vista; sobre lo que dice san Jerónimo [1]: Después de la predicacion de la doctrina obra Jesús maravillas, para que edificados y consolados los oyentes crean con mas firmeza lo que antes oyeron. Y san Crisóstomo añade [2]: A las palabras siguen los milagros, porque el que era maravilloso en la sabiduria manifestase tambien serlo en las obras.

Bajó el Señor del monte para hacer milagros, para que á la vista de estos fuese creído sin repugnancia el mayor que habia obrado, bajando del encumbrado monte de la divinidad al valle profundísi-

[1] Hieronim. in cap. 8 Math.

[2] Div. Crisost. Hom. 21 oper. imperfect.

mo de la humanidad, quedando lo que era y tomando lo que no era; tomando la forma de siervo sin dejar de ser Dios; porque si el Hijo de Dios no hubiera bajado á un estado tan humilde, nunca el hombre hubiera ascendido á la altísima dignidad de hijo de Dios, ni á la cumbre de la gloria que por sí no podia merecer.

Bajó del monte, y lo primero que hizo fué limpiar al leproso para que en esto se conociese que en aquel se habia dado el nuevo Testamento, y que la gracia del Evangelio era mayor y de mas virtud que la antigua ley, porque esta desechaba á los leprosos y aquellos los sanaba; pero era cuando bien dispuestos en su corazon, llenos de confianza y fe se acercaban á suplicarle, porque entonces el Señor se complacia en ejercer sobre ellos sus misericordias. El leproso era un objeto digno de compasion; por la naturaleza de su mal se hallaba precisado á vivir errante por los montes y desiertos, y cuando salia á pedir limosna en los caminos tenia que avisar desde lejos á los pasajeros el mal de que se hallaba herido.

No es claro si la historia de este leproso es la misma que refieren san Marcos y san Lucas, ó si fué otro distinto del que ellos cuentan; la diferencia solo parece estar en que el leproso de san Mateo refiere fué curado después de bajar Jesús del monte, y el que aquellos cuentan lo fué antes de subir á él. No hay inconveniente alguno en creer que fueron dos, ni es extraño que los dos se explicasen de una misma manera y con las mismas afectuosas expresiones les rogasen, y que del mismo modo los curase el Señor mandándoles que fuesen á presentarse á los sacerdotes; porque era riquísimo en misericordias, y su omnipotencia y poder eran infinitas como él mismo.

La multitud y conuocion de las turbas que seguian á Jesús y alborotaban los caminos, avisaron al leproso de que por alli pasaba su Majestad; y estando privado de entrar y aun de acercarse á las poblaciones, miró esta ocasion como la mas oportuna para conseguir su salud: acercábase gritando y la multitud le abrió bien presto el camino por el temor de mancharse con el contacto de un leproso. Mas el Señor no se apartó y al enfermo le fué muy fácil reconocerle por la benignidad con que le permitia acercarse á su persona. Acercábase mas inflamado por la fe de su corazon que por

el deseo de conseguir la salud corporal; y así que se postra, que pega su cara contra el polvo de la tierra, que le llama Señor, que confiesa su omnipotencia y que publica esperar en su bondad. Señor, le dice, *si vos queréis, podéis limpiarme*. Súplica que se hacia con tanta fe, esperanza y humildad, no podia dejar de ser pronto y bien despachada.

Sobre este modo de pedir tan humilde y reverente dice san Ambrosio [1]. Pegar el leproso su cara contra el polvo de la tierra para implorar la misericordia del Salvador fué vergüenza y humildad, para significar que cada uno debe tener vergüenza de las culpas y pecados que ha cometido; pero la vergüenza no le estorbó la confesion. Manifestó al médico soberano la enfermedad que padecia y le pidió el remedio. Con todo, no dudando de su poder no le dijo *limpiame, Señor*, sino que se resignó á la disposicion de su voluntad y aguardó con paciencia que la manifestase. Si quieres, le dijo, *bien puedes limpiarme*. Tu voluntad sola es el remedio mas eficaz para curarme: eres Todopoderoso y haces por consiguiente todo lo que quieres. Así manifestó la fe de su corazon, confesó el poder de Dios, publicó la esperanza que tenia en su bondad y logró que el Señor extendiera hácia él su mano, que le tocara, y le dijera: *Quiero: sed limpio*; y que al pronunciar estas palabras desapareciese el mal y quedase inmediatamente limpio. Extendió su mano como liberal y condenó la avaricia de los que se niegan á este acto de generosidad para remediar las necesidades de sus prójimos. Le tocó é hizo alarde de su humildad para abatir nuestra soberbia. Dijo quiero, mostrando su clemencia divina contra la envidia feroz que en miles de ocasiones nos impide ser clementes y misericordiosos con los infelices y necesitados. Y quedó limpio condenando la incredulidad de los que creian en él, á pesar de los milagros que obraba en beneficio de todos para confirmar su doctrina.

Varios son los leprosos de que nos hablan las Escrituras santas, y varios son tambien los modos ó medios con que fueron curados. Naaman, general rey de Siria, lo fué lavándose siete veces en el Jordan como se lo mandó Eliseo [2]. Para sanar la lepra de María,

[1] Div. Ambros. in cap. 5 Lucæ.

[2] Lib. 5, Reg. c. V, vs. 10 et 15.

hermana de Moisés, le mandó este Señor que le hiciera vivir apartada fuera del campamento de los hijos de Israel por espacio de siete dias [1]. El mismo ordenó al propio Moisés para justificar la altísima mision que le habia dado de sacar á su pueblo de la esclavitud de Egipto, metiese la mano en su seno á presencia de Faraon y la sacaria llena de lepra; y para curársela se la metiese otra vez en el seno y quedaria limpia [2]. A los diez leprosos les mandó que fuesen á manifestarse á los sacerdotes, y cuando iban quedaron curados en el camino [3]; y al que san Mateo refiere lo curó el Señor tocándolo con su propia mano, ya para demostrarnos la eficacia y virtud de su mano omnipotente, ya lo grato que era á Dios su Padre el heroismo de su humildad, y ya en fin lo escelso y asombroso de su misericordia, que no se desdeñaba de tocar á un leproso. Es cierto que la ley prohibia á los leprosos mezclarse con los judíos, y á estos acercarse á aquellos; pero no les impedia usar de misericordia con ellos: por esto Jesucristo, autor de la ley y legislador supremo, se dispensó de la letra de la ley y se conformó con el espíritu del legislador, usando de misericordia con el leproso. Llegó á él, dice el Crisóstomo [4], no solo por el gran misterio que la curacion del leproso figuraba, sino para ser modelo de humildes y ejemplo de compasion para todos aquellos que padeciesen algunas necesidades ó angustias, á fin de que cualquiera que fuese la enfermedad que los hombres padeciesen, ninguno, por grande y elevado que fuese en la tierra, se desdeñase de acercarse á él y consolarle.

Mandó el Señor al curado que á nadie dijese la gracia que habia recibido, porque no queria que los sacerdotes tuviesen noticia del suceso antes que ellos mismos pudiesen atestiguar por su propia confesion la verdad del hecho; porque como conocia bien su perversidad y suspicacia, recelaba que mirasen como delito en el enfermo haber sido curado y en el mismo haber usado de su caridad. Mas después que el paciente hubiese sufrido su exámen ordinario presentando la ofrenda señalada y el sacerdote la hubiese aceptado,

[1] Numer. cap. 12, v. 14.

[2] Exod. cap. 4, vs. 6 et 7.

[3] Luc. 17, v. 14.

[4] Div. Crisostom. Hom. 26 in Math.

declarándole perfectamente limpio y que podía volver al trato y comercio con los demás hombres, ya no se oponía su Majestad á que supiesen los sacerdotes la parte que él había tenido en la curacion; pues en tal caso ya llegaba tarde la calumnia y no había lugar á la revocacion del testimonio que habían dado de la perfecta sanidad del doliente. Esta fué sin duda la causa que tendria á primera vista el Salvador para mandar seriamente al leproso que se retirase, diciéndole no revelase á nadie que él lo había curado, sino que fuese á presentarse al pontífice para que lo examinase y restableciese al comercio de sus hermanos.

Tan rico en humildad como en poder y gracia, envió el Señor al leproso á los sacerdotes y le encargó ofreciera el don mandado por Moisés, por cinco razones muy principales y poderosas: La primera, porque aunque estaba sano, no era tenido por tal ni debía segun la ley ser admitido á vivir entre los sanos, sin que el juicio de los sacerdotes le declarase limpio, ofreciendo al Señor el don que mandaba la ley en reconocimiento del beneficio recibido; porque así como por orden de los sacerdotes era separado de las ciudades, tampoco podía volver á ellas sin su autorizacion y permiso. La segunda, para darnos ejemplo de humildad; porque aunque él obraba con autoridad y omnipotencia divina, no quiso defraudar el honor y respeto que se debía á los sacerdotes enseñando á los demás la reverencia que en todas ocasiones y bajo todos conceptos se les debe tener. La tercera, para cerrar la boca á la maledicencia de los fariseos que le acusaban de quebrantador de la ley, dando á conocer que aunque sanaba las enfermedades con una virtud muy superior á todas las leyes humanas, no por eso mandaba cosas contra lo prevenido en las leyes. La cuarta, para hacer entender á los sacerdotes que curado aquel leproso por la gracia y eficacia de la virtud divina que en él residía, el sacerdocio santo que ejercía y venia á establecer entre los hombres, era de una virtud y naturaleza muy superior al que ellos desempeñaban, pues su virtud no alcanzaba á curar y sanar las enfermedades y dolencias. Y la quinta, para probar la fe de aquel sacerdocio y quitar todo motivo de duda ó excusa con que pudieran cohonestar ó paliar su incredulidad; por lo que dijo el Señor al leproso, que ofreciera el don á los sacerdotes en tes-

timonio á ellos, que significa en testimonio contra ellos si visto el milagro todavía no le diesen crédito.

Significanos claramente el Maestro divino que el pecador, de quien era figura el leproso, tiene obligacion de presentarse al sacerdote y mostrarse á él por la confesion aunque esté ya limpio de la lepra del pecado por la contricion; porque es preciso que se rinda y humille; y que acepte por consejo del sacerdote la penitencia que se le imponga, ofreciendo por este medio el don de la satisfaccion: por esto le dijo: Anda ve, muéstrate al sacerdote; esto es, muéstrale lo que hiciste, lo que pensaste, lo que hablaste: no le escondas tu vida, no pales tus crímenes y los disminuyas con frivolas y vanas excusas, sino manifiéstale claramente y sin rebazo lo que hay en tu interior, y sabe que solo al sacerdote es á quien debes hacer esta manifestacion.

Obedeció el infeliz al Salvador aunque no en todo. Sacado repentinamente de la miseria y libre de una humillacion que le confundía y avergonzaba, tenía mucha dificultad en no publicar el beneficio recibido, la bondad de su libertador, y en ocultar su poder milagroso. Estaba tan fuera de sí, que ó no comprendió la orden de Jesucristo, ó no se juzgó obligado á obedecerla. No podía persuadirse que una formalidad ó ceremonia como la que se le mandaba de presentarse al sacerdote, obligase á tan dura prueba su reconocimiento. En efecto, él se retiró de la presencia del Salvador, pero fué para ir á publicar en otra voz la maravilla obrada en su persona, y para hacer de ella otros tantos testigos cuantos hombres encontraba que lo habían conocido por leproso y huido de su trato y conversacion. Pero así como la lepra es una enfermedad asquerosa que inficiona el cuerpo y se comunica y contrae hasta por el aliento; así la gratitud y reconocimiento del leproso parece que contagiaban tambien infinitos corazones, que agolpándose sobre el Salvador le hubieran oprimido con sus súplicas y admiraciones si su misericordia y humanidad no hubiesen sido igualmente infinitas; y aunque se retiraba con mucha frecuencia á los desiertos para huir de las turbas, orar y tratar mas familiarmente con su Padre, la necesidad ó la ansia y el deseo de los pueblos de oír su divina palabra y experimentar sus bondades, le sacaban de su retiro, y obliga-

ban á recorrer las villas y ciudades por donde mas de una vez habia ya transitado,

No hacia mucho tiempo que habia salido Jesús de Cafarnaum; y casi á la fuerza le impelieron las turbas á que volviese allá, porque eran muchos los que en aquella ciudad le esperaban: entre ellos habia un gentil mas digno de los favores del Mesías que muchos de los judios que aparentaban ser sus admiradores y secuaces: este era un hombre de guerra que mandaba una compañía de cien hombres, por lo que se llamaba centurion: permanecia en Cafarnaum, que era la metrópoli de Galilea, entonces ciudad muy opulenta y poderosa, mas hoy muy pobre y abatida, con el objeto de cobrar los tributos que los galileos pagaban á los romanos, y con el de impedir que aquellos se revelasen contra estos; y habiendo oido decir que Jesús habia llegado á la ciudad, se presentó á él é imploró su misericordia con aquella sencillez, franqueza y buena fe que gana los corazones para con los hombres y asegura para con Dios el buen despacho en las súplicas que se le dirigen, y como acostumbran á hacerlo los hombres de su profesion cuando tienen religion y fe. Acercóse á él con fe, deseo y reverencia, mas que con la presencia y rendimiento corporal. Acercóse el extraño por la genealogía, pero doméstico por el corazon; el extrajero por la nacion, pero muy cercano por la fe; el principe de los soldados, pero compañero de los ángeles; el que no era judío sino gentil, y por esto, reputándose como indigno de acercarse á Jesús y merecer sus favores, no se atrevió á verificarlo por sí inmediatamente, como asegura Orígenes, sino que envió primero los ancianos de los judios, se asoció y mezcló con ellos, como mas familiares y amigos de Jesús, y por su mediacion le rogó y dijo [1]: *Señor, en cuya potestad están la enfermedad y la salud, la muerte y la vida; mi muchacho, esto es, mi criado y súbito; y adviértase que le llama muchacho, por la corta edad y mucha familiaridad que con él tenia, y para condenar la soberbia de los amos altaneros y orgullosos que desprecian la humilde condicion de los criados: está paralítico en mi casa*, con lo que condena tambien la inhumanidad de los señores, que viendo á sus criados enfer-

[1] Origen. Hom. 5 in diversos. De laude centurionis.

mos los despiden de sus casas y envian á los hospitales, olvidando los buenos servicios que en los dias de su salud les prestaron: *y lo pasa muy mal*, porque es atormentado de graves y fuertes dolores.

Tres palabras pronuncia, á saber: *está postrado, está paralítico, y lo pasa muy mal*, para indicar las angustias del enfermo, los afectos con que él ruega, y excitar de esta manera la misericordia del Señor; sobre lo que dice san Crisóstomo [1]: Ve como por medio de los nuncios solo expone la enfermedad, y el remedio de la salud le deja al cuidado de la misericordia ya bien pública de aquel á quien la súplica se dirige. Permision fué de la divina Providencia fue: san los ancianos de los judios como los postuladores de la misericordia, para que fuesen mas inexcusables en el tribunal de la justicia divina, si viendo el milagro y creyendo el gentil, no creyesen ellos tambien. Bastó al centurion solo el oír referir los milagros que Cristo obraba para creer firmemente que podia sanar su criado á quien amaba, y el que sin duda alguna perociera si Cristo no le sanara: por lo que era tan solícito en rogar por su salud; en lo que debemos nosotros aprender la misericordia que hemos de usar con nuestros siervos y súbditos y el cuidado que de ellos hemos de tener cuando les vemos enfermos y tendidos en el lecho del dolor; no debe ser mayor el que tengamos de nosotros mismos estando sanos, que el que tengamos de los súbditos enfermos; ni tampoco debe ser mayor el afán por nuestras comodidades y regalos, que la solícitud y vigilancia por el consuelo y alivio de aquellos.

Rogó á la verdad, pero mas solícito por aliviar las angustias de su criado; y mas deseoso de su curacion que de su propio honor, no instó para que el Salvador fuese á su casa, no dudando de la Majestad de Cristo, ni de la reverencia y honor que se le debian, por lo que Jesús, que conocia bien el fondo de la humildad con que se le rogaba, y la respetuosa devocion con que iba acompañada la súplica, contestó á los internuncios con la humildad y misericordia que le caracterizaban, y dijo: *Yo iré y le sanaré. Yo iré*, esta es la humildad, *y le sanaré*, esta es la misericordia, y en el acto mismo empezó á marchar con ellos. Iba, porque ya sabia lo que habia

[1] Div. Crisostom. Hom. 22 Oper. imperfect.

de suceder. Iba con toda la plenitud que tenia de poder para obrar, y sanar los enfermos sin que para ello se necesitase su presencia corporal. Iba á visitar á un pobre aunque era el médico soberano, para confundir la poca caridad de los médicos de la tierra, que desatienden á los pobres para atender á los ricos. Iba y el centurion pensaba; y ya no muy distante de su casa, ilustrado por la fe y por un acto explicito y verdadero de ella, se humilla á la presencia de Cristo cuya grandeza y majestad no descubre, y le dice: *¡Señor! Yo no soy digno de que entreis en mi pobre morada: una sola palabra vuestra es mas que suficiente para que mi criado recobre inmediatamente la salud*: pronunciada sin moveros del lugar donde estais, y yo estoy seguro de que apenas habléis le encontrará entera-mente bueno.

Ruega con humildad y con fe, y como por la fe conoce su pequeñez á la presencia de la grandeza de Cristo, no llama á su morada casa y mucho menos palacio, sino *techo*, ó morada pobre, indigna de recibir Señor tan alto. No se le oculta que es gentil y que vive como gentil, y teme que se ofenda la delicadeza de Cristo al entrar en su morada, porque le cree verdadero Dios. Confiesase indigno, y entonces se hace digno de que entre el hijo de Dios, no solo dentro las paredes de su casa, sino dentro de su propio corazón [1]. Y porque se confiesa indigno de recibir á Cristo en su casa, se hace por lo mismo digno de su reino [2]. ¡Asombrosa fe! Excelsa y heroica fe que cree que el decir en Cristo es lo mismo que el hacer. En las palabras y en las obras de esta gentil creyente brillan sobremanera la humildad, la fe, la prudencia, la caridad. La humildad, porque cuando Jesús estaba dispuesto á entrar en su casa, no se juzgó merecedor de esta honra y humildemente la resistió. La fe porque siendo gentil creyó firmemente que con hablar una palabra restituiría el Señor á su criado la completa salud. La prudencia, porque conoció la divinidad encubierta con la humanidad, y al que veia caminar con el cuerpo y mudarse de un lugar á otro, le consideró presente en todos en razon de su divinidad. Y la caridad, en fin, porque cuando otros muchos se acercaban al Señor á suplicarle pa-

[1] Div. August. Sermon. 6 de Verb. Domini.

[2] Div. Crisostom. Hom. 27 in Math.

ra sí mismos, ó para sus hijos, ó para las personas que mas amaban, él se acercó para rogarle por un pobre criado.

Manifestó no solo la fe, sino la constancia y la firmeza de su fe cuando resistiendo humildemente la marcha del Señor hácia su casa le dijo: Yo sé bien que las enfermedades mas obstinadas os obedecen, como los soldados á sus jefes y capitanes. Yo, que os ruego ahora con la humildad posible, no soy mas que un pobre subalterno, sujeto á la autoridad del tribuno y á la del emperador, y sin embargo, mis soldados me están tan subordinados y dependientes de mi voluntad, que con solo hablarles todos se ponen en movimiento y me obedecen. A uno le digo, marcha á tal punto, y luego parte; á otro le mando venir, y viene sin réplica; y á mi criado le ordeno que haga esto ó aquello, y lo ejecuta sin resistencia: ¿cuánto mejor vos, cuyo poder es soberano é independiente, os hareis obedecer de todas las criaturas, cualquiera que sea la orden que les intimei? ¿Cuánto mas vos que sois Dios omnipotente, á quien sirven rendidas todas las potestades del cielo, á quien obedecen los ángeles, y cuya orden y mandato nadie puede resistir, podreis curar á mi criado con hablar tan solamente una palabra? Ninguna necesidad hay pues de que os fatigéis en entrar bajo mi techo: habládla, Señor, y mi criado quedará perfectamente sano [1].

Oyó el Señor como con admiracion las palabras tan expresivas de la fe que en su corazón latía; y la comparacion á militar con que quiso corroborarla, no dejaba de ser maravillosa en la boca de un gentil, pero sin quedar por esto sorprendido, porque infinito en comprension, sabiduría y poder, nada podia sorprenderle: manifestó una especie de admiracion por lo que habia oido, y aprovechó la ocasion para dar á los mismos ancianos de los judíos una leccion muy útil, previniéndoles contra la incredulidad de otros muchos de sus hermanos para quienes no bastaria la repeticion y multiplicacion de milagros para sacarlos de aquella. Se admiró celebrando los rápidos progresos de la fe del centurion, y admiró en él las misericordias inesfables de su Padre para enseñarnos á celebrar y admirar las bondades de Dios en beneficio y favor del hombre que todavia

[1] Ven. Bed. in cap. 6 Lucæ.

tiene necesidad de ser avisado; porque tales movimientos de gozo y admiración en Jesucristo no indican el movimiento ó alteración de su ánimo, sino la bondad del Maestro sapientísimo que así quiere enseñarnos la gratitud y el reconocimiento que á Dios debemos [1]; y así fué que admirando su fe y proponiéndola por ejemplo á los que se hallaban presentes, les dijo: *Yo os aseguro en verdad que no he hallado tanta fe en Israel.* Esto es, desde que predico entre vosotros no he encontrado en Israel una fe comparable á la del centurion: no he visto permissão tan viva del poder de mi Padre y mío, no obstante que este es mi extranjero. De los presentes habla, dice san Gerónimo [2], no de los patriarcas y profetas que les habían precedido. O tal vez en el centurion es preferida la fe de los gentiles á la de los judíos. Grande afrenta para el pueblo circuncidado que un gentil le haga ventaja en la fe del Mesias y en la creencia del poder inmenso de su gracia; un gentil criado entre el ruido de las armas y viendo de las lucas que suministraba la ley de Moisés á los hijos de Jacob, puesto que nunca podia ser igual al mérito de la fe entre un judío y no gentil. El judío creía después de haber visto muchos milagros, y el gentil creía sin haber visto alguno, y solo por oír decir que los obraba [3].

Admiró y celebró tanto el Señor la fe del centurion, no solo por la rapidez con que la vió crecer, sino porque fué el signo figurativo de la fe de los gentiles y de la mayor velocidad con que se había de propagar entre ellos antes que entró los judíos [4]; pero los judíos no cayeron para que se vantase jamás. Su caída vino á ser una ocasion de salud para los gentiles, á fin de que el ejemplo de estos les excite la emulacion para imitar su fe, como asegura san Pablo [5]. Este es el gran misterio del acbuche ingerto en el olivo, y de las ramas del olivo desgajadas y arrancadas del tronco; por lo que les decia el apóstol: "Con vosotros hablo ¡oh gentiles! Ya que soy el apóstol de las gentes he de honrar mi ministerio para ver tambien si de algun modo puedo provocar á una santa emulacion á los de

[1] Div. August. lib. 1 contra Manicheos.

[2] Div. Hieronim. in cap. 8 Math.

[3] Div. Crisostom. Hom. 27 in Math.

[4] Ven. Bed. in cap. 6 Lucæ.

[5] Div. Paul. ad Rom. cap. 11, vs. 11 et sequenba.

mi linaje y logro la salvacion de algunos de ellos. Porque si él haber sido los mas de ellos desechados ha sido ocasion de la reconciliacion del mundo, ¿qué será su restablecimiento ó conversión á la fe al fin de los tiempos; sino resurreccion de inerte ó vida? Porque si las primicias de los judíos son santas, esto es, los patriarcas, lo es tambien la masa de la nacion; y si es santa la raíz, tambien las ramas. Si algunas de ellas han sido cortadas, y tú ¡oh pueblo gentil! que no eras mas que un acabuche, has sido ingertado en su lugar y hecho participante de la savia ó jugo que sube de la raíz del olivo, no tienes de qué gloriarte con las ramas naturales. Y si te glorias, sábetete que no sustentas tú á la raíz sino la raíz á tí. Pero las ramas, dirás tú, han sido cortadas para que yo sea ingerto en su lugar. Está bien: lo fueron por su incredulidad, y tú estás ahora firme en el árbol por medio de la fe, mas no te engrias, antes bien teme. Porque si Dios no perdona á las ramas naturales, esto es, á los judíos, debes temer que si faltas, tampoco á tí te perdona. Considera pues la bondad y la santidad de Dios: la severidad para con aquellos que cayeron y la bondad para contigo si perseverares en el estado en que su bondad te ha puesto; de lo contrario tú tambien serás cortado."

La conversion de la gentilidad es un hecho que demuestra la misericordia y el poder de la gracia; y así pudo muy bien decir Jesús á los judíos: Yo os digo que lo miréis como el anuncio de la multitud de los gentiles que en pos de él vendrán del Oriente y del Occidente: entrarán en mi iglesia que es el reino de los cielos; y teniendo en su cabeza á Cristo su verdadero rey, serán admitidos á mis banquetes espirituales, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en calidad de hijos legítimos de estos santos patriarcas, cuya fe imitarán, porque á ellos se hizo la promesa de la tierra de promision, por la que se entiende la patria de los justos. Si tú pues te ves sumido en la cloaca inmundada de los vicios, cubierto con la lepra del pecado, y atollado en el cieno de la inmundicia, alientate; tratas con Dios omnipotente y propenso á perdonar, él es el ofendido y te convida al perdón. Abierto está el seno de tu clemencia para el que se vuelve á él con fe y confianza de hijo. Si el pecado te hizo hijo de ira, la fe te hará hijo de la promesa. Mas los hijos del reino, esto

es los israelitas, hijos de los patriarcas según la carne, y destinados á vivir bajo el imperio de Cristo como los primeros hijos de su Iglesia, serán entregados á las tinieblas de la incredulidad, de donde pasarán á las eternas, donde no habrá sino llanto, amargura y continuo crujir de dientes. Los hijos del reino que desecharon el imperio de Dios y le pidieron un rey á semejanza de los gentiles [1] por boca de Samuel, los hijos del reino por vocacion y promesa, serán arrojados de la vista y presencia de Dios y sepultados en las tinieblas exteriores, porque en su entendimiento y corazón ya tienen las interiores: estas consisten en la ceguera del uno y en la dureza del otro, y las exteriores en la noche eterna de la condenacion [2]; porque el fuego del infierno no luce para manifestar á los condenados lo que puede servirles de consuelo, sino lo que es para su mayor tormento. Ven, no para alegrarse, sino para que cuanto á su alrededor vean les sirva de motivo para un eterno llorar: por esto llorarán allí sus ojos mortificados por el hedor del humo y por el ardor del fuego que los abrasará sin impedirles el mirar lo que eternamente no quisieran ver; y porque la muerte entró por aquellas ventanas que miraron atrevidas lo que no era licito desear, dorarán con lágrimas irremediables lo que con ellas ya no podrán expiar. Allí será el crujir de dientes por la intensidad del frío con que se helarán y por la soberbia indignacion de su afecto, porque ya no llegó á tiempo el arrepentimiento de su pecado.

Dos milagros obró Jesús en Cafarnaüm que merecen confrontarse y nunca olvidarse: estos son, la curacion del hijo del régulo y la del criado del centurion: el primero le ruega que vaya á su casa antes que muera su hijo, y el Señor no condesciende con su súplica, y el segundo no se considera digno de presentarse en persona para rogarle, y mucho menos de que pase á su casa para sanar al enfermo, y el Señor quiere ir allá en persona, lo que resiste el centurion con la mayor humildad. ¡Qué leccion tan importante! ¡Qué documento tan sublime! No va á visitar al hijo del régulo para que no se creyera que iba atraído por las riquezas, por la ambicion ó la lisonja, y que no era el verdadero espíritu de la caridad el que le impulsa-

[1] Lib. 1. Reg. c. 8. v. 5.

[2] Div. Greg. lib. 9 Moral.

ba á usar de misericordia con los que se le suplicaban, y marcha sin que se le rueguen á visitar el criado del centurion, para que no se creyera que despreciaba la condicion del siervo y que á su presencia habia distincion entre los siervos y los libres, los ricos y los pobres, y que no se extendia igualmente á todos el espíritu de su caridad [1]. Como es altísimo y el mas excelso y elevado de todos los seres, ve y penetra desde la region inaccesible donde habita, el corazón de todas las criaturas; fija su atencion en las humildes, y desprecia y arroja lejos de sí á las altivas [2]; por esto le decia lleno de confianza David: Si me hallare ¡oh Señor! en medio de la tribulacion, tú me alentarás y sostendrás, porque extendiste tu mano contra el furor de mis enemigos, y tu diestra omnipotente me salvó de todos ellos. Si; el Señor tomará mi defensa: eterna es, ¡oh Señor! tu misericordia; no deseches las obras de tus manos.

Si es digno de la admiracion de los hombres el buen uso que hacen de su autoridad para con sus criados, es mucho mas digno de las atenciones de Dios ver ennoblecida y exaltada esta misma autoridad, no con una caridad estéril, frívola y aparente, con la que mas bien se busca el aura popular que el mérito de la virtud, sino con aquella fervorosa y heroica, que es la expresion sincera del amor y ternura de un padre para con sus hijos, y se ordena á conseguir á un tiempo mismo la salud espiritual y corporal de todos sus familiares y domésticos. El Señor, que vió practicar al centurion ese heroismo de caridad, quiso premiárselo largamente, concediéndole la salud repentina del criado y libertando al uno y al otro de la parálisis del alma, que es la mayor y la mas peligrosa entre todas las dolencias, y haciéndole testigo de la prediccion que hacia á su pueblo en orden á la reprobacion próxima de Israel y á la sustitucion y llamamiento de los gentiles. Habia bajado del cielo para buscar al hombre perdido sin distincion de países ni naciones; por esto no se desdeñaba de ir á la casa de aquel que le buscaba con tanta humildad y fe para sanar á su criado [3]. El centurion conoció muy pronto el llamamiento que Dios hacia á todos los gen-

[1] Div. Ambros. in cap. 6 Lucæ.

[2] Paul. 137, vs. 7 et 8.

[3] Div. Gregor. Hom. 28 in Evang.

tiles, y no quiso ser de los últimos en corresponder agradecido á esta tan excelsa demostracion del divino amor; rehusaba hospedarle en su casa, y ya lo habia recibido, no como huésped, sino como Señor y Dios en el fondo de su corazón. ¿Qué estimacion tan terrible para el cristiano orgulloso que desestima las visitas misericordiosas del Dios de la caridad y del amor? ¿De qué aprovecha llamarse hijo de Dios, tener á Dios en su casa, y aun recibirle en su pecho, si no se le da la morada que él quiere, que es el corazón? ¿Y quién le preparó este hospedaje sino la humildad? ¿Quién le adorna sine la caridad? La demanda del centurion está basada sobre estas dos grandes virtudes: por esto le despachó el Señor pronto y benignamente. *Anda en paz, le dijo, y segun lo ha creído tu gran fe, así se ejecute.* Y en efecto, el milagro se obró en el mismo instante en que Jesús hablaba, y el criado del centurion fiel quedó libre del rabioso mal que le molestaba.

¡Ah! ¿Qué cristiano podrá decir que tiene fe, y oyendo la narracion de este portentoso no tomará fuerza y brío para seguir á Cristo? Confirmó el milagro la fe y la esperanza en el corazón del centurion. Habló el Señor, y su palabra, que es la expansion de su voluntad eficaz y omnipotente, obró el prodigio que el nuevo fiel creia que podia obrar, y justificó que no era menos eficaz para dar la salud á los cuerpos que á los espíritus. La fe humilde con que conoció el supremo dominio que tiene la voluntad de Dios sobre la del hombre, le obligó á un acto de sumisa y reverente adoracion, y supo atribuir á la misericordia y á la gracia de Dios lo que la soberbia humana no quiere en manera alguna agradecer. El hombre humano cree que la obra de la santificacion y de la salvacion de su alma es exclusivamente suya, y resiste dar gracias á Dios por las de su misericordia y amor; así el pueblo circuncidado pasó por la dura afrenta de que un gentil le aventajase en la confesion de la fe del Mesías y del poderío de su gracia, y así este recibió las del Señor, proporcionadas á la medida de su fe, y así la cura maravillosa de su criado se debió á la fe, á la oracion, y á la humildad, cuyos méritos le dió el mismo Jesucristo, el que desea vivamente sanar nuestros corazones de los vicios de que adolecen y hacerles dignos de la salud eterna.

Poco tiempo después marchaba Jesús con sus discípulos, y una turba inmensa de gentes que le seguian, atraidas por la novedad é importancia de sus milagros, por la suavidad y dulzura de su doctrina, y por la devocion que les inspiraba su virtuosa amabilidad y modestia, á una ciudad de Galilea que se llamaba Naim, distante dos millas del monte Tabor, dominada enteramente por las alturas del Endor, por cuya falda corre placentero y alegre el arroyo de Cison. Antes de llegar á una de las puertas de esta ciudad, en la que acostumbraba á ser siempre muy extraordinario el concurso de las gentes, salió Jesús al encuentro de una gran porcion de ellas que conducian á la sepultura á un hijo único de una pobre viuda y hacian el duelo con la madre. No fué sin divina permission y providencia que acompañara tanta gente al difunto, para que fuese mas público el milagro que habia de obrarse, y la abundancia de tantos y tan diversos testigos no dejase ningun lugar á la duda. Muchos eran, pero todos pecadores; todos muertos espiritualmente por la culpa, y el Señor queria obrar á un mismo tiempo muchas y muy diferentes resurrecciones; porque resucitando al difunto que se conducia al sepulcro, queria resucitar á los muertos por la culpa á la vida de la gracia; queria usar con ellos de misericordia ya que se ocupaban en obras de caridad y misericordia, como eran enterrar el difunto y consolar á la madre viuda. San Gregorio Niceno [1] pinta con muy pocas palabras la triste situacion de la madre y los consuelos que necesitaba. Era viuda, dice, y no esperaba parir otro hijo, no tenia en quien poner sus ojos sino solo en aquel que era único, á él solo habia dado de mamar, á solo él tenia dentro su casa para su consuelo y compania, y solo él era todo su tesoro. Excesiva era la pena de esta mujer, y muy bastante para provocar á lágrimas y á compasion á cuantos la veian y contemplaban: observóla Jesús, y para consolarla en tanta angustia la dijo: *No llores*: acercóse al féretro, y parándose poseidos de respeto los que lo conducian, lo tocó el Señor con la mano, dirigió su voz al difunto, y con aquella eficacia omnipotente con la que sacó en el principio todas las cosas criadas del seno de la nada, arrancó al difunto del lago y poder de la

[1] Div. Greg. Nicen. in cap. 7 Lucæ.

muerte, le restituyó la vida y lo devolvió á su madre. Grande milagro, exclama el venerable Beda [1], propio de la grandeza y misericordia de Dios, que siendo consolador de los que lloran enjuga las lágrimas de los justos, consuela á los penitentes y se duele de los pecados y miserias de sus hermanos.

Esta tan grande bondad de parte de Jesús nos enseña que debemos seguir todo ejemplo de piedad, y nos avisa para que no nos desconsolemos á la vista de la muerte temporal, siendo tan cierta la resurreccion que esperamos para la vida eterna. Lloren en buena hora los gentiles y paganos que no creen la resurreccion ni esperan la vida eterna; pero los cristianos que esto creen solo deben gemir y suspirar por la incertidumbre de si consiguieron los difuntos la felicidad futura, para aplacar la justicia divina si acaso aquellos murieron en su desgracia, y satisficiera por ellos porque ya no están en estado de merecer. No pueden pasarse como olvidadas las doctrinas de san Agustín [2] sobre este pasaje importantísimo de la vida del Salvador. Interesantes son, dice, todas las personas, acciones y cosas que se observan en este gran milagro. El difunto representa al pecador muerto á la vida de la gracia: la madre viuda que llora la muerte de su hijo, es la imájen de la Iglesia que llora la muerte espiritual de cada uno de los suyos como si fuera único, estando toda ella metida en las entrañas de todos sus miembros con el espíritu de caridad y misericordia con que continuamente los engendra y ama, hasta que Jesucristo se forme en su corazón. Las lágrimas visibles de aquella madre y los pasos que da en seguimiento del hijo muerto, son figura de las que invisiblemente llora la Iglesia por los pecados de los suyos y de las amorosas diligencias que practica para conseguir su espiritual resurreccion, no desfalleciendo hasta verlos restituidos á la vida, temiendo no sean sepultados en el infierno, donde no hay esperanza de que hallen otra vez á Jesús. Los que á aquella acompañaban, denotan los buenos hijos de esta, que permaneciendo fieles en su seno lloran con ella la muerte espiritual de sus hermanos y ruegan por su resurreccion. El encuentro de Jesucristo con el difunto es el símbolo de la predestinacion, que al

[1] Ven. Bed. in cap. 7 Lucæ.

[2] Div. Augustin. Sermo 98. De verb. Dom. núm. 3.º

parecer por los medios carnales del mundo, aunque realmente dispuestos por su altísima sabiduría, suelen convertir á los que se apartaron del buen camino. La compasion que el Salvador tuvo de aquella buena madre, muestra la benignidad con que oye los clamores de la Iglesia; y el haberle dicho el Señor que no llorase, demuestra el consuelo que por sí mismo da ahora á los que derraman lágrimas de dolor por los males públicos y ocultos de la Iglesia, y el que dará á los miembros vivos de ella cuando haya perfeccionado la obra de la santificacion de todos los escogidos. ¡Oh! ¡Cuán admirables y dignas de la gratitud de los hombres son todas las obras de Dios! Su misericordia y amor brillan en todas ellas, y el hombre estúpido á la par que ingrato, no sabe conocerlas, ni admirarlas, ni agradecerlas.

Acercóse el Señor y tocó el *lugarillo* ó el estrecho y pequeño recinto en que estaba encerrado el difunto, para que la obra de la salud se verificase por el contacto de su mano, y se conociese que su cuerpo santísimo, unido á la divinidad, era el instrumento de que se valia la omnipotencia divina para obrar aquel milagro; y de otros muchos visibles é invisibles que por la imposicion de sus manos y la de sus ministros habian de verificarse por el poder y virtud que habia de concederles; y en señal de que los golpes que su mano santísima da á los pecadores para que vuelvan en sí, todos son ordenados por su providencia adorable á la resurreccion del alma que está muerta á su gracia; y llama *lugar estrecho* ó pequeño recinto al féretro, para que se entienda la gran mudanza que hay de la vida á la muerte; pues al rico y poderoso, al príncipe ó al rey, y á quien cuando vivo no le bastan grandes y anchurosos palacios para vivir y habitar, le basta después de muerto un pequeñuelo espacio bastante para encerrar el féretro que sus cenizas contiene; por lo que dijo un gran filósofo en la muerte de Alejandro: *El que ayer en todo el mundo no cabia, hoy le tiene encerrado una pequeñuela arca.*

Al tacto del féretro siguió el llamamiento del Señor y la prontitud del muerto en obedecer su voz; lo que demuestra el eficacísimo poder de la gracia que triunfa de los corazones mas obstinados, haciéndoles amar de repente el mismo bien que antes aborrecian. El

féretro simboliza el pecado; los que lo llevan son imájen de los apétitos desordenados que despeñan al hombre en el abismo insondable del infierno, si no le contienen los frenos saludables del amor, del temor y de la gracia de Dios. El sentarse el mozo y comenzar á hablar luego que Jesús le llama, indica la presteza con que hemos de obedecer las inspiraciones y llamamientos de la gracia, el modo con que hemos de agradecer á Dios las mercedes que nos dispensa, y que para que nuestra conversión sea verdadera y perfecta hemos de levantarnos luego del féretro de nuestros vicios, sacudiendo todas las ligaduras, señales y ocasiones de la muerte pasada. Y por último; el entregar el Señor este hijo á su madre, demuestra el espíritu con que el convertido vuelve á ser miembro vivo de la Iglesia; porque Dios resucita al pecador del pecado á la gracia para consuelo de esta tan buena y cariñosa madre, á fin de que otro tanto se consuele con la nueva vida de su hijo, cuanto se había entristecido con su pasada muerte; y sobre todo, demuestra esta entrega del hijo á la madre, que así como los hijos deben estar sumisos y obedientes no solo á su padre, sino también á su madre, aunque sea viuda, así también los hijos de la Iglesia deben estar sujetos á las disposiciones de esta Madre santa, pura, inmaculada, sin manchilla ni arruga alguna, á la que rige y gobierna el espíritu de la vida, del amor y de la gracia, á sus leyes canónicas y á la discreta severidad de sus ministros.

Llámase el pecador hijo único de su madre la Iglesia, porque así llora á cada uno cuando muere por la culpa, como la madre carnal llora y se entristece en la muerte temporal del hijo único que tenía, y al que amaba con la mayor ternura. Los dolorosos extremos á que se entrega Jacob y las violentas exclamaciones en que prorrumpe en la muerte creída de su hijo José [1], ó las lastimosas quejas de la madre de Tobías juzgándolo muerto durante su ausencia [2], pueden darnos una idea de la pena y sentimiento de una madre verdadera en la inopinada muerte del hijo único de su corazón. Dos cosas hay empero que advertir, y son, que cuando los pecadores vuelven á la Iglesia después de su resurrección por la gracia, no

[1] Gen. c. 37, vs. 34 et [35].

[2] Tob. c. 10, vs. 4 et [5].

es porque ella los separe de su seno por el pecado mortal cuando ellos por la heregia no desatan ó rompen el vínculo de la fe, sino porque siendo muertos los vivifica, y les da parte otra vez en el jugo de la raíz de ella, que es la caridad, y los dispone para la perseverancia en la santa vida, por la cual han de vivir siempre unidos al cuerpo inmortal de Jesucristo. Y la segunda es el llamarse mística ó misteriosamente viuda la Iglesia: llámase así porque fué redimida por la muerte de su Esposo ó porque en tanto que padece destierro ó peregrinación, está privada de la familiaridad de sus dulces zos; por lo que de ella está escrito: *Yo bendeciré bendiciendo á su bra Viuda* [1]. Por las plegarias pues de esta madre viuda, y por los méritos de su esposo Cristo Jesús, vuelven los pecadores á participar del Espíritu de esta misma Iglesia. El Espíritu Santo se derrama en sus corazones, porque atiende á los gemidos de esta amantísima madre, que él mismo pone en sus entrañas, para que de lo hondo de ellas clame y le pida la resurrección de sus hijos muertos; y cómo esté clamor es el de la caridad mas fervorosa y pura, cuando clama la Madre, escucha el Padre, atiende el Esposo y se despacha pronta y benignamente la súplica, porque se trata del bien del hijo; por lo que decía san Ambrosio [2]: Si es tan grave tu pecado que no puedes lavarte tú con lágrimas, llora por tí la Iglesia; que es madre viuda, la cual intercede por cada uno de sus hijos como si no tuviera otro.

Sobrecogiéronse de temor todos los que se hallaron presentes al milagro de la resurrección, no porque temiesen les sobreviniese algun mal, sino porque la consideración del poder y de la bondad y misericordia de Jesús les amilanaba y confundía: contemplábanle como á un gran profeta enviado por Dios para salvar á su pueblo, y no titubeaban en darle el dictado de grande, porque veían los grandes milagros que obraba. Sostenía los débiles, levantaba á los caidos y resucitaba á los muertos, para animar á todos enseñándonos que cualquiera que sea la situación de nuestra vida, ninguno debe presumir no caer; y si cayéremos, ninguno debe desesperar de levantarse; por lo que decía san Crisóstomo [3]: No oigamos estas

[1] Paul. 131, v. 15.

[2] Div. Ambros. super. Luc. lib. 5, núm. 92.

[3] Div. Crisostom. Hom. 27 in Math.

cosas los que parece que estamos firmes, como si nouviésemos necesidad de ellas, sino dígase cada uno á sí mismo: *El que diga que está firme, guárdese que no caiga*; y si caemos, no desesperemos, mas digamos en nuestros corazones: ¿Por ventura el que cae no se levantará? Y en verdad, muchos subieron á la cumbre de la virtud y de la perfeccion cristiana, y mostraban en su vida toda conformidad y paciencia; mas por poco que se descuidaron, pecaron y vinieron á grandes miserias y culpas; y otros por el contrario, después de verse sumidos en el profundo abismo del pecado, subieron hasta el cielo; y desde el lago tenebroso de la muerte, fueron trasladados á la compañía y vida de los ángeles; y tanta virtud adquirieron y mostraron, que lanzaron los demonios de los cuerpos y obraron muchas maravillas.

Sobrecógiéronse los circunstantes por el temor y el espanto, y la vida se alegró por la resurreccion de su hijo. En la diversidad de tan opuestos efectos producidos por una misma causa, debemos conocer cuán diversas son tambien y opuestas entre sí las afeciones de una buena ó mala conciencia. Temen los unos, porque conociendo el mal estado en que viven no tienen valor bastante para armarse con la penitencia, para salir de él. Del mancebo resucitado se goza la madre viuda, y de los pecadores que cada dia resucitan en espíritu se goza la santa Madre Iglesia [1], porque aquel era muerto quanto al cuerpo, y estos quanto al alma. La muerte visible de aquel era visiblemente llorada, y por esto el gozo fué asimismo visible; mas la muerte invisible de los otros ni se advierte ni se llora; antes al contrario, muchas veces procura ocultarla la maligna y astuta hipocresia, y solo la conoce aquel que conoce los muertos y puede resucitarlos á la vida; por lo que decia san Crisóstomo [2]: No hay cosa en el mundo que tanto junte las almas con Dios como las lágrimas que por el dolor del pecado y por amor á Dios se derraman; ora las llóre alguno por sus propios pecados, ora las derrame por los ajenos. Dime tú, pecador! ¿por qué razon te desatas en rizas desordenadas, pues que por tus propios pecados eres causa de tantos lloros, debiendo estar temblando delante del trono terrible

[1] Div. August. Serm. 44 de Verb. Dm.

[2] Div. Crisostom. Poent. Lacerandum, etc.

del juicio de Jesucristo? Cosa es por cierto muy peligrosa el pecador permanezca en sus pecados, y que como muerto se olvide de su salvacion, quedando como impassible entre las heces de sus vicios y en la muerte de su alma, no procurando remediarse por la penitencia; siendo como es indudable, que vino el Salvador al mundo para destruir la muerte y dar vida á los muertos. Si á esto no hubiera venido el Señor, no diria el apóstol: Levántate tú que duermes, resucita de entre los muertos, y te alumbrará Cristo. En este caso y otros de igual naturaleza se cumplió al pié de la letra lo que el mismo Jesús había anunciado no mucho antes cuando dijo [1]: Como el Padre levanta y resucita los muertos, así tambien el Hijo á los que quiere da vida. Yo os aseguro que vendrá tiempo, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que oyeron vivirán.

Este milagro tan público ganó para Jesús una crecida porcion de nuevos creyentes y admiradores de su omnipotencia y bondad, que uniéndose á los que ya le seguían, imposibilitaban hasta cierto punto su entrada en las pequeñas poblaciones, y aun casi en las ciudades mas populosas; por cuya razon resolvió ir su Majestad divina á visitar un paraje de Galilea de las naciones donde todavía no se había dejado ver. Era ya muy entrada la tarde, y salió el Señor con designio de embarcarse, pasar al otro lado del lago de Jenesareth y retirarse á un lugar apartado con sus discípulos; pero las turbas acostumbradas á seguirle, no lo dejaron y lo fueron acompañando hasta la ribera. Detúvose un poco el Señor antes de embarcarse, para que aquel pueblo inmenso que le seguía pudiese gozar algun tiempo mas de su presencia, y entonces fué cuando acercándosele tres personas, una tras otra, quiso oirlas, no porque esperase obligarlas á seguirle, sino para darnos á conocer con su infelicidad, cuán dañosas son las aficiones humanas, pues frecuentemente estorban el efecto de nuestras buenas resoluciones, á las cuales sofocan muchas veces en su mismo origen.

El primero que se presentó fué un escriba ó doctor de la ley, el que se apartó de las turbas para hablar en particular al Señor. No

[1] Secund. Joan. c. 5, vs. 21 et 25.

tenía el Salvador costumbre de recibir grandes señales de afecto ni muy sinceras demostraciones de confianza de personas de este carácter; con todo, escuchó al escriba con la misma benignidad que á todos los que iban á consultarle, saludóle como á su maestro y le dijo: *á cualquiera parte que fuéreis, os seguiré.* Que fué lo mismo que decirle: Yo me hallo ilustrado con vuestras instrucciones y convencido por vuestros milagros; para mí es poco ser del número de los israelitas fieles que creen en vos; dignaos pues de recibirme entre vuestros discípulos, singularmente unidos á vuestra persona. Yo tengo tomadâ mi resolución, y ya nada me arredra ni detiene, estoy determinado á seguirlos á todas partes.

Atrofia temeraria y atrevimiento audaz era el de este hombre, cuando tanto al parecer se prometía de su fervor, sin contar con los auxilios de la gracia que para ello necesitaba. Tal vez su intencion no era del todo pura, y en ella se mezclaba algo de interés y de ambicion. Quiso probarlo el Salvador, y él manifestó bien pronto su flaqueza, aunque ya la habia dado á entender en su salutación. No le habia saludado como Señor, sino como Maestro; porque no se le presentaba para servirle, sino para hacer un comercio lucrativo con lo que aprendiese. Instigado por la grandeza de los milagros que el Señor obraba, queria seguirle para aprender en su escuela el modo de obrarlos y adquirir despues riquezas y nombradía. Jesús, que habia penetrado su corazon, contestó á sus apettitos antes que á sus palabras, y le dijo: *Las zorras tienen sus cuevas á donde se refugian, y las aves del cielo sus nidos; pero el hijo del hombre no tiene donde reclinâr su cabeza.* Que fué decirle muy claramente: ¿Me conocéis bien? ¿Habeis meditado por ventura la proposicion que acabais de hacerme? Yo no quiero que os llameis despues engañados: sabed primero la vida que hago, y sobre lo que deben contar los que se empeñan en vivir en mi companía. Los animales de la tierra y las aves del cielo tienen sus cuevas y sus nidos á donde acogerse y descansar; y yo, que soy el primogénito y la cabeza de todos los hombres, no tengo casa propia, ni aun cama en que descansar ni reclinâr mi cabeza: por todas partes donde voy, soy un huésped y un extraño. Ve aquí lo que yo soy sobre la tierra y lo que deben ser los que me sigan. Consulta ahora

contigo, y mira bien si semejante empeño te conviene. Yo no he venido solamente á predicar la pobreza, sino á practicarla con toda austeridad: así pues, vanos son tus pensamientos cuando te propones seguirme por ganancias y lueros temporales. Sobrê este pasaje dice con mucha oportunidad el Crisóstomo [1]: Mira de qué manera demuestra Jesús con sus obras lo que antes habia enseñado con sus palabras: no tiene mesa, ni candelero, ni casa, ni alguno de todos los utensilios que los hombres se adquieren para amueblarla. Para hospedaje tuvo el vientre de una vírgen, para reclinarse tuvo un pesebre que no era propio, para morir una cruz, y para enterrarse un sepulcro extraño.

Las palabras del Maestro divino, tan capaces para inspirar un vehemente deseo de la perfeccion, produjeron un efecto enteramente contrario en aquel hombre vano é interesado, el cual dejó con aspe-
reza á Jesús, no pudiendo resolverse á seguirle pobre, y queriendo mas hacerse esclavo del mundo que discípulo del Salvador. No hay duda que podia haber creído en Jesucristo sin hacer la vida austera y pobre que su Majestad habia abrazado; mas para ser del número de los discípulos destinados á predicar su doctrina, era preciso imitarlos renunciándolo todo; y pareciendo esta condicion muy onerosa al escriba, se retiró con despecho, porque vió frustrados todos los deseos de su corazon.

Despues de haberse separado este pretendiente al apostolado, demasíadamente flaco para sostener su peso, para instruccion de los que á él tenia destinados, llamó el Señor á un particular de las turbas que le seguian, y le dijo: *Signeme:* palabra era esta capaz de hacerle romper á la hora todos los respetos de la carne y de la sangre, y todas las demás consideraciones que podian detenerle; y aunque no le faltaba ni fervor ni resolucion, con todo, no sabia aun que para seguir las grandes vocaciones y cumplir con ellas, es preciso no ajustarse á las reglas y las leyes de la prudencia mundanal, enemiga de la prudencia del espíritu; y que aquello que en otras circunstancias seria una obligacion, viene entonces á ser un obstáculo reprehensible. Feliz él si hubiera conocido la bondad del que

[1] Div. Crisostom. Hom. 23 in Math.

le hablaba y el bien que quería hacerle; con qué prontitud le hubiera seguido! Detávole empero un respeto, una consideración que el mundo no solo juzgará por justa, sino como una de las más grandes y estrechas obligaciones que el hombre tiene sobre la tierra, calificada por tal por el mismo Dios en uno de los preceptos del Decálogo, cual es el respeto, el honor, y la gratitud debida á los padres; pero que para seguir á Jesucristo no dejó de ser un obstáculo muy reprehensible, pues escribió está que el que no renuncia todo lo que posee sobre la tierra, no puede ser su discípulo.

Parece que el nuevo prosélito no desairó la propuesta invitación del Salvador, y así le dijo: Señor, desde luego me entrego á vos, estoy resuelto á seguirlos: *solamente os ruego que me permitáis vaya antes á dar sepultura á mi padre.* San Agustín [1] admite la respetuosa sencillez de esta respuesta, y dice: Saludó el nuevo llamado á Jesús dándole el nombre de Señor, que indica reverencia, y le dijo, *permittedme*, que equivale á una protestación de obediencia; que vaya á dar sepultura á mi padre, *que es una obra de misericordia*; sin embargo, el Señor, que no juzga las cosas según la razón humana, no quiere que se dilate un punto la obediencia á la vocación de Dios, como ni la ejecución de los mandamientos. Sobre lo que dice un expositor sabio [2]: No desprecia el discipulado, pero desea cumplir antes con los respetos de verdadera piedad, todos los deberes de hijo, para entrar mas desembarazadamente en la nueva carrera á que se llama; así como Eliseo, llamándole Elías por orden del mismo Dios para que fuera su sucesor en el ministerio profético, le dijo: *Permittedme que vaya á dar el osculo de despedida á mi padre y á mi madre, y luego te seguiré*: á lo que respondió el profeta: *Anda y vete, que lo que á mí me tocaba hacer contigo, ya lo hice* [3]; pero Jesús no contestó así al que habia llamado; dióle un consejo mas sublime, explicóle según su costumbre un precepto mas interesante. No repruebo esta obra de caridad que alegas y pretendes hacer; pero no está en el orden de la caridad anteponer un bien menor á otro mayor; *deja pues á los muertos que*

[1] Div. August. Hom. 7 de verb. Dom.

[2] Raban in Eundem locum.

[3] Lib. 3, Reg. c. 19, v. 20.

entierren á sus muertos. Esto es, deja que los muertos que han perdido la vida del alma, lleven al sepulcro á los que perdieron la del cuerpo; acaso la memoria de esta muerte hará que ellos recobren aquella vida. Los que han de seguirme han de morir al mundo y contar con los muertos aun á los suyos, que están en él; deja por lo mismo á estos que entierren á sus muertos, y tú, que has de vivir por la fe, renúncialo todo y ven, anuncia en mi seguimiento el reino de Dios.

Afluente y sublime como siempre el grande Crisóstomo, dice sobre este lugar lo siguiente [1]: Con esto manifestó el Señor que los afectos carnales han de renunciarse enteramente por los que quieren seguirle. Reprocha al que con simulada intención le dice, yo te seguiré; y al que con intención sana quiere seguirle, no le permite ir á dar sepultura á su padre, porque otros habia, que podian hacerlo, y no le convenia retardar el cumplimiento de otras cosas para él mas necesarias y urgentes. Desprecia al soberbio orgulloso y vaniño y llama al sencillo, respetuoso y devoto; llámale, y cuando llama á la vida no quiere que vuelva á la muerte; que es lo mismo que si dijera: Yo soy tu vida, yo soy tu Padre, yo soy tu Criador; signóme y anuncia á todos el reino de Dios; no las fábulas y curiosidades vanas que anuncian los hombres, ni nada de la que al mundo huele. Anuncia el reino de Dios y resucita á los que están muertos en el alma, que es una obra de misericordia mayor que el dar sepultura á un cadáver; deja lo menos por lo mas; porque si es meritorio dar sepultura á tu padre, mas digno y meritorio es anunciar mi palabra; y vale infinitamente mas vivificar solamente á uno ejerciendo este ministerio santo, que sepulturar á todos los muertos. Y concluye: Era en efecto un grande inconveniente para la pureza de su fe, que el que habia empezado ya á creer en Dios su padre celestial y vivo y en su hijo Jesucristo, pensase todavía en su padre terreno y muerto; siendo así que por seguir á aquel se nos manda renunciar á nuestros padres en la tierra aun cuando vivan.

No cayó desestimada en la tierra la doctrina del Salvador; y la pronta fidelidad con que fué obedecido, parece que atrajo otro ter-

[1] Div. Crisostom. Hom. 28 in Math.

cer discípulo no menos dispuesto que el segundo; pero antes de examinar las cualidades de este, es preciso advertir que carece de fundamento y no puede apoyarse en el contexto del Evangelio la doctrina de algunos que afirman que el padre de este segundo llamado no habia muerto aun [1]; pero que estaba ya viejo y caduco, y que su hijo pedía no dejarlo hasta después de su muerte; porque en este caso su contestacion hubiera sido mas bien un pretexto para no seguir á Jesús, que un motivo justo al parecer y fundado, para diferir pocos instantes el cumplir con el divino llamamiento; y hubiera sido faltar claramente á la verdad, porque una cosa era asistirle y cuidarle hasta que muriese, otra el darle sepultura inmediatamente, como lo indica el permiso que se pidió, en cuyo caso el Salvador no hubiera dejado de acriminar una falta tan grosera y reprehensible; y no apareciendo en el Evangelio ningun cargo hecho con este motivo, no le hay tampoco para creer fundada esta opinion.

Igualmente justas y puestas en razon parecen á los ojos del mundo las excusas alegadas por el tercero, para diferir tambien por un un poco de tiempo el seguir al Salvador; pero fueron igualmente reprobadas. Señor, le dijo, yo os seguiré con gusto; permitidme empero, os ruego, que vaya á renunciar lo que tengo en casa. Los negocios domésticos y los cuidados temporales son un grande embarazo para seguirnos. Iré, dispondré de mis bienes, los venderé, distribuiré lo que tengo, y muy luego, sin detenerme un instante, volveré á vuestra compañía. Mas Jesús, que queria mayor despeggo de todas las cosas, no aprobó esta dilacion en un hombre que se presentaba como pretendiente al apostolado, y como acriminándole, le dijo: Ninguno que pone la mano en el arado y mira hácia atrás, es apto para el reino de Dios. Que fué lo mismo que decirle: Si un hombre que se pone á mirar hácia atrás, después de tener la mano puesta en el arado, no es buen labrador, sabe tambien que ninguno es capaz de servir á Dios ni de anunciar su reino, si no se propone adelantar siempre en el camino del cielo, ir derecho donde el espíritu de Dios, le llama y pone su vista y sus deseos en lo que hay mas sublime en la perfeccion: si tocaron pues tu corazon la

[1] Senio confectum, et brevi moriturum. Lyr. et alii hic, post. S. Cyllir.

multitud de mis trabajos, la paciencia y la constancia con que los sufro, y el afán con que ves que los busco, y deseas acompañarme en ellos, ¿será conveniente para la predicacion del Evangelio que conserves inquietud en tu corazon por los bienes que dejas en la tierra?

Justísimo parecia, prudente y muy fundado el deseo de este jóven de deshacerse de todos sus bienes sin reservar cosa alguna para sí por seguir á Jesucristo. Nada mas habia pedido su Majestad á otro á quien amaba, en otra ocasion muy parecida á esta; pero la respuesta de Jesús no caía sobre el proyecto de despojarse de todo, sino sobre la resolucion equívoca del sugeto, cuya flaqueza conocia y á quien contemplaba muy expuesto á volverse á sumergir en los embarazos del siglo al primer esfuerzo que hiciera para despegarse de él; por lo que dijo muy oportunamente san Gerónimo [1] á cierto sugeto que le pedía su parecer para retirarse prontamente del mundo: *Cuando la navecilla está enredada en el puerto borrascoso, no te detengas en soltar las cuerdas, sino córtalas de un golpe y sal fuera luego.* Y como es cierto que la disposicion del sugeto nada tenia que no fuese laudable, no parece que la contestacion de Jesús tuviese tanto de reprehension severa, quanto de un amoroso aviso de precaucion que le daba para lo venidero; con el que sin duda alguna quiso decirle: Tú quieres dejarlo todo para ser mi discípulo, y tienes razon, pues yo no quiero entre los predicadores de mi Evangelio si no es hombres tan pobres como yo; mas no precipites las cosas y pesa con madurez la resolucion que tomas. Aun eres dueño de conservar tus bienes, teniendo de ellos un cuidado moderado y prudente, y una vez que te despojes de ellos y te consagres á mi servicio, te será preciso olvidar para siempre cuanto has dejado en el mundo. Si desgraciadamente llegases á arrepentirte de lo hecho, sabe que te harías indigno de tu vocacion y del grande empleo á que te llamo. Sobre todo, lo que dijo san Agustin [2]: *Echa su mano al arado el que es muy afectuoso para seguir; pero mira atrás el que pide dilaciones, esperando ocasion de conferenciar con sus ami-*

[1] Div. Hieronim. Ep. Ad. Nepocian.

[2] Div. August. Ho n. 7 de verb. Dai.

gos: el afecto de este no es sincero ni muy segura su conversión.

Como no hay acasos para la Providencia divina, no puede creerse que fuese casualidad encontrar estas tres personas á quienes dió el Señor tan sabias é importantes lecciones, sino que fué una disposición admirable de ella para animar á sus antiguos discípulos á que llevasen con resignación y gusto las pesadumbres y molestias del nuevo estado en que se hallaban, sin pensar otra vez en los pocos bienes que habían dejado para seguirle, renunciando para siempre todas las esperanzas de volver á ellos y con el afecto de todas las riquezas del mundo, prefiriendo vivir pobres y desnudos por seguir al Salvador y cumplir mas desprendidamente con las grandes obligaciones de su ministerio, sin dejar jamás, aun en medio de las mayores angustias y necesidades, las comodidades y conveniencias que hubiesen dejado. Tales fueron en el principio, tales son ahora y tales serán siempre los empeños y obligaciones de los que se dedican á la vida apostólica; así como es tambien otra de sus mas sagradas y primeras obligaciones huir los aplausos de los pueblos, los lugares públicos y de mucha concurrencia, y nada hacer por pública ostentación y fausto.

Jesús, que confirmaba con sus ejemplos cuanto enseñaba con su doctrina, se iba acercando insensiblemente á la ribera y disponia á sus discípulos para una lección tan grande de fortaleza y confianza en los peligros quanto era sublime la de abnegación y renuncia que acababa de darles; pero las turbas que ya penetraban el intento que el Señor tenia de dejarlas, quanto le veían avanzar sobre el mar, tanto mas se empeñaban en acercarse á su persona; mas como ya era tarde subió sin detenerse á una nave que le tenían prevenida, y en ella entraron tambien sus discípulos; pero las turbas aprovecharon la ocasion de otras muchas navéculas que se hallaban en el mismo lugar, subieron en ellas y se encaminaron tambien á la otra parte del lago siguiendo el rumbo que les marcaba la nave donde iba embarcado el Señor.

Tres lugares tenia Jesús donde se refugiaba con mucha frecuencia cuando se veía hostigado por las turbas; el mar, el monte y el desierto, y así después de haber obrado en la tierra grandes y portentosos milagros, se pasó al mar para obrar allí otros prodigios, mas

excelentes [1], para que así constase que era el verdadero dueño de la tierra y de los mares. Siguiéronle sus discípulos, y no seguian solo sus pisadas, sino tambien segun cada uno mejor podia seguan é imitaban su santidad; porque de tal manera los tenia vencidos la suavidad de sus palabras, las maravillas de sus obras y su amable conversacion, que les era muy difícil apartarse de él. Tres ó cuatro leguas á lo mas tenia el tránsito que debían andar, y á pesar de ser tan corta la travesía, se levantó de repente una tan horrible tempestad, que estuvo á punto de sumergirse el barge que conducia al Salvador del mundo: cubríanle furiosas y encrespadas olas; pero el Señor reposaba tranquilo quanto mas arreciaba la tormenta. De la barca de Pedro fué figura la arca de Noé, que no pereció ni naufragó aun cuando fué combatida por la impetuosidad de las olas que cubrieron todo el universo; y esta barquilla del Apóstol lo era de la Iglesia, á la que no han de sumergir cuantas furiosas tempestades levante contra ella el infierno hasta la consumacion de los siglos.

Dormia el Señor fatigado por el ministerio de su predicacion y continuos trabajos, y dormia tranquilo mientras se enfurecian los vientos y se alteraban las olas, en lo que demostraba su grandísima humildad [2]. Dormia segun el cuerpo, mas velaba segun la divinidad, porque escrito está en los cánticos santos: *Yo duermo y mi corazón vela* [3]. Dormia en la pequenuela nave en que navegaba el que á todo el mundo gobierna, y dormia en buen sueño el que guarda á su pueblo en vigilia eterna. Mientras los discípulos se lionjearon que podrian con su industria vencer la violencia de la tempestad, respetaron el reposo del divino Maestro; pero tan luego como se desesperaron de poderlo conseguir, corrieron á Jesús sobrecogidos de un temor vergonzoso que debiera haber sosegado su vista aunque le mirasen dormido, si el ver tan de cerca la muerte dejara á la razon entera libertad para darse á conocer. Señor, le dicen, date prisa, levántate, sálvanos; que perecemos. Dormia el Señor para probar la fe de sus discípulos, no porque él no supiese lo que en sus razones pasaba, sino para que ellos se conociesen mejor á sí mis-

[1] Orig. Hom. 6 in divors.

[2] Div. Crisostom. Hom. 29. in Math.

[3] Cant. c. 5, v. 2.

mos, y queriendo que fuesen mas fervorosos y frecuentes en la oracion [1]; porque si velando Jesús sobreviniera aquella tormenta, por ventura no temieran ó no rogaran. Ven el peligro y temen, y porque temen ruegan, y ruegan con fervorosa instancia; sobre lo que dice Orígenes [2]; ¡Oh verdaderos discípulos! tenéis con vosotros al Salvador ¿y teméis el peligro? ¡teméis á la muerte? ¡Qué extrañezal ¡Alejad el temor! ¡recobrad la confianza que perdisteis! *Salvanos*, le dijeron, y mostraron que la tenían; *perecemos*, y confesaron su flaqueza y la pequeñez de su corazón; y le *despertaron* porque tenían poca fe; por esto les reprendió el Señor diciéndoles: *Gente de poca fe, ¿por qué estais temerosos?* Esto es, ¿qué tenéis que temer estando en mi compañía?

¿Cuán dignos son de veneracion y respeto los juicios de Dios! De todo se vale la bondad del Señor para alentar al hombre en medio de los trabajos animándole á que deposite enteramente en él toda su confianza. A la vista de Jesús sufren los apóstoles una tormenta que pone á prueba su fe y se nos descubre el grande recurso que tenemos en Jesucristo en los trabajos y males de la vida, colocados en el seno de la Iglesia que fundó, avisándonos con esto que aun en el seno de esta buena y cariñosa madre no estamos exentos de sufridos; y que aun cuando se escondan á la vista del cuerpo, la fe siempre debe preverlos y prevenirse contra ellos. Los peligros de la vida y la contradiccion de las pasiones que se levantan en nuestro corazón, figurados en tan horrible tempestad, no deben debilitar la fe de nuestra alma; porque si como los apóstoles acudimos oportunamente á Cristo, no hay duda que nos salvará. En la nave se hallaban, y esta se veía tan combatida y expuesta, que le pasaban las olas por encima y la cubrían: los apóstoles temieron porque ignoraban que la nave de Pedro podía ser combatida, pero no sumergida. Embarcados nosotros en la nave de la Iglesia, vemos las encrespadas olas de la impiedad, de la injusticia, de la herejía y del error que la agitan y combaten; los justos acometidos por el furor de los impíos; los tímidos amenazados por el escándalo de los reprobos; la virtud insultada y perseguida por las oleadas infernales

[1] Div. Crisostom. Hom. 29 in Math.

[2] Orig. Hom. 6 in diversos.

de la abominable corrupcion del siglo, empujadas por el viento impetuoso de la soberbia; sin embargo, subsistirá la nave; llegará salva al puerto, y los que naveguen en ella y de ella no se salgan, se salvarán; pero para los que de ella se salen no hay salvacion. El sueño misterioso del piloto Salvador es para probar la fidelidad de los remeros, porque quiere que experimentando ellos su propia flaqueza, conozcan la necesidad que tienen del socorro de Dios, y que son perdidos si no acuden á él con el clamor de la fe y de la esperanza mas sólida y verdadera mediante la oracion fervorosa, uniéndose con el lazo de la caridad.

Vivifica el Señor esta fe, alienta esa esperanza y reanima esa caridad cuando al oír el clamor de los apóstoles se levanta, manda á los vientos que se amansen y al mar que serene sus embravecidas olas, á la soberbia que calle y se sosiegue, y al impetu de aquellos que cese; y se amortigna el viento á la primera intimación, aplácense la ferocidad de las olas y aparecen la serenidad y la calma; y en este estado de tranquilidad, libres de susto los ánimos, se oyen mejor en el fondo del corazón las dulces reprensiones con que el Señor les representa su poca fe y los exhorta á la esperanza. ¿Por qué temeis, hombres de poca fe? ¿Con tantas pruebas como hasta aquí habeis visto de mi omnipotencia y bondad, todavía no habeis aprendido en quién debeis tener vuestra confianza? Esta reprension del Salvador destierra del mundo hasta la sombra de la humana timidez y desconfianza. Reprende Cristo en sus apóstoles el excesivo temor, la tardanza en acudir á él, la imperfeccion de su ruego nacido de una fe débil y de una confianza muy inferior á la eficacia de su presencia y de su omnipotente poder. Mas esta fe, aunque flaca, no la desprecia; esta oracion, aunque imperfecta, no la desatiende, para que nadie, por atrasado que esté en las virtudes cristianas deje de acudir á Cristo.

Sublime documento es este para contener el insano atrevimiento de aquellos que en medio de las adversidades de la vida murmuran de la providencia y bondad de Dios, y sienten las mayores impaciencias; así pues, aunque la fe nos es sumamente necesaria en todos los eventos de la vida, lo es mucho mas en los adversos; porque como nos dice san Juan: *Lo que nos hace alcanzar victoria sobre*

el mundo es nuestra fe [1], y nadie vence al mundo sino el que cree que Jesús es hijo de Dios. Esta creencia y fe la tienen los apóstoles, y aunque imperfecta, pasaron del temor cobarde de la muerte á los afectos de un temor respetuoso tan luego como le vieron despertar y admiraron el repentino sosiego de los vientos y los mares. De la misma admiración participaron los marinos y pasajeros de las otras navicillas que habían experimentado el peligro, y que aunque menos conocedores del Salvador, confesaban también que le debían la vida; y mirándose los unos á los otros se decían: ¿Quién es este á quien obedecen los vientos y los mares? Admiráronse y se serénaron de tal manera sus ánimos, que no les quedó ni siquiera el menor recelo de que se turbasen otra vez los elementos. ¿Quién es este? ¿Qué grande es! ¿qué poderoso! ¿cuánta es su dignidad y poder! Este no es hombre puro, sino Dios verdadero [2]. El Salvador quiso acreditar que era lo uno y lo otro. Como hombre subió á la nave, como Dios contrató los mares con su presencia. Como hombre duerme en la nave, como Dios manda á los vientos y á los mares, y con su palabra enfrena toda su soberbia [3]. Sobre lo que dice con su acostumbrada erudición el Crisóstomo: El sueño le manifiesta hombre, la tranquilidad con que duerme acredita que es Dios; y así preguntan: ¿Quién es este? porque como hombre duerme, como Dios obra milagros, y en esto hay tres cosas que admirar: el hombre que duerme, Dios que manda, las criaturas insensibles que obedecen cuando los racionales resisten obedecer al Criador [4].

A la intimación de este Criador universal y Omnipotente sosegóse la tempestad, apareció la calma, y con ella renació la alegría y el contento en el corazón de todos; empuñaron con ahínco los remos y prontamente abordaron á los contornos de Decápolis en el país de los gerasenos, donde llegaron con felicidad. Gerasa era una ciudad insignie de la Arabia situada á la otra parte del Jordán, junta al monte Galaad, en la tribu de Manasés, en cuyo lugar alcanzó Labán ó Jacob cuando huía de su casa, no lejos del mar de Tiberíades, cir-

[1] Ep. 1.ª Joan, c. 5, vs. 4 et 5.

[2] Div. Hieronim. in cap. 8 Math.

[3] Div. Ambros. in cap. 8 Lucæ.

[4] Div. Crisostom. Hom. 29 in Math.

cunvalada por la parte opuesta por el mar de Galilea de las gentes, opuesta también á la que propia y solamente se llamaba Galilea, á cuya porción de tierra se daba el nombre de país ó región de los gerasenos ó gedarenos, según algunos quieren, tomando la denominación de la ciudad. Los israelitas que habitaban este paraje estaban rodeados de gentiles, sirios, griegos y romanos, y es muy creíble que aunque la ciudad de Gersa tuviese el nombre hebreo y la habitasen principalmente los hijos de Jacob, no estaba exenta de la mezcla de extranjeros [1].

Durante la travesía vieron á Jesús sus discípulos y las turbas que le seguían, mandando á los elementos, y ahora debían verle mandando á los demonios, á los espíritus feroces é implacables enemigos del género humano, haciéndoles por fuerza obedecer. Al salir del barco se le presentaron dos hombres poseídos del demonio, acaso los más dignos de compasión de cuantos hasta allí había consolado y aliviado, y los que menos se hallaban en estado de ir á implorar su socorro: habitaban en los sepulcros debajo de la tierra, cavados en forma de cuevas profundas, de donde no salían si no es como bestias feroces, de las cuales todos huyen, y no había en el país hombre tan atrevido que osase acercarse á su habitación. La clemencia divina fué á buscarlos, y puede creerse que ellos fueron el principal objeto de su viaje. Uno de ellos era tan furioso que todos los esfuerzos que se hacían con él eran inútiles para sujetarlo [2]; no había cadenas tan fuertes que bastasen á contenerlo, pues habiéndole atado con esposas y grillos las manos y los pies, todo lo había roto: habitaba de día y de noche entre los muertos, y salía desnudo por los montes y campos, que espantaba con horribles gritos, convirtiendo á veces contra sí mismo su rabia y maltratando cruelmente su cuerpo con golpes que se daba contra las piedras. Esta es verosíblemente la razón por qué de los tres sagrados historiadores que cuentan el suceso, los dos no hacen mención sino de uno de los dos poseídos: como si el exceso de su desdicha hubiera hecho olvidar la desgracia del otro.

[1] Joseph. lib. 3.º de Belle Judaico, cap. 3, y lib. 2.º, caps. 19 et 20.

[2] «Ungs coram erat clarior.» Div. August. lib. 2.º de consen. Evang. 24, «vel ex aliis, herodulius variens.»

¡Cuán grande es la bondad de Dios, y cuán irresistible aun para el infierno mismo su omnipotente poder! Bien pronto conocieron los demonios que tenían á su vista el *Fuerte armado* á quien no podían vencer, que venía á quitarles su presa. Convirtiéronse repentinamente en demostraciones de humildad aquellos furiosos movimientos, y dejando las oscuras cavernas que habitaban, trajeron á los pies del divino Maestro los esclavos de su tiranía. Desde lo mas lejos que los dos miserables alcanzaron á ver al Salvador, corrieron á su encuentro y se postraron á su presencia; y revistiéndose entonces Jesús de aquella majestad y absoluto señorío que solo á él es propio, y de que acostumbraba á usar cuando quería ser prontamente obedido, dijo al demonio: *Espíritu inmundo, sal del cuerpo de este hombre.* Mas clamando el espíritu de las tinieblas y dando fuertes aullidos, respondió al Señor: *¿Y qué, Jesús, hijo de Dios Altísimo, no habeis venido al mundo sino es para hacernos guerra? ¿Qué tengo yo con vos? ¿No me hallais aun bastante miserable? Tiempo vendrá en que ya no podremos mas hacer mal á los hombres y seremos condenados á nuestro último tormento; dejadlo venir, ¿por qué lo adelantais? No nos quites antes de él la poca libertad que tenemos de tentarlos y hacerlos padecer [1].* Pero Jesús les replicó en el acto: Salid inmediatamente de esos cuerpos. Yo os lo mando. Mas antes dime tú que con tanta crueldad maltratas á ese desdichado, ¿cómo te llamas? Mi nombre es *Legión*, respondió el espíritu maligno, porque son muchos los que tengo conmigo en el cuerpo de este hombre. Al punto saldréis tú y tus otros compañeros, repuso el Salvador, que no permitiré abuseis mas largo tiempo de vuestro poder contra unos desdichados cuya miseria me compadece.

Bien hubiera querido el espíritu maligno poder resistir las intimaciones de aquel que él mismo reconocía por verdadero hijo de Dios; mas no pudieron, aunque tantos en número, y tuvieron que humillarse á suplicarle no les echase del todo de aquella region, desterrándolos desde luego á los calabozos del abismo como su propia

[1] Ante tempus extremi iudicii, qui peracto, non poterunt nocere hominibus, in terra de gentibus; quod malum ingens reputant. Div. Thom. hic, et Toat. et infra frequentur.

morada. Tres fueron las súplicas que con este motivo le hicieron: Primera, que no los ahuyentase de aquel país donde hacia tanto tiempo estaban establecidos; segunda, que no los obligase á volver al abismo, ni los pudiese en estado de que no tentasen á los hombres, lo que para ellos es un verdadero tormento; y la tercera, que si los echaba fuera del cuerpo de los hombres, les permitiese entrar en los de una piara de cerdos que guardaban unos pastores en un monte vecino. Deben sin embargo advertirse dos cosas sobre este pasaje evangélico, que con mucha oportunidad observan los padres de la Iglesia, á saber: Que los cerdos no eran para el gasto de los judíos, que segun la ley no podían alimentarse de ellos; pero no juzgaban estarles prohibido el criarlos para el comercio y venderlos á los gentiles [1]; y que las súplicas de los demonios á Jesús no nacian de aquella humildad respetuosa que tienen los hijos á sus padres, sino de aquella violenta coaccion á que la presencia é irresistible poder de un Señor omnipotente obliga á los malvados á que tiemblen á su vista [2]; pues como asegura san Jerónimo [3], la sola presencia del Salvador es un tormento para el demonio. Y san Crisóstomo añade [4]: Que eran azotados, punzados, heridos, y que padecian tormentos intolerables por la presencia de Jesús.

Nada hay comparable con el vehementé é infernal deseo con que el maligno espíritu desea tentar, atormentar y perder á los hombres; pero por grande que sea este furor y desseo, nada puede el infeliz contra sus personas y bienes sino en cuanto se lo permite la justicia divina, cuando determina castigarlos por alguno de aquellos designios de su providencia adorable que solo él conoce y comprende. Bien conocia Jesús los intentos del espíritu de las tinieblas, pero no los temia; y concediéndoles lo que pedian, dejaron de atormentar á los hijos de su amor y pasaron á ejercitar su furor en aquellos animales inmundos, que eran cerca de dos mil, descargando sobre ellos toda su rabia; pusieronlos tan furiosos, que subiéndonse á lo alto de un monte se precipitaron todos al mar, ahogándose todos sin que

[1] Div. Thom. hic.

[2] Div. Hieron. Cap. 8 in Math.

[3] Div. Hieronim. in cap. 8 Math.

[4] Div. Crisostom. Hom. 29 in Math.

dar salvo ni siquiera uno. Los pastores encargados de la guardia de aquel ganado huyeron con presteza á los pueblos y aldeas circunvecinas, publicando la novedad de un suceso tan asombroso. Ellos no sabian sino la corteza del suceso, porque no profundizaban el misterio; pero como lo sabian así lo contaban: solamente decian que todos aquellos animales unidos se habian ido á ahogar en el lago, y que los dos endemoniados tan famosos en aquel pais habian quedado enteramente quietos y tranquilos. Los habitantes de las aldeas, y en particular les de Gadara, todos salieron corriendo hacia el punto donde decian habia tenido lugar el suceso; y fué tan grande la afluencia de gentes, que puede decirse que habia salido toda la ciudad para enterarse del hecho y notar bien sus circunstancias. Una de las que mas sobresalen, y en este hecho tal vez manos se notan, es el de haber podido los demonios poder introducirse en los puercos, porque como no hay animal mas inmundo que el puercu, ni que mas se alegre y goce de revolcarse entre el cieno y la inmundicia, así no hay lugar donde quiera habitar mejor el demonio que en el corazon inmundo por la concupiscencia, embrutecido con el cieno de la lascivia; por lo que dice san Agustin [1]: Permitted el Señor que los demonios entrasen en los puercos para dar á entender que ellos tienen un dominio y asiento particular y propio en el corazon de todos los que viven como puercos.

Agitábanse, corrían y se conmovian las turbas, y Jesús conversaba tranquilo con aquellos dos israelitas que habia sanado en el cuerpo y en el alma. Bien dispuestos ya con un beneficio tan poco esperado de ellos, los instrua con paciencia y dulzura: mandóles vestir con decencia y los tenia sentados junto á su persona en compañía de sus discipulos; y como no les habia quedado el menor efecto de sus manías antiguas, hablaba con ellos con la mayor familiaridad. Este espectáculo tan sorprendente sirvió de poco para la salud y provecho de los gerasenos. En vano se les refirió toda la serie del suceso, cómo aquellos miserables habian quedado libres con sola la palabra de Jesucristo, y cómo precisados los demonios á salir de los cuerpos de los hombres, habian pedido permiso para apo-

[1] Div. August. tractat. 6 in Ep. Joan.

dararse de los cerdos. El espíritu de la avaricia causó á los unos mas sentimiento y pena que veneracion y respeto el milagre, y en otros paró la ligereza en una admiracion estéril y sin fruto; así fué como manifestaron no estar bien dispuestos para recibir á Jesús en su pueblo, porque aunque le tenían alguna especie de respeto, hasta creer que no le merecian por huésped, este sentimiento estaba mezclado con un temor bajo y servil, que efectivamente les hacia indignos de tan grande dicha. Ellos poseian el mas grande é inestimable de todos los tesoros, pues tenían en su casa al Hijo de Dios, al Mesias prometido, al Salvador de los hombres y al Maestro de la doctrina celestial. El Señor se daba á conocer con señales bastanteamente sensibles para que se empeñasen en detenerlo. No ignoraban cuánta era la reputacion y crédito de Jesús, no solamente en Galilea, sino es tambien en la Siria y en Decápolis. Con todo, en vez de desear los gerasenos la permanencia de Jesús en su tierra, llegaron á temerla, é imaginaron que si se detenia algun tiempo mas en sus vecindades, llegaría á acabar con todos sus ganados.

No hay duda que en esta ocasion quisieron los gerasenos parecerse á los puercos. A ellos se parecen los hombres cuando comen con avaricia impelidos por la gula; cuando obesos y gordos no piensan sino en saciar los apetitos de la carne por la lujuria; cuando se revolcan en el estiércol fastidiados por la pereza; cuando para esconder sus tesoros cavan afanosos en la tierra dominados por la avaricia, ó cuando espuman frenéticos como el mar, inflamados por la ira; porque manifestaron estar dominados de todos estos vicios [1], y así no llegaron á sospechar que aquellos sus animales inmundos, que habia permitido precipitasen en el mar, hubiesen perecido en castigo del menosprecio con que miraban la ley santa de su Dios; pero eran culpables mas de lo que pensaban por tener en sus tierras aquella especie de animales; pues no queriendo Dios que los comiesen, no podian mantener tan grande número sin exponerse manifiestamente á la tentacion, y por consiguiente al peligro de contravenir á la ley; ó era por lo menos una mala condescendencia que usaban con los gentiles que habitaban la Judea manteniendo con esta na-

[1] Div. Crisostom. Hom. 29 in Math.

cion infiel un vergonzoso comercio; por lo que miraban el castigo que acababan de sufrir como una venganza injusta que tenían se repitiera. Este temor era causa de que quisiesen mejor privarse de la dulzura y frutos de su conversacion, que volver acaso á experimentar su cólera, y se juntaron para dirigirle una súplica, no solo descorriés, sino injuriosa. Repasad, Señor, le dijeron, otra vez el mar, y retiraos de nuestras tierras; esta es la gracia que os pedimos al despediros de vos. ¡Desgraciados! dejaron la luz para sepultarse en las tinieblas; se privaron de la verdad que debía alimentar sus almas, y despreciando al Autor de la vida eligieron la muerte y la condenacion eterna. Así se malogran y dejan pasar los momentos de salud y salvacion, cuando la gracia que nos llama y atrae no se acomoda á nuestros intereses. Así por complacer nuestras pasiones y vicios se desechan las visitas del cielo y se desprecian los favores con que nos busca el Salvador. El castigo mas terrible con que Dios castiga al pecador es abandonarle para siempre.

Apartóse Jesús en seguida de toda la muchedumbre y se halló solo con sus discípulos y con los dos pobres que habia libertado del demonio; mas uno de ellos al advertir que iba á subir á su barco corrió precipitadamente hácia él y le rogó humildemente que le admitiese en el número de sus discípulos, protextando con sinceridad que jamás se apartaria de su bienhechor; pero el Maestro divino que no queria que la semilla evangélica que habia derramado en aquel país se perdiese para siempre, sino que á su tiempo retofiase y fructificase, no condescendió con sus deseos, y quiso que por lo menos aquel cuyo mal habia sido mas violento y cuya curacion era por lo mismo mas desesperada, ya que era tan famoso por su pasada desgracia, llegase á serlo aun mas por anunciador de las maravillas de Dios en aquel país, y así le ordenó que fuese á su casa y dijese á todos los suyos las gracias singulares que habia recibido de la divina bondad. Que fué lo mismo que decirle: No te aflijas ni creas que te desprecio y abandono porque no admito tu ofrecimiento: de lejos, lo mismo que de cerca, te libtaré de los demonios; no me serás inútil. Yo quiero servirme de tí en todo tu país, donde serás conocido como objeto de mi benevolencia y amor: sea en tí un deber de gratitud referirá todos la grandeza del beneficio que de

Dios has recibido, y predica sus misericordias. Obedeció al momento y publicó no solo en Gadara sino en todo el territorio de Decápolis con universal admiracion de cuantos le oian, el milagro que en él se habia obrado.

No hay que admirarse de esto, porque la gratitud es capaz de formar y forma apóstoles en todos los estados y condiciones. ¡Cuántas serian las conquistas que haria para Dios esta virtud excelente si todos aquellos á quienes colma de sus gracias tuvieran un corazón reconocido! Habiendo encontrado Jesús en el país de Gerasa uno á quien encargar los intereses de la gloria de su Padre, subió á su nave y mandó tomar la vuelta hácia la costa de Cafarnaum. Esta navegacion fué tan quieta y tranquila, como tempestuoso habia sido el viaje anterior. El Salvador la aprovechó para instruir á sus discípulos sobre la grandeza de los misterios que encerraban los importantes sucesos de que acababan de ser testigos. El poder de Dios y de su Hijo precioso, el furor y la malicia de los demonios, y la extúpida ingratitud de los hombres, acababan de manifestarse muy sensiblemente para no ser durante el camino materia de conversacion igualmente agradable que provechosa. Procuremos pues nosotros el modo de libertarnos del poder del demonio si desgraciadamente no estuviésemos libres de él; y si por fortuna nuestra no gimiésemos bajo el dominio feroz del príncipe de las tinieblas, prediquemos y enseñemos á los otros el camino de la salud, alegrándonos de haberle encontrado por la misericordia y la gracia de nuestro Dios.

ORACION.

SOBRE LA CURACION DEL LEPROSO Y EL SIERVO DEL CENTRION.

Señor mio Jesucristo, que herido con la flecha del amor del hombre bajaste desde el solio de tu Eterno Padre al útero virginal de María para sanar la lepra del linaje humano: mira cómo yo, leproso y cubierto con las manchas de diferentes pecados, te adoro rendido para que tengas á bien limpiarme, pues puedes si quieres Extiende hácia mí tu piadosa mano; toca, Señor, mi interior, y la

carne de este leproso que te llama: ten misericordia de mí, pecador arrepentido, y manda á la enfermedad de mi pecado que me deje Dios mio y misericordia mia; pues no soy digno de que entres en el fondo de mi corazón cubierto con la parálisis contagiosa de la sensualidad que me tiene rendido y postrado: atormentáname, Señor, y me mortifican y molestan terriblemente los deseos libidinosos: ven á mí mediante la infusión de tus carismas, dones y gracias: habla una sola palabra puesto que eres la palabra de la salud y la vida, y quedaré perfectamente sano. Concede, misericordioso Dios, esta dicha á este miserable constituido bajo tu autoridad y poder, para que adquiera ya la potestad de repeter los pensamientos, deseos y movimientos malos y perseverar en los buenos, y con el cuerpo y el espíritu eternamente te sirva, y con los espíritus bienaventurados te alabe. Amen.

ORACION.

SOBRE LA RESURRECCION DEL HIJO DE LA VIUDA DE NAIM.

Clementísimo Señor y Dios mio Jesucristo: ven á la mística ciudad de Naim que es mi pobre alma combatida por las entumecidas olas de muchas pasiones y tentaciones: acércale á sus puertas alzando por sus corporales sentidos, para que en ella no se ponga por obra cosa que te desagrade; acércale á ella mediante tu gracia, pon tu mano sobre mi corazón por el castigo de mis culpas, y afligido y mortificado en esta vida cesen todas las ocasiones de pecar; dile á sus alma muerta por el pecado que comience á hablar por la confesion y que se levante por las buenas obras; restitúyela, Señor, y líala á su madre, que es á tu santa gracia, á fin de que perseverando en el bien comenzado goce un día y por siempre de tu santa gloria. Amen.

ORACION.

SOBRE LA PACIFICACION DEL MAR ALBOROTADO.

Onnipotente y soberano Señor y Dios mio Jesucristo: ten la bondad de mandar á los vientos y á las tempestades de los movimientos engañosos de las tentaciones que turban sobremañera mi alma que estén quietas y se amansen. Ven, Señor, y anda sobre las olas de mi corazón, para que todas mis cosas sean serenas y pacíficas. Descanse y huelgue en tí, Dios mio, mi corazón; ya ves que es un mar grande, hinchado y soberbio; aplácale y haz que duerma, para que dormido no cuide de cosa alguna de cuantas hay bajo del cielo; solo en tí vele, porque solo á tí, único bien mio, posea y abraze; solo á tí, lumbré de mis ojos, contemple; y todo lleno de espiritual alegría pueda cantar y decir: Yo duermo y mi corazón vela; y con el profeta pueda repetir: En paz y en el mismo Dios y Señor dormiré y descansaré. Amen.

ORACION.

SOBRE LA CURACION DE LOS DOS ENDEMONIADOS.

Señor mio Jesucristo, amador benignísimo de los hombres: anegado en un mar de lágrimas suplico á tu bondad se digné librarme de todas las manchas y ligaduras de mis pecados y de todas las sugestiones del demonio, y libre una vez de ellas conservarme así por tu misericordia hasta el fin de mi vida, para que para mayor gloria tuya y utilidad de mis prójimos pueda contar con mis palabras y demostrar con mis obras cuantas finezas dispensaste á mi alma libertada por tu gracia, á fin de que conociendo todos que la mudanza prodigiosa de mi vida es obra de tu diestra Om-

impotente, estimulados con mi ejemplo corran hácia tí, y ayudados de tu gracia se conviertan tambien á una mejor y santa vida. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla repartida en todo el VIII de san Mateo. En el I de san Marcos, versículos desde el 23 al 28 y desde el 40 al 45, todos inclusive. En el IV del mismo, desde el 35 al 40. En el V de idem, desde el 1.º hasta el 20. En el V de san Lucas, desde el 12 al 15. En el VII del mismo, desde el 1.º hasta el 17. En el VIII de idem, desde el 22 al 39. Y en el IX de idem, desde el 57 hasta el 62, todos inclusive.

La Iglesia usa parte de estos Evangelios en los días siguientes: Del capítulo VIII de san Mateo, desde el versículo 1.º al 13, en la misa de la Dominica tercera después de la Epifanía. En la de la feria V después del día de Ceniza. Y en la misa votiva *pro Infirmis*, desde el 5 al 13.

Del mismo capítulo de san Mateo, desde el versículo 23 al 27, en la Dominica cuarta después de la Epifanía.

Del capítulo VII de san Lucas, desde el versículo 11 al 16, en la misa de la feria V después de la Dominica cuarta de Cuaresma. En la Dominica decimaquinta después de Pentecostés. En el día de santa Mónica á 4 de Mayo. Unos y otros dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA III DESPUES DE

LA EPIFANIA.

San Mateo, cap. VIII, vs. 1 al 13.

En aquel tiempo, habiendo bajado Jesús del monte, le fué siguiendo una muchedumbre de gentes, y llegándose á él un leproso le adoraba diciendo: Señor, si quieres puedes limpiarme. Y extendiendo Jesús la mano, le tocó diciendo: Quiero, queda limpio. Y en el instante quedó limpio de su lepra. Dijo entonces Jesús: Mira que á nadie lo digas; pero ve á presentarte al sacerdote y ofrece el don

que mandó Moisés para que les sirva esto de testimonio. Y habiendo entrado en Cafarnaun se llegó á él un centurion y le rogaba diciendo: Señor, un criado mio yace en mi casa paralítico y padece muchísimo. Dijo le Jesús: Yo iré y le curaré. Y le respondió el centurion: Señor, no soy digno de que entres en mi casa; pero mándalo con tu palabra y sanará mi criado. Pues aun yo, que no soy mas que un hombre sujeto á otros, tengo soldados á mis órdenes y digo al uno anda y se marcha, y al otro ven y viene, y á mi criado haz esto y lo hace. Oyendo esto Jesús se admiró, y dijo á los que le seguían: En verdad os digo, que no he hallado una tan grande fe en Israel. Digoos que muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y se sentarán á la mesa con Abraham é Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del Reino serán echados á las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crugir de dientes. Y dijo Jesús al centurion: Vete, y como has creído, así te suceda: Y quedó sano el criado en aquella hora.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA IV DESPUES DE
LA EPIFANIA.

San Lucas, cap. VIII, vs. 23 al 27.

En aquel tiempo, entrando Jesús en un barquichuelo, siguiéronle sus discipulos, y de improviso se levantó en el mar tan desecha borrasca, que las olas pasaban por encima del barco, pero él dormía. Llegáronse á él sus discipulos y lo despertaron diciéndole: Señor, sálvanos, que perecamos. Dijoles Jesús: ¿De qué temeis, hombres de poca fe? Levantándose entonces, mandó á los vientos y al mar y sobrevino gran bonanza. De lo cual asombrados todos los que allí estaban se decían: ¿Quién es este á quien los vientos y el mar obedecen?

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMÍNICA XV DESPUES DE
PENTECOSTES.

San Lucas, cap. VII, vs. 11 al 16.

En aquel tiempo iba Jesús á una ciudad que se llamaba Naim, y con él iban sus discípulos y gran multitud de gente, y cuando estaba cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban á entrar un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda, y la acompañaban muchas personas de la ciudad. Así que la vió el Señor, movido de compasión la dijo, no llores. Y se llegó, y tocó el féretro (y los que lo llevaban se pararon), y dijo: Mancebo, á ti digo, levántate: y se sentó el que estaba muerto y comenzó á hablar. Y le dió á su madre. Con esto quedaron todos atemorizados, y engrandecían á Dios diciendo: Un gran profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.

CAPITULO XI.

DE CÓMO SANÓ JESUS A UN PARALÍTICO QUE PUSIERON A SU
PRESENCIA BAJÁNDOLO DESDE EL TECHO.

Habiendo dejado Jesús un predicador tan excelente de sus grandes misericordias, como era el demoníaco sanado en la tierra de Gerasa, entró en su navecilla y marchó otra vez á Galilea, donde le esperaban con grande impaciencia, aun cuando apenas hacia dos dias que de allí faltaba. A su llegada encontró un pueblo casi inmenso acampado en la ribera, que lo recibió con grandes aclamaciones y le acompañó hasta la casa de la suegra de Pedro, donde tenia la costumbre de hospedarse. Pareció lo mas natural que después del viaje le permitiesen las turbas algun descanso; pero como lo hallaban siempre tan dispuesto á recibirlos, instruirlos, consolarlos y curarlos, puede creerse que ó no temían fatigarlo ó le creían infatigable. Había pasado el lago con la nave el que podia haberlo pasado á pié enjuto [1], porque no siempre queria obrar milagros para no perjudicar al misterio de la Encarnacion: al contrario de los hombres de este mundo, que tan luego como tienen algun poder prefieren usar de él aun cuando sea contra la verdad de la justicia: y quisieron usar de la nave para enseñarnos que para atravesar nosotros el

[1] Div. Crisostom. Hom. 30 in Math.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMÍNICA XV DESPUES DE
PENTECOSTES.

San Lucas, cap. VII, vs. 11 al 16.

En aquel tiempo iba Jesús á una ciudad que se llamaba Naim, y con él iban sus discípulos y gran multitud de gente, y cuando estaba cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban á entrar un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda, y la acompañaban muchas personas de la ciudad. Así que la vió el Señor, movido de compasión la dijo, no llores. Y se llegó, y tocó el féretro (y los que lo llevaban se pararon), y dijo: Mancebo, á ti digo, levántate: y se sentó el que estaba muerto y comenzó á hablar. Y le dió á su madre. Con esto quedaron todos atemorizados, y engrandecían á Dios diciendo: Un gran profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.

CAPITULO XI.

DE CÓMO SANÓ JESUS A UN PARALÍTICO QUE PUSIERON A SU
PRESENCIA BAJÁNDOLO DESDE EL TECHO.

Habiendo dejado Jesús un predicador tan excelente de sus grandes misericordias, como era el demoníaco sanado en la tierra de Gerasa, entró en su navicilla y marchó otra vez á Galilea, donde le esperaban con grande impaciencia, aun cuando apenas hacia dos dias que de allí faltaba. A su llegada encontró un pueblo casi inmenso acampado en la ribera, que lo recibió con grandes aclamaciones y le acompañó hasta la casa de la suegra de Pedro, donde tenia la costumbre de hospedarse. Pareció lo mas natural que después del viaje le permitiesen las turbas algun descanso; pero como lo hallaban siempre tan dispuesto á recibirlos, instruirlos, consolarlos y curarlos, puede creerse que ó no temían fatigarlo ó le creían infatigable. Había pasado el lago con la nave el que podia haberlo pasado á pié enjuto [1], porque no siempre queria obrar milagros para no perjudicar al misterio de la Encarnacion: al contrario de los hombres de este mundo, que tan luego como tienen algun poder prefieren usar de él aun cuando sea contra la verdad de la justicia: y quisieron usar de la nave para enseñarnos que para atravesar nosotros el

[1] Div. Crisostom. Hom. 30 in Math.

mar proceloso de este mundo y llegar á nuestra patria celestial, debemos usar del barquichuelo de la mortificacion y penitencia; por lo que nos dice en el Evangelio que el Señor *llegó á su ciudad*, esto es á Cafarnaum, ciudad suya, no porque en ella hubiere nacido, sino porque la habia ilustrado con muchos y grandes milagros. Belen era su ciudad, porque allí habia nacido; Nazareth le pertenecia, porque en ella fué concebido y criado; y Cafarnaum fué su ciudad, porque fué largo tiempo el lugar de su residencia. San Agustín observa [1] que la llamó el Señor ciudad suya, porque era la metrópoli y la ciudad mas insigne de Galilea, en donde brilló con mas claridad la fe y la doctrina que enseñaba por la confluencia de agentes que allí acudian, y porque confirmada á vista de tantos con muchos milagros, era mas saludable y eficaz para su conversion; ó porque interpretándose la villa de la *hermosura, de la guarda y del consuelo*, todo lo que es para muchos ocasion de pecar, necesitaba por lo mismo de muchos milagros para convertir algunos de los que á ella concurrían.

Como el Señor acostumbraba á retirarse con frecuencia á la soledad para hacer oracion y tratar detenidamente con su Padre el importantísimo negocio de la salvacion de los hombres, quisieron asegurarse los cafarnaitas del día y hora en que podrian hallarle para conversar y tratar con él con toda libertad y sosiego; y así que estuvieron asegurados se reunió un tan numeroso concurso, que no solamente se llenó la casa, sino es que muchos se quedaron en la calle imbarazando el tránsito y obstruyendo la puerta de manera que no era posible acercarse á ella. Los discipulos, viendo tantos oyentes juntos, conociendo que Jesús tenia mas celo para instruirlos que el que ellos mostraban para escucharle, le pusieron una cátedra y ofrecieron al mismo tiempo asientos á los doctores y maestros de la ley que habian venido, no solo de Galilea y Judea, mas tambien de Jerusalem, para oír al que poseia la plenitud de la mas alta ciencia, pero con el flaqueado intento de examinar sus palabras y observar crítica y severamente sus acciones.

La dulzura y suavidad de la doctrina de Jesús y su honesta ama-

[1] Div. August. lib. 2.º de consensu Evangelist. c. 25.

bilidad, autorizada con miles de públicos milagros, le habian adquirido en toda Galilea un crédito y reputacion admirable, del que heridos y lastimados en la suya los escribas y doctores, buscaban con avides ocasiones para desacreditarle y perderle. Puédese mirar este viaje como época de la guerra cruel que no cesaron de hacer á su sagrada persona, doctrina y discipulos, hasta la entera ruina de su nacion. Estos hombres malignantes y perversos estaban sentados á sus lados, y mientras el pueblo sencillo admiraba todas sus palabras, ellos escuchaban con intencion maligna, en cuyo acto fué interrumpido el discurso de Jesús con un suceso singular que llamó sobremanera la atencion de todos los que se hallaban presentes.

Un pobre paralítico de tal suerte privado del uso de sus miembros, que mas parecia hombre muerto que vivo, era conducido en su lecho entre cuatro personas llenas de confianza en Jesús y de caridad con el enfermo, pero no podian romper la valla de la gente para presentarse al soberano médico. Desesperando, después de mil esfuerzos, de poderle entrar en la casa, les ocurrió subirle sobre el techo, hacer en él una gran abertura y bajarle con sogas metido en su propio lecho hasta ponerle delante del Salvador en medio de todo el concurso: y viendo Jesús la viva fe de su corazón que se manifiesta ya por los efectos, determinó llenar al punto los deseos de todos recompensando su caridad. Los fariseos previeron en parte las santas y misericordiosas intenciones del divino Maestro; pero no presumieron que una curacion repentina y milagrosa que desde luego esperaron, viniese á descubrir la perversidad de las suyas y á causar su confusion; pues el Señor, para quien no hay acepcion de personas, nunca dejaba de hacer sus obras por respetos humanos y consideraciones puramente terrenas; y así mirando la fe admirable del enfermo que imploraba su socorro, y la industriosa y solícita caridad de los que se le presentaban, movido de piedad dijo al primero: *Hijo mio, ten confianza, son ya perdonados tus pecados*: enseñándonos con esto que la salud del alma se debe preferir á la del cuerpo, y que siendo esta la primera y mas principal necesidad debia antes otorgar esta gracia, aunque no se la pidieron.

Los escribas y fariseos que buscaban con la mayor ansia motivos de escandalizarse en las doctrinas y obras de Jesús, creyeron con

este satisfacer cumplidamente sus deseos; condenaron temerarios la doctrina del Salvador, y sin luz bastante para conocer su eficacia y virtud, susurraban entre sí, se manifestaban los unos á los otros su grande extrañeza, y se decian: *Este hombre acaba de proferir una blasfemia: él se abroga un poder que solo á Dios compete.* ¿Quién puede perdonar los pecados, sino Dios solo contra quien se cometieron? Con estas extravagantes ideas contaban ya como seguro su triunfo y se prometian al menos desconcepcionar al Salvador y malquistarle con los pueblos que le tenían como á un gran profeta: con todo, aun no se atrevian á pronunciarse en público temiendo conmovier las turbas y excitar contra sí su animosidad, porque se conocia en sus semblantes que estaban esperando un gran milagro. Pero Jesús, para quien nada hay oculto, cuyo celo no era como el de los fariseos, ciego ó presuntuoso, y que sin ningun signo exterior conocia bien los interiores, se avanzó á los pensamientos y les dijo: *¿Por qué pensais mal en vuestros corazones? ¿Qué sospechas formais interiormente contra mí? ¿Crees por ventura que vuestra presencia es capaz de imponerme para que no obre hoy un milagro á vuestra vista? ¿U os habeis tal vez figurado que por carecer de virtud para ello he dicho á este infeliz que le son perdonados sus pecados, para que nadie pueda contradecirme ignorando lo que pasa en su alma? Mas yo quiero convenceros de que no soy blasfemo. Yo quiero aseguraros de que sois temerarios en vuestras sospechas y acriminaciones interiores, y obrando la cura milagrosa del cuerpo sepais que tambien puedo obrar la del alma, que tan dificultosa y superior á mis fuerzas os parece. Así, decidme: ¿Cuál cosa os parece mas fácil, decir á este te son perdonados tus pecados, ó decirle, levántate, toma tu cama y anda?*

Admirados y sobrecogidos de terror y espanto quedaron los fariseos al oír este discurso de Jesús y ver descubierta por él toda la iniquidad de su corazón. En él se descubria ya claramente, no solo el poder sino la saliduría infinita de Dios, y daba á conocer que Cristo era la cabeza y primogénito de los hijos de los hombres, juez y salvador de todos ellos, Dios y hombre todo junto, y que aun mientras vivía entre los hombres tenia la potestad de perdonar los pecados en virtud de sus merecimientos unidos con la dignidad

infinita de su persona, y por esto les añadió: Para que sepais que este poder de perdonar los pecados es mucho mas divino que el de curar los cuerpos, yo lo ejerzo con autoridad legitima sobre la tierra; considerad sin preocuparos lo que voy á hacer, abrid los ojos, no tomeis mis palabras por blasfemias, ved su eficacia. *Levántate, toma tu cama y marcha á tu casa.* Yo soy quien lo quiero así y lo ordeno. Apenas salió esta orden de la boca del Médico omnipotente cuando quedó ejecutada. El doliente, tan incapaz de moverse, que poco antes no podia servirse de alguno de sus miembros, se levantó solo, y sin ayuda de nadie cargó sobre sus espaldas la cama á que estaba reducido, tomó el camino de su casa y se marchó bendiciendo á Dios y dándole mil gracias por el beneficio que acababa de recibir. Bien hubieran querido los escribas y doctores disimular el coraje y la rabia de que les llenó este prodigio que desvaneció tan completamente todas sus pérdidas maquinaciones; pero lo procuraban en vano, pues en todas sus acciones y palabras se veian pintadas la ira y la envidia que les dominaban; y las aclamaciones del pueblo que se confundian con las acciones de gracias del paralítico eran para ellos un motivo de desesperacion y tormento. Jamás hemos visto, decian unos, obrar al Señor en medio de su pueblo mas extupendas maravillas; y otros llenos de inexplicable gozo no cesaban de repetir: En verdad que en este dia se ha manifestado Dios á los hombres por los prodigios que obra su enviado y ungido. ¡Oh admirable clemencia del Salvador! ¡Oh increíble misericordia dia! Recibió el que antes era infeliz, y después sumamente dichoso, la remision de los pecados que no podia, y consiguió la salud del alma y del cuerpo. En verdad, Señor, que la vida y la muerte están en tu mano, y que si determinas salvar á uno nadie te lo puede impedir, y si otra cosa decretas nadie te puede decir por qué lo haces así. ¡Por qué murmuras, pues, oh fariseo! ¡Por ventura es malo tu ojo porque el Señor es bueno? Si no hay duda de que él se complace de quien quiere, lloremos y roguemos para que tenga misericordia de nosotros. Hinchese nuestra oracion con las buenas obras, aumentese nuestra devocion, excítese cuando sea posible nuestro amor. Levántense á él nuestras manos puras en la oracion y no manchadas con la sangre de nuestros hermanos; no sucias con los

tactos impuros, ni tampoco irritadas con la avaricia, sino un corazón sosegado y tranquilo, libre del ímpetu de las pasiones: un corazón compuesto y adornado con la mansedumbre y la paz; un corazón lavado y hermosado con la pureza de una buena conciencia. Nada de esto se lee que llevase consigo el paralítico, y sin embargo se lee que escribió la remisión de todos sus pecados: esta es por cierto la virtud de misericordia de nuestro gran Dios, á la cual, así como es blasfemia contradecir ó de ella desesperar, así también es cosa muy abominable pensar alcanzarla sin hacer buenas obras y obrando continuamente el mal. No hay duda que puede muy bien decir el Señor á cualquiera que quisiera, si te han perdonado tus pecados, como lo dijo al paralítico; pero el que espera que sin trabajo, esto es, sin oración, confesión ó contrición se le ha de decir esto, vive muy engañado.

ORACION.

Señor mío Jesucristo, que en tu pasión subiste á la nave de la Cruz, y en la resurrección pasaste el mar, y en tu ascension veniste á tu ciudad: mira que el temor de los pecados, el de la ira de Dios nuestro Señor, el del peligro de la enfermedad que puede sobrevener, y el miedo de la muerte incierta y necesaria, te ofrece mi alma, caída en la enfermedad del pecado; di, Señor, al que está sumido en ellos que confie, de la gracia del perdón, que se levante por la confesión y la contrición, que cargue con su camilla por la satisfacción, y que andando y creciendo en virtudes vaya á su casa que es la eterna bienaventuranza, para que viendo la multitud de los fieles estas maravillas, teman y glorifiquen á Dios tu Padre que tal poder te dió para el bien y felicidad de los hombres. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se refiere en el IX del Evangelio de san Mateo, desde el v. 1 hasta el 8. En el II de san Marcos, desde el v. 1 hasta el 12, y en el V de san Lucas, desde el v. 17 hasta el 26, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de el de san Mateo en la misa de la Dominica XVIII después de Pentecostés, y de el de san Lucas en la misa de la Feria VI de las cuatro temporadas después de Pentecostés; uno y otro con los versículos mencionados; el de san Mateo dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA XVIII DESPUES DE PENTECOSTES.

San Mateo, cap. IX, vs. 1 hasta el 8.

En aquel tiempo entrando Jesús en un barchichuelo, pasó á la otra parte del mar y vino á su ciudad. Cuando he aquí que le presentaron un paralítico postrado en un lecho, y viendo Jesús la fe de este y de los que lo presentaban, dijo al paralítico: Ten confianza, hijo mio, que perdonados son ya tus pecados. Y en seguida dijeron ciertos escribas para consigo: Este blasfema. Y habiendo penetrado Jesús los pensamientos de ellos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué cosa es mas fácil decir: se te perdonan tus pecados, ó el decir levántate y anda? Pues para que sepais que el Hijo del hombre tiene en la tierra potestad de perdonar los pecados, dijo al mismo tiempo al paralítico: Levántate, toma tu cama y vete á tu casa. Y se levantó y se fué á su casa. Lo cual viendo las gentes quedaron poseidas de un santo temor, y glorificaron á Dios por haber dado tal potestad á los hombres.

vaya el Señor á su casa y que ponga la mano sobre su hija para que consiga infaliblemente la salud y la vida. Grande fe, exclama el Crisóstomo [1], pero ignoraba que asimismo podía libertarla el Señor aunque estuviese ausente, y por esto le rogaba que fuese y la tocase.

¡Qué pequeña, qué pobre, que insuficiente es la grandeza de la tierra para remediar las necesidades del alma! No hay poder en el mundo que no esté dependiente y necesitado de los auxilios de Cristo cuando sus males tocan al alma, y aun cuando no hieren ni lastiman sino la parte exterior y visible que es el cuerpo. El Jairo, á quien san Mateo llama hombre principal, y san Marcos y san Lucas apellidan cabeza de la Sinagoga, nada tenia que hacer en los ministerios del templo, cuyas funciones eran propias de los sacerdotes: su oficio era leer, explicar la ley y presidir en la oracion pública; en lo que se ve que era hombre de saber y autoridad entre los judios: sin embargo, fué el primero que se atrevió á pedir á Jesús semejante gracia, aunque su fe no igualaba á la del centurion; por lo que la premió el Señor sin admirarse ni hacer elogio de ella como de la de este. Ven, Señor, le dijo, y toca con tu mano á mi hija, y vivirá. Y si esto hace y así ruega uno de los que parecian enemigos irreconciliables de Jesús cuando teme la desgracia de su hija, ¿qué deberán hacer los hombres para evitar la ruina y la desgracia de su alma? ¿A quién no espanta la indiferencia con que se mira este mal gravísimo? Acúdense con mucha frecuencia á Dios en las calamidades corporales, y se le pide con instancia la salud, la hacienda y la honra perdida; pero no es tan frecuente acudir á él para remedio de los pecados que matan al alma, ni el gemir ni suspirar, ni abandonar las ocasiones para que se le restituya la gracia, que es su propia vida. Poco se ama esta hija tan preciosa cuando por respetos y consideraciones humanas dejamos de buscarle medicina que la sane y vida que la resucite. No puede haber mayor locura que preferir el amor ajeno al amor de una cosa tan íntima y tan nuestra como la propia alma. Y si la fe del gentil fué mas perfecta que la del judío, ¿no deberá serlo mucho mas la del cristiano? El verda-

[1] Div. Crisostom. Hom. 32 in Math.

CAPITULO XII.

SANA JESUS A LA HEMORROISA Y RESUCITA A LA HIJA DEL
ARCHISINAGOGO.

Aun repetian las turbas sus bendiciones al ungido del Señor, porque le habia dado Dios un tan grande y excelso poder que empleaba sin cesar en beneficio de los hombres. Aun llevaban los aires los ecos de estos votos de gratitud hasta el centro de las regiones gentiles para atraer al Salvador nuevos adoradores y admiradores de su gracia y santidad. O por mejor decir, aun estaba hablando el mismo Jesús á las turbas, cuando se presentó á él uno de los príncipes de la Sinagoga llamado Jairo, y con el modo tierno y compungido, propio de un amoroso padre, le rogó humildemente por la salud y la vida de una hija única que tenia, de edad de doce años, la que se hallaba á las puertas de la muerte. Llevado en alas del amor paternal, rompió por medio de las turbas y sin reparar en la crítica mordaz que los escribas que se hallaban presentes pudieran hacer de su conducta, y sin que le detuviera la mordiente censura de los soberbios partidarios de la Sinagoga, se arrojó á los pies del Salvador, le adoró humildemente y le pidió fuese á su casa porque su hija se estaba muriendo, y aun él mismo ya la creia difunta; pero le añadió que esto no importaba, porque si él se dignaba ir á verla y tocarla con su mano, le daría infaliblemente la salud y la vida. Dos cosas pide el buen padre para conseguir la tercera, y son: que

deno hijo de Dios que cree con viva fe no debe limitar y restringir su súplica á condiciones carnales, sino que arrojándose en los brazos de su omnipotente providencia, debe exponer con humildad la necesidad que le aflige, y dejar al arbitrio de su misericordia y bondad la elección de los medios convenientes para su socorro. Temerario es el que espera la salud sin pedirla al dador de ella, y tentador el que la pide con ciertas y determinadas condiciones.

Mas á pesar de la imperfeccion de la fe del judío que rogaba, le oye el Señor benignamente, condesciende con su súplica y aprovecha esta ocasion para mostrar su misericordia y poder con otro nuevo é inesperado milagro, y confirmar en la fe al que parecia estar poco firme en ella. Levantóse Jesús, que hasta entonces habia estado sentado, y siguió con presteza y humildad al hombre que lo rogaba, acompañado de sus discípulos y de un pueblo innumerable que por todas partes le cercaba. En esto dió á los sábditos la forma de la obediencia [1] y el modo de contemporizar con los iguales, y á los superiores y prelados el de respigar las almas muertas por la culpa, no prefiriendo sus propias comodidades al bien de sus ovejas, puesto que el Maestro divino propuso la suya propia á la salud ajena; sobre lo cual dice el Crisóstomo [2]: Tan luego como fué rogado, siguió al que le rogaba sin demora ni tardanza, con cuyo ejemplo nos enseñó á no ser perezosos en todas aquellas obras que han de redundar á mayor honra y gloria de Dios y provecho de las almas.

Parece muy regular que entre tanta confusion y tropel de gentes como acompañaban al Salvador, fuese su Majestad tal vez mas despacio de lo que deseaba el padre de la enferma; pero marchaba con la aceleracion que juzgaba necesaria para curar otra enferma á la que queria hacer este beneficio. Esta mujer desgraciada queria en cierto modo hurtar al Salvador un milagro que no se atrevia á pedirle. Su enfermedad la causaba mucha confusion y vergüenza, y no habia perdonado gasto ni diligencia para sanar. San Lucas y san Marcos aseguran [3], que habia gastado todos sus bienes con

[1] Remigius in Math. cap. 9.

[2] Div. Crisostom. Hom. 32 in Math.

[3] Lucas VIII, Mar. V.

los médicos, y que con las medicinas se habia puesto peor. Doce años enteros habia padecido habitualmente agotándose de sangre y de fuerzas, y se juzgaba dichosa y diera por bien empleados sus caudales si á tanto precio y á costa de tanto martirio hubiese conseguido alivio; pero reducida á necesidad y pobreza, consumida y agotada por los remedios, se hallaba en peor estado que antes. Su único consuelo era el Salvador, de quien habia oido hablar tantas maravillas, y tenia en él tanta confianza, que decia entre sí misma: Si yo pudiese solamente tocar parte de su vestido, sin duda quedaré sana. Dios tendrá piedad de mí en consideracion al respeto y á la confianza que manifestaré á su ungido.

Así pensaba esta infeliz, porque convencida y desengañada por su propia y dolorosa experiencia, conocia bien la ineficacia de los remedios humanos cuando Dios suspende su virtud. No la llamaremos infiel, porque entonces entraba en el camino de la fe y empezaba á creer; pero infiel es, no hay duda, á Dios, el que no acude á él en sus tribulaciones hasta haber agotado todos los arbitrios humanos y experimentado su insuficiencia. ¿Cuántos medios de esta clase no surten efecto porque Dios no los bendice? ¿Quién hace por el alma lo que por el cuerpo? A trueque de no perder la vida corporal, nos arrojamus á remedios mas dolorosos y ásperos que la misma dolencia, y nos arredra la menor penitencia para recobrar la salud del espíritu. ¿Qué necedad!

Verdaderamente penetrada la hemorroísa de una santa y sólida esperanza en la misericordia de Jesús, se mezcló entre la muchedumbre, y sufriendo empujes y balbucos, se acercó como pudo y logró ponerse á su espalda. No intentó ponerse á su presencia, ya por la vergüenza que la causaba la fetidez de su enfermedad [1], ya porque por ella era segun la ley reputada por inmunda, ya para significar el rábór y la confusion que la criatura debe tener por sus culpas, ó ya en fin porque tal vez no hubiera podido lograrlo por la multitud de las turbas que al Salvador rodeaban. Mas apenas se vió cerca del Médico divino, cuando al parecer sin contigüidad hizo que se aumentase su fe y que tomase aliento su santa osadía: alar-

[1] Div. Hieronim. in cap. 9 Math.

ga su mano y toca la *Fimbria ó ribete* del manto que á ejemplo de todos los judíos observantes de la ley llevaba el Salvador en la extremidad de su vestido [1], y al punto la sangre se detiene, cesa el mal, siente alivio en todo su cuerpo, y se encuentra en tan bella disposición, que cree asegurada su salud. ¡Oh fe admirable! exclama el Crisóstomo [2]. No pide que Jesús vaya á su casa, ni espera el contacto de sus manos, ni la virtud eficaz de su palabra. Solo el tocar la menor parte del vestido del Salvador le parece bastante para sanar de su envejecida dolencia. No dudó si quedaría sana ó no; mas viendo marchar á Jesús cercado de pecadores, creyó firmemente que lejos de quedar manchado con la impureza de los que le tocaban, tenía él en sí mismo la virtud de purificar las almas y los cuerpos; y así contenta cuanto se puede pensar, se alegraba á sí misma de la inocente sorpresa que creía haber hecho á Jesús, y se prevenía para seguirlo á la casa del Jairo.

Jesús sabía mejor que ella lo que pasaba y lo que ella no se atrevía á decir. Sabía no solamente que había tocado su vestido, sino que conocía la persona que lo había tocado, la virtud secreta que se la había comunicado y el modo admirable de su curación. Pero queriendo que ella misma descubriese la gracia que se la había hecho, se volvió al pueblo y preguntó quién le había tocado. Todos se excusaban y defendían: la mujer curada se mantenía oculta, bajaba sus ojos y callaba. Tomando entonces Pedro la palabra de comun acuerdo con los demás discípulos, dijo á Jesús: Maestro, veis que toda esta multitud os cerca y oprime, y preguntais quién os ha tocado? Yo sé bien lo que digo, replicó el Señor. Aquí hay alguna persona que me ha tocado de una manera que no es común ni vosotros comprendéis. Yo he sentido salir de mí aquella virtud que como Hijo de Dios tengo para la curación de todos los males. Yo lo sé cierto y pregunto, ¿quién me ha tocado de este modo?

[1] Fimbria era una orla ó franja que daba vuelta por todo el manto ó capa, la cual era cuadrada y no redonda, y á cuyos cuatro cabos llevaban unas lazos ó flecos de color morado. Quiso Dios que este distintivo en el vestido sirviera á los hijos de Israel de continuo recuerdo de los grandes beneficios que había recibido de su mano.

Num. cap. 15, v. 28. Deut. cap. 22, v. 12.

[2] Div. Crisostom. Hom. 33 in Math.

Miraba Jesús al rededor de sí y buscaba una confesion franca y sincera, y no quien le diese una noticia; y fijó su vista en la mujer, que ya no dudó que el Salvador sabía lo que ella había hecho, por mas cuidado que hubiese puesto en ocultarlo, y precisado por el testimonio de su conciencia á descubrir la maravilla que se había empezado á revelar y á dar á Dios la gloria debida por ella, llena de temor y temblor fué á echarse á los piés de un tan divino bienhechor, y confesó á la presencia del pueblo toda la verdad del hecho. Verdad es, Señor, le dijo, que alguna persona ha tocado la extremidad de vuestro vestido, y soy yo, Señor, la que he tenido esta libertad. Doce años he estado afligida con un flujo de sangre incurable; yo puse mi confianza en vos, aunque no me atreví á manifestáros-la; pero vos, para quien nada hay oculto; vos, que penetráis el corazón de las criaturas, vos habeis oído mis ruegos y ya estoy sana. Aquí me tenéis á vuestros piés temblando, pero penetrada del mas vivo reconocimiento; y pues que me habeis oído y sanado, no queréis castigarme. Jesús, que no quería otra cosa mas que esta pública confesion del milagro por la misma en quien se había obrado, se contentó con haber oído de su boca esta declarcion; y mirándola con mucha dulzura le dijo: *Ten confianza, hija mia; tu fe te ha curado, vete en paz.* Qué fué lo mismo que deciria: Bien conocia la viveza de tu fe; en el punto mismo en que procurabas ocultar tus intentos, yo los favorecia y he querido premiarlos. Anda en paz, y ten por cierto que estás y estarás enteramente sana de tu larga y penosa enfermedad.

San Jerónimo advierte [1] que no la dijo el Señor tu fe te salvará, sino tu fe te salvó; porque ya habia creído, y desde que creyó fué salva. Y el Crisóstomo añade [2]: Decida el Señor que tenga confianza, porque era tímida, y la llama hija porque tuvo fe, y la fe en Cristo nos concede la gracia de la filiacion: y no la dijo Jesús yo te sané, sino tu fe te salvó, para ensalzar el mérito de esta preciosa virtud, por lo cual somos hechos y llamados hijos de Dios, y para enseñarnos que en nuestros actos virtuosos no debemos buscar nuestra gloria sino la de Dios; añadiéndole por último, vete en paz,

[1] Div. Hieronim. in cap. 9 Math.

[2] Div. Crisostom. Ibid.

para que entendiera que no solo quedaba libre de la perturbacion que tantos años habia padecido á causa de su enfermedad, sino que la paz de Dios habitaria en su corazon, no solo en el cuerpo, sino tambien en el alma, porque quedaba curada de las pasiones corporales y de la mas terrible enfermedad del pecado [1].

Haciendo pública el Señor la fe de aquella mujer, mostró penetrar los secretos del corazon y juntamente confirmó y corrigió la fe de Jayro. Aunque los hombres no conozcan ni sonden los corazones fieles ni los alaba, los conoce y los aprueba, y alaba Dios, dador y premiador de la fe; y por esto pone el Señor en muchas ocasiones á una prueba durísima nuestra fe, para poderla alabar y premiar. La de Jayro pasó en esta por una prueba terrible, y sin embargo, no desmayó, sino que al parecer creció de punto y se enardeció. Presente estaba á una conversacion tan llena de piedad y clemencia, siendo testigo de un milagro tan manifestado: por lo que mas convenido de que el Salvador estaba lleno de una virtud divina bastante poderosa para dar la paz en nuestro corazon, y de que no habia ya

[1] Muchos creen que esta hemorroisa que se dice aquí sanada por Jesucristo fué Marta, hermana de María y de Lázaro, atendiendo á que dice san Ambrosio en la exposicion del capítulo VIII de san Lucas, que entre los beneficios que hizo Jesús á la familia de Lázaro, deben ocupar el primer lugar el haber curado á Marta de un largo flujo de sangre que padecía, el haber lanzado los demonios del cuerpo de María, y el haber resucitado á Lázaro; pero de ahí no se infiere que aunque esta hemorroisa se llamase Marta, fuese la hermana de María ó de Lázaro; lo que se confirma por los dichos de san Lucas y san Marcos, que aseguran quedó reducida á la pobreza, gastando cuanto tenia con médicos y medicinas para conseguir su salud, puesto que Marta, hermana de María, siempre fué rica. Esto lo confirma Eusebio en el libro VII de la Historia eclesiastica, capítulo XIV, donde dice: Que esta mujer era de Cesárea de Filippo, la que después de estar sana mandó labrar en dicha ciudad una estatua de bronce ó imagen y semejanza de Cristo, con la orla ó fimbria de su vestido, la que colocó en un lugar descubierta de su casa: la tenia con gran reverencia, y adoraba con mucha devoción; á la parte opuesta de la imagen de Cristo hizo colocar otra estatua suya puesta de rodillas, con los brazos cruzados sobre su pecho como en ademan de rogar y suplicar al Señor, y alargando un poco su mano derecha como que quisiese tocar la orla de su vestido. Sucedió que al pisó de la imagen de Cristo nació una yerba de ninguna afecion y virtud; pero cuando crecía hasta tocar la orla del manto que pedía, la adquiría tan grande y eficaz que sanaba todas las enfermedades. San Gerónimo añade, que esta imagen de Cristo se conservó en Cesárea de Filippo hasta los dias de Juliano Apóstata, y que teniendo el tirano noticia de ella, y que la mujer la habia mandado labrar para perpetuar la memoria del beneficio que de Jesús habia recibido, le mandó derribar y colocar en su puesto una estatua suya propia, la que fué poco tiempo después herida y destrogada por un rayo.

la menor duda de que él era ya el autor de la vida y el repartidor de la humana salud, debia augurar mas felizmente por lo que miraba á la de su hija. Pero en lo mas fuerte de su esperanza quiso Dios aumentar su mérito con una nueva prueba.

La fe que nos salva, y sin la cual nada nos sirve llegar á Jesucristo, es aquella fe viva acompañada de las obras y animada por la caridad, y que teniendo su asiento en el entendimiento y en el corazon, cree con la mayor firmeza sin desesperar jamás; y es la que Jayro manifestó tener y Jesús premió con largueza. Cuando con mas atencion escuchaba al Salvador y admiraba su caridad con la hemorroisa, se le acercaron sus amigos y criados de su casa, y le dicen: Vuestra hija acaba de espirar: no teneis que cansar mas al Maestro: ni obligarle á ir mas lejos; excúsale el trabajo del camino que le falta.

Fuerte y aun espantosa debió ser para el padre la noticia de la muerte de su hija, dada en tales circunstancias; y por mas que la tuviese por cierta no podia dejar de causarle una violenta impresion; mas á pesar del pernicioso consejo de sus embajadores perseveró firme en su esperanza, sin caer de ánimo ni dejarse llevar de la tristeza ó desesperacion; porque Jesús, que oia lo que pasaba con su oración é impassible tranquilidad, le inspiraba mas confianza que podian quitarle los funestos avisos que le daban; y compadecido en su dolor previno todas las consecuencias diciéndole: *No temas, aviva tu fe, cree, y verás presta á tu hija con vida y perfecta salud.*

El consuelo que derramarían estas palabras de Jesús en el corazon de aquel afligido padre no puede explicarse. Creía, acababa de ver premiada la fe de una pobre mujer con un público milagro; y no pudiendo dudar de la inmensa caridad del que le consolaba y alentaba, caminaba confiado á su casa en compañía del Salvador. No es extraño: iba á su lado el autor de la vida; no debia en manera alguna temer la muerte [1]. Al entrar Jesús en ella despidió la inmensa multitud de gente que le seguía, sin permitir persona alguna que le acompañase, sino á sus amados apóstoles Pedro, Jacobo y Juan, y dispuso que el padre y la madre entrasen con ellos en el

[1] *Ibid.* en cap. 8 Lucæ.

apuesta de la difunta. A su paso encontraron llenas las salas de personas que lloraban; y según la costumbre que los judíos habían tomado de los pueblos extranjeros, habían entrado músicos y plañidores asalariados, que con instrumentos y canciones lúgubres solían asistir á los funerales. Esta inquietud, tumulto y aparato fúnebre, mezclado de costumbres gentílicas, no podía ser del agrado del Señor, y menos un concurso de gentes donde sabía había muchos que se burlaban de su virtud; por lo que mandó cesar tanto alboroto, diciendo: *Retiraos, porque la doncella no ha muerto, sino que duerme.* Para los hombres había muerto en verdad, porque no podían resucitarla [1]; para Dios no había muerto, porque vivía en sus decretos y descansaba la carne que muy en breve había de resucitar. Todos los presentes que sabían fijamente que había muerto, se burlaban de él, creyendo que hablaba del sueño natural y que ignoraba la muerte. Mas no se irritó ni enojó el Salvador aunque se viese burlado en las salas de los príncipes, ni arguyó ni increpó á los satíricos burlescos, porque cuanto mayor fué la burla que quisieron hacerle, tanto mas admirable y sorprendente fué después la manifestación de su virtud [2]. Mandólos arrojar fuera, porque no eran dignos de ver el misterio de aquella resurrección, los que insultaban con indignos desprecios al que había de obrarlo, y el escarnio no bastó para hacerle desistir del proyecto formado.

Luego que el Salvador hizo que se echaran de allí todos los concurrentes, menos las cinco personas que habían entrado con él, se acercó á la cama donde se hallaba aun la difunta, y con voz fuerte y en lengua siríaca, que era la que entonces se usaba en aquel país, la dijo: *Talitha cumi, esto es, niña, contigo hablo, levántate.* Al pronunciar estas palabras, tomóla de la mano como si solo tratara de despertarla, volvió el alma al cuerpo que había dejado, se levantó la difunta, empezó á andar y mandó Jesús que la trajesen de comer. Solo estas cinco personas quiso tener para testigos del milagro, porque á los blasfemos é irrisores de las gracias de Dios no se han de revelar los misterios del Señor, sino á los fieles que honran y dan gloria á Dios por ello; y mandó echar á todos, y particular-

[1] *Bed. Ibid.*[2] *Div. Hieronim. in cap. 9 Math.*

mente á los alborotadores, para enseñarnos á huir y evitar los aplausos del mundo. Indigno es el mundo de tener parte en las obras de Dios y de conocer la virtud de su gracia. ¿Cómo puede esperar el hombre recobrar la vida del cielo, si no ahuyenta de sí el espíritu mundano, y no franquea su corazón á Cristo y á sus discípulos? Nadie se levanta de sus caídas sino por la santa humanidad del Salvador, que es como la mano y el instrumento de la divinidad, á la cual está unida en la persona del Verbo. De esta humanidad nace nuestra vida, porque en ella murió el Salvador, y resucitó y dió cumplimiento á su sacrificio. Como hombre tomó la mano de esta difunta, y como Dios la levantó y la restituyó la vida. En la unión de la mano viva de Cristo y de la mano muerta de esta mujer, descubren los santos padres la unión de la gracia y de la voluntad, y la unión con que consintiendo la voluntad con la gracia, y siendo alentada y vivificada por ella, conspiraron ambos con inefable suavidad y eficacia á la justificación y á la práctica de las virtudes.

Todas las señales de vida que hizo Jesús diera la difunta, causaron no menos satisfacción que admiración en sus padres, que llenos de gozo y alegría por ver una hija tan querida resucitada á sus ojos, iban á prorrumpir desde luego en festivas aclamaciones, demostrativas de su reconocimiento y gratitud. Quería con esto condenar á ciertas gentes que en todas las cosas no se proponen más que su propia gloria, y quería también hacer conocer á todo el mundo que si la resurrección de esta niña era divulgada algún día, como efectivamente lo fué en todo el país, no sería por orden suya ni por deseo que tuviese de su propio honor, pues jamás fué su intención el que se ensalzase sus milagros, los cuales únicamente obraba por el bien de los hombres; y si consentía se publicasen, solo era por la gloria de su Padre. La alegría empero no podía estar oculta, la gratitud y el reconocimiento debían manifestarse, y el concurso de gentes era extraordinario; era por consiguiente preciso que la conmoción fuese grande: parece pues que la idea del Salvador al imponer silencio á los padres solo fué para tener tiempo de apartarse de aquel lugar antes que se divulgase el milagro; sobre lo que dice san Gregorio: El es repartidor de todos bienes, pero no es ambicioso

de gloria, y da todo lo que tiene sin reservar nada para sí [1].

A pesar de tantas precauciones tomadas por el Salvador para ocultar el milagro, á pesar de haber asegurado que no había muerto aquella criatura, mandándola levantar como quien despierta á un dormido, y á pesar de haber encargado que no se publicase el suceso, en un instante corrió aquella nueva por toda la provincia: tan cierto es que la gloria sigue siempre al que huye de ella; y todos bendecían y alababan á Dios, porque había enviado sobre la tierra un hombre tan poderoso en obras y palabras. Este fué el último milagro que obró el Señor en Cafarnaüm antes del segundo viaje que meditaba hacer á Jerusalem. Había resuelto ir allá con sus discípulos antes de la fiesta solemne, y habiendo salido de la ciudad con este intento, tomó el camino de la capital; pero como quería predicar en todas partes el Evangelio del reino de Dios y sanar los enfermos, no hacía jornadas largas, sino que aun daba algunos rodeos recorriendo ciudades y lugares, señalándose siempre sus misericordias, que tan abundantemente por todas partes derramaba.

ORACION.

Inefable Señor y dulcísimo Jesús mío: adoro los pies de tu misericordia y verdad, y ruegote, clementísimo Señor, que sanes mi alma manchada con la sangre de mis pecados, por la imposición de la mano de tu gracia: resucítala de la muerte que la causan los deseos de una mala voluntad y los propósitos pesimos y ocultos: restituyeme á Dios tu Padre, al cual me diste por hijo adoptivo por privilegio de gracia entre tus herederos. No te acuerdes, Señor bueno, de tu justicia contra mí ni de ir contra este culpado: acuérdate, sí, de tu clemencia y mansedumbre y del uso muy antiguo de las piedades que con esta sierco miserable, Señor y Dios mío, siempre usaste. Amen.

Nota. La historia de este capítulo consta en el IX de san Mateo, desde el v. 18 al 26. En el V de san Marcos, desde el 22 has-

[1] Div. Gregor. lib. 19 Moral. cap. 15.

ta el 43. Y en el VIII de san Lucas, desde el 41 hasta el 56, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto del de san Mateo en el Evangelio de la misa de la Dominica XXIII después de Pentecostés; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA XXIII DESPUES DE PENTECOSTES.

San Mateo, cap. IX, vs. 18 al 26.

En aquel tiempo, estando Jesús hablando al pueblo, se acercó á él un hombre principal y le adoró diciendo: Señor, mi hija acaba de morir; pero ven, pon tu mano sobre ella y vivirá: y levantándose Jesús le seguía con sus discípulos. A este tiempo una mujer que padecía un flujo de sangre hacía doce años, se acercó á él por detrás y tocó la orla de su vestido, porque decía para sí: Con solo tocar su vestido quedaré sana. Y volviéndose Jesús y viéndola la dijo: Confía, hija, tu fe te ha curado. Y quedó sana la mujer desde aquella hora. Y habiendo llegado Jesús á la casa del hombre principal, y visto los flauteros y la gente alborotada, decía: Apartaos, que no está muerta la niña, sino dormida. Y se burlaban de él. Mas echada fuera la gente, entró y tomó de la mano á la niña, y se levantó, y se divulgó la fama de esto por toda aquella tierra.

Así le llamó también algún tiempo después la Cananea; y lo que mas conviene es, que su Majestad se portó puntualmente con los dos ciegos del mismo modo que con aquella mujer extranjera. La intensidad de su deseo, dice el Crisóstomo [1], se manifestaba en su clamor y en la humilde, pero fervorosa interpelacion que le dirigian; pues no se acercaron simplemente, sino clamando á voz en grito y pidiendo misericordia.

Es muy digno de advertir que mientras estuvo rodeado el Salvador de los judíos que le hacian la corte, parecia no hacer caso de los dos suplicantes: no les respondió cosa alguna, antes bien como que diese muestras de que no queria escucharlos. Puede ser que este aparente desvío de Jesús fuese para probar su fe; pero lo cierto es que ellos no creyeron fuese esto una negativa del favor que suplicaban, sino un disimulo que provenia del amor mas bien que de dureza de un corazón tan propenso á usar de misericordia: por esto no se desanimaron, sino que le siguieron constantes; y habiendo llegado al término de la jornada, dieron lugar á que se apartase la muchedumbre; y luego que el Salvador entró con sus discípulos en la casa donde debía hospedarse, no tuvieron rubor alguno de presentarse á él con la mayor confianza.

Seria hacer un agravio muy grande á Jesús y negarle en cierto modo uno de sus atributos mas característicos, creer ó pensar que no habia tenido que hacerse como una especie de violencia, no deteniéndose en el camino para oír y despachar pronta y benignamente la ardiente súplica de los dos desventurados, porque veia bien la disposición de su corazón y conocia la sinceridad y firmeza de su fe; pero queria que diesen de ella otro testimonio mas explico, á fin de mostrar cuán necesaria es esta confianza y fe en los que esperan recibir de él gran favor extraordinario. Recibíolos con aquella benignidad y dulzura que era tan original, y á presencia de todos les preguntó: ¿Creéis que yo puedo hacer en vuestro favor lo que me pedís? Sí, Señor, respondieron ellos sin dudar ni detenerse; sí, lo creemos firmemente. Pues si es así, continuó el Salvador tocándoles los ojos con su mano omnipotente y divina, hágase con

[1] Div. Crisostom. Hom. 33 in Math.

CAPITULO XIII.

CURACION MARAVILLOSA DE DOS CIEGOS, Y DE UN MUDO Y ENDEMONIADO.

La fama de Jesús y su inmensa caridad y misericordia se habian extendido tan prodigiosamente por todas partes, que aun de las ciudades gentiles é idólatras salian toda clase de enfermos y le buscaban con ansia para encontrar el remedio á sus dolencias. Su entrada en las ciudades casi nunca podia ser oculta, porque siempre le precedia y seguia una confusa multitud que muy de lejos iba anunciando su marcha; y así como al salir de la casa del Jairo se encaminase á una ciudad donde al parecer queria pasar la noche, avisados por el rumor de las gentes dos ciegos que se hallaban en el camino pidiendo limosna, fueron en su seguimiento, y clamando con dolorida voz, pero con fuerzas, le decian: *Hijo de David, tened piedad de nosotros.*

Fama era y opinion muy vulgar y corriente entre los judíos, que Cristo habia de nacer de la descendencia de David segun la carne, y esta misma opinion y fama se habia divulgado entre los gentiles; por lo que estos dos ciegos que la tradicion tuvo siempre por gentiles, daban á Jesús el nombre de *hijo ó heredero de David*, porque con él imaginaban lisonjearlo mas que con otro alguno, trayéndole á la memoria la grandeza de su nacimiento y sus derechos al trono.

vosotros vuestra fe, y gozad del bien que habeis esperado; el efecto siguió á las palabras, pues al momento se les abrieron los ojos. No solo le habian llamado hijo de David, sino que levantando mucho mas arriba su pensamiento y su fe, le habian confesado Señor, que es nombre que significa autoridad y poder [1]. A la confesion de la boca siguió el tocamiento de la divina piedad, y á este la iluminacion [2]; porque así como la fe les habia iluminado el entendimiento, así el tacto de Jesús les restituyó la luz de los ojos. Ved ahí cuál es el mérito de la fe de los que crean simplemente que merece el otorgamiento de tantos dones y el aumento de las virtudes, para que se verifique que todas las cosas son posibles al que cree. Concedióles el Señor la gracia, pero les prohibió altamente el que la publicasen.

No se duda que los dos ciegos habian sido suficientemente iluminados en su entendimiento para que conociesen á Jesús, y este conocimiento les descubrió todo el objeto del precepto que acababa de imponerles: llenos de gozo, gratitud y reconocimiento á la generosidad de su bienhechor, lo interpretaron como una insinuacion propia de su humildad y modestia, atribuyéndola mas al desprecio del honor mundano que podia resultarle de la publicacion del milagro, que á un verdadero mandamiento de callar lo que tan digno era de ser publicado, como lo indicaban al parecer las mismas palabras del Salvador: *Ved, que nadie lo sepa*. Pues Señor, ¿no somos nosotros dos hombres bastante conocidos en toda esta tierra? Por las ciudades, villas, aldeas y caminos hemos pedido limosnas públicamente, y todos nos han conocido ciegos, ¿y no queréis que nadie sepa que hemos recobrado la vista! ¿Pues no lo verán las gentes? ¿Ignoran acaso que pisais vos esta tierra, en la que derramáis tan abundantemente vuestras misericordias! ¿Podrán creer que habiendo clamado y acudido á vos, no seais el autor de tanto bien? Si vuestra modestia y humildad os incitan á mandarnos que callemos, ya conocéis que la ocultacion del beneficio es imposible; nuestra gratitud nos fuerza á que la publiquemos. Este mismo fué el pensamiento de san Gerónimo, y así dijo [3]: Huyendo el Señor los aplausos y

[1] Div. Crisost. Ibid.

[2] Raban. in cap. 9 Math.

[3] Div. Hieronim. in Math. cap. 9.

la vanagloria, les impuso silencio; pero ellos, en memoria de la gracia recibida, no podian callar el beneficio. Dios prohibe buscar la gloria vana; pero no prohibe anunciar sus grandezas, sus misericordias y su gloria. Jesús les mandó callar por evitar lo primero; pero no condenó el que con la manifestacion de una gracia que no podia ocultarse se diese gloria á Dios su Padre y se procurase la salud del prójimo; así fué que tan luego como salieron de la casa y de la presencia del Salvador, corrieron á publicar por todo el mundo lo que les acababa de suceder: sus ojos abiertos y claros hablaban mas clara y abiertamente que ellos, y el autor de este gran milagro se adivinaba por todos con la mayor facilidad.

Alegórica y espiritualmente tienen estos dos ciegos grandes interpretaciones que no pueden disimularse. Con respecto á lo primero, designan los dos ciegos los dos pueblos judío y gentil, uno y otro ciego sin conocer la luz de la verdad; y pasando el Señor, que era la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, por los caminos de este mundo mismo, no podia dejar de alumbrar al uno y al otro para que entrambos viesen á la luz, esto es, á la Iglesia santa, y oyendo las palabras del Señor creyesen, y creyendo, recibiesen la luz de la fe y de la verdad; pues en esta misma Iglesia á que vino Cristo por la carne, son iluminados por la fe de Cristo encarnado; y los que creyeron la encarnacion y venida de Jesucristo, la divulgaron por todo el mundo, y de los creyentes de todas las naciones formaron un solo pueblo cristiano y fiel, simbolizando la unidad de la santa madre Iglesia, fuera de la que no hay salvacion. Con respecto á lo segundo, esto es, espiritualmente, designan los dos ciegos el entendimiento y la voluntad. El entendimiento tiene dos ojos: el derecho es la fe de la dignidad, el izquierdo la fe de la humanidad. Y la voluntad tiene tambien otros dos: el derecho es el amor á la bondad ó la gloria divina, y el izquierdo el temor de la justicia y del fuego eterno. Así tambien es de cuatro maneras la ceguedad espiritual: la primera es el error acerca de la Divinidad; la segunda el error de la humanidad; la tercera es la malignidad que desprecia la bondad y la gloria divina, y la cuarta es la vana presuncion que desprecia las llamas del fuego eterno y desconoce y no teme la justicia divina. Solo en el se-

no de la Iglesia y á la luz de las verdades que ella nos enseña se destierran estas ceguedades. Por esto Jesús no iluminó los ciegos en el camino, esto es, en el mundo, sino en la casa, esto es, en la Iglesia, en cuyo seno todo es luz, claridad y verdad, y fuera de la que todo es engaños, tinieblas y error [1].

No fué este milagro el solo que obró Jesús en el mismo paraje y en el propio día. Habiéndose retirado los ciegos, le presentaron los habitantes de la ciudad á un hombre mudo y poseído del demonio. Como era israelita, no dilató el Salvador usar con él de misericordia, y quiso hacerlo á presencia de todos. Lanzó el demonio, desató la lengua al mudo, y este empezó á hablar. Sin duda que sus primeras palabras serían expresiones de reconocimiento y gratitud. No es extraño que hablase tan luego como arrojó el Señor el demonio de su cuerpo, porque no era mudo de nacimiento, sino por la opresión en que lo tenía el espíritu maligno [2]; y quitada esta, pudo hablar como antes. Guardóse en esto el orden natural de las cosas, pues arrojado primero el espíritu malo, sucedieron los demás oficios regulares del cuerpo [3]. Por lo que mira á las turbas que en gran número se hallaban presentes, quedaron llenas de admiración y se decían los unos á los otros: *Jamás hemos visto en Israel cosa semejante, ni se ha dejado ver entre los hombres quien obre tan grandes maravillas.*

Cuán diferentes fueron empero y encontrados los afectos que estos mismos prodigiosos tan grandiosos y admirables causaron en el corazón de los doctores soberbios y fariseos envidiosos! Si ellos no se hubiesen mezclado siempre entre las turbas con ánimo é intención perversa, este lenguaje de piedad, admiración y alegría, hubiera sido universal en cada uno de los milagros que obraba el Salvador; pero animados del espíritu de soberbia contra su Majestad, confundidos por su doctrina, desautorizados por su omnipotente virtud y desesperados de verle obrar milagros que ni podían negarse ni desfigurarse, se empeñaron obstinadamente en decir que estaba poseído del espíritu infernal y que lanzaba los demonios en el nom-

[1] Div. Crisost. Hom. 27 Oper imperfect.

[2] Div. Crisost. Hom. 33 in Math.

[3] Div. Hilari. Canon. 9 in Math.

bre del espíritu de las tinieblas. Las turbas, esto es, los sencillos y devotos, confesaban las obras de Dios; pero los fariseos, acechadores y calumniosos, calumniaban las obras de Dios y atribuían á la virtud de los demonios su propia expulsión de los cuerpos [1]. Negaban las obras del Señor que podían, y las que no podían las echaban á mala parte; y cuando no podían negarlas, las calumniaban diciendo: Que no eran hechas por virtud propia ó por la de Dios, sino por la del demonio [2].

Si se examina con atenta escrupulosidad este pasaje del Evangelio, se verá que en la sencilla confesión de las turbas está misticamente representada la fe sencilla de las naciones al anunciarle el Evangelio de la caridad y de la paz; confesando sinceramente á Jesucristo su divino autor y fundador de la Iglesia santa, en cuyo seno amoroso se ven por la misma fe introducidas, y en la malicia de los fariseos está simbolizada la infidelidad del judaismo; y así como en los dos ciegos significaron los dos pueblos, el judío y el gentil, así en el mudo y endemoniado se prefiguró todo el género humano; así es que los primeros anunciadores y predicadores del Evangelio ofrecieron al Señor el hombre mudo, esto es, el género humano mudo en la confesión de la fe y poseído del demonio, porque estaba entregado á la idolatría. Se lanzó el demonio y se desterró esta, y lanzado, habló el mudo y confesó á Cristo. Mudo está también y poseído del demonio cualquiera pecador que se halla en pecado mortal. Ofrécese á Dios para que sea curado cuando los justos ruegan por él, y se arroja el demonio de su cuerpo mediante la infusión de la gracia con que Dios le visita en la contrición y confesión de sus culpas; entonces se le desata la lengua, confiesa sus pecados y publica las misericordias y grandezas del mismo Dios. Pero los fariseos, que atribuían estas curaciones tan repentinas y milagrosas á la virtud del príncipe de los demonios, son todos los hombres que procuran menoscabar y destruir el mérito y virtud de las buenas obras de los demás.

No desconocía ni ignoraba Jesús lo que estos ciegos, espíritus y corazones endurecidos publicaban contra él; pero esperaba ocasion

[1] Remigius in Math.

[2] Div. Hieronim, in cap. 8 Math.

todavía mas favorable para confundirlos: en vano cerraban sus ojos para no ver la luz hermosa del luminoso Sol de justicia que á su vista tenían, y no perdonaban calumnias y blasfemias para inutilizar todos sus trabajos y oscurecer y disminuir su altísima reputación y bien merecida gloria, porque ellos no querían ser salvos: con todo, tanta malignidad de parte de sus enemigos no le impedía obrar en todas ocasiones curas milagrosas; con cuyo designio continuó su marcha á Jerusalem ejercitándose siempre en los mismos oficios de caridad y celo con que iba atrayendo al paso una multitud innumerable de hombres y mujeres que le seguían jornadas enteras, hasta rendirse de fatiga y echarse en los caminos como ovejas sin pastor. No desaprovechó el Salvador una tan bella ocasión para dar á sus apóstoles las mas importantes lecciones, y en su consecuencia les manifestó con claridad que había llegado ya el tiempo de repartir á todos los pueblos con profusión la doctrina de la salud y de la vida eterna, porque era mucha la mies y pocos los obreros; y que era ya preciso rogar al Señor del campo para que enviase trabajadores que lo limpiasen y cuidasen.

¡Oh! cuán digna es de admiración esta tan heroica y excelentísima caridad! En esto consiste toda la gracia de su perfección, en procurar uno ser mas útil y provechoso á los demás que á sí mismo. Acudamos pues, dice el Crisóstomo, á este tan piadoso Samaritano [1], á este tan solícito pastor, á este tan cariñoso, activo y saludable médico, en todas nuestras necesidades, tanto de alma como de cuerpo. De él solo se ha de esperar la salud, á él solo se ha de pedir y solo en él se ha de colocar toda nuestra esperanza, porque solo él conoce y sabe lo que mas nos conviene. Bueno es que no cuides de la salud del cuerpo, sino que á Dios la pidas; si te conviene te la dará, y si vieses que no te conviene te la negará [2]; aunque alguna vez nos azote ó castigue en el cuerpo, roguémosle con humildad. Esto os digo, hermanos míos, para que nadie busque ni pretenda buscar otra cosa fuera de los auxilios de la gracia de Dios. El permite que vengan sobre nosotros tentaciones y tribulaciones; él sabe cuánto tiempo deban durar, él conoce su principio y su fin,

[1] Div. Crisost. Hom. 33 in Math.

[2] Div. August. in Math. cap. 6.

su entrada y su salida; así pues sufrámosle con paciencia: á él solo recurramos, y pongamos todas nuestras cosas bajo su protección y providencia. Por lo que continúa el Crisóstomo [1]: Oremos con diligencia y fervor, y si no recibiésemos lo que pedimos, continuemos en la oración, seguros de que recibiremos; muchas veces se complace en diferir el otorgamiento de lo que le rogamus, y en vez de gracias nos sobrecarga de tribulaciones, para que acudamos á él mas continuamente y de su presencia nunca nos apartemos; pues si cuales somos en la tribulación así fuésemos en el sosiego y el descanso, nunca necesitaríamos ser corregidos con las aflicciones; pero sepamos que los que consiguieron mas bellas y resplandecientes coronas, las merecieron en premio de las tentaciones y tribulaciones que sufrieron: las padecieron con constancia y amor y así se coronaron. Glorifiquemos pues en todas las cosas á Dios, que en todas las necesidades nos provee oportunamente y todo lo hace por nuestro bien; firmemente seguros que si despreciásemos y veiciésemos todas las acechanzas y tentaciones que se oponen á la virtud y perseverásemos en ella, conseguiremos inmarcesibles coronas.

ORACION.

Señor mio Jesucristo, luz de claridad indeficiente, ilumina los ojos de mi alma para que nunca se duerma con el sueño pesadísimo de la muerte y condenacion eterna; é iluminado con tu gracia vea siempre lo que tengo de obrar, y ayudado por ella convalezca de la enfermedad de la culpa y cumpla debidamente todo lo que hubiese visto y entendido lo que tengo de hacer; y así anuncie tus misericordias y beneficios para gloria tuya y provecho de mis prójimos. Abre, Señor, tambien por la infusion de tu gracia, mi boca muda por mis pecados; desata mi lengua para que anuncie tus bondades, y recibida la gracia de poder hablar, sea lo primero el acusador de mi mismo. A ti, Dios mio, alabe, á mi prójimo edifique y sola la verdad y tus grandezas predique. Amen.

NOTA. La historia de este capítulo se halla en el IX de san Mateo, desde el versículo 29 al 38, ambos inclusive.

[1] Div. Crisostom. Ibid.

La Iglesia no lo usa como propio de la misa de alguna dominica ó feria del año; sin embargo, se pone y dice así:

EVANGELIO DE SAN MATEO.

Cap. IX, vs. 29 al 38.

En aquel tiempo, partiendo Jesús de aquel lugar, le siguieron dos ciegos gritando y diciendo: Hijo de David, ten compasión de nosotros. Luego que llegó á casa, se le presentaron los ciegos y Jesús les dijo: ¿Crisis que yo puedo hacer eso que me pedís? Dicenle: Sí, Señor. Entonces les tocó los ojos diciendo: Según vuestra fe, así os sea hecho. Y se les abrieron los ojos; mas Jesús les conminó diciendo: Mirad que nadie lo sepa. Ellos sin embargo al salir de allí lo publicaron por toda la comarca. Mas habiendo salido estos, le presentaron un mudo endemoniado; y arrojado el demonio habló el mudo, y las gentes se llenaron de admiración y decían: Jamás se ha visto cosa semejante en Israel. Los fariseos al contrario decían: Por arte del príncipe de los demonios expule este los demonios. Y Jesús iba recorriendo todas las ciudades y villas, enseñando en sus sinagogas y predicando el Evangelio del reino de Dios, y curando toda dolencia y toda enfermedad. Y al ver aquellas gentes se compadecía de ellas, porque estaban mal paradas y tendidas como ovejas sin pastor. Entonces dijo á sus discípulos: La mies es verdadera; pero hay poca. Rogad pues al dueño de la mies que envíe á su mies operarios.

~~~~~

DIRECCIÓN GENERAL D

## CAPITULO XIV.

ENVIA JUAN BAUTISTA DOS DE SUS DISCIPULOS HALLANDOSE EL EN LA CÁRCEL, PARA QUE PREGUNTEN AL SALVADOR SI EL ES EL MESIAS PROMETIDO: CONTESTALES JESUS SATISFACTORIAMENTE Y HACE EL ELOGIO DE SU SANTO PRECURSOR.

Era tan pública la fama de Jesús, que no quedaba ciudad, villa ó aldea, tanto en Judea como en Galilea, Samaria, y una gran parte de la Siria, donde no hubiese personas que hubiesen recibido beneficios de su mano; siempre misericordiosa y liberal. Los discípulos de Juan, estimulados por la envidia mas que por el deseo natural entonces de aplaudir á Jesús, le llevaban todos los días á la cárcel donde se hallaba, noticias de los milagros que obraba; mas deseoso el santo precursor de sanar la llaga del corazón de los suyos que de conseguir por medio de un milagro su libertad, envió dos de sus discípulos al Salvador para que preguntasen: *¿Eres tú aquel que ha de venir, el Mesías ó Salvador del mundo, ó todavía tenemos que esperar á otro?*

No hay duda que un hombre que resucitaba los muertos, daba vista á los ciegos, sanaba los tullidos y tenía poder sobre los demonios, hubiera podido muy bien, y á poca costa, quebrar las cadenas que oprimían á su preconizador y pariente; y concederle la libertad que la injusticia de Herodes le negaba; pero nunca hubieran los discípulos de Juan reconocido su ignorancia ni depuesto su indiscreto

celo, si no hubiesen tenido un maestro tan ilustrado y humilde; y cuando ellos creían que este había de participar del espíritu de rivalidad que les animaba, se admiraban de que oyese las maravillas que le contaban, con aquel gusto y contento que inspira á un buen siervo la gloria de su Señor; y su admiración rayaba en espanto cuando conocían que lo aplaudía todo, sin poner la mira en alguna correspondencia ó retorno interesado por lo que miraba á su persona; mas esto era porque se habían olvidado de que Juan conocía á fondo á Jesús, no solo porque encornado en el útero materno se había alegrado de su visita, pues que con ella le había santificado, sino porque cuando el Salvador fué á recibir su bautismo, Juan le había dicho públicamente: *Tú, Señor, vienes á mí para que te bautice, y yo soy el que debo ser bautizado por tí*; porque entonces había visto la paloma que descendió sobre su cabeza y oído la voz del Padre que dió testimonio de la divinidad de su Hijo; y porque después el mismo lo había manifestado claramente á todos ellos diciéndoles en ocasión que el Salvador se les acercaba: *Ved ahí el Cordero de Dios; ved ahí el que quita los pecados del mundo*: y Juan quería que no solamente no olvidasen todas estas cosas, sino que se aficionasen cada día mas á Jesús y que se contasen en el número de sus verdaderos discípulos: deponiendo todas las dudas, por desgracia de aquel país harto comunes en él, que los judíos carnales habían esparcido sobre las señales y carácter del verdadero Mesías.

Largos y elocuentes son los comentarios que sobre este pasaje hacen los padres y doctores de la Iglesia. San Agustín [1] dice: Que enviando Juan sus discípulos á Jesucristo para que supiesen y de él mismo aprendiesen quién era, fué lo mismo que si les hubiera dicho, id y decidle, no que yo dudo, sino que él mismo os instruya en lo que acostumbro á decir: oíd de su boca lo que habeis oído de la mía; y lo que habeis aprendido de la del pregonero, confirmelo en vuestros corazones la sentencia del Juez. Juan no procuró su ilustración [2], sino desterrar la ignorancia de sus discípulos, para que supieran que él no había predicado ni anunciado á otro, sino aquel

[1] Div. August. Inquestionb. ex Nuevo Testament. q. 14.

[2] Div. Hilari. Caa. II in Math.

á quien les enviaba; y confrontando sus dichos con la autoridad y poder de Cristo, se convenciesen de que no habían de esperar á otro, puesto que sus obras daban un tan público testimonio de su divinidad. Juan en la cárcel no ignoraba que no estaba muy lejos el día de su muerte [1]; y quería nuir íntimamente sus discípulos á Cristo, de la misma manera que estando un cariñoso padre cercano á la muerte, quiere dejar encargados sus tiernos y queridos hijos á un tutor fiel; pues deseaba con ansia que aun viviendo él creyesen firmemente en Jesucristo y nada de él dudasen; porque así como un buen padre cercano á la muerte espira mas tranquilo si deja á sus hijos ricos de buenas costumbres y llenos de sabiduría, no recelando ya nada malo de ellos para lo sucesivo, así él deseaba ver á los suyos perfectos y firmes en la fe de Cristo para morir mas alegre. El no quería encomendar á Jesús sus hijos como un padre propio los encarga á un tutor, sino que quería entregárselos como un pedagogo ó maestro entrega los extraños que recibió á su propio padre; porque habiéndolos recibido temporalmente para instruirlos, quería entregarlos á Cristo, su padre propio y verdadero, perfectamente instruidos: por esto le preguntaba por medio de sus discípulos, á fin de que viendo por sus propios ojos sus obras y milagros, se instruyesen y creyesen.

El santo Precursor no dudaba que sus discípulos creían como otros muchos, que el que estaban esperando con tanta impaciencia, y que según todas las apariencias juzgaban muy cercano, había de libertar al pueblo de Israel del yugo de los romanos, y había de sujetar á su imperio todas las naciones; pero conocía al mismo tiempo que era en vano cuanto les predicaba, y que no comprendían que de lo que se habían de libertar los hombres por el Redentor, era de la tiranía del pecado, y que su reinado sobre las naciones sería un reinado puramente espiritual. Costábales mucho trabajo conciliar las diferentes ideas que se formaban de Jesús cuando comparaban el soberano poder que ejercía sobre la naturaleza, con la vida sencilla que hacía entre los hombres. Los milagros que le veían obrar animaban su esperanza, y cuando le miraban mandar á las enfer-

[1] Div. Crisost. Hom. 27. Oper. imperf.

medades y á la muerte, á los elementos y á los demonios; se decían llenos de gozo: Este es sin duda el Rey que restituirá á su esplendor la monarquía de Israel; pero decaían de ánimo y se perturbaban al examinar su pobreza, la elección que hacía entre los pobres para sus mas confidentes y ministros, la debilidad aparente de que le miraban rodeado; y por esto quiso que del mismo de quien dudaban recibiesen el mas completo desengaño y la mas sólida y conveniente ilustración. Así fué que á su pregunta no contestó el Salvador con palabras, sino que dió vista á muchos ciegos, salud á muchos enfermos, y libró de los demonios á muchos endemoniados; y después que á su presencia hubo obrado todos estos prodigios, les dijo: *Id y decid á Juan Bautista lo que habeis visto y oido. Decidle que cuando yo lo mando, los ciegos recobran la vista, los ciegos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen y los muertos resucitan.* Decidle que los pobres, que son el desprecio del mundo, por mas miserables, ignorantes y groseros que sean, vienen á mí: yo les instruyo y ellos reciben y abrazan mi Evangelio, mientras que los sabios y grandes de la tierra no pueden comprenderlo ni resolverse á abrazar sus preceptos.

Ningun lenguaje mas elocuente ni otro modo de expresarse mas propio de la Divinidad que el de los milagros, para darla á conocer y autorizarla. Este fué siempre el que usó el Señor en las instrucciones que dió á los judíos durante su vida. Su Majestad, á mas, les ponía adelante en la santidad de sus costumbres, en la magnificencia de sus obras, en la sublimidad de su moral y en el sucesivo cumplimiento de las profecías, las pruebas mas incontestables de la verdad de su mision, y los motivos mas invencibles de la creencia que se le debía como á Cristo del Señor enviado de Dios. Después iba borrando suavemente de sus entendimientos las preocupaciones que los apartaban de su Majestad, y con lecciones proporcionadas á su estado, los preparaba para la inteligencia perfecta de su doctrina, que habian de recibir algun día por la comunicacion de su espíritu. Los hombres sencillos, pero en realidad los mas sabios, que hacian triunfarse la impresion de sus milagros, el testimonio de sus virtudes y la voz de los profetas sobre sus antiguas preocupaciones, aunque no estuviesen aun enteramente ilustrados sobre todos los misterios,

se hicieron sus discípulos y amigos. Por el contrario aquellos que con las pretensiones temporales y con los furores de la envidia se endurecieron contra la evidencia de los prodigios y contra el convencimiento de una virtud sin ejemplo, se cegaron tambien sobre el cumplimiento visible de las profecías. Estos fueron los incrédulos, ó por mejor decir, los insensatos que se declararon por enemigos suyos y fueron siempre sus perseguidores. Así que, el decir Jesús á los discípulos de Juan, *id y decidle lo que habeis visto*, equivalía á decir, *id y preguntad á vuestro maestro si después de todo eso es probable sea yo el Rey de Israel que debe venir; el anunciado por los profetas; ó si convendrá esperar á otro distinto de mí.*

Asimismo podia muy bien Jesucristo haberles añadido: Veis las obras, y no os queda la menor duda de su evidencia; pues por ellas podeis conocer cuál sea la grandeza y poder de su autor. Ved si hago todo aquello que vaticinaron los profetas habia de hacer el Mesías, y conoceréis si las obras dan testimonio de quién soy: si no quereis creerme á mí, dadme crédito por ellas. Vuestro maestro, vuestros doctores y escribas, vuestros padres y vosotros mismos, no ignorais lo que dicen los profetas del que ha de ser enviado: confrontad mis obras con sus dichos. *Isaías os dejó escrito [1]: Decid á los pusilánimes: "Ea, buen ánimo, y no temais: mirad á vuestro Dios que viene á ejecutar una justa venganza: Dios mismo vendrá y os salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y quedarán expeditas las orejas de los sordos. Entonces el ciego saltará como el siervo, y se desatará la lengua de los mudos. . . ."* Tambien á vuestra vista habeis observado curados los leprosos: entendid pues el espíritu de esa otra profecía [2]: "Mas ay! ¿quién ha creído ó creará nuestro anuncio? ¡Y á quién ha sido revelado ese Mesías, brazo ó virtud del Señor? . . . En verdad que él mismo tomó sobre sí nuestras dolencias y cargó con nuestras penalidades; pero nosotros le reputamos entonces como un leproso y como un hombre herido de la mano de Dios y humillado." Los muertos han resucitado á vuestra presencia y se ha cumplido aquel otro oráculo [3]: "En aquel día será cantado este cántico en tierra

[1] *Isaías*, cap. 35, v. 4 et seqüa.

[2] *Isaías*, cap. 50, v. 1 et 4.

[3] *Idem*: cap. 26, vs. 1 et 19.



de Judá: Sion es nuestra ciudad fuerte; el Salvador será para ella muro y antemural. . . . *Tus muertos, Señor, tendrán nueva vida; resucitarán los muertos míos por la justicia: despertaos y cantad himnos de alabanza, vosotros que habitáis en el polvo del sepulcro; porque tu rocío, oh Señor! es rocío de luz y de vida, y á la tierra de los gigantes ó impíos tú la arruinarás.* En fin, os he encargado digáis al Bautista que los pobres evangelizan; esto es, son instruídos é iluminados por el Evangelio y se convierten á la fe, para que se cumpla aquel otro dicho [1]: "Consuélate, oh pueblo miol consuélate; porque he aquí lo que me ha dicho vuestro Dios: "Habladle al corazón de Jerusalem, alentadla, pues se acabó su aflicción: ya está perdonada su maldad; ella ha recibido ya de la mano del Señor al doble por todos sus pecados. Ya oigo la voz del que clama en el desierto: Aparejad el camino del Señor, enderezad en la soledad los senderos de nuestro Dios. . . . *Súbete sobre un alto monte, tú que anuncias buenas nuevas á Sion: alza es, forzadamente tu voz, oh tú que evangelizas á Jerusalem; alza la y no temas. Di á las ciudades de Judá: He ahí á vuestro Dios: he aquí que viene el Señor vuestro Dios con infinito poder, y dominará con la fuerza de su brazo: mirad, él lleva consigo la recompensa para los que le sigan y tiene á la vista su obra. Esto es, la redención del mundo.*" Decid pues á Juan, que todo lo que está escrito en los profetas que ha de hacer el Mesías, vosotros lo habéis visto cumplido.

Pero el Salvador quiso cerrar su discurso con una brevísima indicación, que fué como el compendio de cuanto acababa de decir. *Dichoso será, continuó, el que no se escandalizare en mí.* Esto es, dichoso el que al ver mi pobreza y humildad no se escandalizase. Dichosos los que, á pesar de las apariencias llanas y sencillas que desprecia la soberbia de los hombres, consultaren á los oráculos de los profetas, escucharen el testimonio de mis obras y se rindieren á la voz de mis milagros. Feliz y bienaventurado aquel que perseverare firme en la fe cuando me vea perseguido y oprimido de mis enemigos, que en medio de mi sufrimiento nada pierda del afecto y estimación para conmigo. Mas á pesar de tantas razones como en

[1] Idem. cap. 40, vs. 1, 2, 3, 9 et 10.

mi concurren para que creáis que soy el Mesías tan esperado y deseado, hallo poca creencia entre vosotros. Convencaos y sabed, que aunque obre milagros á vuestra vista como Dios, como hombre tengo de ser crucificado: guardaos pues bien de despreciarme en mi muerte, ya que ahora admiráis mi poder: con cuyas instrucciones y decisivas respuestas se apartaron los discípulos de Juan de la presencia del Jesús.

Tan luego como se marcharon, empezó el Salvador á elogiar el celo y las virtudes del Bautista de un modo sorprendente; pues encarándose con las turbas que á su alrededor estaban, comenzó á decirles: ¿Qué pensáis vosotros haber visto, cuando dejando vuestras casas habéis ido al desierto á visitar á Juan? ¿Por ventura, habéis visto un hombre inconstante en sus santas resoluciones, y ligero como una caña que á todos vientos se mueve? No por cierto, que el símbolo de Juan nunca fué ese. El era una columna incontrastable que no se levantaba entre las prosperidades, ni caía desmayada entre las adversidades, sino que tanto en lo próspero como en lo adverso, siempre permanecía firme; en la prosperidad era humilde, en la adversidad paciente; no temblaba por el temor ni se doblegaba por la adulación; ni las gracias lo hacían liviano ó movedizo, ni la venganza ni la ira exasperaban su corazón; con igual serenidad y semblante recibía los que le alababan y los que lo vituperaban. Amado igualmente á los amigos y á los enemigos, y con la misma inflexibilidad y constancia argüía á los pobres y á los poderosos. Juan no era pues una caña débil sacudida por el viento, á la que pudiese doblegar la variedad de los sucesos [1]. ¿O acaso visteis en él un hombre sensual, delicado, sumptuoso y magnífico en sus vestidos? Nada de esto visteis en él, ni nada de ello en el podéis buscar; pues no ignoráis que los que visten con delicadeza y pompa no se encuentran en el retiro de un solitario, sino en las cortes y palacios de los reyes. A este fin adulan muchos á los magnates, para gozar de delicias viviendo con ellos; pero los hombres que aman la justicia y la verdad, tales cosas aborrecen; y prefiriendo la necesidad y la indigencia, aman la soledad y el retiro más que el tumulto.

[1] Div. Crisost. Hom. 27. Oper. imperf.

to y el boato, sin que falten presuntuosos necios y temerarios que insulten la virtud que todo esto aborrece. El gran Diógenes, en cuyo pecho (aunque gentil) no cupo jamás la lisonja, fué insultado por un adulator de Dionisio, en ocasion que estaba lavando unas berzas para su puchero, el que le dijo: *Si quisieras adular á Dionisio no lavarías berzas*. A lo que replicó el filósofo: *Y si tú quisieras comer berzas no adularías á Dionisio* [1]. Digna respuesta de un sabio que nunca deberían olvidar los que se precian de hijos y discípulos de Jesús.

Es con todo necesario no desatender la contestacion del Salvador á su propia pregunta: *Los que viven con delicadeza y magnificencia habitan en los palacios de los reyes*; y no dijo en los de los pontífices y sacerdotes, porque estos no deben usar sino vestidos sencillos y humildes; vestidos que indiquen virtud y modestia, porque si el Bautista no los hubiese usado así nunca el Salvador le hubiera alabado. Cuán peligroso sea usar de cierta delicadeza en el vestir, lo expresó el Crisóstomo [2] diciendo: El vestido delicado destruye la fortaleza del alma; y si un cuerpo rígido y fuerte deja el vertido áspero que antes usaba, y toma otro mas liviano ó afeminado, fácilmente perderá por esta mollicie toda su fuerza y virtud. Afeminado el cuerpo, es preciso que la alma participe de esta blandura; y una vez dañada, todas sus obras participarán de las afecciones del cuerpo. Juan no usaba de vestidos magníficos y livianos, porque no sabía fomentar los vicios de los pecadores con la adulacion y lisonja, sino corregirlos y castigarlos con amenazas ó increpaciones [3]. Es propia del predicador de la verdad la rigidez en la comida y la aspereza en el vestido; porque los que predicán la mentira, el engaño y el error, son aduladores que ansian las honras, ambicionan las riquezas, nadan en las delicias, halagan los vicios y los ungen con bálsamo en vez de punzarlos con el rigor de la predicacion [4]. Esto no fué nunca el carácter del Bautista.

¿Quién pues os parece que es este hombre á quien vosotros y otros muchos habeis salido á ver? Tal vez me direis que es un profeta;

- [1] Horat. lib. I, epist. ad Senecam.  
 [2] Div. Crisostom. Hom. 29 in ep. ad Hebræos.  
 [3] Div. Gregor. Hom. 6 in Evang.  
 [4] Div. Hieronim. in cap. 11 Math.

pero yo os digo que es mas que profeta, y que es un ángel el que teniais delante de vuestros ojos. El es de quien escribió Malaquias [1]: *He aquí que yo envío mi ángel, el cual prepara el camino delante de mí; y luego vendrá á su templo el Dominador á quien buscáis vosotros, y el ángel del Testamento de vosotros tan deseado.* Efectivamente, Juan mas es ángel que hombre; y os digo en verdad que entre todos los que hasta aquí nacieron de mujer, ninguno se ha levantado mayor que el Bautista, ni en el don de la profecia, ni en lo sublime del empleo, ni en la forma de vida toda celestial, ni en la abundancia de gracias de que fué lleno por el Espíritu Santo desde el vientre de su madre. Fué mas que profeta, porque profetizó de Jesucristo, y lo vió en espíritu y en carne; por lo que tan luego como Zacarías su padre recobró el habla, dirigiendo la palabra á su hijo recién nacido, le dijo: *Tú serás llamado profeta del Altísimo* [2]. Fué mas, no solo porque fué profetizado por el ángel, sino porque profetizó encerrado en el vientre de su madre, y fué el fin de todos los profetas que anunciaron la venida del Salvador. Fué mas, porque como dice san Gregorio [3]: El oficio del profeta es predicar y decir las cosas que han de venir, y no enseñarlas y descubrir las de presente, y Juan hizo esto; á él solo fué dado ver lo que los otros no vieron [4]; y por un privilegio especial se le concedió ver y gozar lo que otros no vieron ni gozaron [5].

Fué llamado ángel y vaticinado como ángel, no por naturaleza, sino por oficio; pues el mismo Eterno Padre lo anunció así á su propio venidero Hijo, cuando hablando con él sobre su venida al mundo le dijo: *Yo envío mi ángel delante de tí*; esto es, mi embajador y mensajero Juan Bautista; el cual prevendrá tus caminos predicando el remedio de la penitencia y bautizando, para que las gentes se acostumbren al bautismo que tú has de establecer y abracen tu predicacion; y así como el oficio de los ángeles es revelar los divinos secretos, Juan reveló á las gentes todas el secreto de la Encarnacion, que el ángel san Gabriel solo había anunciado á María y á

- [1] Malach. cap. 3, v. 1.  
 [2] Lucæ cap. 1, v. 76.  
 [3] Div. Gregor. Hom. 6 in Evang.  
 [4] Div. Ambros. in cap. 6 Lucæ.  
 [5] Div. August. lib. II, contra litteras Petilian. c. 37.

José, á los pastores y á los reyes [1]. Y fué llamado ángel, por la pureza de la vida angélica que hizo en el desierto, por la virginidad que guardó y por la casi continuada contemplacion en que siempre vivió. Con razon, pues, dice el Crisóstomo [2]: Bienaventurado fué Juan, que mereció tener al Salvador por pragonero de sus virtudes, diciendo: Que no se levantó alguno mayor que él entre los nacidos de mujer: mas no se entiende, continua el mismo doctor, que Juan fué mayor que todos, sino que ninguno de los mayores es mayor que él. [3], de lo que se infiere que quiso Jesucristo igualarlo con todos. Pero no obstante esto, es preciso atender á lo que después añadió el mismo Salvador; á saber, que el menor de los ministros del reino de Dios, esto es, de la Iglesia que iba á establecer, era mayor que Juan, por lo que mira á lo elevado de su cargo y á los misterios que habia de tratar. Verdad sublime que el mismo Hijo de Dios aprendió de su Padre, para revelarla á los hombres; por lo que dijo san Pablo á los romanos [4]: "Gloria á aquel que es poderoso para fortaleceros en mi Evangelio y en la doctrina de Jesucristo que yo predico, segun la revelacion del misterio, que después de haber permanecido oculto en todos los siglos pasados acaba de ser descubierto por los oráculos de los profetas, conforme al decreto del Dios eterno, y ha venido á noticia de todos los pueblos para que obedezcan la fe: á Dios dijo, que es el solo sabio, á él la honra y la gloria por Jesucristo en los siglos de los siglos." Y á los de Efeso les dijo [5]: "A mí el mas inferior de todos los santos se me dió esta gracia, de anunciar en las naciones las riquezas investigables de Jesucristo, y de ilustrar todos los hombres, descubriendo la disposicion del misterio que después de tantos siglos habia estado en el secreto de Dios, Criador de todas las cosas; el que puso en ejecucion por medio de Jesucristo nuestro Señor." Todo lo que confirmó san Juan [6], diciendo: "La ley fué dada por Moisés, mas la gracia y la verdad

[1] Ven. Bed. in cap. 6 Lucæ.

[2] Div. Crisostom. Hom. 37 Oper imperfect.

[3] Div. Crisostom. Hom. 39 in Math.

[4] Ad Rom. c. 16, vs. 25 et seqs.

[5] Ad Ephesios, c. 3, vs. 8 et seqs.

[6] Joan, c. 1, vs. 17 et 18.

fué traída por Jesucristo. A Dios nadie le ha visto jamás: su Hijo unigénito, que desde la eternidad existe en el seno de su Padre, él mismo es quien le ha hecho conocer á los hombres." Y este mismo que se reputa el menor de la Iglesia que empezó en Abel, el primero de los justos, y durará hasta el postrero de los escogidos, era el propio Jesucristo; y así pndo decir con toda verdad, que era mayor que Juan [1].

Es indudable que entre Jesús y Juan no pueda haber comparacion: otra es, y mas excelsa, la naturaleza del Salvador de los hombres, Criador de todos ellos, de los cielos y de la tierra, y de todo lo que hay en ellos, que la naturaleza del hombre y que todas las humanas; por consiguiente toda comparacion entre estas personas seria injuriosa á Jesús, y debe desaparecer: seria mas injuriosa entre el Criador y la criatura, entre Dios y el hombre, entre el esclavo y el señor, y si Dios se humilló hasta tomar la humilde forma de esclavo para redimir al hombre, no es extraño que se llame el menor, y que así humillado diga que todavia es mayor que Juan.

Tambien alabó Jesucristo hasta el tiempo en que Juan habia nacido, porque era el de la misericordia y gracias del Señor, que fué el mas provechoso para el linage humano. El reino de Dios, esto es, la Iglesia, que ha de encerrar en sí el tesoro de estas verdades se, acerca, y el Salvador trabaja en establecerlo; pero solo se concede á los que se hacen fuerza y se vencen á sí mismos para conquistarlo. Unos batallan por él y otros contra él; unos para ganarlo y otros para destruirlo, si pudieran. Los que se hacen la guerra á sí mismos para domar sus pasiones, vencen los impetus de la carne y reprimir el orgullo y soberbia de su entendimiento, si tienen valor para vencerse y triunfar de sí mismo, lo arrebatan y conquistan, rindiendo su entendimiento á las verdades que encierra y conformando sus costumbres con las máximas y leyes que establece. Desde que mi precursor empezó á predicar, hasta el dia de hoy, batallan para destruiria los que hacen guerra á su doctrina, y en los corazones de los hijos de Jacob se han levantado contra ella violentas opiniones; pero no hay que temer que los ene-

[1] Div. Crisostom. Hom. 35 in Math.

Amigos de este reino puedan impedir que se levante y establezca, ni que puedan destruir sus fundamentos. Vosotros habeis tenido hasta ahora algun leve conocimiento de esto por medio de la ley de los profetas, que os lo han dado á conocer desde lejos y como en medio de una nube. Mas ya va á suceder una ley nueva á la antigua. Pasó ya el tiempo de las profecias y tuvo su término en la venida del Bautista, profeta nuevo, que no promete, como ha sucedido hasta aquí, un bien futuro, sino que lo muestra presente, y un bien en el que se contienen todos los demás bienes. El reino de los cielos padece fuerza, dice san Hilario [1], para que se entienda que la gloria de Dios nuestro Señor es debida á los padres de Israel; y porque siendo denunciada y publicada por los profetas, y ofrecida por Jesucristo á los hebreos, es ocupada y recibida la fe de los gentiles, cuando por la penitencia que san Juan predicó, caminando con fervor los fieles cristianos penetraron sus altas puertas, permaneciendo en ellas para siempre, así como quien ocupa un lugar ajeno. Mira pues qué varon tan grande es Juan, en cuyo tiempo tanta gracia fué derramada en la tierra [2], que lo que en dos dias de los profetas no se hizo, en su tiempo fué celebrado; y él fué escogido por la providencia del Altísimo para que fuese ministro de esta gracia. Desde los dias de san Juan fué abierto el reino de los cielos á los penitentes, de los cuales padece fuerza, y por fuerza sa gana la victoria. Juan fué el primero que predicó esta penitencia, por cuya aspereza afligiéndonos con una fuerza loable que nos hacemos, y satisfaciendo á Dios por los pecados, arrebatamos con celoso esfuerzo el reino celestial y entramos en él casi como forzadores y no perzozos: esto es, como quien busca, arrebató y tomó aquello á lo que ningun derecho tiene, y lo que es legitima posesion de los ángeles que no puede el hombre nacido ganar en la tierra si no se hiciere fuerza muy cruel á su propia sensualidad; ganarlo domando y reprimiendo sus propios apetitos, y sometiendo los deseos de la carne á ley y fuerza del espíritu.

Oh! Grande violencia es preciso nos hagamos, exclama san Ge-

[1] Div. Hilar. Can. 11 in Math.

[2] Div. Crisostom. Hom. 28 in Math.

rónimo [1], nosotros engendrados en la tierra para buscar estando en ella la silla de los cielos y poseer por virtud lo que no tenemos por naturaleza. Y san Ambrosio añade [2]: Hagamos fuerza al reino de los cielos; que todo aquel que hace alguna con cuidadosos estudio, se apresura á hacerla y no se entibia por la pereza; y así la que hacemos á nuestro natural, es porque no se pierda en las heces de los bienes de la tierra, mas antes se haga esforzada violencia para llegar á las cosas de arriba. Cuando los pecadores vuelven á penitencia, entran como en lugar ajeno, y por fuerza arrebatan el reino de los cielos [3]. Pensemos pues de continuo los males que hicimos, y quebrantemonos siempre con lloros: arrebatemos por la penitencia la heredad de los justos que el Todopoderoso se complace en padecer de nosotros tal fuerza, porque quiere que el reino de los cielos sea arrebatado por nuestras lágrimas, aunque no sea debido á nuestros merecimientos.

Sabed por tanto, continuó el Salvador á las turbas, sabed que el tiempo de las promesas solo duró hasta Juan Bautista: después de su predicacion la verdad debe ocupar el lugar de las figuras, y todas las promesas deben tener su debido cumplimiento. Juan fué en cierto modo un medio entre el Evangelio y la ley, y si lo conocéis bien vereis claramente que es el último de los órganos de la ley y que ya llegó al reino del Mesias. Mas no se entienda por esto que entonces se anularon y deshicieron los profetas y la ley, sino mas bien que fueron cumplidos: entonces se les quitó la imperfeccion y comenzó á predicarse la perfeccion del Evangelio. Así san Juan fué principio del Evangelio y fin de la ley y los profetas, porque allí se acaban la ley y la profecía donde se cumple lo que fué profetizado y prefigurado. La ley y los profetas anunciaban, y prefiguraban al Redentor; y es un cierto que todo se cumplió en Juan, que él solo fué el que dijo: *Ved ahí al Cordero de Dios, ved ahí el que quita los pecados del mundo.* La ley y los profetas, segun Beda [4], duraron hasta san Juan, porque no pudo ser mas tiempo

[1] Div. Hieronim. in cap. 11 Math.

[2] Div. Ambros. in cap. 7 Lucae.

[3] Div. Gregor. Hom. 6 in Evang. lib. XXI Moral.

[4] Ven. Bed. in cap. 7 Lucae.

profetizado que habia de venir lo que en sus dias estuvo completamente realizado. San Agustin esfuerza mas esta reflexion diciendo [1]: Entra todas las autoridades divinas, el Evangelio es con razon la mas excelente, porque lo que la ley y los profetas dijeron mucho tiempo antes que habia de venir, todo se muestra ser dado y cumplido en el Evangelio de la ley de gracia: por esto no cuidamos de guardar los sacramentos que en la ley y los profetas se dieron al pueblo de Israel, porque se mudaron ya en otros misterios mas claros: tenemos la verdad de la fe que para ellos estuvo oculta, y hemos recibido la realidad de todo aquello que en figura fué anunciado. De lo que se sigue [2] que si el fin de las antiguas promesas es Juan, y él es á quien se ordenaban, él es indisputablemente el principio de la bienaventuranza que se esperaba. Hasta que vino se alimentó el mundo con la esperanza, después se gozaron y poseyeron las cosas prometidas.

De la grandeza, excelencias y dignidad de Juan habla elegantemente san Bernardo, y dice [3]: Juan es en todo lugar mayor, y en todas las virtudes y gracias, singular y maravilloso sobre todos. ¿Quién fué como él anunciado por un ángel, con tantos prodigios y tantas demostraciones de favor y de gloria? ¿Quién fué como él tan lleno de la gracia del Espíritu Santo desde el vientre de su madre? ¿De quién de los mortales se lee haber saltado como él de gozo encerrado en la cárcel estrecha del útero materno? ¿Cuándo habeis visto celebrar la Iglesia el nacimiento de alguno de todos sus santos sino el de Juan? ¿Quién como él codició el retiro y la soledad, y marchó á ella tan temprano? ¿De quién se lee el haber conservado y hecho una vida tan alta y perfecta? ¿Quién fué el primero que predicó el remedio de la penitencia y el reino de los cielos? ¿Quién mereció tener la dicha de bautizar con agua al que venia á bautizar todo el mundo con su sangre? ¿A quién se manifestó primero y se reveló con tanta claridad el misterio de la Trinidad Augusta? ¿A quién honró Dios dándole un tan público y auténtico testimonio de sí mismo? Juan fué patriarca, y aun fin y

[1] Div. August. lib. II de Consecr. Evang.

[2] Div. Crisostom. Hom. 38 in Math.

[3] Div. Bernard. serm. de Nativ. S. Joán Baptiste.

cabeza de todos los patriarcas. Fué profeta y mas que profeta, segun el testimonio del Salvador. Fué ángel, y entre todos los ángeles elegido de un modo muy particular. Fué apóstol, y entre los apóstoles el primero y principal, porque fué enviado por el mismo Dios para que fuese el primer pregonero y anunciador de su venida al mundo. Fué evangelista, pues fué el principiador del Evangelio del reino. Fué virgen, y la regla y forma de la virginidad, y el ejemplar mas admirable de la castidad y limpieza. Fué mártir, la lumbre del martirio y el ejemplo admirable de la constancia y fortaleza de los mártires. Fué la voz del trueno que clamó en el desierto y aterró al mundo. Fué el precursor, el adelantado del Juez y el pregonero incansable de la omnipotente palabra. Fué Elias en el espíritu; la antorcha ardiente que brillaba á la vista del esposo y anunciaba su venida; y en fin, es tal su dignidad y altura á la presencia de Dios, que colocado entre los nueve coros de los ángeles ocupa un lugar muy distinguido entre los mas abrazados serafines. Hasta aquí san Bernardo.

El Salvador cerró el elogio de su precursor santo con una de aquellas locuciones ó frases con que acostumbraba admirar y confundir la necia presuncion de los escribas y doctores de la ley: *Oiga, pues, dijo, todo aquel que tenga orejas para oír.* Iba á proponer á las turbas una cosa ardua, muy alta y figura de otra, y era preciso mover el entendimiento de los que oian para que la entendiesen, y convidar la voluntad para que la pusiesen en obra, animándoles á la penitencia con el ejemplo de un gran profeta representado en Juan. No ignorais, les dijo, que uno de vuestros profetas tiene anunciado [1] que Elías parecerá igualmente antes de Cristo, y este Elías es tambien el Bautista: él tiene su espíritu y austeridad de vida, manifiesta su ardor y celo, y ejerce sus funciones y ministerios. Bastante os he dicho para persuadiros que atois atentos y que no os dejéis cegar por las vanas preocupaciones de vuestros escribas. No hay duda que Juan fué muy semejante á Elías en tres cosas: primera, en la aspereza de la penitencia; porque si éste era muy vellaco, traía un vestido áspero, y coñía sus lo-

[1] Malachías, cap. 4, v. 5.

mos con una cinta de piel. Juan vestía una túnica de pelos de camello, y con una cinta de cuero ceñía su cuerpo como aquel. Segunda, en la firmeza y constancia. De Elías se dice, que con todo esfuerzo reprendió á los reyes Acab y Ococías, y Juan reprendió con no menor valentía al incestuoso Herodes. Y la tercera es, que así como Elías ha de ser el precursor de la segunda venida de Cristo y ha de predicar á todos la penitencia y la verdad para reunir el corazón de los padres con el de los hijos y el de estos con el de aquellos, para que el Señor no hiera la tierra con su anatema, así el Bautista llegó antes de la primera venida del Salvador, preparó su camino por la predicación de la penitencia, para hacer merecedores á los hombres de la misericordia y gracia de Dios.

Pocos, ó por mejor decir, raros y aun rarísimos son estos ejemplares en el mundo. La gran falta que hay de hombres que reprendan con ardiente celo los vicios, ha dado lugar á que se multipliquen tan extraordinariamente las iniquidades; á que la ambición y la codicia se extendiese por toda la superficie de la tierra, y la pobreza, la parsimonia y la virtud, se desterrasen y desapareciesen; á que sean tantos los soberbios, orgullosos, livianos y avaros, y á que sean poquísimos los imitadores de Elías y Juan, y de los demás moradores de los desiertos. ¡Cuándo se convencerán los hombres de la inestabilidad de las cosas humanas! ¡Cuándo colocarán entera y plenamente su esperanza en el Señor! No se ame ya mas al mundo ni se espere en él. Su esperanza engaña, su amor envilece. Solo el amor de Dios es el que llena. Llévanos á tí, Jesús amantísimo, y cumple en nosotros el misterio de la santificación anunciado por el Bautista, porque tú solo eres el que ha puedes cumplir y llenar con tu caridad y misericordia infinita.

## ORACION.

*Soberano Señor y Redentor mio Jesucristo, porque tú eres el que has de venir á salvarnos, y no esperamos á otro; concédenos que presos de tu amor y temor salgamos de la vanidad, y de la vestidura de la sensualidad al desierto de la penitencia, y enseñanos por tu misericordia á formar dentro nuestro corazón la idea*

*necesaria para convencernos de que tú eres la verdad, por la cual los ciegos ven, la caridad con que andan los que son cojos en tu santo amor, la humildad con que se limpian los leprosos de soberbia y otros vicios, la palabra que haces oír á los sordos, la vida que resucita á los muertos, y eres en fin la virtud por la cual son ilustrados y alumbrados los pobres, para que todos se conviertan á tí: sáname, Señor, de todas mis espirituales dolencias, para que te ame y te goce por los siglos de los siglos. Amen.*

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XI del Evangelio de san Mateo, desde el v. 3 hasta el 15. Y en el VII de san Lucas desde el v. 19 hasta el 29, ambos inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Mateo como propio de la Dominica II de Adviento; dice así:

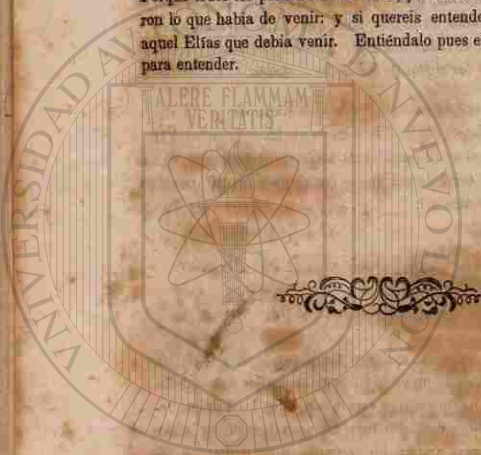
## EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA II DE ADVIENTO.

*San Mateo, cap. XI, v. 3 al 15.*

En aquel tiempo, habiendo oído san Juan, que se hallaba en la cárcel, las obras de Cristo, envió dos de sus discípulos á preguntarle: ¿Eres tñ el que ha de venir, ó esperamos á otro? A lo que Jesús les respondió: Id, y contad á Juan lo que habeis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, el Evangelio es anunciado á los pobres, y bienaventurado aquel que no tomare en mí ocasion de escándalo. Luego que ellos se fueron, comenzó Jesús á hablar de Juan al pueblo, diciendo: ¿Qué es lo que salisteis á ver en el desierto? ¿Alguna caña que á todo viento se mueve? ¿Pues qué salisteis á ver? ¡A un hombre vestido con lujo y afeminacion! Ya sabeis que los que así vistén, en los palacios de los reyes están. Mas ¿qué salisteis á ver? ¡A algun profeta? Sí, yo os lo aseguro; mas es que profeta. Porque él es de quien está escrito: He aquí que yo envío mi ángel delante de tí, el cual te preparará el camino. (Hasta aquí el Evangelio de la misa.)

En verdad os digo que no ha salido á luz entre los hijos de mu-

eres alguno mayor que Juan Bautista; si bien el que es menor en el reino de los cielos, es superior á él. Y desde el tiempo de Juan Bautista hasta el presente, el reino de los cielos se alcanza á viva fuerza, y los que se la hacen á sí mismos, son los que lo arrebatan. Porque todos los profetas hasta Juan, y tambien la ley, preunciaron lo que habia de venir: y si quereis entenderlo, él mismo es aquel Elías que debia venir. Enténdalo pues el que tiene oidos para entender.



## CAPITULO XV.

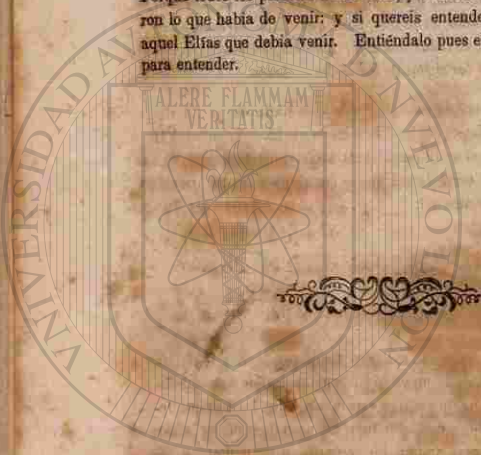
REPRENDE JESUS SEVERAMENTE ALGUNAS CIUDADES OBSTINADAS EN LA INCREDELIDAD; CONVITADO A COMER EN CASA DE SIMON FARISEO, DURANTE LA COMIDA ENTRA UNA MUJER PECADORA, LE UNGE LOS PIES, Y EL SEÑOR LA PERDONA SUS PECADOS.

Acabó Jesús el elogio de su santo precursor, y una gran parte de sus oyentes dieron públicas señales de gozo y contento, al paso que otros que se creían los más instruidos, se mostraron como displicentes y pesarosos de haberlo oido. Es cierto que la inteligencia del discurso del Salvador no estaba al alcance de todos, porque pedía para comprenderle un entendimiento sano y un corazón puro; y los más de ellos estaban sobremanera preocupados y tenían el corazón emponzoñado con la envidia, porque no podían contradecir las doctrinas de tan divino Maestro, ni destruir la prueba robustísima de los milagros con que las confirmaba y autorizaba. El pueblo sencillo y los publicanos componían la mayor parte del concurso; los escribas y fariseos la menor; y sobre esta división cae la reflexión ó observación prudente de san Lucas [1] cuando dice: Los publicanos y el pueblo *confesaron* con sus obras cuánta habia sido la sabiduría de Dios enviando al Bautista delante del Mesías; cuya expresión traduce Theophylacto [2]: *Glorificaron á Dios*; pues recibiendo el bautismo del primero y haciendo penitencia

[1] Lucæ cap. 7, vs. 29 et 30.

[2] Theophil. in cap. 7. Lucæ.

eres alguno mayor que Juan Bautista; si bien el que es menor en el reino de los cielos, es superior á él. Y desde el tiempo de Juan Bautista hasta el presente, el reino de los cielos se alcanza á viva fuerza, y los que se la hacen á sí mismos, son los que lo arrebatan. Porque todos los profetas hasta Juan, y tambien la ley, preñunciaron lo que habia de venir: y si quereis entenderlo, él mismo es aquel Elías que debia venir. Enténdalo pues el que tiene oidos para entender.



## CAPITULO XV.

REPRENDE JESUS SEVERAMENTE ALGUNAS CIUDADES OBSTINADAS EN LA INCREDELIDAD; CONVITADO A COMER EN CASA DE SIMON FARISEO, DURANTE LA COMIDA ENTRA UNA MUJER PECADORA, LE UNGE LOS PIES, Y EL SEÑOR LA PERDONA SUS PECADOS.

Acabó Jesús el elogio de su santo precursor, y una gran parte de sus oyentes dieron públicas señales de gozo y contento, al paso que otros que se creían los más instruidos, se mostraron como displicentes y pesarosos de haberlo oido. Es cierto que la inteligencia del discurso del Salvador no estaba al alcance de todos, porque pedía para comprenderle un entendimiento sano y un corazón puro; y los más de ellos estaban sobremanera preocupados y tenían el corazón emponzoñado con la envidia, porque no podían contradecir las doctrinas de tan divino Maestro, ni destruir la prueba robustísima de los milagros con que las confirmaba y autorizaba. El pueblo sencillo y los publicanos componían la mayor parte del concurso; los escribas y fariseos la menor; y sobre esta división cae la reflexión ó observación prudente de san Lucas [1] cuando dice: Los publicanos y el pueblo *confesaron* con sus obras cuánta habia sido la sabiduría de Dios enviando al Bautista delante del Mesías; cuya expresión traduce Theophylacto [2]: *Glorificaron á Dios*; pues recibiendo el bautismo del primero y haciendo penitencia

[1] Lucæ cap. 7, vs. 29 et 30.

[2] Theophil. in cap. 7. Lucæ.



por sus exhortaciones, estaban dispuestos á recibir al segundo y á creer en su doctrina, cuando los fariseos y doctores de la ley, habiendo abusado de la condescendencia de Dios en esta caritativa distribución de sucesos, no habian querido por la mayor parte, ni sujetarse al bautismo de Juan, ni abrazar la penitencia, ni tampoco tomar las saludables lecciones del Salvador, que obstinadamente despreciaron; todo lo que fué motivo para que el Señor se quejase de ellos con la mayor amargura de su corazón y dijera: ¿A quién compararé yo esta generacion de hombres incrédulos que con nada se mueven? ¿A quién serán parecidos? Yo imagino ver entre vosotros aquellos niños enfadosos y molestos, cuya ignorancia teneis, aunque ellos no tienen vuestra soberbia y orgullo, á los cuales otra porcion de ellos reprende en la plaza pública porque se desafiaron de cantar ó llorar con ellos.

En efecto, era costumbre entre los hebreos ejercitar á sus niños en juegos honestos que les indujesen á la virtud y les apartasen de los vicios. Dividíanse en medio de las plazas en dos bandas iguales, y mientras los unos cantaban un cántico de alegría, entonaban los otros una elegía ó canto fúnebre, como burlándose de las transformaciones repentinas de la vida presente; y acriminándose después los unos á los otros, increpaban los primeros á los segundos porque no habian cantado y saltado con ellos, y los segundos se quejaban á su vez porque los primeros tampoco con ellos habian llorado; y ved ahí, decía el Salvador, un retrato vuestro, poseidos siempre de la soberbia, de la envidia y del descontento. ¡Cuánto motivo hay para reos esa dureza inflexible con la que con tanta obstinacion resistis á los que usan de todos los medios para atraeros á la perfeccion! Aquel de quien acabo de hablaros y cuyo elogio habeis oido, enviado de Dios, apareció entre vosotros, penitente, austero y en todo mortificado; apenas comia ni bebia absteniéndose como de cosas prohibidas del pan, del vino y de las viandas mas comunes; y vosotros en vez de imitar su penitencia, tan necesaria á los pecadores, dijisteis: Este está poseido del demonio, y el espíritu que le domina es tético, horrible y feroz, pues huye de toda sociedad y de todo trato y comunicacion licita, honesta y racional.

Dejóse ver y apareció entre vosotros el hijo del hombre á quien el Bautista anunciaba, el que ha querido comer y beber con vosotros, no habita en los desiertos, trata familiarmente con todos y nada tiene de singular en el modo común de vivir, y asimismo murmurais de su conducta y procurais en todo desacreditarle. Ved ahí, decís un hombre gloton y devorador, amigo de comer y beber; gusta del vino, se alegra en compañía de los publicanos y no desprecia la amistad de los pecadores. Pero así como estas calumnias y blasfemias no sirven sino para haceros muy culpables, así los medios que la Providencia ha empleado para obligaros al cumplimiento de vuestra obligacion solo sirven para justificar la sabia conducta del Padre celestial con vosotros, miserables pecadores; á quienes ha tratado como á sus hijos, bien que nada ha visto en ellos que merezca esta noble cualidad. Juan con su cualidad os incitaba á la penitencia y al arrepentimiento de vuestros pecados, y no quisisteis imitarle ni arrepentiros; y comiendo y bebiendo con vosotros el Hijo del hombre, os incita á alegraros y á dar gracias á Dios por sus misericordias y por los favores que os dispensa por medio de su Hijo, y tampoco quereis hacerlo. Ni llorais con Juan que os predica la penitencia, ni os alegrais con Cristo que os anuncia la misericordia: sois rebeldes en verdad, ingratos y obstinados.

Otro documento igualmente sublime encierra esta reprension de Jesús á los escribas y fariseos. Precediendo Juan á Cristo y predicando la penitencia, era la figura de la vida presente que pasa con la mayor velocidad y debe emplearse en lamentos y penitencias; y siguiendo Cristo á Juan y predicando la paz, el gozo, la gracia y la misericordia, era la verdadera imagen de la vida futura, que todo será paz, gozo y contento eterno. Por lo que habia dicho el Salomista [1]: *Aquellos que sembraban con lágrimas, segarán llavos de gozo.* Pero los perversos judios viendo la austeridad de Juan no se movieron á penitencia, ni viendo después las dulzuras de Cristo tampoco se movieron á piedad; por lo que dice san Jerónimo [2]: *Cantábamos y os provocábamos para que al son y compás de nuestros cánticos vosotros obráseis bien, y no quisisteis; llorábamos para pro-*

[1] Psal. 125, v. 5.

[2] Div. Hieronim. in cap. II Math.

vocaros á penitencia, y tampoco os movisteis á hacerla; despreciásteis una y otra predicacion, así la que os exhortaba á la virtud como la que os incitaba á la penitencia. Pero siempre tenaces en el mal, decís que os agrada el ayuno. ¿Por qué pues os desagrada Juan? ¿Os gusta también la hartura? ¿Y cómo es que aborrecéis al Hijo del hombre? Ved ahí en esto clara y patente la malignidad de vuestra lengua; ella juzga y condena á los que comen y ayunan, y á unos y á otros Jesgarra y maldice: maldice á Dios y á los hombres; no hay quien pueda libertarse de su venenosa mordacidad. A estos son semejantes los maldicientes ó injustos detractores que siempre echan á mala parte las acciones buenas y las obras santas de sus hermanos: el que por ellos se ve injustamente ceaturado y escarnecido, puede quejarse como Job y decir [1]: *Tace por hermanos los drogones y por compañeros los avestruces.* Por sí mismo y por medio de Juan hizo cuantos esfuerzos pudo para introducir los judíos en el reino de su Padre; pero pudo quejarse muy bien por el profeta y decir [2]: *«Mi amado adquirió una viña en un collado muy fértil, la cual cercó de seto y la despeltró y la plantó de espas escogidas, y edificó una torre en medio de ella, y construyó en ella un lagar, y esperó hasta que diése uvas, y las dio á sus vestros. Ahora pues, ¡habitadores de Jerusalem! y vosotros, ¡oh varones de Judá! sed jueces entre mí y mi viña. ¿Qué es lo que debí hacer y no haya hecho por mi viña? ¿Acaso porque es poré que llevase uvas y ella dió agraces? Pues ahora os diré claramente lo que voy á hacer con mi viña: le quitaré su cerca y será talada, derribaré su tapia y será hollada, y la dejaré que se convierta en un erial; no será podada ni cavada, y crecerán en ella zarzas y espigas, y mandaré á las nubes que no lleven gota sobre ella. El hecho es que la viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel, y los hombres de Judá son su plantel delicioso, y me prometí de ellos juicio y acciones justas, y no veo mas que iniquidades, y esperé la justicia, y no oigo sino clamores en los oídos míos.»* Por eso se quejaba tan justamente el Señor de la poca impresion que las predicaciones del Bautista ni las suyas propias habían hecho en los corazones de los escribas y fariseos.

[1] Job. cap. 30. v. 29.

[2] Isai. cap. 5. v. 5 et seqs.

Nada podía esconderse á la altísima compension del que era infinitamente sabio, y se quejaba también con amargura de su alma de que se hallasen pocos fieles en Galilea, donde había llevado la luz del Evangelio. Mas de una vez la había hecho resplandecer en Cafarnaum: también había visitado á Corozaim y Bethsaida; por todas partes había anunciado el reino de su Padre; en todas había obrado grandes milagros, y en ninguna había recogido los frutos de penitencia que prometían sus divinos trabajos. Con empeño y á porfía acudían á oírlo, solícitaban sus beneficios y favores y se aprovechaban de ellos; pero acostumbrados á recibirlos, se quedaban sin reformat sus costumbres: por esto lleno de nueva indignacion, acompañado de dolor y de piedad, dirigió su vista sobre aquellas ciudades y exclamó: ¡Ay de tí, Corozaim! ¡Ay de tí, Bethsaida! porque si en Tiro y en Sidonia, ciudades idólatras y corrompidas, se hubieran obrado los prodigios que se han hecho en tí, y de que has abusado, ya hubiera mucho tiempo que habrían abrazado la penitencia que sin efecto yo te he predicado. Ya se hubieran visto sus habitadores humillados y contritos, y cubiertos de saco y de cilicio, y sentados ó yaciendo en la ceniza, hubieran hecho penitencia. Por tanto os digo que habrá mas tolerancia con Tiro y Sidón, y serán tratadas con mayor indulgencia en el día del juicio que vosotros; porque pecaron menos aquellas ciudades gentiles que vosotros, judíos obstinados. Los gentiles ni recibieron la Ley escrita, ni tuvieron predicadores ni vieron milagros, y así solo quebrantaron la ley natural. Los judíos empero oyeron la doctrina sana y santa, vieron muchos milagros, y después de haber traspado la ley natural y escrita, quebrantaron la de gracia; estimaron en poco los milagros, y serán castigados por su ingratitude; pero éstos mas severamente, aquellos con mas blandura; porque es pecado mucho mas grave despreciar y reprochar la fe después de haberla oído anunciar, que morir en la gentilidad. De lo que se infiere que guardada la igualdad de circunstancias será mucho mayor la pena de los cristianos que la de los infieles, y proporcionalmente será también mayor según las diversas jerarquías, grados y condiciones de los hombres, y según la variedad de dones y gracias que recibieron de Dios y desastimaron; porque está escrito: *Que aquel á quien se dió mucho, mucho se exigi-*

rá de él; que los poderosos serán poderosamente atormentados [1].

Con aquella severidad propia solamente de su majestad y grandeza, hijo Jesús su vista sobre Cafarnaum y dijo: Y tú, Cafarnaum, ennoblecida y ensalzada hasta el cielo con mi presencia, doctrinas y milagros, ¿imaginas levantar allá tu cabeza? ¿Pienzas que tu gloria y tus riquezas durarán para siempre? Tú serás abatida y confundida. En el día en que el Hijo del hombre venga como severo é inflexible juez á juzgar á los vivos y á los muertos, serás enteramente amigüilada y precipitada hasta el profundo del abismo. Pues si los prodigios que tú has visto y los milagros que se han obrado dentro de tus muros se hubiesen obrado á la vista del Sodoma, quizá subsistiría hoy aquella ciudad que fué tan terriblemente castigada, porque se hubiera enmendado y hecho penitencia. En verdad te digo que los sodomitas serán castigados en el día del juicio con menos rigor que tú. Por estas tres ciudades á quienes amenazó tan espantosamente el Señor, y en la que habia predicado con tanta frecuencia y obrado tantos milagros, son designados aquellos hombres que aunque oyen con mucha frecuencia la palabra de Dios y ven muchos ejemplos de virtudes, se obstinan sin embargo en la maldad y nunca se determinan á obrar el bien; por lo que guardada la proporcion y la gravedad de circunstancias serán juzgados y tratados con mas severidad y rigor que muchos otros. En Corozain están simbolizados los sabios, en Bethsayda los ricos, en Cafarnaum los carnales que repelen á Cristo de un modo mas especial que los demás. Y debemos considerar, dice san Crisóstomo [2], que unos milagros se obraron en Corozain, otros en Bethsayda, otros en Cafarnaum, y que los que se obraron en una parte, podian ser ignorados y no conocidos en otra; pero nosotros los cristianos sabemos todo lo que obró Jesucristo, porque nos lo refiere el Evangelio: Si Cristo pues llora sobre aquellas ciudades porque no hicieron penitencia, pensar debemos cuánto llorará cada dia sobre nosotros que tampoco la hacemos, oyendo referir tambien cada dia á la Iglesia, sus excelsas y heroicas virtudes, sus eternas misericordias y los continuos milagros que obró y obra sin cesar, para que corramos en pos de él atraídos

[1] Sap. cap. 6, v. 9.

[2] Div. Crisostom. Hom. 38 in Math.

por la abundancia de gracias que sobre nosotros derrama. Si Cristo hubiese venido en los tiempos de Sodoma y tales milagros hubiese obrado, acaso los sodomitas se hubiesen convertido; y si á los que no quisieron recibir los avisos del justo Loth castigó con azufre y fuego bajado del cielo, ¿qué tormentos nos esperan á nosotros que no queremos oír y despreciamos al mismo Jesucristo?

Es asimismo muy digno de notarse que no dice el Evangelio que solamente entonces *acriminase Jesús y reprendiese* aquellas ciudades, sino que en aquella ocasion *las empezó á acriminar y reprender*. Si entonces empezó, cada dia las acrimina y reprende, así como tambien amenaza diariamente á los malos cristianos que están en la Iglesia, en la que se leen estas amenazas terribles: ¡Ay! por tanto de vosotros, hombres perversos, á quienes sin cesar se anuncian estas Escrituras santas, y cual si fuédesis áspides sordos, que cada vez endurecen sus oídos, resistís oídas y dadas entera fe; vosotros seréis para siempre maldicidos. Todas vuestras excusas para no volver á Dios, son frívolas y vanas. Teneis vergüenza, decís, de confesar vuestros pecados. ¡Miserables! Decid, ¿cuál es peor, obrar el mal ó confesarlo? Si no os avergüenzasteis de obrarlo ante Dios, ¿por qué os ruborizáis de confesarlo á los hombres? ¿No temisteis provocar al Señor á venganza y rehusais incitarle á la misericordia? Hasta aquí san Crisóstomo.

El mismo santo doctor en otro lugar añade [1]: Conviene pues entregarse mucho á la lectura de las Escrituras santas, y debemos escudriñarlas no superficial ni simplemente, sino con escrupulosidad y diligencia; porque si así lo hiciéremos, sacaremos de su lectura cuanto nos conviene para conseguir nuestra salud eterna. Si nuestro corazon está sobradamente duro, nuestro entendimiento extremadamente ciego, y nada hemos logrado en otro tiempo, tal vez en este con la lectura santa alcanzaremos mucho. No temas, hombre, ni digas *nada consigo, porque nada hago de cuanto leo y oigo*. Entiende que ya ganaste mucho. Llamaste tu corazon sobre sí mismo y le llenaste de un santo temor: esto no puede ser inútil, sino muy provechoso. Todo cuanto necesitas para conseguir tu salud

[1] Idem. Hom. 52 in Joann.

eterna, todo está consignado en las Escrituras. ¿Eres ignorante? Allí aprenderás. ¿Eres obstinado en el mal? Allí hallarás las amenazas del juicio que te harán temer. ¿Trabajas y te mortificas? Allí están las promesas de la gloria que te alentarán y consolarán. ¿Eres pusilánime y enfermizo? Allí encontrarás medianas comidas, que si no engordan del todo tu alma, al menos no la dejarán morir. ¿Eres magnánimo y fiel? Allí te saborearás con otros manjares mas crasos y fuertes, porque son mas espirituales; despreciarás enteramente al mundo y adquirirás una naturaleza casi como angélica. ¿Estás en fin herido por el diablo y tienes un corazón canceroso á causa de los pecados? Pues allí hay tambien medicinas fuertes y saludables que te animarán á la penitencia y te harán recobrar la salud.

Porque no se evangelizó en otro tiempo el reino de Dios á los que pudieron creer y se anunció á los judíos que no quisieron, solo lo sabe aquel cuyos caminos son todos misericordia y verdad [1]. De una manera condena justamente Dios á los malos, dice san Anselmo [2], y de otra perdona asimismo justamente los males que alicen ó con que castiga á los pecadores. Condena justamente á los malos porque lo tienen merecido por sus culpas, y perdona justamente los males con que adige á los culpados, porque es conducente á la manifestacion de su bondad. Ni es precisamente misericordioso porque tenga un corazón compasivo, sino porque expende su piedad y misericordia infinita en favor de los miserables y pecadores. Compadécese del que quiere, no en justicia, sino en gracia [3], y permite la dureza y obstinacion del malvado, no porque sea injusto ó perverso, sino para justificar la justicia y la verdad de su venganza. Y porque el hombre no se contiene y refrena á sí mismo por la severidad de la ley y era declarado reo por el entredicho ó prohibicion que Dios les habia puesto, se le anunció la misericordia mediante la que se salvaran todos los que se refugiasen á ella; cegando mas á los que la desprecian y enviándoles á las promesas hechas á los judíos, para que al menos se convirtiesen estos con la

[1] Ven. Bed. in cap. 10 Lucæ.

[2] Div. Ansel. in Prologo, cap. 9.

[3] Div. Agust. in Enchiridion. cap. 99.

emulacion de los gentiles. Esta es la sublimidad de los consejos de Dios, con cuya admirable providencia redujo á los judíos y gentiles á la vida eterna que habian perdido en nuestro padre Adán.

Con estas amenazas tan terribles, cuya realizacion podia tenerse por muy segura en su día, porque las justificaban anticipadamente los milagros con los que acreditaba Jesús que era Hijo de Dios, lograba confirmar y fortalecer la fe de su doctrina al pueblo crédulo y sencillo á pesar de las insidiosas maquinaciones con que la astucia de los escribas lo engañaba y corrompia, recayendo aquellas mas en particular sobre todos aquellos engañadores soberbios, que preciados de doctores y maestros de la ley, tenian muy á menos reducirse á la sabia y prudente sencillez del Evangelio; pero como por otra parte no se le ocultaba el gran fruto que de su predicacion habia de recogerse, en aquella misma hora exclamó lleno de gozo y dijo: Yo te alabo y glorifico, oh Padre mio, Señor del cielo y la tierra! porque has concedido estos sublimes misterios de vuestro reino á los falsos y pretendidos sabios, y á los prudentes engañosos del siglo, que se aplauden de sus luces propias y se engriden en la prudencia de sus consejos, y los has revelado á los pequeñuelos, esto es, á los humildes que no se dejan corromper ni engañar y viven en la simplicidad de la infancia. Así es, Padre mio, como habeis tenido por bien de arreglar todas las cosas, y tal es el orden establecido por vuestra sabiduría infinita.

En verdad, los grandes misterios escondidos desde la eternidad en el seno del mismo Dios, se manifestaron y revelaron por Jesucristo á los pequeñuelos y humildes, esto es, á los pescadores y á otros hombres sencillos que no sabian ensorbercerse. Muy bien, á los sabios y poderosos del siglo opuso los pequeñuelos, dice san Gregorio, para demostrar que condenaba la hinchazon y la soberbia, y no la sublimidad del ingenio ni la sólida y verdadera sabiduría [1]. Para enseñarnos á huir la elevacion y grandeza mas que todos los males y peligros del mundo y á preferir la humildad á todos los aplausos y honores [2], porque el grande honor que pueden ambicionar los hombres está reservado á los verdaderos humildes, pues

[1] Div. Gregor. in cap. 9. Joann.

[2] Div. Crisostom. Hom. 39 in Math.

que solos ellos son los consejeros de los secretos del sumo Rey, llamados y admitidos á las noticias de la verdad. Dió gracias á su Padre porque fueron iluminados los rústicos y sencillos [1], que conociendo su propia pequenez no atribuyen á sí mismos, sino al Autor Supremo, cualquiera bien que hagan: no llamó á los sabios de los judíos, que preciándose de tales porque anunciaban al pueblo los preceptos de la ley, no lo eran en verdad, porque la verdadera sabiduría no consiste en saber ó en anunciar la ley Señor, sino en cumplirla y en vivir arregladamente á ella. A los sabios segun la carne escondió Dios siempre los misterios de la verdad, no á los sabios segun el espíritu: así es que los sabios de los judíos que siempre tenían entre manos los preceptos de la ley, no llegaron á conocer los misterios de la verdad, y los conocieron y anunciaron unos pobres pescadores que cada día tenían las redes entre las suyas. No se alegró Jesús de que se hubiesen ocultado á los sabios, sino de que se hubiesen revelado á los humildes; porque si esto es digno de gozo, aquello lo es de trieteza. Con lo que se patentiza, dice san Agustín [2], que lo que dispuso á los sencillos y humildes á creer y á recibir la sabiduría, fué la humildad; porque allí donde esta se halla, se encuentra también aquella, y donde está la soberbia solo se hallan la ignominia y la afrenta [3], como se lee en los Proverbios; porque la sencillez servirá siempre como de guía á los justos.

Todas las cosas, continuó Jesús, las ha depositado el Padre en mis manos. El poder soberano como á su Hijo único, y la paciencia, suavidad y dulzura que ejerzo entre los hombres. Yo soy su Rey y su Salvador, su cabeza y primogénito; en una palabra, me ha dado el Padre cuanto es menester para mantener mi dignidad y para salvar los que creen en mí. Soberano y árbitro supremo, tengo autoridad para dar leyes en la tierra y en el cielo, y nada hay que se me oponga y resista. Así fué, es y será siempre y eternamente la voluntad del Padre. Así el Padre reprobó también á los que reprobo el Hijo, y eligió este á los que eligió aquel.

Con estas palabras del Señor recibimos también ejemplos de hu-

[1] Div. Crisostom. Hom. 38 Oper. imperfect.

[2] Div. Agust. in Psal. 94.

[3] Prover. cap. 11, vs. 2 et 3.

midad para que no entremos en discusiones temerarias acerca de los motivos que tuvo para reprobarnos á los unos y á los otros, puesto que después de haber hecho lo uno y lo otro nos dice que así fué la voluntad del Padre [1]. No nos dice empero por qué fué esta su voluntad, sino que le da gracias porque así lo dispuso y le agradó. Sea pues próspero ó adverso lo que al hombre suceda, nunca debe entrar en examinar las disposiciones del Altísimo, sino que debe darle gracias por todo, porque así lo dispuso, y sin justicia y razón nada dispone ni ordena. Dios no la crió para que sea un examinador curioso y crítico de sus disposiciones; ni un juez severo de sus obras, sino que le crió para que le diese honra y gloria y fuese un siervo humilde, fiel observador de sus preceptos [2].

Nadie sabe quién es el Padre ni nadie conoce tampoco quién es el Hijo; solo el Padre le conoce y solo el Hijo conoce al Padre, tal y tan grande como es, y solo aquel le conocerá á quien el Hijo tuviere por bien de revelarlo. No se crea que aquí se excluye el Espíritu Santo del conocimiento del Padre y del Hijo, porque la excepción que pone es *esencial* y no *personal* y el Espíritu Santo tiene la misma esencia y naturaleza divina que el Padre y el Hijo. Y como Cristo Hijo de Dios vivo es mediador entre Dios y los hombres, por esto la noticia de las divinas personas y sus atributos se nos reveló por el Hijo; pero no se entienda que esto significa la comprensión de la esencia y naturaleza divina, porque esto es imposible á una pura criatura.

Diciendo que Jesucristo es el mediador entre Dios y los hombres y habiéndonos él mismo asegurado que todo lo depositó el Padre en sus manos, pudo muy bien añadir: Venid á mí todos los fatigados, todos los oprimidos y agobiados con trabajos y cargas pesadas, porque es tal la condescendencia de mi bondad, que lo profundo de mi doctrina no debe aterrar ni hacer caer de ánimo á alguno de mis discípulos, ni la altura ni extensión de mi dominio deben asustar á algunos de mis súbditos. Venid creyendo y obedeciendo; venid, no con los pies, sino con las costumbres, no con el cuerpo, sino con la fe; venid para rogarme con la esperanza, para acompañarme por la

[1] Div. Gregor. lib. 11, Moral.

[2] Div. Crisost. Hom. 23 Oper. imperf.

imitacion, para gozarme por la glorificacion. Venid los que estais encerrados, yo soy la puerta; el que entra por ella encuentra el verdadero y único pasto espiritual para su alma y halla el camino que conduce á la vida eterna. Venid los que estais enfermos, yo soy el único médico que reparte la salud. Venid los que navegando por el mar proceloso de este mundo estais á punto de naufragar; yo soy el puerto de la envidiable seguridad y descanso eterno, feliz término de vuestra carrera y principio de una interminable felicidad. Venid los que os afanáis en los trabajos de este mundo, bien sea según la naturaleza con que nacisteis, bien cargados con las culpas con que os hicisteis reos, bien agobiados con el remordimiento que no os permite vivir, ó bien atormentados con la espantosa idea del castigo que os espera. Venid, que yo os aliviaré y consolaré. ¡Oh! ¡Y cuánto trabaja el lascivo para satisfacer sus pasiones, el avaro para llenar sus deseos, y el ambicioso para conseguir los honores y dignidades que apetece, y cuán poco atiende la voz interior de la gracia con que el Señor le llama! ¡Oh dignacion admirable de nuestro buen Dios! ¡oh caridad inefable! ¡oh palabras de infinita dulzura! ¡oh palabras de suma eficacia y consuelo! ¡oh, cómo convidá á los enemigos! ¡cómo exhorta á los reos! ¡cómo halaga á los ingratos!

Venid, repite, no el uno ó el otro, no este ó aquel, sino todos los que fluctuáis entre las solicitudes, tristezas, angustias y agonías de vuestros pecados. Venid, no para que yo tome venganza de vosotros, sino porque quiero perdonaros todos. Venid, no porque yo necesite de vuestra gloria, sino porque deseo vuestra salvacion; y sabed que no solamente os descargaré y aliviaré, sino que os daré fuerza y vigor. Os fortaleceré con el pan de la doctrina santa, con el Eucarístico y con la gracia y la gloria, y os recrearé y os consolaré en esta y en la otra vida. A él pues es preciso ir, porque es el descanso de los que trabajan, porque es el aliviar de los que están cargados, porque es el fortalecedor de los desmayados y hambrientos, y porque no vino á llamar los justos sino los pecadores á la penitencia, á la misericordia, á la gracia y á la gloria [1].

Clama el mundo al hombre y dice: mira que yo he de faltar; cla-

[1] Div. Crisostom. Hom. 39 in Math.

ma la carne y asegura que ha de morir y matar, y clama Cristo y dice: ven á mí, que yo sanaré tus dolencias, aliviaré tus cargas, te daré vida y salud; no te engaño ni te faltaré jamás. ¿A quién irás? Baja tu cerviz, recibe el yugo de mi ley, yo te ayudaré á llevarlo. ¿A quién crearás? Arroja pues el yugo de la ley durísima del pecado y de la afanosa solicitud de las cosas temporales que es tan trabajosa, tan molesta y pesada, y recibe de buena voluntad el de la ley dulce y suave de mi Evangelio; y entiende que le llama yugo porque uno los judíos y los gentiles en una sola fe; yugo de caridad y amor porque une los hombres con Dios; de penitencia y mortificacion porque sujeta la carne al espíritu, y de cruz y fortaleza porque es el que llevó el mismo Jesucristo padeciendo y muriendo por nosotros; por esto le llama *yugo suave*, porque primero lo llevó sobre sí por nosotros, antes enseñando, después padeciendo, luego muriendo, siempre amando. ¡Oh carga gratísima, y con tal ejemplo y Maestro suave y llevadera, que siempre conforta mas y mas á los que la llevan! ¡Cuándo conocerán los hombres tu suavidad, y te abrazarán con gozo, y llevarán con gusto! La carga que los señores de la tierra imponen á sus súbditos, debilita paulatinamente y destruye las fuerzas de los que la sufren; pero la carga que Cristo impone, en vez de abrumar ayuda, porque la gracia de Dios, que todo lo dulcifica y aligera, se nos da como ayuda [1].

Nunca quiere confesar el hombre su propia y natural ignorancia, consecuencia precisa del pecado en que es concebido; pero aunque la generalidad incurra en este defecto, no faltan sin embargo espíritus humildes que la conocen y confiesan y que acercándose á Dios por medio de la oracion, le ruegan con humildad fervorosa y verdadera fe se digne enviarles desde su cielo santo y desde el trono de su majestad y grandeza, el espíritu de la sabiduría, para que morando en su corazon les enseñe lo que deben hacer para agradarle, y á estos parece que llamó muy particularmente el Señor en esta ocasion y les dijo: Venid á mí tambien los que conocéis y confesáis vuestra ignorancia, y lloráis inconsolables porque veis las densas tinieblas que ofuscan vuestro entendimiento; venid y aprended

[1] Div. Crisostom. Hom. 28 Oper. imperf.

de mí, que soy un Maestro dulce, suave y humilde de corazón; venid y vereis como soy así, y lo sabreis por vuestra propia experiencia. Yo os guiaré sin aspereza; yo os enseñaré sin aquel fausto y aparato exterior con que se presentan en sus cátedras y en las sinagogas los maestros y doctores de la ley. Yo os instruiré sin soberbia. *Aprended de mí*, que os enseño con las palabras y con el ejemplo, *porque soy manso* exteriormente en las costumbres, interiormente en los afectos de mi corazón, y nada finjo para adquirir alabanzas humanas. *Soy manso* porque á nadie daño, *humilde* porque á nadie desprecio. *Y lo soy de corazón* porque á nadie engaño. Tres cosas dignas por cierto de ser siempre imitadas: mansedumbre en la conversacion, humildad en los pensamientos, verdad en las intenciones y palabras, porque con estas tres se engendra, nutre y fomenta el verdadero amor. Aprended de mí á ser tan mansos en vuestras costumbres, que á nadie dañéis; tan humildes en vuestro entendimiento, que á nadie despreciéis; y sedid en vuestro corazón, para que vuestras obras atestigüen vuestros afectos.

Adviértase pues que no dijo aprended de mí que soy poderoso, ni aprended de mí que soy glorioso, sino que soy manso y humilde, y eso podeis imitarlo muy bien [1]. Toda la medicina que necesitamos para sanar nuestras dolencias, está compendiada en estas palabras: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón; aprended, dice, humanos, como observa san Agustín [2], no á fabricar el mundo, no á crear todas las cosas visibles, no á hacer milagros en el mundo, no en fin á resucitar muertos, sino porque soy manso y humilde de corazón. Y san Bernardo añade [3]: ¿Qué diré del autor y repartidor de todas las virtudes, Cristo Señor nuestra, *en quien están encañados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, y en el que habita toda la plenitud de la Divinidad corporalmente, esto es, real y sustancialmente* [4], no se glorió acaso de la humildad, como del compendio y suma principal de su doctrina y de sus virtudes? Aprended de mí, dice, no á ser sobrios, ó castos, ó pru-

[1] Div. Ambros. in Psal. 118.

[2] Div. August. Serm. 10. De veri. Domini.

[3] Div. Bernard. sup. cap. 11 Math.

[4] Div. Paul. ab Coloss. cap. 2, vs. 3 et 9.

dentes, ó á tener otras de estas virtudes, sino á ser mansos y humildes de corazón; y para que aprendais, no os envió á las doctrinas de los patriarcas ni á los libros de los profetas, sino que yo mismo me ofrezco á vosotros por modelo y ejemplo de humildad. Sobre todo, lo que dice san Gregorio [1]: Para darnos este ejemplo y forma de humildad, vistió el Unigénito Hijo de Dios el saco de nuestra mortalidad: á este fin el que era invisible no solo apareció visible, sino abatido y despreciado; á este fin toleró y sufrió las afrentas, las moñas y escarnios, las irrisiones y desprecios, y los tormentos, la pasión y la muerte, para enseñar al hombre soberbio que aprendiese á ser humilde. Cuánta sea la celsitud de la virtud de la humildad, puede conocerse en aquel que para enseñarla verdaderamente á los hombres, siendo sin comparacion alguna el mas grande é inestimable de todos, se hizo pequeño en su nacimiento, en su pasión y en su muerte. De la cumbre de la mayor altura descendió hasta lo mas ínfimo para dar gloria al género humano. Porque el origen de nuestra perdicion fué la soberbia del diablo, el instrumento de nuestra redencion fué la humildad de Dios; así pues como el Redentor humildísimo rige y gobierna el corazón de los humildes, así tambien el soberbio Leviathan rige el de los soberbios; y se conoce claramente que la soberbia es el signo mas distintivo de los réprobos, así como la humildad lo es de los elegidos.

De esta manera continuó el mansísimo y humilde legislador: Siendo súbditos y discípulos míos, encontrareis el descanso para vuestras almas, pues el yugo que yo os impongo no es áspero, sino suave, y es muy ligera la carga que quiero que lleveis, es la carga ligerísima de la caridad. No dijo *hallareis descanso* y calló, sino que añadió *para vuestras almas*; porque la observancia de los mandamientos de Jesucristo son en este mundo descanso para las almas y no para los cuerpos, segun observa el Crisóstomo [2]; porque aunque el cuerpo trabaja y se entristece, el espíritu se alegra y fortalece con la esperanza del premio y descanso eterno. Nada hay duro para los que aman, ningun trabajo se les hace dificultoso é insoportable [3]. Amemos á Cristo y nos parecerá fácil todo lo difi-

[1] Div. Gregor. lib. 34. Moral. cap. 22 et 23.

[2] Div. Crisostom. Hom. 98. Oper. imperf.

[3] Div. Hieronim. in cap. 11 Math.

cil. Sigámosle con gusto y buena voluntad, y á vista de sus ejemplos nada hallaremos en su ley que nos repugne. No engaña ni pudo engañar el divino Legislador á los que sobre su palabra se han sujetado su conducta y abrazado su moral; porque nada da tanta pena al hombre como lo que se le hace abrazar contra su voluntad ó ignorándolo él mismo. Por austero que parezca el Evangelio, en él hallan suavidad y dulzura, y consuelo y alivio en las pesadumbres de la vida cuantos le observan sin repugnancia; y si alguna molestia sienten, la causa precisamente la santa impaciencia con que viven, por no poder unirse con su Dios con lazo indisoluble de la eterna caridad con que desean amarle.

Cuanto pudo agrandar este discurso del Salvador á los pequeñuelos y humildes que á su alrededor se hallaban, viendo que les ensalzaba y alababa, y que á ellos solo reservaba sus favores y prometía su confianza, otro tanto y mucho mas aun debió desagradar á los escribas y fariseos que estaban presentes viendo tan reprobada y justamente condenada su hinchazon, vanidad y soberbia. Con ojos aviesos y corazon vengativo miraban al Salvador, y cada vez mas juraban contra él una terrible venganza. Con todo, entre los concurrentes hubo uno que, ó bien fuese por convencimiento ó desengaño, ó por un efecto de política, ó por no estar tan preocupado como sus colegas, ó por ser mas disimulado que ellos, quiso acreditar no haberse escandalizado mucho de la indignacion que el Señor habia manifestado contra la indocilidad é hipocresia de su secta; y así en vez de prorumpir con imprecaciones y blasfemias contra tan divino Maestro, tuvo á bien convidarle á comer, y Jesús, que sabia bien lo que habia de suceder durante el convite y que de allí habia de resultar un gran remedio contra la soberbia de los fariseos, lo admitió con gusto. Por mas que fuese sorprendente ver á Jesús sentado en la mesa de un fariseo tan célebre como *Simon el leproso*, no debe admirar á los que conocen el carácter manso y pacífico que distinguia á aquel que nadie desdénaba, y el deseo que á este animaba de justificarse á la presencia del Salvador y hacer por soberbia alarde de su justicia, cuya enfermedad conocida no quiso dejar el Médico soberano sin procurar su curacion; pues aunque condenaba el proceder de sus enemigos, no los aborrecia y se hallaba con

gusto en cualquiera parte donde podia ejercer con ellos los oficios de su caridad.

Sencilla y lacónicamente nos dice el Evangelio, que habiendo condescendido el Salvador con los ruegos del fariseo, entró en su casa y se sentó á la mesa. No es extraño, porque comía con los publicanos y pecadores para tener mejor ocasion de corregir sus faltas y vicios y reducirles á la penitencia. Simon convidó á Jesús para ocultar la soberbia y fiereza que contra él le animaba, y no supo ó no pudo hacerlo, faltando á todas las atenciones que segun la costumbre de los judíos debió haber tenido con el divino huésped que en su casa estaba. No sin motivos de pública instruccion para nosotros le convidó; porque huésped tan dadivoso es digno de serlo; y si él voluntariamente se convida, no debe ser desdénado, pues donde él entra, entran con él todos los bienes, porque sus tesoros son inagotables. Pusiéronse á la mesa segun la costumbre establecida por los romanos, y adoptada por los judíos de mas consideracion y rango. Sentábase los convidados á la mesa medio recostados sobre una especie de camillas [1], con la cara vuelta hácia la mesa y los piés hácia fuera, cuya postura es conveniente notar para entender bien toda la serie de este importante acontecimiento.

Habia en la ciudad (Cafarnaum) [2] una mujer pecadora, cuyos desórdenes habian sido ruidosos; y después que el Salvador predicaba en ella públicamente, habia hecho serias reflexiones sobre el escándalo de su conducta y sobre el peligro de su mal estado; pero ella habia formado una idea del poder y bondad de Jesús, muy diferente de la que habian concebido muchos otros de los que hasta entonces habian venido á él. Estos no habian implorado su asistencia sino solo para las incomodidades y males corporales; pero ella, deseosa de salir del peligro en que se hallaba, se arrepiente de sus culpas, resuelve no pecar mas, llora y suspira por el perdón. La anima la bondad de Jesús, porque le ve en casa de un fariseo al

[1] Las butacas de nuestras dias y las sillas llamadas de columpio que se usan entre los modernos asiáticos, parecen ser tomadas de las modas del judaismo. «Válganos Dios! ¿Y qué prurito por judaizar!»

[2] Aunque dice el venerable Beda que este suceso se verificó en una de las ciudades de Galilea, no la expresa, y san Agustín asegura que no pudo ser otro sino Cafarnaum. Lib. 2.º de conseu. Evangelist. cap. 79.



que habia sanado de una enfermedad tan hedionda como la lepra, y no duda que tambien podrá sanarla de las asquerosa lepra de las pasiones de que se halla acometida, y se persuade que logrará esta dicha si logra hacerle juez de su dolor y testigo de su confianza. Llevada en alas del amor hácia tan divino Maestro, de quien espera el tan gran bien que apetece, solo busca una ocasion para arrojarle á sus piés, y nada la detiene tan luego como cree haberla encontrado. Sabe que el Señor comió en casa de Simon, de quien era conocida; que hay un gran concurso de gentes y muchos convidados; pero no la detienen inmundos respetos ni vanas consideraciones. El amor la lleva, el amor la conduce, el amor la alienta, todo lo vence el amor.

Entra con la cabeza inclinada, fijos los ojos en la tierra, pasa por delante de los convidados y no descansa hasta llegar á Jesús; y poniéndose entonces detrás de sus piés, se arroja y postra con la mayor humildad; no se pone delante porque la memoria de sus delitos la causa confusion y vergüenza: pega su rostro contra los piés de su Salvador amantísimo con la mayor confianza, porque ya le amaba sobre todas las cosas y con la mayor intensidad, porque ya ardia fuertemente su pecho con el fuego del amor divino, y con la misma fortaleza y vehemencia empieza á suspirar, sollozar y llorar con tanta abundancia, que las lágrimas que de sus ojos corrían bastaron para lavar perfectamente aquellos soberanos y divinos piés, que tanto habian corrido para buscarla.

Cuán grande sería su contricion, cuán abundantes las lágrimas de su penitencia, y cuán intenso el dolor de su corazón que salía al parecer derretido por sus ojos, pueda comprenderse muy bien cuando se diga, que sus lágrimas bastaron para lavar los piés de Jesús, y cesando el llanto los enjugaba con sus cabellos; pero creciendo mas y mas el amor en su corazón, los besaba una y otra vez con dulce ternura, sin que tantas demostraciones pudiesen satisfacer cumplidamente las ansias de su abrasado espíritu. Jesús andaba sin cesar, y sus piés santísimos estaban no solo fatigados por el cansancio de los caminos, sino como descarnados y endurecidos, y ella se los ungió con un bálsamo riquísimo que traía á prevención en un vaso ó redoma de alabastro muy precioso. Y si tales eran las de-

mostraciones exteriores que á todos causaban la mayor admiracion, ¿cuáles serian las disposiciones interiores que mas obligaban al Señor y su Majestad divina conocia?

En la colocacion y postura de María á los piés del Salvador se conoce su humildad, y en las lágrimas que vierte y con las que los riega, se demuestran su verdadera penitencia y la compuncion de su corazón; y como que esconde y borra estas mismas lágrimas con los hermosos cabellos de su cabeza, acredita que no es de aquellos que hacen sus obras para ser vistos y aplaudidos de los hombres. En los ósculos mostraba la paz interior y el amor y caridad de que estaba lleno su corazón, y en el unguento con que los ungió acreditaba la dulzura y devocion de sus afectuosos obsequios; por lo que dice san Gregorio [1]: Pensando yo en la penitencia de María Magdarena, me siento mas dispuesto á llorar que á hablar. ¿Qué pecho habrá, aunque sea de peña, al que no ablanden las lágrimas de aquella mujer pecadora y no le sirvan de ejemplo para arrepentirse? Pensó bien lo que habia hecho, y desconoció el modo ó la moderacion en lo que habia de hacer. Entró á pesar de los convidados, se presentó sin ser llamada, y en lugar de las viandas que en la mesa se ofrecian al Señor, derramó tiernas lágrimas á sus piés. Conoced pues cuál sea el dolor de aquella que no se avergüenza de llorar entre las delicias de un convite, y porque solo tuvo presentes las lágrimas de su torpeza, corrió para lavarse á la fuente de la misericordia. De esta manera sin decir una palabra solicitaba la penitente pecadora la gracia y se disponia para ella. Lo que habia observado para sí para hacerlo servir á la torpeza, ya lo ofrecia y consagraba con afecto generoso y laudable á Dios. Con los ojos habia deseado las cosas de la tierra, y los humillaba por la mortificacion y penitencia sin atreverse á levantarlos para mirar al único que podía consolarla. Habia hecho servir sus cabellos para que su compostura hiciese resaltar mas la belleza de su rostro y fuesen un adorno de su cabeza; pero ya empapados en lágrimas eran un testimonio de su arrepentimiento. Con su boca habia hablado palabras vanas de soberbia y de orgullo, y besando sin cesar con ella los piés

[1] Div. Gregor. Hom. 33 in Evang.

del Redentor, demostraba estar enteramente dispuesta á seguir sus pisadas. Cuantas cosas halló en sí misma para que le sirviesen al deleite, otras tantas hizo servir al servicio de su Dios. Contrapuso al número de sus crímenes el de multiplicadas virtudes para consagrarse al Señor por la penitencia mucho mas de lo que le había despreciado por la culpa. Mira pues bien, ¡oh hombre! esta mujer: contempla su devoción y detente á meditar seriamente sobre ella, porque sus hechos son sobremanera grandes. Contempla la inmensa benignidad con que Jesús recibe, y la inimitable paciencia con que tolera y sufre todo lo que ella hace, y verás que cesa y deja de omer hasta que se concluye este misterioso negocio, y que cesan igualmente todos los convidados sorprendidos con la inesperada novedad de cuanto á su vista pasa. ¡Oh, qué bondad tan grande la de Jesús! te verás precisado á clamar. Solo él es infinitamente misericordioso. Solo él podrá recibir con tanta bondad á los pecadores. Y solo él es el que puede y quiere tranquilizarnos y consolarnos.

El fariseo que habia llamado al Salvador al convite, pero que no lo habia invocado en el fondo de su corazón, lo que sin duda le hubiera sido mucho mejor, justo en la apariencia, pero verdaderamente soberbio, no daba ninguna muestra de compasión, y olvidado de su natural fragilidad así como de su perverso indole y tendencia al mal, murmuraba en el fondo de su corazón; y vacilando y casi perdiendo en su interior el buen concepto que de Jesús habia formado, iba diciendo entre sí mismo: Si este hombre fuera tan gran profeta como se cree, sabria sin duda qué mujer es la que llega á tocarle y no permitiera que se le acercase una persona públicamente deshonrada por sus excesos. No desconocia Jesús cuanto en el corazón del fariseo pasaba; y aunque hubiera podido reprenderle públicamente su temeridad, quiso portarse de otro modo con él para no causarle una pública confusión, y al mismo tiempo manifestarle caritativamente su falta, y así le dijo: Simon, tengo una cosa que decirte. Decid, Maestro, respondió el fariseo, que os escucho.

Un acreedor, continuó el Salvador, tenía dos personas que le debían; debíale él uno quinientos dineros de plata y el otro cincuenta; mas hallándose ambos tan pobres que no tenían de dónde devolver-

elo, perdonó á entrambos la deuda. Dime pues ahora, ¿cuál de estos dos deudores te parece que ha de amar mas y ser mas agradecido con el acreedor que les hizo el beneficio? Quería el Salvador dar á conocer con esta pregunta al fariseo soberbio, que en aquel momento era Dios menos amado de él que de la mujer pecadora, y esperaba su respuesta para traerle al punto de la cuestion, que se proponia desenvolver. Yo creo, respondió Simon, que el que mas le ame y agradecido esté sea aquel á quien mas se perdonó. Bien has juzgado, repondió Jesús, midiendo el amor que inspira el recocimiento con la grandeza del beneficio. Tu pensar es justo, pues cuanto mas se da mayor amor se muestra, y cuanto mayor amor se muestra, mas mérito hay para ser amado. El amor que nace de la esperanza es semejante al que produce el agradecimiento, y así es que después del perdón y donacion gratuita, ama mas aquel cuya deuda era mas considerable; porque el deudor conoce que es mayor la liberalidad que con él se usó. Pues lo que no se presume de un hombre respecto de otro hombre hasta que se le han concedido el favor y la gracia, se advierte y nota en los penitentes antes que se les perdonen los pecados. Los mas delinquentes son ordinariamente los mas fervorosos. Aman mas porque se ven cargados de mayor deuda, y por eso esperan mayor misericordia; y si no lo crees, atiende. Voy á presentarte una comparacion; ella te procurará el convencimiento y acallará la injusta censura con que me acriminas en el fondo de tu corazón.

Dicho esto se volvió el Señor á la mujer penitente que á sus pies tenia, y que tanto tiempo hacia estaba esperando una mirada de compasión, y mostrándole al fariseo que la murmuraba, y despreciaba le dijo: ¿Ves esta mujer? Pues haz una justa reflexion sobre todo lo que ha hecho conmigo, y muy luego conocerás la gran diferencia que hay entre ti y ella por lo que tú has dejado de hacer. Convidado por tí y á riesgo tuyo entré en tu casa; y contra la costumbre de la mas vulgar urbanidad no me disto agua para lavar los pies que las tenia cansados y dolientes del campo, llenos de polvo y barro, porque ves que ando descalzo; y ella sin reparar en la inmundicia de que estaban llenos, ha venido á buscarme á tu casa y todos la habéis visto lavármelos con sus lágrimas y enjugarlos con

sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo de caridad, de cortesana y de paz que se acostumbra dar en su casa propia á las personas de consideracion y calidad; y ella desde el punto que entró no ha cesado de besar mis piés. Tú no has empleado ni aun el aceite comun para ungrir mi cabeza, y ella ha empleado el bálsamo mas precioso que tenia para ungrir mis piés. No te admire pues cuando por tantos hechos justifica lo mucho que ama, si te digo y aseguro que le son perdonados sus muchos pecados, porque su amor tambien ha sido mucho. Si con cualquiera otro pecador no se usa de tanta liberalidad; si se le dejan muchas faltas que espíar y penas que padecer, es porque no juzgándose tan culpado es mas remiso en su amor. No te ensoberbezcas pues si teniendo tú tambien necesidad de un gran perdon se te perdona poco, porque tu amor es muy pequeño é inferior.

Tenemos necesidad de una alma fervorosa, dice el Crisóstomo [1], porque nada impide al hombre hacerse grande. Ninguno desespera de los que se hallan cargados con multitud de pecados, ni tampoco se duerma el virtuoso. No confie esto demasiado, porque es muy posible que una mujer meretriz le aventaje y exceda, ni desconfie aquel, porque puede muy bien suceder que llegue á aventajar á los primeros y mas avanzados en la virtud. ¿Qué pensais, hermanos míos, que es el amor sino fuego [2]? ¿Y qué creais que es la culpa sino hollín? Ved ahí la razon por qué se dijo á la mujer pecadora que se le perdonaban todos sus pecados: porque habia amado mucho. La abundancia del fuego del amor consumió la multitud del hollín, y aunque parezca duro, ninguna dureza resiste la fortaleza del fuego de la caridad, con el que todas las maldades se acaban y consumen.

Muy fácil pudo ser al fariseo hacer la justa aplicacion de esta tan importante doctrina, cerciorado como debió de quedar y convencido de la ventaja que el amor de aquella mujer llevaba al suyo, y que por consiguiente teniendo á su vista un tan bello modelo que imitar, le era muy fácil conseguir aquellas mismas gracias y favores que la pecadora habia conseguido. No queria el Señor que aquella mu-

[1] Div. Crisostom. Hom. 28 in Math.

[2] Div. Gregor. Hom. 33 in Evang.

jer penitente que aun á sus piés estaba, esperase por mas tiempo la sentencia favorable que deseaba y que era ya como consiguiente habiendo oido el razonamiento que habia tenido con Simon, ni queria tampoco quedase á este la menor duda acerca de su bondad y misericordia; y así volviéndose á la mujer lleno de mansedumbre y amor, la dijo: *Te se han perdonado tus pecados*: esto es, no solo en cuanto á la culpa, sino en cuanto á la pena; porque tu amor ha sido tierno, generoso y grande sin igual, y por lo mismo es plena la remision de tus culpas. ¡Oh feliz María! ¡oh mujer dichosa á quien en premio de su amor se conceden de una vez tantos y tan abundantes dones!

No solo Simon, sino los demás escribas y fariseos que se hallaban con él en la mesa, parece que se escandalizaron como en otras ocasiones de las palabras que el Salvador acababa de pronunciar, á saber, *se te han perdonado tus pecados*; y rumiándolas en su corazon decian: Este hombre pronuncia blasfemias. ¿Quién es él para abrogarse la potestad de perdonar los pecados, que solo á Dios pertenece? Pero Jesús, que no hacia mucho tiempo les habia demostrado y justificado que tenia este poder, no juzgó necesario responderles sobre este punto suficientemente declarado; y volviéndose á la mujer, que después de oida su sentencia esperaba la bendicion de su Salvador para marcharse, la dijo: *Tu fe te ha salvado, vete en paz*. Esto es, la fe que Dios te ha infundido; porque fué confirmada por la caridad y te hizo digna de la vida eterna. Te ha salvado esa fe por la que no dudaste que podrias recibir lo que pedias; porque la esperanza empezó ya en tu corazon en el instante mismo en que te resolviste á buscar tu salud. *Vete en paz*. Esto es, con entera quietud y sosiego en tu corazon, porque cesarán todas las inquietudes y molestias que te hacian sufrir las pasiones que te dominaban, y no habrá en él discordancia alguna, porque se alimentará con las llamas del fuego del divino amor [1]. *Vete en paz*, porque la paz es el fondo de la justificacion; porque es el principio de la union del hombre con Dios, así como el pecado es el principio de la enemistad y de la guerra del hombre con su Criador, con su Redentor y con su

[1] Idem. Ibid.

Salvador. Vete en paz asegurada del perdón, y vive tranquila y fervorosamente después que conseguiste un beneficio tan grande.

Y si nada hay en el mundo que nosotros podamos ofrecer dignamente á Dios por los favores y misericordias que de él recibimos [1] ¿qué le daremos por la injuria que se hizo á su Divinidad, teniendo que cubrirse de nuestra carne mortal? ¿Qué por tantos oprobios y azotes? ¿Qué en fin por la cruz, la muerte y la sepultura? ¡Ay de mí si no le amare! Volvámosle pues amor por lo mucho que le debemos; caridad, por los grandes dones que nos ha dado; y su gracia misma, por el precio infinito de su sangre con que nos compró; porque mas ama aquel á quien mas se da. Nadie desespere ni ninguno desconfie de conseguir la misericordia de Dios. Clementísimo es el Señor puesto que se compadece con tanta facilidad de los que á él se convierten de todo corazón. Mira lo que pueden á su presencia la confesion y las lágrimas, y los maravillosos efectos que producen la fe y el amor. Atiende en cuán poco tiempo se justificó esta mujer y quedó limpia de todos sus pecados, la que estaba tan llena de ellos que aun el forisero se desdataba de mirarla. Imitala como ella lloró, que tambien alguna vez enjugará tus lágrimas el Señor.

## ORACION.

Señor mio Jesucristo, que con tus palabras y ejemplos nos provocas continuamente á arrepentirnos de nuestros pecados y que nos alegremos por los bienes espirituales: concédeme el don de lágrimas, y con el riego celestial fecundiza la tierra árida y seca de mi corazón, para que llóre cada dia toda mi vida y sean las lágrimas mi pan cotidiano dia y noche; y olvidado yo enteramente de la vanidad y miseria de este mundo, arda sin cesar en tu amor de modo que saltando ahora por entre las asperezas del mundo y levantándome corriendo para obrar el bien y cantar tus alabanzas, me alegre ahora por la esperanza, y después alabándote me goce contigo eternamente, porque mi corazón, ¡oh Jesús bueno! vivirá siempre inquieto hasta que te posea y en tí descanse. Amen.

III Div. Ambros. in cap. 7 Lucas.

## ORACION.

SOBRE LAS LAGRIMAS DE SANTA MARIA MAGDALENA.

¡Oh mi buen Jesús! esperanza de los penitentes, que á María la pecadora que lloraba á tus pies, que los regaba con lágrimas, que los enjugaba con sus cabellos y los besaba tiernamente, para darla una prueba de piedad le concediste el perdón de sus pecados: no desprecies, Jesús misericordioso, á este pecador, que postrado ante los pies de tu soberana clemencia los riega con las lágrimas de la mas íntima compuncion y los besa con los ósculos de la mas fervorosa oracion; y haz que oiga yo tu voz llena de piedad y clemencia, de suavidad y dulzura que aquella mereció oír, para que por sus méritos y tu gracia, perdonados que sean mis muchos pecados, con ella y con todos los santos y espiritus bienaventurados en la gloria eternamente te alabe. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XI de san Mateo, desde el versículo 16 hasta el 30. Y en el VII de san Lucas, desde el 31 hasta el 50.

La Iglesia usa del de san Mateo, desde el versículo 25 al 30 en los dias y festividades siguientes:

El dia de san Pablo, primer ermitaño, á 25 de enero. El de san Matías apóstol, á 24 ó 25 de febrero. El de san Pascual Bailon, á 17 de mayo. El de los santos mártires Primo y Feliciano, á 9 de junio. El de san Francisco de Asis, á 4 de octubre; y otros varios.

Y el de san Lucas, desde el v. 36 hasta el 50, usa:

En la Feria V después de la Dominica de Pasion. En la Feria VI de las cuatro temporadas de setiembre. Y en el de santa María Magdalena, á 22 de julio.

*El texto del Evangelio de san Mateo, desde el versículo 16 hasta el 24, dice así:*

¿Mas á quién compararé yo esta raza de hombres? Es semejante á los muchachos sentados en la plaza, que dando voces á otros de sus compañeros les dicen: Os hemos entonado cantares alegres y no habeis bailado, cantares lúgubres y no habeis llorado. Así es que vino Juan y casi no come ni bebe, y dicen: Está poseído del demonio. Ha venido el hombre que come y bebe, y dicen: He aquí un gloton y un vinoso amigo de publicanos y gentes de mala vida. Pero queda la divina Sabiduría justificada para con sus hijos. Entonces comenzó á reconvenir á las ciudades donde se habían hecho muchísimos de sus milagros, porque no habían hecho penitencia. ¡Ay de tí, Corozain! ¡Ay de tí, Betsayda! Que si en Tiro y en Sidon se hubiesen hecho los milagros que se han obrado en vosotras, tiempo ha que habrían hecho penitencia, cubiertas de ceniza y de cilicio. Por tanto os digo, que Tiro y Sidon serán menos rigurosamente tratadas en el día del juicio que vosotras. Y tú, Cafarnaum, ¿piensas acaso levantarte hasta el cielo? Serás, sí, abatida hasta el infierno; porque si en Sodoma se hubiesen hecho los milagros que en tí, Sodoma también subsistiera aun hoy día. Por eso te digo que el país de Sodoma en el día del juicio será castigado con menos rigor que tú.

EVANGELIO PARA VARIAS FESTIVIDADES.

*San Mateo, cap. XI, vs. 25 al 30.*

En aquel tiempo exclamó Jesús diciendo: Yo te glorifico, Padre mio, Señor de cielo y tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas á los sabios y prudentes del siglo, y las has revelado á los pequeños y humildes. Sí, Padre mio, alabado seas, por haber sido de tu agrado que fuese así. Todas las cosas las ha puesto mi

Padre en mis manos. Pero nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni conoce ninguno al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo quisiere revelarlo. Venid á mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré. Tened mi yugo sobre vosotros y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallareis el reposo para vuestras almas. Porque es suave mi yugo y ligero el peso mio.

EVANGELIO PARA LA FESTIVIDAD DE SANTA MARIA MAGDALENA.

*San Lucas, cap. VIII, vs. 36 al 50.*

En aquel tiempo rogaba á Jesús un fariseo que fuera á comer con él; y habiendo entrado en casa del fariseo se puso á la mesa. Cuando he aquí que una mujer de la ciudad notada por su mala conducta, luego que supo que se había puesto á la mesa en casa del fariseo, trajo un vaso de alabastro lleno de bálsamo; y arrojándose por detrás á sus pies, comenzó á bañárselos con lágrimas y los limpiaba con sus cabellos de su cabeza, y los besaba, y derramaba sobre ellos el bálsamo. Lo que viendo el fariseo que le había convidado, decía para consigo: Si este hombre fuera profeta, bien conocería quién y qué tal es la mujer que le está tocando, ó que es una mujer de mala vida. Y rompiendo Jesús á su pensamiento, le dijo: Simon, tengo algo que decirte. Y respondió él: Maestro, dí. Ciertamente acreedor tenía dos deudores, uno le debía quinientos dineros de plata y el otro cincuenta. No teniendo ellos con qué pagar, perdonó á entrambos la deuda. ¿Cuál de ellos piensas que amará mas? Respondió Simon y dijo: Juzgo que aquel á quien mas se perdonó. Y díjole Jesús: Juzgaste rectamente. Y volviéndose hácia la mujer dijo á Simon: ¿Ves á esta mujer? Yo entré en tu casa y no me diste agua con que lavara mis pies; mas esta ha bañado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo de paz; pero esta desde que llegó no ha cesado

de besar mis piés. Tú nos has ungió con aceite mi cabeza, y esta ha derramado sobre mis piés sus perfumes. Por lo cual te digo, que le son perdonados sus muchos pecados, porque ha amado mucho. Que ama menos aquel á quien menos se perdona. Entonces dijo á la mujer: Perdonados te son tus pecados. Y luego los convidados empezaron á decir interiormente: ¿Quién es este que también perdona pecados? Mas él dijo á la mujer: Tu fe te ha salvado, vete en paz.



## CAPITULO XVI.

ENVIA JESUCRISTO A PREDICAR A SES SETENTA Y DOS DISCIPULOS, Y EL BAPTISTA ES DEGOLLADO EN LA CARCEL.

Varias son las opiniones y conjeturas que se han formado sobre la mujer pecadora cuyo arrepentimiento y lágrimas se acaba de ver. Ninguno de los comentadores ó expositores del Evangelio duda que conservase preciosamente el resto de sus dias los frutos del favor que acababa de recibir, y que los fervores de su amor reconocido, después de haber conseguido el perdón, hayan igualado el fervor de su mismo amor penitente cuando suspiraba aun por el momento de la gracia. Pero algunos de ellos reparan en asegurar que fuese una del número de aquellas otras distinguidas por su virtud á las cuales permitió Jesús que le siguiesen en sus correrías evangélicas, aunque las más de ellas fuesen de las que habia entrado de sus enfermedades y librado del espíritu maligno. Entre otras nos dice san Lucas [1] que se hallaba Juana, esposa de Cluza, mayordomo de la casa de Herodes, una mujer llamada Susana, y sobre todas Maria, por sobrenombre Magdalena, á la que habia librado de siete demonios; ilustre en la serie de la historia de Jesucristo, por la tierra y

[1] Luc. cap. 8.

de besar mis piés. Tú nos has ungido con aceite mi cabeza, y esta ha derramado sobre mis piés sus perfumes. Por lo cual te digo, que le son perdonados sus muchos pecados, porque ha amado mucho. Que ama menos aquel á quien menos se perdona. Entonces dijo á la mujer: Perdonados te son tus pecados. Y luego los convidados empezaron á decir interiormente: ¿Quién es este que también perdona pecados? Mas él dijo á la mujer: Tu fe te ha salvado, vete en paz.



## CAPITULO XVI.

ENVIA JESUCRISTO A PREDICAR A SES SETENTA Y DOS DISCIPULOS, Y EL BAPTISTA ES DEGOLLADO EN LA CARCEL.

Varias son las opiniones y conjeturas que se han formado sobre la mujer pecadora cuyo arrepentimiento y lágrimas se acaba de ver. Ninguno de los comentadores ó expositores del Evangelio duda que conservase preciosamente el resto de sus dias los frutos del favor que acababa de recibir, y que los fervores de su amor reconocido, después de haber conseguido el perdón, hayan igualado el fervor de su mismo amor penitente cuando suspiraba aun por el momento de la gracia. Pero algunos de ellos reparan en asegurar que fuese una del número de aquellas otras distinguidas por su virtud á las cuales permitió Jesús que le siguiesen en sus correrías evangélicas, aunque las más de ellas fuesen de las que habia entrado de sus enfermedades y librado del espíritu maligno. Entre otras nos dice san Lucas [1] que se hallaba Juana, esposa de Cluza, mayordomo de la casa de Herodes, una mujer llamada Susana, y sobre todas Maria, por sobrenombre Magdalena, á la que habia librado de siete demonios; ilustre en la serie de la historia de Jesucristo, por la tierra y

[1] Luc. cap. 8.

afectuosa devoción que conservó á su divino Maestro hasta el punto de su sepultura, por la dicha que tuvo de verlo la primera después de su resurrección, y por la honrosa comisión que le dió de ir á llevar esta nueva á los apóstoles.

No faltan escritores de nota que creen que esta María Magdalena, tan favorecida de Cristo, es la misma cuya conversión se ha descrito; pero otros suponen y afirman lo contrario, porque la naturaleza y publicidad de sus antiguos desórdenes, aunque llorados y perdonados; siempre á juicio de un vulgo poco conocedor del interior de los corazones é inclinado á pensar pésimamente aun de la virtud más pasmosa y conocida, debía dejar alguna tacha en su reputación, y no convenia á la de Jesús que fuese compañera de los viajes que habia de hacer con sus apóstoles y discípulos. En vista de esto pueden creer con algun sólido fundamento que acaso Jesús se portaría con ella como el endemoniado de Gerasa, mandándola se quedase allí en su propia ciudad para que fuese un testimonio perenne de su misericordia y la publicase sin cesar á sus compatriotas, no permitiéndola que lo siguiese, como tampoco lo permitió á la mujer de Samaria. Mas sea de esto lo que fuese, en nada se perturba ni perjudica la narración histórica de los trabajos del Salvador; antes al contrario, se ve más claro con cuanto conocimiento, utilidad y ventajas los disponia para repartir copiosamente sus gracias en el discurso de la misión que emprendió durante la ausencia de sus apóstoles y discípulos, á los que habia enviado de dos en dos á predicar el Evangelio de gracia á todas las ciudades y lugares donde él pensaba ir después [1].

El nombramiento particular y señalado de estos setenta y dos discípulos, á los que no prescribió un modo de vivir tan áspero como trazó á los apóstoles, en la primera misión, aunque en lo demás les dió las mismas instrucciones, los mismos mandatos, el mismo poder, y burló igualmente sus trabajos: fué un signo de que después de su resurrección y ascension á los cielos, su fe habia de ser predicada y anunciada á las gentes de setenta y dos lenguas, así como antes en la eleccion de los doce apóstoles se significaron las doce

[1] Luc. cap. 10, v. 1.

tribus de Israel; por esto la primera lengua entre todas, que era la hebrea, se dividió después en setenta y dos. Los apóstoles, que recibieron en su misión preceptos más duros, denotaban la forma de los obispos, esto es, del primer órden ó de los sacerdotes mayores, y los discípulos eran la figura de los sacerdotes menores ó pastores de segundo órden, cuales son los curas párrocos, aunque en los primitivos tiempos de la Iglesia todos se llamaron obispos. Los envió de dos en dos para que entendiesen que habian de convertir á dos pueblos, el judío y el gentil; que les habian de procurar la salud corporal y la espiritual; que los habian de predicar los dos mandamientos del amor de Dios y del prójimo; que se habian de consolar el uno al otro, y para que los pueblos se convenciesen de que era la verdad la que les predicaban, pues se hallaba de repente autorizada por dos testigos cuyo testimonio, segun la ley [1], era irrecusable. Los envió delante de él para que la venida de Cristo á nadie se ocultase, y le preparasen el camino y el hospedaje en el corazon de los hombres, y los envió á todas las ciudades y lugares para que conociesen que después de su ascension á los cielos habian asimismo de predicar en todos, por grandes y pequeños que fuesen [2].

Salieron pues y dieron vuelta por los castillos y lugares, evangelizando por todas partes, empleando en este ministerio cerca de tres semanas, plazo sobradamente dilatado para unos hombres que por primero vez se separaban de tan divino Maestro para ensayarse en el ejercicio de tan altísimas funciones que les habia confiado; pero como aunque llevaban poder y autoridad sobre los demonios, no estaban exentos de la flaqueza de la humanidad, los llamó el Señor otra vez cerca de su persona y les señaló á Cafarnaum para que allí se reuniesen todos antes de la solemnidad de la Pascua; mas entre tanto que se verificaba la reunion de los discípulos con el Maestro, le arrebató la injusticia y la venganza de una mujer adúltera é incestuosa á su santo precursor.

Gustosos volvian los discípulos á la vista de Jesús después de la

[1] Deuteronom. c. 19, v. 15. Math. c. 18, v. 16. Div. Paol. Ep. 2.ª ad Corinth. c. 13, v. 1.

[2] Las instrucciones dadas por Jesucristo á los discípulos que en esta ocasion envió á predicar, son las mismas que dejamos escritas pág. 13 y siguientes.



ber lanzado los demonios y curado los enfermos mas desahuciados, sin usar de otro remedio que un óleo simple al que dió Dios esta admirable virtud y que figuraba desde entonces, el de la Extremaunción [1]. Refiriéronle cuánto fruto había hecho su palabra en aquellos á quienes habían predicado; y como su virtud obraba donde él estaba, extendiéndose á lugares muy remotos y haciéndose sentir á un tiempo mismo en parajes muy diferentes; sobre lo que dice el venerable Beda [2]: Bien dijeron los discípulos, porque dieron todo el honor á la eficacia y virtud del nombre de Cristo; pero como tenían aun una fe muy imperfecta, se alegraban por los milagros que habían obrado; y como el Señor los vió por ello casi envanecidos, para desterrar la soberbia de su corazón y toda la vanagloria en que que pudieran incurrir, les dijo: Yo estaba viendo desde el principio del mundo á Satanás caer del cielo á manera de relámpago. Y podía decir en verdad que lo estaba viendo, porque él fué el que le precipitó. El rayo cae con la mayor velocidad y manifiestamente, y con hedor é inflamacion: así los demonios cayeron del cielo en un instante viéndolo los ángeles santos, arrojando el pestilente hedor de su propio pecado, siempre dispuestos á inflamar los hombres por la tentacion. La causa de esta espantosa ruina fué la vanidad y soberbia que concibieron viendo su grandeza y hermosura. Así pues lo que el Salvador quiso decir fué: Vosotros veis que os he engrandecido y dado poder de hollar serpientes y escorpiones y toda la fuerza del enemigo, de suerte que nada podrá haceros daño. Guardaos pues con suma diligencia y cuidado de no engreiros y ensobreceros por la gran potestad que os he concedido sobre los demonios, no sea cosa que por esto mismo os precipiteis; gozaos, sí, y alegraos, porque vuestros nombres están escritos en los cielos [3].

Con el ejemplo de Satanás quiso el Señor atterrarlos para que desoyesen las voces del espíritu de la soberbia, acordándose que por ella le había sido arrojado de su sublime asiento, y animarlos á seguir la humildad, conociendo que si aquel criado en el cielo fué arrojado de él, cuánto mejor lo serian ellos que habían sido criados

[1] Concil. Trident. Sess. 14, cap. 1.

[2] Ven. Bed. in cap. 10 Lucæ.

[3] Lucæ cap. 10, vs. 18, 19 et 30.

en la tierra y salidos del polvo y de la nada? Si aquel por la soberbia cayó del cielo, entiendan los soberbios que de ninguna manera podrán subir allá. Son muy dignas de notarse las palabras de san Gregorio [1] sobre este punto tan interesante: Admirablemente quiso reprimir el Señor la hinchazón y la soberbia en el corazón de sus discípulos cuando con tanta oportunidad les recordó la espantosa ruina del maestro de aquel horrible vicio, para que aprendiese en el autor lo que de sus obras debían temer y esperar. Cualquiera por consiguiente que se convirtió, y de malo que era comenzó á ser bueno, tema mucho ensobrecerse por las virtudes que practica, no sea cosa caiga por la vanagloria en su precipicio mas hondo que aquel en que antes yacia. No confies demasiado en la dignidad de tu naturaleza; no te envanezcas por la sabiduría, ni por el honor, ni por el poder que tu condicion y estado te conceden: mucho mayor es la naturaleza angélica bajo todos los conceptos con que quieras mirarla, y sin embargo, cayeron por su soberbia los ángeles y están bajo tus pies. Mucho mejor, y sin comparacion alguna mas útil y ventajosa es una humilde confesion de las culpas después de haber caído en ellas, que la soberbia y la vanagloria después de las obras buenas [2].

De este modo animaba Jesús con sus promesas y fortificaba con sus instrucciones el corazón de los primeros doctores de su ley y de su Iglesia. Para llenar debidamente las grandes obligaciones de su ministerio, les eran necesarias fuerzas y luces algo mas que naturales, y mas particularmente en un tiempo en que veian perseguido con tanta obstinacion á su Maestro por la envidia de los fariseos y la muerte del incomparable Juan Bautista que había sucedido, y oyeron referir durante su mision, hubiera sido bastante para hacerles perder el ánimo si el Maestro divino no les hubiera fortalecido con sus instrucciones y con la gracia que como Dios derrama sobre ellos.

Cercana estaba el día de la Pascua cuando coincidió el del nacimiento de Herodes, y determinó el tetrarca celebrarlo con públicos regocijos y grandes diversiones, preparado al efecto un espléndido

[1] Div. Gregor. lib. 22. Moral. cap. 4.

[2] Div. Agust. in Psal. 93.

banquete al que fueron convidados los principales magnates de la corte [1], los jefes de las tropas y las personas mas considerables de Galilea. La cruel Herodias, concubina del malvado principe, vivia siempre agitada de un tormentoso recelo á causa de las predicaciones de Juan, temiendo no se venciese por fin su cómplice y la devolviese á su hermano; por lo que no tanto se ocupaba en gozar de los placeres del festin, cuando en maquinár pensamientos de venganza contra el santo Precursor, buscando una ocasión favorable para perderle. Ni los goces y delicias que disfrutaba, ni el tiempo que todo lo mitiga y consume, habian podido borrar de su corazón la osadía santa con que aquel varon respetable reprendia sin cesar á Herodes el comercio adúltero é incestuoso con que ella mantenía; y aunque era amada casi con especie de idolatría que debia tranquilizarla, sin embargo, el zelo del hombre de Dios para ella era un crimen imperdonable y una injuria atroz que una mujer abandonada, sin pudor y sin religion, no podia olvidar.

No se escondia á Herodes el gran prestigio que Juan Bautista tenia en el pueblo, no solo entre la gente vulgar, sino tambien entre los ricos y poderosos: su virtud tenia grandes atractivos, la ansteridad de su vida grandes admiradores, y su amabilidad y dulzura le habian hecho grandes partidarios. Razones pues de alta política y un aparente respeto impedian á Herodes determinarse á dar gusto á Herodias, sacrificando á sus caprichos el hombre que tanto aborrecia, y uno y otra buscaban al parecer ocasion de hacerlo, sin comprometer la tranquilidad del pueblo y exponerlo á una sedicion. Tenia Herodias una hija de Filipo, á la que amaba Herodes con la mayor ternura, lo que conocido por su madre resolvió hacerla el instrumento de sus venganzas.

Era costumbre entre los judíos no sentarse las mujeres en los banquetes y mucho menos en las mesas de los principes en los dias de grandes festines; por lo que dió Herodias órden á su hija que en el tiempo oportuno se presentase, que danzase en presencia de Herodes y de toda su corte, y que no omitiese cosa alguna para darle gusto. Obedeció en todo la hija con tanta puntualidad á su madre

[1] Marcos, cap. 6, v. 21.

y danzó con tanta habilidad y destreza, que mereció los aplausos de todos los convidados; y sobre todos de Herodes, que queriendo dar á la saltatriz una prueba de su benevolencia y aprecio, en el primer acceso de su loca alegría la dijo: *Pídeme lo que quieras, que yo prometo no negarte nada, y te juro que te lo otorgaré, aunque fuese la mitad de mi reino.* Aceptó la jóven la oferta, pero no se atrevió á pedir sin consultar con su madre, á la que dando cuenta del suceso, pidió parecer sobre lo que habia de pedir. Llegó para aquella mujer infame la ocasion que con tanto afán habia buscado, y soltó el dique á su venganza. Si dijo llena de gozo; pues anda otra vez y no pidas otra cosa: *sino la cabeza de Juan Bautista.* Peticion que se hizo, por mas horrible y feroz que parezca; que se concedió al instante por mas que Herodes aparentase tristeza por haber hecho la promesa con juramento, y que se ejecutó prontamente por evitar la vergüenza de desdecirse, y el temor de que se atribuyese á cobardía el dejar de cumplirla.

Por mas espantoso que parezca este cuadro, no hay duda que hubo en el mundo una madre que tuvo valor para aconsejar á su hija una peticion tan sacrílega, tan detestable y cruel, que hubo una jóven tan destituida de sentimientos de humanidad que se atrevió á repetirla, y que hubo un hombre tan asesino y bárbaro, que en vez de bramár de cólera y de indignacion cuando se la presentaron, no tuvo valor para resistirla, alegando un juramento que ninguna ley le obligada á cumplir: porque no hay obligacion de guardar un juramento cuando sin advertencia ni cautela se juró una cosa mala. Herodes fué engañador en el jurar y sacrilego en cumplir lo jurado. Juró á presencia de los convidados para que todos fuesen compañeros de su maldad, y mandó cumplir á su vista lo jurado para que fuesen tambien cómplices en su execrable delito, no corrigiéndole ni resistiéndole. Juró tal vez, dice san Gerónimo [1], para tener una acasion aparente de matar á Juan y evitar la sedicion del pueblo porque pareciese que hacia forzado lo que no hacia sino muy espontáneamente. Disimulador malvado [2] de lo que pasaba en su corazón, aparentaba tristeza en el rostro y se alegraba interiormen-

[1] Div. Hieronim. in cap. 14 Math.

[2] Van. Bed. in Marcum, cap. 6.

te. Excusaba su maldad con un juramento para ser mas impio invocando la piedad. Así Herodes es el símbolo de todos aquellos que cubiertos con el hermoso manto de la religion no conciben sino pensamientos de iniquidad, y esperan ocasion oportuna para realizarlos. En Herodías se representan la lujuria, y en la saltatriz la disolucion y la desenvoltura de los licenciosos y lascivos; por cuyo medio Juan, esto es, el hombre virtuoso y santo, es degollado muchas veces espiritual y corporalmente. Herodes cumplió su promesa, dió la orden, y el Bautista fué degollado en la cárcel.

¡Qué desgraciados son los pueblos cuando los palacios de los que gobiernan no están habitados por hombres de concuencia y honor! ¡Qué desventuradas las naciones cuando sus principes y reyes son afeminados y lascivos! ¡Qué cúmulo tan inmenso de males no vienen sobre ellas cuando los poderosos y grandes no están formados en la escuela de la religion y no les sirven de freno sus preceptos ni los contienen las leyes de la sana moral! Cual exhalacion violenta que de la esfera descende, cual nube que piedra descarga, cual peñasco horrible que de la cumbre del monte se desgaja, ó cual rio en su fin salida de madre, que sorbo siempre é insensible se inuestra y todo lo destruyen, lo arrasan, todo lo aniquilan y talan, y sin compasion alguna todo lo arrancan y arribatan; así para aquellos seres desatinados destituidos de todos los sentimientos de humanidad, de religion, de justicia, de honor y de virtud, la suerte, la fortuna y el bienestar de las familias, el honor y la vida de los hombres, por justos y virtuosos que sean, todo es un juguete pueril para ellos, todo es despreciable y poco, nada juzgan tan precioso y estimable que tengan reparo en atropellarlo todo por no perturbar sus placeres y atender á la satisfaccion impia de sus gustos y deleites. Ellos imaginan que los demás hombres no han sido criados sino por su respeto y servicio; por esto los miran como seres de otra especie degradados á su vista y envilecidos, y no reparan en hacerlos victimas de sus mas vergonzosas pasiones; así el Bautista vino á sarlo de la deshonestidad de Herodías y de la cobardía de Herodes. Así el premio de la saltatriz fué la cabeza ensangrentada del precursor santo de Jesús, que por órden del tirarca se lo presentó en un plato por la mano del mismo verdugo ejecutor de la sacrilega orden que

se le habia dado. ¡Oh! y cuán bien dijo el eclesiástico [1]: *El vino y las mujeres hacen apostatar á los sabios y desacreditan á los senatos. El que se junta con las ramerás, perderá toda su vergüenza; la padre y los gusanos serán sus herederos; será propuesto por escarmiento y será borrado del número de los vivos.* Todo lo que se cumplió perfectamente en el desventurado Herodes. Un pecado mas pequeño fué causa de un pecado mayor; porque no reprimió su voluntad lividinosa llegó hasta la lujuria, y porque no extinguió la injuria descendió hacia el homicidio.

Cuatro cosas cual mas cruel y horrorosa, se ofrecen en este pasaje á la vista del hombre observador. Primera, la gran crueldad de mandar tan injustamente la degollacion. Segunda, hacer alarde de este tan bárbaro y cruel homicidio, mandando presentar en un plato la cabeza del degollado entre las delicias de un festin. Tercera, entregarlo con premio de su desenvoltura á una jóven saltatriz á presencia de todos y observar como á pesar de la debilidad de su sexo y de sus pocos años, mira sin horror y se mantiene firme á vista de un espectáculo tan sangriento, teniendo en sus manos la cabeza aun palpitante de un hombre santo, con una constancia solo propia del espíritu mas feroz de la venganza, y solamente digna de la inaudita sangre que por sus venas corría. Y la cuarta y mas cruel que todas es ver cómo aquella reliquia tan santa y respetable pasó á manos de una mujer adúltera que tanto la aborrecía. Sobre esto se explica el Crisóstomo con su acostumbrada elocuencia, y dice [2]: Esta mujer es la antigua malicia que arrojó á Adán de las delicias del paraíso; que hace terrenos á los hombres celestiales; que arrojó en el infierno al género humano; que quitó la vida al mundo por una manzana de un árbol; esta hizo un mal por el que todos los hombres fueron condenados á muerte; esta encontró el verdadero trabajo y las angustias que ahora condenaron al Bautista; esta deprime la puericia, pierde la juventud, atrae, inquieta y atormenta la casi muerta ancianidad. ¡Mujer perversa! ¡Inaudita malicia que tantos y tan graves males causó, causa y causará al mundo hasta la consumacion de los siglos!

[1] Eccl. cap. 19, vs. 2 et 3.

[2] Div. Crisostom. ex vartis in Math. locis. Hom. 16.

Es preciso empero y conviene dar algunas noticias de esta tan desastrada mujer, segun nos las trasmite el célebre historiador Josefo [1]. Algunos han creído que el primer marido de Herodias fué Filipo el tetrarca; pero no es así, sino que fué otro hijo de Herodes el grande y de la segunda Mariamne, hija del sumo sacerdote Simon. Josefo le llama tambien Herodes, cuyo nombre acostumbraban á tomar los príncipes de esta familia. El tetrarca de Galilea que mandó decapitar á Juan, se llamó tambien Herodes, aunque su verdadero nombre era Antipas.

Este Herodes Antipas que tuvo Herodes el grande de cierta Cleopatra, de nacion judia, estaba casado hacia ya algunos años con una hija de Aretas, rey de la Arabia Petrea, cuando en un viaje que hizo á Roma vió á la mujer de su hermano Herodes Filipo, y apasionándose de ella concertó en secreto este matrimonio incestuoso en que consintió aquella, ó por la persona ó por el poder de Antipas. Era hija de Aristóbulo, hijo segundo de la desventurada y virtuosa Mariamne, de la dinastía de los Asmoneos, y habia dado á su esposo Herodes Filipo una hija llamada Salomé, la misma que pidió y obtuvo la cabeza del Bautista por intumacion de su madre [2]. Habiendo sabido la princesa árabe que estaba resuelto su repudio entre su marido y Herodias y que debia ceder á esta su calidad de esposa, aparentó que no lo sabia cuando regresó Herodes de su viaje, y solamente le pidió licencia para retirarse por cierto tiempo á Maqueron, fortaleza que pertenecia entonces á su padre, á cuyo reino se refugió inmediatamente. Por esta causa se encendió una guerra entre Aretas y Antipas, en que hicieron los árabes tal carnicería, que perdió el segundo todo su ejército.

Algunos judios creyeron que Dios destruyó el ejército de Herodes en castigo de haber quitado la vida á Juan Bautista, cuya poderosa influencia temia el rey, porque acostumbrados los judios á seguir

[1] Josefo. Antiquit. Judae. lib. 18.

[2] Esta opinion de Josefo está contrariada por algunos padres de los primeros siglos y por otros rabines, que aunque convienen en que se llama Salomé la saltatriz, no convienen en que fuese hija de Filipo, sino del mismo Herodes como aseguran; pero esto lo contradice san Marcos, y la de los primeros no tiene otro apoyo sino la costumbre de aquellos tiempos, en que el nombre de Herodes era comun á todos los reyes, como el César lo era á los emperadores romanos.

en todas las cosas, sus consejos, pensó que su muerte podria arrastrarlos á la rebelion, y creyó que era mas provechoso para sí quitarle la vida, que escarmentar tarde en la ruina de su poder: por esto mandó llevarlo atado á Maqueron, donde fué decapitado. San Gerónimo opina que no fué decapitado en el castillo de dicha ciudad, sino en Sebaste, que era otra de la Palestina, la que antiguamente se habia llamado Samaria, donde Herodes habia mandado edificar un gran palacio [1], y que después fué sepultado en Maqueron, ciudad de la Arabia, á la otra parte del Jordan; mas esto parece contrario á la historia eclesiástica, que dice que fué muerto en esta ciudad y sepultado en Sebaste. La cabeza santa del Bautista fué llevada á Jerusalem por orden de Herodias y sepultada con reserva y cautela no muy lejos de la habitacion de Herodes, porque temia que rescatase si se hubiese sepultado con el cuerpo, el que por revelacion del mismo san Juan hallaron dos monjes mucho tiempo después envuelto en unos sacos ó túnica de cilicio que se creyó eran los mismos vestidos que usaba en el desierto, y trasladado á Jerusalem fué sepultado entre los cuerpos de los santos profetas Heliseo y Abdias.

Al dar cuenta los Evangelistas de este acontecimiento trágico, sólo nos dicen que habiendo llegado á noticia de los discípulos de Juan la inesperada muerte de su maestro, fueron á pedir su cuerpo, el que se les concedió, lo pusieron en un féretro y lo llevaron á la sepultura donde lo depositaron. La degollacion no ocurrió el mismo dia en que la Iglesia celebra esta festividad, sino muy cerca de la pasqua de los ázimos, en el año anterior á la muerte del Salvador, habiendo estado un año entero en la cárcel. Después que los discípulos de Juan hubieron tributado á su maestro los últimos homenajes de misericordia, fidelidad y honor, y creyendo que nadie estaba mas interesado que Jesús por la persona del Bautista, fueron á llevarle la triste nueva y á consolarle con él de la sensible pérdida que acababan de sufrir. Llegaron á Cafarnaum casi al mismo tiempo que los apóstoles y discípulos de Jesús, pero aunque nada podian decirle que su Majestad no supiera, no por eso dejó de escuchar á todos benignamente: aflijóse el Señor con ellos como era natural, y les di-

[1] Div. Hieronim. De loco necis Joann. in cap. 14 Math.

jó cuanto podía conducir para consolarlos: ofreciéndoles su protección y escuela para que pudiesen seguirlo, y compensar con ventajas la pérdida que acababan de experimentar.

Con los discípulos de Juan y los de Jesús acudieron también una inmensa multitud de gentes que iban para ser instruidos y aliviados en sus males y dolencias, y á ser libertados de los espíritus malignos; pero el Señor no tenía aliento para negarse á ninguno: apenas caían unos cuando venían otros, y ni aun les dejaban tiempo para tomar el alimento necesario; y compadecido de ellos el divino Maestro los llevó á un lugar desierto y apartado para que pudiesen tomar algún descanso.

San Agustín, cuando contempla la degollación del Bautista, dice [1]: Verificóse en Juan lo que el mismo había predicho hablando á sus discípulos de Jesucristo: *Conviené que el cresca y que yo mengue* [2]; porque Juan menguó cuando le cortaron la cabeza y Cristo creció cuando le extendieron en la cruz. Y san Gregorio añade: La degollación de Juan indica la minoración de la fama de aquel que era tenido por Cristo por el mismo pueblo, así como la exaltación de Cristo en la cruz demuestra la propagación y aumentos de la fe; porque el mismo que antes era tenido por las tribus solamente como profeta, fué conocido después por todos los fieles como Hijo de Dios y Señor de los profetas. Así es que Juan, que había de disminuirse, nació cuando el sol empieza á menguar en su carrera ó á disminuirse el día; y el Señor, que había de crecer, nació también cuando el astro luminoso del día comienza á alargarse en su curso ó el día á alargarse [3]. Y que esto aun hoy día se verifique y suceda, lo estamos viendo nosotros, dice san Jerónimo [4]: Jesucristo es la cabeza de la ley que se separa de su cuerpo propio, esto es, del pueblo judaico; y se da á la muchacha gentil, que es la Santa Romana Iglesia, y la jóven lo da á su madre adúltera, que es la ingrata sinagoga, que al fin del mundo ha de creer y convertirse. Ved ahí cómo muere Juan, el amigo más íntimo del Salvador Jesús, su

[1] Div. Agust. Sermon. De Degollatione Joann.

[2] Joann., c. 3, v. 30.

[3] Div. Gregor. Hom. 6 in Evang.

[4] Div. Hieronim. in cap. 14 Math.

pariente y gran secretario del Hijo de Dios. Ved ahí cómo fenecía un hombre tan grande y de tan singular virtud, cual si hubiese sido un malhechor. ¡Oh impiedad! ¡oh crueldad inaudita! El justo es degollado; su cabeza es el precio de un baile; su cabeza se lleva en un plato, se ofrece á los convidados; ¡grande vianda! pero horrible para presentarse en un banquete regio. Solo la lujuria y la venganza pueden alimentarse con ella. Cuando se refiere la virtud de este justo y la ferocidad del tirano que lo mandó degollar, se estremece y derrite el corazón.

Juan es la estola riquísima de la virtud, el majisterio de la vida, la forma de la santidad, la norma de la justicia, el espejo de la virginidad, el título de la pudicia, el ejemplo de la castidad, el camino de la penitencia, el consejero de los pecadores, la regla de la fe. Juan es mayor que todo hombre, la suma de la ley igual á los ángeles, la sanción del Evangelio, la voz de los apóstoles, el silencio de los profetas, la lucecilla del mundo, el precursor de Cristo, el testigo fiel del Señor y el medio de toda la Trinidad. Y siendo tan grande, está bajo el poder de un incestuoso, se entrega á una adúltera, y su cabeza se adjudica en premio á una saltatriz. Oigamos esto pues todos los que viviendo seguimos el camino de la virtud y somos por lo mismo perseguidos y maltratados por los hombres perversos. Dios entonces sostuvo á aquel á quien antes había sostenido, en el desierto, llevando ceñido su cuerpo con una áspera correa de pieles y yendo vestido con un saco de cilicios; á aquel que era más que profeta y el mayor entre todos los que habían nacido de mujer; y que por sostener las leyes divinas fué muerto por causa de una mujer incontinente y de una corrompida meretriz. Pensando esto, suframos con paciencia, resignación y constancia los males y persecuciones de este mundo, que los hombres malos nos hagan sufrir para que un día seamos coronados con los santos que nos dieron tan nobles y gloriosos ejemplos de paciencia y sufrimiento, y viven y reinan con el Santo de los santos [1].

[1] Div. Crisostom. Hom. 16 ex variis in Math.

## ORACION.

*Amantísimo Redentor y Salvador mio Jesucristo. Concédeme la dicha de que por la santa predicacion de tus discípulos de tal manera quede enseñado, que jamás me ensorberzca por ninguno de todos aquellos pensamientos y cosas que puedan excitar en mi corazón el envanecimiento y orgullo, sino que ayudado con tu gracia me glorie solo en tu cruz, y en todo aquello que excite y provoque a la humildad; y que esta misma doctrina santa del Evangelio confirme siempre y fortalezca mi corazón en la mas profunda humildad y en el ejercicio y práctica de todas las virtudes, para que libre de todos los vicios y adornado de todas aquellas merezca hallar en tí, en esta vida y en la otra, el descanso eterno de mi alma. Amen.*

## ORACION.

SOBRE LA DEGOLLACION DE SAN JUAN BAUTISTA.

*Oh santo y bienaventurado precursor de Jesús, Juan Bautista, grande amigo de Cristo, lucifilla que luces y ardes! ruega por mí, miserable pecador, á Dios Padre de las misericordias, para que ilumine é inflame mi corazón tenebroso y frío, á fin de imitarle sufriendo todas las persecuciones con paciencia, por Jesucristo, por su fe, por la verdad y por la justicia; y después de haber peleado como tú, con varonil constancia hasta la muerte, merezca por tus méritos é intercesion llegar felizmente á las reales bodas del Cordero inmaculado, que con tu dedo enseñaste al pueblo. Amen.*

NOTA. La historia del presente capítulo se halla repartida en el VIII de san Lucas, versículos 2 y 3. En el X del mismo, desde el versículo 1 al 12, y desde el 17 al 20. En el XIV de san Mateo, desde el 3 al 12, y en el VI de san Marcos desde el 17 al 31, todos inclusive.

La Iglesia usa del de san Lucas en las varias festividades que se nota en el la página 21, por lo que no se repiten ahora ni se pone

tampoco el texto del mismo Evangelio por estar compendiado en el X de san Mateo que allí se estampó.

Usa tambien del VI de san Marcos en la festividad de la degollacion de san Juan Bautista á 29 de agosto; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA EN LA FIESTA DE LA DEGOLLACION DE SAN JUAN BAUTISTA.

*San Marcos, cap. VI, vs. 17 al 29.*

En aquel tiempo envió Herodes á prender á Juan y le aberjó en la cárcel por causa de Herodias, mujer de su hermano Filipo, con la que se había casado. Porque Juan decía á Herodes: No te es lícito tener por mujer á la que lo es de tu hermano. Por lo que Herodias le amaba asechanzas y deseaba quitarle la vida; pero no podia conseguirlo, porque sabiendo Herodes que Juan era un varon justo y santo, le temia y miraba con respeto, y hacia muchas cosas por su consejo, y le oia con gusto. Mas en fin, llegó un dia favorable á las designios de Herodias, en que, por la fiesta del nacimiento de Herodes, convidó este á cenar á los grandes de la corte y á los primeros capitanes de sus tropas, y á la gente principal de Galilea: y habiendo entrado la hija de Herodias, bailó, y agradó tanto á Herodes y á los convidados, que dijo el rey á la muchacha: Pideme lo que quieras, que te lo daré. Y le añadió con juramento: Si, te daré todo lo que me pidas, aunque sea la mitad de mi reino. Y habiendo ella salido, dijo á su madre: ¿Qué pedire? Respondióle: La cabeza de Juan Bautista. Y volviendo al instante á toda prisa á donde estaba el rey, le hizo esta demanda: Quiero que me des luego en una fuente la cabeza de Juan Bautista. Centristóse el rey; mas en atencion al limpio juramento y á los que estaban con él en la mesa, no quiso disgustarla, sino que enviando á un alabardero, mandó traer la cabeza de Juan en una fuente. El alabardero pues le cortó la cabeza en la cárcel y trájola en una fuente, y se la entregó á la muchacha. Lo cual sabido vinieron sus discípulos, y cogieron su cuerpo y le dieron sepultura.

vador destinaba para retiro de los suyos, y donde quería que descansasen de las fatigas de su mision, para que despues fuese mas celebrado por el grande número de milagros que en él obró. La estacion era cómoda y bellissima, pues solamente distaba cuatro dias la fiesta de la Pascua que se celebraba, el lunes día décimoquinto del primer mes.

El Crisóstomo dice [1]: Que se marchó al desierto para enseñarnos á huir del tumulto y descansar en la soledad de las turbaciones que él consigo trae. Se marchó al desierto y huyó la tiranía de Herodes, no temiendo la muerte, sino porque aun no habia llegado la hora de su pasion; y para ahorrar á sus enemigos que al homicidio de Juan uniesen otro homicidio mayor, y sobre todo, para dar á conocer á los prelados y ministros de su Iglesia que tambien le es lícito ceder alguna vez y huir un tiempo de persecuciones para conservarse cuando conviene á la salud de muchos. Y se marchó en fin para probar la fe de otros, á ver si le seguian con tanta resolucion y ánimo cuando le veian perseguido como cuando le advertian buscado, aplaudido y celebrado de todos los principes y centuriones, cuyos hijos resucitaba y sanaba, y á cuyos criados daba asimismo la salud.

Con esta huida nos dió ejemplo de dos grandes virtudes, á saber, de la prudencia y de la fortaleza. Retirabase habiendo tenido antes la precaucion de llamar á su lado á sus apóstoles y discípulos, para que cuando nos viésemos en el caso de huir el cuerpo á los que nos persiguen, no lo hiciésemos sin avisar por lo menos á los justos que podrian quedar expuestos, retirándoles del peligro en cuanto esté de nuestra parte; y de fortaleza, para que todos entiendan que deben aventurarse á los trabajos que en sí misma trae la defensa de la causa de Dios; y para demostrarnos que le siguieron otras muchas personas, nos dicen los Evangelistas: Que á pesar de la persecucion y de las penalidades del viaje, los siguieron las turbas, esto es, los sencillos, los humildes, los pobres, no los vanidosos y soberbios; porque la prudencia y la sabiduría de la carne son enemigas de Dios, y los unos y los otros se avergonzaban de seguir á Je-

[1] Div. Crisostom. Hom. 41 in Joann.

## CAPITULO XVII.

MULTIPLICA JESUS CON SU BENEDICION LOS CINCO PANES Y DOS PECES, Y SACIA CINCO MIL HOMBRES EN EL DESIERTO.

Si Jesús hubiese podido ignorar lo que pasaba en la casa de Herodes, podriamos decir que al llegar á sus oídos la noticia de la muerte del Bautista se habia llenado de miedo y se apresuraba á salir de aquella tierra que creia serle fatal: tales eran las medidas que tomaba el Salvador para interrumpir la continuacion de sus trabajos y salirse algunos dias á la soledad para respirar con sus amigos escogidos y tomarse al parecer algun descanso; pero miserablemente se engaña y pierde la sabiduría de los hombres cuando por sus propias luces quiere examinar las resoluciones de Dios.

Tenian sus apóstoles la orden de tenerle pronta una de sus barcas, embarcáronse con él, pasaron felizmente al otro lado del mar de Tiberiades, y llegaron á las márgenes de una gran llanura rodeada de las faldas de los montes, dependiente de Bethsaida. Estaba esta plaza situada al oriente de Cafarnaum y al mediodía de Tiberiades, extendiéndose á lo largo por la parte de Galilea, á alguna distancia de la antigua Panoas, que se llamaba Cesárea de Filippo desde que el tetrarca de este nombre la reedificó y dió á los Césares en prenda y seguridad de su dependencia. Este era el sitio que el Sal-

nerista, pobre y perseguido. Seguíanle aquellos á pié para manifestar no solo el ardor de su corazón, sino el vehemente deseo de conseguir la salud espiritual de su alma, nutriendola con las doctrinas santas y sublimes ejemplos de Jesús, porque todas sus palabras y obras eran la doctrina viva y eficaz que penetraba hasta el alma, y la ilustraba y fortalecía. Los menores le seguían, los mayores le perseguían; porque los pobres siempre siguen á los pobres, y los ricos se desdaban de seguir el espíritu de la pobreza y humildad.

Una cosa hay sin embargo muy digna de reparo y que descuella al parecer y sobresale sobre todas las demás, y es que aunque el Salvador quería hacer este viaje como de incógnito y oculto, no se escondió á las turbas, los que lo vieron y divulgaron, y salían al instante los pueblos, y corrían detrás de aquel que se llevaba consigo todos los corazones. Este poder tiene la fragancia de la santidad; este bien olor hace que corran las gentes en pos de Cristo, y llegando á aquel desierto lo encontraron tan poblado cual si hubiera sido una opulenta ciudad. Habíase sabido en Cafarnaum que se alojaba el Señor y el paraje que había elegido para su retiro; le habían visto ir á la mar con sus discípulos, y desesperanzados de poderle detener, resolvieron ir á eleazarlo. En pocas horas se divulgó el rumor de su partida, y hombres, mujeres y niños salieron en tropas á seguirle. No pudo tanta gente encontrar naves que los transportara, y tomando el camino por tierra fueron á parar el Jordán por la parte del lago de Genezar, y se halaron en los llanos de Bethsaida antes que llegase á ellos la barca que conducía al Salvador. Qué vuelta! qué camino! qué dificultades no superaron en poco tiempo y vencieron aquellas buenas gentes para seguir á Jesús! Veían con admiración las maravillas que todos los días obraba, y no esperaban sino cosas grandes de un hombre que hacía todo cuanto podía esperarse de un Dios. Esto era lo que les llevaba tan fuertemente á él, que no hubo aldea en toda aquella comarca de donde no saliese un gran número de habitantes, á quienes el deseo de oír hablar á Jesús obligaba á este camino que hicieron por tierra mas presto que por el mar.

Antes de contemplar la sorpresa de los apóstoles al verse rodeados de tanta gente, á la que una santa impaciencia parece había ho-

cho volar para seguirlos y juntarse con ellos cuando menos lo esperaban, es preciso advertir el motivo que tuvo el Salvador para no ir á la solemnidad de Jerusalem. Hacía muy poco tiempo que su Majestad había estado allá, y había observado que las disposiciones de los fariseos y escribas siempre eran las mismas hacia su persona. Juzgó pues que no convenia volver á ella tan presto, no obstante que había de predicar allí aun mas de una vez antes de padecer la muerte; porque estaba resuelto á no celebrar allí otra Pascua, sino es aquella en que él mismo había de ser la víctima. La celebración de esta fiesta no era de precisa obligación sino para los habitantes de la capital y sus contornos que tenían á una distancia proporcionada la casa de Dios; fuera de la cual no debían practicarse los ejercicios públicos del culto exterior que se acompañaban de ceremonias y sacrificios; por cuya razon los apóstoles, que no se apartaban del lado de su Maestro sin una orden expresa suya, se creyeron dispensados tambien de concurrir á ella; y como solo pensaban en descansar en la soledad, fué mayor para ellos y algun tanto ingrata la sorpresa de verse rodeados de tanta gente, á la que una santa impaciencia había hecho volar para seguirlos y juntarse con ellos cuando menos lo esperaban.

No desagradó tanto al Maestro como á los discípulos ver la inmensa multitud que lo esperaba; su corazón se llenó de complacencia y las turbas lo recibieron con grandes demostraciones de alegría. Todos se olvidaron de sus trabajos, y les parecieron nada en comparación del bien grande que se prometían de su presencia. Los caminantes no dejaban de estar fatigados con exceso. El Salvador los miró tiernamente compasivo como fieles ovejas que corren en busca de su Pastor, de quien se juzgan abandonadas. Dióles su Majestad tiempo para que descansasen algo, y después de asegurales que volveria presto, se subió á un monte en donde hizo sentar junto á sí á sus discípulos, hizoles observar aquella inmensa multitud, que aunque poco ilustrada sobre su verdadera grandeza, con todo, estaba tan adicta á seguirle, porque veían los frecuentes milagros que obraba en beneficio y favor de todos los que imploraban su misericordia.

El monte donde sube Jesucristo es símbolo de la perfeccion etran-



gética, á donde nos conduce subiendo delante de nosotros para infundirnos ánimo con su ejemplo. Dichoso el que permanece unido siempre con Cristo, pues á donde va el Señor irá también él: no subirá sino hácia la perfeccion y por los pasos de la oracion; no bajará sino al valle de la compuncion con espíritu de humildad. Propio es de los discípulos del Salvador elevarse sobre los afectos de la tierra para escuchar sentados, esto es, con ánimo sossegado y pacífico las verdades del cielo. Mas no ocultándose á Jesús la santa impaciencia con que las turbas lo esperaban para satisfacer su deseo, bajó al llano y les habló con un semblante que manifestaba bien la tierna afecion que les tenia: Segun su costumbre, procuró lo primero darles el mantenimiento espiritual, proponiéndoles las máximas de una alta perfeccion, sembrando en sus oraciones las primeras semillas del cristianismo, que acostumbraba á llamar el reino de Dios.

Ni en lo alto del monte con sus discípulos, ni en la llanura con las turbas estaba el Señor ocioso ó desdichado, sino que hablaba con los unos y los otros con toda diligencia y cariño para hacerlos mas solícitos y devotos [1]. Cuatro beneficios hizo el Señor á los que le seguan: recibió á los fatigados, instruyó á los ignorantes, sanó á los enfermos, sació á los hambrientos, manifestando con esto cuánto le place y alegra la afectuosa devocion de los que en él creen, y éstos indican otros cuatro beneficios que el Señor hace espiritualmente á las que le siguen. Recibe á la penitencia á los fatigados con las obras de los pecados. Instruye con la gracia todos los que tienen el entendimiento ciego por la culpa. Sana con la justificación los que están llagados y heridos con la venenosa flecha de los vicios. Y alimenta y fortalece con los consuelos interiores todos los que están debilitados y oprimidos con el peso de sus iniquidades. Los que buscan á Cristo en la soledad y le siguen por el desierto, no se cansan y son bien recibidos de él, y curados corporal y espiritualmente si lo necesitan. Pero nadie come el manjar de Cristo si antes no está sano: solo después de la remision de los pecados se da á los fieles el manjar celestial.

[1] Div. Crisostom. Rom. 41 in Johann.

A las santas instrucciones de Jesús, llenas de uncion y de gracia, con las que se sanaban las dolencias espirituales de las almas, seguíanse ordinariamente las curaciones milagrosas de los cuerpos: entre la multitud se halló un gran número que en medio de su flaqueza habia venido de muy lejos; los distinguió su Majestad, hizo que se acercasen á él y los sanó á todos. ¡Qué documento tan bello! Así deben obrar todos los hombres constituidos en autoridad, y mas particularmente los prelados eclesiásticos: deben recibir á sus súbditos con dulzura, y con mayor benignidad á los que despeñándose del monte de la santidad al barranco del vicio, y abandonando la dulce y amigable conversacion de Cristo por atender á los vanos y torpes razonamientos del mundo vuelven desengañados y arrepentidos á oír la voz del Pastor que un tiempo desestimarón. Deben enseñarlos con paciencia y sabiduría, sanarlos con eficacia y reforzarlos con el pan de la doctrina sana. Por esto dice el Evangelio que levantó los ojos, no solo para dar á conocer su modestia, sino para significar las miradas de un buen Pastor que atiende al remedio de sus ovejas, y se anticipa á sus suspiros y á sus lágrimas. ¡Qué bienes no esperará el rebaño que con tan buenos ojos es mirado del buen Pastor. ¡Oh, cuán al revés de la Sinagoga miraba el Salvador á los pequeñuelos y pobres! Pero es de notar que en aquella soberbia asamblea no habia sino fariseos, doctores y sacerdotes, mas no pastores. No eran aquellos ministros siervos de Dios, sino del mundo; ordenaban la doctrina y autoridad á su propia honra y no á la salud ajena: por esto no merecen el nombre de pastores los que engreídos con su dignidad pasan su vida en ocio, se desdician de mirar á los humildes, desprecian é insultan con orgullo á los que se desalzan; y si alguna vez trabajan es en asuntos muy ajenos de su vocacion, consultando solo con medros é intereses en estos y en los demás propios de su ministerio.

Estan entretenido como dulce el ejercicio de la caridad, y las horas y los dias se pasan sin sentir al hombre caritativo, así como al devoto se le pasan tambien sin advertirlo cuando está ocupado en los ejercicios de piedad y devocion. Como Jesús era todo caridad, y todo su desseo se dirigia á procurar la salud de las almas; alargaba ordinariamente sus pláticas hasta la caída del sol, siendo tan

grande la suavidad y dulzura de sus trabajos, que como que se enagenaban las turbas, no sintiendo desfallecimiento ni desmayo aunque en todo el día no probasen ni un solo bocado. Así se hace fácil el creer cómo estando tan cercana la noche no pensaban las turbas en comer, ni en que se hallaban en el desierto, ni en que no tenían provisiones, ni en que era ya la hora de retirarse. Los apóstoles empero pensaron con mucha sinceridad que ocupado el divino Maestro como solía en la salud de las almas, en la cura de los cuerpos y en el consuelo de los afligidos, olvidando sus propias necesidades se olvidaba también de las de los otros; y le rogaron que enviase el pueblo á los lugares y aldeas vecinas para que buscasen qué comer y donde alojarse aquella noche. Significáronle que todos tenían necesidad de tomar algún sustento, que había pasado ya la hora ordinaria y que era imposible hallar víveres en un desierto como aquel en que estaban. La caridad de Jesús, aunque mas silenciosa y sosegada, no era menor que las de sus discípulos; sin embargo, no conservaba oculto su grandioso y admirable designio hasta que viniese el momento de ejecutarlo.

La indicación de los apóstoles hecha con tanta oportunidad obligó en cierto modo al Salvador á que levantase otra vez los ojos para contemplar de nuevo aquella multitud inmensa de que estaba cubierta la campiña; y contempló con ánimo inalterable tantos hombres, mujeres y niños, cuyos semblantes sonrosados por el ardor de su pecho, lejos de manifestar necesidad ó desfallecimiento, no indicaban sino contento y alegría; y fijando después como con cierta especie de inquietud sus ojos sobre los apóstoles, parecía que con tu mirar expresivo quería decirles: Conozco mejor que vosotros que han de menester alimento, y no se me esconde que ya es tarde; pero ¿qué necesidad hay de que se vayan? ¿No será mejor que vosotros les dejis de comer? Arduo y embarazoso sería para los apóstoles este empeño de Jesús, no comprendiendo cómo podía verificarse lo que acababa de decirles. Dirigió su Majestad la vista y la voz á un mismo tiempo á Felipe, que entre todos ellos debía ser el que tuviese mas conocimiento del país, no solo por ser natural de Betsaida, lo mismo que Pedro y Andrés, sino es también porque siempre había vivido allí hasta su última vocación, y le dijo: Y bien,

Felipe, ¿dónde hallaremos pan para dar de comer á esta pobre gente? El Señor quería con esto probar la fe de su apóstol y obligarle á que manifestase en público el concepto que de su poder había formado.

Indudablemente lo habían formado todos el mas grande y elevado; pero por mas acostumbrados que estuviesen á verle obrar maravillas inauditas, no les ocurriese la idea de que pensase el Salvador obrar una de las mayores que hasta allí le habían visto hacer. Así pues le respondió como admirado Felipe: ¡Ah, Señor! ¿pan para tanta gente! Aunque se empleen en esto doscientos dineros ó denarios [1], apenas tocará un pedazo pequeño á cada uno. Todos los apóstoles apoyaron la respuesta de su colega; mas el Señor insistió siempre en que no podía resolverse á despedir tanta gente en ayunas, y quería que se hallase medio para socorrerlos; á lo que replicaron los apóstoles: Pues es preciso váyanos á recoger el pan del contorno y empleemos en él la expresada suma [2].

Son demasiado sublimes los documentos que nos da el Salvador en esta ocasión para que los dejemos pasar como desapercibidos. No veofrenta la Sabiduría increada de pedir á sus discípulos un consejo de que no tenía necesidad. ¿Quién dirá que el preguntar es siempre argumento de ignorancia, ó que cede en descrédito de la persona dar muestras de que uno no sabe tanto como otro, ó que se puede seguir algun daño á la Iglesia de que revestidos sus ministros de aquella simplicidad y prudencia que tanto el Salvador les encarga, quieran mejor parecer humildes por la ignorancia, que orgullosos é hinchados por la ciencia vana? Mírense en esta humildad de Jesús los que tienen necesidad de consejo ó de doctrina, y no teman consultar en las cosas dudosas y preguntar siempre, que les sea necesario. Faltos los hombres de consejo, particularmente en la juventud, y avergonzándose de pedirlo, se quedan con la ignorancia y no pueden aprovecharse de la experiencia. La primera regla de la prudencia es preguntar lo que se ignora [3], porque el ignorante

[1] El denario era una moneda romana que valia en aquel tiempo cinco dracmas de plata.

[2] Marcos, cap. 6, v. 37.

[3] Div. Hilar. in Pa. 118.

oyando se hace sabio, y el que ya lo es alcanza nueva sabiduría. Muchos se ven confundidos y se pierden no solo en sus negocios temporales, sino tambien en los eternos, por haber procedido sin consejo; porque escrito está: Hijo, nada hagas sin pedir antes consejo, y después de haberlo hecho no te verás arrepentido [1].

Probaba el Salvador la fe de los apóstoles con su aparente ignorancia, porque como infinitamente sabio, no se dirigen sus pruebas á entibiar ó debilitar nuestra fe, sino á tenerla en continuo ejercicio para darla nuevo brillo y aumento y ponernos en estado de merecer mejor sus misericordias; por esto quiso probarla una y otra vez á fin de que llegado el caso conociess mejor la riqueza y la omnipotencia de Cristo, y nunca desconfiase por grande que fuese su pobreza ni la de todos aquellos que se dedicaban á seguirle. Oudar de la Providencia es incredulidad, murmurar de ella es ingratitud, y desconfiar timidez y pusilanimidad. En estas miserias caen los atribulados cuando no los alienta y sostiene la fe. Todo el ánimo nos lo arrebatara la tribulacion cuando no tenemos viva fe en aquel de quien nos viene todo el consuelo. En viéndonos pobres, perseguidos, olvidados ó aborrecidos del mundo y de nuestros allegados y amigos, ya nos parece que todo es perdido. ¿Dónde está entonces nuestra fe? Y aunque todo nos falte, ¿por ventura nos falta ni nos faltará jamás nuestro Dios? ¿No nos tiene mandado que siempre y en todo trance esperemos en él? Nada puede faltar al que tiene á Cristo, y mucho menos al que todo lo deja por seguir á Cristo; por esto quería que los apóstoles se asegurasen por todos los caminos ó medios de la certeza y grandeza del prodigio que iba á obrar.

Hubieran, no hay duda, marchado á la ciudad á comprar víveres para alimentar las turbas vista la resolución del Maestro, si este no les hubiess detenido con una pregunta que vino á turbarles mas y á ponerlos en un nuevo conflicto. Examinad, les dijo, qué pan ó qué provisiones tenéis. Que fue la misma que decirles: Para que veais cuán distintos son mis pensamientos de los vuestros, y os conzenciais de que no tenéis bien formado todavía vuestro corazón y espíritu, y que mi ánimo es socorrer á estos infelices sin dilaciones

[1] Ecti, cap. 23. v. 24.

ni tardanzas, y sin salir del desierto, sabed bien lo que hay que comer. Cinco panes de cebada y dos peces es toda la provision que trae un muchacho que nos sigue, dijo Andrés, hermano de Pedro; ¿pero de qué sirve esto, Señor, para tantos? Buen ánimo, esto basta quiso decirles Jesús, cuando informado de la existencia les dijo al instante: Pues bien, disponed que se sienten los hombres. ¿Qué pobreza la de los apóstoles! y sin embargo, ¿qué liberalidad! Se ofrecen á socorrer á otros con lo que al parecer no les alcanza para sí [1]. Poco son, y tan solo llevan cinco panes y dos peces: despreciables les eran las cosas corporales porque estaban poseídos de las espirituales. Convenia que fuésemos instruidos con el ejemplo de los discípulos, para que aprendiésemos á repartir entre los necesitados aun lo poco que tengamos. Era la llanura del desierto un hermoso valle cubierto de yerba y de heno verde, y mandó el Señor á los apóstoles que distribuyesen las turbas en *brigadas* ó *turmas* de ciento en ciento y de cincuenta en cincuenta, y que verificada la operacion volviasen á él con prontitud.

Si es pasmosa la obediencia de los apóstoles, lo es tambien la de las turbas: siéntanse con la mayor puntualidad y comedimiento fiados en la palabra de Cristo. Ya valia duda ni desconfia; y la firme confianza manifestada en la pronta y fervorosa obediencia es premiada con un milagroso banquete. Ejecúntase las órdenes y se distribuyen cerca de cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños. Un ejército tan numeroso en otras circunstancias hubiera sido bastante para causar hambre y carestia en el país; y para alimentarlo solo habia cinco panes y dos peces; pero esto en las manos de Jesús bastaba para sustentar al universo. Patente estaba al Salvador la afanosa solicitud de sus discípulos, conociendo al mismo tiempo que cuanto mas dificultad hallasen en lo que les ordenaba, tanta mayor facilidad tendrian en comprender la grandeza del milagro.

Colocadas las turbas segun las órdenes de Jesús, levantó sus ojos al cielo para mostrar que necesitaba algun socorro extraordinario de lo alto; dió gracias á su Cielo Padre, de quien habia recibido el poder para obrar una maravilla tan grande como la que iba á ejecu-

[1] Div. Crisostom. Hom. 50 in Math.

tar; bendijo aquellos tan cortos manjares y mandó á los apóstoles que se acercasen, que los fuesen tomando de su presencia y que empezasen á distribuir. Habíalos tocado el Señor con sus manos, y de las suyas pasaban á las de sus discípulos, para que el cansancio de ellos no fuese tan grande, y los iban sirviendo á los diferentes grupos que se habían formado tan puntualmente como se les mandaba. A cada uno daban cuanto quería, y acabado de distribuir lo que llevaban volvían á cargarse de nuevo. No cesaron un punto las manos del Salvador hasta que el último niño de la tropa tomó cuanto del pan y los peces apetecía. Todo el mundo tuvo tiempo y con qué saciarse. Repartió el Señor y saciáronse las turbas; pero es preciso ver que dió gracias á Dios antes de repartir, porque es un beneficio del cielo el poder socorrer á los otros. Ingratos hay aun entre los que reciben; de los que dan son los innumerables. Nace esto de que no tenemos fe para ver cuánto mas gana el limosnero dando que el pobre recibiendo.

¿Pero qué es lo que repartió el Señor? ¿Acaso los panes que le dieron? No, dice san Agustín [1], no son los cinco panes que se le presentaron, sino los que él creó de nuevo; porque en sus manos estaba la omnipotencia, y el que en el principio creó todas las cosas de la nada, bien hubiera podido en el desierto crear otras panes nuevos multiplicándolos hasta lo infinito si hubiese querido. ¿Qué díficil á esto los desconfiados que dudan de la providencia omnipotente de Dios? ¿Qué todos aquellos que niegan la divinidad de Jesucristo y no quieren poner en sus manos sus negocios? Poder tener y misericordia; no hay pues por qué desconfiar de él. Multiplicó los panes y los peces, dice el Crisóstomo [2], para demostrar que era tan Señor de la tierra como de los mares, y que mandaba en uno y otro elemento; y los partió, y partiéndolos los multiplicó, y multiplicados los dió á sus discípulos para que los repartiesen, en señal de que los bienes temporales se dan á los prelados para que los repartan á los pobres. Bendijo y multiplicó los panes y los peces para que todos no solo comiesen hasta la hartura, sino que sobrasen muchos mendrugos.

[1] Div. August. in Joann. cap. 6. Tract. 24.

[2] Div. Crisostom. Hom. 59 in Math.

Después de esto mandó el Señor que recogiesen las sobras, pues no hay ninguna razon para dejar que se pierda cosa alguna: en verdad, ninguna cosa merecia recogerse con mayor veneracion y respeto que aquellas sobras milagrosas. Los apóstoles cumplieron inmediatamente la orden de Jesús, recorrieron la llanura y llenaron doce grandes canastas de fragmentos, cada uno la suya, para que llevándola sobre sus propios hombros se manifestase mas grande á vista de todos el milagro. Grande hubiera sido saciando mas de cinco mil personas con solo los cinco panes y dos peces; pero las sobras le hicieron mucho mayor, porque fué mas lo que sobró después de hartos que lo que tenían antes de comer [1]. Estas maravillas las obra muchas veces la caridad, multiplicando muchísimas las dadas en manos del limosnero: por esto la santa y verdadera caridad siempre cuenta con la providencia de Dios; ni la espantan los muchos y diversos pobres ni las graves y urgentes necesidades, y así merece ser consolada muchas veces con los milagros invisibles de la asistencia del Señor, y algunas con los visibles. También aquí condena la Majestad divina á los que abusan de sus bienes, dejando perder lo que guardado y aprovechado pudiera servir á los pobres, en lo que se demuestra hasta dónde llega la licencia de aprovecharse cada uno de lo que Dios le concede, que es hasta socorrer la propia necesidad; y lo que de ahí sobre lo destina Dios para otros.

Era preciso que aquellos hombres hubiesen estado enteramente ciegos ó poseidos de la estupidez y de la ingratitud mas monstruosa, para que un milagro de aquella naturaleza y tan diferente de los que Cristo hasta entonces habia obrado, no tuviese grandes consecuencias, á las que si el Salvador no hubiese puesto orden, hubieran sido muy contrarias á sus humildes y pacíficas intenciones. No dudaban ya los pueblos que él que tan milagrosamente les habia alimentado era el Cristo prometido, aquel Profeta grande que habia de venir al mundo, y á quien todos ellos esperaban; y formando una comparacion entre la multiplicacion hecha por Eliseo y la que acababan de ver, teníanla por infinitamente mayor, decian: *Este es el verdadero Profeta*: á lo que añade san Agustín [2]. *Este es el Se-*

[1] Theophilact. in cap. 9. Lucæ.

[2] Div. August. Tract. 24 in Joann.

ñor y Dios de los profetas, á quien todos los demás anunciaron, que vino al mundo para salvarle. Este es el Cristo prometido en la ley como Profeta mas excelso y glorioso que todos los demás; y así fué que visto el milagro, el pueblo le reconoció y confesó; mas falsamente persuadido que Cristo habia de llevar la corona de Israel para restituirla á su antiguo esplendor, tomaron la resolucion de reconocerle y proclamarle por rey.

Después de haber incurrido en este primer error, cayeron en otro mucho mas degrañante y grosero. Creyeron que aquel gran rey no queria sentarse en su trono por su propia virtud y poder, sino que convenia á su mayor gloria que sus mismos vasallos le subiesen á él con festivas aclamaciones, rindiéndole homenajes, con los que no dudaban se aumentaria su reputacion y crédito, y atraeria á sí todos los verdaderos hijos de Jacob; y protegido de Dios como lo estaba, haria valer sus derechos sobre todos los de los usurpadores, y les haria la nacion mas temida y respetada de todo el universo. Así preocupados, formaron su plan y convinieron en ejecutarlo, temiéndole secreto hasta que se le presentase una coyuntura favorable.

¿Cómo se conoce que estaban los hombres enteramente ciegos! A no haberlo estado, ¿cómo podían imaginar habian de ocultarse los secretos de su corazon á aquel que tanta virtud y poder tenia? Jesús no ignoraba sus pensamientos ni el modo de desconcertarlos; pero no queria que sus discipulos llegasen á conocer el plan de las turbas, porque no hallándose aun suficientemente ilustrados ni con bastante firmeza para resistir á la tentacion de ver sobre su cabeza la corona de Israel, era muy de temer que cayesen en el lazo si hubiesen llegado á entender el proyecto; por lo que dice san Marcos [1]: Que inmediatamente obligó á sus discipulos á subir en la barca para que pasasen antes que él al otro lado del lago hácia Bethsaida, mientras él despedia al pueblo, y que no fuesen con inquietud ni cuidado alguno por lo que miraba á su persona.

San Mateo [2] y san Marcos usan casi de la misma frase quando dan la noticia de que Jesús mandó en esta ocasion á sus apóstoles

[1] Marc. cap. 6, v. 45. Coeji.

[2] Math. cap. 14, v. 22. Compulsi.

á que repasasen inmediatamente el lago. El primero dice, *les compelió*. El segundo, *les obligó á la fuerza*: lo que indica la dificultad que aquellos tenian de separarse de su Maestro; pero aunque era ya muy tarde les fué preciso obedecer, y hasta después de su partida no fué Jesús á dar orden á los galileos, para que dividiéndose por familias fuesen á buscar donde pasar la noche en las aldeas y lugares vecinos. Aquí se vió cuán grande era el ascendiente que el Señor tenia sobre ellos; pues á pesar de ser muy entrada la noche, á pesar de estar firmes en su pensamiento de proclamarle rey, y aun asaltados de la idea de ponerle en ejecución sin perder tiempo, viendo que el Salvador estaba solo, obedecieron su orden y abandonaron por entonces su designio. Jesús mientras tanto se desprendió de ellos y huyó solo al monte, donde permaneció en oracion una gran parte de la noche.

¿Cuán grandes y dignas de la atencion del cristiano son las consideraciones que naturalmente se desprenden de este pasaje del Evangelio! Acreditáronse en esta ocasion los judíos que seguian á Cristo, de gente carnal, pues les estimuló mas el milagro que obró en ella para matarles el hambre, que cuantos le habian visto obrar en otras muchas; en los que se acreditaba y justificaba su poder sobre el infierno y la muerte; preferian los beneficios del cuerpo á los del alma; por eso sus alabanzas no nacian en ellos de viva fe ni del fondo de su corazon, y así estuvieron siempre muy poco tiempo en su boca. Un dia le llamaron profeta, luego adulator, mas adelante seductor y reo de muerte. ¡Oh! ¡cuántos imitadores tienen los judíos carnales entre los cristianos! Hoy bendicen muchos á Dios porque los llena de dones; pero si mañana los cambia en trabajos, tambien ellos truecan las alabanzas en duras y pesadas blasfemias. ¡Oh! ¿cuán pocos son los que exclamen y digan con el Crisostomo [1]: ¿Qué dire? ¿qué hablare? Bendito sea Dios, dije quando salí á mi destierro: bendito sea Dios, digo ahora que vuelvo de él; y puesto allí, nunca esta palabra se me calló de la boca! Diversas son las causas de preferirla, pero una es siempre la glorificacion del Señor. ¿Cuán pocos los imitadores de Tobías y de Job!

[1] Div. Crisostom. Hom. 12, post redit. exil.

Aclamáronle profeta, pero con un conocimiento cierto y fundado en los milagros que le veían obrar, de que era el Profeta verdadero prometido en la ley [1], el esperado, el suspirado y deseado de los antiguos patriarcas; el Hijo de Dios que había venido á ser el gran Profeta de la nueva ley [2], que el Padre nos envió para que le oyésemos [3], porque es su palabra viva, eterna y eficaz, y con todo, ellos no la oyeron; y aun cuando les llenaba de gracias y derramaba con profusión sobre ellos sus misericordias, lo persiguieron, le apedizaron, lo arrojaron de sus ciudades, y nunca cesaron de maquinár contra su persona; pero si le crucificaron por satisfacer su negro é implacable odio, también el estermínio y la desolación del pueblo judaico fueron una muestra de la severidad con que Dios castiga al que no oye ese gran Profeta [4]. Querían proclamarle rey, no porque consultasen la mayor gloria de Dios, sino su propia conveniencia, su bienestar y engrandecimiento, porque querían sacudir el yugo de la extraña dominación que sobre ellos pesaba, y no advertían que el que tenía un poder tan grande como el que acababa de manifestar, no necesitaba ni su elección, ni sus aclamaciones; porque era rey desde la eternidad, constituido por su Padre sobre los muros de la Santa Sion para predicar su ley [5]. Reyes, rey suyo, y rey que había de reinar sobre ellos; pero que fué perseguido en su infancia porque otros reyes le buscaron como rey, y como tal le adoraron. Y ellos mismos clamaron para que se borrara ese título del centro de la cruz, donde se mandó inscribir *Rey de los judios*; y como Jesús nada de esta ignoraba, y todo lo veía y conocía, por eso burló con la huida los antojos de aquel pueblo, siempre ingrato, desleal y fementido.

Querían hacerlo rey, dice el venerable Beda [6], porque le conceptuaron omnipotente y piadoso visto el milagro que acababa de obrar; y los pueblos quieren siempre tener un rey piadoso para gobernarles, poderoso para defenderles. Y el Crisóstomo añade [7]:

[1] Deuteronom. c. 18, v. 18.

[2] S. Ignatius M. Ep. ad Antioch.

[3] Act. c. 3, v. 22.

[4] *Ibid.* cap. 23.

[5] Ps. 16, v. 6.

[6] Ven. Bed. in cap. 9 Lucæ.

[7] Div. Crisostom. Hom. 50 in Math.

Querían proclamarle rey, porque juzgaban que en los dias de su reinado vivirían una vida esplosa, ociosa y alegre, sin tener que dedicarse á ninguna clase de trabajo; y conociendo el Señor sus intenciones, y no pudiendo consentir que ni aun por poco tiempo abrigasen estos pensamientos de holganza y golosina, huyó de ellos. Huyó, porque no debía recibir ninguna dignidad ni poder de los hombres el que es infinitamente mas digno que todas las naturalezas é inteligencias creadas, y el que tiene poder sobre todas las potestades del cielo, de la tierra y del abismo, por cuya razon al solo pronunciar su nombre, todas se prosternan y humillan. Huyó, para enseñarnos á huir las horas, las riquezas y la pompa mundana, y para que aprendiésemos que con la huida se vencen las pasiones, y se sujetan y enfrenan todos los caprichos de la concupiscencia. Huyó, cuando le buscaban para hacerle rey, y se ofreció de buena voluntad cuando le buscaron para crucificarle. ¡Oh ejemplo digno de la admiración de los ángeles y de los hombres! ¡Cuándo le mirarán los que viven en la tierra, ya que tiene tantos admiradores en el cielo!

Si la huida nos admira, no debe asombrarnos menos el lugar donde huye y la ocupacion que emprende. Huye al monte y huye para orar. Después de las pláticas y sermones ó de cualquiera otra obra buena que nos pueda merecer aplausos, es preciso huir de los tumultos y concurrencias grandes, y retirarnos á un lugar solitario para llorar y borrar con lágrimas las manchas que se contraen con las conversaciones mundanas, y para dar á Dios la gloria y consagrarle los provechos espirituales que para nosotros hubiésemos adquirido y logrado para nuestros prójimos. Debemos subir al monte por la oración, para llegar á la cumbre de la contemplación; y al orar, nuestro corazón debe desprenderse de todos los afectos de la tierra, porque el que ora preocupado con ellos, viles súplicas envía á Dios. Antes estaba el Señor con sus discipulos á la cumbre del monte: para alimentar las turbas espiritual y corporalmente bajó á la llanura; mas apenas hubo cumplido su ministerio, al monte se retiró otra vez. —El hombre dedicado á los ministerios santos, ni siempre debe estar solo ni siempre debe hallarse entre la muchedumbre, sino que debe hacer lo uno y lo otro, atendiendo á la propia y á la ajena

sanctificación. El Maestro se afige y mortifica, consume largas vigili-  
as y noches enteras en la oracion, humillándose á la presencia  
de su Padre é intercediendo como buen Pastor por la salud de sus  
ovejas. Ora, no por sí, sino por nosotros, como nuestro abogado y  
mediador para con su Padre. Ora, para enseñarnos con su ejemplo  
y confirmar con él la doctrina de la oracion que tantas y tan repe-  
tidas veces nos inculca. Oremos pues, porque es deber nuestro se-  
guir la doctrina y los ejemplos de tan divino Maestro. Oremos, pa-  
ra crecer en el conocimiento y en el amor de Dios, porque solo así  
nuestra alma desmedrada y vacía de virtud, tomará aliento para  
imitarle en lo que hizo y perfejó por nosotros: solo así no morirá  
nuestra alma de hambre, porque alimentada con la oracion, que es  
la mesa de los santos, tendrá toda su refeccion en el que es la glo-  
ria del cielo, la paz del corazon, la alegría de los justos, la satisfac-  
cion única y completa, la fortaleza, la verdad y la vida eterna.

## ORACION.

Señor mio Jesucristo, sol eterno de justicia que alumbras los que  
están ciegos por la culpa y sentados en el umbral de la muerte y  
de la condenacion eterna: ilumina con tu gracia los ojos de mi en-  
tendimiento, para que desde el cielo de las mundanales ambicio-  
nes, de las delicias de la carne y del amor de las riquezas terrenas,  
se levante hacia ti, y despreciando los deleites de la sensualidad y  
la posesion de los gozos temporales, merezca hartarse con la refeccion  
de los cinco panes y dos peces espirituales, á saber, el temor  
del juicio divino, el horror del pecado, el dolor de contricion, la en-  
terezza de la confesion y el trabajo de la satisfaccion. Y el deseo  
de mudar de vida y aprovechar mas en la carrera de la virtud,  
cuyos panes y peces conserva solo la santa humildad, que es la que  
nos merece la gracia y la gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el VI de san  
Juan, desde el versículo 1 al 15. En el IX de san Lucas, desde el  
versículo 10 al 17. En el VI de san Marcos, desde el versículo 31  
hasta el 46 y en el XIV de san Mateo, desde el versículo 13 al  
23, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Juan como propio de la misa de  
la Dominica cuarta de cuaresma; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA IV DE CUARESMA.

San Juan, cap. VI, vs. 1 al 15.

En aquel tiempo se fué Jesús al otro lado del mar de Galilea, que  
es el lago de Tiberiades, y le seguia gran muchedumbre de gente,  
porque veian los milagros que obraba con los enfermos. Subió pues  
Jesús á un monte, y se sentó allí con sus discípulos. Acercábase  
ya la Pascua, que era la gran fiesta de los judíos. Habiendo pues  
Jesús levantado los ojos y visto la gran multitud de gentes que ha-  
bia acudido á él, dijo á Felipe: ¿Dónde compráremos pan para dar  
de comer á toda esa gente. Mas esto le decía para probarle, porque  
bien sabia el mismo lo que habia de hacer. Respondióle Felipe:  
Diecientos denarios de pan no bastan para que cada uno de ellos  
tome un bocado. Dilecto uno de sus discípulos, Andrés, hermano  
de Simon Pedro: Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes de  
cebada y dos peces; mas ¿qué es esto para tanta gente? Dijo enton-  
ces Jesús: Haced sentar esas gentes. El sitio estaba cubierto de  
yerba. Recostáronse pues al pie de cinco mil hombres. Jesús to-  
mó entonces los panes, y después de haber dado gracias á su Eter-  
no Padre, repartiólos por medio de sus discípulos á los que estaban  
recostados; asimismo de los peces á cada uno cuanto queria. Des-  
pués que quedaron satisfechos, dijo á sus discípulos: Recoged los  
mendrugos que han sobrado para que no se pierdan. Recogieron-  
los y llenaron doce esportones de los mendrugos que sobraron de  
los cinco panes de cebada, después que todos hubieron comido. Ha-  
biendo visto aquellos hombres lo que Jesús habia hecho, decían:  
Verdaderamente que esto es el Profeta que ha de venir al mun-  
do. Mas habiendo conocido Jesús que habian de venir para llevar-  
selo y hacerle rey, huyó otra vez al monte él solo.



fiero que casi toda la noche habian estado en peligro, porque era ya la cuarta vigilia cuando el Salvador bajó á socorrerles; con lo que nos enseñó que si difiere alguna vez ó dilata el auxilio á los atribulados, se compadece al fin de ellos y los consuela y conforta [1]; y permitió un peligro tan largo para enseñarles á ser pacientes, persuadiéndose que si bien es el Señor benigno y misericordioso, no envía ordinariamente los socorros al principio, sino al fin de las tribulaciones para que nos ejercitemos en la paciencia [2].

No estaban empero solos los discípulos de Jesús: la obediencia los habia obligado á separarse de él, y ella los habia hecho entrar en el barco y hacerse á la vela; ella no podia quedar sin premio. Oraba Jesús sobre el monte, y sin duda que su oracion aseguraba á sus discípulos en medio de los peligros; con todo eso ellos se hallaban llenos del temor, y sus angustias se aumentaban, porque no pudiendo volver á la orilla y ganar tierra, les parecia cosa imposible recibir á su Maestro en la barca en el puerto de Bethsaida ni á lo largo de la costa, donde se habian lisongeadó poderlo coger. Desde lo alto del collado contemplaba Jesús el embarazo en que se hallaban y leía en sus corazones, oía sus fervorosas súplicas y se complacía en ver cómo se afirmaban en la fe y en la confianza que tenían en él.

Misteriosa en todos conceptos la barca de Simon, es una imagen verdadera de la Iglesia que siempre se ve combatida de las olas de la herejía, de la impiedad y del error, mientras dura la noche de la vida presente. Agitada cuando se hallan solos los discípulos, pero sosegada cuando en ella está el Salvador; por esto en ella sola hay seguridad. Peligros hay en la nave, pero fuera de ella es cierta la perdición. Cuando reconocido el pecador entra en sí mismo y trata de establecer en su corazón el reino de Jesucristo, no debe temer aunque se vea como nave en borrasca, seguro de que no le hundi-

se llamaba Contincinio, esto es, silenciosa, porque suponian que en ella todos dormian. La segunda se denominaba Iotempesta, porque no era aun hora de levantarse. La tercera Galicinio, porque era el tiempo del canto del gallo. Y la cuarta Autelucana, porque era antes de salir la aurora. Treinta estadios son cerca de leguas y media castellana.

[1] Div. Hieronim. in cap. 14 Math.

[2] Theophilact. in eudem loc.

### CAPITULO XVIII.

SUCRDE UNA SEGUNDA TEMPESTAD, DURANTE LA QUE ANDAN SOBRE LAS AGUAS JESUS Y SAN PEDRO, Y EN ENTRANDO EN EL BARCO SE SERENA LA BORRASCA.

Al dar Jesús la orden á sus discípulos de que se embarcasen, les mandó pasar primero el pequeño tránsito de Bethsaida á Cafarnaum y después el lago entero, para irse al otro lado á la tierra de Genezareth. No manifestó á persona alguna su intento, y después de haber despedido las turbas y retirádose al monte, pasó casi toda la noche en oracion; y mientras que él oraba, estaba la barca de Pedro en medio del mar agitada y combatida porque les era muy contrario el viento y los apóstoles se fatigaban inútilmente en remar. A pesar de todos sus esfuerzos para resistir, iba la barca á ser arrojada en alta mar por la fuerza de los aires. ¡Qué conflicto! Rodeados de las tinieblas de una noche oscura y profunda, ausentes del Maestro divino aunque por momentos le esperaban, ¿quién habia de ir á ayudarles mientras aquel llegaba? Era tan cruel y violenta la tempestad, que con el trabajo continuo de diez á doce horas, al principio de la cuarta vigilia, esto es, de la vigilia matutina, solo habian caminado como unos treinta estadios [1]. De lo que se in-

[1] Los judíos, lo mismo que los romanos y otras naciones, dividian la noche en cuatro partes, que constaban de tres horas cada una: la primera



rán los vientos de la tentacion si tiene propicio al Salvador: el que de todos le pareciese mas fuerte y violento, despertará mas su solitud, avivará mas su fe, ejercitará mas su humildad; para que invoque con mas fervor á Cristo, y se convertirá en viento favorable cuanto mayor fuere la tempestad en que creyó parecer. Cuando el entendimiento humano no puede socorrerse á sí mismo, entonces le salva el poder de Dios. ¿Quién tiene mas poder, el tentador para perderte ó Dios para salvarte? El Señor te prueba, pero no te abandona. Podrá tardar, mas espérale con fe, que el que con fe en él espera, no será confundido jamás.

Aunque Jesús ya habia probado muchas veces á sus discipulos, y en esta por bastante tiempo, les prevenia una nueva prueba que habia de servir para la firmeza y edificaci6n de su fe. Baja del monte fatigado por la larga vigilia y la profusa oraci6n que habia tenido. Baja solo y de noche de un monte escarpado y pedregoso y descalzos enteramente sus piés; camina sobre las aguas á pie firme sin sumerjirse bajo de ellas, permaneciendo su fluidez y la gravedad natural de su cuerpo; conoció la criatura á su Criador, y le obedeció y respetó; pónese de repente á la vista de los ap6stoles caminando á paso largo sobre la superficie del mar, á corta distancia del barco y en ademán de pasar adelante; cuando mas se acercaba á ellos, tanto mas temian; y su espanto fué tan grande y tan general, que creyendo ver algun fantasma empezaron á clamar. Si hubiesen comprendido bien lo que Jesús les habia dicho cuando los despidió, hubieran entendido que los significaba que los esperaba en la altura de Bethsaida. Iria en su compa<sup>ñ</sup>ia el viaje á Cafarnaúm.

Cuando inesperada é impensadamente se multiplican los prodigios á la vista de la criatura á la que Dios visita ó quiere iluminar, son muy consiguientes la turbacion y el temor, y los efectos maravillosos de la gracia se reputan tal vez como ilusiones por la pérdida sujestion del maligno espíritu; así como la soberbia é indiscreta hipocresía califica de favores é ilustraciones del Espíritu del amor y de la verdad, las que no son sino fuegos fatuos que inducen al error, producidos por el que todo es engaños, confusion y tinieblas. Así pues se demuestra cómo, aun cuando cada uno de los milagros que obraba Jesús enseñaba de un modo particular á los ap6stoles,

no sacaban de él consecuencias que no tenian ejemplo ni acababan de formar una idea cabal del poder de su Maestro. Sabian que curaba los enfermos y que resucitaba los muertos; acababan de verle multiplicar los panes y de alimentar con casi nada cerca de cinco mil hombres. Por poca inteligencia y penetracion que tuviesen, parece que debieran haber conocido que un hombre que tenia semejante poder lo tenia sin límites, y que no debian turbarse por cualquier cosa extraordinaria que viesen; pero era tal su ceguedad, que de todo se sorprendian y admitaban. Se sorprendieron y admiraron porque juzgaban al Salvador muy distante de donde ellos estaban; las grandes fatigas que pasaban les hacian como tener olvidado el gran milagro de que tan pocas horas antes habian sido testigos: por esto desconocen á Jesús aun cuando le ven obrar otro tan claro y patente como es el de caminar sobre las aguas: se alucinan, temen, le creen un fantasma y comienzan á clamar.

Claman, dice san Gregorio [1], porque creen la aparicion de una cosa que no existe, y temen sea algun espíritu malo que quiera dañarles. Porque tenian poca fe, por esto aparentaba el Señor que queria pasar de largo, y se portaba de tal manera con ellos, que queria como hacerse de rogar, de la misma manera que caminando con dos de ellos después de su resurreccion, tambien fingió que iba mas lejos porque no le conocian; pues tales apariciones comunmente suceden segun la disposicion interior de aquellos á quienes se manifiestan. Aun en aquella hora aparentaba querer pasar de largo, para que dilatada la gracia les fuese mas grata, mas dulce la deliberacion del peligro, y se inflamase mas su deseo.

Benigno empero el Señor y misericordioso, no quiso diferir mas tiempo su consuelo, no fuese cosa que arredrados mas por el temor se acabasen de confundir: veia que le invocaban con fe y con verdad, no quiso defraudar sus esperanzas, porque escrito está: "Prometo está el Señor para todos los que le invocan, para cuantos le invocan de veras. Condescenderá con la voluntad de los que le temen, oirá benigno sus peticiones y los salvará. El Señor defiende de á los que le aman, y exterminará á todos los pecadores [2]."

[1] Div. Hieronim. in cap. 14 Math.  
[2] Ps. 144, vs. 18, 19 et 20.

Por esto les habló, y sus palabras fueron todas de alegría y consuelo. *Tened fe*, les dijo; *yo soy, no temáis*; que loé lo mismo que si les hubiera dicho: *Tened fe de que seréis libres de la tribulación que tanto os agita y conmueve. Yo soy el libertador, no un fantasma; el espíritu del consuelo, de la paz y de la luz, y no el de la alicción, del terror y de las tinieblas. No temáis*, porque soy el que puedo y quiero libertaros de este tan grande é inminente peligro. No dijo expresamente quién era, porque conociendo como conocian la voz, luego habian de saber que era el Maestro; ó para que entendiesen era el mismo que en otro tiempo habia dicho Moisés [1]. El que es y existe por sí mismo, este es el que me ha enviado á vosotros; y el Crisóstomo confirma este pensamiento diciendo [2]: No conocian la persona del Señor á causa de las tinieblas; habló, le conocieron por la voz, y se desvaneció todo el temor que tenían. Cuando los hombres ó los demonios se empeñan y afanan en derribarnos por el temor, oigamos á Cristo que nos dice: *Yo soy, no temáis*; esto es, yo siempre estoy presente; como Dios permanezco y nunca paso de largo. No perdáis jamás la fe que tenéis en mí por los falsos terrores que se os pueden inspirar ó infundir.

Pedro, entonces, el mas resuelto de todos, que segun su costumbre se animaba y recobraba mas fácilmente, y era mas pronto en inflamarse que los otros apóstoles, demostró en este lance mas públicamente su ternura y amor para con su Maestro. Aunque por algunos instantes experimentó temor como los demás, tan luego como la razon adquirió el predominio que el miedo le habia hecho perder y se creyó ya seguro, tuvo ánimo para dirigir el primero la palabra á Jesús y decirle: Señor, si sois vos á quien vemos y no es alguna sombra fantástica, mandadme ir sobre las aguas á encontraros. Dió en esto á conocer el apóstol la firmeza de su fe y la grandeza de su amor, pues creyó sin alguna duda que si era el Señor él le ayudaría á marchar sobre las aguas con la misma seguridad que marchaba sobre la tierra. *Ven, le respondió Jesús*, que yo lo quiero así. Al oír Pedro estas palabras se arrojó luego al mar. Caminó sin pen-

[1] Exod. cap. 3, v. 14.

[2] Div. Crisostom. Hom. 51 in Math.

sar en otra cosa que en llegar presto al Salvador. Nada teme y no se hunde. Feliz movimiento aquel que hace que por el desprecio caminen los hombres sobre las aguas de la mundana prosperidad; pero mas feliz el término do caminan, que es Jesucristo Salvador de las almas. Tan grande era el deseo que tenia Pedro de unirse con Jesucristo, que no queria aguardar que llegase á la nave: que saldrle al encuentro sobre las aguas olvidándose del peligro que en ellas podia tener. En todas partes se pone Pedro como el modelo de la mas sublime y ardiente fe, ni él tampoco creyera dejar de ser sumegido si no la hubiera tenido firmísima en el Señor. Sabia que todo lo podia, y no se le ocultaba que era tan poderoso en el mar como en la tierra. Y en esto se descubrió un milagro mayor, pues no solo Cristo andaba sobre las aguas por la virtud de su divinidad, sino que Pedro tambien caminaba sobre ellas hácia el Salvador por la misma virtud.

Sobrevino entretanto un viento impetuoso y Pedro perdió el ánimo sobrecogido de terror, por cuya falta de confianza mereció verse repentinamente privado del apoyo que le sostenia. Abrese á es le fuego el mar bajo sus pies; siente que va á sumergirse, pero al menos no se olvida que está cerca de su amado Maestro. *Salvame, Señor*, le dice, que estoy perdido. Amábase mucho Jesús y no queria dejarle perecer; alargóle su mano omnipotente y salvadera, y lo temiéndolo dijo: *Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?* Ardía la fe en su corazón, pero la flaqueza humana la debilitó á la vista del viento fuerte é impetuoso. El Señor, que le hacia caminar sobre las aguas para darle á conocer su omnipotencia y divinidad, permitió que se hundiese para que no se olvidara de su propia debilidad; y aunque caminase sobre las aguas, no se creyera igual á Dios y se ensobreciera. Es entregado por un poco de tiempo á la tentacion y á la prueba, para que aumentándose ó creciendo su fe por la oracion, concexa que solo por la virtud del Señor puede ser librado. No debió temer cualquiera que fuera el viento que sobreviniese, puesto que veía que la obediencia al precepto de Jesús era la que le daba agilidad y consolidaba la fluidez de las aguas bajo sus pies. Nada hubiera podido dañarle un viento contrario, por mas impetuoso que hubiese sido, si su fe hubiera sido firme. De todo lo que infiere y

concluye san Gerónimo [1]: Si al apóstol Pedro que con tanta confianza había rogado al Salvador diciendo: Señor, si eres tú, mándame que vaya á tí sobre las aguas; porque tan sólo un poco se le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado? ¿Qué se les dá á nosotros, que de esta poca fe ni aun tenemos la mas mínima parte? Dicho esto, condujo Jesús á Pedro á la nave y entró en ella con él, y tan luego como estuvieron dentro cesó el viento y se acabó la tormenta, con lo que demostró el Señor otra vez que era tan dueño de los vientos como de los mares.

Un nuevo pavor y espanto causó esto á los discípulos de Jesús, los que al parecer no quedaron del todo asegurados, hasta que poco á poco se fueron recobrando los espíritus, porque este nuevo milagro los admiró de modo que estaban como fuera de sí mismos. Ya no pensaban en la multiplicación de los panes, ó por lo menos no les parecía cosa tan grande en comparación de esto, por lo cual impelidos todos ellos de un respeto extraordinario se echaron á sus pies, diciéndole: Vos, Señor, sois verdaderamente Hijo de Dios; y le adoraron con profunda veneración y respeto.

Turbáronse los apóstoles que habían quedado en el barco, no solo porque oían ya de cerca la voz de Jesús, sino porque le veían y tenían en su compañía, y creían ser reprendidos por no haber seguido á Pedro, echándose sobre las aguas para ir á buscarle en el mar; pero esta turbación carecía de fundamento por parte de aquel que era la bondad suma, y siempre recibe con infinito amor al que acude, sea el tiempo y la hora que fuese. Turbarse solamente debe y atemorizarse á la vista de la verdad, el que no la escucha ni da lugar á que en su corazón penetre. Jesucristo, verdad eterna, con su palabra y presencia ahuyenta el temor y cria la confianza. Los humildes conocen y distinguen perfectamente la palabra amorosa de aquel que es su único consuelo y esperanza, aun en medio de las densas tinieblas de una horrible tentación. Su presencia serena todas las borrascas y disipa los vientos de las mas espantosas tribulaciones. Presentase Cristo en el corazón por la fe, por la esperanza y por el amor; y no hay ni puede haber en él sólida y

[1] Div. Hieronim. in cap. 14 Math.

verdadera paz si no estriba en este indestructible cimiento; siendo lo mas digno de atención y reparo que cuando menos lo piensa la criatura y se cree mas expuesta y á punto de perecer, entonces va á ella y la visita el Señor con su gracia, calmando visible y milagrosamente los fuertes embates que la contrastaban; sobre lo que dice san Bernardo [1]: Muchas veces leemos que la navicilla de los discípulos fué azotada por las olas y los vientos, pero nunca sumergida; porque siempre Dios asiste á los suyos en la tribulación en cumplimiento de sus promesas: así pues aunque la tormenta arrecie, nunca te creas abandonado, sino acuérdate que está escrito: Yo estoy con él en la tribulación. Mientras en ella te halles, ¿qué otra cosa mejor puedes buscar? Bueno es pues para mí, ¡oh Dios y Señor mío! que sea atribulado, con tal que tú estés conmigo; y mas apetecible y gloriosa es la tribulación que vivir sin tí, gloriarse sin tí y reinar sin tí.

No se llega á Jesús con amor y fe sin experimentar presto los efectos de su bondad. Luego que se juntó con sus apóstoles, habiendo cesado el viento contrario, quedó el mar enteramente tranquilo, é hicieron su camino con tanta ligereza, que les compensó los trabajos de toda la noche. No se había perdido Jesús para ellos, ni para que no viesen medio de volverse á juntar con su Majestad. Habían padecido y habían obedecido. Su constancia y rendimiento les atrajeron el colmado consuelo de que gozaban. Así que, aunque las almas fieles en el tiempo de la tentación se imaginen á cada momento perdidas ó cerca de perecer en medio de la tempestad y de la prueba, vendrá la serenidad; entre tanto Jesucristo está presente aunque al parecer escondido; él se dejará ver y se conocerá que jamás se ha corrido por los caminos de Dios ni con mas rapidez, ni con mas seguridad, ni con mas dicha.

San Agustín saca de aquí un gran cúmulo de doctrina, y dice [2]: Tres milagros concurren y se obran pronta y sucesivamente y son, el caminar sobre las aguas, el calmar repentinamente la tempestad, y el llegar velozmente al puerto donde se dirigian, aunque muy distantes de él; pues sin mucho trabajo, guiados por Jesús, avanzaban

[1] Div. Bernard. in Psal. Qui habitat.

[2] Div. August. Serm. 13. De verb. Dñi.

los apóstoles sensiblemente, y en poco tiempo llegaron á tomar tierra sobre la costa oriental de Genezareth, á alguna distancia de Cafarsaun, para que aprendamos que los que fielmente siguen á Cristo, calcen la soberbia del mundo, pisan las olas de las tribulaciones y llegan con velocidad á la tierra de los vivientes. El siglo es como el mar; el viento fuerte y las olas embravecidas son los apetitos y deseos de cada uno. Si amas á Dios, caminas sobre el mar; hajo tus piés está la soberbia hinchazon del siglo. Amas al mundo, él te absorberá, porque acostumbra á tragarse á los que le aman, no á salvarlos y conducirlos al puerto. Fluctúa y está á punto de naufragar tu corazón por el desso, intoca el auxilio y la divinidad de Cristo. Aprende á pisar y caminar el siglo asíéndote de la fe de Cristo; porque si tu pié no está firme, si titubeas, si no superas la fuerza de los vientos, te hundes sin remedio. Di al Señor: Percezo, librame; dié, percezo, por no perecer; pues solo te libraré de la muerte de la carne el que por tí murió en carne.

No es de admirar, dice Beda [1], si sabiendo Cristo á la nave cesa de repente al viento; pues en cualquiera razon que entra con su gracia y amor, al instante se conrman y callan todas las pasiones, se enfronan todos los vicios y se disipan las sugestiones de los espíritus malignos; porque por Cristo pasamos del golfo á la playa, de la borrasca á la serenidad, y llegamos al puerto apetecido con prontitud y seguridad. Saltar á tierra Jesús y sus apóstoles y ser conocidas, todo fué uno; la fama de su vuelta voló con rapidez por toda aquella comarca. Los cafarneitas se alegraron sobremanera y aprovecharon esta bella ocasion para recibir de nuevo otras pruebas de las infinitas misericordias del Salvador.

Con aquella moderacion y pausa que tanto distinguia á Jesús y cuyo carácter amable y encantador le ganaba todas las voluntades, recorría aquellos lugares y aldeas para darles tiempo á que le presentasen todos los enfermos; los que podian caminar acudian á su presencia, y los tullidos ó impedidos se hacian llevar en camillas. El primer espectáculo que heria su vista era una tropa de enfermos tendidos en la plaza pública implorando su socorro. Los triunfos

[1] Ven. Bed. in cap. 9 Marc.

mas bellos de los conquistadores de la tierra no tienen cosa alguna que sea comparable con estas entradas llenas de misericordia, de un hombre pobre seguido de desdichados y desvalidos, cuyas aclamaciones todas son deseos ardientes que solicitan milagros y acciones de gracias que los publican: estas no respiran ni despiden de sí sino misericordia y clemencia, aquellas terror y espanto: las unas publican la salud y la vida, las otras la miseria y la muerte: las primeras convierten los deseos en inmensas y hermosas poblaciones, las segundas reducen á comenterios las ciudades mas populosas. Un conquistador terreno es un exactor injusto, que con la espada en la mano se hace pagar los ominosos impuestos de sangre y de dinero que le dictan su ferocidad y su insaciable avaricia: el conquistador divino nada quiere ni exige, sino la sumision del entendimiento en obsequio de la fe y de las verdades que anuncia, porque en ello se cifra la temporal y eterna felicidad: así hace hijos que engendra la misericordia, pare el amor y cria la mas santa y dulce esperanza. Devuelve á los padres los hijos moribundos y muertos, los criados á sus amos, y á los verdaderos dueños las cantidades que les usurpó la usura. El conquistador terreno va siempre precedido, acompañado y seguido de soldados y escuadrones, de alabarderos y littores, y de toda clase de gente armada; porque solo así cree segura su persona y asegurada la posesion de lo que ha conquistado y robado á su verdadero y legitimo dueño: el menor ruido le asusta, la reunion mas insignificante le conmueve y agita, y aun los cánticos de alegría y contento le trastornan y amedientan, porque sabe que solo reina por el terror y que sus obras no pueden ganarle corazones ni amigos. El conquistador divino no necesita de la fuerza para establecer su imperio: su nombre es el de Príncipe de la paz; su reino es el de todos los siglos; sus ministros en el cielo son los ángeles de paz, en la tierra los pobres, los mansos y los humildes, cuyos honores no usurpa, cuyos bienes no codicia y cuya sangre no derrama; por esto gana sus corazones con la clemencia, los domina con la mansedumbre y reina en ellos con el amor; no teme las conmociones ó movimientos de los pueblos, ni las reuniones de las turbas, ni las ligas ó sediciones que tan frecuentemente se forman contra los usurpadores y tiranos. El uno no hace sino esclavos, el otro

no hace sino libres; pero libres del infierno y de la muerte. El uno se esconde y atrinchera entre sus guardias y en los castillos y fortalezas, sin permitir que nadie á él se acerque, y el otro no solo permite y consiente, sino que busca, llama y convida á todos los vejados y oprimidos, y cargados con las onerosas cargas de las culpas y las insoportables de las enfermedades más crueles para que vayan á él á buscar el alivio y la salud con el seguro de que allí lo encontrarán.

Parece cierto que la fe de aquellas buenas gentes había llegado al grado más alto de perfección al ver el entusiasmo con que todas corrían en pos de Jesús; san Gerónimo no titubea en llamarle admirable, y dice [1]. Admirable fe la de aquella gente, que no contentos con la salud de los presentes, convocaban los enfermos de las ciudades del contorno para que acudiesen á tan grande médico á buscar su salud, firmemente persuadidos de que no se agotaría el caudal de su misericordia. Se conoce que esta fe andaba unida á la caridad, porque á todos buscaba y convidaba con el bien, persuadiéndoles á que le rogasen que por lo menos les permitiese tocar el ribete ó la orla de su vestido, porque así también conseguirían la salud.

Con inefable bondad y con una clemencia que no es posible explicar, dejaba al Señor que se acercasen á tocarle así turbas inmensas de enfermos que le seguían, tanto que llegaban casi á oprimirle: tanta era la confianza y libertad que á todos inspiraba su liberalidad y dulzura. El feliz y buen despacho de los unos animaba á los otros, y ninguno llegaba valiéndose de su amorosa condescendencia, que no viese inmediatamente cumplidos sus deseos. Ocupado sin intermisión en estos ejercicios de caridad y celo, llegó el Señor á Cafarnaüm, de donde solo había estado ausente dos días. Tal fué el descanso que tomó en este tiempo, que debiera al parecer haber destinado á un reposo necesario después de un mes de correrías llenas de trabajo y fatiga. Aunque fatigable como hombre, era incensurable como Dios, y el Espíritu de la divinidad que le animaba, infundía tan grandes alientos á la humanidad de su carne benditísima,

[1] Div. Hieronim. in Math. lib. 2, cap. 14.

que en todo era singular, admirable é incomprensible. Así no solo el tiempo de sus mansiones en las ciudades ó aldeas, sino hasta el penoso de sus viajes, lo empleaba en la instrucción de los ignorantes y en el consuelo de los afligidos; y así enseñaba á sus apóstoles y en su persona á todos los operarios evangélicos, que para ellos no ha de haber tiempo ni días inútiles, y que aquellos en que no se procura la mayor gloria de Dios y el provecho del prójimo, son días enteramente perdidos. No nos contentemos pues con atraer pecadores al Señor por medio de los ejemplos, predicación y doctrina, sino roguemos eficazmente por ellos, para que atraídos, nunca se separen de Cristo, que es la fuente inagotable de la salud. No es menos eficaz su gracia para sanar las almas, que la orla de su vestido para sanar los cuerpos. Cualquiera cosa de Cristo es mas que suficiente para santificarnos, atendido el poder de su divinidad. Nosotros no tenemos solamente y tocamos la orla de su vestido, dice el Crisóstomo [1], sino que tenemos todo su cuerpo y sangre y lo comemos; y si los que tocaban aquella recibían tanta virtud, ¿cuánto mayor deberá ser la que nosotros percibamos sumiendo su cuerpo? Corre pues tú, cualquiera que sea la enfermedad que te aqueje, al autor de la salud y la vida, para que merezcas alcanzar la perfecta curación de tu alma y de tu cuerpo.

#### ORACION.

*Clementísimo Dios y Señor mio Jesucristo, dignate por tu gran misericordia subir en el débil barquichuelo de mi pecho y calmar los vientos impetuosos de la soberbia y las entumecidas alas de los vicios que la agitan y conmueven, no sea cosa que alguna de ellos me haga flaquear en la fe y me hunda y pierda para siempre. Dame consejo en medio de las turbaciones de mi espíritu, auxilio en las persecuciones, consuelo en las tribulaciones, fortaleza en las adversidades, y en toda tentacion fuerza y virtud para resistir. Librame de las tempestades del proceloso mar de este mundo, y conducime á la tranquilidad de lo quieta playa; y ohora en la vi-*

[1] Div. Crisostom. Hom. 51 in Math.

*da concédeme la paz interior y exterior que sabes necesito, y después la paz eterna de la gloria, en la que para siempre te alabe. Amen.*

**Nota.** La historia del presente capítulo corresponde al VI de san Marcos desde el versículo 45 al 56. Al XIV de san Mateo, desde el 23 al 36; y al VI de san Juan, desde el 16 al 21, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Marcos en el Evangelio de la misa del sábado después de Ceniza, desde el versículo 47 al 56, y de el de san Mateo en el de la misa de la octava de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, día 6 de julio.

Los dos Evangelistas difieren algun tanto en la narracion histórica del suceso, pues san Marcos omite aquello que san Pedro dijo á Jesús: "*Si eres tú, mándame ir hácia tí sobre las aguas:* y lo demás que sigue, hasta que le reconoció el mismo Salvador, diciendo: *Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?*" Que son los versículos 28, 29, 30 y 31 de san Mateo, en el citado capítulo XIV; siendo de advertir que san Juan tampoco menciona esta ocurrencia.

Hecha esta salvedad, transcribiremos el texto de san Marcos según la costumbre que hemos adoptado.

EVANGELIO DE LA MISA DEL SÁBADO DESPUES DE CENIZA.

*San Marcos, cap. VI, vs. 47 al 56.*

En aquel tiempo, llegada la tarde, estaba el barco en medio del mar [1] y Jesús solo en la tierra. Y viendo que sus discípulos re-

[1] El mar de Galilea ó de Tiberiades, esto es, el estanque ó la laguna de Genezar ó de Genezareth, que se llama mas propiamente el mar de Chinezeth ó de Cínorot (\*), se forma por la influencia de las aguas del Jordán en la anchura de un muy anchuroso y ameno valle. Su agua es dulce y salubre, es muy abundante en pescado de varias clases, de una singular bondad y exquisito sabor, y está rodeado de bellísimas y amenas ciudades. A la parte de Occidente se hallan situadas Cafarnaúm, Bethsaida, Magdala, Tyberíades y Tharicea; y á la de Oriente se hallan Corozain, Gamala, Ju-

(\*) Egeiapp. lib. 3, cap. 26. Josefo. lib. 3. De Bello Judaic. 18. Plin. lib. 5, c. 15.

maban con gran trabajo porque les era contrario el viento, á eso de la cuarta vigilia de la noche fué hácia ellos caminando sobre el mar é hizo ademán de pasar adelante; mas ellos le vieron que le vieron que andaba sobre las aguas, juzgaron que era fantasma, y gritaron porque todos le vieron y se turbaron. Pero Jesús les habló luego y dijo: Tened confianza, soy yo, no temáis. Y subió al barco donde estaban ellos y calmó el viento. Y creció más el asombro en que se hallaban. Porque aun no habían reflexionado sobre el milagro de los panes, porque su corazón estaba aun ofuscado. Y habiendo atravesado el lago llegaron á la tierra de Genezareth y abarcaron allí. Mas apenas desembarcaron cuando luego fué conocido, y corriendo por toda aquella tierra empezaron las gentes á sacar en andas todos los enfermos, llevándolos á dot de quien que paraba. Y áo quiera que llegaba, fuesen adivos, ó alquermas, ó ciudades, ponían los enfermos en las calles y le rogaban que les dejase tocar siquiera la orla de su vestido. Y todos los que le tocaban quedaban sanos.

Nada á Hippo. El principio de este mar hasta de las aguas de Meron ó del lago de Samacoutils, treinta y cinco millas, y setenta y cinco de las fuentes de Yory de Dan; y su extremidad dista ciento de Asinótilites y treinta y seis de Jerusalem. Tiene de largo diez y seis mil pasos y seis mil de ancho. Tal es el mar dichoso por el que navegó Jesús tantos veces, de cuyos peces y aguas comió y bebió, en cuyas orillas halló, sobre el que caminó, y cuyas tempestades y vientos calmó y aplacó.

Sorprendidos con tan extraña novedad é ignorando el paraje donde podían hallarle, hallábanse muy embarazados sobre el partido que les convenía tomar. Si Jesús permanecía aun escondido en aquella costa del lago, erraban dándose demasiada prisa en pasar á la otra, porque su proyecto se descomponía enteramente; y si permanecían allí y Jesús había pasado á la otra parte y se hallaba dentro de alguna ciudad, se frustraba asimismo su idea, porque tal vez los habitantes de las grandes poblaciones no estarían en disposición de secundar su grito.

En este conflicto para ellos tan duro, no les costó pena creer que un hombre á quien obedecían todos los elementos, podía muy bien haber pasado el agua sin el socorro de alguna otra persona ó barca, y viéndose lejos de él, conociendo que ningún otro multiplicaría los panes y peces para socorrerles en el desierto, se determinaron á volver en su busca. Pensando estaban cómo realizarían su pensamiento, y no acertaban á determinarse: el viaje por tierra les era muy pesado á causa de que las mujeres y los niños se hallaban todavía cansados y resistían dar otra vuelta como la anterior; pero vinieron á sacarlos del conflicto unas barcas salidas de Tiberiades, que tomaron tierra junto al lugar donde el día anterior había Jesús dado de comer al pueblo con los panes que había multiplicado. Aprovecharon esta ocasión los galileos, y desesperando de encontrar en el canton de Bethsaida á Jesús ó á sus discípulos, se embarcaron enantes pudieron en los boteles, y los demás tomaron su camino por tierra para volver á su hogar [1], llevando aquellos el designio de juntarse con su bienhechor, ó al menos de adquirir noticias del lugar donde podrían hallarle.

En aquel país no era difícil encontrar á Jesús: por fortuna era día de sábado y en iguales días tenía siempre un paraje fijo, la Sinagoga. Halláronle allí en efecto, acercáronse á él sin temor, y con una confianza demasiado vulgar le dijeron: Maestro, ¿cómo lo habéis dicho que os encontramos aquí? ¿Cuándo y por dónde habéis venido? Vos no partisteis ayar con vuestros discípulos, y hoy no habéis pasado el mar con nosotros. Desentendidos contestar directamente á

[1] Varios traductores han confundido en este pasaje los tiempos de los verbos, como nota Grécio, y Saey, y la Biblia de Rondel.

## CAPITULO XIX.

ENSEÑA JESUS A LAS TURBAS CUAL SEA EL VERDADERO MANJAR DEL ESPIRITU, Y LES ACLARA QUE EL ES EL PAN DE LA VIDA, SU CARNE VERDADERA COMIDA, Y SU SANGRE VERDADERA BEBIDA.

Era tan grande la gratitud que ardía al parecer en el corazón de aquellos hombres, á los cuales acababa el Señor de alimentar con un pan milagroso, que no perdiendo el deseo ni la esperanza de proclamarse y hacerle rey, se habían quedado muchos á dormir sobre la verde alfombra del heno del desierto, animados de la lisonjera idea de que juntándose muy por la mañana con otros que habían marchado á las ciudades y aldeas de los contornos, con ánimo de hacer nuevos partidarios para lograr su tentativa, hallarían todavía al Señor en el desierto y podrían realizarla. Animábalos mucho más el saber que no había partido con sus discípulos, que se había retirado al monte con el favor de las tinieblas, y que exceptuando la barca en que habían entrado los apóstoles, no había otra alguna en la ribera. En vano se habían puesto todos en movimiento, pues no pudieron hallarle: el mismo prodigio que le llevó á asegurar la inquietud y cuidado de sus apóstoles, lo habían apartado de la indiscreta gratitud y reconocimiento que querían manifestarle.

tan caprichosa curiosidad: reprendió la grosería de sus pensamientos y sus miras interesadas, y les demostró que ni la fe, ni el amor á la verdad, antes al contrario, bajos, indignos y terrenales deseos los habían inducido á seguirlo y buscarlo; y pronunció con este motivo uno de los mas sublimes, interesantes y provechosos discursos que nos conservaron los historiadores del Evangelio.

Los prodigios, les dijo, de que habeis sido tantas veces testigos, eran mas que suficientes para convenceros de la divinidad de mi persona, de la que conservais todavía un concepto demasiadamente humano, no debiendo ya dudar de que soy Hijo de Dios y el enviado por mi Padre para salvar al mundo y alimentar á los hombres, no con el manjar y comida corporal, cuyo apetito y esperanza es lo único que os ha inducido á seguirme con la solicitud y ansiedad que manifestais; no venis precisamente para oír mis doctrinas; no para creer en ellas y en mí por los milagros que me habeis visto obrar, sino porque comisteis del pan que milagrosamente multipliqué, por que pensais que teniendo yo este poder jamás tendreis vosotros necesidad de trabajar para alimentaros; por el miedo de vuestra carne me buscáis, no por el de vuestro espíritu: cuánto mejor os sería buscar la comida espiritual que al alma sustenta, que es tanto mejor y mas sublime que la corporal, cuanta es la diferencia que va del alma al cuerpo? Cuánto sería el gusto, la suavidad y dulzura de aquel pan de cebada es fácil de conocer, atendida la solicitud con que deseaban al parecer seguir al Salvador; pero no es extraño que continúese como el maná todos los sabores y delicias, puesto que el fabricante y dispensador de aquellos panes era el mismo que el del maná, cuyo espíritu es mas dulce que la miel y mas delicioso que todos los panales; era el mismo pan de la vida, pan del espíritu, manjar del alma, alimento inmortal y eterno. Así que, les añadió, no tanto por la comida y manjar transitorio y percedero, cuanto por el que dura y permanece para siempre, y cuyo prodigioso efecto es la vida eterna, habeis de buscarme y uniros á mí.

¿Cuántos hay empero como aquellos judíos, que buscan á Jesús, no por Jesús, sino para procurarse comodidades en la vida, para vivir en el mundo con tranquilidad y sosiego y evitar en lo posible los males y necesidades que trae consigo el mismo vivir? Por esto

dice el Crisóstomo [1]: Aprendamos á buscar á Jesús y á estar con él, no por las dádivas de las cosas sensibles, para no ser reconvidos como lo fueron los judíos, pues les dijo el Señor: *Me buscáis no porque vésteis mis milagros, sino porque comisteis pan hasta la hartura*: por esto no obra continuamente milagros como aquel, para enseñarnos que no hemos de servir siempre al vientre, sino que nos hemos de unir á él para procurar nuestros adelantos espirituales. Busquémosle pues y unámonos con él: busquemos ese pan celestial y divino, y recibiéudole desecháremos de nosotros todos los afanes y solicitudes de la tierra. No es ajeno de este lugar advertir que muchos de los judíos y mas particularmente los galileos, no estaban muy lejos de creer que Jesús era el verdadero Mesías anunciado por la ley y los profetas. La circunstancia de haber llegado á su entender á los tiempos prefijados, de habérselo cumplido la mayor parte de las profecías, la santidad de ese hombre divino que se llamaba Cristo y la grandeza de sus milagros, los hacían mucha impresión y no se les hacía imposible ni aun dora de creer que Jesús, hijo de María santísima, al que entre sí miraban como hijo de José, aunque entonces hacía aquella vida tan pobre y humilde, fuese el verdadero rey de Israel que la nación esperaba. Es innegable que en este punto discurren mejor el pueblo mas idiota ó menos instruido que los doctores y maestros de la ley; pero querían que su reinado fuese el de la abundancia, de la gloria humana y de la prosperidad de los súbditos; y no creían que su imperio se había de ejercer sobre los corazones, para que en ellos reinase la inocencia, y para establecer en el mundo un culto nuevo, mas digno, propio y debido á Dios que el antiguo, que solo era su figura: un culto de reverencia y amor, y no un culto de sangre de toros y bcerros.

En otras ocasiones ya les había dicho el Señor que debían buscar con preferencia el reino de Dios y su justicia, y que todas las demás cosas se les darían como por añadidura; pero como se olvidaban con mucha facilidad de las cosas espirituales y solo atendían á las terrenas, se bisonjaban con que tarde ó temprano se declararía sobre sus pretensiones á la corona, que les restituiría su libertad y que se-

[1] Div. Crisostom. Hom. 43 in Joann.



rian ellos el mas dichoso, el mas rico y el mas célebre de todos los pueblos; y conservando estas esperanzas en su corazón hasta con una especie de convencimiento que rayaba para ellos hasta la línea de lo infalible, se movian poco por las lecciones que se les daban sobre la necesidad de la penitencia, la reforma de sus costumbres, la obligación indispensable de creer las verdades que el Salvador les enseñaba sobre la divinidad de su persona, la igualdad con Dios su Padre, y todas las esencialísimas y fundamentales de la nueva religion que les predicaba. Por esto les decía con aquella energía santa que inspiró la certeza de una verdad divina que se anuncia: Creed que el Hijo del hombre os dará este pan celestial; porque Dios su Padre imprimió en él el sello de la divinidad y de su poder omnipotente, y lo declaró Hijo suyo, y Dios igual á sí mismo. Cristo Jesús es la imagen de su Padre y resplandor de su gloria, figura de su sustancia, Verbo y sabiduría suya, y en él reside de asiento y habita toda la plenitud de su divinidad.

Estó fué lo mismo que decirles: Yo sondeo vuestros corazones y nada ignoto de lo que en ellos pasa. Veo el interés temporal y mezquino que os lleva á buscarme por todas partes donde creéis que puedo estar; pero os veo insensibles al provecho espiritual y á las ventajas de vuestras almas, siendo este el único fruto que yo pretendo sacar de mis trabajos. Si vuestro afecto es verdadero, si queréis darme gusto, si queréis ser del número de mis fieles y verdaderos seguidores, es preciso que se levanten vuestros espíritus á pensamientos mas altos. Ilustrados con la luz del cielo y sostenidos con la gracia de mi Padre, trabajad en adquirir, no el alimento corporal que perece y por el cual no conviene á los hombres inquietarse con exceso, sino el alimento espiritual que es permanente y cuyos frutos se conservan por una eternidad. Sobre lo que dice san Crisóstomo [1]: Nuestro principal estudio y cuidado debe dirigirse á buscar el alimento que conduce á la vida eterna, esto es, los bienes espirituales; á los temporales no debemos dirigirnos sino secundaria y accesoriamente, en razon de que nos es indispensable sustentar en esta vida el cuerpo que se ha de corromper en el sepulcro.

[1] Id. Ib.

Todos aquellos que fundados en esta doctrina del Salvador rehuyen el trabajo corporal y quieren vivir en la pereza y en la holganza, abusan seguramente de ella y serán castigados sin remedio; por esto decía san Pablo á los de Efeso [1]: "El que descendió, ese mismo es el que ascendió sobre todos los cielos para dar cumplimiento á todas las cosas. Y así él mismo á unos ha constituido apóstoles, á otros profetas, á otros Evangelistas, y á otros pastores y doctores, á fin de que trabajen en la perfección de los santos, en las funciones de su ministerio, en la edificación del cuerpo místico de Jesucristo, hasta que arribemos todos á la unidad de la misma fe y de un mismo conocimiento del Hijo de Dios, el estado de un varon perfecto, á la medida de la edad perfecta, segun la cual Cristo se ha de formar místicamente en nosotros; por manera que no seamos niños fluctuantes ni nos dejemos llevar aquí y allá de todos los vientos de opiniones humanas por la malignidad de los hombres, que engañan con astucia para introducir el error. Antes bien siguiendo la verdad del Evangelio con caridad, en todo vamos creciendo en Cristo, que es nuestra cabeza. . . . Os advierto y conjuro de parte del Señor que ya no viváis como todavía viven los gentiles, que proceden en su conducta segun la vanidad de sus pensamientos. . . . No deis lugar ó entrada al diablo: el que hurtaba ó defraudaba al prójimo no hurte ya; antes bien trabaje, ocupándose con sus manos en algún ejercicio honesto, para tener con qué subsistir y dar al necesitado."

San Lucas, hablando sobre esto y aun del mismo san Pablo, nos dice [2]: Que después de haber salido Pablo de Atenas pasó á Corinto, y encontrando allí un judío llamado Aquila, natural de Pontico, que antes habia llegado de Italia con su mujer Priscila, porque el emperador Claudio habia expellido de Roma á todos los judíos, se juntó con ellos. Y como tenia el mismo oficio, que era hacer tiendas de campaña, trabajaba en su compañía. Diciendo pues el Señor á los judíos que trabajasen para ganar un alimento que no parece ni se destruye, no quiso ni aun temeramente insinuar que debian entregarse al ocio y á la pereza, sino que les convenia y les era

[1] Ad Efes. cap. 4. v. 10 et seqq.  
[2] Actor. c. 18, v. 1, 2 et 3.

necesario que trabajasen un trabajo material para que tuviesen que dar á los pobres, porque este es el alimento que no perece. Y les dijo esto porque no tenían ningún cuidado de la fe, sino que querían comer y no trabajar; y á esto llamó Jesús comida que perece, hablándoles con aquella decencia y decoro que á su santidad y grandeza correspondían.

El Hijo del hombre está dispuesto á daros y os dará efectivamente este manjar que no se destruya, porque á este fin vino al mundo enviado por su Padre. Esto mismo contestó al presidente de Judea en el día de su pasión: *Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad* [1]. Esto es dar pasto y comida espiritual. Daos pues vosotros prisa para que podáis adquirir y tener de esta comida. A mí me buscáis, dejad por lo tanto todas las demás cosas; buscadme por mí solo, que soy la comida permanente que doy y concedo la vida eterna. Hasta aquí san Crisóstomo.

Muy bien entendieron los judíos que Cristo con esta doctrina les había querido significar las buenas obras y la práctica de las virtudes, de que les había dado tantas lecciones y ejemplos. Así es que luego le preguntaron: ¿qué haremos para ejercitarnos en obras agradables á Dios y en practicar lo que Dios quiere? A lo que les respondió el Señor: *Creed firmemente en aquel que Dios os ha enviado para vuestra salud; en el Mesías prometido en la ley y en los profetas para colmaros de bienes y conducirnos á la felicidad. Que fué lo mismo que decirles: Vosotros tenéis razón en lo que me preguntáis, y lo que me decís es puntualmente lo que yo quiero que entendáis.*

La obra de Dios, por lo que mira á vosotros, hijos de Jacob y discípulos de Moisés, es que creáis en aquel que ha enviado el Padre, esto es, en mí, que os he probado mi misión con tantos milagros. La obra de Dios pues es la fe, con la cual hareis profesión de creer que Jesús es el Hijo de Dios vivo; y levantando entonces sus ojos centelleantes y su corazón inflamado al honor de su Padre, continuó diciendo: *Esta es la vida eterna, la cual consiste en que te conoz-*

[1] Joan, cap. 18, v. 37.

*can á tí, oh Padre! y que tú solo eres único y verdadero Dios, y á tu Hijo Jesucristo á quien tú has enviado.* Ved ahí el cimiento magnífico del edificio de la virtud, el primer paso que se debe dar en la carrera de la felicidad. Ved ahí el manantial de los sólidos y verdaderos bienes que duran para siempre. La fe animada de la esperanza y del amor del sumo bien, es el manjar y el alimento inmortal y eterno. Así que, es necesario que á consecuencia de este principio recibais con docilidad mis instituciones, mi doctrina, mis dogmas, el Evangelio, y que acomodeis vuestra conducta á sus máximas y preceptos. No hay otra senda para llegar con seguridad al deseado término. Ninguno viene ni puede llegar al Padre sino por mí. Yo soy el camino, la verdad y la vida. Yo soy el manjar por el que viven los ángeles que permanecen en la vida eterna.

Resistentes, obstinados y muy duros se manifestaron los enfarnaitas á consecuencia de este discurso de Jesús, y los que convencidos por un solo milagro cuyas dulzuras habían probado estaban por la mañana dispuestos á proclamarle rey, mudaron enteramente por la tarde su pensamiento, porque ya en su concepto no se trataba de acallar á un rey magnífico y liberal, sino es de creer en la palabra de un hombre que sin querer hacerse rey pretendía que lo reconociesen por Mesías y por Hijo de Dios. Entonces se vió cuánto pueden, principalmente en punto de religión, las preocupaciones y el interés. Jesucristo había obrado en público y á la vista de todos ellos una inmensa multitud de milagros que no podían negarse ni oscurecerse: porque les con vino se aprovecharon de ellos, los admiraron y celebraron, y cuando en su consecuencia exigía que se sometiesen á su doctrina, lo resistieron cara á cara, porque humillaba su entendimiento y contradecía los deseos de su corazón, y se determinan á pedirle nuevas pruebas ó milagros.

Con arrogancia y hasta con cierto género de desprecio trató en esta ocasión á Jesús aquel ingrato y desconocido pueblo. No nos negamos reconditamente á creer, le respondieron, lo que nos enseñáis, porque es cierto que hasta aquí habéis acreditado vuestras doctrinas confirmando las con milagros; pero ninguno es tan grande que nos obligue á dar nuestro consentimiento en una materia tan importante. Nuestros profetas hicieron milagros también, y sin embargo,

no nos propusieron una nueva religion ni un nuevo culto. Si creyeron nuestros padres á Moisés, que fué nuestro legislador, tenían muy sólidos motivos para darle crédito. Obró mil maravillas en la tierra de Egipto para darles la libertad; abrió á su vista los mares para darles paso y librarles de la persecucion de un rey tirano, y los cerró después á su presencia para sepultar bajo las aguas á todos sus perseguidores; y después de estos hechos que le acreditaban de legislador, de juez y de libertador enviado por Dios, es igualmente innegable que no por una vez, no por un dia, ni por un mes, ni por un año, sino por espacio de cuarenta, los alimentó en el desierto y los socorrió en todas sus necesidades, á pesar de que eran un millón de personas: nunca tuvieron necesidad de ocuparse en la sementera ni en la siega, porque ni un solo día dejó de caerles el maná del cielo, sin que tuviesen mas trabajo que recogerlo. Este es el grandioso y estupendo milagro que excita en nosotros afectuosas y tiernas emociones siempre que en nuestras solemnidades de accion de gracias cantamos aquel salmo en que está escrito: *El los alimentó con pan del cielo* [1]. ¿Nos habeis manifestado vos vuestro poder con otro milagro igual? ¿Qué prueba tan irrecusable como esta nos presentais, para que creamos y confesemos que sois todo lo que decís, á saber, el Hijo de Dios, el Mesías y el pan de la vida? ¿Qué es lo que puede obligarnos á tener tanta fe y confianza en vuestra persona? Un rey grande, un legislador eterno, el hijo de David que ha de sentarse sobre el trono de su padre, cuyas gradas han de lamer sus propios enemigos; el Mesías en fin y el Hijo de Dios no deben aparecer sobre la tierra en un traje tan pobre, tan humilde y tan menesteroso como el vuestro. Si querais que os creamos, dadnos otras pruebas, porque no es tan suficiente para convencer nos como vos pensais, el habernos alimentado por una sola vez con pan de echada en el desierto.

Groseros, á la par que maliciosos é injurios, fueron en esta ocasion aquellos galileos, haciendo comparaciones tan odiosas entre los milagros de Jesús y los de Moisés; debiendo suponer que cualquiera que fuese la persona de que Dios se valiese para obrarlos, todos

[1] Ps. 77, v. 24 et alibi.

son efectos de su omnipotencia y de su poder y misericordia infinita, y que él solo es el que proporciona y dispone su evidencia, su claridad, su duracion y extension á las circunstancias de los tiempos y lugares. Dios es infinitamente veraz, y los milagros no pueden demostrar sino la verdad de aquello en cuya prueba dispone Dios que se hagan. Los que Moisés obró demostraban que era el escogido y enviado de Dios para libertar á su pueblo de la opresion de Egipto, así como los de los profetas justificaban que tenían comision para hablar en nombre del cielo á un pueblo de dura cerviz á que no habían podido ablandar todos los que vieron obrar al legislador santo en el largo espacio de cuarenta años, así como tampoco le ablandaban ni instruían bastante los que cada dia veían obrar al mismo Salvador para probar lo que era, y desvanecer todas las sospechas y dudas que sobre su divinidad pudiesen ocurrir á un pueblo á quien dominaban en tan alto grado las equivocadas ideas que habia formado del libertador nuevo que esperaba.

Como los designios de Jesús eran elevar poco á poco hasta la esfera de la inteligencia superior de la fe á los ánimos y corazones enteramente terrestres, para conducirlos sin violencia al conocimiento de su persona y á la adoracion de los misterios incomprensibles que les proponia, tomó el partido de desengañarlos sobre cada uno de los motivos en que apoyaban su resistencia en creerle. Lo primero que le habían echado en cara era la superioridad del maná, que decían ser un pan bajado del cielo; lo segundo, apoyaban esta superioridad sobre el tiempo y la duracion del prodigio, y lo tercero se fundaba en su extension y universalidad. A todo lo que respondió Jesús segun el orden y método con que lo habían presentado, discípulos: En verdad, en verdad os digo que Moisés no os dió el pan del cielo ni aun el maná de que hablais. Vosotros no entendis bien el texto de David de que os valeis. ¿Por ventura, aspiró jamás Moisés á que le reconociérais por autor de este prodigio? ¿Tuvo la osadía de apropiarse el divino poder ó de atribuirse la gloria de hacer milagros por su propia virtud? ¿No reconoce á Dios por principio de todas las obras de su oficio y ministerio? ¿No hace una pública confesion de que él no es mas que un ministro fiel obediente á sus mandatos? ¿un instrumento para ejecutar su divina volun-

tad? Dios solo fué el autor benéfico del maná, así como lo es del pan y manjar que ahora os ofrece; pan riquísimo, nobilísimo é incomparablemente mas precioso que el maná; porque os da el verdadero pan del cielo, su Verbo divino, su Hijo unigénito, al Cristo autor de la vida, de la salud, de la gracia y de la verdad.

Aquel pan era formado en el aire por la mano de los ángeles, y caía en el desierto para el uso de vuestros padres; pero el pan de que yo os hablo y que mi Padre os ofrece, es salido del seno de la divinidad que habita en el cielo como en su palacio donde manifiesta su gloria. Cayendo el maná como un rocío sobre la tierra, era mas propiamente un pan material, terreno y corruptible, y como un suplemento de los demás manjares que no se podian haber á las manos en aquellos desiertos. El maná conservaba los cuerpos, los alimentaba y nutria, y mantenía las fuerzas de la naturaleza; pero no daba vida perpetua á los que usaban de él, ni los libertaba de la muerte: vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; el pan empeno de que yo os hablo, es el alimento de las almas; á ellas nutre, vivifica y fortalece; de él pueden usar siempre que gustaren y tuviesen hambre; él da al mundo entero la vida eterna, y tiene esta propiedad porque él solo es el pan verdadero de Dios bajado del cielo.

Materiales en todo eran, no hay duda, aquellos hombres tan tercos como carnales; pues ni aun con esta admirable doctrina quisieron comprender la grandiosidad del misterio de que el Salvador les hablaba; y tomando la corteza y dejando el espíritu, esto es, tomando los admirables efectos espirituales que el pan divino causó, por los puramente materiales que causa el pan material y comun, contestaron al Señor según el espíritu y la idea con que le contestó la Samaritana en otra ocasión muy parecida á esta; pues para librarse de ir todos los dias á sacar agua del pozo de Jacob, le pidió de aquella agua saludable, con cuyo uso se quitaba la sed para siempre. Así ellos, bien fuese con ánimo sincero, bien con alguna especie de burla, al decir que Jesús les hablaba de un pan que daba la vida eterna, la dijeron: *Donde, Señor, siempre de ese pan, para que no tengamos hambre jamás.*

No se turbó por esto la paciencia de Jesús, ni se irritó su mansue-

dumbre, ni desmayó, ni se entibió su caridad; antes bien dando mas vela á su enardecido corazón, explayó con mas liberalidad y desahogo todo el incendio de su amor; porque esa era la ocasion favorable que esperaba para descorrer el velo de los misterios y hablarles con toda claridad. *Yo soy, les dijo, el verdadero pan de vida. En mí está la fuente de la vida, y yo solo soy quien la da á los hombres; los que yo mantengo los hago vivir eternamente.* Cualquiera que viene á mí con toda la confianza y amor que debe, no tendrá hambre jamás; y cualquiera que crea en mí con una humilde sumision de espíritu y de corazón, jamás tendrá sed; mas este pan no es para los incrédulos como vosotros, pues como os he dicho otras veces y vuelvo á repetir ahora, ya me habeis visto en mil ocasiones parecer lo que soy, y siempre persistis obstinados en no creerme. Pero por mas inflexible que sea vuestra obstinacion, no me hará renunciar á mi ministerio: constantemente predicaré la verdad, y estoy seguro que hallaré oyentes mucho mas humildes y dóciles que vosotros.

Sobre todo lo que hasta aquí se ha dicho, discurre san Agustín con aquella profundidad que le es tan natural y propia, y dice [1]: Atiende á las cosas que hizo Moisés, y observa cómo desconfiados é incrédulos aun los judíos, piden al Señor obre mayores milagros que los que aquel obró. Tú, le dicen, nos prometes un manjar que no se descompone y destruye, y hasta aquí no nos has dado mas que pan de cebada, siendo así que aquel nos dió el maná del cielo. A lo que les replicó Jesús: Moisés os dió un pan significativo formado en el aire que bajaba sobre vuestros padres como el rocío ó la escarcha, *no como pan verdadero*; pero ahora *os da mi Padre el pan verdadero bajado del cielo, esto es, á su mismo Hijo unigénito á quien aquel pan prefiguraba; aquel pan era figura de este otro que es la verdad.* Así es que el mismo Salvador no dividió, sino que distinguió un pan del otro, á saber, el verdadero del falso; porque aquel fué verdadero y no falso; pero fué figurativo, y así propiamente hablando, no fué aquel pan verdadero, sino figura del pan sustancial que se da en el Sacramento; y así este es el verdadero,

[1] Div. August. Tract. 25 in Joann.

porque fué prefigurado por aquel. El pan de Dios, no figurativo sino verdadero, es el que bajó del cielo y da la vida al mundo; porque el efecto del pan es conservar la vida, y así el pan verdadero espiritual es el que da y conserva la vida espiritual, lo que solamente compete y es propio del Verbo encarnado, cuya salida fué de lo mas alto del cielo, esto es del Padre, de donde vino para dar vida al mundo. El pan material no da la vida, sino que tan solo conserva la preexistente por cierto tiempo; pero el pan espiritual de tal manera vivifica, que él mismo da la vida; porque verdaderamente empieza el alma á vivir cuando se une al Hijo de Dios, y por esto se llama principalmente pan de la vida, expresion que usó él mismo cuando dijo: *Yo soy el pan de la vida*, esto es, el que doy la vida por la divinidad que tengo; *que bajé del cielo* por vestirme de la humanidad; y el que comiere de este pan dignamente y se uniere con él por la fé y el amor, *no morirá, sino que vivirá* en el siglo presente por la vida de la gracia, y en el futuro por la vida de la gloria.

No imagineis que sucedió así á vuestros padraz; ellos comieron el maná y murieron con la muerte del alma porque solamente entendian lo que veían, y lo que no veían no lo entendian. Los justos empero que no eran semejantes á ellos, no murieron con la muerte del alma; porque aunque comian un manjar visible, comprendieron bien que simbolizaba un manjar espiritual: para estos tenia toda la suavidad y dulzura inagotable y para aquellos era insípido y desabrido, y les causaba náuseas y fastidio. Así tambien la Eucaristia á los que reciben y comulgan dignamente es el consuelo de la vida espiritual; pero para los que la reciben y comulgan indignamente, es juicio, muerte y condenacion eterna. Hasta aquí san Agustín.

Esta tan clara exposicion de un doctor tan eminente, nos demuestra con toda claridad que el Salvador divino no trató en este discurso que tuvo con los judíos de inculcarles como lo habia hecho en otras ocasiones, la necesidad de guardar los mandamientos, de que conservasen la inocencia de costumbres ó de que la restaurasen por la penitencia; ni tampoco descendió á lo que era comun á los dos leyes y esencial al culto divino, sino que trató de inculcarles la fé

explícita en el Hijo de Dios y la necesidad de la union de los fieles con su divina persona, que era el constitutivo esencial de la diferencia entre el culto nuevo y el antiguo, y el verdadero punto de resistencia de los judíos carnales. Entre los oyentes que Jesús tenia, no solo en esta ocasion tan crítica é interesante, sino en todas las que predicaba, habia muchos que iban á oírle llevados por motivos humanos de interés, de curiosidad y de intencion maligna; pero los otros eran discipulos de buena fé que querian ser instruidos y seguian las impresiones de la gracia; y sobre esta diversidad de oyentes hizo declinar el Señor la continuacion de su respuesta, confirmando todo cuanto hasta aquí les habia dicho.

Vuestra incredulidad, continuó Jesús, no puede ser mas funesta: me habeis visto y no me creeis; me habeis oído, y no convencen vuestra obstinacion mis discursos; he obrado mas milagros de los que son necesarios para acreditar mi union, y ni aun con esto me dais crédito; sabed pues y tened por cierto que todos los hombres que me ha dado mi Padre, sin distincion de judíos y gentiles, y vienen á acogérse bajo mi proteccion para que les enseñe esos y otros grandes misterios que estoy encargado de enseñarles, á todos los recibo y recibí sin rehusar alguno, porque todos son suyos; por esto no resisten sus llamamientos y atienden con docilidad al testimonio que da de mí como de guia que les ha enviado para la vida eterna; y aunque no sean en grande número será bastantes para mí, pues mi Padre con eso se contenta. Yo no he bajado del cielo para hacer mi voluntad sobre la tierra; esto es, para admitir á estos en el número de mis discipulos, ó para excluir á aquellos con una eleccion arbitraria y puramente humana: yo tengo una regla fija para mi conducta y me conformo con ella; esta es, el perfecto conocimiento que tengo de la voluntad de mi Padre, y he bajado del cielo por ejemplarla. Este Padre, infinitamente justo, santo y amoroso, no quiere que se pierda alguno de los que ha elegido y predestinado para que sean vivos; y si alguno se perdiere, será por su falta de atencion y cumplimiento á las lecciones que les doy; será porque desistirá de mis banderas y quisiere perdersé; pues su voluntad suprema es que yo los instituya, los cultivo y conserve con cuidado; y que en el último dia los rescite para la vida eterna.

No extrañéis que os repita una y otra vez verdades tan interesantes y dogmas tan principales: os importa mucho creerlos y quedar de su verdad convencidos. No lo dudéis: mi Padre quiere y es su voluntad que todos los que tienen la felicidad de ver á su Hijo dar señales de su grandeza, poder y santidad, y creen en él y en el Hijo, posean algún día la vida eterna como premio que ha resucitado darles cuando los resucite al fin de los siglos. En adelante será en mí, esto es, en la fe de mi divinidad y en la union que se contraerá conmigo, en lo que estará el derecho á la vida de la gracia sobre la tierra y á la resurrección para una eterna gloria. La esperanza de la vida verdadera que conduce á la gloriosa resurrección, ya no se fundará sino sobre el conocimiento que se tuviere del Hijo de Dios y sobre la fe que se dará á sus palabras, según el grado de revelacion que de esto se tuviere. Sin esta fe que yo he venido á traer sobre la tierra y que será el fundamento de toda justicia, las obras buenas no fructificarán para la vida eterna. Yo soy el que resucita á los hombres como Dios, con el poder de mi divinidad; yo soy el que en cualidad de hombre, porque mi humanidad está personalmente unida al Verbo de Dios, conseguire y obtendré para el fiel, con la dignidad infinita de mi persona y de mis méritos, los privilegios de una resurrección gloriosa. Este es el sentido en que el Señor es el pan vivo bajado del cielo, y pan vivificante que da la salud al mundo; que él mismo, sumo y eterno sacerdote, ofreció por todos el primero á su eterno Padre, y todo esto quiere decir su Majestad con tan breves palabras.

Fuerde es el imperio de la verdad, no hay duda; pero en muchas ocasiones en vez de convencer los ánimos obstinados y endurecidos, los exaspera, los irrita y enfurece: así es que verdades tan sublimes acompañadas de promesas tan grandes y consoladoras, disgustaron sobremanera los de aquellos judíos tan pegados á la tierra y á todas las felicidades caducas y perecederas que en ellas se gozan. No podían oír sin horrorizarse que Jesucristo les repitiera, *yo soy el pan vivo que bajé del cielo*. Murmuraban entre sí y se enfurecían. Mil miradas de desprecio se dirigían al Dios de la verdad y la vida, y como que se anticipasen en condenarle reo de muerte en su corazón; aunque comprendían bien que se les quería dar á entender que

Cristo en cuanto Dios estaba en el seno de su Padre antes del tiempo de su nacimiento sobre la tierra, aunque en cuanto hombre hubiese nacido en el tiempo; y que su santa humanidad estaba unida á una persona divina, que era la que habia bajado del cielo, sin embargo, esto mismo que han entendido y comprendido era lo que resistían á creer, diciendo: ¿No es este hombre Jesús hijo de Joseph? ¿No es hijo de María su madre? ¿No conocemos á su padre y á su madre y á toda su parentela? ¿Cómo pues puede decir que ha bajado del cielo?

¿Qué pequeño y limitado es el entendimiento del hombre cuando quiere con sus alcances puramente humanos subir mas arriba de su propia y natural esfera para comprender los mas altos y encubiertos misterios, si no se apoya sobre el vehículo indeleznable de la fe? Todo le parece duro, todo difícil é imposible. Pero cuando sobre la fe se apoya, cuando cree por la fe, comprende con facilidad, discurre con certeza, y conoce con aquella claridad que parece es propia de las supremas inteligencias. Faltando por consiguiente este apoyo y vehículo á los murmuradores injustos de las doctrinas del Salvador, no pudo menos de reconvenirles fuertemente y decirles: ¿Qué es lo que extrañáis? ¿Qué motivo tenéis para no creer y murmurar sobre lo que acabo de decir? Veo que me canso en vano en hablaros, y que hacéis inútiles mis esfuerzos para instruirlos, oponiendo una resistencia tenaz á todo cuanto os enseño; así es imposible que cesen todas contradicciones como de continuo se levantan en vuestro corazón y entendimiento. ¿Sabéis por qué no me creéis? Porque en vosotros no existe el deseo de aprovechar en lo que concierne al espíritu; porque no sois de aquellos justos que atraídos del testimonio de la verdad, que es el que mi Padre da de mí, y dóciles siempre á su gracia vienen á mí á aprender como de su enviado, su doctrina y su voluntad. A vosotros os dirigen y conducen motivos muy reprobables: el interés, la codicia, la ambición, son el único móvil de vuestras operaciones: estos afectos mezquinos, las terribles impresiones de la carne y de la sangre y no la sumisión respetuosa á la voz de mi Padre ni el deseo de hacer su voluntad, son lo que os mueve y guía. ¡Cuánta es vuestra desventura!

Oídme, prestadme toda vuestra atencion, porque os anuncio ver-

dades, que si las despreciáis obstinados, tal vez nunca podéis creer las arrependidos. Todo el fruto que habeis de sacar de mis discursos depende de las sinceras disposiciones del espíritu con que os acercáis á oírlos. El desordenado apego á las cosas terrenas os impedirá siempre venir á mí como discípulos: nunca seréis del número de los que me dió mi Padre para que los enseñe, si no hay en vosotros esa generosa desprendimiento que á ellos caracteriza: esto fué lo que me obligó á decirlos en el instante mismo que llegásteis á mi presencia, que no podía mirar como un mérito vuestra presencia. No, no fueron los milagros que hizo mi Padre para autorizar mi misión los que os hicieron abrir los ojos y os dispusieron á venir para creer mi doctrina y seguirla, sino porque aquellos contribuyeron á vuestro consuelo corporal y os suministraron los socorros para las necesidades de la vida, aun cuando menos los esperábais. Una y otra vez os he dicho que no es este el camino que debe conducirlos si queráis ser ilustrados. Aquellos solos que se presentan con este fin, que se elevan sobre las sugerencias de la carne y se dejan mover de las impresiones que en ellos causa la voz de mi Padre que da testimonio de ser el mismo el que me ha enviado; á ellos me doy á conocer, ellos se mantienen del pan vivo que bajo del cielo y perseveran hasta el fin. Yo usaré con ellos del poder que he recibido, y los resucitaré en el último día á un estado glorioso, sin distinción de judíos y de gentiles.

¿Queréis acreditaros de tan necios, que ignoreis lo que los profetas han escrito? ¿No es cierto que dijeron que habia de venir un día en que todos vuestros hijos serian doctrinados por el mismo Señor [1]? Vosotros lo concedéis, mas esta prediccion debe cumplirse en el tiempo del Mesías; pero advertid que su cumplimiento no está reservado á una nacion ni á un paraje solo de la tierra. Su prediccion abraza todos los hombres del universo, porque á todos se revelarán en el tiempo determinado los misterios mas escondidos; por esto las maravillas que hace mi Padre por mí, son la voz de Dios que se dirige y habla á todos ellos. El que ha oído la voz de mi Padre que los llama á mí y no resiste las inspiraciones interiores

[1] Isaías. cap. 54, v. 13.

que de él recibe, viene á mí como á enviado de Dios, y se rinde, obedece y cumple las instrucciones que yo estoy encargado de darle. No sean siempre crimales vuestros pensamientos ni terrenos vuestros deseos. Levantaos alguna vez sobre la esfera de lo humano y procurad aprender las lecciones de la fe, que se dirigen á formar y fortalecer vuestro espíritu. No creáis que el Padre pueda verse con los ojos del cuerpo; nadie lo ha visto jamás en esta vida, ni podría dudar mucho tiempo en la tierra su misión; solo pertenece al que él ha enviado verlo claramente, verlo siempre y darlo á conocer á los otros: él se da á conocer por sus obras y por sus palabras; las unas y las otras traen y conducen á mí; á mí vuelvo á decir que solo he visto al Padre y sé todos sus secretos.

De nada os servirán todos los conocimientos que háyais adquirido ni los que podáis adquirir sobre las ciencias humanas, para conseguir los que os sean necesarios sobre la excelencia, grandeza y dignidad de Dios, y sobre los misterios y arcanos que á nadie se han revelado. Por mi medio y conducto es por quien mi Padre quiere comunicarlos, pues nadie antes que yo los ha tenido ni nadie puede revelarlos. Ninguno conoce intimamente á Dios sino el que es Dios. El Hijo de Dios tiene una entera y plena revelacion de toda la economia del reino celestial, y es el único que tiene facultad y poder para establecerlo sobre la tierra. En verdad, en verdad os digo que aquel que cree en mí y viene á mí conducido por mi Padre, ya tiene en su fe el principio de la vida eterna, y en la gracia de la adopcion una prenda de la resurreccion gloriosa. Como á Hijo enviado del Padre, soy yo el pan de la vida; es preciso usar de este pan bajado del cielo, con la fe de las verdades que revelo; pero tambien en otro sentido soy y será hasta el fin del mundo, que convendrá comer en forma de alimento y de sustento. Pan totalmente distinto del maná, que no pudo exceptuar á vuestros padres que lo comieron en el desierto, del tributo comun que todos deben á la naturaleza; ni les preservó de la muerte, ni de la corrupcion, ni les fué prenda segura de la vida eterna.

El pan vivo que ha bajado del cielo es un soberano preservativo contra la muerte espiritual, que es mucho mas temible que la muerte del cuerpo. Los beneficios que vuestros padres recibieron de Moisés.

sés, tuvieron sus límites en la vida presente; los que propongo haceros miran á la vida verdadera y dan derecho á su posesion. El que yo os ofrezco es un pan que confiere al alma bien dispuesta que le come, el principio de una vida sobrenatural que no tendrá fin, con tal que el hombre fiel tenga cuidado de conservarlo. Yo soy, vuelvo á repetir otra vez; yo, á quien estais mirando, soy el que ha bajado del cielo. Yo soy el pan vivo; cualquiera que comiere de este pan, recibirá la raíz de la inmortalidad y la prenda de una vida eternamente dichosa. Este pan, que ahora no os doy á comer, pero que os lo daré cuando llegue el tiempo, es mi carne, que será sacrificada por la salud del mundo.

Estas palabras mal entendidas fueron causa entre los judíos de una grande disputa, siendo diferentes sus dictámenes. Sorprendiéronse con la promesa de Jesucristo, y aunque la llegaron á entender puntualmente, no comprendian cómo podría realizarse. ¿Cómo, decian, y con qué especie de prodigio este hombre nos dará á comer su carne á todos y á cada uno en particular? No era tiempo aún de correr el velo á los misterios: bastaba preparar los ánimos é írseles proponiendo. Con todo eso, después de las pruebas dadas por Jesucristo de ser el Maestro y doctor de los hombres enviado por su Padre, ya era tiempo de que lo creyesen, por mucha oscuridad que encerrasen los misterios que les anunciaba. Así fué que desentendiéndose de alterar con ellos, dejó sin contestacion las dificultades que le oponian, porque este era el único medio de hacer cesar la disputa y apaciguar aquellos espíritus, que aunque nada creian imposible para el Señor, no se resolvian enteramente á creerle, y pasó á confirmármelos enteramente su doctrina.

En verdad, en verdad, les replicó, que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis de su sangre, que no tendreis en vosotros la prenda de la vida y de la bienaventuranza eterna: por el contrario el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene derecho para la vida eterna y bienaventurada. En sí mismo lleva la prenda de ella, y yo le resucitaré el último día para que entre en posesion de una dicha que no tendrá fin. Pues mi carne es verdadero alimento que se come y mi sangre es verdadera bebida: el que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él; esto es,

permanecemos uno y otro con una compañía y union íntima de afectos, con una caridad mutua y un amor reciproco. Esta explicacion que sobreentendiendo en la doctrina del Salvador, la aclaró san Agustín de la manera siguiente [1]: El que come mi carne como *espiritual comida* y bebe mi sangre como *espiritual bebida*, queda en mí por la conformation de su vida con los designios de mi voluntad y amor, y yo en él, porque habito en él por la gracia. Por lo que la fe de tu corazon es Cristo que habita en tu corazon: cree pues en él, y ya lo recibiste. Esta fe que obra por el amor es la obra de Dios, como principio y fin de todo bien; porque por la fe verdadera el hombre se une y como que se incorpora con Dios. Creer pues en él, es creyendo amar, creyendo ir hácia él é incorporarse con sus miembros. Esta es la fe que de nosotros exige Dios, la que obra por el amor; y así creer en él, es comer la comida que produce y causa la vida eterna.

Por todas estas consideraciones les añadió el Salvador. Y así como yo recibo la vida, una vida toda divina de mi Padre cuyo lugar tengo aquí, estando él, no solamente vivo, mas siendo el principio de la vida, y Criador de todas las cosas vivientes; del mismo modo los que comen á mi mesa y yo mantengo con mi propia sustancia, participan de la vida que mi Padre me ha comunicado; de suerte que ellos tienen como yo la felicidad de no vivir sino de él, en él y por él. Así es como vive por mí el que me come; así somos uno sobre la tierra, y en ella empezamos á unirnos desde la eternidad.

Grandes y consoladoras promesas, sublimes y elocuentes palabras que son la expresion mas viva y positiva del amor del Maestro divino; pero tan claras, terminantes y expresivas, que no pueden torcerse á un sentido figurado ni á una comida metafórica. Era preciso creer, ó que prometia lo que era imposible cumplir, ó que el exceso de su amor para con los hombres le hacia posible una union admirable de la cabeza y de los miembros, con la comida real y verdadera de su cuerpo, la cual podrian contraer los hombres; pero que no serian capaces de comprender. Y como efectivamente lo sublimidad del misterio no era de fácil compresion, les repitió Jesús lo

[1] Div. August. Tract. 29 in Joann.



que les había dicho al principio de esta interesantísima instrucción. Este es el pan que bajó del cielo, *yo que estoy hablando*. Yo, en quien es fuerza creer como en el Hijo único de Dios; cuya carne es preciso comer con amor y confianza para tener derecho á la vida eterna. Nada dudéis de cuanto hasta aquí os he dicho, aunque las grandes verdades que os he revelado sobrepujan en mucho al conocimiento de la ley. Ellas son el fundamento del culto interior y sublime que la ley prometía; pero yo, que fui figurado por el maná antiguo, produciré en los hombres efectos muy distintos de los que aquel producía; porque si bien conservada por algún tiempo la vida, no libertaba de la muerte; pero el que se mantiene del pan bajado del cielo, el que come mi carne, única comida que mantiene la vida del alma, tendrá en sí el principio y la prenda segura de una eternamente gloriosa.

Un pueblo acostumbrado á oír siempre doctrinas santas y admirables de la boca del Salvador, las que veía confirmadas con milagros, cuanto más imposibles les parecían no debía dudar de la certeza de las que acababan de proponerle y reiterarle una y otra vez. Sin embargo, Cafarnaúm y su Sinagoga, que tantas veces habían resonado en alabanzas del divino Maestro, se escandalizaron de oír de su boca la doctrina de la paz y del amor. La mayor parte de sus oyentes y los mismos que hacían profesión y alarde de ser discípulos suyos, lejos de admitir como debían el exceso de su caridad, decían llenos de pavor: Duras por cierto y extrañas son las cosas que nos ha dicho: ¿quién puede oír las sin que le cause dificultad el creerlas? Claro es y evidentísimo que en todos tiempos el hombre animal que ha pretendido investigar y comprenderlo todo por la razón, no ha comprendido las cosas que son del espíritu de Dios [1]; porque como el juicio de ellas se ha de formar espiritualmente, ó las tiene por diferentes ó las califica de locura; y sobre todo, porque acostumbrado á seguir la inclinación de los sentidos, deja enbaquecer ó apagar su fe, y jamás se eleva sobre los débiles alcances de una razón soberbia y orgullosa, por la que nunca abre sus ojos á las luces hermosas del cielo.

[1] Div. Paul. Epist. 1.ª ad Corinth. cap. 2, v. 14. *Quia Verbum Verbum* [1]

Un sordo murmullo de reprobación que residía, mas en el pensamiento que en la boca, y que por lo mismo se daba á conocer poco exteriormente, no podía ocultarse al que sabía lo mas recóndito de todos los corazones; pero como no creían ser oídos, repetían una y otra vez allá en su interior: ¿No es este un hombre á quien todos conocemos? ¿Pues cómo se atreve á hablanos así de su persona? Si se le cree, él ha bajado del cielo, ¿y qué hombre se atrevió jamás á atribuirse semejante prerogativa? Esto era sobre todo lo que mas les escandalizaba: lo demás les hubiera parecido creíble de la parte de un hombre si á un mismo tiempo le hubiesen imaginado Dios; y supuesta esta creencia, nada les inquietara la fe de ser su carne verdadera comida: por esto, por grande que fuese la idea que habíah concebido de Jesucristo, se desvanecía su confianza cuando este hombre divino, á quien creían hijo de Joseph, les decía que había bajado del cielo. Ellos comprendían bien que quería decirles que había venido de Dios, que era Hijo de Dios ó igual á Dios; y este fué siempre el motivo de su escándalo y el escollo de su incredulidad. Jesucristo empero procuró apaciguarles diciéndoles: Vosotros estáis escandalizados por haberme oído afirmar que he bajado del cielo! Día venidá, y no está lejos, en que vosotros mismos vereis al Hijo del hombre que os está hablando, subir donde estaba antes. ¿Tendréis todavía entonces dificultad de creer que bajó del cielo al que vereis subir allá? ¿Dudareis aún en aquel día que lo es muy posible y fácil alimentaros con este cuerpo que os promete para vuestro sustento?

Permitió el Señor, dice san Agustín [1], esta duda y desconfianza de parte de los judíos, en las palabras que les decía y doctrinas que les enseñaba; para ofrecer un motivo de confianza y consuelo á todos los encargados de sumeiar su divina palabra y doctrina, cuando no solo no sean creídos, sino insultados y despreciados por aquellos mismos cuya salud precavan; pues si á él lo insultaron, persiguieron y despreciaron, sus ministros han de serlo también cuando anuncian á los pueblos las verdades que su Majestad fué el primero en predicar y anunciar. Oíranle los judíos con todas las prevención-

[1] Div. August. Tract. 27. in Joann. v. 46. *Quia Verbum Verbum* [1]

nes de la carne y de la sangre, y por esto no le comprendían; creían que habían de alimentarse de su cuerpo y sangre como si fuese un alimento natural, ó como el pan material y la carne que se comen á bocados; y para desengañarlos de esta falsa creencia, les añadió que le verían subir al cielo con su propio cuerpo; que fué lo mismo que decirles: Sabed que los sentidos, la razón humana y el corazón carnal no pueden llegar á la sublimidad de los conocimientos que yo os comunico. El espíritu es el que vivifica, la carne nada aprovecha para esto. Estas palabras *yo he bajado del cielo* que tantas veces os he dicho, *son espíritu y vida*, ellas son el principio del nuevo culto que vengo á traer á la tierra; para entenderlas es preciso dejarse gobernar por el Espíritu de mi Padre; y cuando se crean se consiguen en la fe la raíz de la vida sobrenatural y divina, que no se comunicará sino á los miembros del que ha venido del cielo. La carne no comprende nada de esto. Ved y considerad ahora si vosotros os halláis en la disposición de dar fe á mis palabras.

No ignoraba su Majestad que para el mayor número de sus oyentes habían de ser inútiles todos sus esfuerzos y trabajos, porque tenía una revelación clarísima sobre la conducta y suerte venidera de todos los hombres, de quienes estaba constituido cabeza, Salvador y Juez. Conocía perfectamente los que serían felices y los que le negarían; no dudaba quién entre sus apóstoles había de ser el traidor; y con todo eso lo había llamado con tanta misericordia y bondad, como á su discípulo amado, y al que tenía destinado para cabeza de su Iglesia, y todos los conocimientos presentes y futuros en nada disminuían la actividad de su celo; porque en el orden de la Providencia, ni estrechaban las extensiones de su ministerio ni los límites de su misión; así es que cerciorado infaliblemente de todo, les decía con la mayor caridad: Necesitais luz de lo alto y el don de la inteligencia para comprender el estado admirable de mi cuerpo en este banquete á que convido á todo el mundo. Solo en un sentido espiritual es mi cuerpo el alimento y vida de los hombres, pues solo les hace vivir según el espíritu, no según el cuerpo. Muchos incrédulos hay entre vosotros que muestran bien cuánta razón tengo en decir que no puede algo venir á mí si no es traído por mi Padre; pero no consiste en él que no venga todo el mundo, pues á todos

los que no se hicieren voluntariamente indignos ofrece su auxilio para que vengan. Yo sé quiénes son entre vosotros los que no creen y se escandalizan de mis palabras, y es porque hacen juicio de ellas en el tribunal débil de su razón: es menester atender al testimonio que da de mí mi Padre y abrazar los afectos que inspira á vista de mis milagros. El interés y la ambición os harán ver en mí un hombre poderoso en obras y augurar un rey bienhechor según el mundo, á quien tenga que allegarse de los primeros, pero esto de nada sirve. Solo el espíritu de mi Padre, al cual resistís, es el que puede descubrirnos y hacer que conozcáis en mí al Hijo de Dios, pan de vida que bajó del cielo. La letra mata, el espíritu es el que vivifica [1]; y así como la paja cubre el grano, así también la letra cubre el espíritu.

Nada mas se necesitaba para que esta última repetición del Señor fuese como la última mano que arrancase la máscara de los carnales y postrase enteramente la fe vacilante de su corazón. Desde este día tan útil á las almas sencillas que le seguían de buena fe, muchos de los que se gloraban de ser sus discípulos renunciaron sus empeños de seguirle, se retiraron de su compañía y no caminaron mas con él: con la mas extraña ceguera se apartaron del sol de justicia, cuya luz no podían sufrir. Este fué el primer cisma que dividió á los fieles de la Iglesia Jesucristo, compuesta entonces de pocas personas. Sintió su Majestad la deserción; pero nada tenía que reprenderse: por esto no se dignó jamás de volver á llamar los que se habían apartado de él; dejó ir á estos desertores cuyo bien había procurado, y su infelicidad fué obra de la bajeza de sus pretensiones terrenas. Después de la asamblea de incredulos, y en seguida preguntó el Salvador á los que habían quedado: ¿Y por ventura vosotros os queris también ir y dejarme? Qué fué lo mismo que decirles: ¿Llegó también el contagio á inficionar vuestras almas? ¿El ejemplo de tantos ingratos ha impresionado vuestros corazones y os ha hecho de su partido?

Pedro que era el primero y jefe de todos, lleno de aquel celo ardiente que le caracterizaba y distinguía, tomó la palabra y contestó

[1] Div. Paul. Epist. 2 ad Corinth. cap. 3, v. 6.

por todos á Jesús, diciendo: ¡Y á quién, Señor, iremos nosotros, si fuésemos tan desdichados que os perdiésemos, ó tan ingratos que os dejásemos? Vos solo sois el que tenéis palabras de vida eterna; vos el único que enseñais lo que conviene saber, hacer y creer para conseguirla; y nosotros estamos convencidos, y conocemos, creemos y confesamos que vos sois Cristo Hijo de Dios vivo; vos solo sois el Jefe y Maestro de la verdad; otro semejante á tí no podemos hallar. Tú solo nos bastas y por tí solo hemos dejado todo; como no hay otro que te iguale, lejos de apartarnos de tí, á tí hemos de acudir. Sobre lo que dice san Agustín [1]: Si nos arrojas de tí, danos otro que sea como tú y le seguiremos.

En la respuesta de Pedro, dice el Crisóstomo, se manifiesta la grandeza de su amor. Este es Pedro, amador de sus hermanos; conservador de la amistad, el que responde por todo el colegio apostólico: Señor, ¿á dónde iremos? Alí está es una expresión que demuestra un grande cariño. Ella justifica que ya apreciaban los apóstoles mucho más á Cristo que á sus propios padres. De tu boca salen palabras de vida eterna, esto es, palabras que prometen la vida eterna y á ella conducen; y el que no las creyese, perecerá eternamente. En la particion de tu cuerpo y sangre cifras la consecucion de la vida, y en las palabras de tu predicacion la prometes: la virtud de Dios está en tu Evangelio. ¿Qué otra cosa podemos querer mayor? En la respuesta de Pedro es explícita la verdadera confesion de su fe. Si lo hemos conocido, lo confesamos una y otra vez; vos sois nuestro Mesías, el Hijo de Dios [2]; así lo acreditan vuestras doctrinas confirmadas por vuestros milagros. Creemos y confesamos que vos sois Cristo en cuanto á la humanidad, en la que habeis sido unido con la union de la divinidad como rey y sacerdote sumo; Hijo de Dios Padre por vuestra naturaleza divina, y por consiguiente igual á él en sabiduría y poder, porque vos la misma vida eterna: en tu carne y sangre no das sino lo que tú eres, esto es, la misma vida eterna.

Al oír Jesús tan franca confesion de la boca de sus discípulos para continuar á todos en tan santa efrenencia les dijo: Yo que os he ele-

[1] Div. August. Tract. 27 in Joann.

[2] Div. Crisostom. Hom. 47 in Joann.

gido en número de doce para que seais mis primeros ministros en el establecimiento de mi reino, sabed que uno de vosotros es demonio; uno entre vosotros es pérfido, ha de hacer traicion á su Maestro y perecer infelizmente. Ellos no supieron hasta mucho tiempo después quién era el infeliz de quien se les hablaba, porque su detestable empresa no habia de verificarse hasta pasado un año desde aquel dia en que lo profetizaba el Salvador. No obstante esto, perseveraron los doce con algunos otros cerca de Jesús, aunque entre todos componian un número muy pequeño en comparacion de la gran multitud que antes lo seguia. Acaso Judas no meditaba aun su sacrilega y abominable traicion; pero ya sin haber concebido designio tan detestable, se disponia á él con su infidelidad; por lo menos es muy creíble que sin alguna razon que en aquella sazón subsistiese, no hubiera dicho desde entonces el Salvador hablando de aquel desgraciado apóstata: Entre los doce que he elegido hay uno que es demonio. Y ciertamente era preciso que el desventuradísimo tuviese un corazon de demonio, pues por todo un año, desde el dia en que el divino Maestro descubrió su perfidia, en el que tuvo la dicha de vivir familiarmente con Jesús, de ser testigo de sus milagros y de tomar parte en sus confianzas, jamás le hirió su grandeza y le movió su bondad. Ni creyó por la fe ni volvió por la penitencia; abandonó á Cristo en su corazon y fué abandonado de Cristo. ¡Triste desgracia! que nos enseña cuánto hemos de amar la union con Cristo y temer su separacion.

## ORACION.

Oh mi Dios y Señor mio Jesucristo! tú que solo bastas para la salud de mi alma, concédeme la gracia de que á tí solo desee; deseadote á tí, solo por tí y no por otra cosa, á tí solo busque, para que buscándote te hallé, hallándote te estreche contra mi corazon, teniéndote estrechado te ame, amándote queden perdonados mis pecados, y perdónalos una vez no vuelva á cometerlos jamás. Ilustra, te ruego, Señor, mi corazon con la luz de tu divina gracia, á fin de que teniéndote por mi conductor y guia en todos mis pasos, siempre á tí tema y ame sobre todas las cosas, y en todas ellas ha-

ga tu voluntad; jamás de ti me aparte, y contigo viva constantemente unido, porque tú solo bastas, y al que te ama y sigue, la vida eterna prometes, á la que te ruego que por tu misericordia me conduzcas. Amen.

Nota. La historia del presente capítulo se halla en el VI del Evangelio de san Juan desde el versículo 22 hasta el 72, ambos inclusivos.

La Iglesia usa de varios trozos de este Evangelio como propios de las misas siguientes:

Desde el versículo 37 hasta el 40, como propio de la que celebra en el aniversario de los difuntos.

Desde el versículo 51 hasta el 55 lo usa en la misa cotidiana de los mismos. Y desde el 56 hasta el 59, en la festividad del Santísimo Sacramento y en la misa votiva del mismo. Unos y otros dicen así.

EVANGELIO DE LA MISA DEL ANIVERSARIO DE DIFUNTOS.

*San Juan, cap. VI, vs. 37 al 40.*

En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas de los judíos: Todos los que me da el Padre vendrán á mí, y el que viniere á mí no le desecharé; pues descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la de aquel que me ha enviado. Y la voluntad de mi Padre que me ha enviado es que yo no pierda ninguno de los que me ha dado, sino que los resucite á todos en el último día. Por tanto, la voluntad de mi Padre que me ha enviado es que todo aquel que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo le resucitaré en el último día.

EVANGELIO DE LA MISA COTIDIANA DE DIFUNTOS.

*San Juan, cap. VI, vs. 51 al 55.*

En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas de los judíos: Yo soy el pan vivo que descendí del cielo. Quien comiera de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi misma carne para la vida ó salvacion del mundo. Comenzaron entonces los judíos á alter-

car unos con otros diciendo: ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? Pero Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo le resucitaré en el último día.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FESTIVIDAD DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

*San Juan, cap. VI, vs. 56 al 59.*

En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas de los judíos: Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él. Así como el Padre que me ha enviado vive y yo vivo por el Padre, así el que me come también vivirá por mí. Este es el pan que bajó del cielo. No sucederá como á vuestros padres que comieron el maná, y no obstante murieron. El que come de este pan vivirá eternamente.



para pasearse por la campiña, á la distancia que permitía la ley en el día santo de descanso: acompañábanle los apóstoles, y le seguía según la costumbre una turba inmensa, entre la que se había mezclado una tropa de fariseos que casi nunca le perdían de vista, determinados y siempre prontos á deshacerse de él á la primera ocasión que se les presentase. La estimación y aprecio que el pueblo le tenía, era el único é invencible obstáculo que encontraban para la ejecución de sus péfidos designios; por lo que uno de sus primeros objetos era desacreditarle para con la muchedumbre, á fin de que perdido á su vista el concepto, les fuese más fácil conseguir su intento.

Los judíos tenían perfectamente distribuidas sus labores campes- tres en razón de que cumplían con la mayor exactitud los diversos preceptos que Dios les había intimado con respecto al ofrecimiento de sus primicias. Ya se había hecho la siega de las cebadas, después que en la fiesta de la Pascua se habían ofrecido los haces ó manojos de las primicias; mas por lo que mira al trigo, aun estaba en el campo, aunque ya casi en sazón algunas semanas antes de Pentecostés, después de cuya fiesta era la costumbre empezarse la recolección en toda la Palestina, habiéndose antes ofrecido los panes de trigo nuevo á los sacerdotes. Peseó no solo verosímil, sino muy probable, que los apóstoles estuviesen ocupados la víspera antecedente en las funciones de su ministerio, y que no habiendo tenido lugar para dejar prevenido el alimento necesario para el día

sucedier muy bien que ocho días, y otros muchos mas después del ofrecimiento de las primicias, hubiese mieses maduras en los campos y sucediese el caso que refieren san Mateo en el cap. 12, v. 1, san Marcos en el 2, v. 23, y san Lucas en el 6, va. 1 y siguientes.

San Epifanio, en la refutación de la herejía de los ebionitas ó ebionitas, número 32, dice: "El sábado propiamente llamado después de los ázimos, que también se reputaba por verdadero sábado," y asimismo se llamaba día de los ázimos. Esto es, los que les había mandado el Señor en el Levítico (cap. 23, va. 6 y siguientes). En el mes primero, el día 14 del mes por la tarde, es la pascua del Señor, y en el día 15 de este mes es la solemnidad de los ázimos del Señor. Siete días comeréis pan sin levadura. El primero de estos será para vosotros solemnísimo y santo; ninguna obra servil haréis en él, sino que en los siete días ofreceréis holocausto al Señor; pero el séptimo día será para vosotros mas solemne y santo que los demás, durante el cual ninguna obra servil haréis en él. Lo mismo se dice en el v. 15 y siguientes; y sobre esto pueden verse el cap. 5 del libro de Josué. Tenedro, Quest. 32, sobre el Levítico y otros varios.

## CAPITULO XX.

ACRIMINAN LOS ESCRIBAS Y FARISEOS A LOS APÓSTOLES PORQUE ARRANCAN UNAS ESEIGAS EN DIA DE SABADO Y JESUS LOS DEFIENDE: EN OTRO SABADO CURA EN LA SINAGOGA LA MANO SECA DE UN HOMBRE Y CONFUNDE LA MALICIA DE AQUELLOS.

Tan emponzoñado estaba el corazón de los fariseos contra el Salvador y contra sus apóstoles, que ni aun los unos ni los otros podían hacer cosa alguna, por santa y laudable que fuese, que no la envenenase muy luego su malicia y no formasen sobre ella un crimen, siendo sus culpas mas principales y ordinarias sobre la violación del día del sábado. En uno de ellos, y era el primero del segundo mes, el que según la opinión mas probable se cree sería el sábado después de Pentecostés [1], salió el Señor de Cafarnaúm como

[1] Los judíos habían distinguido los primeros sábados después de las tres grandes festividades, con tres diversas expresiones que en cierto modo denotaban las pascuas que les habían precedido. El primero después de la pascua se llamaba Sabbaton protoprotón; el que seguía á la de Pentecostés, Sabbaton deutero-proton, y el de después de la fiesta de los tabernáculos, Sabbaton trito-proton; y como algunos autores y expositores sacros digan sobre este lugar, Sabbaton deutero-proton, esto es, primer sábado después de la segunda pascua, es claro que fué el de después de la pascua de Pentecostés, sin que sea un obstáculo insuperable el que algunos digan que en esta festividad era cuando se ofrecían las primicias de la cosecha; pues podía

siguiente, tuviesen hambre. Pusieronse pues á coger algunas espigas, á estregarlas en las manos y á comer, paseándose, los granos de trigo que podían sacar. No escrupulizaron sobre esta accion tan sencilla, y el Señor que los estaba mirando no les prohibió este pequeño alivio de su necesidad. En esto se descubre la simplicidad evangelica. Comían granos de las espigas porque eran como palomas, de las que es propio comer granos. Tenian hambre, ya en razon de su pobreza, ya por causa de las turbas que los tenían todo el día en continuo movimiento y ocupacion; con lo que se da á entender á los ministros del Evangelio, sea cual fuese su categoría y clase, que deben posponer la preparacion de la comida corporal á la procuracion de la salud de las almas; sobre lo que dice el venerable Beda [1]. No teniendo los discípulos ni aun tiempo para comer por causa de la importunidad de las turbas, tenían hambre como hombres, pero cogiendo espigas hacían como que la entretenían y consolaban; lo que indica la austeridad y pobreza de su vida, pues cuidaban poco de tener viandas sasonadas, contentándose con las comidas mas sencillas que hallarse pudiesen. Pero los hombres envidiosos nada miran que les parezca inocente en aquellos que no aman. De otra manera, cómo seria fácil perder á un enemigo virtuoso si se hubiera de aguardar á que cometiese delitos? Así los fariseos, llenos de aquella orgullosa hipocresía que la caracterizaba en todo lo que á la religion concernia, afectaron escandalizarse sobriamente, y acercándose atrevidos á los discípulos de Jesús les dijeron: ¿Cómo os atreveis á hacer lo que no es licito en día del sábado, y así escandalizais al pueblo?

No tuvieron valor para argüirles de infractores de la ley, como ladrones de lo ajeno; porque según la misma ley era permitido entrar en el sembrado de su amigo ó prójimo, cortar espigas y desgranarlas con la mano [2]; por esto les acusaban de quebrantadores ó inobservadores del día santo, porque como los discípulos son como los espejos de los maestros, querían que la falta de aquellos, si lo hubiese sido, redujera contra el Salvador. No buscan la vindicacion de la ley, sino una ocasion para calumniar, ni tampoco podían acu-

[1] Ven. Bed. in esp. 6 Lucæ

[2] Deuteronom. c. 23, v. 25.

sar á otros de infractores de aquella, cuando ellos todavía pecaban contra la ley. El que se enristeó cuando otro peca, manifiesta tener un fondo de justicia; pero el que reprende sin misericordia carece de perfeccion.

Mas como el celo que aparentaban los fariseos era mas que celo por la observancia de la ley, un odio inveterado y feroz contra Jesucristo, abandonaron muy luego á los discípulos para dirigirse abiertamente contra él, presentáronsele y le dijeron: ¿No advertís lo que pasa entre vuestros sectaces y familiares? ¿No veis cómo á vuestra vista quebrantan la ley? ¿Cómo es que siendo vos tan exacto observante de ella permitís que tan escandalosamente se infrinja?

No dudó el Salvador que tenía un deber de justificar á sus apóstoles, vindicándoles de una tan calumniosa acusacion; y para lograr esto y desvanecer la imputacion de culpabilidad de que pudieran acusarle, les dijo: Os preciais de sabios, y en vuestra acusacion acreditais bien que no lo sois. ¿No habeis leído lo que hizo David agoriano por la hambre juntamente con sus gentes, en tiempo del gran sacerdote Abiathar [1]? Si lo tuviérais presente, no hallaríais que notar en los míos. Bien veo lo que mis discípulos hacen, pero no advierto en ello un motivo para que los censuréis ni reprendais. ¿Dónde está el escándalo y la infraccion de ley que vuestro irritante celo condena? Tenian hambre, cogieron algunas espigas y se comieron sus granos; ¿y por esto son vuestros clamores? ¿Dónde está el quebrantamiento del día del sábado? ¿Qué diriais si hubiérais vivido en tiempo de David y le hubiérais visto entrar en la casa de Dios, tomar los panes de proposicion, comer de ellos y repartirlos á los que con él iban, aunque eran panes consagrados al Señor, y ni David ni sus gentes eran sacerdotes ó levitas? Vosotros no podeis ignorar que según el rigor de la letra de la ley solo los hijos de Aaron pueden alimentarse de estos panes; mas sin embargo decidme: ¿Cometió David en esta ocasion algun delito? ¿No fué para él un motivo legítimo de dispensacion la necesidad en que se hallaba? No podia negarse un tan público suceso, ni la justificacion de Abiathar, ni la religiosidad de David, ni que aquellos dos hombres virtu-

[1] Lib. I. Reg. cap. 21, vs. 4 et seqs.

sos y sabios habian creído muy prudentemente que era mejor dispensarse en caso de necesidad de una observancia legal, que faltar á la caridad que se debe al prójimo; y así mismo es lo que se infiere que la necesidad hace lícito en algunas ocasiones lo que sin ella sería ilícito. Así que, hambrientos los discípulos se hizo lícito por la necesidad lo que pudiera tenerse por ilícito segun la ley. Los fariseos atababan como un acto de misericordia muy heroico y sublimo lo que el Sacerdote sumo habia hecho con David y los suyos, y reprendian tan agríamente la transgresion de los discípulos, que aun querian hacerla refluir contra el Maestro: con lo que se demuestra que patentizaban toda la malicia de su corazón en vez de vindicar la santidad de la ley.

Otras razones de no menos peso y autoridad me asistan para acriminar y condenar vuestra conducta hipócrita y malignante. ¿No habeis leído en la ley que los sacerdotes en el templo no guardan el descanso del día del sábado y que lo hacen sin pecar? ¿No degüellan las víctimas que se ofrecen al Señor? ¿No encienden el fuego para los holocaustos y hacen otras muchas cosas que en lugar de deshonrar al Señor lo santifican, porque todas ellas tienen por fin el culto de Dios y el servicio del templo? Si pues por el respeto que se tiene al templo consagrado, todo lo que en él se practica excepta de la ley á los ministros que en él se emplean, ¿con cuánta más razon deben juzgarse exentos los que se hallan en la imposibilidad de obedecerla, por satisfacer á mi voluntad y por elegir lo que saben que me es mas agradable que una observancia legal? Sabed por tanto vosotros, *yo os lo digo*, que este que veis en vuestra presencia y á quien os atreveis hacer representaciones tan vivas, *es mas grande y mas digno de respeto que el templo mismo*. Todo lo que es mas conforme á sus divinas inclinaciones se debe preferir al culto exterior de la religion que se practica en la casa de Dios. El hijo del hombre, el primogénito de los hombres, á quien pedis razon de su conducta, como es mucho mayor que el templo es tambien dueño y Señor del sábado: tiene derecho de interpretar la ley y de modificarla, y aun de abrogarla, si lo creyese conveniente. ¿Pudiera pues usar de su autoridad en ocasion mas oportuna y en circunstancias mas puestas en razon?

El Maestro divino, infinitamente sabio, quiso convencer en esta ocasion al incrédulo fariseísmo, no solo con razones y doctrinas ajenas, sino tambien con su propia autoridad. Lo primero con la aseveracion de la verdad, porque no hay duda que es mucho mejor el templo espiritual que el figurativo: y si el servicio de ese pudo bastar á los sacerdotes de legitima disculpa para la transgresion del día del sábado, ¿cómo mas podrá exensar á los apóstoles la fe y creencia en este templo espiritual, que es el mismo Jesucristo, dueño y Señor del templo? Lo segundo los convenció por los afectos de la piedad, porque prefiere el Señor las obras de caridad y misericordia á las ceremonias de la antigua ley; y como el dar de comer á los hambrientos y necesitados es una obra de aquellas tan gratas y aceptas al Dios de la misericordia y de la caridad, y el observar el sábado y ofrecer las víctimas era solo un precepto ceremonial, les patentizó el Señor la mayor importancia de lo primero que de lo segundo. Por último, quiso convencerlos por la manifestacion explícita de su poder, porque él es el que expresamente puede disponer en todo aquello sobre lo que tiene un dominio y autoridad absoluta, y como la tiene en el cielo, en la tierra y todo lo que hay en ellos; podia mandar absolutamente sobre el sábado y sobre sus discípulos, y dispensar á estos de la observancia de aquel. El mismo hizo el sábado por causa del hombre, para que en él descansase y se dedicase al servicio de Dios; pero no hizo al hombre por causa del sábado; por lo que dice san Ambrosio [1]: Así como puso el día de sábado tambien pudo destruirla; pues el que lo hizo por causa del hombre, Señor del sábado es; pero quiso tener mas cuidado de la salud de los hombres que de la observancia de aquel día, permitiendo á sus discípulos que cogiesen espigas y matasen el hambre que los atormentaba. Cristo no está debajo de la observancia de la ley, sino que es el legislador supremo que la manda, y puede dispensarla y mudarla cuando le pareciere; así es que no peca el que para la observancia ó dispensacion de aquel día se sujeta enteramente á la voluntad de Cristo. La sujecion que quiso tener á la ley fué voluntaria ó de voluntad, y no de necesidad; así que, si algunas veces se

[1] Div. Ambros. lib. 5 in Lucæ.

sujeto por humildad, en otras se sobrepuso á ella para demostrar su autoridad.

San Crisostomo añade [1]: No se hizo el sábado para que el hombre descanse de tal manera en él que todo el día esté sumido en la ociosidad, sino porque en esta ociosidad ó descanso que se le concede se entregue á la meditación, conozca que Dios es su Criador y el Hacedor supremo de todas las cosas; y aun cuando pretenda averiguar la causa de este mismo reposo, se le patentice la existencia de este Dios Criador, puesto que él mismo, dando la ley del sábado, dijo: *Ninguna obra servil hareis en dicho día, sino tan solamente aquello que pertenece al alma.* Esta es la verdadera santificación de la fiesta, ocuparse la criatura en las cosas puramente espirituales, y desocuparse ó desatenderse de todas las corporales y terrenas. . . . Considera pues bien y mira á los discípulos de Jesús constituidos y colocados en una tan extrema necesidad y pobreza: compadécete de ellos aunque la sufren y padecen con alegría, por el amor á tu santa virtud y por seguir los ejemplos de tan divino Maestro. ¿Qué cosa tan digna de admiración ver los príncipes de este reducido á una tan grande pobreza, que les fuese preciso sustentarse de tan simple comida como los animales, estando presente el Criador Supremo? Admira, oh hombre! á los discípulos de Jesús, así oprimidos por el hambre, y no podrás menos de celebrar su generoso desprendimiento. Ningun cuidado ni afán pasaban por las cosas temporales. Despreciaban las mesas carnales, combatidos estaban de una hambre continua, y cen todo eso no abandonaban á Cristo. ¡Oh! ¿cuán dulce era aquella comida para los hambrientos! Les pareció tan exquisita, como aquella antigua del desierto pudo parecer y ser efectivamente para sus padres tan dulce como la miel, puesto que de ella estaba escrito: Les sacó de la miel que manó de la piedra. La piedra era Cristo, que es el manjar celestial y la fuente inagotable de aguas vivas que contienen todos los gustos y sabores. Los miraba el Señor y tenía por ellos la mas viva compasión, porque los amaba con la mayor ternura. Sin embargo, se alegraba tanto por lo mucho que ellos con esto merecian, cuanto por el grande ejemplo que nos dejaban, con tanta austeridad y paciencia.

[1] Div. Crisostom. Concione 1.ª de Lázaro.

Indudablemente resplandecieron con este motivo un admirable cúmulo de virtudes, una extremada pobreza, un asombroso desprecio de las pompas mundanas, una pública condenación de las viandas sazonadas con diversos condimentos para excitar el gusto del paladar, una templanza verdaderamente santa contra una gula voraz é insaciable, y una fragilidad extraordinaria con la que condenaban la glotonería brutal de los apetitos inextinguibles; porque como dice san Agustín [1]: Coficiar los placeres y regalos del cuerpo y evitar mañosamente todas sus incomodidades y fastidios, es accion propia de la vida salvaje y ferina. A lo que añadía san Bernardo [2]: Es cosa ridicula querer honrar á los santos con convites, cuando ellos con las abstinencias, ayunos y mortificaciones procuraron agradar á Dios. La insaciabilidad, la glotonería y los deleites debian despreciarse, porque no solo dañan al cuerpo, sino tambien al alma. Mientras se goza el paladar con las delicias de los manjares, se mata el alma del que come, clamaba san Gregorio [3]: comúte pues el sabio los deleites del cuerpo con los del alma; porque el que gustó una vez las dulzuras del espíritu codicia poco de las del cuerpo.

Todo esto, y aun mucho mas, parecia encerrarse en la respuesta de Jesucristo á los maliciosos escribas; y como si no fuera bastante para acriminarles con rigor, les añadió: Sin duda que vosotros no habeis entendido bien aquel celebre texto de uno de vuestros profetas [4], en el que dice expresamente el Señor: Yo quiero mas la misericordia y la caridad que los sacrificios. Si lo hubiérais entendido, no condenaríais tan facilmente á los inocentes; lo que fué decírlas: Empleados únicamente mis apóstoles en obras de misericordia para con el prójimo, siempre mucho mas agradables á Dios que las que mas estrechamente se mandan por la ley, no se reservaron tiempo la víspera del sábado para preparar la comida para alimentarse en él. El Hijo del hombre, dueño de la ley, los dispensa de ella: tiene sus razones para hacerlo, y vosotros, hombres dulos y mihi-

[1] Div. Agust. Serm. 49, ad Fratres. in eremo.

[2] Div. Bern. in vigilia S. Andrew.

[3] Div. Gregor. in Pastoral. part. 3.ª, cap. 20.

[4] Osee. cap. 7, v. 6.



nos intérpretes, los habéis condenado sin razon. Por orden del Hijo del hombre se guarda el sábado, y por agradarle y complacerle se ejercita la misericordia: así que, si en la concurrencia de la una y la otra ley, se falta á la del sábado, porque él acepta la misericordia, usa de su derecho y voluntad suprema, verificándose así los oráculos de los profetas. Nunca pudo ser el pensamiento del Señor que por guardar el descanso del sábado se prive el hombre del alimento necesario, ni que este se niegue á las obras de caridad, preferirles á la observancia de aquella ley; porque esta seria una justicia vana, hipócrita y supersticiosa. En la alternativa de que se hallaron los discípulos del Hijo del hombre hicieron buena eleccion, y este, como dueño y Señor del sábado, la ratifica; pero aunque sus respuestas hacen callar á los fariseos y queda altamente reprobada su acusacion criminal, sin embargo perseveran constantes y cada vez mas enardecidos contra la persona del Salvador.

La misericordiosa condescendencia que Jesús había tenido con sus apóstoles, el modo enérgico y terminante con que les había defendido, y las extravagantes preocupaciones de sus adversarios, le pusieron en el caso de aclarar dos importantes verdades por la confirmacion de los primeros en la fe que en él tenían, y para la edificacion y ensenanza de todos. En la primera estableció el orden que se debe guardar entre los diversos ejercicios de piedad, y enseñó la preferencia que merece la instruccion de los ignorantes ó el alivio de los desdichados en competencia de las obras exteriores de la ley. Doctrina prudente y saludable que directamente combatía las máximas farisáicas, segun las cuales la dureza mas sin piedad para con el prójimo puesta en paralelo con la transgresion de una observancia legal, era solo una pequeña falta, y aun la hacían meritoria si en el caso de ser imposible el cumplir con las obligaciones se sacrificaban á la ley de Moisés las leyes mas sagradas de la caridad y de la naturaleza.

En la segunda, que tenia una tendencia mas directa á la manifestacion de las importantes verdades que los mismos doctores y maestros de la ley aparentaban desear, pero cuya certeza no querían confesar dominados por la feroz incredulidad que les cegaba, se declaró el Salvador con aquella noble franqueza que le caracte-

rizaba, patentizando la divinidad de su persona, atribuyéndose una autoridad igual á la de su Padre, y haciéndose la aplicacion literal y personal de un texto sagrado, en que el Profeta propone hablando al verdadero Dios, Dios soberano que adoran los judíos, diciéndoles sin rodeos, que es mas grande que el templo y que es el dueño del sábado; porque como Dios, ha impuesto la ley de este dia y ha sido adorado siempre en el templo.

Admirable es, no hay duda, en este caso la conducta del Salvador: con ella muestra no solo el espíritu de justicia de que está lleno, sino el de la sabiduría, integridad y fortaleza que se oculta bajo aquel traje y aspecto tan humilde y pobre, dándonos de esta heroica virtud el mas sublime documento. Con su justicia pone fuera del tiro de los insultos farisáicos la inocencia de sus discípulos, aunque no desconoce que pone en un inminente riesgo su propia tranquilidad, porque la aclaracion de una verdad tan grande como importante que con tanta avidéz buscaban los judíos, debía rendir y desarmar á sus enemigos; mas por desgracia no produjo en su corazon sino la irritacion y la venganza; pero resuelto á apurar todos los tiros de su aborrecimiento, se expuso con gusto á experimentar sus esfuerzos, de los cuales su poder y su sabiduría lo ponian en estado de detener los efectos hasta el punto preciso que juzgase conveniente. Mas en cuanto á su humildad y pobreza, y á la que en esta ocasion resplandeció tambien en sus apóstoles, no cesan los padres de la Iglesia de formar sobre ella los mas sublimes elogios.

Nunca, jamás, dice el Crisóstomo [1], podrá haber un punto de comparacion entre la pobreza de la criatura, por grande y extrema que sea, y la de Jesús; porque él era por su naturaleza divina infinitamente rico, era Dios y Señor de los cielos y la tierra; y no solamente aceptó la penuria de la pobreza, sino hasta las afrentas y oprobios de la misma. Cuando nosotros somos natural ó voluntariamente pobres, y tales nos hacemos por Cristo, nuestra pobreza no es afrentosa, sino meritoria y honrosa, y esto aun para los mismos malos; mas la pobreza voluntaria de Cristo no fué así. Nadie le conocia ni sabia que él era pobre por su voluntad, y por esto era

[1] Div. Crisostom. Hom. 67 in Matk.

mirado con desprecio. Se le miraba privado de casa, de posesiones y de riquezas, y era casi generalmente desatendido: solo era buscado por los ricos y poderosos de la tierra cuando le necesitaban para que sanase sus enfermedades ó para que libertase sus hijos de los demonios, ó los resucitase, y hasta esta misma virtud parecia como eclipsada y perdida á la vista de los mismos que le buscaron cuando ya no le creían para ellos necesario. Tan triste es la condicion de la pobreza, que ni las amistades antiguas, ni los mismos vínculos de la sangre parecen aprovecharle; pues la mayor parte de los hombres rehusan la amistad y hasta el parentesco de los pobres. ¡Qué aberracion! ¡qué ceguedad! ¡qué locura!

Contempla bien ¡oh hombre! la extraordinaria pobreza de Jesús, y observa que no hay otra que con la suya pueda compararse, y de ahí aprende que los pobres no deben ser despreciados porque al Señor representan, aunque sea infinita la distancia que hay de uno á otros pobres, y de una á otra pobreza. Habiendo de nacer al mundo, no eligió una espléndida casa ni una madre rica, sino pobre, y la dió por esposo un humilde artesano. Nació en un establo y fué reclinado en un pesebre. Queriendo elegir discípulos, no los escogió presidentes ó magistrados, ni sabios, ni ricos, ni nobles, sino pobres, y entre los pobres los mas inmortales é idiotas. Tratando de ponerles una mesa, no les puso sino pan de cebada, y alguna vez lo mandó comprar de la plaza. Si les brindó con un asiento, les mandó sentar sobre el heno. Su vestido siempre fué humildísimo. Sus viajes siempre fueron á pié; y para sentarse él mismo, nunca tuvo otro asiento mas que la dura tierra. Ni tuvo cama donde morir ni sepulcro donde enterrarse, y esto siendo el Rey inmortal de los siglos y el Señor de todo el universo. Contempla esto, ¡oh hombre! y avergüenzate de no imitar á Jesús y de despreciarle en los pobres que le representan.

En el sábado siguiente entró el Señor segun su costumbre en la Sinagoga para enseñar, porque en los dias de sábado era mayor la concurrencia del pueblo en aquel lugar. Sabis bien su Majestad que lo acechaban; mas no por eso dejó de predicar y de obrar un nuevo milagro á la vista de sus adversarios, aunque ya tenia previstas todas sus consecuencias. Obraba el Señor como los astutos

cazadores, que tienden sus lazos y redes donde conocen que concurren con mas abundancia las fieras y las aves, porque queria salvar á todos los hombres y atraerles al conocimiento de la verdad [1], en cuya seccion resplandecen principalmente tres cosas. La primera es la fortaleza de su espíritu y la magnanimidad y grandeza de su corazon; pues no solo no temia las asechanzas de sus enemigos los escribas, sino que verdaderamente puede decirse que los buscaba, presentándose sin miedo donde ellos estaban y donde sabia habian de presentarse nuevas ocasiones para redargüirles y confundirlos, condenando de este modo la cobardía y pusilanimidad de aquellos que debiendo hacerlo no tienen valor para desplegar los labios en defensa del prójimo injustamente ultrajado ó calumniado. La segunda es la veracidad de su doctrina; y así como Dios infinitamente veraz, que siempre la verdad habla, enseñaba en público y no en secreto, por lo que pudo decir á los pontífices y magistrados en el dia de su juicio, cuando buscaban falsos pretextos y testigos para condenarle: Yo he hablado siempre públicamente á la faz de todo el mundo, y en secreto nada hablé; ¡por qué me preguntais á mí! preguntad á los que me oyeron. Esto es, contra la perfidia y mala fe de los herejes, los que mas habian en secreto que en público; porque como enseñan la mentira y el error, no se atreven á pronunciar sus doctrinas sino como á escondidas y cubiertos con el velo misterioso del incógnito ó con el negro de las tinieblas, por ser propiedad del que obra mal aborrecer la luz y no venir jamás á ella para no ser redarguido por sus obras. Y en tercer lugar se descubre la inmensidad de su celo, porque en cuanto hacia solo se proponia la mayor gloria de Dios su Padre y la santificación y salvacion de las almas, confundiendo y condenando de este modo el hipocrita desingio de todos aquellos que en cuanto hacen solo buscan la gloria vana, el lucro y las comodidades temporales.

Tampoco concurrían á las sinagogas con deseo de aprovecharse de las lecciones y doctrinas que en ellas se daban, todos los que resistian, porque muchos de ellos eran enfermos, paralíticos ó lisiados, y se presentaban ó se hacían conducir por ver si conseguían la sa-

[1] Ven. Bed. in cap. 6 Lucæ.

lud del Médico Soberano, que no permitia que alguno se marchase sin ella. Este desee tan natural en la cristura, unido á una gran fe, llevó entre los asistentes á uno que tenia seca la mano derecha, el que queria pedir á Cristo que lo curase de su enfermedad. Los escribas y fariseos habian concurrido por un motivo realmente distinto: la envidia y la venganza guiaban sus pasos, y á pesar de ser tan torcidos se amantillaban por observar los del Salvador; y como no dudaban que á las sinagogas concurririan con mas frecuencia los enfermos, y que el Señor no se resistia á las súplicas de los afligidos, era aquel lugar donde la esperaban para ver qué resolución tomaria, con ánimo de quejarse altamente de su proceder, levantar contra él una sedicion, y hacerse parecer en medio de la confusion y el tumulto.

Para conseguir tan depravado intento, no dudaron en que les era indispensablemente necesario excitar animosa y vivamente el celo del pueblo en favor de la ley y contra Jesucristo; pero su Majestad, que siempre obraba preventivamente, procuró con mayor firmeza grangearse su afecto, obrando con tanta precaucion, como si no fuera dueño de los corazones, como si no pudiera moverlos y obrar á su arbitrio, y como si se viera precisado á tomar como los demás hombres todas las medidas ordinarias de la prudencia.

Cual aguerridas huestes formadas en batalla y ardiendo en coraje y rabia que á su parecer están seguras de la victoria, para quienes toda dilacion es sumamente molesta, y que observan el curso rápido del sol temerosos de que su llegada al ocaso no les estorbe conseguir el apetecido triunfo, se hallaban los fariseos acusando de tardía la prudencia de Jesús porque no empeñaba la accion. Ellos miraban sus combates como de hombre á hombre, en los cuales muchas veces acostumbra el mas andaz á conseguir la victoria: por esto no quisieron esperar que el Salvador diese la señal de la acometida, sino que ellos mismos le atacaron bruscamente con una pregunta capciosa, con la cual imaginaron aturdirle y embarazarle. *¿Es lícito, le preguntaron, curar en día de sábado?* Su propia precipitacion desconcertó sus ideas y destruyó enteramente sus planes; así que, cuando ellos esperaban una respuesta categórica y general con la que pudiesen manifestarse escandalizados, y apoyar so-

bre ella su plan de persecucion: supo el divino Maestro eludir su malicia, buscando entre la concurrencia un infeliz que excitase su compasion, para que avivados en todos los sentimientos de humanidad, fuese mas luminosa é irresistible la justicia de su respuesta y mas afrentosa para ellos mismos la propia confusion de los adversarios.

No estaba lejos del Salvador un infeliz que tenia seca y sin movimiento su mano derecha; á este llamó la Bondad divina y le dijo: *Levántate, ven acá, permanece en pie ahí en medio á la vista de todos.* Y dirigiéndose luego á los escribas, les dijo: *Voy ahora á haceros una pregunta, y espero á ella una contestacion franca y decisiva: ¿Cretis vosotros que en el día del sábado es permitido hacer bien al prójimo, ó que es mas á propósito ese día para procurarle mal?* Decid, ¿cuál es mejor segun vosotros, librar á un hombre en tal día, ó dejarlo perecer por no darle socorro? Aterrados quedaron los que se precisaban de maestros y doctores de la ley al oír las preguntas que les dirigia la Sabiduría increada; y temiendo que el pueblo, á quienes habian tratado de sorprender y enganar, se indignase contra ellos si se avanzaban á decir que las obras de caridad estaban prohibidas y proscritas en día de sábado, y que era mejor ver friamente morir á un hombre en tal día, que darle la mano y socorrerle para librarle del peligro: se quedaron mirando los unos á los otros sin atreverse á responder, pues cualquiera que fuese su respuesta habia de producir efectos totalmente contrarios á los que deseaban, y sobre todo su propio descrédito. La presuponida, que en ellos hubiera sido la mas consiguiente, habria excitado la animosidad del pueblo, que guiado ya por la rectitud de la razon y la justicia, tal vez no se hubiera contenido dentro de los límites de la prudente y justa moderacion, y los hubiese destrazado. Y la contraria era la confesion de la santidad del Salvador, y por consiguiente la de su propia criminalidad é injusticia.

Su vergonzoso silencio era una prueba positiva de su derrota; y queriendo el Señor estrecharlos todavia mas, les dijo: *¿Nada respondéis? Yo juzgo de vuestros pensamientos por el modo con que sois conducidos en ocasiones mucho mas importantes, y así decidle: ¿Habrá alguno entre vosotros que viendo á su oveja caída en*

el hoyo en el día del sábado no corra luego á levantarla y sacarla del precipicio? ¡Y qué es una oveja en comparacion de un hombre? Alejad pues ese silencio ruboroso que os oprime, y ni aun casi respirar os permite: confesadlo de buena fe y publicad que es licito y permitido ejercitar la misericordia en el día del sábado. El pueblo manifestó quedar sumamente complacido al oír de la boca de Jesús esta importante aclaracion, y las miradas de gozo, veneracion y respeto que le dirigian, eran un indicio inequívoco de su atenta y afectuosa gratitud.

No necesitaba esta demostracion pública de aquiescencia á su doctrina y adhesion á su persona, para dirigir su vista hácia el lugar que ocupaban los escribas y lanzar sobre ellos una mirada ardiente de indignacion, mezclada sin embargo de piedad por la ceguedad de sus corazones; después de lo que, revistiéndose al parecer de la autoridad propia de un Dios que va á obrar un gran milagro á la vista de un pueblo incrédulo, para autorizar su divinidad, volviéndose al infeliz que esperaba con fe el momento de la misericordia y de la gracia, le dijo: *Extiende esa mano que tienes seca*: y obedeciendo sin réplica tan terminante mandato, la extendió á vista de todo el pueblo, y al momento volvió á su estado natural la mano seca y la vieron como la izquierda, llena de carne, con fuerza y movimiento.

Sobre este cúmulo de hechos y doctrinas importantísimas hablan los santos padres y doctores, discuriendo con aquella elegancia, profundidad y sublimidad que á cada uno caracteriza y distingue. El venerable Beda [1] dice: Porque excusó y defendió altamente á sus discípulos cuando los acriminaban sin justicia los fariseos por la supuesta infraccion del día del sábado, poseídos de venganza le observaron también á él con ánimo decidido de calumniarle si curase en el día mismo. En este caso le acusarian de infractor de la ley, y si no curase le condenarian como imbécil y cruel, porque eran inicuos observadores de los hechos y de todas las palabras de Jesús. En las suyas eran fingidos, traidores en sus hechos, y sarcásticos é insultadores aun cuando le vieron entre tormentos. Conocia

[1] Ven. Bed. in cap. 5 Lucae.

muy bien el Señor toda la malignidad de sus pensamientos, y por esto mandó al enfermo que se acercase á él, que se levantara y permaneciese en pié en medio de todos, para que el milagro fuese mas manifiesto, para que fuese mas terriblemente redargüida y confundida la malignidad de aquellos tan obstinadamente ciegos, y para que aunque con otras palabras reproducida la misma cuestion que ellos movieron, fuesen ellos mismos los que se viesen forzados á dar la cumplida solucion. Su vergonzoso silencio motivó la propuesta del caso de la oveja caida en el hoyo y precisó al Señor á que la resolviera, primero con palabras declarando que era licito y permitido sanar á un enfermo en día de sábado, puesto que lo era sacar á un animal de un hoyo, siendo tan notable como es la diferencia entre un hombre y un animal irracional, y el motivo que media entre la curacion del primero y dar la libertad al segundo; aquel fué criado á imágen y semejanza de Dios, el otro no: y si este por no sufrir una pérdida temporal se saca del precipicio en que cayó, aunque sea día de sábado, ¿no deberá curarse con mas razon el otro interesando tal vez no solo la salud temporal, sino también la eterna?

San Crisóstomo destruye con muy pocas palabras toda la superchería de los fariseos, y dice [1]: A vosotros os es licito salvar una oveja en día de sábado, ¿y á mí no ha de serlo el salvar á un hombre dándole la salud? Ni trabajo para ello la medicina, ni aun mi mano sobre él extiendo; solo hablo una palabra y el enfermo queda sano: por ello no quebranto la ley de vuestro sábado; sin una obra material consumo la obra de la virtud. ¿En qué se funda pues vuestra acusacion? Sois avaros, ¡oh fariseos! Amais mas á una oveja que al hombre que es vuestro prójimo. Alabais el socorro que al animal se presta, y acusais de criminal la caridad que con el hombre se ejerce. Y el doctor Máximo [2] dirime con muy pocas palabras esta cuestion. Si por consultar, dice, no el bien del animal, sino vuestra criminal avaricia, os dais prisa para sacar en día de sábado á uno que cayó en la fosa, ¿con cuánta mas razon yo podré por caridad libertar y curar en el mismo á un hombre que es sin

[1] Div. Crisostom. Hom. 67 in Math.

[2] Div. Hieronim. in cap. 12 Math.

comparacion alguna mucho mas apreciable que la oveja? Los malos deseos y las malas obras son una verdadera violacion del dia del sábado, no las obras de caridad. Interpretando la ley á vuestro capricho, decís osados que en aquel dia debe abstenerse el hombre de obrar el bien, siendo como es muy cierto que solo debe abstenerse de obrar el mal; así es que se os dice [1]: *Ninguna obra servil haréis en él*; esto es, ningún pecado, porque el que lo comete es siervo del pecado, y el que peca no gozará del descanso eterno que el Señor tiene prometido á todos los que observan los preceptos de su ley.

A la doctrina incontestable del Salvador siguió repentinamente el milagro, que siendo tan público llenó de desesperacion á todos sus rivales y enemigos, los que no pudiendo desvirtuar por sí solos la altísima reputacion que con estos hechos tan continuados se adquiría, ni romper los vinculos con que cada día unía y estrechaba mas el pueblo sencillo y fiel, convirtiendo su furor en extravagante locura, salieron fuera prontamente y comenzaron á decirse los unos á los otros: ¿Qué haremos con este hombre, que con tanta prontitud como facilidad se desenreda de los lazos que le amamos y los convierte contra nosotros? Está visto que por nosotros solos no podemos; preciso es buscar quien nos ayude: con cuyo designio eligieron por compañeros á algunos cortesanos de Herodes, tetrarca de Galilea. No es extraño, salian de la vista del sol, no debían ver sino tinieblas; se apartaban de Cristo, luz verdadera, no podían menos de caer en lamentables precipicios. Dejaban al autor de la vida, debían morir para siempre, porque debían morir en su propio pecado. Crimen tanto mas horrible cuanto que no se apartaban de él solamente para dejarle, sino para confabular y concertar entre los compañeros de iniquidad el modo de perderle y matarle.

No hay duda que la liga proyectada no daba crédito ni reputacion á los escribas, porque los herodianos eran conocidos por hombres sin religion. ¿Pero á dónde no recurrirá el malvado, y de qué medios no se valdrá cuando trata de deshacerse de un rival tan justo y poderoso como Jesús, al que tantos testimonios públicos de su

[1] Exod. c. 20, v. 10. Levit. c. 25, v. 3.

divinidad hacian sobremanera temible y amable? Nada se ocultaba empero al justo contra quien se coligaban, y aunque no los temia, resolvió ponerse por entonces á cubierto de la persecucion de los fariseos, porque esperaba el dia que la providencia incomprendible de su Padre tenia señalado para el sacrificio; pero le bastaba para conseguir su objeto y desconcertar completamente los planes de los envidiosos, todo lo que logró retirándose lo restante del día á las riberas del mar de Galilea.

#### ORACION.

*Señor Dios Omnipotente, que pusiste á la disposicion de los hombres todas las cosas que están bajo la bóveda del cielo, para que solo el hombre, á ti sujeto, viviese en el mundo seguro. Que criaste todas las cosas exteriores para servicio del cuerpo del hombre, pero al cuerpo para servicio de su alma, y al alma para que á ti solo amase y sirviese. Que das pasto y comida á los jumentos y fieras del campo, á las aves del cielo y á los peces del mar; concédeme todas las cosas necesarias para la vida, á fin de que provistas así por ti mis necesidades, pueda mas desahogadamente consagrarme á tu servicio; y en todas las necesidades y penurias concédeme una paciencia sufrida y una resignacion santa para que jamás me desmaye. Mira, Señor, que soy manco é inválido para obrar el bien; sáname pues por tu misericordia, y hazme bueno, apto y fuerte para todo aquello que conduzca á procurar tu mayor gloria. Haz que extienda mis manos á la justicia y no á la iniquidad, para que asociado y coronado con los justos eternamente te alabe. Amen.*

NOTA. La historia de este capítulo se halla en el XII de san Mateo, desde el versículo 1.º hasta el 15, y en el VI de san Lucas, desde el versículo 1.º hasta el 11, todos inclusivos.

La Iglesia no usa la letra textual de este Evangelio como propia de ningún día; sin embargo, siguiendo la costumbre adoptada, ponemos el de san Mateo que dice así:

## EVANGELIO DE SAN MATEO.

## Capítulo XXII, versículos 1.º al 15.

En aquel tiempo pasando Jesús en el día del sábado por junto unos sembrados, sus discípulos teniendo hambre empezaron á coger espigas y comer los granos. Y viéndole los fariseos le dijeron: Mira que tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en sábado. Pero él le respondió: ¿No habéis leído lo que hizo David cuando él y los que le acompañaban se vieron acosados de la hambre? ¿Cómo entró en la casa de Dios y comió los panes de proposición [1], que no era lícito comer ni á él ni á los suyos, sino á solos los sacerdotes? ¿O no habéis leído en la ley cómo los sacerdotes en el templo trabajan en el sábado, y con todo eso no pecan? Pues yo os digo que aquí está uno que es mayor que el templo. Que si vosotros supiérais bien lo que significa, mas quiero la misericordia que no el sacrificio, jamás habierais condenado á los inocentes; porque el Hijo del hombre es dueño aun del sábado. Habiendo partido de allí entró en la Sinagoga de ellos, donde se hallaba un hombre que tenía seca una mano, y preguntaron á Dios para hallar motivo de acusarle, ¿si era lícito curar en día de sábado? Pero él les dijo:

[1] Los panes de proposición ó de ofrenda eran doce; los que se ofrecían todos los sábados á Dios en el tabernáculo en nombre de las doce tribus. Haciéndose de harina florada, y cada uno de ellos debía tener dos decimas de un Ephá, esto es, de una medida que equivale muy poco mas de tres celemines y medio castellanos: se colocaban sobre una mesa limpiísima, seis á un lado y seis al otro, la que se ponía ante el Señor. Sobre los panes se ponía incienso muy fino, claro y trasparente, para que fuese también un monumento de obediencia al Señor, y una y otra ofrenda eran un pacto ó fuero perpetuo que los hijos de Israel tenían obligación de ofrecer á Dios. El Señor les cedió á Aron y á sus hijos por derecho perpetuo, para que los comiesen en el lugar santo, por ser cosa santísima y ofrecida al Señor. (Levit. c. 24, vs. 5, 6, 7, 8 et 9.)

¿Qué hombre habrá entre vosotros que tenga una oreja, y si esta cae en una fosa en día de sábado, no la levanta y saque fuera? ¿Cuánto mas vale un hombre que una oreja? Luego es lícito el hacer bien en día de sábado. Entonces dijo al hombre: Extiende esa mano. Alargóla, y quedó tan sana como la otra. Sabiendo empero de allí los fariseos, se juntaron para urdir tramas contra él y perderle. Mas Jesús entendiendo esto, se retiró.

maritanos; los habitantes de Jerusalem y los de Galilea, los idumeos y los percos, los que moraban en los países del otro lado del Jordán, y aun los de los contornos de Tiro y de Sydon, llevando todos consigo muchos enfermos y poseídos del demonio, á quienes libertaba el Señor de sus enfermedades.

Retírase en esta ocasion el Señor de las turbas, para quitar á los escribas todo motivo y ocasion de ser con él impíos, porque aun no habia llegado el tiempo prefijado por el Padre para que padeciera muerte y pasion, ni se habian cumplido los oráculos de los profetas. Hayó para dar á los suyos este ejemplo, á fin de que cuando en algunas ocasiones huyesen de los enemigos, no se les imputase la huida á pecado. Hayó para dar á comosar á todos este grandioso ejemplo de humildad y paciencia, pues se le miraba huir, cuando á una órden suya todos sus perseguidores hubieran sido sepultados en el abismo. Hayó para que no dudásemos de su humanidad, pues aunque no tenia la muerte, huía como hombre para eludir los conciliábulos de la iniquidad; con tal motivo, huyendo nos enseñó que sin duda debemos huir de aquellos que cada día se hacen peores aun á vista de los buenos consejos y ejemplos, pues los hombres envejecidos en el mal dificultosamente caden á la fuerza de la razon. Así que, sabiendo el Señor los pensamientos de los escribas, no se esperó mucho tiempo, sino que huyó por no irritar mas su locura, porque no es fácil que esta se aplaque con la fuerza de la razon. La ignorancia con la razon se vence, la malicia siempre con la razon se irrita.

Esta retirada de Jesús fué mas bien un indicio de su misericordia que de temor que tuviese; pues no solo no queria irritarlos con su persecucion, sino que separándose de su vista queria hasta quitarles la ocasion de que pudiesen irritarse, no fuese cosa que después se le pudiese acusar de cómplice en el delito que cometiesen; por esto no solo se aleja, sino que para animar mas á los que le siguen y alentar á los que van en su busca, obra muchos milagros á su vista, para que no creyesen que como huía se habia extinguido en él el poder de obrarlos. Los maestros y doctores de la ley le perseguian, vistos los milagros; por esto no sanaban de la ceguedad en que vivian. Seguíanle los necios é idiotas atraídos de su buena nom-

## CAPITULO XXI.

RETÍRASE JESÚS DE LA SINAGOGA: SIGUENLE MUCHOS ENFERMOS  
Y SANA A UN ENDEMONIADO, CIEGO Y MUDO.

No es siempre un vigoroso y violento ataque dado á un enemigo el testimonio mas positivo de la pericia de un buen general. El que conoce bien los planes de su adversario, prefiere en algunas ocasiones una retirada honrosa, porque sabe que de ella ha de sacar mayores ventajas; y burlando con maña las intenciones de sus rivales, suele coronarse de gloria inmarcesible, mientras entregados los otros á la desesperacion corren una muerte segura por satisfacer una venganza injusta; y como nunca ha habido en el mundo un hombre mas sabio, ni mas prudente, ni mas conecedor del corazon del hombre que Jesús, cada una de sus retiradas, aun las mas misteriosas y secretas, mas tenían el aire de triunfo que de fuga: casi siempre eran á la orilla de los mares, y aunque las verificara en las horas mas silenciosas de la noche, muy luego se veia cercado de una muchedumbre casi inmensa que parecia como una escolta destinada á defenderle si necesitaba emplear tales refuerzos contra los ataques bruscos de los escribas. Tal era el crédito, fama y reputacion de Jesús, que de quiera que fuese le seguian fieles é infieles, fariseos y publicanos, y en pos de él se hermanaban al parecer judfos y sa-

bre, y le seguían con amor, y por esto eran curados. Los fariseos deseaban perderle, la turba indocta se estorbaba en amarlo: los primeros eran repelidos, los segundos eran curados, y lo eran de una manera tal, que apenas se acercaba el Señor, obligaban los espíritus inmundos á los mismos energúmenos á que se inclinasen é hiciesen reverencia, y clamaban por su boca y decían: Tu eres Hijo de Dios; pero su Majestad les mandaba que callasen. El que quería pues ser curado, el que quiera verse libre de los peligros de la muerte y de la condenación eterna, siga é imite á Jesús, que no hay duda que sanará.

Como era público y á todos manifiesto que bastaba tocar los vestidos del Señor para quedar repentinamente sanos los enfermos, todos querían acercarse y le oprimían sobremanera; mas como la soberbia de los fariseos y el orgullo de los herodianos se hallaba tan mortificado, atendía mucho Jesús á no exasperar mas sus ánimos para que no creyesen que trataba de insultarles y aumentar mas su confusión; por lo que ordenó á la multitud de personas que naturalmente agradecidas publicaban por todas partes sus beneficios, que no los divulgasen, para que no renovasen sus quejas los fariseos con motivo de la trasgresion del sábado, y para poder consolar tambien en su miseria á los gentiles, de los cuales muchos en estas grandes concurrencias se mezclaban con los israelitas para conseguir la salud. Tal era la moderacion de Jesús, que si no le impedían la gloria y el honor de su Padre, ó no le precisaban las obligaciones de su ministerio, quería mas bien sacrificar el honor que se le debía, que aprovecharse de todas sus ventajas á expensas de la paz; y seguramente que si la envidia no hubiera hecho implacables y feroces á sus enemigos, y estos no hubieran sido de la clase de los malos sacerdotes y doctores falsos, su dulzura, suavidad y condescendencia hubieran logrado en ellos apologistas y defensores.

Como el Señor no iba á caza de la mundanal estimacion de los hombres, sino que buscaba el convencimiento de los incrédulos y la salud de los que en él creían, por esto se mostraba tan céntrico como humilde en sus procedimientos, pues con este espíritu de abnegacion y humildad lo habia anunciado su propio Padre, el que queriendo dibujar con su propia mano la imagen de su Hijo, nos lo tra-

zó con unos rasgos harto dignos del amor y tierna adhesion de sus discípulos. «Ved ahí, decía el Señor, al que yo elegí Hijo mio muy amado, en quien he puesto toda mi complacencia. El es mi Hijo por naturaleza, y él se ha hecho mi siervo por obediencia. Yo lo llenaré de mi espíritu, él anunciará la verdadera doctrina, él mostrará á las naciones el camino de la salud. El espíritu de reconciliacion, dulzura y suavidad, será el que le anime, y sus grandes y sólidas instrucciones no degenerarán jamás en contiendas y disputas agrias y contenciosas. No levantará una voz estentórea y altisona, ni clamará cual demente furioso ó destemplado ebrio en medio de las plazas públicas. No quebrantará la caña medio quebrada, ni apagará la mecha que aun está humeando. La paciencia será la arma y el escudo con que peleará las batallas de su Padre, y con ella sola logrará que triunfe su justicia. Con esta benignidad y dulzura y con la de sus ministros después de su muerte, precisará á sus enemigos á rendirse á la verdad. De esta manera será completísima la victoria que alcanzará el Evangelio sobre las supersticiones gentiles, pues abrirá el reino de Dios á todas las naciones, y ellas pondrán su gloria en invocar su nombre.

Es preciso no haber leído nada de la historia del Salvador para no reconocer en su persona el cumplimiento literal de esta tan clara prediccion y para no admirar la semejanza perfecta de la pintura con el divino objeto que representa. Con todo eso, su dulzura y suavidad nada tenían de debilidad y flaqueza, y ganaba los corazones sin timidez ni cobardía; y como su paciencia no nacia del principio de una debilidad temerosa, no desdecía en cosa alguna la dignidad de su conducta ni la santa libertad de su ministerio augusto; predicaba con admirable celo, y como á su predicacion seguían ó precedían siempre milagros asombrosos, sola la feróz é implacable envidia de los fariseos ponía recelosas dudas sobre las eternas y luminosas verdades que anunciaba; los discípulos empero y el pueblo sencillo, en cuyos corazones no se albergaba aquel vicio ponzoñoso, le oían con tanto fervor, que ni aun tiempo para comer pan se reservaban, sobre cuya continua y santa ocupacion dice el venerable Beda [1]: ¡Oh! ¡qué feliz ocupacion la del Salvador! ¡Oh!

[1] Ven. Bed. in esp. 3 Marc.



¡Cuán bienaventurada la concurrencia de las turbas que incesantemente le siguen! Tan empeñado estaba el uno en enseñar y los otros en aprender y en procurar su salud espiritual y eterna, que ni al Maestro, ni á los discípulos, ni á las turbas que los seguían, les quedó ni siquiera una hora de tiempo para alimentarse. ¡Ojalá que á los maestros y doctores y á los fieles de nuestros tiempos nos sucediese otro tanto! ¡Ojalá que tan ardiente fuese en unos el deseo de enseñar y tan vehemente en otros el de aprender, que ni siquiera una hora les quedase de tiempo para comer el pan cotidiano! ¡Qué felices serían entonces los pueblos! ¡qué dichosas las naciones! Todas descansarían en el seno de la mas envidiable paz, y la nave de la Iglesia caminaría á vela tendida con viento próspero y bonanzoso al puerto de la felicidad.

El Señor, que por todas partes se contemplaba asaltado de las turbas, deseaba desembarazarse de ellas, ya para dar lugar á que de algun modo se mitigase el rencor de los fariseos, que cada vez se irritaba mas con los milagros, ya para tratar mas desahogadoamente con su Eterno Padre sobre el importantísimo negocio de la salvación de los hombres. A este fin habia mandado á sus apóstoles que le tuviesen pronta una barca, y encaminándose con ellos á la orilla del mar, despidió á las turbas; embarcóse y transfretó, y se encaminó á la ciudad; pocos eran los dias que pensaba detenerse en ella, pero en este corto intervalo se le presentó la ocasion de hacer un milagro, que aunque por todas sus circunstancias era gloriosísimo para Jesús, le acarreó sin embargo tan tremendas contradicciones, que no bastando toda su prudencia, amabilidad y dulzura para disimularlas, se vió forzado á acudir al valor y firmeza de que estaba revestido y le pedían el interés y la gloria de su Padre para refutarlas y oprimirlas.

Presentáronle un hombre mudo y ciego que estaba poseido del demonio. No eran necesarios tantos males para merecer la misericordia siempre compasiva de nuestro buen Jesús: uno solo bastaba para excitarla é inclinarla á que usase de ella. Hacía el infeliz en muchas ocasiones grandes estremecimientos, y así fué que no pudo conducirse á la morada del libertador, sin llamar la tranquila atención del pueblo y obligar á una inmensa multitud á que fuese en su se-

guimiento, la que firmemente persuadida de que el Señor obraría un gran milagro, queria satisfacer su piadosa curiosidad; y entre la muchedumbre pia mezcláronse como siempre cierto número de fariseos y escribas que también deseaban contentar su maligna inquietud. Era muy necia la astucia de los malignantes para apostárselas con la sabia prevision del Salvador; así que, aunque ellos procuraban ocultarse, no podían jamás lograr sus intentos; pero como el bienhechor liberalísimo solo atendia á las peticiones de los desgraciados que encontraban su mas seguro apoyo en las exigencias de la misma insaciable caridad de que estaba animado, saltan prontamente consolados. Echó pues al demonio del cuerpo del hombre, y se le abrieron los ojos y desatósele la lengua. El poseido tuvo en un instante el cuerpo sano y el espíritu libre; el ciego veía ya perfectamente, el mudo hablaba; y tantos milagros obrados en uno solo honraban de admiracion al pueblo y alentaban su esperanza. Lo que entonces sucedió visiblemente una vez, todos los dias se renueva espiritualmente [1] en la conversion de los infieles; arrojados los demonios de sus cuerpos reciben primero la luz de la fe, y después las bocas que estaban cerradas se desatan en divinas alabanzas. El que se halla poseido del demonio está ciego y mudo [2], porque no cree en Dios y está sujeto al diablo; porque no entiende ni confiesa la fe y no da alabanzas á Dios. Nadie piense que es bastante para el hombre fiel conocer á Dios, es tambien necesario confesarle; por esto cura al ciego y mudo. Abrele los ojos para que conozca, la boca para que confiese. El que conoce y no confiesa, aunque tenga sanos los ojos del entendimiento, persevera sin embargo mudo. El que viendo pues no cumple los preceptos de Dios, y el que hablando no confiesa las misericordias de Dios y no publica sus alabanzas, este permanece todavia ciego y mudo [3].

Cuanto tiempo el pecado domina el corazon del hombre, tanto tiempo es esclavo y se halla poseido del demonio. De tres maneras vea el enemigo malo, domina y escheviza al hombre desventurado. Veja con la soberbia en el entendimiento, con la concupis-

[1] Div. Hieronim. in cap. 12 Math.

[2] Div. August. lib. 1.º de questionibus evangelicis.

[3] Div. Crisostom. Hom. 4 in Mark.

cencia de la carne, con la ambicion ó avaricia; porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne soberbia de la vida, cuyas tres cosas hacen al demonio mudo. El habla se dió al hombre para alabar á Dios y darle gracias; para hablar la verdad y edificar al prójimo; para confesar el pecado y pedir perdon de él á Dios. La primera habla la quita al hombre la soberbia, porque usurpa para sí la alabanza que á Dios se debe; la segunda la quita la avaricia, que solo atiende á sí y descuida enteramente al prójimo; y la tercera la quita la lujuria que aparta constantemente al hombre de Dios; así es que Sodoma se interpreta silencio ó la ciudad muda; porque poseída de la lujuria, jamás se acordó de pedir perdon al Señor. Tambien la soberbia hace al hombre ciego, sin dejarle ver las cosas que á su salud convienen, y que le son indispensablemente necesarias para ver y conocer aquel que de sí mismo dice: *Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina entre tinieblas.* Cuando el hombre empieza á alabar á Dios, á edificar el prójimo y á acusarse á sí mismo, entonces no se halla poseido del demonio.

Admirado el pueblo porque cada milagro de Jesús se le representaba como bajo un nuevo aspecto, clamaba y decía: Este hombre que todos los dias hace tantas maravillas, ¿no será el verdadero hijo de David tantas veces anunciado y por tantos siglos suspirado? ¿No será este el heredero legítimo de su trono y el primogénito que debe ser Rey de los judios y el Mesías prometido?

Esta duda tan fundada, esta observacion tan racional y justa, esta pregunta tan prudente, oxasperaba mas é inflamaba la venganza de los fariseos, que en esta ocasion ningun motivo tenían ni aun para paliarse. Todas las circunstancias de esta tan grande ocurrencia deponian en favor de Jesús y acreditaban la ignominiosa confusion de sus enemigos. El prodigio era público é incontestable, tanto por la complicacion de los males, como por la prontitud de la cura. Esta no tenia para ellos la falta de haberse verificado en dia de sábado. El favorecido no era infiel ni extranjero; era como ellos, un descendiente de Jacob y discípulo de Moisés; por consiguiente, estaban obstruidos todos los caminos que podian prestar ansias á la calumniosa maledicencia: ¿qué recurso pues les quedaba que buscar para

satisfacer su implacable resentimiento? Mas ¿cuándo se confesó vencida la sinrazon, ni se mostró satisfecho el aborrecimiento? Un solo ardor les quemaba, y preocupados frenéticamente por la injusticia que los dominaba, echaron mano de él olvidados de que la sabiduría de Jesús tenia infinitos recursos para desbaratar sus planes y confundir todas sus maquinaciones.

Para hacerse partido entre el pueblo aparentaron por él una hipócrita compasion, manifestando querian libertarle del mas espantoso engaño. Hombres crédulos, le decian, ¿no veis que ese Jesús á quien mirais como al Hijo prometido de David no es mas que un engañador? Es cierto que lanza los demonios de los cuerpos; pero no lo hace por el poder de Dios ni por la virtud que de él haya recibido, sino que lo hace precisamente por la de Beelzebub, príncipe de aquellos de quien él mismo está poseído [1].

[1] El venerable Beda, en la exposicion del capítulo 11 de san Lucas, dice: Los nombres de los ídolos tomaron su origen de Belo, que fué el padre de Nino, el que edificó, ó mejor dicho restauró la famosa ciudad de Nínive. Belo fué el primer rey de los asyrios, y su hijo Nino le erigió una estatua después de su muerte. Los criminales que se refugiaban á ella implorando su favor, obtenian de Nino el perdon de sus delitos; de donde provino el que empezasen á venerarla como un nomen tutelar y benéfico, y que algun tiempo después se le hiciesen honores solo debidos á la divinidad: tal fué el principio de la idolatria. Recibida esta costumbre, los caldeos comenzaron á llamar á sus simulacros con el nombre de Bel. Los palestinos los apellidaban Baal, los moabitas Beelphegor, y así cada provincia ó nacion los salidaba con un nombre particular, cuya derivacion empero venia de aquel primitivo. Los judios adoradores del verdadero Dios, para burlarse de los gentiles, los llamaron Beelzebub, que suena lo mismo que Principe de las moscas, por la casi infinita multitud de ellas que en su tiempo habitaban á causa de la mucha sangre que en él se derramaba. En este simulacro decian que habitaba el príncipe de los demonios; ya porque en él tuvo principio la idolatria, ya porque no se encontraba otro ídolo mas eficaz que aquel, y ya en fin porque su invocacion y culto se habian generalizado mas entre los gentiles; y aunque en algunas provincias se hallaban á mas otros dioses especiales, este sin embargo era el proclamado como Dios supremo y universal. A tal extremo pues llegó la perversidad de los escribas, que por la virtud de este ídolo detestable decian que Jesús obraba milagros y lanzaba los demonios de los hombres. Los palestinos le llamaron Baal, significando la elevacion en que estaba colocado el ídolo, y los moabitas, Beelphegor, porque le adoraban sobre el monte Phegai; y los judios le añadieron la particu-

Nada mas horrible podia decirse contra el Salvador; mas no era esta la vez primera que habian vomitado semejante calumnia contra Jesús; pero cansado ya su Majestad divina de ver puesto en juego una tan sórdida maquinacion para desacreditarle y pervertir la sana fe del pueblo, quiso cerrar de una vez bocas tan sacrilegas, y destruir con una sola e incontestable reflexion un escándalo tan abominable. Miraba á sus calumniadores derramados en diferentes tropas, donde se hablaba del caso que acababa de suceder. Sabia las máximas que iban publicando, y conocia hasta sus mas ocultos pensamientos. Juntó cerca de su persona toda la gente, y sin otros preámbulos empezó su propia vindicacion y defenza.

Todo reino dividido en partidos, bandos ó facciones contrarias, vendrá á ser presa de sus enemigos, y no hay duda que se arruinará. Una ciudad cuyos habitantes se hacen la guerra, y una familia cuyos miembros se despedazan, no puede subsistir largo tiempo, y es preciso que lo que sucede en este mundo material y visible se verifique tambien en el reino de las tinieblas. Si un demonio pues está en guerra abierta con otro, si el uno expela al otro del cuerpo que posea, es claro que aquellos están en guerra entre si, y en este caso, ¿cómo estará el reino de Satanás? Sin duda que su poder se irá cada dia debilitando y no estará muy lejos de su eterna ruina. Conveuceos por tanto de la sinrazon de los pensamientos de iniquidad que os inspiran. Por otra parte, si yo arrojo los demonios en nombre de Beelzebub, ¿en nombre de quién los lanzan los hijos de vuestro pueblo, de los cuales he tomado mis discipulos, y los lanzan bajo mi conducta? Como yo lo hago lo verifican ellos, y vosotros no ignorais que no emplean sino la vocacion de mi nombre. Ellos saben bien que en virtud del poder que yo les he comunicado mandan á las potestades del infierno; ellos detestan á Beelzebub y tienen horror al principio de los demonios; ellos por lo mismo se-

lialidad de zebub para hacer eternamente odiosa la memoria de Zebub, criado de Abimeles, hijo de Gedeon, el que después de haber asesinado a sus hermanos, edificó un altar á Baal y destinó un sacerdote á su servicio, cuya principal ocupacion era alucenar las moscas que en él se reunian; de donde provenia que el nombre de Beelzebub fuese entre los judios de espanto y horror, y significativo de lo mas despreciable.

rán vuestros jueces, y en el dia último os condenarán echándoos en cara los abominables desiguos que tenéis acerca de su Maestro. ¡Ah! Sois unos ignorantes malvados; sois ciegos antojadizos y soberbios, y vuestra propia ceguedad no os permite ver las contradicciones en que incurris. Son unas mismas mis obras y las de mis discipulos, y aprobais en ellos por amor carnal lo que en mí condenais por envidia. Os lo aseguro: ellos mismos serán vuestros jueces y os condenarán, atestiguando en mi presencia contra las pasiones que os ciegan para que no veais la verdad. Este es el castigo de los envidiosos y soberbios, no ver la luz, para caer en el reino de las tinieblas.

Argüia Jesús con esta valentia á los escribas y fariseos, para que quedase firmemente sentada la doctrina de que él lanzaba á los demonios de los cuerpos por la virtud divina que en él residia; y para obligarles á conocer y confesar de que el reino de Dios habia llegado entre ellos y que el Rey de los judios que esperaban empezaba á establecer su imperio y á aclarar sus derechos: porque ¿quién, si no él, podia ni puede arrojar del corazon del hombre los enemigos de su reino? No hay duda que es uno de los mas grandes consuelos que puede tener la criatura el verse dominada del Espíritu de Dios. Entonces debe tomar aliento para correr con nuevo fervor por su santo camino, pues ya puede conocer que no es del demonio, sino de Dios; que no pertenece al reino de las tinieblas, sino al de la luz; que no habitan en él la soberbia, la envidia y las mas feas pasiones, sino la reina hermosa de las virtudes, la caridad; y así como no es posible que un vicio lance del corazon otro que le domine, así tampoco es posible que un demonio expela de él á otro demonio; el dedo solo de Dios, que es espíritu ardentísimo de caridad, sin el cual no se aborrece al pecado ni se ama á la justicia, es el único y solo que los arroja y expela.

Todo esto les quiso dar á entender cuando les añadió: *Cuando el fuerte armado guarda su casa, seguro está lo que posee.* Que fué lo mismo que decirles: Ya veis la guerra que hago al infierno y los despojos que le quito. ¿Y cómo puede suceder que entre alguno en la casa de un hombre de valor y robusto, y que le quite todos sus bienes, si antes no ha conseguido arrojar al poseedor injusto que los

tiene, que tiene bastante luz para defenderlos? Sin esta prevención no es posible asegurar la casa y disponer de lo que en ella se halla con toda seguridad. El corazón del pecador es la casa del diablo, y la guarda astuto y prevenido con las armas de su malignidad, ayudándose también de la carne y del mundo para mejor asegurar su posición. El hombre en cuyo corazón el demonio habita, tiene muerta su fe, desconoce su propia infelicidad, y halla paz y descanso en lo que le aleja de Dios que es su vida: por esto es preciso despertarle y ayudarle para que pueda romper las cadenas con que está apisionado. Cuando yo pues he librado á vuestra vista á este desventurado del poder del demonio, me he portado como *fuerte armado*, he acreditado poder mas que el príncipe de las tinieblas, he encadenado á Satanás, le he quitado el que pueda dañar á los que creen en mí; y así es que vosotros veis que con autoridad soberana lanzo á todos los demonios que Belzebub ha derramado por este país para atormentar de mil maneras á los desgraciados hijos de Jacob. Resolved ahora allá en el fondo de vuestro corazón esa cuestión para vosotros tan interesante, y ved quién es mayor y mas fuerte, ¿el que manda ó el que obedece? ¿el que vence ó el que sucumbe? Cristo es la virtud y fortaleza de Dios: destruyó en la tierra la tiranía del infierno, y encadenó y amarró para siempre en la cruz á su desventurado príncipe, dejándole sin fuerzas ni poder alguno con la virtud de su sangre.

Bien hubiesen querido los escribas y fariseos que el divino Salvador no les hablase con tanta firmeza, claridad y energía á presencia de las turbas; pero interesaba á la gloria de Dios su Padre, y su Majestad no podia ser indiferente; sobre lo que dijo san Crisóstomo [1]: Nada hay peor ni puede haber mas malo en el mundo, que esa tremenda emulación con que los fariseos miraban á Jesús; ninguna malicia es superior á la suya: así como el cerdo inmundo se deleita revolcándose entre el cieno, ó el demonio se complace en la desgracia del hombre, así el envidioso de los bienes del prójimo se alegra de todos los males que le suceden: y así como los escarabajos se alimentan de hediondo estiércol, así ellos también se deleitan

[1] Div. Crisostom. Hom. 42 in Math.

tan y complacen en la desgracia de su prójimo, y este era precisamente el carácter de los fariseos. Testigos presenciales de las victorias y triunfos del Señor, hubiesen preferido que sus hermanos viviesen vejados y oprimidos por el demonio, á tener que confesar aquellas y las consecuencias que de ellas debían seguirse; pero obstinados en no mirarle como á Mesías y en fascinar hasta con su furor al pueblo, protestaban que nada habían visto en él que les obligase á creer que lo era.

De todo lo dicho se infiere que el que tales prodigios obraba, era el verdadero Cristo ó Mesías prometido, porque en su venida al mundo habia de debilitarse y destruirse el poder del demonio; mas no por esto deben los hombres permanecer enteramente seguros y quietos, porque aunque su único y verdadero príncipe es mas fuerte que su adversario, confia este sin embargo muchísimo en la debilidad y flaqueza humana. Velemos y trabajemos, dice san Gregorio [1], sin despreciar á nuestro enemigo, fiados en la mayor virtud y fortaleza de nuestro Príncipe. Si nos atrevemos á pelear con él, esperanzados, no en nuestras propias fuerzas, sino en los auxilios de la gracia de aquel que nos ha prometido estar con nosotros en la tentación para librarnos de ella, no hay duda que venceremos; pero si despreciamos el combate porque dudamos de la asistencia del que es todopoderoso, ya somos vencidos, porque el demonio es débil como una hormiga cuando se le resiste; pero es fuerte como un leon cuando sus sugestiones se admiten. Y san Gerónimo añade [2]: Graves y terribles te parecerán las tentaciones si á tí solo te miras; si miras y confias en Dios, que es el mas esforzado entre todos los guerreros, te parecerán un fuego, una niebla y una sombra. Dios y la criatura se conforman muchas veces con los actos de su voluntad; pero Cristo y el diablo, nunca.

Estas tan claras y preciosas doctrinas de los padres y doctores de la Iglesia parece que explanan hermosamente el sentido de la sentencia que después pronunció Jesucristo: *El que no es conmigo, contra mí es; y el que no recoge conmigo, desparrama*. No queria el Señor dar cuartel á la soberbia afectación de los fariseos; queria

[1] Div. Gregor. lin. 5, cap. 16.

[2] Div. Hieronim. in cap. 12 Math.

desvanecer hasta sus reticencias y destruir todos sus atrincheramientos; y así fué esto decirles: No declararse por mí habiendo visto los milagros que obro, es hacer profesion de ser mi enemigo; y no unirse conmigo para arredilar bajo mis órdenes orejas de la casa de Israel es disparlas y perderlas. Con el temor de veros forzados y confundaros venidos con la evidencia del testimonio que os doy, atribuí al demonio las obras de Dios. Sois blasfemos. Es preciso ser enemigos irreconciliables para abrazar estos recursos, de los que no se prevalen sino hombres desesperados; oid por tanto lo que me faltó que deciros: Sabed pues que todo pecado y la blasfemia se perdonará á los hombres que hiciessen verdadera penitencia; esto es, en cuanto á la culpa, y en cuanto á la pena solo tendrán que expiar en la otra vida la temporal de que muriesen deudores por no haber satisfecho en esta. Pero el pecado contra el Espíritu Santo que vosotros cometéis ultrajando su santidad, dando al demonio la gloria de sus milagros, por su naturaleza no merece perdon, ni en este siglo ni en el futuro. No en este, porque es de pura malicia grave, sin admitir las excusas de la ignorancia, de la inadvertancia ó de la fragilidad, ni en el futuro, porque en él no se perdona lo que merece pena eterna, y en este no se borra con la penitencia. No es, no, vuestra blasfemia de aquellas faltas ligeras que aunque no se retractan y expian en esta vida, pueden esperar expiacion en la otra; porque no se oponen directamente al principio por el que se concede el perdón de los pecados, así como se opone el que se comete contra el Espíritu Santo.

A varias clases se reducen estos pecados, que mas propiamente pertenecen al espíritu de la blasfemia, y son por su naturaleza tan difíciles de perdonar, que se califican de imperdonables; y son, la *desesperacion*, la *presuncion*, la *impenitencia final*, la *envidia feroz de las gracias que Dios concede á nuestros hermanos*, y la *impugnacion ó contradiccion decidida de las verdades conocidas*, todos los que se llaman imperdonables por la ninguna excusa que tienen, por cuya razon las criaturas rara vez se arrepienten de ellas, y en esto consiste la diferencia que hay entre la blasfemia y el espíritu de la blasfemia. La primera se halla entre las turbas, el espíritu de la blasfemia entre los fariseos; porque sabiendo las Escrituras, contra-

decian las obras de Cristo, estimulados solamente por la envidia; y poseidos de una muy refinada malicia blasfemaban de Dios, atribuyendo al diablo los milagros obrados por Jesucristo, que no ignoraban eran esencialmente propios de su divinidad. Aunque son muchos los que blasfeman con la lengua, son muchísimos mas los que lo verifican con sus malas acciones y con su vida. Muchos blasfeman, dice san Agustín [1], obligados por la fuerza; estos pecan contra el *Padre* por la flaqueza y debilidad de su naturaleza, que contradice y se opone á la omnipotencia que al Padre se atribuye. Otros blasfeman engañados, y estos por su ignorancia pecan contra el *Hijo*, al que se le atribuye la sabiduría. Otros en fin pecan con muy refinada malicia, y estos pecan contra el *Espíritu Santo*, porque la malicia se opone á la bondad. El primero y el segundo pecado se perdonará á los que hagan condigna penitencia, porque siempre van acompañados de circunstancias atenuantes; pero como al tercero no le acompañan algunas que merezcan disputa, ó no se perdonarán ó al menos su perdón será mucho mas dificultoso. Inexcusablemente merece castigo el que si hubiese querido hubiera evitado el delito.

El espíritu de la blasfemia no se perdonará al hombre, porque el que es así blasfemo nunca llega á hacer penitencia; por consiguiente nunca llega á merecer el perdón; por esta razon decia san Juan [2]: *Hay un pecado de muerte, y no hablo yo de tal pecador cuando diga que rogueis por él.* Por tal pecado y por tal pecador no se ha de rogar por él, porque en vano se pide el perdón del pecado quando el pecador no se corrige. El pecado contra el Espíritu Santo es la obstinacion ó la pertinacia del entendimiento, que proviene de la presuncion ó de la desesperacion; y se dice que peca contra el Espíritu Santo el que lo comete, porque este Espíritu divino es el amor del Padre y del Hijo y la bondad de entrambos: así el que desespera ó presume le hace una injuria muy especial, porque le juzga ó sin misericordia ó muy injusto; y así como por la misericordia perdona, así tambien por la justicia no puede dejar las ofensas sin el merecido castigo [3]. No se lisonjee pues el que tal pecado comete,

[1] Div. August. Tract. 27 in Joann.

[2] Ep. 1.º Joan. cap. 21, v. 16.

[3] Div. Gregor. lib. 16, Moral. cap. 31.

que podrá expiarlo en esta ó en la otra vida, por muchas penas que padezca, porque es un delito de una atroz malicia, digno de un castigo interminable. El Agustino cierra con llave de oro esta importantísima cuestion con estas palabras [1]: Digo á vuestra caridad que tal vez en todas las Escrituras santas no se ha suscitado una mayor ni mas difícil cuestion que la que está concebida en estas palabras: *El que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá su pecado perdonado, ni en este siglo ni en el venidero.* ¡Oh amenaza sobremanera espantosa! ¡oh justicia de Dios terrible! En verdad que la presunción, la desesperacion, la obstinacion y la impenitencia son males sobremanera terribles. Concédenme, Señor, que te conozca, y que conociéndote te ame, y amándote en tí espere y á tí solo se dirijan los afectos de mi corazón.

No parece se daban por entendidos los escribas y fariseos con estas tan claras reconvenções del Salvador á ellos precisamente dirigidas, porque trataban de engañar y corromper al pueblo, dándole á entender que Jesús estaba poseído del demonio, y que sus milagros eran obra del infierno. (Hasta cuándo pues, les añadió, abusarais de vosotros mismos y de los otros, queriendo ser y siendo en efecto pecadores réprobos y obstinados, y aparentando una santidad que estais muy lejos de tener? Un árbol que solo lleva mal fruto, ¿cómo es posible que sea tenido por bueno? ¿No os acordais de lo que otras veces os he dicho que se juzga de los árboles por sus frutos y de los hombres por sus obras? No os lisonjéis ni engañéis á vosotros mismos. Procurad hacer buenos frutos y ser árboles buenos si queréis que el mundo os tenga en buena opinión; porque mientras seais malo y no deis sino malos frutos, no tendreis motivo de que quejaros si os culpan y condenan. ¡Hombres malignos! ¿por qué desuendéis estas verdades tan palmaras? La raíz del árbol es el origen y principio de su vida y de sus frutos: si aquella está emponzoñada; su vida será melancólica y triste y su fruto desabrido y amargo; pero si aquella está sana, su vida será vigorosa y alegre y su fruto alcanzará perfecta sazón, madurez y dulzura.

Esta sola consideración era mas que suficiente para que forman-

[1] Div. Agust. Serm. 11. De verbis Domini.

de los fariseos un juicio comparativo entre Jesús y sus obras, hubiesen conocido por ellas todas la grandeza y excelencias de su santidad. Sus obras no eran malas ni vanas como las que se hacen por arte mágico, sino que eran buenas y saludables como las que se obran por la virtud de Dios. Arrojar los demonios de los cuerpos, es una obra buena; por consiguiente no pueden nacer de un principio malo como es el diablo, sino que traen su origen de uno bueno, cual es el Espíritu Santo. Necia por tanto y calumniosa era la imputacion con que aquellos acriminaban á Cristo, diciendo que lanzaba los demonios por arte del Belecub. Por esto les dijo Jesús, que eran una raza de víboras, semejantes á aquellos de quienes traian el origen; que no sabian sino morder y emponzoñar, permaneciendo en disposicion tan maligna y dejándose dominar de la envidia cruel: ¿cómo era posible que hablaban ni una sola palabra buena? De la abundancia del corazón nacen las palabras; así que, estando emponzoñado el de los escribas, no podia su boca proferir sino calumnias y blasfemias. Un hombre de bien saca buenas cosas de un buen tesoro; y así de un corazón lleno de rectitud y sinceridad, no pueden salir sino palabras edificantes. Esta es la regla por la cual todos los hombres serán juzgados por el soberano Juez. Vosotros me aborrecéis, les añadió Jesús; esto es público, ya nada debo maravillarme. Mudad de corazón para conmigo; me vereis á otra luz y hablareis otro lenguaje. En verdad os digo que son vanas todas las ilusiones con que procurais tranquilizaros y engañar á los que os oyen para hacer prosélitos. Vosotros creéis que no se peca gravemente con la lengua, que las palabras contra el prójimo son sin consecuencia mientras no se llega á las obras y á los afectos. Ese es un error grosero que os pierde y hace desgraciados á cuantos siguen tan detestable máxima. Toda palabra mala sugerida por la ociosidad, principio de todos los vicios, será examinada y condenada en el juicio tremendo que de las obras y palabras á todos hará Dios; y según la bondad ó malicia de todas y cada una de ellas, serán los hombres condenados ó salvados.

De lo dicho hasta aquí se infiere cuánto mas agríamente será reconvenido y mas terriblemente castigado en el día de la justicia de Dios, el hombre que haya calumniado las obras de la divinidad y

blasfemado contra el Espíritu Santo, porque lo manifestado claramente por Jesús á los fariseos equivalía á decirles según san Jerónimo [1]: Si una palabra ociosa no se pronuncia sin gran peligro del que habla, y en el día del juicio cada uno ha de dar cuenta estrecha de las que habló, cuánto mas estrecha tendrá que ser la cuenta que vosotros habeis de dar por vuestras groseras calumnias y blasfemias! Si se desea saber lo que sea una palabra ociosa, puesto que de ella se ha de dar tan estrecha cuenta en el tribunal de Dios, es preciso oír al grande san Gregorio [2]: Palabra ociosa es aquella que carece de una razon de justa utilidad ó de propia necesidad. Y si de una palabra ociosa ó de un vano y ligero pensamiento tan minuciosa cuenta se ha de dar á Dios en el día novísimo, pensar debe bien cuántos y cuán graves pecados cometerán muchos con la lengua. De tal manera pesa Dios los pensamientos de cada uno, considera los caminos y cuenta los pasos, que ni aun los mas pequeños pensamientos, ni las mas ligeras palabras que acá en el mundo se miraron con desprecio, quedarán sin exámen en su juicio. Y san Crisóstomo aun avanza mas al parecer y dice [3]: Entiéndese por palabra ociosa, no una mala, sino una buena, pero que no produjo ningún bien en el que la oía, porque no le edificó. Si por una palabra buena, porque no causa edificación al pueblo, hemos de dar cuenta á Dios, ¿qué esperamos de las palabras malas? Y si por estas hemos de ser severísimamente juzgados, ¿qué será de nosotros por las obras malas? . . . . Aprendamos á guardar nuestra boca para que no hable palabras ociosas ó vanas; porque así como un vaso que no se cubre se llena luego de polvo é inmundicia, y lo que hay dentro se enfria y corrompe, así sucede tambien en el corazón si la boca, que es lo que le cubre, no se cierra con la prudente y debida custodia. . . . La lengua ha de guardarse mas que á una vírgen: es un caballo de regalo, que si se le pone freno y si se le enseña á andar con pausa, puede descansadamente montarle aunque sea un rey; pero si no se le enfrena y se le permite saltar y brincar por donde quiere, en vez de servir de asiento para un rey solo lo se-

[1] Div. Hieronim. in cap. 12 Math.  
[2] Div. Gregor. Hom. 6 in Evang.  
[3] Div. Crisostom. Hom. 43 in Matti.

rá de los demonios. Y así no también Orígenes en decir [1]: Dios abre la boca de aquellos que hablan sus palabras y anuncian sus grandezas; pero la de aquellos que hablan la mentira, las chocarrerías, torpezas y detraiciones, el falso testimonio y la calumnia, el engaño y la blasfemia, la abre el demonio. Grande es pues el peligro que hay en hablar cosas ociosas y vanas cuando son tantas las útiles y divinas de las que sin riesgo ni peligro alguno podemos conversar.

Terrible fué no hay duda para los escribas y fariseos esta reprobacion de Jesús; pero tambien era grande el escándalo que habian dado al pueblo. La sencilla credulidad de los que le seguian necesitaba de preservativos, y los que se habian contagiado con las malas doctrinas no podian curarse sino con remedios extremos y violentos. Una gran parte de los que se hallaban presentes trataron de aprovecharse; pero los enemigos de la inocencia y de la virtud, todavía pensaron en continuar abusando de la buena fe de sus hermanos. Aunque con alguna mayor reserva, llevaron adelante sus planes y se revistieron de todas las apariencias de moderacion, á la que los forzaba la abertuosa consideracion de un pueblo que todos los días veia explayarse en su favor la ardentísima caridad de Jesús; mas este preparó el corazón de una pobre mujer, para que siendo en su presençia pragera de su grandeza, fuese para ellos un motivo de nueva confusion y tormento.

Aun estaba el Señor acriminando la incredulidad fariseica, cuando de entre las turbas se alzó una mujer, y esforzando cuanto pudo en voz, dijo: *Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron.* Esta confesion tan ingenua como generosa no pudo menos de ser un dardo que traspasó el corazón de los incrédulos; y Dios, que por su medio defendió la inocencia del justo, condució abiertamente la dureza de sus enemigos; estableció el reino de la verdad, y dispuso se publicara la gloria de la redencion que se resistia á creer la perversa obstinacion de la Sinagoga. Esta mujer era una figura de la Iglesia, que nos asegura es dichosa y bienaventurada sobre todas las criaturas del cielo y de la tierra, aquella

[1] Orig. Hom. 3 in Exod.

que nos dió en Jesús fruto bendito de su vientre, el don mas precioso y rico, y el tesoro de mayor valor que á los hombres se podia dar; pues nos dió á Dios mismo hecho nuestro hermano, y al Salvador y Redentor por tantos siglos suspirado y deseado. En verdad que fueron bienaventurados los pechos de la criatura que alimentaron al Criador; los pechos que conservaron la vida al que es autor de la misma vida, y la vida universal, y el gozo, el contento y la vida feliz y eterna de todas las criaturas. Mujer tan ennoblecida por la Trinidad augusta, que el Padre la elevó á la altísima dignidad de Hija suya, el Hijo á la Madre y el Espíritu Santo á la Esposa. Esposa verdadera de Dios que concibió por obra y gracia de su amor el eterno e inmaculado Esposo, y parió sin lesion ni detrimento de su virginidad, uniendo á esta los honores de maternidad, siendo virgen purísima antes del parto, en el parto y después del parto, y madre de Dios hecho hombre glorificado y bendito como fruto dichosísimo de su vientre.

Al oír Jesús la exclamacion de aquella mujer, la tomó como por pretexto para cerrar con una doctrina muy importante el discurso que habia pronunciado, y refutar con ella la pérdida simulacion de la hipocresía farisaica. *Bienaventurados mas bien, replicó Jesús, los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen con fidelidad.* Lccion sublime que mejoró y perfeccionó muy notablemente el celo de aquella mujer. Aunque era muy imperfecto el testimonio que daba de la divinidad del Salvador y de la verdad de su predicacion, lo aceptó agradablemente su Majestad, y su fervorosa intrepidez la hizo digna de que la instruyese aquel mismo cuya hora procuraba. Premió su buena voluntad y perfeccionó su confesion. Engrandeció ella en María la maternidad, y no reparó en la humildad y en la caridad con que su Hijo le ennoblecía. Atendió á las entrañas que le concibieron y no al corazon que fué templo del Espíritu Santo antes de la concepcion del Hijo. Alabó la leche con que ella alimentó al Verbo y no la palabra con que fué alimentada por el Padre; por lo que Jesucristo rectificó el desconcierto de su alabanza haciéndola comprender que el espíritu es antes que la carne, y que en vano procura el hombre alimentar su cuerpo con el pan cotidiano, si no nutre y fortalece su alma con el pan espiritual de la

divina palabra, y por esto la dijo: *Mas bien son bienaventurados los que la oyen y la cumplen con fidelidad.* Cual nube preñada siempre de benignas influencias, nunca deja sin frutos el corazon sobre que descende. Como el temprano rocío de la mañana, ó como el agua ó la nieve que del cielo bajan, allá otra vez no vuelven, sino que riegan la tierra y la fecundizan; así tambien la palabra del Señor no torna otra vez hácia el lugar de donde salió; ella hará todo enanto quiera el Señor y producirá el efecto para que la envió [1]. Es lámpara que alumbrá á los hombres y los guía por las sendas por donde deben caminar [2], sin cuya hermosa luz el hombre caminaría constantemente extraviado.

Bienaventurados pues los que la cumplen, porque entonces caminan con cierto y firme paso por el camino de la perfeccion, y se hallan dispuestos y preparados para emprender todo género de buenas obras. El que oye y cumple la palabra de Dios no incurre en los pecados de infidelidad que cometen tantos idolátras á quienes no se ha anunciado la luz del Evangelio; detesta los errores y las ilusiones de tantos herejes que cierran obstinadamente los ojos á esta tan divina luz; huye la ignorancia y los desórdenes de tantos malos católicos que maliciosos desean asistir á los templos para no oír la voz de los pastores; y conoce aquellas verdades prácticas que la corrupcion del siglo, el contagio de los malos ejemplos y las lisonjeras ilusiones del amor propio, ocultan siempre á la criatura, y nada de esto es extraño, porque antes ya habia dicho Dios por su profeta [3]. Yo haré que mis palabras sean un fuego en tu boca y que este pueblo sea como la leña que ha de ser devorada por el fuego de tu celo. Y poco después le añadió: Mi palabra es como un martillo que hace pedazos la piedra [4]. Por esto al contemplar David los maravillosos efectos que la palabra de Dios causaba en el corazon de la criatura, tampoco titubeó en decir: Ardorosa es, Señor, bella y luminosa tu palabra, y por esto la amó siempre tu siervo con la mayor ternura [5]. Y tales han sido en todos tiempos los maravi-

[1] Isaim. cap. 55, v. 11.

[2] Ps. 118, v. 105.

[3] Hieremias. cap. 5, v. 14.

[4] Id. cap. 23, v. 29.

[5] Ps. 118, v. 140.



llos efectos que la palabra de Dios ha producido, que tanto en los días de los profetas como en los tiempos apostólicos, y aun en los posteriores á aquellos, los reyes mas soberbios, los pueblos mas obstinados, feroces y salvajes, y los pecadores mas embrutecidos, todos se han humillado á su intimacion tremenda hecha por el ministro de Dios en la tierra, y conducidos por esta luz brillante caminaron unos al martirio, otros á la soledad, y los pueblos entraron en la senda de la civilizacion, de la caridad y de la paz, conduciendo los hombres á la perfeccion y á la práctica de toda especie de buenas obras.

## ORACION.

*¡Señor y Dios mio Jesucristo, Maestro mio sapientísimo! dignate por tu bondad inmensa dirigir de tal manera mis acciones con tu sabiduría infinita, que jamás extienda mi mano á la iniquidad ni á la injusticia, sino que ejercitándome siempre en las buenas obras, jamás ejecute sino lo que á ti agrada, y jamás atienda sino lo que conduzca á tu mayor gloria y á conseguir mi salvacion y la de mis prójimos. Virtud verdadera, arroja de mí el demonio por la contricion: tú que eres la palabra eterna del Padre, sana á este mudo para la confesion: luz indeficiente é inmensa, ilumina á este ciego por la satisfaccion; y para que el fuerte armado no me posea y domine, quítale todas sus armas convirtiendo en obsequio tuyo todas las fuerzas interiores de mi alma y todos los sentidos exteriores de mi cuerpo. Tambien le ruego y deseo ¡oh Dios mio altísimo! que cuantas veces me sugiera el espíritu maligno tentaciones abominables de blasfemia, otras tantas quiero que te bendigan y alaben por mi todas las criaturas del cielo y de la tierra, á fin de que los cánticos de alabanzas y accion de gracias por tus inefables misericordias, resuenen en tu presencía como salidas de mi boca en perpetuas eternidades, y la blasfemia del tentador maligno sea siempre el testimonio de su eterna perdicion. Amen.*

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XII del Evangelio de san Mateo, desde el versículo 15 hasta el 37, ambos inclusive; y en el XI de san Lucas, desde el 14 hasta el 28, tambien inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Lucas para el Evangelio de la Dominica III de cuaresma; dice así:

## EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA III DE CUARESMA.

*San Lucas, cap. XI, vs. 14 al 28.*

En aquel tiempo estaba Jesús lanzando un demonio que era mudo, y así que hubo echado al demonio, habló el mudo y se maravillaron las turbas. Mas algunos de ellos dijeron: En virtud de Beelzebub, príncipe de los demonios, echa él los demonios. Y otros tentándole le pedian que les hiciesen ver algun prodigio en el cielo. Pero Jesús, penetrando sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido en partidos contrarios quedará destruido, y caerán sus casas una sobre otra. Si pues Satanás está tambien dividido contra sí mismo, ¿cómo subsistirá su reino? ya que decís vosotros que yo lanzo los demonios por arte de Beelzebub. Mas si yo lanzo los demonios con el poder de Beelzebub, ¿por virtud de quién los lanzan vuestros hijos? Por tanto, ellos mismos serán vuestros jueces. Mas si yo lanzo los demonios con el dedo ó virtud de Dios, es evidente que llegó ya á vosotros el reino de Dios. Cuando el fuerte armado guarda su casa, seguro está lo que posee. Mas si sobreviniendo otro mas fuerte que él, le venciere, le desarmará de todos sus arneses en que tanto confiaba, y repartirá sus despojos. El que no es conmigo contra mí es, y el que no coge conmigo, desparáame. Cuando el espíritu inmundo hubiere salido de algun hombre, anda por lugares áridos buscando descanso; y no hallándole, dice: Volveré á la casa mia de donde salté. Y al llegar á ella la halla barrida y adornada. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrados habitan allí. Con lo que el último estado de aquel hombre viene á ser peor que el primero. Estando diciendo estas cosas, he aquí que una mujer levantando la voz de en medio del pueblo, exclamó: Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que te alimentaron. Pero Jesús respondió: Bienaventurados mas bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica.

y los truenos venidos de repente sobre ellos los hubiesen demostrado que obraban mal á la presencia del Señor, como sucedió en los días de Samuel, cuando sus mismos padres pidieron á Dios un rey á semejanza de los gentiles [1], ó en los de Josué cuando en la bajada de Beth-horon llovieron grandes piedras sobre el ejército de Amalec, y el sol no se movió de encima de Gabaon ni la luna de encima del valle de Ayalon [2]; ó en fin, como en los de Elías, cuando por dos veces distintas bajó fuego del cielo sobre los soldados de Oecias, y consumió á cincuenta cada vez con sus capitanes enviados por el rey para prender al Profeta [3]; estos eran los prodigios que pedían al Señor y ellos hubieran querido ver.

Insensibles ó ingratos como sus padres, hubieran hecho el caso que ellos hicieron de tan grandes milagros, y hubieran perseguido y calumniado por ellos al que los obraba con su propia virtud y poder. ¿Por ventura no calumniaban y perseguían al que obraba otros no menos estupendos, los que veían por sus propios ojos, tocaban con sus propias manos y redundaban en su propia utilidad y beneficio, ó en la de sus prójimos y hermanos? ¿Qué hubieran dicho pues de los que hubiesen visto obrarse en el cielo? No hay duda que lo mismo que decían de los que se obraban en la tierra. Que los magos en Egipto también obraban al parecer milagros en el cielo, ó que Jesús los obra por virtud de Beelzebub, como ya lo habían divulgado, ó le hubieran calumniado de cualquiera otro modo; sobre lo que es muy digno de oírse lo que en este particular dice san Crisóstomo [4]: Habiendo visto muchos y grandes milagros, pedían uno como si jamás hubiesen visto alguno. Y en verdad que no los vieron, porque los contemplaban con los ojos de la carne y no con los afectos espirituales del alma. Testigos malvados, parciales é injustos, nunca hubieran depuesto en favor de la verdad: habían visto miles de prodigios y pedían otros nuevos, resueltos á contradecir los unos y los otros, á calumniarlos todos y á no rendirse á alguno. Ciegos envejecidos en el crimen, se atreven á tentar al Señor, per-

## CAPITULO XXII.

VIDEN LOS JUDIOS A JESUS UN SIGNO O MILAGRO, Y EL SEÑOR  
LOS REPRENDE Y AMENAZA.

No bien habia acabado el Salvador su discurso acriminando la conducta de los fariseos y escribas, condenando enérgicamente sus blasfemias, cuando los mas audaces entre ellos, cubriéndose de nuevo con una nueva máscara de mas maligna hipocresía, se acercaron á él, y con todas las apariencias de respeto le dijeron: Maestro, no creáis que somos vuestros mortales enemigos ni enteramente inflexibles á vista de vuestros milagros; pero para confirmarnos mas bien en vuestras creencias que para hallar ó descubrir en vos algun motivo de duda, quisiéramos que ahora á nuestra vista obráseis alguno de aquellos prodigios que no tienen ejemplar, que llevan en pos de sí los ojos, el entendimiento y el corazón. No de esos que afectan precisamente la carne y la tierra, sino de aquellos que obrándose al parecer en el cielo, son mas sorprendentes y admirables. Ellos hubieran deseado ver la gloria de Dios como sus padres en medio del desierto y que el Señor les hubiese hablado desde el centro de una nube [1] como lo verificó allí, poblándoles en seguida el aire de codornices y cubriéndoles la tierra de pan, ó que las lluvias

[1] Exod. cap. 16, vs. 10, 13 et 14.

[1] Lib. 1. Reg. cap. 12, vs. 17, 18 et 19.

[2] Josué, cap. 10, vs. 11 et 12.

[3] Lib. 4. Reg. cap. 1.º, vs. 10 et 12.

[4] Div. Crisostom. Hom. 44 in Math.

suadidos de que podrían engañarle. Maestro le llaman, no por devoción y respeto, sino porque con esta adulación creen halagarle, olvidando que tan poco tiempo hacia le habían blasfemado; y que lo único que les convenía era admirarse, sobrecojerse á su vista de respeto y creer en él; pero conociendo el Señor que lo mismo se le daba adularle que llamarle endemoniado y maestro, dejó á un lado al parecer la blandura y se dispuso á tratarlos con rigor.

Pedían mal, continúa el Crisóstomo; por esto su súplica no podía ser bien despatchada. El Señor, que obraba milagros con extraordinaria largueza cuando se le pedían con humildad y confianza, no quería ser pródigo de ellos por la voluntariedad curiosa de la soberbia, ni obrarlos por la sugestión maligna de los impíos; y revistiéndose por tanto de aquella majestad imponente que llenaba siempre de terror á sus adversarios, dirigiéndose no solo á ellos, sino á la generalidad de las turbas que le seguían, para instruir y corregir á todos, y sobre todo á los espíritus soberbios y envenenados contra él, les dijo: Esta raza de hombres infieles, esa generacion perversa y adúltera, pide ahora un nuevo milagro para asegurarse de la verdad de mis palabras. ¿Y sería razon concederles lo que quieren? ¿Deben ellos imponerme la ley y escoger á su antojo? Generacion mala en sus obras, adúltera en su fe, porque abandonado el propio esposo, esto es Dios, se dedica á oír mejor los fídelos de las pasiones de su corazón que á mí que soy enviado de Dios: esta generacion pide un signo ó milagro en el cielo, pues yo se lo pondré en las entrañas de la tierra, para que no crean que me vengo de sus calumnias ó que me vanzo por sus halagos. No tendrá otra señal sino que la del profeta Jonás, esto es: Yo no le daré un signo de mi poder en el cielo cual lo pide para multiplicar sus calumnias, sino uno de mi humildad y una prueba demostrativa de los desprecios á que tengo de verme reducido. No le daré un signo de gloria, sino uno de desprecio y de pasion; pues así como este profeta estuvo tres dias y tres noches en el vientre de la ballena, así tambien la cabeza y el Primogénito de los hombres estará tres dias escondido en el corazón de la tierra.

Endurecidos estaban y sobremanera obstinados los ninivitas. Habían insultado y despreciado á los profetas del Señor; pero instrui-

dos por Jonás, que después de tres dias de haber estado encerrado en el vientre de la ballena en castigo de su inobediencia, había sido conducido por el animal y arrojado vivo á sus playas por orden expresa del Señor para predicarles la penitencia; creyeron la palabra del enviado de Dios y se esmeraron en hacerla. Tal es la señal que yo os anuncio, les dijo Jesús, y la verán los judíos de la presente generacion á los que ha sido enviado. Si; ellos verán salir del sepulcro al Hijo del hombre, tres dias después de su pasion, y entonces juzgarán si debieron dar fe á sus palabras y si debían mirar sus obras y milagros como operaciones del espíritu inmundo. Tres cosas sucedieron en el milagro de Jonás, que fueron signos demostrativos de lo que habia de suceder en la muerte, sepultura y resurreccion de Jesús, y fueron: la absorcion de la ballena, la detencion del profeta en su vientre, y la evomicion. La absorcion lo fué de la muerte, la detencion lo fué de la sepultura, y la evomicion lo fué de la resurreccion; por lo que les dijo Jesús: Qué no se les daría otro signo ó señal sino el de Jonás profeta, para que se convirtiesen y viviesen; no porque antes de su muerte no se les hubiese de dar otras señales, esto es, no hubiesen de ver otros milagros, sino porque la pasion y muerte de Cristo fué el principal y último; el milagro de los milagros en el que todos se contentan; y se dijo que se daría á los judíos, porque si estos creyeron en él se salvarian, y si no se condenarian, así como el milagro de Jonás fué el de los ninivitas, creyeron, hicieron penitencia y se salvaron; si no hubiesen creído, no hay duda que hubiesen parecido.

No les dió un signo demostrativo de su divinidad en el cielo, que era lo que buscaban, porque se habían hecho indignos de él por su demasiada curiosidad y malicia, sino que les dió una señal del profundo de los mares, del centro del abismo y del sepulcro de la muerte, como se habia verificado en el profeta que nombró: les dió el signo verdadero de su encarnacion, no el de su divinidad; el de su pasion, no el de su gloria. A los discípulos empero que en él creían, les dió signos del cielo: primero en su trasfiguracion, y después cuando real y verdaderamente subió á su vista á los cielos con su propia virtud y poder. A los escribas no les dió ni aun les ofreció signos en el cielo, porque queria condenar en la tierra su necia y orgu-

llosa obstinacion. Los ninivitas, les dijo, se levantarán en el dia del juicio, al mismo tiempo que se levantará esta generacion y la condenarán. Esto es, los gentiles é incrédulos representados en la locucion de Jesús por los ninivitas, se levantarán contra la generacion actual de los judíos, y manifestarán que está debe ser condenada, porque aunque gentiles, hicieron penitencia al oír la predicacion de Jonás, y los judíos crédulos y adoctrinados por la ley de Moisés, no quisieron no solo oyendo la predicacion de Jesucristo, sino ni aun viéndola confirmada por los muchos prodigios que obraba. Los gentiles creyeron un profeta que era un hombre puro, y los judíos no quisieron creer al Señor de los profetas, que era Dios y hombre verdadero. Los gentiles creyeron á un extraño y peregrino en su tierra, los judíos no quisieron creer á su conciudadano. Aquellos recibieron un profeta, estos repudiaron á Jesucristo. Aquellos, ni instruidos por la ley ni avisados por los profetas, se convirtieron al Señor y conocieron su pecado, estos, instruidos con tantos preceptos de la ley, avisados por tantos profetas y convencidos de tantos milagros, se apartaron del Señor. Aquellos que siempre habian sido el pueblo del diablo, en tres dias se hicieron el pueblo de Dios; estos, que siempre habian sido el pueblo de Dios, en un dia se hicieron el pueblo de Satanás [1].

La reina de Sabá ó del Austro, tan célebre en vuestra historia, se levantará tambien contra esta generacion de judíos que escuchan sin fruto las mas saludables instrucciones. Su celo opuesto á vuestro desconfío y negligencia, formulará la sentencia de vuestra salvacion eterna. Ella vino de las extremidades de la tierra para oír á Salomon y recibir de su boca los oráculos de la sabiduria. Ella era una mujer débil, vosotros sois hombres esforzados. Aquella caminó por diversos países y naciones, vosotros me tuvisteis en medio de vuestro pueblo y nacion. Aquella pasó trabajos é incomodidades, vosotros no tuvisteis que sufrir alguna. Aquella alabó al extranjero, vosotros reprobasteis y condenasteis á vuestro compatriota. Aquella fué á buscar al que solo conocia por la fama, vosotros despreciasteis aquel á quien autorizaban sus muchos y repetidos milagros.

Aquella buscó al hombre puro, vosotros desechasteis al que era Dios y hombre. Aquella presentó á Salomon ricos donativos, vosotros al Hijo de Dios solo le ofrecisteis desprecios, oprobios tormentos y cruz.

¿Y qué quiere decir Salomon y toda la sabiduria de este príncipe, en comparacion del que revela hoy entre vosotros los misterios del reino de Dios? Nada os mueve y nada os persuade. Mas perverosos que vuestros padres, habeis llegado á ser incorregibles, y la desdicha es que no conocais. Este que á vuestra vista teneis es mucho mas que Salomon. Este es Dios, aquel no era mas que un hombre. Aquel solo tenia ciencia de las cosas terrenas, Jesús la tenia infinita, y por consiguiente era universalísima. Salomon edificó un templo que podia faltar y que faltó efectivamente; y siendo tan débil la reina del Austro por su naturaleza de mujer, ambicionando la sabiduria, el deseo de conseguirla daba fuerza á su debilidad y fué otra vez en busca del que pronuncia sus oráculos; y estos siendo varones y sacerdotes, cuyo primer estudio debia ser el de la sabiduria y su único afán el buscarla, la despreciaron cuando en sus Sinagogas se expresaba con la mayor claridad, cuando en el templo les enseñaba y cuando clamaba en medio de sus plazas; formando el mas triste y lastimoso contraste, una mujer que corre en busca de un hombre sabio, y unos hombres que debian serlo, que huyen de Dios, que es la sabiduria infinita y eterna. Una mujer que por tener la dicha de recibir instrucciones de un sabio le ofrece donativos, y unos hombres que debiendo aspirar á serlo desprecian los dones del cielo por no recibir los consejos de la sabiduria que se les ofrece. Criminalidad horrible imitada de los cristianos negligentes, que estando todo el dia ociosos resisten ir á la iglesia para no oír la voz de Cristo; aun estando en ella se salen dejando solo allí al que en ella les habla por boca de sus ministros. Dos grandes pensamientos son los de la Iglesia al llamar á sus hijos para que oigan la voz de la sabiduria que en su seno les habla. El primero es que no sepan pecar, el segundo que dejen de pecar: el primero lo proporciona la sabiduria, el segundo la penitencia; y así no es extraño que Jesucristo cerrase este importantísimo discurso con una misteriosa parábola que encerraban tambien grandes instrucciones.

Durísima había sido, no hay duda, para los escribas y fariseos la precedente acriminación; pero era mayor la dureza de su corazón y el olvido voluntario de los beneficios de Dios; por lo que no titubeó el Señor en compararlos con los cuerpos poseídos de los demonios, y les dijo: Habiendo sido echado el espíritu inmundo del cuerpo de un infeliz que atormentaba, avergonzado de haber sido vencido, se pasea por los lugares áridos y desiertos, buscando un asilo donde ocultar su confusión y gozar de algún reposo. No lo encuentra, y después se dice á sí mismo: Volveme he á mi casa de donde salí, á la morada antigua que me forzaron á abandonar, y al volver á ella la encuentra desocupada, barrida y adornada, y restituida enteramente á su primer ornato y hermosura. Ningun otro demonio había entrado en ella después que salió; y al ver esto, desesperado de poder entrar otra vez si él solo intentaba el asalto, vase y asocia consigo otros siete espíritus piores que él. Dan el asalto, apodéranse de la plaza, ponen en ella su alojamiento y se establecen, introduciendo por todas partes el desórden y la confusión. Con esta designio habían vuelto, y así vino á suceder que el último estado de aquel hombre antes poseído del demonio, libertado después por Dios y que por sus torpes reincidencias volvió á caer en poder de su feróz enemigo, fuese sin comparación alguna mas deplorable que su estado primero, del que había tenido la dicha de salir.

¿A quién no hace temblar este despecho del enemigo común contra los que le lanzan de sí convirtiéndose verdaderamente al Señor? Sale forzado de la ciudadela del corazón humano, pero sin levantar nunca el cerco; antes bien redoblando sus ardidés para tomarla otra vez. ¿Por qué desgracia se olvidarán tan frecuentemente los hombres de esta importante doctrina? Nunca debiera apartarse de los ánimos de todos los que comienzan á servir á Dios, ¡Ah! si así fuera, no se verían tantas recaídas, y serían muchas menos las desgracias de los hombres, si contra las asechanzas del diablo optieran una vigilancia cristiana, porque escrito está: Resistid al diablo y huirá de vosotros [1].

Inquieto anda el diablo en perdiendo el dominio del corazón que

[1] Ep. cath. Jacobi. c. 4, v. 7.

antes señoreaba; brama como un leon furioso dando vueltas en torno de la criatura, buscando la presa que devorar, y por consiguiente es preciso resistirle con las armas de la fe [1]. No se contenta con encadenar al hombre: su deseo es amarrarle de tal modo, que no pueda jamás romper la cadena de su maldad y que así muera. Esta es la mayor desdicha de una alma criada para poseer á Dios, el que venga á hacerse descanso del diablo: en riesgo está de serlo el corazón recién convertido que se huelga en el camino de la penitencia y no aspira á la perfección: así que, preciso es que el que está en pié procure no caer [2]; porque cogido es muy fácilmente del diablo, el que por no resistirle con valentía desde el principio de la tentación tiene el corazón vacío de santos afectos: el que escrupulosamente barre de él ciertas faltas ligeras, y no tiene escrúpulo de meterse en grandes peligros; el que le adorna con las prácticas exteriores de piedad y no destierra de él la torpe hipocresía. Esta limpieza y adorno están convidando al diablo, le hacen cobrar aliento, porque ve el corazón preparado para darle hospedaje. Entonces es nuevamente aprisionado el pecador con mayor crueldad en pena de su ingratitude y perfidia: por ella desterró de sí al Espíritu Santo con todos sus dones y gracias, y en cambio se apoderan de él siete demonios, que le amarran á sus pasiones para que esté mas lejos de la santa libertad del espíritu; y así es que los que desprecian la vocación á la fe, y miran la segunda gracia de la conversión como cosa de juego, tienen unos novísimos ó postrimerías tristes, funestísimos y desesperados.

Todo esto que se desprende naturalmente del lenguaje misterioso de Jesús á los escribas y fariseos, no indica sino lo que él mismo quería oportunamente recordarles, para que entendiesen que su ingratitude había llegado á colmo; pues aunque eran hijos de Jacob no querían convertirse á él ni aun aprovecharse de sus doctrinas. Las acriminaciones explícitas del Salvador envolvían otras de no menor consecuencia y peso. Las idolatrías de nuestros padres quiso decirles, obra del demonio que los poseía, fueron lloradas y se escaparon con la esclavitud de Babilonia: de allí vivieron llenos de re-

[1] Ep. 1.<sup>a</sup> Petr. c. 5, vs. 8 et 9.

[2] Ep. 1.<sup>a</sup> ad Corinth. c. 10, v. 12.

ligion y de inocencia de costumbres. La morada de su corazón que el espíritu inmundo había ensuciado, se purificó con el fuego. Mas hoy el espíritu de las tinieblas, sostenido de una legión de sus mas perversos ministros, ha vuelto á entrar en su habitacion antigua, y la ha desfigurado de tal suerte, que los hijos son mas corrompidos y malos que sus padres, y se muestran menos capaces de enmienda que jamás fueron ellos. Mala fué esta generacion en el desierto, cuando á la vista del mismo Dios cuya Majestad se dejaba sentir entre la espesura del humo, los truenos y relámpagos sobre la eminencia del monte, se atrevió á idolatrizar á la falda de la misma montaña: mala cuando murmuró contra Moisés y contra Dios mismo en el propio desierto bañado aun con la sangre de sus hijos; mala, cuando por ella fueron creidos los exploradores que decian mal de la tierra de promision. Pero fué peor cuando poseionados ya de la tierra prometida, antes de la venida de Cristo sacrificados sus hijos á los demonios; y fué incomparablemente peor cuando después de venido Jesucristo al mundo lo crucificó entre los ladrones haciéndole morir afrentosamente en la cruz.

Este modo de reconocerles tan modestamente oclándoles en cara toda la ingratitud de que estaban llenos, muy superior en malicia á la que dominado el corazón de sus padres, representaba peregrinamente á los doctores y maestros de la ley, cuyos errores y escándalos pervertian sobremañera al pueblo; y cuanto mas parecida era la pintura, tanto mas merecian sufrir verla colocada en mayor publicidad; ellos debian sufrir una tan grande mortificacion por causa de la horrible ingratitud con que correspondieron á los dones y gracias que antes habian recibido. Con lo que deben atender tambien los cristianos, que son muchos mayores y mas graves los crímenes que se cometen después del bautismo ó la penitencia, porque es menos malo no haber conocido el camino de la verdad, que despreciarla ó hacer poco caso de ella después que se conoció; ó mas claramente dicho, es mucho mas leve y perdonable cometer un pecado por ignorancia, que con ciencia cierta de que se obra una maldad; y será mucho menor la venganza que tome el Señor contra los que pecan por ignorancia, que la que toma contra los que pecan por pura malicia ó por un cierto y seguro desprecio de la gracia. Lla-

gas una y otra vez desgarradas, si no se vuelven enteramente cancerosas, son por lo menos de mas difícil curacion.

Bien deseaba Jesús que los escribas y fariseos concibiesen un justo horror á la ciega dureza y obstinacion que tanto los dominaba y que contra ella se precaviesen tambien las almas de tantas turbas dóciles y sencillas que iban en pos de él y le seguian con tierna y candorosa fe; y mientras los primeros permanescian como inmóviles porque no sabian responder una palabra á este discurso tan lleno de expresion y viveza que el Salvador habia pronunciado; y los otros moviéndose poseidos de diferentes afectos, se aprestaban para ir en su seguimiento: hallándose todavia en el mismo paraje donde habia libertado al poseido, mudo y ciego, cuyo milagro ocasionó las blasfemias de sus enemigos, y la severa y pública correccion que se vió precisado á dar á su impedida, se habian obstruido tan enteramente las entradas y avenidas de la casa que nadie podia ni aun acercarse á ella, cuando he ahí que llegó desde Nazareth á Cafarnaum la madre del Salvador acompañada de sus sobrinos, esto es, de los hijos de las hermanas de su purísimo Esposo san José, que comunmente se llamaban hermanos de Jesús, llevados todos y mas particularmente su benditísima Madre en alas del amor y de un vivísimo deseo de verle y hablarle.

Es muy digna de admirar la sin par y ejemplarísima modestia de aquella virgen prudentísima que se queda fuera de la casa sin valerse de la autoridad de madre para no interrumpir la palabra del Hijo, ni esbar á perder el fruto que podia hacer en el corazón de los que le oían; y así fué que encargaron á algunas personas lo dijessen que su madre y hermanos que estaban fuera deseaban hablarle. Muchos de los preschites se tomaron la pena de trasladar esta noticia á Jesús; pero unos se lo decian para tentarle, asecharle y explotar su voluntad, á ver si dominado por los afectos de la carne dejaba ó interrumpia la predicacion, á fin de tener con ello un fundado motivo para negarle la divinidad y decir que era un puro hombre nacido y pegado á las afecciones de la carne, y para que conociendo el pueblo que tenia padres y hermanos carnales no le tuviesen por Hijo de Dios, porque Dios no engendra carnalmente á nadie; y en el caso de que esto no hiciera, es decir, no dejase la predicacion,

tener así mismo motivo de calumniarle por ello, diciendo: No tiene este la virtud que debe tener todo hombre justo; fuera está su madre que debe ser honrada y respetada; allí están sus hermanos á quienes la naturaleza y la ley mandan amar; y siendo tan vergonzoso hacerlos esperar fuera, allí los tiene entretenidos sin mandarles que entren. ¿Y este es el que predica la observancia de la ley, y tan abiertamente la quebranta?

No sabian los que así pensaban cuánto mas digno era de Cristo el deseo de obedecer á Dios su Padre, que el amor de la sangre. El diablo habia observado bien [1] que él persuadia eficazmente al pueblo ser Hijo de Dios, cuando sin rebozo le habia dicho que el que le hablaba y enseñaba era mas que Salomon; y temeroso de verse abandonado de todos si Jesús llegase á persuadir al pueblo que era Hijo de Dios, se valió de la presentación de su madre y primos para oscurecer todo el prestigio de su divinidad. Vino pues alguno hecho el abogado del diablo, hablando por una boca humana palabras verdaderamente diabólicas, diciendo: *He aquí que tu madre y tus hermanos se hallan fuera deseando hablarte.* Como si dijera: ¿Por qué te glorias ¡oh Jesús! de haber bajado del cielo, siendo así que tienes raíces en la tierra? Allí están tu madre y tus hermanos. No puedes ser Hijo de Dios, pues te engendraron los hombres. No puedes negar que eres hijo de esa mujer, la naturaleza te convence. . . . Hasta aquí el Crisóstomo. Jesús empero que de todo se aprovechaba para enseñar sólidamente á todos los que le seguian, y que para lograr sus intentos descubria siempre con la mayor facilidad los misterios escondidos en las palabras mas triviales que ellos no comprendian, les dijo: ¿Qué es lo que decís, y de quién me hablais? ¿Qué entendéis por mi madre y mis hermanos?

No podian los circunstantes contestar á Jesús, y conociendo su Majestad la turbacion de que se habian poseído, les añadió: A vuestro juicio apelo para que me digais quiénes son los que yo amo con igual afecto, y aun mayor al que tienen los hombres á sus parientes mas cercanos, y á aquellos mismos de quienes recibieron el ser? Dicho, volvió los ojos y extendió la mano sobre sus apóstoles y so-

[1] Div. Crisostom. Hom. 25 in Math.

bre algunos discípulos que tenia cerca de sí, y señalando á esto dijo á los otros: Ved aquí á los que yo llamo mi Madre y mis hermanos, porque yo los amo como los buenos hijos aman á sus padres y como los hermanos deben amarse. En este sentido se pueden comunicar el nombre de mi Madre, de mi hermano y de mi hermana, á cualquiera que procura saber con cuidado la voluntad de mi Padre y la pone por obra. No dió Jesucristo esta respuesta como despreciando la generacion de la carne y de la sangre, ni como quien se avergüenza de haber sido concebido, sino para manifestar cuánto aventaja y es preferible la cognacion espiritual á la carnal; dando después razon de su dicho, añadió: Y no creais que solo entran en este parentesco y cognacion mis discípulos, sino que tambien cuento en él todos los fieles y justos; estos son mi Madre y mis hermanos. Todo aquel que de corazon, palabra y obra, con sus preceptos, consejos y ejemplos, hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, este es mi hermano, mi hermana y mi Madre; mi hermano y mi hermana, porque soy Hijo de Dios, y mi Padre me dió potestad para hacer hijos suyos á todos los que creen en su nombre. El que se hace hermano de Cristo creyendo en él, se hace tambien como su Madre, predicándole, anunciándole y engendrándole en el corazon de los prójimos con sus doctrinas y ejemplos; así que los que son hijos y herederos de Dios por la gracia, se hacen hermanos, madres y herederos de Cristo, que es Hijo de Dios por la naturaleza, y á ellos llama hermanos y madre, porque á ellos ama con el amor de hermano verdadero y de hijo bueno [1].

No negó á su Madre, dice san Jerónimo [2], porque no creyese en sus enemigos que habia nacido hijo de algun fantasma; pero prefirió los apóstoles á sus propios parientes para darnos á conocer que debemos preferir el amor de la virtud y el cumplimiento de la voluntad de Dios, á todos los respetos de la carne y de la sangre. Ni tampoco reprocha imperiosamente su madre á sus parientes, sino que manifiesta que la union de las voluntades por Dios vale mas á la presencia divina, que la que se hace solamente por consideraciones puramente carnales [3]. Así, segun costumbre santa, enseñó el

[1] Div. Crisostom. Hom. 45 in Math.

[2] Div. Hieronim. in cap. 12 Math.

[3] Div. Ambros. lib. 8 in Lucam.

Señor en esta ocasion á las turbas que le seguian, este documento tan interesante; y trasfiriendo á un sentido espiritual y moral lo que se decia en otro material y humano, se le vió practicar lo que antes habia dicho. El que ama á sus padres mas que á mí, no es digno de mi amor y cariño. Respetaba y amaba á su Madre santísima, mas que hijo alguno pudo respetar ni amar jamás á la suya propia; pero creyó que á la sazón no era tiempo ni lugar de manifestar su afecto. No queria tantos testigos de una inclinacion legitima, de la qual el pueblo á quien instrua no pudiese sacar algun fruto para su edificacion. Aprovecháronse en efecto las turbas de la instruccion del Salvador y admitaron su conducta; pero esto no impidió que se tuviese todo el respeto y consideracion que se merecian las personas que desde tan lejos habian ido á buscarle. La noche siguiente se retiró, se deshizo la asamblea y Maria santísima y sus sobrinos pudieron conferenciar largamente con el Señor.

Con el amor pues con que Jesucristo manifestó en esta ocasion amar á su Madre y á sus parientes, debemos nosotros amar los nuestros. Les amaba, no porque eran tales, sino que por mas que los otros se empeñaban en hacer la voluntad de su Padre: así se ve que aquel es pariente mas cercano que Cristo, que es mejor; porque como asegura san Gerónimo [1], no distingue su majestad sus parientes por la sangre y por los sexos, sino por los hechos; y no el grado mas cercano es el que acepta el Señor, sino el mas alto en virtud y santidad [2]. No confie por tanto ninguno en la proximidad al trono por la rama de su nobleza si no tiene bastantes virtudes para merecer. Una sola es la verdadera nobleza, y consiste en hacer la voluntad de Dios: esta es la mejor y la mas principal; ella sola á Dios nos acerca, con él nos une y de tal manera con él nos estrecha, que no permite nos separemos jamás.

Aprovecháronse las turbas y todos los circunstantes de la doctrina de Jesucristo, y quedaron tan admirados de su conducta, y de la prudencia y santidad que en sus palabras y en sus obras resplandecia, que desosos de congraçarse la voluntad del Señor, hicieron paso á Maria santísima y á sus sobrinos, y tuvieron ocasion y li-

[1] Div. Hieronim. Id.  
[2] Div. Gregor. Ep. 32.

bertad de hablarle todo el tiempo que quisieron; pero sin poder penetrar ninguno de los que allí estaban el motivo de esta conferencia y visita. Créese con algun fundamento, que asustados los parientes de Jesús por la gran conspiracion que los escribas y fariseos iban formando contra su Majestad, solicitaron el que volviese á su patria, porque convencidos ya sus parientes de su santidad y justicia, parecia habian tambien mudado de opinion acerca de su persona; y es lo cierto que aunque el Salvador tuviese bien distintos motivos para volver á su patria, de los que sus propios parientes podian figurarse, regresó allí poco tiempo después de esta entrevista con su tierna y amantísima Madre.

#### ORACION.

*Dulcísimo Señor y maestro mio Jesucristo, concédeme para bien de mi alma el signo o señal de tu divina gracia que me arrebató aquel antiguo y gran dragon, haciéndome cometer tantas culpas y pecados. Por tu misericordia, Señor, librame de sus garras. Haz que lloro y me arrepienta de las culpas pasadas y que no cometa otras nuevas. Seca en mi corazon el humor de la concupiscencia, para que el espíritu malo no pueda tener descanso en él; para que cuando yo le barra con las escobas de la confesion, pueda después adornarle con las hermosas alhajas de las virtudes y no le hallé aquel vacío y le ocupe otra vez. Concédeme tambien que viva tu palabra creyendo por la fe, y que la guarde cumpliéndola con mis obras; y guiándome tú permanezca siempre unido á tu voluntad, cumpliendo tus preceptos, siguiendo tus consejos é imitando tus ejemplos, á fin de que logre un día ser contado entre los hijos y herederos de tu reino. Amen.*

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XII de san Mateo, desde el versículo 38 al 50, ambos inclusive.

La Iglesia lo usa como propio de la feria IV después de la Dominica primera de cuaresma; dice así:



EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA IV, DESPUES DE LA  
DOMINICA I DE CUARESMA.

*San Mateo, cap. XII, vs. 38 al 59.*

En aquel tiempo dijeron á Jesús algunos de los escribas y fariseos: Maestro, deseamos verte hacer algun milagro. Mas él les respondió y dijo: Esta raza mala y adúltera pide un prodigio; pero no se le dará el que pide, sino el prodigio de Jonás profeta. Porque así como Jonás estuvo tres dias en el vientre de la ballena, así el hijo del hombre estará tres dias y tres noches en el corazon de la tierra. Los ninivitas se levantarán en el dia del juicio contra este pueblo y le condenarán, porque ellos hicieron penitencia á la predicacion de Jonás, y he aquí uno que es mas que Jonás.

La reina del mediodia se levantará en el juicio contra este pueblo y le condenará, porque vino de las extremidades de la tierra para oír la sabiduria de Salomon, y he aquí uno que es mas que Salomon. Cuando el espíritu inmundo ha salido del hombre, anda por lugares áridos buscando donde hacer asiento y no lo encuentra. Entonces dice: Tornaréme á mi casa de donde salí. Y al volver la encuentra desocupada, barrida y adornada. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando habitan allí, viniendo á ser el último estado de aquel hombre peor que el primero. Así sucederá á esta raza perversísima. Estando aun él hablando al pueblo he aquí su Madre y sus hermanos; estaban fuera y querian hablarle. Dijo uno: Mira que tu Madre y tus hermanos están fuera preguntando por tí. Pero respondiendo él al que se lo decia, replicó: ¿Quién es mi Madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo la mano hácia sus discípulos, dijo: He aquí mi Madre y mis hermanos. Porque cualquiera que hiciera la voluntad de mi Padre que está en el cielo, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.

## CAPITULO XXIII.

DE LAS PARABOLAS DE JESUS A LAS TURBAS Y A SUS DISCIPULOS.

No es difícil de comprender que Jesús tuviese no solo admiradores de su doctrina y milagros, sino muchos miles de seguidores que corriesen en pos de él, atraídos por la suavidad y eficacia de sus palabras, lo asombroso de sus portentos, y por el deseo de alcanzar alguna parte en sus misericordias, puesto que nada gana en el mundo mas partidarios y amigos que el hacer beneficios, aunque la gratitud y buena correspondencia en muchos solo dure el tiempo de recibirlos. El corazon amantísimo del Salvador no tenia límites en su caridad y su celo no menos ardiente que aquella los desconocia tambien; por esto no quiso dejar á Cafarnaum, de donde se aleja por algunos dias, y donde habia una multitud de personas que habian venido resueltamente para oírle de todas las ciudades de la provincia, sin repartirles el pan de la divina palabra; pero como la casa donde moraba era pequeña para tanta gente que deseaba instruirse, se marchó con sus discípulos á las orillas del mar, siguiéronle efectivamente las turbas y se preparó para pescar de en medio de las aguas los hombres que existian en la tierra; pues era tan grande la multitud, que para no ser oprimido le fué preciso entrar en la barca que le sirvió de cátedra majestuosa para enseñar.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA IV, DESPUES DE LA  
DOMINICA I DE CUARESMA.

*San Mateo, cap. XII, vs. 38 al 59.*

En aquel tiempo dijeron á Jesús algunos de los escribas y fariseos: Maestro, deseamos verte hacer algun milagro. Mas él les respondió y dijo: Esta raza mala y adúltera pide un prodigio; pero no se le dará el que pide, sino el prodigio de Jonás profeta. Porque así como Jonás estuvo tres dias en el vientre de la ballena, así el hijo del hombre estará tres dias y tres noches en el corazon de la tierra. Los ninivitas se levantarán en el dia del juicio contra este pueblo y le condenarán, porque ellos hicieron penitencia á la predicacion de Jonás, y he aquí uno que es mas que Jonás.

La reina del mediodia se levantará en el juicio contra este pueblo y le condenará, porque vino de las extremidades de la tierra para oír la sabiduria de Salomon, y he aquí uno que es mas que Salomon. Cuando el espíritu inmundo ha salido del hombre, anda por lugares áridos buscando donde hacer asiento y no lo encuentra. Entonces dice: Tornaréme á mi casa de donde sañí. Y al volver la encuentra desocupada, barrida y adornada. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando habitan allí, viniendo á ser el último estado de aquel hombre peor que el primero. Así sucederá á esta raza perversísima. Estando aun él hablando al pueblo he aquí su Madre y sus hermanos; estaban fuera y querian hablarle. Dijo uno: Mira que tu Madre y tus hermanos están fuera preguntando por tí. Pero respondiendo él al que se lo decia, replicó: ¿Quién es mi Madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo la mano hácia sus discípulos, dijo: He aquí mi Madre y mis hermanos. Porque cualquiera que hiciera la voluntad de mi Padre que está en el cielo, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.

## CAPITULO XXIII.

DE LAS PARABOLAS DE JESUS A LAS TURBAS Y A SUS DISCIPULOS.

No es difícil de comprender que Jesús tuviese no solo admiradores de su doctrina y milagros, sino muchos miles de seguidores que corriesen en pos de él, atraídos por la suavidad y eficacia de sus palabras, lo asombroso de sus portentos, y por el deseo de alcanzar alguna parte en sus misericordias, puesto que nada gana en el mundo mas partidarios y amigos que el hacer beneficios, aunque la gratitud y buena correspondencia en muchos solo dure el tiempo de recibirlos. El corazon amantísimo del Salvador no tenia límites en su caridad y su celo no menos ardiente que aquella los desconocia tambien; por esto no quiso dejar á Cafarnaum, de donde se aleja por algunos dias, y donde habia una multitud de personas que habian venido resueltamente para oírle de todas las ciudades de la provincia, sin repartírles el pan de la divina palabra; pero como la casa donde moraba era pequeña para tanta gente que deseaba instruirse, se marchó con sus discípulos á las orillas del mar, siguiéronle efectivamente las turbas y se preparó para pescar de en medio de las aguas los hombres que existían en la tierra; pues era tan grande la multitud, que para no ser oprimido le fué preciso entrar en la barca que le sirvió de cátedra majestuosa para enseñar.

San Crisóstomo [1] se empeña en averiguar el motivo por qué Jesús subió en esta ocasión á la nave, y dice: Subió Cristo á la nave para no tener á sus espaldas persona alguna, sino para tener á su presencia todos sus oyentes; para que le oyese el pueblo, y oyéndole se deleitase su oído, y viéndole se alegrase su vista. El venerable Beda añade [2]: La nave significa la Iglesia que el Señor había de edificar en medio de las naciones, desde cuyo centro su voz había de resonar en todas ellas por la predicacion de los apóstoles; por cuya razon se hallaban en el barco juntamente con el Señor que los había de enviar; y como la enseñanza que ellos habían de esparcir por todo el mundo era el reino de los cielos ó el reino de Dios, esto es, el establecimiento de la nueva Iglesia compuesta indistintamente de judíos y gentiles, ó por mejor decir, de extrangeros antiguamente idólatras, puesto que los hijos del pueblo santo por su obstinada adhesión á las preocupaciones de su nación serian casi en su totalidad excluidos, propuso el Señor á las turbas cuatro parábolas diversas, hablándoles segun la costumbre del tiempo y del país y muy propias para sanar los distintos males á que están sujetas, mas especialmente las diversas condiciones de los hombres, á fin de que las medicinas fuesen proporcionadas á la multiplicada variedad de los males de que cada una de ellas adolece.

Tampoco había en las turbas una sola voluntad, como observa san Jerónimo [3], por lo que era preciso hablarles con varias y diversas parábolas, para que segun la diversa aplicacion que de ellas pudiera hacerse recibiesen tambien varias correcciones; pues así como á unos gustan las comidas picantes ó saladas, y á otros mas lenes y suaves, á fin de que cada uno reciba el alimento que necesita, segun la naturaleza de su estómago. Es cierto que para la clara inteligencia de ellas necesitaba una alma sincera y un corazón puro, cuyas cualidades eran bastante raras entre las personas que se hallaban presentes y Jesús deseaba con mas ansia instruir. Tambien era preciso llevar mucha desconfianza de su propio juicio y resolverse á pedir con humildad al predicador la inteligencia de las co-

[1] Div. Crisostom. Hom. 25 in Math.

[2] Ven. Bed. in cap. 6 Joann.

[3] Div. Hieronim. in cap. 13 Math.

sas que no se comprendieron bastante, como así lo hicieron los apóstoles, pidiendo á Jesucristo con la mayor humildad la explicacion de lo que no entendian, la que el Maestro divino les otorgaba siempre con la mayor benignidad; pero esta humilde peticion era lo que mas resistía la soberbia de los fariseos; así se vieron estos entregados á la mas negra ceguedad del entendimiento y á la mayor dureza del corazón, mientras los otros iluminados con el espíritu de la verdad, que con su muerte les mereció el divino Maestro, ilustraron y aclararon mucho en sus entendimientos para provecho suyo y nuestro, las noticias y conocimientos que recibian al tiempo de la instruccion, aunque es fuerza advertir que no les dió Jesús todas las instrucciones en parábolas, sino muchas, mezclando las cosas claras con oscuras, para llevarlos desde la inteligencia de las que entendian, á la de aquellas mas oscuras y que no entendian.

En estas cuatro parábolas colocó el Señor el ensayo majestoso de la Iglesia que fundaba, desde el principio hasta el fin; esto es, desde la misma predicacion de Jesucristo hasta el fin del mundo. En la primera tomó la similitud de la semilla que se confía ó arroja á la tierra por la mano del sembrador, cuya cuarta parte es tan solamente la que da fruto: en ella se simboliza ó denota la predicacion de Jesucristo y la de los apóstoles que predicaron indistintamente á los judíos buenos y malos; siendo así comparativamente los menos los que creyeron, porque sus tres cuartas partes quedaron en la infidelidad. El labrador, dijo, arroja el grano sobre la tierra; y aunque lo distribuye con la mayor igualdad, una parte de él salta al camino público, es pisado de los que pasan, acuden las aves del cielo y se lo comen. Otra parte cae sobre un terreno pedregoso donde encuentra poca tierra, y aunque nace, se muere luego; pues no teniendo labor profunda y aumentándose la sequedad por los ardores del sol, como echó poca raíz y no pudo recibir alimento de la tierra, se secó y se murió. Otra tercera parte cayó entre malezas y espinas; allí brotó, creció y se fortaleció; pero como no se tuvo cuidado de desmontar y limpiar la tierra, crecieron las espinas con mayor prontitud y llegaron á ser tantas, tan unidas y compactas, que la buena semilla se sofocó y pereció sin dar fruto. La cuarta tercera parte por fin cayó en tierra bien preparada y de buena miga y sustancia;

nació, creció y maduró á su tiempo, y se recogieron de ella treinta, sesenta, y aun ciento por uno.

Parece que los apóstoles no quedaron bastante satisfechos con la indicacion de esta parábola misteriosa, aunque el Salvador la habia prometido con tanta claridad y sencillez, y como para llamar la atencion de los escribas y magistrados dijo en alta voz: *El que tenga oídos para oír, que oiga*; dando así á entender á todos que la sublimidad de la doctrina propuesta pedia un serio y detenido exámen, que no bastaba atenerse al sentido material de la letra, ni á un exámen superficial, sino que era necesario profundizarla para sacar provecho de ella. Los apóstoles que tenían mas confianza con Jesús, y que conocian que no comprendiendo ellos el sentido de la parábola, lo comprenderian menos los demás, preguntáronle animados del mayor celo: ¿Cómo era que habiendo juntado tanto gente con el objeto de instruirlos, no les hablaba sino por enigmas? A lo que contestó Jesús: Yo hago una muy notable diferencia entre vosotros y los demás que no escuchan. Yo os contemplo movidos de un sincero deseo de saber las verdades saludables, y Dios os concede el privilegio de oír al descubierto los misterios de su reino sobre la tierra; y si no estais del todo capaces para ello, ya se acerca el tiempo en que recibiréis luz de lo alto; pero este privilegio no es común á todos los hijos de Jacob que se juntan al redor de mí, pues los mas de ellos están resueltos á abandonarme con la misma facilidad que se me juntaron, tan luego como mi doctrina no les agrade sus gustos; para ellos no puede haber mas que doctrinas enigmáticas y lecciones oscuras. Oíd por tanto con intencion recta, creed por el testimonio que mi Padre da de mí, y esperad con fe al espíritu destinado á ilustrar á los hombres de buena voluntad; y á proporcion de vuestros esfuerzos se os comunicarán nuevos grados de inteligencia y luces mas extensas. Pero al que escucha con perversidad de corazón mis lecciones, lo sucederá todo lo contrario; y en lugar de adquirir nuevas luces, se verá mas ofuscado su entendimiento.

Me habeis preguntado á mas ¿por qué uso de parábolas y enigmas? ¿No sabeis que hablo á hombres que ven y no quieren ser ilustrados? ¿que oyen y no quieren reflexiones? ¿que entienden y no quieren comprender? ¡Ah! si no fueran tan duros de corazón,

bien pronto comprenderian la mudanza que ha de hacer en el mundo mi doctrina en perjuicio de sus miras ambiciosas y detestables; abjurarían sus falsas creencias y se convertirían, mas ellos están obstinados; levantarán contra mí tempestuosas sediciones y se cumplirá contra ellos el dicho de Isaías: *Vosotros oíreis con vuestros oídos y no entenderéis, vereis con vuestros ojos y no conoceréis. ¿Y á quién ha de ser? Al Mesías prometido en la ley, al Mesías suspirado y deseado: se os manifestará con señales incontestables, le vereis y no querreis conocerle. Si; el corazón de este pueblo está endurecido; han tapado sus orejas y cerrado sus ojos; sordos y ciegos voluntarios, temen ver y entender por el temor de que los mueva y convierta; bien hallados en sus males, desprecian todo género de remedio. Vosotros empero sois bienaventurados y dichosos, porque veis con vuestros ojos y oís con vuestros oídos; muchos profetas y justos desearon ver y oír lo que vosotros veis y oís, y no lo lograron, mas supuesto que no entendéis mi parábola, oíd su explicacion.*

Su primera explicacion ó interpretacion es de la semilla y del Hijo de Dios, que saliendo del seno del Padre, esto es, del seno de la invisibilidad, se hizo visible al mundo y sembró en él la semilla de su divina y celestial doctrina, la que cayó en cuatro lugares, á saber: tres partes de ella en tierra mala y que no podia dar fruto, y la otra parte en tierra buena, que daba fruto de tres maneras multiplicado. Sembró muchas especies de semillas. Primero con el dedo de su omnipotencia sembró en el corazón de todos los hombres los preceptos de la ley natural; tales son aquellos de que: *No quieras para los otros lo que no quieras para ti; y haz á los otros lo que quieras que hagan por ti.* Por medio de los ángeles sembró después las revelaciones; por Moisés la ley escrita, esto es, los preceptos y las prohibiciones; por los profetas las promesas y las amenazas; y últimamente á sembrar por sí misma la ley evangélica en el corazón de todos los fieles. Ni deja tampoco de sembrar en nuestras almas, no solo cuando enseña, sino tambien cuando siembra en ella la buena semilla de las virtudes. Salió pues del seno de su Padre [1], el que está en todas partes, no como el cuerpo que ocupa un

[1] Div. Crisostom. Hom. 45 in Math.

lugar, sino el que todo lo lleva con su poder, majestad y grandeza: y acercóse mas á nosotros por el vestido de nuestra carne en la encarnacion para sembrar su semilla al que tiene el oficio de sembrar la ciencia y la gracia por la palabra de su doctrina; porque él es el verdadero sembrado, y el predicador es solo la experta de aquel: y mientras siembra, esto es, mientras indiferentemente espere su doctrina, con una parte de la semilla en medio del camino, que es el corazón engañado por los errores, vago por la lascivia, pisado por las sugerencias de la carne, y no solo estrujado por las varias tentaciones de los vicios y sugerencias de los demonios, como el grano que está expuesto en medio del camino, sino mas pisado y estrujado aun por las concupiscencias de la carne; y con el rápido y frecuente tránsito de tantas y tan terribles oleadas, la semilla de la divina palabra se pisotea, se desprecia y no nace; y si nace no da fruto, porque echa muy pocos raíces. Las aves del cielo, esto es, los espíritus aéreos, que son los demonios, que se llaman aves del cielo, ya porque habitan ó porque vagan por los aires, ó ya por la velocidad con que vuelan y discurren por todas partes para provocar todos los hombres al mal, se lo comieron; esto es, lo arrebataron con la perfidia de sus sugerencias, impidieron su fruto y así arrancaron del corazón no solo la palabra, sino hasta la memoria de la palabra, á fin de que ni la memoria, ni el entendimiento se acuerde jamás de lo no quisieron practicar, ó impidido el fruto de la divina palabra, se impide la fe, y de este modo no sean salvos. Estos son los que oyen, pero no se aficionan á la divina palabra porque el demonio la arranca de su corazón.

Las palabras de Dios se han de conservar en el corazón; y así como la semilla se oculta y esconde bajo la tierra, así tambien aquellas se han de esconder y guardar en la memoria para que fructifiquen; pues de la misma manera que se desespera de la salud corporal de un enfermo, que por el vicio del estómago no retiene en él los alimentos, así tambien es muy de temer el peligro de la muerte y condenacion eterna de aquellos que no retienen ni conservan en su memoria las palabras de vida que son el alimento del alma, mediante el que se conservan y aumentan los frutos de la justicia que la aseguran la eterna. Al oír esto debe humillarse la fe de nuestro co-

razon, y adorar con todo reudimiento al Verbo, que es la palabra eterna del Padre, sembrado en el suelo por la encarnacion como la primera semilla de la humana salud, y hecho sembrador de la palabra omnipotente que da vida al mundo. Esta palabra cae en muchas ocasiones sobre un corazón de piedra, duro, protervo, rebelde y obstinado por la soberbia; y aunque nace al parecer abrasado luego por los ardores de la tentacion, pierde el verdor de la fe porque no tenia profundas raíces; esto es, la estabilidad de la paciencia, ni el humor de la devocion y de la gracia. En los corazones duros nace algunas veces con prontitud la semilla de la compuncion cuando oyen las amenazas de la justicia eterna; pero enrudeciéndose el viento de la persecucion ó de cualquiera otra tentacion y tribulacion, luego se marchita y seca. Estos son los que oyen y de algun modo se aficionan; pero como no se proponen hacer lo que oyen y se les dice que deben hacer, no echa fruto la semilla divina, porque le falta la raíz del santo propósito: son como árboles trasplantados, y como les falta la firmeza de la raíz, degeneran con mucha facilidad y convierten en mala sustancia la buena que recibieron; esta degeneracion les causa la muerte; para que produzcan frutos enteramente contrarios debe oírse con atencion, con docilidad, con hambre y sed de la verdadera justicia. La semilla es esencialmente buena; no falta quien la siembre; ¿quién tendrá la culpa de que no fructifique?

¿Pero cómo ha de fructificar esta semilla en los que tienen abierto su corazón á los afectos del mundo, que son las uñas del diablo? Depositario es el hombre de las verdades eternas que oye, de las inspiraciones santas que recibe, de los deseos, de los impulsos que le llevan á Dios; si no abraja estas semillas, si no las fomenta, si no clama á Dios para que las guarde y las haga fecundas, ¿quién le ayudará y salvará en el día de la tentacion y desgracia? Seguramente que será cierta su ruina y perdicion eterna, nada le servirá de disculpa en el tribunal de la justicia divina.

Cae esta semilla jun o al camino, porque cae en el corazón de los cristianos que están dentro de la Iglesia, sus creencias empero, sus afecciones, sus costumbres y sus deseos, están, si no enteramente dentro del camino de los gentiles, muy lindamente con ellos; porque la impiedad los afecta, la incredulidad los domina, la licen-

cia los devora, y en nada viven con arreglo al espíritu de la Iglesia: dicen que moran dentro de la fe, y siguen todas las máximas y costumbres del gentilismo; y así la semilla buena y santa es devorada por la rapacidad de los vicios, conculcada por los afectos inmundos, que son los uñas con que el diablo las arrebató. Depositadas en un corazón abierto, son arrebatadas por la impetuosidad de los vientos de las tentaciones: no tienen abrigo que las fomente y abrigue, y en vez de clamar á Dios para que las guarde y fecunde con el rocío de la divina gracia, vuelvenle ingratos la espalda, corren al bando opuesto y le abandonan enteramente.

Destízase otra entre las espinas y tampoco da fruto; porque así como las espinas chapán la sustancia del campo, roban al grano parte del rocío y de la lluvia, y se le atraviesan en el camino para que no medre, así los cuidados del mundo, la ambiciosa codicia de atesorar riquezas, la afanosa solicitud en conservar las adquiridas, y el goce indebido de los deleites, roban todas las atenciones y afectos del corazón, impiden el favor del cielo, debilitan el fervor del espíritu y no dejan prosperar la celestial semilla. Las riquezas y los honores son espinas; porque así como estas lastiman y ensangrientan el cuerpo, así aquellas lastiman y hieren terriblemente el corazón que llegan á dominar: y formando entre sí una torpe alianza, que complica siempre mas y mas la esperanza de adquirir, el temor de perder y el afán de conservar, obstruyen enteramente el paso á las creces de la virtud que queda por ellas enteramente sofocado. Espinas buscan para su campo y no espigas para su granero, los avaros, los soberbios, los vengativos, los idólatras y los incrédulos, los blasfemos y sacrílegos, los lascivos y adúlteros, los matadores injustos, los pérfidos calumniadores y todos los amadores del mundo, porque el amor del mundo es viento que seca y abrasa, y fuego que consume y esteriliza; por consiguiente el corazón donde entra queda enteramente estéril.

Otra comparación no menos hermosa sale de la elocuente pluma del Crisóstomo [1]: Así como la oveja no puede pasearse mucho entre las zarzas, ó sin enredarse enteramente entre las espinas, ó al me-

[1] Div. Crisostom. Hom. 32 oper. imperfect.

nos sin dejar entre ellas una gran parte de su lana, así tampoco nadie puede entregarse á los afanes y cuidados del mundo, ó sin perder enteramente entre ellos los afanes fervorosos del espíritu, ó sin debilitarlos de tal manera que lleguen al estado de verdadera nulidad. Hay una muy notable diferencia entre los vicios y las virtudes: aquellos son espinas que de cualquier parte que vengan se clavan en el corazón, le punzan y le detienen, y las virtudes son perlas, margaritas preciosas, que siempre llenan de gozo y contento el espíritu del que las mira y posee.

Espinas son los cuidados y riquezas del mundo, que hieren y lastiman el alma, en el mundo mismo, en el juicio y en el infierno. En el mundo la punzan por tres maneras, á saber, por el trabajo de adquirir las, por el temor de conservarlas, por el dolor que causan cuando se pierden. En el juicio la punzarán espontáneamente, porque el Señor dirá á los avaros: *Yo tuve hambre y no me disteis de comer; yo tuve sed y no me disteis de beber*; cuyas punzadas serán de tal manera penosas y aflictivas, que obligarán á los mismos reprobos á que deseen su aniquilamiento y completa destrucción, diciendo á los montes y colinas que caigan sobre ellos, para que los cubran y sepulten para siempre. En el infierno atormentarán estas espinas al alma, porque de ellas se encenderá un fuego que por un efecto maravilloso tendrá el poder de abrasarlas eternamente, careciendo de virtud para destruirlas. Es muy digno de notarse el orden con que presentó el Maestro divino estas tres clases de semillas que no fructifican. La primera no nace, sino que estrujada por las pisadas de los transeuntes, es comida de las aves. La segunda nace, pero el tallo que arroja crece muy poco y luego se seca. Y aunque nace la tercera y arroja tallos que crecen, tampoco llegan á dar fruto, porque las espinas los sofocan. La cuarta semilla empero cae en tierra buena que es negra, por el desprecio que tiene de sí misma; crasa, por la abundancia de sus afectos, y muy bien cultivada por el ejercicio práctico de todas las virtudes; y así da el fruto abundante de las buenas obras; por cuyo motivo dice el venerable Beda [1]: En tierra buena es la conciencia de los escogidos, que hace

[1] Ven. Bed. in esp. 8 Luc.

todo lo contrario de las tres anteriores, no solo porque recibe muy liberal y cuidadosamente la semilla que se le arroja, sino porque la conserva con gran solicitud y constancia entre lo próspero y lo adverso, hasta que llega á dar frutos, dando en una parte el fruto treinta veces multiplicado, en otra sesenta y otra ciento, en lo que se representan los tres estados de los fieles, esto es, el de los que comienzan, el de los que aprovechan y continúan, y el de los perfectos.

Son los que comienzan como la tierra, que da el fruto trigésimo, ó como vulgarmente se dice, el treinta por uno, porque conservan estos la fe de la Santa Trinidad, y cumplen fielmente lo mandado en los preceptos del Decálogo. Los que continúan y aprovechan son como la tierra que da el fruto sexagésimo, ó el sesenta por uno: porque á mas de creer y cumplir lo dicho, se ejercitan en obras de misericordia y esparcen por todas partes el fuego de la caridad. Los perfectos están oportunamente comparados á la tierra buena, que da el fruto centésimo ó el ciento por uno, porque guardan y cumplen no solo todos los preceptos de la ley, sino hasta los consejos del Evangelio. Estos grados de incipientes, proficientes y perfectos, lo descubrió mas bien el Salvador con claridad en otra parábola, diciendo: Fructifica la tierra primero yerba, después la espiga, y últimamente el fruto sazonado y maduro en la espiga misma; y estos son los que escuchan con docilidad la palabra de Dios, la meditan con atención, refrescan con frecuencia la memoria de ella, evitan la liviandad y ligereza que disipa el espíritu, la inconstancia que muda el corazón, las pasiones que lo dividen, los objetos engañosos que lo arrastran, los deseos desordenados que lo tiranizan, y llevan con paciencia las tribulaciones que lo purifican. Así se ve fructificar la divina palabra en todas estas tres clases á proporcion de su fervor; así se comprende cómo es que unos no dan mas que el treinta, otras el sesenta y otras el ciento; y así en fin se descubre cómo es que la semilla produce primero la yerba, y creciendo la caña da la espiga; y presenta esta, y ofrece luego en la espiga dorada el fruto sazonado y maduro.

Otras aplicaciones no menos útiles que asombrosas hacen otros padres y doctores de la Iglesia, del multiplicado fruto de esta parábola misteriosa. El fruto centuplicado y centésimo que produce la

semilla santa, es el de los mártires, dice san Agustín [1]; mas por el desprecio de la vida y el deseo ardentísimo de morir por Jesucristo que por la santidad de la misma vida, por mas que no sea fácil concebir esta santidad de vida sin un vehemente deseo de darla por Jesús. El fruto sexagésimo es el de los que conservan la santa virgindad, domando los apetitos de la carne con los rigores de la penitencia. Y el fruto trigésimo es el de los desposados ó el de los que viven unidos en el estado del matrimonio, aunque en verdad tienen una lucha bastante terrible que sufrir para no ser vencidos de la concupiscencia. Así que da el fruto treinta veces mayor el que sufre constantemente una lucha terrible por la conservación de los bienes eternos: lo da sesenta veces mayor el que por la conservación y custodia de los intergo castiga su cuerpo y lo mortifica con azotes y con otras privaciones y castigos; y lo da cien veces mayor el que da enteramente su vida por medio del martirio para unirse con Dios en la eterna. Así Job, antes de su tentación dió el fruto trigésimo conservando la justicia y viviendo justamente en medio de la opulencia; perseverando justo después de la pérdida de sus bienes y de sus hijos, dió el sexagésimo, y dió el centésimo cuando conservó la misma simplicidad de corazón y su nunca desmentida paciencia, insultado por su propia consorte y amigos, llegado de pies á cabeza tendido sobre un muladar [2]. Jesucristo anunciaba su Evangelio y su reino para que fuese entendido de todos, y así no pudo menos de dar á sus apóstoles la explicación correspondiente para la inteligencia de sus parábolas; así es que les dijo por san Marcos [3]: Que no se encienda la antorcha para ponerla bajo el colemín ó para esconderla debajo de la cama; y san Lucas añadió [4]: Que no debia ocultarse bajo alguna vasija, ni cubrirse ó sofocarse su luz con algun velo espeso que pudiera impedir que alumbrase, sino que por el contrario, debia colocarse sobre algun candelero para que alumbrase bien, y todos los que entraban en la casa quedasen iluminados con su luz; que fué lo mismo que decirles: Yo no pretendo, apóstoles míos, que se quede oculta alguna de las verdades que os anun-

[1] Div. August. lib. de vita. Virginitate, cap. 45.

[2] Div. Crisostom. Hom. 52 oper. imperfect.

[3] Marr. c. 4, v. 21.

[4] Luc. c. 8, v. 16.

cio: mi doctrina ha de ser conocida y manifestada al universo. Las acciones que yo hago en particular han de hacerse públicas y llegar á noticia de todos para que sirvan á la santificación del mundo. Esta es mi voluntad, y en su día tendrá su debido cumplimiento. Si penetráis bien lo que os digo, en esto encontrareis una importante profecía, á cuyo cumplimiento bien presto os hallareis en estado de contribuir. A vosotros pues es á quien mas particularmente se dirige toda la fuerza de mis razonamientos y discursos: recoged en vuestro interior con el mayor cuidado todo lo que me oyeis; vosotros sois los elegidos para anunciar mis doctrinas; conservadlas y guardadlas en vuestro corazón; para su inteligencia y explicación recibireis luces de lo alto, las que se os darán según fuere vuestra aplicación y diligencia; pero si esta no fuese correspondiente á las gracias que se os dispense, bien pronto perderéis las que ya juzgáis poseer. Si ya hubiérais recibido mucho como premio debido á vuestra fidelidad, cada día recibiréis mas, porque aquella y el uso que hagais de los dones recibidos, será la medida de las liberalidades de mi Padre. El es tan dadivoso y liberal, que abre los tesoros infinitos de su ciencia y sabiduría á los que las desean, y los reparte con la mayor profusión á los que cooperando con su gracia se esfuerzan para encontrarlos; pero los retira, encierra y esconde de aquellos que dominados por la tibieza ó negligencia, los disipan y desprecian.

Remigio, Theophilacto, y otros varios expositores sagrados, dudan si estas pequeñas advertencias fueron hechas por Jesús á los apóstoles estando ellos solos, ó antes de despedir al auditorio ó concurso que había asistido á la doctrina; pero san Marcos [1] nos induce á creer que se hicieron estando solos el Salvador y sus apóstoles, porque cuando se hallaba con las turbas usaba siempre el estilo figurado que nunca dejó en el discurso de su predicación; siendo doctrina corriente entre todos los historiadores sagrados que el Señor jamás quiso hablar de otro modo á unos hombres indóciles y preocupados, á los cuales la disposición de su ánimo no los hacía dignos ni capaces. De aquí nace al parecer no solo el orden metó-

[1] Marc. c. 4, v. 10.

dico y sublime con que Jesús se elevaba en sus discursos, pasando de una á otra comparación, sino la dulce y agradable violencia con que los atraía, como para forzarlos á creer en el próximo castigo del pueblo judaico, en la reprobación del antiguo culto, en la divinidad de su persona y en el establecimiento de su Iglesia: y como su primera parábola se tomó de una semejanza de la agricultura, que era la ocupación favorita de los judíos y su principal riqueza, continuó su Majestad valiéndose de ella para ulteriores parábolas, en las que quería fundar la explicación de otras doctrinas no menos interesantes.

En una segunda parábola, que es de la zizaña que el enemigo del hombre sembró en la hermosa heredad del gran Padre de familias, describió clara y perfectamente el estado de la Iglesia después de su ascension gloriosa á los cielos y de la muerte de sus apóstoles y discípulos. El reino del cielo, dijo, se ha hecho semejante á un hombre que sembró buena semilla ó buen grano en su campo, y en tanto que dormían los jornaleros vino su enemigo, sembró la noquilla ó zizaña en medio del trigo y se marchó.

Fácil es de conocer que este hombre sembrador del buen grano era el mismo Jesucristo; que aunque era Hijo de Dios desde la eternidad, se había hecho hombre por nuestro amor; y con llamarse hombre quería recordar anticipadamente á todos los hombres sus hermanos, lo que tan misericordiosamente había de padecer por ellos para libertarlos de la esclavitud de la muerte y del pecado. Que por la buena simiente se entienden los hijos del reino, esto es, los que pertenecen á la vida eterna, de que serán participantes en el reino de Dios, puesto que renacieron no de semilla corruptible [1], sino de la incorruptible que es la palabra de Dios vivo, la cual ha de durar por toda la eternidad. Y por el campo en que se hizo esta tan grande sementera, no puede menos de entenderse el mundo todo, en cuya extensión está indicada é incluida la vocación de los gentiles; con lo que se presentaba el mundo todo á los ojos de Cristo como un vasto campo á la vista del sembrador. Por el enemigo, en fin, que entra en el campo mientras el amo y los criados du-

[1] Ep. 1. Pet. c. 1, v. 23.



men, y siembra la zizaña en medio del trigo, no puede menos de conocerse el diablo, enemigo implacable del hombre, por la envidia y por el odio que tiene á Jesucristo; pues considerando á todos los hombres como á la herencia y rebaño del Salvador, quisiera destruirlos á todos por causar algun daño á su dueño.

Con esta dañada intencion siembra entre los fieles cristianos la perversidad y la zizaña de la herejía, que es una yerba negra y mala por la que pueden entenderse todos los vicios y errores que pierden y destruyen el espíritu, así como las malas yerbas pierden y destruyen el trigo, y así como la zizaña se sobresiembró ó entrena en la buena semilla, así la herejía se mezcla entre las buenas Escrituras y se revuelve con ellas; por lo que dice san Agustín [1]: No nacen las herejías ni otras falsas doctrinas que enlazan y derriban las almas y las llevan al profundo del infierno, sino cuando no se entienden bien las Escrituras y cuando con andaz atrevimiento se contradice ó afirma en sentido contrario lo que en ellas es claro y manifiesto.

Con mas particularidad se dice que Jesucristo tiene tres campos propios en que siembra tres maneras de grano ó de pan. El primero es el mundo, en el que sembró el grano de la palabra de Dios y la doctrina de la verdad. El segundo es la Iglesia, en el que sembró hombres fieles que son los hijos del reino celestial, y estos los varones muy santos que son contados entre los hijos del reino. El tercero es el alma: en el alma siembra dos buenas semillas; la primera es la buena voluntad, y esta debe dar fruto de buena obra; la segunda es el conocimiento de sí misma y del mundo, y de Dios nuestro Señor. De su propio conocimiento le nace dolor, como de semilla fructuosa, segun la bella frase del Eclesiástico: *El que ama de ciencia ama de dolor* [2]. Del conocimiento del mundo le nace el temor, considerando que anda el hombre en medio de lazos. Del conocimiento de Dios le nace amor, sabiendo que es el Criador, Redentor y Glorificador. La primera de estas semillas la siembra el Señor en el campo de la voluntad y la segunda en el de el entendimiento; mas el demonio nuestro enemigo siembra zizaña sobre esta

[1] Div. August. Tract. 18 in Joann.

[2] Eccle. c. 1, v. 18.

buena semilla, esto es, errores y malos pensamientos en el entendimiento y propósitos malos en la voluntad; mas esto que el demonio siembra se mata tambien y se destruye de otras tres maneras. La una es el fuego de la contrición; la segunda, cortando la zizaña ó malas yerbas de los vicios en la confesion, y la tercera, es arrancando su raíz por medio de la penitencia ó satisfaccion. Estudiar por tanto debe el cristiano, y procurar que lo que en ella siembra, Dios florezca con santos deseos y produzca abundantes frutos de buenas obras.

Mas como el astuto enemigo cree tener á todas horas franca la entrada en el vedado del corazon, es preciso cercarlo con la valla inexpugnable de la fe, ararlo con el arado de la mortificacion y regarlo con las lágrimas de la compuncion, para que después el Señor lo visite y fecundice con el rocio de la divina gracia; sin lo que es sobremanera temible la mezcla de la mala semilla con la buena, aun en el bellissimo jardin de la Iglesia, que es la heredad escogida y mas privilegiada del Señor; pues desgraciadamente se ven con la mayor frecuencia introducirse en ella los hijos de las tinieblas y mezclarse con los hijos de la luz. Por fortuna empero esta malicia del diablo la convierte Dios en bien de sus escogidos, los cuales con la contradiccion y pruebas duras á que los exponen los malos, se ejercitan en la paciencia, se arraigan en la humildad, crecen en mérito y escarmentan con las ajenas caídas.

No se descubrió por de pronto la traicion del enemigo del hombre; creció la zizaña á la par que el trigo, y fué preciso esperar que arrojara tambien su espiga. De esta suerte suelen estar ocultos ciertos vicios, hasta haber echado raíces en el corazon y dado su fruto; mas entonces es cuando se manifiesta el celo verdadero y el amor ardentísimo por la mayor gloria de Dios. Manifiesta la maldad horrible, se patentizó tambien la fidelidad de los siervos; acercáronse al Padre de familias y le dijeron: ¿Por ventura, Señor, no sembrásteis buen grano en vuestra tierra? ¿De dónde pudo pues nacer la zizaña? ¡Ah! dijo el Señor, fácil es de adivinar.

El enemigo del hombre buscó tiempo y ocasion para sembrarla. Este enemigo es el diablo, porque debajo de la semejanza de la razon humana engañó al hombre desde el principio, lo venció y esclavi-

zó. Los siervos son los padres antiguos, y los cristianos primeros que florecieron en la primitiva Iglesia, los que maravillándose de la obstinada perversidad de los herejes que se levantaron contra ella, llegaron á Dios por la oracion y le rogaron se dignase manifestarles el origen de tanto mal. Oyó el Señor su súplica y se lea reveló que de esto era autor el demonio, permitiéndolo empero el mismo Dios para probar la firmeza y constancia de todos los fieles. Tres semillas perversas y pestilentes sembró el demonio en el corazón del hombre, á saber, la ignorancia, la culpa y la miseria; por lo cual vino del cielo el labrador celestial Cristo Redentor nuestro, y trajo para bien y provecho del hombre otras tres semillas enteramente contrarias, que son, la sabiduría, la gracia y las esperanzas de gloria. Este cultivador eterno, Dios y Señor de todos los hombres, Criador de los cielos y de la tierra, sembró en ella la semilla de la fe y de su doctrina, y el enemigo del hombre sobreesembró errores y maldades de muchas maneras. Sembró Cristo en el mundo paz y caridad fraternal; y sobreesembró el demonio envidia, venganza y mala voluntad. Sembró Dios en el campo de afuera, que es el cuerpo, limpieza, inocencia y pureza; y sobreesembró Satanás liviandades inmundas, carnalidades y torpezas. ¿A quién no hará receloso y cauto la pérdida simulacion con que el astuto enemigo nos encubre sus dañados intentos?

El celo ardiente de los siervos fieles no quedó al parecer satisfecho con esta declaración del gran Padre de familias, y corriéndolo con velocidad hasta el punto que ellos lo creían necesario, le dijeron: ¿Quieres que váyamos y arranquemos estas zizañas ó malas yerbas? No, contestó aquel, no. Guardaos muy bien de eso, no fuese cosa que arrancando la mala yerba desarraigues el trigo tambien. Dejad que crezcan uno y otro hasta el tiempo de la siega; entonces diré yo á los segadores, que cojan primero la zizaña, que la aten en pequeños haces para quemarla, y que recojan después el trigo para mis trojes. El celo que nace de la caridad se presta con mucha prontitud para destruir la obra del demonio: por esto es muy justo se flore con amargura ver cuán pequeño es el número de los siervos, que preciándose de fieles no se aventuran á exponer su honra y su vida para defender la heredad santa del Señor: adviértase

empero que por mas justo que parezca algunas veces este celo, no es siempre conveniente ni oportuno. El tiempo y la sazón de remediar los males solo Dios lo sabe; y el que no impetra para esto las luces del cielo, está muy expuesto á errar, y tal vez á desbaratar los designios de la Providencia, que sufre á los malos, ó para esperar su conversion, ó para ayudar por este medio á la salvacion de los buenos. Y dijo que no queria, para manifestar que toda precipitacion en la administracion de justicia es muy perjudicial y sospechosa. Precipitase la justicia cuando antes no la preceden la correccion fraterna y las amonestaciones saludables, y es dañosa cuando el que debe administrarla es participante en el crimen, y esto es en injuria de la fe y de la Iglesia; sobre lo que debe oirse á san Agustín [1]. Algunas veces se deben tolerar los malos por la paz de la Iglesia; mayormente cuando se teme que podria originarse un cisma por castigarlos como merecen. Por último, es sospechosa la justicia cuando no hay entera certidumbre del delito cometido por ciertas y determinadas personas; y aunque aquel conste indudablemente, si no son por otra parte bien conocidos los autores de él, no deben ser arrancados como la zizaña y entregados al fuego.

Al decir el Padre de familias á sus criados, dejad á la zizaña que crezca con el trigo hasta el tiempo de la siega, fué lo mismo que decirles: Dejad que vivan los malos entre los buenos hasta el fin de los siglos y hasta el día del juicio, entendiéndose precisamente de aquellos por cuya tolerancia no viene daño universal á la Iglesia; pues los herejes públicos y pecadores notorios, deben ser pública tambien y notoriamente castigados. Así da el Señor lugar á los tales criminosos para que hagan penitencia; y á los príncipes y prelados da ejemplos de discrecion y paciencia para que no se precipiten extremadamente en el castigo de los malos, avisándonos al mismo tiempo para que no usurpemos el juicio de las cosas ocultas, sino que lo reservemos para Dios, que da á cada uno segun sus obras. No es tampoco menos digno de reparo y atencion que este mandato del Señor no es contra lo que previene el Apóstol cuando habla del de la correccion de los malos, dice: *Quítad al malo de entre vos-*

[1] Div. August. lib. 3 contra Parmen.

otros; porque el mandamiento del Señor no se entiende sino de los pecadores dudosos; mas lo que ordena el Apóstol se entiende de los públicos y manifiestos, por cuya razón no es bien crean los superiores y prelados que están competentemente autorizados para no remediar con eficacia y celo los males que cunden entre sus súbditos.

Por tres causas espera y sufre Dios que los herejes y los malos hagan voluntariamente penitencia, y permite que no sean castigados con muerte prematura, repentina y acelerada. La primera para que se conviertan si quieren, y en su conversión y después de ella sean ayudados de los buenos. La segunda para animar mas la gratitud de los justos, á fin de que conociendo que son al parecer elegidos y favorecidos con la gracia de Dios, se esfuerzen no solo en perseverar, sino en aprovechar cada día, y cada vez mas para obrar el bien, agrada á Dios y cooperar á la santificación de las almas. Y la tercera es para que aprovechen á los buenos obligándoles á crecer en merecimientos, por las persecuciones que sufren de parte de los malos. Nadie duda que los malos son de sumo provecho á los buenos, porque los atribulan y martirizan; y con esta tribulación y martirio se lima la escoria de las culpas y faltas que hubiesen cometido, y se manifiesta á todos la virtud que antes tenían escondida. Les aprovechan en fin porque los estimulan á trabajar sin descansar en el camino de la virtud; estos estímulos alejan de ellos todo sopor ó pereza, y caminan con mas aceleración hácia la patria dichosa, siendo para ellos ocasion de una gran corona; porque las tribulaciones en que los ponen, no hacen otra cosa sino esmaltar con piedras preciosas las coronas inmarcesibles que en la gloria tienen preparadas; y puesto que los malos aprovechan á los buenos, permite la divina Providencia que vivan con ellos. ¡Admirable paciencia que tiene Dios con todos! ¡Insensato el que no se aprovecha de ella y la imita, conservando la paz y la caridad con su prójimo hasta el fin!

Tanto como tiene de consoladora la doctrina de Jesús manifestada hasta aquí, tiene de espantosa la que después sigue: *Coged primero la zizania y atada en manojos para quemarla.* Este será el mandato del supremo y rectísimo Juez en el día de la siega, que será el del juicio final, y esto se dirá á los segadores, que serán los án-

geles. Segregad los buenos de los malos; colocad aquellos á mi derecha, los otros á mi izquierda. Vengan los primeros á gozar del reino de mi Padre que les está preparado: vayan los segundos malditos al fuego eterno: apartadlos de la compañía de los buenos y sufran esta pena de daño, y no vean mas el rostro de mi bondad; atadlos como haces de la mala zizafia y sean arrojados para siempre á los fuegos inextinguibles, sufriendo eternamente esta pena de sentido. ¡Espantosa será esta siega para los que merezcan ir al incendio y no al granero! ¡Qual faerés, oh hombre! al tiempo de la siega tal serás para siempre. ¡Quieres ser trigo entonces? Procura pues serlo ahora. ¡Quién sabe si ya tuapuó la hoz el segador? ¡Cuántas mieles siega Dios del campo de la vida antes de madurar! No hay edad ni salud que no pueda ser asaltada de la muerte. Y adviértase que no dijo el Salvador que se haría un solo líuz de toda la zizafia, sino que se harían pequeños haces, para denotar que cada uno será castigado segun la manera y medida de su culpa y de su perversidad. Formaránse tambien en el infierno como diversas clases y jerarquias; estarán los soberbios con los soberbios; los avaros con los avaros, los inmundos y sucios con los impuros, los glotonos con los glotonos, para que los que fueron compañeros en la culpa sean atormentados con la misma pena. Pero si bien esta pena será diversa en cuanto sea pena de sentido, por la diversidad de tormentos, será una sola como pena de daño, porque siempre será la evidencia de la vision de Dios. Estas dos penas explicó muy claramente el Señor cuando dijo: *Allí habrá llanto y rechino ó temblor de dientes.* El llanto es indicio de un dolor penoso, por el daño de carecer de la vista de Dios, y el temblor de dientes manifiesta una pasión atormentadora, cual es la que á uno corporalmente aflige; y aunque los teólogos no se determinen á decir que allí habrá lágrimas corporales, que pudieron designarse muy bien con los flores que dijo Jesús, no titubean en afirmar que estos y el temblor de dientes denotan por lo mismo las dos penas de daño y de sentido, que son estas dos palabras que él mismo denotó. Este será el desastroso paradero de la vida mundanal y de las obras contrarias al Evangelio. ¡Cuántos hay que al mismo tiempo que invocan y predicán una desmedida y desenfrenada libertad, para entregarse sin freno ni temor

alguno al goce de las pasiones y placeres brutales, están ya hechos manojos y atados para ser arrojados al fuego eterno? ¿Cuántos por un momento de gozar tendrán que llorar eternamente y que temblar? Ahora avisa Dios al hombre con tanto amor y misericordia, porque si por desgracia suya lo desoye y desprecia, en el día tremendo de su ira le juzgará sin misericordia.

Mas el trigo, dijo el Señor, introducidle y conservadlo en mi granero. Los graneros de Dios son las mansiones y espacios inmensos de la gloria. Trigo llama Jesucristo á sus siervos escogidos y justos, porque se trillan en la era del mundo con aflicciones y penas y con tentaciones diversas, de manera que ninguna paja queda en él; por esto añadió: *Y brillarán como el sol*; esto es, por el dote de la claridad que redundará al cuerpo por la gloria que gozará el alma; sobre lo que dice san Crisostomo [1]. No resplandecerán solamente como el sol, sino mucho mas que el sol; pero porque no conocemos otro cuerpo mas luminoso y de mas grande brillo que el sol, usa el Señor con nosotros de estos ejemplos mas conocidos y familiares para excitar nuestro conocimiento hácia lo mas sublime. Esta comparacion es solo en cuanto al cuerpo, porque el alma glorificada será mucho mas hermosa que el sol; y así como en este bellissimo astro se manifiestan cuatro dotes muy principales, tambien se ostentan en el alma llena de los resplandores de la gloria, que son *claridad, ligereza, sutileza é impasibilidad*. Claridad, porque en las criaturas inferiores ninguna cosa hay tan clara como el sol. Ligereza, porque en el breve espacio de doce horas corre desde Oriente á Poniente, formando un círculo sobre nuestra cabeza, cuya inmensa distancia nadie ha podido medir. Sutileza, porque pasa por medio de los cristales y no los rompe. É impasibilidad, porque penetra su ardiente rayo por medio de las cloacas y lugares inmundos, y no se inficiona ni corrompe. Y añade en seguida, *en el reino de su Padre*, para que se entienda que como hijos del Rey eterno, recibirán de él el reino de la hermosura. ¡Oh! ¡cuán glorioso es el reino en el cual resplandecé tan santa compañía, donde tan hermosamente brillan los justos, y donde permanece tan perfecta caridad!

[1] Div. Crisostom. Ham. 46 in Math.

¡Oh! ¡cuán dichosa es la patria donde se goza tan cumplido deleite! ¡Oh! ¡cuán afortunada es la ciudad donde se vive en perpetuo día, donde tan alta dignidad se goza, y donde se vive para siempre en perpetuo goce de tan inmensa y deliciosa caridad! Ciudad santa, ciudad pacífica, ciudad de Dios, donde con él vive y reina el justo, en ti morarán para siempre la inocencia, la virtud y la paz, sin sentir las tristes alternativas de la persecucion, del escándalo y de la contradicción. Todos tus moradores serán perfectos y santos, porque es santo y perfecto el que en ti vive y reina; por ti respiraré, amada patria mia, y no seosegará mi alma hasta que en ti eternamente descanse [1].

[1] Omitiendo varias observaciones que hacen los Evangelistas en la narracion destas parábolas se han puesto solamente las recitaciones del Evangelio tales como en los antedichos dias los canta ó recita la Iglesia. San Marcos, en la parábola de la zizaña y del buen trigo, no hace memoria sino de este ó de la buena semilla que solo á los justos pertenece, los cuales dice serán cogidos como trigo bastante bueno y puesto en las trojes de la bienaventuranza eterna, al paso que la zizaña será echada en el horno del fuego eterno, en cuya consecuencia compara el reino de los cielos, esto es, la santa Iglesia regida por Dios, la que rige á los hombres; al sembrador que sembró el trigo en la tierra, demostrando en cierto modo casi hasta la evidencia misma el modo como se forma, con qué medios se extiende y sobre qué principios se gobierna. Dícenos pues san Marcos, que al contemplar el hombre que siembre su trigo en el campo, debemos conocer que trabajó mucho en el tiempo de la sementera, pero que después trató de descansar hasta la siega; que durmió por la noche, se levantó de día, y con la tranquilidad propia de un labrador desembarazado de mil cuidados, que ya al parecer no necesita su tierra, vió brotar el grano, crecer la yerba y llegar el trigo á madurez, sin que al parecer cupiese el dueño del campo lo que en él pasaba, pues una vez sembrada la tierra, fructifica ella misma por su gran fecundidad... Bondad admirable de Dios, misericordia infinita, Providencia incomprendible, que en todas partes te derramas en beneficio de los hombres, ¡cuán pronto te conocerán estos debidamente, y conociéndote te bendecirán y alabarán! ¡Bendito seas, Señor, y bendita sea vuestra misericordia infinita por los siglos de los siglos!

## ORACION.

*Señor mío Jesucristo, Criador y Redentor mío, pues siendo tú quien eres y sin mirar lo poco que soy, has tenido á bien de abrirme los ojos y colocarme en la casa de tu morada, ayudándome siempre como Padre para que goce de la semilla y frutos del Evangelio: tenme, Señor, de tu santísima mano, y no permítas que los enemigos de mi alma siembren en mi corazón la zizaña de la falsa doctrina: ampráme, Señor, para que siempre sea tuyo, y amándote en esta vida merezca reinar contigo en la eterna. Amen.*

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XIII de san Mateo, desde el versículo 3 hasta el 53, ambos inclusive. En el IV de san Marcos, desde el 3 hasta el 20, y en el VIII de san Lucas desde el 5 hasta el 15, todos inclusive.

La Iglesia usa del texto de el de san Lucas para el Evangelio de la misa de la Dominica de sexagesima, segun se halla en los citados capítulos y versículos.

Y del de san Mateo, desde el versículo 24 hasta el 30, ambos inclusive, para el de la misa de la Dominica V después de la Epifanía. Uno y otro dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA V DESPUÉS DE LA  
EPIFANIA.

*San Mateo, cap. XIII, vs. 24 al 30.*

En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas esta parábola: Semejante es el reino de los cielos á un hombre que sembró buena simiente en su campo; mas en tanto que dormían los hombres, vino su enemigo y sembró zizaña en medio del trigo y se fué. Estando ya el trigo muy crecido en caña, y apuntando la espiga, descubriose así

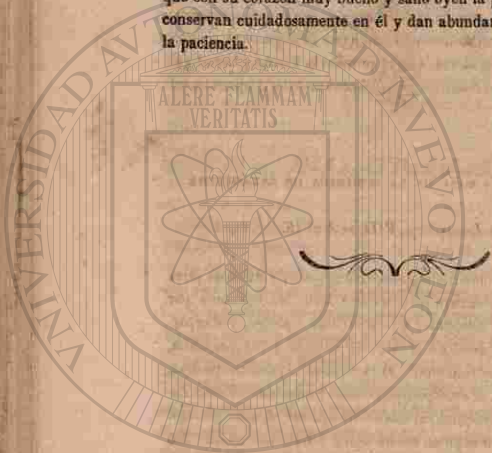
mistio la zizaña. Llegáronse entonces al padre de familias sus criados y le dijeron: Señor, ¿por ventura no sembraste buena simiente en tu campo? ¿Pues cómo es que tiene zizaña? Dijoles él: Mi enemigo es quien la sembró. Replicáronle entonces los criados: ¿Quieres que váyamos y la arranquemos? A lo que contestó: No, porque no suceda que arrancando la zizana, arranqueis juntamente el trigo; dejad crecer lo uno y lo otro hasta la siega, y al tiempo de segar diré á los segadores: Coged primero la zizaña y haced gavillas de ellas para el fuego; el trigo empero metedle después en mi granero.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA DE SEXAGESIMA.

*San Lucas, cap. VIII, vs. 4 al 15.*

En aquel tiempo concurriendo muchísima gente, y dándose prisa en salir de las ciudades para presentarse á Jesús, les dijo como por semejanza: Salió un sembrador á sembrar una simiente, y al esparcir la cayó una parte de ella á lo largo del camino, y fué pisoteada, y las aves del cielo la comieron. Otra porcion cayó entre piedras, y después de nacida se secó porque no tenía humedad. Y otra cayó entre espinas, y creciendo al mismo tiempo las espinas con ella la ahogaron. Y otra cayó en buena tierra, y habiendo nacido dió fruto á razon de ciento por uno. Diciendo esto clamaba después en alta voz y decía: El que tenga oídos para escuchar, atienda bien á lo que digo. Preguntábanle sus discípulos qué queria decir esta parábola. A los cuales respondió así: A vosotros se os ha concedido el entender el misterio del reino de Dios, mientras á los demás se les habla solamente en parábolas; de modo que viendo no vean y oyendo no entiendan. Ahora bien, el sentido de la parábola es este: La semilla es la palabra de Dios. Los granos sembrados á lo largo del camino significan aquellos que la oyen; pero luego viene el diablo y les arranca la palabra del corazón para que no crean y se salven. Los sembrados en un pedregal son aquellos que oída la palabra la reciben con gozo; pero no echa raíces en ellos, pues crecen

por una temporada y al tiempo de la tentacion vuelven atrás. La semilla caída entre espinas son los que la oyeron; pero con los cuidados, y las riquezas y delicias de la vida, al cabo la sofocan y no llega á dar fruto. Mas la que cayó en buena tierra denota aquellos que con su corazón muy bueno y sano oyen la palabra de Dios y la conservan cuidadosamente en él y dan abundantes frutos mediante la paciencia.

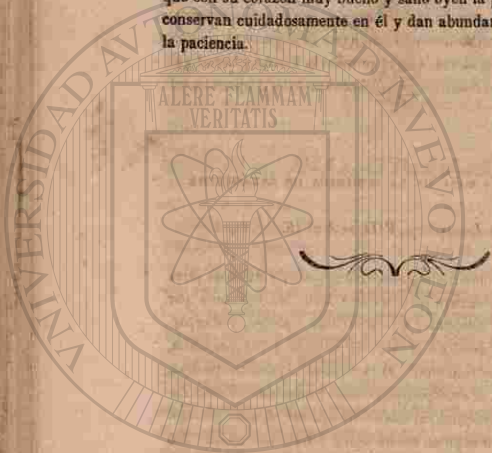


## CAPITULO XXIV.

CONTINUA LA MATERIA DEL CAPITULO PRECEDENTE.

Grandes son sobremañera y sublimes las instrucciones que nos dió el Maestro divino en las anteriores parábolas; pero no son menos grandiosas y admirables las que se encierran en las siguientes. En las primeras indicó con precision y claridad para que fuesen reconocidos los frutos que obra la predicacion de la divina palabra sostenida por su gracia, en todos los hombres que movidos por ellas se presentan fieles para ser recibidos en la Iglesia y contados en el número de sus hijos adoptivos, quedando hechos miembros vivos suyos y herederos de su reino. Es cierto que el hombre nada puede por sí para llegar al Evangelio, crear sus misterios y practicar sus máximas; si la gracia de Jesucristo, en la cual se encierra el principio y la raíz de todo bien, como el fruto en la semilla, no lo previene y no lo acompaña; y así como jamás llevará trigo la tierra si no se arroja en ella simiente de trigo, así tampoco nuestra alma producirá obras de salud si no se hace fecundada por la gracia del divino Redentor. Esta es la siembra, la siega y la cosecha de que nos habló Jesús en estas parábolas. Esta gracia empero queda infructuosa y estéril, aunque sea dada con la mayor abundancia, si la voluntad no se determina libre y generosamente á hacer que fructifique;

por una temporada y al tiempo de la tentacion vuelven atrás. La semilla caída entre espinas son los que la oyeron; pero con los cuidados, y las riquezas y delicias de la vida, al cabo la sofocan y no llega á dar fruto. Mas la que cayó en buena tierra denota aquellos que con su corazón muy bueno y sano oyen la palabra de Dios y la conservan cuidadosamente en él y dan abundantes frutos mediante la paciencia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

## CAPITULO XXIV.

CONTINUA LA MATERIA DEL CAPITULO PRECEDENTE.

Grandes son sobremañera y sublimes las instrucciones que nos dió el Maestro divino en las anteriores parábolas; pero no son menos grandiosas y admirables las que se encierran en las siguientes. En las primeras indicó con precision y claridad para que fuesen reconocidos los frutos que obra la predicacion de la divina palabra sostenida por su gracia, en todos los hombres que movidos por ellas se presentan fieles para ser recibidos en la Iglesia y contados en el número de sus hijos adoptivos, quedando hechos miembros vivos suyos y herederos de su reino. Es cierto que el hombre nada puede por sí para llegar al Evangelio, crear sus misterios y practicar sus máximas; si la gracia de Jesucristo, en la cual se encierra el principio y la raíz de todo bien, como el fruto en la semilla, no lo previene y no lo acompaña; y así como jamás llevará trigo la tierra si no se arroja en ella simiente de trigo, así tampoco nuestra alma producirá obras de salud si no se hace fecundada por la gracia del divino Redentor. Esta es la siembra, la siega y la cosecha de que nos habló Jesús en estas parábolas. Esta gracia empero queda infructuosa y estéril, aunque sea dada con la mayor abundancia, si la voluntad no se determina libre y generosamente á hacer que fructifique;

así como el trigo mejor arrojado á la tierra, no produce en ella nuevo trigo si le niega su calor para hacer que brote en su seno, y si no ejercita su actividad para reproducirlo con usura en beneficio del hombre que la regó con su sudor.

La incredulidad maldiciente podría tal vez tomar alas aun de estas mismas explicaciones del Evangelio si el Maestro sapientísimo no las hubiese venido á confirmar con estas parábolas no menos misteriosas y profundas. En la tercera, que es del *grano de mostaza*, se describe elegantemente el estado de la Iglesia que siguió á la resurrección del divino Redentor, porque el tiempo que vivió Jesucristo entre los hombres, en el que se encerró al parecer su ministerio en los estrechos límites de la Palestina, no fué propiamente para su Majestad la hermosa estación de la cosecha del grano; lo fué, sí, de las espinas tormentosas y cruelísimas de su pasión. Sembrada estaba de su mano la celestial semilla, regóse con su purísima y preciosa sangre, y á su tiempo no podía menos de dar fruto sazonado y grato al gusto del sembrador; pero antes no se miraba sino en un bosquejo ligero la futura grandeza de su reino, y apenas se percibían los primeros cimientos de su Iglesia, que con tanto estremecimiento y asombro del cielo y de la tierra acababan de echarse sobre el Gólgota. Esta grandeza, que habia de ser el fruto de los rápidos progresos de su Evangelio, fué la que se anunció con las nuevas figuras para la instrucción de los siglos venideros, combatiendo con bastante anticipación las muchas herejías que después se habian de levantar.

Para combatir el grande cúmulo de errores que el infierno hizo palpar en el mismo seno de la Iglesia, dispuso su fundador divino que naciesen tambien en medio de ella muchos grandes y santos doctores, para que abroquelados de la verdad custodiada en las Escrituras, y transmitida por las tradiciones apostólicas y osendados con el escudo de la Iglesia y de la razón, refutasen y destruyesen las semillas de la herejía; mas aunque al principio estos varones sabios, humildes y santos fueron despreciados, permitiéndolo Dios para mayor gloria de su Iglesia y castigo de los perversos, fueron después, con no menos afrenta de estos, muy estimados y ensalzados; por todo lo que se ve muy claro que esta tercera parábola del grano de la

mostaza significa la grandeza de la Iglesia, la excelencia de la predicación de la fe y su expansión por todo el universo mediante el anuncio del Evangelio.

Semejante es, dijo Jesucristo, el reino de los cielos al grano de la mostaza, que tomándolo el hombre lo sembró en su campo, el que aunque es mas pequeño que todas las otras semillas, cuando crece llega á ser mayor que las demás yerbas. Llámase muy propiamente el reino de los cielos la predicación del Evangelio, porque enseña á regir y gobernar el cuerpo y el alma, para que crezca en santos y fervorosos afectos, pensamientos y deseos, mediante los que llegan los hombres á ser ciudadanos del reino celestial. Parecece al grano de la mostaza, que aunque es pequeño contiene en sí mucho ardor, para que se entienda que la predicación de la fe inflama el corazón de los que oyen con el fuego del amor divino, pues destruye la ponzoña del vicio, y toda herejía y error; purga la cabeza, que es la razón, y anardecce la voluntad, cuyas virtudes son propias y características del grano de la mostaza. Tomóle en su mano Jesucristo, Hijo de Dios vivo y hombre verdadero, y lo sembró en su anchuroso campo, que es el universo; y á pesar de ser tan pequeño el grano, extendió luego sus ramas hasta los confines de la tierra y por las extremidades de los mares, porque la fe es tenida por los infieles por la mas pequeña entre todas las ciencias y disciplinas, solo porque enseña todo aquello que los infieles y herejes tienen en menosprecio; y no se prueba su verdad con la vanidad pomposa de los sabios del mundo, sino con la sencillez humilde de los discípulos de Jesús.

¡Cuán admirable se describe y manifiesta la sabiduría infinita de Dios mirada bajo este punto de vista! Se acomoda en todo á nuestra rudeza y á nuestra corta capacidad é inteligencia; nos habla como de igual á igual, y por las cosas mas menudas de la tierra nos declara las grandezas de las celestiales y la sublimidad de los divinos misterios. Imperceptible era en su principio á los ojos de la carne el grano inconfundido de la fe; pero ello es innegable que á pesar del desprecio con que lo miraron los soberbios del mundo, creció tanto, que sobrepujo en poco tiempo la sabiduría de los gentiles y la oscuració, mostrando al mundo sus debilidades, enseñando con esta bella



comparacion al hombre que nunca debe perder de vista su pequeñez si quiere elevarse hasta la altura de los cielos. Muy pronto pasa y se marchita el verdor y la lozanía de las criaturas y de todas las cosas de la tierra: él es como el de las yerbas y hortalizas, que luego se marchitan y se convierten en estiércol y basura; pero el verdor y lozanía de la fe duran para siempre. Sentados á la sombra fecundizadora de tres majestuosas ramas, se miran como abortar las nacencias de los vicios y sofocarse todos los vástagos ó renuevos: alimentase con sus frutos el espíritu, y desde luego se mira inflamado de la verdad, que corta de raíz los progresos de los engaños de la carne. Anegado en el mar vastísimo de las miserias humanas, busca una tabla de salvacion para salir de ella, y donde luego se le ofrece el árbol majestuoso de la Cruz; contempla el fruto que de él pende, y se le descubre todas las grandezas de la fe que le dirige é ilustra, la que antes no sabia comprender. Pequeña es la semilla que produjo este árbol tan majestuoso; llega con sus ramas al cielo y presen a al Eterno Padre el fruto preciosísimo que uno el cielo y la tierra, que repara la caída del hombre, que le reconcilia con Dios y le devuelve exaltado al mismo que bajó del cielo por su grande amor al hombre, y para darnos la muestra mas grande de su humildad; y si después las doblega ó inclina, es para extenderlas con no menor misterio hasta los confines de la tierra. Domó el Señor y sujetó todo el universo, no con la espada, sino con el leño; con el leño nos salvó á todos, y con el leño domó y enfrenó hasta el poder del infierno, para enseñarnos que el camino de la exaltacion sólida y verdadera es el de la humillacion y el de la cruz.

A este árbol majestuoso vienen á descansar todas las aves del cielo, esto es, las almas de todos los creyentes: vienen por la fe y habitan en sus ramas por el amor; y esto denota tambien el triunfo completo de la verdad y la perfeccion de la caridad, que será en la otra vida. Y si aun estando perseguida la verdad y siendo imperfecta la caridad, son tan admirables los progresos que hacen una y otra en la Iglesia, ¿qué será en la eternidad cuando sea del todo aniquilado el reino de la mentira y de la concupiscencia? ¡Ah! entonces se conocerá con toda claridad que la pequeña raíz de la fe produjo el tronco majestuoso de este árbol por la esperanza, y extendió mas

pastosamente sus ramas por la caridad. Entonces se verá por qué los príncipes y reyes se hicieron pequeños á su vista, humillándose hasta el polvo de la tierra, creyendo que en la humillacion profunda consistia su verdadera grandeza y ensalzamiento; porque los pequeños y humildes, los pobres y despreciados se hicieron robustos y firmes, esperando el cumplimiento de las promesas inefables y consoladoras; y porque los tibios y helados se convirtieron en celosos y ardientes, detestando sus pasadas miserias, suspirando por la mudanza de su corazon y pidiendo á Dios con lágrimas el trueque de sus afectos y amores. Y se verá, en fin, en qué se funda la diferencia tan grande en el modo de obrar que ha habido siempre entre los verdaderos cristianos y los gentiles; los unos entregados á la oracion y al llanto, á la penitencia y al retiro, presentándose á Dios como víctimas desosos de ser sacrificadas en sus aras, mientras los otros desconociendo á Dios á repudiándole en el fondo de su corazon y en todos sus actos, solo pensaban en entregarse á los gozos y deleites, corriendo desenfrenado por los senderos espinosos de la sensualidad; y no será difícil de conocer que esta tan notable diferencia consiste solamente en una cosa muy pequeña; tal es, el no haber plantado oportunamente en su corazon el menudo grano de la mostaza, ó en haberle impedido su crecimiento y medros después que se plantó allí por el bautismo, y se le regó por la confirmacion.

Si se desciende á otras consideraciones mas particulares, se nos manifestará tambien con bastante claridad la extraordinaria sorpresa que debió causar en el ánimo de todos los judíos que seguian á Jesús esta tan misteriosa parábola, aun cuando algunos pudieran de alguna manera comprender el sentido misterioso y profético que encerraba. ¿Cómo es posible, habian de decir, que esta pequeña semilla de la nueva fe y religion que este hombre ha venido á sembrar entre nosotros, siendo recibida de tan pocos y teniendo ya en un principio tantos y tan poderosos enemigos y contrarios, haya de crecer tan maravillosamente de siglo en siglo, que venga á formar un árbol como inmenso, elevando sus ramas hasta el cielo y hasta las extremidades de la tierra, siendo así que nuestra religion y ley después de mas de dos mil años que existe, habiendo tenido desde su origen un millon de creyentes, no ha sujetado nacion alguna, ni aun ha podido

salir de los estrechos límites de la Palestina? Si la falsa preocupación no hubiese cerrado sus ojos y cegado su entendimiento, bien pronto hubieran conocido que uno de sus más acérrimos partidarios tuvo que subir á este árbol para ver á Jesucristo, porque no se puede ver á este Príncipe sino en el árbol de la Iglesia y de la fe, cuya representación tenían el sicomoro y zaqueo. Los que desean ver y conocer á Dios, suben á las mayores alturas con las alas de la virtud y de la contemplación, y se esfuerzan á volar hasta merecer la gloria. Diversas son las ramas donde reposan estas aves misteriosas, porque diversas son las del Evangelio y diversas sus doctrinas, consejos y preceptos: ellas son las medicinas con que han de curarse las diversas enfermedades del espíritu, por lo que son muy variados y diversos los consuelos que el Señor derrama sobre el justo que en él cree y espera. Levantado su corazón de la tierra, vuela al cielo por el deseo de la gloria, y menospreciadas las delicias de las cosas temporales, se transforma enteramente con el deseo de los gozes eternos, siéndole satisfactorias las fatigas de este valle de miserias por la esperanza de los deleites inextinguibles; por cuya razón decía David [1]: ¿Quién me dará alas de paloma para volar y descansar?

Alas como de águila que vuela hasta la esfera del sol debe tener la criatura por la fe, volando á la región más alta por la esperanza, y descansando en ella por la caridad; porque solo así podrá unirse eternamente con el Dios redentor de su alma, á quien debe consagrarse en la vida moral y transitoria para vivir después con él en la incorruptible y permanente.

Cuán infatigable sea el verdadero celo por la salvación de las almas, se conoce en el modo con que se procura instruir á los hombres en todo aquello que les conviene para que las consigán. El de Jesucristo fué siempre el más ardoroso y constante, como lo demuestran los varios medios de que se valía para enseñar las sublimes verdades que anunciaba: nunca se daba por satisfecho, y todo al parecer le parecía poco cuando se trataba de anunciar á los ignorantes las excelencias y grandezas del reino de su Padre, y la eficacia y sublimidad de su celestial doctrina. Semjante es también, les di-

[1] Ps. 54, v. 7.

jo, el reino del cielo á la levadura que toma una mujer y la mezcla con tres celemines de harina: deja la levadura con la masa el tiempo competente, y con la fermentación toma un acrecentamiento maravilloso. Sin la levadura está la harina fría y desabrada; mas mezclada con ella se aviva y recibe calor y sabor, y sus partes desunidas entre sí forman una sola masa que fomenta. Tal es el corazón humano: sin la caridad es frío y muerto para todo lo bueno; penetrado de este calor, se enciende, se aviva y como que cobra nuevo espíritu; y por él y en él se une con los demás para formar con ellos un cuerpo, ó dígase mejor un solo pan digno de la mesa de Cristo. Esto es precisamente lo que se vió cumplido en el establecimiento de la religión de Jesucristo; después de haber fermentado, por decirlo así, en un rincón de la tierra, se extendió por todas partes del mundo; porque fermentando en el corazón de los apóstoles la caridad y la fe, se llevaba esta mujer preciosísima, casta esposa del Corriero immaculado, la Iglesia santa, á todo el universo; mediante la predicación del Evangelio y mientras ellos esparcían la harina de la doctrina celestial, ella mezclaba el fuego ó la levadura de la caridad en los corazones que la recibían, y por este medio se compaginaban y unían entre sí los miembros de este cuerpo místico, de los que había de componerse el nuevo pueblo de Dios.

Y en verdad. Porque ¿qué son sin esta levadura evangélica todas las criaturas de la tierra? ¿Dónde está ó de qué manera se introduce y permanece en ellas el fuego de la caridad, la vida de la fe y la unión fraternal ó la concordia? Sin ella no hay sino miseria, desabrimiento, sequedad, amargura de corazón y propensión á todo lo malo; pero con ella están precisamente el amor y la gracia. Sin ella anda siempre muy distante de nosotros el conocimiento de la verdad, mucho más todavía el deseo de vivir con ella, y nos despenaríamos sin duda en mil precipicios si no los ahuyentara de nosotros la levadura de Cristo mediante la fermentación de la caridad; pero enervorizados con ella se consuma y perfecciona en nosotros la obra de Dios, desaparecen las tinieblas del entendimiento, las dolencias ó flaquezas del corazón, porque esta maravillosa levadura tiene la dichosa cualidad de vivificar y hacer crecer; por lo que dijo el venerable Beda: La mujer que puede considerarse la alma

santa [1], esconde la levadura, que es la caridad, en tres maneras de harina, esto es, en las tres maneras de amar que á todos están señaladas, á saber, en el corazón, en el alma y en el entendimiento, puesto que se nos dice que con estas tres fuerzas hemos de amar, porque ellas son como los tres puntos cardinales de donde parte el gobierno y buena dirección de todas nuestras operaciones. La fuerza racional ó de la razón es á la que pertenece la dirección y gobierno de todas las obras; á la concupiscible es á la que incumbe desechar ó desechar las cosas que vienen á nuestra noticia; y á la irascible corresponde amar ó aborrecer las que son mas ó menos conducentes á los consuelos de la vida, en las cuales la caridad ó la doctrina se esconde hasta que convierte y muda toda el alma en su perfección, que es obra que aquí se comienza y en la gloria se acaba.

San Hilario dice [2]: Que la harina es el pueblo formado de muchas personas, y las tres medidas son los tres estados de los fieles figurados en Noé, en Daniel y en Job; porque de los tres hijos de Noé procedió todo el linaje humano, al cual la sabiduría de Dios encomienda en la vida presente la fe y la caridad y la santa doctrina hasta que todo sea bien sazonado de levadura, que quiere decir: hasta que en el fin del mundo, cumplido el número de los justos, vengan los fieles á la gloria de la resurrección: entonces llena el alma de Dios y penetrada de la virtud de su espíritu, quedará sin rastro de tinieblas, ni de dolencia, ni de flaqueza, ni de corrupción; será inflamada y encendida en caridad perfecta, porque tanto como ahora es pequeño el fuego ó la llama del amor, será grande y abrasador en la hora postrera. Momento dichoso, hora feliz, tú serás el principio de una eternidad gloriosa donde la criatura gozará del sumo bien por quien suspira, sin miedo de perderle jamás.

Pequeñas parecieron siempre á los soberbios de la tierra estas grandes pinturas del reino de Dios, sacadas de las humildes semejanzas de la naturaleza, para pintar la constitución y los progresos de la Iglesia: ellas confundían el orgullo de los sabios que no hacen caso de la verdad si no está adornada con la elocuencia del siglo; mas ellos ocuparon á Jesús y entretuvieron á las turbas hasta el

[1] Ven. Bed. in cap. 8 Lucæ.

[2] Div. Hylari. Can. 13 in Math.

fin del día, en cuya hora las despidió el Salvador. Una gran parte de los asistentes ya verdaderamente fieles, convencidos por las maravillas que le habían visto obrar, y suficientemente frustrados con sus lecciones, no perdieron nada por el modo enigmático con que había perdido su doctrina, esperando que los sucesos y el espíritu enviado del cielo daría de todo plena y perfecta inteligencia. La mayor parte de los otros oyentes, ciegos voluntarios ó obstinados, no merecían mayor luz, porque hubieran abusado de ella; pudiéndose creer que si sus corazones tibios, indolentes ó prevenidos se hubieran dejado mover siquiera de una santa curiosidad, les hubiera servido la instrucción de una preparación provechosa para recibir mas bella luz. Para alentar la debilidad de los flacos tomó el Señor su naturaleza; por consiguiente acomodábase enteramente á sus capacidades é ignorancia para instruirles. Su vida respira en todo caridad y deseo de nuestro bien. Mas como también era preciso que se cumpliesen en todo los oráculos de los profetas, debía hablar á su pueblo en estilo enigmático y figurado de las parábolas, pues David había dicho [1]: Yo les hablaré en parábolas, y por este medio revelaré á los hombres los misterios escondidos desde el principio del mundo.

En estas ocasiones había hablado Jesús á las turbas claramente y no en parábolas; pero entonces no les explicaba tan directamente el reino de los cielos ni les hablaba del establecimiento y progresos de su nueva Iglesia: en esta puso todo su conato en hablarles de lo uno y de lo otro; por esto su locución era siempre figurada, porque deseaba que sus discípulos se moviesen á preguntarle alguna cosa sobre las parábolas misteriosas que no entendían. Era un rudo, y por lo mismo usaba el Señor estas semejanzas corporales, para que por ellas fuesen traídos al conocimiento de los secretos divinos. Por las fuerzas y la razón natural no se puede llegar al conocimiento de los misterios de fe; por esto quería Jesús que por el ejemplo de las cosas visibles que se entendían se elevasen al conocimiento de las invisibles que no comprendían; y de ahí provenía la continua repetición del Salvador: *Oiga todo aquel que tenga oídos para oír.*

[1] Ps. 77, v. 2.

San Gerónimo dice [1]: Que siempre que Jesús usaba de estas palabras era para dar á entender á los que le escuchaban, que las que profecía tenía muy grandes y misteriosas significaciones: y el venerable Beda anado [2]: Los oídos para oír son las orejas del corazón, y los sentidos interiores que son oídos espirituales, para entender y obedecer las cosas que son justas y de Dios nos vienen. Tres maneras de oídos parece que da á entender. Jesucristo, deben tener los hombres para oír las palabras materiales, entenderlas y ponerlas por obra. El primero es el oído corporal, demostrado por esta expresión: *El que tenga orejas.* El segundo es invisible dentro del alma, de el que dice: *Para oír.* Y el tercero comprende á entrambos, del cual se dice y añade esta palabra imperativa: *Oiga.* El primero es del alma sensitiva, el segundo es la potencia intelectual, y el tercero es la virtud afectiva que pertenece á la voluntad.

A estos modos de oír quiso eludir el Psalmista cuando dijo [3]: *Oye, hija, se e inclina tu oreja.* Oye, esto es, en cuanto á lo primero con el oído corporal, y ve, en cuanto á lo segundo, con la potencia intelectual, e inclina tu oreja, que equivale á decir, doblega el afecto de tu voluntad. Y en esto que se nos dice que Jesucristo clamaba en alta voz cuando así hablaba, se demuestra la grandeza y excelencia de su fervor en la predicación; por lo que, y para demostrarla con claridad decía san Agustín [4]: Con muy sonora y majestuosa voz clamó nuestro Señor Jesucristo; clamó con sus palabras y con sus obras; con su voz y con su vida, con su descendimiento y con su subida para que nos convirtamos á él. Clamó y llama todavía á los sordos para que oigan; llama á los dormidos para que despierten; llama á los que pasan ó caminan por el desierto de este mundo para que atiendan; llama á los ignorantes para que entiendan; llama á los que erraron y van perdidos, para ponerlos en el camino; llama á los pecadores para que se arrepientan; y clamó en verdad predicando á las turbas y á cuantos le oían; clamó orando á su Padre y rogándole por nosotros; clamó resucitando á Lázaro, y clamó, en fin, muriendo en una cruz; pero ni aun enton-

[1] Div. Hieronim. cap. 13 in Math.  
 [2] Ven. Bed. in cap. 3 Luc.  
 [3] Ps. 44, v. 11.  
 [4] Div. August. lib. de quæst. Evang.

ces cesó de clamar. Sin cesar da voces desde los cielos, clama á nosotros porque nos mira cargados con la carga pesadísima del pecado, y nos dice [1]: *Venid á mí todos los que trabajais y estais cargados, y yo os aliviaré.* Mas es tal nuestra ingratitud, que no nos avergonzamos de hacer el sordo y de despreciar tantos clamores. ¡Desventurados de nosotros! Un día llamaremos y no se nos oirá; clamaremos al Señor, y habrá pasado el tiempo de la misericordia; arrojados de su presencia, seremos entregados á nuestros implacables verdugos. La rabia, la desesperación, el fuego, el tormento eterno, estos serán los frutos de nuestra sordera. ¡Qué desdicha!

Después que así en alta voz hubo clamado el pueblo, excitándole á vivir en continua vigilancia y á no olvidar las doctrinas que le había enseñado, se retiró como solía á la casa de su mansion ó residencia ordinaria en Cafarnaüm. No era seguramente con el ánimo de permanecer y descansar allí mucho tiempo; porque para lo primero no le daban lugar las turbas ni se lo consentía el celo ardoroso de que estaba animado; y lo segundo no se lo permitieron mucho tiempo los apóstoles. Confusos entre la multitud de parábolas que acababan de oír, ninguna les había causado mas impresión que la de la zizaña sembrada por el enemigo en el campo del padre de familias; y como la consideraban de mucha importancia y no sabían comprenderla, se determinaron á suplicar al divino Maestro que se la explicase.

No desagradó á Jesús el deseo de los apóstoles; y para avivar mas la fe en sus corazones, les dijo: A vosotros, discípulos míos, es dado conocer los misterios del reino de Dios, y no á los demás que estaban con vosotros; que fué lo mismo que si les hubiera dicho: A vosotros incumbe saber este secreto como á verdaderos creyentes; á vosotros, como mas humildes y obedientes; á vosotros, porque sois mis mas amados y allegados; á vosotros, como á desechados y aborrecidos del mundo; á vosotros, porque desvais saber las cosas divinas con corazón recto, y como á verdaderamente dignos de saberlas; y á vuestros sucesores y á los que por vuestra doctrina se llegaren á mí, se os dará por gracia de Dios y no por vuestro mereci-

[2] Marc. c. 11, v. 28.

miento, á conocer abiertamente y sin oscuridad de parábolas los misterios del reino de Dios; esto es, los secretos é inteligencia de la Escritura santa, que contiene los principios fundamentales de la vida del cuerpo y del espíritu, las grandezas y excelencias de aquel reino, y la profundidad de la verdad evangélica que lleva el creyente al reino celestial. Asimismo puede entenderse el misterio del reino de los cielos por el reino de la Iglesia militante; porque los apóstolos en el nombre de Jesucristo eran ministros de la Iglesia, y á ellos por lo tanto pertenecía saber los secretos divinos, para bien de la misma Iglesia y de los creyentes en lo presente y hasta el fin del mundo, puesto que ellos y sus sucesores han de ser los anunciadores de las misericordias y de los juicios y justicias de Dios, y todas estas cosas están previstas y ordenadas en los decretos de la Providencia eterna y de las disposiciones adorables del Altísimo; por consiguiente puede llamarse muy bien misterio del reino de los cielos el secreto de la Iglesia.

A los que están fuera de este reino no quiso el Señor concederles esta gracia, porque estando fuera de la congregación de los fieles ó de los creyentes no se les puede declarar: tienen cerrados los sentidos y no cuidan de entrar en la asociación católica, donde únicamente se enseña la verdad; por cuya razón les hablaba y enseñaba con parábolas, para que viendo no viesen y oyendo no entendiesen; así quedaba encubierta la verdad á los malos, y los malos y los buenos se veían precisados á buscarla en la explicación de lo que no entendían. Cuando á su Majestad le pedían con candor el socorro de su luz, le ofrecían una cosa para él mucho mas dulce y grata que el alimento y el descanso; por lo que la pregunta que le habían hecho los apóstoles, le sirvió de gran consuelo; y gustoso por veces ansioso de instrucción, no les hizo desear mucho tiempo lo que tan de veras apetecían. Había dicho que al que tenía le sería dado mas, significando que al que tenía obediencia se le daría el deseo de las demás virtudes, proporcionándole los medios de adquirirlas, y recibiría la inteligencia de las palabras y de las Escrituras, y quiso acordarse de cumplir fiel y veraz de sus promesas.

El Hijo del hombre á quien seguís y al que tenéis por dueño y Maestro, es el solícito padre de familias ó el afanoso labrador, que

sembró el buen grano en su campo, que es el mundo todo. La buena semilla son los hijos de la casa que entran en el reino de Dios. La zizaña ó el mal grano son los hijos perversos é indóciles. El hombre enemigo que siembra la zizaña entre el trigo bueno, es el demonio. El tiempo de la siega es la consumación del siglo, y los segadores son los ángeles. Sucederá pues en la consumación del siglo, lo que sucede al tiempo de la cosecha; entonces se junta la zizaña para arrojarla al fuego. Así el Hijo del hombre enviará á sus ángeles, los que quitarán de su reino todos los escándalos y todos los que cometen la maldad. Luego que junten á toda esta gente perversa, los arrojarán al fuego abrasador, donde no habrá sino llanto y crujir de dientes. Entonces por el contrario, los justos brillarán en el reino de su Padre como el sol en medio del firmamento, porque los reconocerá por hijos suyos y herederos de aquel en el que serán coronados con la coroná de honor y de gloria que desde el principio del mundo les está preparada; y concluyó con lo que acostumbra á decir al pueblo cuando le proponía enigmas sin explicación: *El que tiene oídos para oír, procure comprender bien lo que ha oído.*

Con el objeto de que sus apóstoles sacasen todo el provecho posible de las instrucciones que les daba, continuó haciéndoles otras explicaciones del reino de los cielos, y del estado nascente y progresos de su Iglesia, con otras parábolas no menos instructivas.

Semejante es, dijo, el reino de los cielos ó mi Iglesia á un tesoro escondido en un campo. Bien sabéis que el que es tan afortunado que le descubre, no hace alarde de su buena fortuna, sino que lo esconde en la tierra lo mas profundamente que puede por temor de que alguno se lo quite, y luego va, y gozoso por el secreto que tiene oculto en su pecho, vende todo lo que posee y compra aquel campo.

Esta es una de las mas bellas descripciones de la Iglesia después de la promulgación del Evangelio por todo el mundo mediante la predicación de los apóstoles. Apenas el armonioso eco de estas trompetas evangélicas resonó hasta las extremidades de la tierra, cuando muchos hombres eminentísimos en letras y otras ciencias se convirtieron al Señor y comenzaron á ejercitarse en provecho de las

almas. La fe es este tesoro hallado y escondido en el ameno campo de la Iglesia, como asegura san Ambrosio [1]; y el que conoce su valor y mérito vende todas las cosas que posee; esto es, renuncia todos los bienes caducos y perecederos de la tierra para poseer aquel; porque el que no renuncia todo lo que posee no puede ser discípulo del Señor. También este tesoro puede ser significativo ó demostrativo del Verbo divino escondido bajo el velo de nuestra humanidad, como quiere san Ireneo [2], ó la sagrada Escritura, ó la Iglesia, ó la predicación evangélica, ó el cielo mismo como enseña san Agustín [3], que todos estos sentidos caben en aquella palabra; pero significa una sola de estas cosas ó todas ellas, tanto colectiva como distributivamente, cada una de ellas es, no hay duda, ese tesoro de inestimable valor y mérito, para cuya adquisición siempre da muy poco el hombre, aunque dé todo lo que posee. El solo es un montón de riquezas sin mengua, sin escasez, donde se halla el deleite sin hastío, contento, gozo, regalo, y cuanto pueda llenar el alma de verdaderos bienes. Y se llama escondido, porque donde principalmente ponen riqueza estas cosas, es en nuestra alma hija esclarecida y amadísima de aquel gran Rey tan celebrado y magnífico, de la que se dice [4]: *Que toda su gloria y belleza están en su interior*. Esto era lo mismo que de muchos siervos del Señor decía el grande Apóstol [5]: Que tenían el exterior de pobres é interiormente eran ricos; que aparecían tristes y andaban muy alegres; que eran como muertos y vivían con toda verdad. Y como si estas verdades necesitasen alguna confirmación, ó mas bien fundándose en ellas, no titubeaba el sol de Claraval en decir á sus monjes [6]: No penséis, hermanos míos, que estos sacos de cilicio que nos cubren, son miseria ó menosprecio, que no son sino velos de nuestra gloria interior como el luto con que el príncipe encubre los oros y los brocados: el mundo ve nuestras cruces, pero no ve la tranquilidad, la paz y la gloria interior de nuestro pecho.

[1] Div. Ambros. Serm. in Psal. 118.

[2] Div. Ireneo. lib. 4. c. 43.

[3] Div. August. lib. De quest. Evang. lib. 1. c. 13.

[4] Pa. 44. v. 14.

[5] Ep. 2. ad Corint. c. 6. v. 9 et seq.

[6] Div. Bernard. in Spec. Monachor.

Este tesoro preciosísimo está escondido en el corazón de los santos, porque el espíritu de humildad, de abnegación y de mortificación les prohíbe altamente hacer alarde de sus virtudes, ni de los dones y gracias que de Dios reciben: así Moisés escondía su rostro para que no viese el mundo la gran merced que de Dios había recibido, y san Pablo ocultó por espacio de catorce años las revelaciones que Dios le había hecho. El que sabe dónde se halla escondido este tesoro, va y vende todo lo que tiene para comprar aquel lugar. Adviértase bien que no dice que vende parte de lo que tiene, sino todo. Sea mucho, sea poco, todo cuanto tenemos y á nosotros con ello, todo lo hemos de dar, negándonos y despreciándonos de todo afecto terreno para ganar la bienaventuranza. No hemos de tener cosa tan amada en esta vida, que si es menester no la demos por Dios y por su servicio. Por objetos tan santos y tan dignos debemos menospreciar todos los bienes temporales, y los deleites de la carne, y todos los deseos de esta vida, y trabajar con infatigable desvelo para adquirir los tesoros celestiales. El que quiere poseer las cosas del cielo, debe mirar con sumo desprecio los bienes del suelo.

Para gloria y alabanza de la virginidad propuso también el Salvador divino esta misteriosa parábola; y así el tesoro escondido en el campo es la santa virginidad escondida entre la tierra de la carne. A propósito de esta significación deben considerarse tres cosas: primera, que el tesoro se halla; segunda, que hallado se esconde; y tercera, que después de escondido es tenido en mas ó en mayor estimación y aprecio que todas las demás riquezas. Este tesoro no se halla en los carnales, no se esconde en los vanagloriosos y no es tenido en mayor estimación y aprecio en los avaros; gozable empero tres virtudes, que son la virginidad, la humildad y la pobreza. La virginidad sabe hallar el tesoro para que se posea; la humildad lo sabe esconder porque no se pierda; la pobreza lo sabe tener en mayor precio que todo otro bien, porque no sea menospreciado. Todo pues, todo debe darlo el hombre por adquirir y conservar este tesoro. En otra segunda parábola, que es la de la perla preciosa ó marfanta, vino el Señor á confirmar cuanto había dicho en la primera demostrando también en ella el estado sucesivo de la Iglesia. So

mejante es, dijo, el reino de los cielos á un comerciante que busca piedras preciosas; y hallada una tan preciosa como deseaba, podía, vendió todo cuanto tenía y la compró. Aquí se ve por una parte bien marcada la diligencia y trabajo, y aun el ansia con que hemos de buscar los bienes celestiales en la afanosa solicitud del mercader; y por otra, el cómo hemos de poner los ojos y los deseos en las cosas de mas valor y precio entre las del órden sobrenatural, así como este mercader los puso entre las mas preciosas de la naturaleza.

Muchos padres y doctores sapientísimos entendieron por esta perla ó margarita preciosa la vida monástica y contemplativa, porque así como ella se halla encerrada en una concha en el profundo del mar, así tambien la vida contemplativa se halla mejor en la soledad y recogimiento de los claustros y religiones. Deseo una y preciosa. Una, porque junta el hombre con Dios por la contemplacion que se tiene en la soledad de los claustros; y preciosa, para demostrar las ventajas de la vida contemplativa á las de la vida activa, aunque en alguna ocasion particular pueda esta ser mas fructuosa que aquella. El reino de los cielos, que se toma en este lugar por la Iglesia, militante es semejante al hombre negociador que anda en busca de buenas perlas; porque así como el tal hombre por el deseo que tiene de una, todas las cosas vende y la compra, hallada esta, que es la suavidad y dulzuras de la vida contemplativa, va luego al mercado de las cosas espirituales y vende todo cuanto tiene por el menosprecio que hace de los bienes transitorios, y la compra por los esfuerzos con que procura la preciosidad de los descansos eternos.

Otras tres cosas no menos importantes que las anteriormente dichas son las que debemos aprender en esta misteriosa parábola, á saber: El oficio de los santos, el estudio de las costumbres y el deseo de la gloria. El oficio de los santos se nota en el negociar la adquisicion de buenas margaritas: el estudio de las costumbres se advierte en el afán de buscarlas, y el deseo de la gloria se descubre en el ahinco con que todo esto se obra. ¡Oh! ¡cuán bienaventurado es el que sabe negociar espiritualmente, ora sea cuanto al estado de la vida activa, entendiéndose y ejercitándose en las obras de misericordia, ora cuanto al estado de la perfeccion contemplativa, abandonando y renunciando todas las cosas del mundo por seguir á Je-

sucristo; ora sea en fin cuanto al grado de la mas excelente perfeccion, ganando las almas con la fuerza del buen ejemplo, atrayéndolas con el ardor heroico de la caridad, é inflamándolas con el fuego ardentísimo de la predicacion y annuncion de la divina palabra! ¡Oh! ¡cuán bienaventurado es el negociador que sabe buscar, no mercaderías y ganancias dañosas, como las buscan los codiciosos, sino saludables y honestas como las buscan los santos! ¡Bienaventurado el que con aquéllas sabe bien grangear y ganar, y se va despidiendo de su carne propia por la mortificacion, y vende la tierra por comprar el cielo, con el desprecio que hace de todas las cosas visibiles! Entonces compra la margarita preciosa, rindiendo y sacrificando su propia voluntad á los designios de la de Dios que le conduce, y apartando su corazon de todas las cosas temporales.

Otra tercera parábola les insinuó Jesucristo para enseñarles á temer, cuanto con las anteriores pudo haberles impulsado á confiar. En estas procuró inflamar el corazon de sus oyentes con el amor de la eterna bienaventuranza, y en la última les enseñó á temer para que se guardasen de los malos y posesen por obra las virtudes; y así les dijo: Que el reino de los cielos era semejante á una red echada en el mar, en la que se cogian de todas clases de peces.

La primera idea que se excita al parecer en el entendimiento del que oye esta palabra, tanto misteriosa quanto su significacion parece mas impropia, es la de que por ella se entiende la Iglesia ó la predicacion del Evangelio, la cual esparcida por toda la tierra coge indiferentemente ó admite en su seno hombres de todas clases, estados y oficios; buenos los unos, malos los otros; pero mezclados todos ahora y confundidos. Pescadores eligió el Señor á sus apóstolos, obligándoles á cambiar de pesquera, aunque no de oficio: la predicacion pues que les encarga y la Iglesia que les encomendó, están perfectamente figurados en la red, mediante la que cada uno es traído al reino eterno desde las olas y tempestades del presente siglo, para que no se sumerja en lo profundo de la muerte y de la condenacion eterna. En el anchuroso mar de este mundo fué echada esta red, y en medio de tanta diversidad de peligros y amarguras como en él se hallan, juntó dentro de sí misma de toda clase de pescadores, es decir, de toda clase de pecadores, porque la Iglesia es

madre de todos y á todos llama, y á ninguno desecha, cualquiera que sea su condicion ó linaje, puesto que á la presencia de Dios no hay excepcion de personas. Pero añadió el Señor, que tan luego como estuvo llena la sacaron á la orillas y escogieron los buenos en unos vasos, pero á los malos los arrojaron fuera.

Temible cosa es por cierto el ser arrojado como malo é inmundado del seno de la Iglesia santa, fuera de la que no hay salvacion: y será mucho mas terrible y espantosa esta separacion cuando se haga á presencia de todas las gentes, y de todos los santos y espíritus bienaventurados en el día del juicio. En aquel día quedará enteramente cumplido el número de los justos; la red será sacada á la ribera, que es la otra vida; y autorizados entonces los ángeles por el mismo Dios, separarán los pecadores réprobos del lado de los justos y los arrojará de la presencia del Señor.

Dice el Evangelio que todo esto sucederá en la consumacion de los siglos, para darnos á entender que se habrá acabado ya el tiempo de los merecimientos, y nada podrá el hombre merecer para sí para remediarse; y porque cesará entonces la sucesion y casualidad de las cosas mudables; cesará el movimiento de los cielos, el de la tierra, y por consiguiente el de todas las cosas que de unos y otros reciben, segun la natural sucesion de aquel. Autorizados los ángeles saldrán del cielo, el mundo todo será llamado á juicio, se abrirán los sepulcros, serán juzgados los vivos y los muertos, y se verificará la separacion de los unos y los otros. ¡Oh! ¡qué llamamiento tan dulce! ¡Oh! ¡qué separacion tan espantosa! ¡Oh! ¡qué sentencia tan inmutable! Entonces serán echados los réprobos al fuego eterno para que ardan para siempre. La Iglesia purificada será ofrecida á Dios Padre toda renovada y compuesta, como esposa sin mancha y sin arruga.

Indecible será el gozo de los justos al verse trasladados entonces á las celestiales mansiones, donde todo será gozo, contento y perpetua paz. Las virgenes prudentes disfrutando goces sin termino en los tálamos del Paraíso, bendecirán sin cesar á su eterno é immaculado Esposo, mientras que repudiadas las necias por el mismo, verán cerrarse á su vista las puertas del celestial reino, en el que ya no podrán entrar jamás.

Allí habrá un llorar eterno para los malos; allí empezará el remordimiento y la desesperacion sin fin; allí el temblor y el crujió de dientes á causa del extremado frio; aunque tarde y sin provecho se arrepentirán y gemirán los malos; se enfurecerán é indignarán contra sí mismos, porque tanto se obstinaron y endurecieron en su corazon, despreciando la gracia y los auxilios sobrenaturales con que el Señor los favorecia para provocarles á la penitencia. Entouces conocerán claramente el motivo por qué en tantas y tan repetidas ocasiones permitió el Señor les hablaran, mientras vivian, de la pena y tormento eterno que los malos en el otro mundo han de sufrir justicia terrible de Dios que brilla pasmosamente al lado de una misericordia no menos asombrosa! Para que ninguno pueda excusarse por ignorancia, hace que tantas veces se habla á los hombres de las penas del infierno y de las delicias de la patria.

Con su acostumbrada amabilidad preguntó después Jesús á sus apóstoles, y les dijo: ¿Habeis entendido bien todas estas cosas? Dijéronle que sí. No podia ignorar Jesús lo que habian de responderle; mas sin embargo les preguntó para despertar en ellos mas y mas el deseo de saber y para hallar pié en su respuesta para continuar su importante instruccion. No queria Jesús que sus apóstoles oyesen la doctrina de la misma manera que la oian las turbas, sino que queria que la entendiesen. Con esto enseñó á todos los ministros de su Evangelio, y muy particularmente á los prelados y predicadores, lo que deben saber y obrar, para que puedan presidir, enseñar y predicar á otros; por lo que les añadió: Por eso todo maestro docto en el reino de los cielos es semejante á un padre de familias que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

De notar es que Jesucristo en su Evangelio usa la palabra *Scriptura*, que la glosa traduce *Maestro* y san Agustin [1] *Escribano*, porque los apóstoles, añade, son escribanos y notarios de Jesucristo, que escriben su santa palabra en las tablas del corazon de los fieles, enseñándoles lo que deben hacer para agradar á Dios y conseguir su salvacion, cuyo oficio y despo los hace en todo semejantes al padre de familias. Como si dijese: El que es tal, á mí mismo me parece

[1] Div. August. in quest. in Math.



en la vida y en la predicacion, enseñando con autoridad del viejo y nuevo Testamento, de las que está verdaderamente entregada toda la red de mi Iglesia. O como da á entender san Gregorio [1]. Por nuevas cosas se declaran todas aquellas que publican y enseñan la suavidad y grandeza del reino de los cielos; y por vieja se entiene la enseñanza que predica el espantoso tormento del infierno, á fin de que las graves penas espanten á los que no se animan por la esperanza de los premios con que se les convida. O por nuevas cosas pueden entenderse las ducas amonestaciones con que los ministros del Señor alegan el corazon de los justos para que caminen por el sendero de la virtud, así como por las viejas tambien se pueden comprender la indignacion y el celo con que se reprende á los pecadores para apartarlos del camino torcido de los vicios; por cuya razon debe el ministro del Evangelio que la palabra de Dios anuncia, acomodarse en todo á la capacidad y necesidades de sus oyentes, para lo cual debo tener recogidos un gran tesoro, sacado cuidadosamente del antiguo y nuevo Testamento; debe estar armado de la caridad y del celo santo de la salvacion de sus prójimos, instruyendo y manteniendo en sus pechos el deseo de su salvacion, así como el verdadero padre de familias está obligado á procurar á sus hijos y domésticos, no solo el sustento corporal, sino tambien el espiritual, para que en la consumacion de los siglos consiga su salvacion eterna.

## ORACION.

Señor mio Jesucristo, hazme salir de la vida vieja, para que la semilla de tu santa palabra que sembraste en mi entendimiento, y la del buen propósito que hiciste nacer en mi voluntad, y las flores de las virtudes que con tu gracia se ostentaron en mis hechos, no sean comidas de la vanagloria, ni pisoteadas en la carrera del menosprecio, ni se sequen metidas entre las piedras duras de la obstinacion, ni se ahoguen entre las espinas de los cuidados de esta vida; mas antes fructifiquen y prosperen en la tierra buena y

III Div. Gregor. in Hom. 34 in Math.

muy perfecta del corazon misericordioso, humilde y alegre: haz, oh dulce Jesús! que me desposea de todos los afectos y amores de la tierra para adquirir el único y verdadero tesoro, que es amarte á ti sobre todo lo que hay dentro y fuera de mí. Ya que por tu bondad he sido admitido en el reino de tu Iglesia santa que tú fundaste, y que con tu Padre Omnipotente y el espíritu de tu amor presides, riges y gobiernas, no sea yo del número de los malos cristianos, ni de los hijos desterrados é ingratos á su vocacion, que nacen como si no lo fueran, sino que viva yo de tal manera, que en el día del juicio universal cuando se haga la separacion de los buenos y de los malos, merezca ser colocado á tu diestra, para recibir tus misericordias y tus gracias. Amen.

NOTA. La historia del presente capitulo se halla en el XIII de san Mateo, desde el versículo 31 hasta el 52 ambos inclusive; en el IV de san Marcos, versículos 31 y 32; y en el XIII de san Lucas, versículos 17, 20 y 21, tambien inclusive.

La Iglesia usa del texto de san Mateo, desde el versículo 31 al 35 para el Evangelio de la misa de la Dominica sexta después de la Epifanía, y desde el versículo 44 hasta el 52 para el Evangelio de la misa de santa Paula viuda, á 24 de enero, de santa Inés secundo, á 28 del mismo, y en otras varias festividades, y muy particularmente en el comun de santas vírgenes y mártires; de vírgenes tan solamente, y de no vírgenes ni mártires, como se ve en las misas *Me expectaverum*, etc. *Vultum tuum*, etc. *Cognovi Dominie*, etc. Unos y otros dicen así:

## EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA VI DESPUES DE LA EPIFANIA.

San Mateo, cap. XIII, vs. 31 al 35.

En aquel tiempo dijo Jesús al pueblo esta parábola: Semejante es el reino de los cielos al grano de la mostaza, que le toma un hombre y le siembra en su campo, el cual es la mas menuda de todas las semillas; mas después de crecido es mayor que todas las otras

legumbres, y hácese árbol tan grande, que vienen á él las aves y anidan en sus ramas. Otra parábola les dijo: Semejante es el reino de los cielos á la levadura que toma la mujer y la envuelve con tres sats ó celemines de harina, hasta que toda la masa haya fermentado. Todo esto habla Jesús al pueblo en parábolas, sin las cuales no solía predicarles, para que se cumpliese lo que estaba dicho por el Profeta: Abrió la boca para hablar con parábolas; publicaré cosas que han estado escondidas desde el principio del mundo.

EVANGELIO DE LA MISA DE SANTA PAULA Y DEMAS QUE SE HAN CITADO.

*San Mateo, cap. XIII, vs. 44 al 52.*

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Semejante es el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, el cual hallado por un hombre le encubre de nieve, y gozoso por el hallazgo va y vende todo cuanto tiene y compra aquel campo. También es semejante el reino de los fieles á un comerciante que busca piedras preciosas, el cual, hallada una piedra preciosa, fué y vendió todo cuanto tenía y la compró. También es semejante el reino de los cielos á la red que echada en el mar coge toda suerte de peces, la cual en estando llena la sacaron á la orilla, y sentados escogieron los buenos y los metieron en cestos y los malos los echaron fuera. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los ángeles y apartarán á los malos de entre los justos, y los arrojarán en el horno del fuego, en donde habrá llanto y rechinar de dientes. ¿Habeis entendido todas estas cosas? Dícnle, sí. Entonces les dijo: Por esto todo nuestro docto en el reino de los cielos es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

## CAPITULO XXV.

REPRENDE JESUS A LOS FARISEOS Y DOCTORES DE LA LEY, Y ACRIMINA TERRIBLE SUS PENSAMIENTOS Y SU CONDUCTA.

Astuta siempre y avizora la malicia de los judíos, se lisonjaba, aunque entre muy amargos desengaños, que á pesar del carácter de divinidad y de la altísima sabiduría que resplandecía en todas las obras de Jesús, había de encontrar un día ocasion para acusarle jurídicamente ante los tribunales de la nación y perderle; mas viendo que salían fallidas todas sus esperanzas, burlados todos sus esfuerzos y que eran inútiles todas sus tentativas, maquinaron pérfidamente insurreccionar el pueblo contra él para hacerle perecer sin formalidad de justicia en medio de un tumulto popular, y vengarse de este modo de la superioridad de su virtud, de la extension de su poder y de todas las acres inyectivas con que á la vista del pueblo mismo los reprendía. Grande era la empresa, pero no desconfiaban de salir con ella, y para ello no había medio que les pareciese injusto, ni accion, por villana que fuese, que no se les figurase muy caballerosa y leal.

Como nunca dejaba el Señor de predicar, valiéronse un día después del sermon del pretexto de convidarle á comer en casa de uno de ellos que celebraba un festin. Convidáronle, no para que con la

legumbres, y hácese árbol tan grande, que vienen á él las aves y anidan en sus ramas. Otra parábola les dijo: Semejante es el reino de los cielos á la levadura que toma la mujer y la envuelve con tres sats ó celemines de harina, hasta que toda la masa haya fermentado. Todo esto habla Jesús al pueblo en parábolas, sin las cuales no solía predicarles, para que se cumpliese lo que estaba dicho por el Profeta: Abrió la boca para hablar con parábolas; publicaré cosas que han estado escondidas desde el principio del mundo.

EVANGELIO DE LA MISA DE SANTA PAULA Y DEMAS QUE SE HAN CITADO.

*San Mateo, cap. XIII, vs. 44 al 52.*

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Semejante es el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, el cual hallado por un hombre le encubre de nieve, y gozoso por el hallazgo va y vende todo cuanto tiene y compra aquel campo. También es semejante el reino de los fieles á un comerciante que busca piedras preciosas, el cual, hallada una piedra preciosa, fué y vendió todo cuanto tenía y la compró. También es semejante el reino de los cielos á la red que echada en el mar coge toda suerte de peces, la cual en estando llena la sacaron á la orilla, y sentados escogieron los buenos y los metieron en cestos y los malos los echaron fuera. Así sucederá en el fin del siglo. Saldrán los ángeles y apartarán á los malos de entre los justos, y los arrojarán en el horno del fuego, en donde habrá llanto y rechinar de dientes. ¿Habeis entendido todas estas cosas? Dícnle, sí. Entonces les dijo: Por esto todo maestro docto en el reino de los cielos es semejante á un padre de familias, que saca de su tesoro lo nuevo y lo viejo.

## CAPITULO XXV.

REPRENDE JESUS A LOS FARISEOS Y DOCTORES DE LA LEY, Y ACRIMINA TERRIBLE SUS PENSAMIENTOS Y SU CONDUCTA.

Astuta siempre y avizora la malicia de los judíos, se lisongaba, aunque entre muy amargos desengaños, que á pesar del carácter de divinidad y de la altísima sabiduría que resplandecía en todas las obras de Jesús, había de encontrar un día ocasion para acusarle jurídicamente ante los tribunales de la nacion y perderle; mas viendo que salian fallidas todas sus esperanzas, burlados todos sus esfuerzos y que eran inútiles todas sus tentativas, maquinaron pérfidamente insurreccionar el pueblo contra él para hacerle perder sin formalidad de justicia en medio de un tumulto popular, y vengarse de este modo de la superioridad de su virtud, de la extension de su poder y de todas las acres inyectivas con que á la vista del pueblo mismo los reprendia. Grande era la empresa, pero no desconfiaban de salir con ella, y para ello no había medio que les pareciese injusto, ni accion, por villana que fuese, que no se les figurase muy caballerosa y leal.

Como nunca dejaba el Señor de predicar, valiéronse un día después del sermon del pretexto de convidarle á comer en casa de uno de ellos que celebraba un festin. Convidáronle, no para que con la

comida recobrase sus fuerzas, sino para pillarle en algun renuncio, acusarle y perderle; y así es que á las casas de los fariseos no iba, sino convidado, y asistía á los convites de los publicanos aunque no fuese rogado. Entró pues en la casa del fariseo donde halló un gran número de ellos asociados de otra crecida porcion de maestros y doctores de la ley. No ignoraba su Majestad que iba á ser examinado y observado, y que ninguna de sus acciones se quedaria sin una muy rigida censura; mas con todo esto condescendió animado precisamente de la ardentísima caridad de que estaba lleno, para no despreciar ninguna ocasion de amonestarles, obrando como médico celoso que asista con mas asiduidad y esmero á los que se hallan gravemente enfermos, uniendo en mil ocasiones la industria á la ciencia para ver si logra salvarlos.

Entró, nos dice el Evangelio, y se sentó á la mesa con los demás convidados, sin tomar alguna de aquellas precauciones á que veia sujetarse escrupulosamente el resto de los concurrentes, lo que causó una grande sorpresa al fariseo que le habia llamado: ofendióse por tanto de la conducta de Jesús y llevó muy á mal que un hombre á quien creia honrar convidándole á su mesa, se dispensase tan públicamente de los diferentes lavatorios ó abluciones usadas entre los judíos antes de tomar el alimento. Mas Jesús lo habia hecho á propósito y con todo estudio, para tener ocasion de representar á toda la secta de los fariseos sus vicios ocultos y reprenderlos agradamente; así que, conociendo por algunas señales exteriores y mas porque penetraba los corazones, la soberbia hipócrita del que le habia convidado, mudando repentinamente su natural dulzura en indignacion, le dijo: Estoy viendo que murmurais en el fondo de vuestro corazón, y que siendo como sois sobremanera negligente en procurar vuestra purificacion interior, tenéis gran cuidado en la limpieza de los platos que usais, y aun de las asas de los jaros que habeis de tocar, siendo así que son estas cosas muy exteriores y de poca consecuencia. ¿No seria mucho mejor os limpiárais de la rapia y de la maldad de que estais llenos? Vuestro porte el dia de hoy es sobremanera hipócrita, falaz y engañador. Con vuestras afectaciones malignas, con vuestras detestables tradiciones, y con vuestras ceremoniosas abluciones y prácticas, engañais al pueblo incauto, ense-

ñándole á que mida la santidad de vuestra vida por las falsas apariencias de limpieza que ostentais. Estas son bellas, no hay duda; pero vuestros corazones y vuestras almas están llenos de iniquidades y atrocidades. ¡Necios! ¡Ignorais por ventura que el que crió é hizo el exterior del hombre, crió también su alma con sus potencias? Vosotros decís que se honra el Criador teniendo mundas y limpias las cosas que crió; ¿y es por ventura menos criador del alma que del cuerpo? ¿Lo es menos del interior que del exterior? ¡Brillan menos su omnipotencia y sabiduría en lo uno y en lo otro!

Esto es precisamente lo que quiso significar el Señor condenando la doctrina de aquellos que detestaban la fornicacion, la inmundicia, el hurto, la rapia y otros semejantes, como pecados muy graves, y reputan como muy leves la ira, la venganza, la blasfemia, la soberbia y la avaricia, que arrastran á los hombres á apartarse de Dios y los inclinan al servicio y culto de los ídolos [1]. ¡Ay de aquellos que ponen todo su afán en ocuparse de cosas pequeñas y exterioridades frívolas, y cuidan poco de las de gran interés y cuantía! No hace el hombre todo lo que pueda y debe, cuando no procura que su alma sea la que tenga al menos el primer lugar, ya que no sea el único, en todas sus obras y cuidados, porque Dios descubre en ella las menores imperfecciones y manchas; por esto sin duda les añadió: ¡Necios! si quereis purificaros como debéis en vuestro interior, sacad de vuestras arcas no solo el dinero que ha juntado allí la injusticia, sino el que Dios os dió ó vosotros justamente habeis adquirido. Dado de limosna segun podais, y se borrarán las feas manchas de vuestros pecados; este es el medio mas eficaz y á propósito para purificar vuestros espíritus; se apagarán hasta vuestros malos deseos, se moderará vuestra codicia, y todo en vosotros estará con orden y decencia. El cuerpo quedará limpio y el alma se santificará; Dios estará gozoso, y los hombres no podrán menos de quedar edificados.

En verdad, les dijo el Señor, yo os doy este consejo; lo que os sobre dado de limosna. Esto es, lo que es sobre después de haber restituido, lo que injustamente reteneis usurpado de los demás; por-

[1] Ven. Bed. in cap. 11 Luc.

que lo primero es restituir y después entra el hacer limosna; 6 como dice Veda [1]: Dad lo que os sobre después de apartar lo necesario para vuestro alimento y vestido; porque no se manda hacer la limosna de manera que quede uno desnudo y hambriento, sino que se dé después de cubiertas las primeras y propias necesidades, y luego todo será limpio para vosotros; pues la limosna tiene muy grande virtud para alcanzarnos de Dios la remisión de nuestros pecados. A Nabuco decía Daniel [2]: Redime ¡oh rey! tus pecados con limosnas. O enténdase si no el hacer limosnas de lo sobrante, que se haga de tal modo, que después de tantas culpas cometidas se ordene de tal manera la verdadera limosna, que empiece por nosotros mismos. Empiece esta limosna limpiándose interiormente el hombre por la fe y el bautismo, creyendo en Jesucristo; y si después de recibido este manchase otra vez con la culpa el blanco ropaje de la inocencia, limpio por la penitencia; pues el que quiere hacer la limosna según el orden de la perfecta y verdadera caridad, por sí mismo debe empezar.

De esta manera y con su acostumbrada dulzura enlazaba Jesús con celo ardiente las mayores demostraciones de su bondad, dejándose ver aquel de un modo claro cuando reprendía severamente todo género de pecados, animado de la gloria de su Eterno Padre: y como conocía hasta dónde llegaba el fingimiento hipócrita de los fariseos, dirigió todos sus esfuerzos á desengañar al pueblo sencillo que veía notablemente expuesto. ¡Ay de vosotros! continuó en seguida el Señor. ¡Ay de vosotros! pues contentos con pagar el diezmo del anís, del comino y de toda especie de legumbres, no tenéis cuenta con la justicia que debéis guardar para con el prójimo. ¡Vosotros dais á los sacerdotes lo que la ley les señala, y os dispensais de las obras de misericordia que os encomienda Dios con preferencia á las observancias legales! ¡Vosotros omittis lo mas importante á que la ley os obliga, y creéis satisfacerla completamente cuando pagais el diezmo de una cosa pequeña! Yo no digo que os debais eximir de los pagos de los diezmos; esta es una obligacion que debemos cumplir, pero sin que por ello quedeis dispensados del cum-

[1] Ven. Bed. in cap. 11 Lucae.

[2] Dan. cap. 4, v. 24.

plimiento de lo demás que ella manda. Esto no es hacer misericordia ni dar limosna, porque es faltar á la justicia y á la caridad; cumplir con estas dos virtudes es lo primero, porque ella se nos manda para mayor gloria y honor de Dios; y conviene tambien no omitir el pago de aquellas décimas y limosnas que están destinadas á la subvencion de los sacerdotes y al socorro de los prójimos. Entended que no se compra la impunidad por la limosna mientras el peccador permanece en la iniquidad; así es que los fariseos se lavaban exteriormente mediante la solacion de aquellos diezmos; pero no quedaban limpios en su interior, porque les faltaba el baño de la justicia y de la caridad.

Muy oportunamente se usan en este lugar estas dos virtudes, porque la justicia sin caridad se convierte con mucha frecuencia en espantosá crueldad.

De dos maneras entienden los padres de la Iglesia el pago ó solucion de las décimas que tan religiosamente aparentaban los fariseos satisfacer. El uno decía respecto á sí mismo; porque aunque como ministros del templo recibian décimas del pueblo, de las recibidas y de lo que ellos recibian de sus campos, debian pagarlas al sacerdote sumo; y para aparentar una santidad que no tenian, las pagaban de lo mas pequeño y despreciable. Estimulados por la codicia, obraban con esta apariencia de virtud, procurando inducir con su ejemplo á los demás al pago religioso de las décimas, desde lo mas grande hasta lo mas pequeño. Puede entenderse tambien este pago con respecto á los demás, pues por medio de su doctrina y sus precauciones, les inducian á pagarlos con la mas estricta fidelidad.

Infelices de vosotros, escribas y fariseos, pues os encomienda el Señor la fidelidad y buena fe, y vosotros engañais á todo el mundo. No se condenan las obras de supererogacion que se pueden practicar santamente, mas es fuerza advertir que siempre se debe empezar por las de justicia y precepto, sobre las que se funda la mas sólida virtud. ¡Insensatos! sois unos guias ciegos de quienes se puede decir que tragais caméllos enteros, esto es, que cometis grandes y horribles pecados; y sin embargo, por una muy refinada hipocresía procurais evitar faltas muy ligeras: en vosotros se verifica aquel pro-

verbio tan trillado y sabido, esto es, que pasais la bebida por un lienzo muy delicado temiendo tragáros un mosquito, y os engullís en verdad un camello. Estas son vuestras obras; este es el ejemplo que dais á los otros; os preciais de muy observantes de pequeñeces, y menospreciáis las cosas mas grandes y necesarias: tal es el objeto de vuestra falsa virtud.

¡Ay de vosotros, vuestro á decir, fariseos hipócritas! Os presentais en medio del templo, oráis largamente, y con estas apariencias de piedad esperais conseguir limosnas y presentes de las pobres viudas para enriqueceros de sus despojos, para comeros sus bienes y arruinar sus familias. Temed, porque llegaron al cielo los suspiros de la viuda y los clamores de' pupilo; patentes están á la presencia del Eterno vuestras obras de iniquidad: seréis tratados con el mayor rigor. Descubrióse toda la maldad de vuestro corazón; no hay en vosotros ni una chispa de celo santo por la religion y por la ley; vuestros deseos son seducir y engañar con tan largas oraciones.

¡Ay de vosotros, impostores crueles, esolotas engañadores! Libres á vuestro parecer de todo remordimiento, correis las tierras y surcaís los mares, para hacer un prosélito y atraer al judaismo á un extranjero ó gaulil; y después que os creéis dichosos por haber añijado en vuestra secta un nuevo discípulo, le instruis tan mal, que sale mucho peor y mas digno del infierno que los mismos maestros. Vuestras tradiciones fúestas, vuestras máximas perniciosas y vuestros envejecidos oños, que es lo primero que les comunicais, no producen en su corazón y espíritu sino errores y vicios que la corrupcion del vuestro aumenta mas y hace de mas difícil desarraigo.

¡Ay de vosotros, doctores y guías ciegos, que descaminais y perdéis á todos los que os siguen por la obstinada necedad de vuestro corazón, incluyéndoles á cometer toda clase de iniquidades! ¿Qué concepto formarán de vosotros los hombres si atienden á los sofismas de vuestra ciencia vana? Vosotros los enseñáis que á nada queda obligado el que jura por el templo; pero el que jura por el oro del templo hace un juramento válido, y en conciencia lo debe guardar y cumplir. Engañádeslos ocios, abrid vuestros ojos, reflexionad un poco, decid, ¿cuál es mas santo, cuál es mas digno, cuál tiene respetos mas dignos de veneracion, el oro que en sí es profano, aunque

se ofrezca para el culto y adorno del templo, ó el mismo templo que es santo y es el lugar donde Dios mas particularmente mora y reside, y donde oye y despacha con mas benignidad y prontitud las súplicas y plegarias de sus hijos? También decís con vanidad presuntuosa, que el que jura por el altar á nada queda obligado; pero si el que jura por la víctima que sobre el altar se ofrece; porque ella es una cosa tan santa, que no puede violarse el juramento que por ella se hace sin cometer un horrible sacrilegio. ¡Desdichados! ¿de dónde nace tan monstruosa necedad, sino de la insaciable avaricia que os domina y del desao de aprovecharos de los dones que al templo se ofrecen? Malaventurados perversos, abrid vuestros ojos y ved á cuál de estas dos cosas debéis mayor respeto. ¿á la ofrenda que sobre el altar se pone, ó al altar mismo que estando consagrado á Dios, á la ofrenda santifica?

Insidiosas son y llenas de errores todas vuestras doctrinas; y como os moveis á todos vientos y doblegais con facilidad hácia las cosas que os halagan, condenais hoy lo que ayer enseñábais, y enseñáis hoy lo ayer condenábais. Enseñado habeis en otro tiempo que los juramentos que se hacían por las ciuturas, por altas y nobles que fuesen, á nada obligaban, y que sin escrúpulo alguno podían muy bien dejarse de cumplir; mas hoy afirmáis todo lo contrario y decís que son los mas sagrados é inviolables los que se hacen por el templo y por los dones que en él se ofrecen. Corregid pues y poned freno á vuestra inconstante veleidat; detestad vuestros envejecidos errores y fatales abusos, y sabed desde hoy para siempre que el que jura por el altar, jura por él y por todo lo que hay sobre él; que el que jura por el templo, jura por él y por el Señor que en él habita, como en su casa propia; y finalmente, que aquel que jura por el cielo, jura no solo por él, sino por Dios que ha establecido en él su trono.

Dominados por la avaricia, habeis caído en estos groseros errores; pero no son de menos bulto ni menos dañosos los que os ha causado la ambicion. ¡Ay de vosotros, fariseos soberbios, que dominados por la ambicion forcez anhelais los primeros asientos en las sinagogas, y buscaís con avidoz en las plazas públicas las atenciones y respetos de todo el pueblo! ¡Desdichados de vosotros, os pareceis á los

sepulcros! La podredumbre que estos encierran está escondida. Los vivos que caminan sobre las losas frías de los muertos, no sienten los hálitos malignos de la infección; pero dejará esta de ser menos grande porque se percibe menos? Y en verdad que comparó muy bien el Señor en esta ocasión la hinchada ambición de los fariseos á los muertos que yacen en los sepulcros, porque el alma muerta está en el cuerpo del hipócrita y del pecador. Dicese sepulcro, esto es, *semipulcro*, porque tales son los hipócritas; blancos por fuera, hediondos por dentro. Y tales no son los hijos de la esposa, esto es, la Iglesia santa, que de sí misma dice: Negra soy, pero hermosa. Negra por fuera, hermosa por dentro. Reprende aquí también el Señor toda falsa simulación y apariencia de santidad, para que nos apartamos de ella. Por lo que á los fariseos reprende, quiere hacer que nosotros seamos mejores; sobre lo que dice san Crisóstomo [1]. No nos maravilla que fuesen los fariseos como sepulcros, sino que lo sean los cristianos que deben ser como templos. ¿No es por ventura el extremo de la miseria y de la desgracia que se convierta de repente en sepulcro que solo despide hedor, el que antes era templo que exhalaba la fragancia del buen olor?

Sin que Jesucristo hubiera sido muy dueño de los corazones de cuantos le oían, y hubiese podido represar los movimientos de venganza é ira que en ellos debían evitarse, no hubiera seguramente hablado un lenguaje tan ardiente en presencia de los mismos interesados, que en razón de los grandes puestos que en la nación ocupaban, se creían los más delicados y sensibles, y por consiguiente más autorizados que todos los demás para evitar la venganza. Jesús empero era el Hijo de Dios, estaba lleno de gracia y de hermosura, y con su sabiduría infinita sabía encadenar cuando quería las pasiones más fogosas de sus contrarios. Como era Omnipotente, tomaba también de cuando en cuando un aire de autoridad divina, tan imponente y majestuosa, que no solo lo reducía á silencio, sino que desconcertaba todas las ideas y planes que su ebullición le impulsaba á formar. Confinados y avergonzados los fariseos, no se atrevieron á replicar al Señor. Solo un escriba ó doctor en la

[1] Div. Crisostom. Hen. 84 in Meth.

ley se creyó bastante autorizado á dirigirle alguna réplica, aunque afectando la mayor moderación. Maestro, le dijo, ¿no advertís que vuestras invectivas contra los fariseos recaen sobre nosotros que tenemos á nuestro cargo predicar la ley, y que por lo mismo deshonrais en nuestras personas el ministerio público que ejercemos? ¿No sería más conforme que á la presencia del pueblo os explicáseis de un modo que pusiese á cubierto nuestra reputación? No, no, replicó el Maestro divino abrasado en ardiente celo de la gloria de su Padre; no conviene, ni para vosotros, ni para la ley, ni para los pueblos, que se contemple y se lisongee á unos intérpretes que la corrompen y la adulteran; ni que se toleren unos maestros que engañan y seducen á aquellos á quienes tenían un deber de hablar la verdad; así que, con vosotros hablo también, desdichados escribas y funestos doctores, que imponéis á vuestros hermanos cargas insostenibles que no pueden mover, y es tal vuestro necio orgullo, que ni aun con la punta de vuestro dedo queréis llegar á ellas para ayudarles; que fué lo mismo que si les hubiera dicho: Por vuestra propia autoridad añadís cosas á la ley que la hacen pesadísima é insostenible, y vosotros os creéis autorizados para no guardarla.

Como si todo esto hubiese parecido poco á Jesucristo, continuó todavía su discurso diciendo: ¡Ay de vosotros, escribas y maestros de la ley, que os ocupáis en edificar sepulcros para honrar la memoria y las cenizas de los profetas! ¡Miserables de vosotros, que de tan corta cosa os honrais! ¿Os habéis olvidado que esos huesos que aparentais honrar, son los de aquellos que murieron víctimas del furor de vuestros padres? En esto dais un testimonio irrefutable de la perversidad de vuestro corazón, de que no les tenéis más amor que el que vuestros padres les tuvieron, y de que como ellos, tenéis la malvada inclinación de perseguir á los enviados de Dios tan luego como se atreven á amenazaros con los castigos del cielo que merecís; sobre lo que dice expresamente el venerable Beda [1]: ¡Cuán miserable es la condición de los que presiden los pueblos! Juzgan para sí contumeliosa la palabra de Dios; y apenas oyen referir los castigos que esperan á los réprobos, cuando ya se creen aludidos;

[1] Ven. Bed. in sep. 8 Luc.

siendo así que entonces su voto debiera ser el mismo que el del Salmista cuando decía [1]: Ojalá, Señor, que se enderezasen mis pasos á observar tus justísimas leyes. Entonces no seré confundido cuando tuviere fijos mis ojos en todos tus preceptos. Te alabaré, Señor, con corazón sincero y recto, porque aprendí los juicios ó disposiciones de tu justicia. Observaré tus justos decretos, no me desampararé jamás.

Los escribas y doctores de la ley eran los que desataban las cuestiones ó dudas legales. Los fariseos empero eran los sacerdotes de los judíos, y se creían mas religiosos que los demás, porque en razon de la santidad de su ministerio vivían como separados y divididos de todos. Mas Jesús, que era el corrector público de los vicios, no coartaba su ministerio ni tenía condescendencias con las personas, cualquiera que fuese su categoría, con detrimento de la verdad. Públicos eran y manifiestos los pecados de los escribas como lo eran también los de los fariseos; y así á nadie insultaba ni ofendía cuando públicamente avisaba y corregía; por lo que pudo muy bien decirles: Si vosotros os disponéis á seguir el ejemplo de vuestros padres, bien presto sacrificaréis á vuestra envidia todos los enviados de Dios. Juzgó oportuno el Señor, dice san Gerónimo [2], y quiso humillar su soberbia echándoles en cara que eran hijos de homicida, cuando edificaban sepulcros para aparentar una bondad que no tenían y un deseo de gloria en favor de su pueblo, del que no estaban animados. Y así fué que luego continuó diciéndoles: Manifiestos son vuestros deseos, mas ya están previstos por la sabiduría de Dios cuando dijo: Yo les aliviaré, profetas y apóstoles, y á unos quitarán la vida y á los otros perseguirán. Concluid por tanto la obra que començaron vuestros padres, y aprended el castigo que preparais contra vosotros mismos. Si, yo os lo anuncio, y mi promesa no fallará: esta generacion será castigada tan severamente, como si hubiese derramado la sangre de los profetas que ha caído sobre la tierra desde el origen del mundo: desde la sangre de Abel justo, hasta la de Zacarías, hijo de Beraquías, que fué muer-

[1] Ps. 118, vs. 5 et seqs.

[2] Div. Hieronim. Hom. sup. cap. 11 Luc.

to entre el templo y el altar [1]: así será castigada esta generacion. Esta nacion, á la que hablo ahora, sufrirá tambien castigos horribles, porque tan ingratos sus hijos como los de la generacion pasada, perseguirá, ultrajará y dará muerte á los profetas de Dios, y á los pastores que enviará el Mesías para su conversion. No lo dudeis, será castigada. Llenóse la medida de la justicia divina, porque Israel y Judá llenáronla de sus abominaciones, y el Altísimo se cansó de sufrir tantos pecados.

¡Oh Jerusalem ingrata! ¡Veleidosa é inconstante Jerusalem, que persigues á los profetas y apedreas aquellos que envía el cielo para que te prediquen la penitencia! ¡Cuántas veces quise reunir tus hijos en derredor mio para librarlos de la justicia divina, y tú no lo quisiste! ¡Cuántas y cuántas veces les ofrecí mi proteccion procurando guarecerles con ella, así como la gallina guarece sus polluelos bajo sus alas, y tú lo rehusaste! ¡Desgraciados hijos de esta ciudad desventurada, abrid los ojos! La venganza del cielo tonará prontamente sobre vuestra cabeza: el Señor ha resuelto abandonaros temporal y espiritualmente [2]. En castigo de vuestra rebeldía y para vuestra confusion, seréis entregados en manos de un enemigo soberbio y victorioso; vuestras casas serán saqueadas y demolidas; arrasados serán los muros de vuestra ciudad; toda ella se verá desierta y poblada solamente de cadáveres; la hermosura de vuestras campiñas se convertirá en un erial y espinoso desierto, y vuestras almas, en fin, entregadas á las llamas eternas, coronarán el cuadro de la justicia de un Dios, que después de haber esperado mucho tiempo con paciencia, castiga espantosamente los ultrajes que se le hacen.

No quiso tampoco el divino Maestro pasar en silencio el abuso criminal que hacían de su saber los doctores y legistas presuntuosos. ¡Ay de vosotros, les dijo, que os apropiáis la llave de la ciencia, y con todo eso no entráis en los secretos de la verdadera doctrina; pues no me reconocéis, ni por mis milagros, ni por las Escrituras,

[1] Zacarías fué muerto en el Parris exterior que dividía la morada de los sacerdotes del altar de los holocaustos.

Barachias, su padre, fué el que profetizó en el reinado de Darío, el que dió el permiso para la reedificacion del templo. Petav. in Libris Chronol.

[2] Expositio de Euthymio. De derelictione spirituali. . . . ad confusionem vestram.



ni por los caracteres con que ellas me señalan, ni por los oráculos con que ellas me anuncian, ni aun por las doctrinas de misericordia y de paz que os enseño! A vuestro cargo está instruir los pueblos para introducirlos en el reino del cielo, y con vuestras perniciosas máximas y detestables ejemplos, á ellos y á vosotros habeis cerrado sus puertas; esto es, deteneis á la puerta de la verdad á los que se presentan para reconocerla, y estando prontos á creer en mí les apartais furiosos de esta saludable creencia.

Es sobremana sorprendente el celo con que Jesucristo dió en esta ocasion una reprimenda tan fuerte á los escribas y fariseos, acostumbrados á recibir siempre del pueblo fisongeras adulaciones; así es que formando desde luego como causa común contra el Salvador, hicieron todos los esfuerzos imaginables para obligarle á callar, reduciendo la disputa á gritos y á furor. Prevenidos estaban anticipadamente los apóstoles y discípulos contra la soberbia de los fariseos y contra los errores de la Sinagoga; pero con esta tan fuerte reprimenda detalló perfectamente Aquel, para quien nada hay oculto, el carácter horrible, los perversos afectos, los abominables sentimientos y las detestables costumbres de todos ellos; siendo innegable que por espantoso que sea el retrato, es sin embargo el mas natural y parecido. Este es, por desgracia de los hombres, el de todos los sabios soberbios, el de todos los envidiosos, y el de los hipócritas de todas las naciones y siglos. ¡Desventurado del país donde ellos llegan á dominar! De allí desaparecen al momento la justicia, la verdad y la paz; el crimen recibe el premio que á la virtud se debe; la mentira se entroniza, crecen el engaño y el dolo, y la guerra mas feroz y sangrienta viene á sustituir las delicias de la mas envidiable paz. La ambicion se apodera de los corazones miserables, y las pasiones que se enardecieron corren hasta inflamarse por la irritacion; el mundo todo no presenta entonses sino la imágen espantosa de un monte volcanizado, á cuya faldá nadie acercarse puede sin ser sofocado por los vapores que de sus entrañas salen por el espeso humo que sus bocas despiden; ó sin ser reducido á cenizas por los borbotones de espumante lava, que las encrucijadas abiertas por entre la dureza de las peñas, por las fuerza de las llamas, de continuo por todas partes arrojan.

Parece que san Agustín [1] habia dicho en su tiempo como lamentándose de la aspereza con que los ricos y poderosos reciben las correcciones y de lo mal que les sientan: nuestros príncipes y magnates cuando reprenden en público á los pobres que en algo faltan, no paran hasta confundirlos; pero no hacen caso de los delitos abominables que los ricos y poderosos cometen. Por cuya razon comparaba Anaxágoras las leyes á las telarañas, que enredan y aprisionan las moscas, los mosquitos y otros pequeños insectos, al paso que los otros animales orgullosos y fuertes las rompen con desprecio; y san Crisóstomo dice [2]: Si fuese posible tomar debida venganza contra los ricos delinquentes, verias llenarse de ellos todas las cárceles del universo; pero tienen las riquezas un mal espantoso. Es memorable tambien el dicho de Sócrates, que refiere Valerio Máximo, el que dice: Que viendo conducir al suplicio un ladrón se echó á reir; y preguntado por qué reia, respondió: *Porque veo grandes ladrones que conducen un ladrón pequeño. Quitar la justicia del mundo y vereis que los reinos no son sino grandes latrocinios, y los latrocinios no son sino pequeños reinos.* Los pequeños sacrilegios se castigan en el mundo, al paso que los grandes se llevan muchas veces en triunfo. Con verdad pues y elegancia contestó el pirata á Alejandro Magno, cuando reconviéndole este por qué infestaba los mares con sus piraterías, le respondió con altanera libertad: *Por la misma razon que tú talas y destrozas todo el universo; sin que haya entre los dos mas que una sola diferencia, y es, que porque tú robas con una grande armada y un poderoso ejército te llaman emperador, y á mí me llaman ladrón porque lo hago con un pequeño barquichuelo.* No se glorién empuro los ricos y poderosos porque no son juzgados en el mundo ni castigados con el rigor y severidad de las leyes como lo son los pobres: tiempo vendrá en que recibirán con usura las penas á que por sus crímenes se hicieron acreedores. No haya enhorribieta en la tierra ningun juicio ni tribunal donde los pobres é inocentes sean juzgados con mansedumbre, que en el día terrible del Señor ante su tribunal temblando comparecerán los pobres, y en aquel juicio severo pedirán justicia

[1] Div. August. lib. 4 de civit. Dei cap. 4.

[2] Div. Crisostom. Hom. 84 in Math.

al Juez inexorable contra los poderosos, que no solo les juzgaron inicuaamente, sino que les condenaron con indecible crueldad. ¡Oh! ¡cuántas injusticias se hacen en el día de hoy en una pequeña ciudad, exclamaba en su tiempo san Cipriano [1], por las que nada sería de admirar que el país entero fuese reducido á la nada. De una manera muy distante se juzga al extraño y al doméstico. De una al mayor y de otra al menor. De una al pobre y de otra al rico. De una al pariente y al prójimo y de otra á aquel con quien el juez no está unido por los vínculos de la sangre y de la amistad: todo lo que es altamente contrario á la ley santa del Señor.

Cuantos males cause á las naciones la mala administracion de justicia, se conocen claramente por los bienes que la justicia hace. De la justicia del Rey proceden la seguridad de la patria, la paz de los pueblos, la union de los ciudadanos, la fortaleza de los soldados, la curacion de todos los males, el gozo de todos los hombres, el consuelo de todos los pobres, la seguridad de la posesion de los bienes, y de ella nace al parecer la buena temperatura de los humores, la calma de los mares, la fecundidad de la tierra, y en cada uno de todos los pechos la esperanza cierta de la bienaventuranza futura.

Nada puede añadirse á las terribles reconvenciones que el Salvador divino hizo á los fariseos y doctores de la ley, ni á la claridad y precision con que manifestó todos los pensamientos y secretos de sus corazones, ni á las oportunas quanto severas aplicaciones que despues de su Majestad divina hicieron los padres y doctores de su Iglesia de los principios de verdadera justicia. Contentémonos con rogar á Dios con humildad de corazón, para que la católica Iglesia no tenga en su seno fariseos soberbios como los tuvo la Sinagoga; que los doctores de la ley de gracia no hagan pasado é insoportable el yugo suave de Jesucristo, como lo hacian los doctores de la ley antigua, presentándose con una dureza de entendimiento y de espíritu enteramente contraria y repugnante al de amor y caridad de nuestro Legislador santísimo, y que la escuela de Jesucristo se preserve siempre de aquellos hombres engañadores que exageran las leyes porque se dispensan de ellas. ¡Cuánta cautela! ¡cuánta pre-

[1] Div. Cipriani. Lib. de Duodecim; abusivibus.

vision! ¡cuánto conocimiento no es necesario para precaucionar á los fieles sencillos contra la levadura de la falsa doctrina de los arrogantes y presuntuosos sabios! Si para conocerlos es necesario un don particular del Señor, y la discrecion y discernimiento de espíritus con que acostumbra su bondad favorecer de cuando en cuando á sus hijos amados, á quienes concede particulares distinciones para denunciarlos al público y exponerlos á la censura rigida del pueblo, es indispensable, no hay duda, una autoridad que emane verdaderamente de aquel que obtiene la suprema entre todos los monarcas del universo; porque solo así es heredero del valor de Jesús, el que tiene para atrozar la orgullosa ira de los presuntuosos de la tierra, puesto que los lobos disfrazados no consenten que se les arrebate impunemente y sin riesgo la inocente oreja que se propusieron devorar.

El Redentor dulcísimo de los hombres, cabeza principal, ejemplar y modelo de todos los pastores, experimentó en si mismo la contradiccion mas horrible desde el momento en que quitó á los fariseos la máscara de la hipocresia con que se embriaban. Sin concederle un momento de tregua, armábanle nuevos lazos, preparábanle cautelosas celadas y hacíanle nuevas y multiplicadas preguntas, mas capciosas las unas que las otras. Los escribas sucedian á los fariseos, y estos á aquellos, ó bien para imprimirlo con su número, ó bien para embarazarlo con la impertinente multitud de sus sofismas. A toda costa deseaban arcanear de su boca una respuesta que teniendo diversas interpretaciones pudiese ser delatada en sentido odioso á los magistrados; y estos por su parte solo esperaban alguna delacion con que colorear la injusticia atroz que meditaban. Pero todo fué en vano: era imposible que se escapase al Hombre Dios, infinitamente sabio, una respuesta indiscreta. Despreció el Señor las acuciaes de sus enemigos, respondiendo con gran majestad y sosiego á las importunas preguntas de todos ellos; añadiéndoles por último esta amenaza espantosa: Gente ingrata, nacion infiel, presto me separaré la muerte de vosotros, y no me vereis mas hasta el último día, en el que reconocereis, á pesar vuestro, que yo soy aquel de quien habló el Profeta; está es, aquel que viene en nombre del Señor, y que merece los respetos, las alabanzas y bendiccion de todos

los pueblos. Entonces los que hubiesen creído en mí, los que hubieren hecho penitencia y se hallaren en el número de los escogidos, todos dirán llenos de consuelo y alegría: Bendito sea para siempre el que viene en el nombre del Señor, esto es, dice san Crisóstomo [1] *en su segunda venida*: y esto lo dirán también los incrédulos con los judíos que entonces se convertirán, y á éstos precisamente alude el profeta Oseas [2] cuando dice: Los hijos de Israel estarán mucho tiempo sin rey, sin caudillo, sin sacrificios, sin altar, sin Ephod y sin Theraphines ú oráculos, y después de esto volverán los hijos de Israel en busca del Señor Dios suyo y del descendiente de David, su Rey y Salvador; y buscarán con santo temor y respeto al Señor y á sus bienes en el fin de los tiempos.

## ORACION.

*Señor mio Jesucristo, Dios y Salvador mio, consueto de mi corazón, concédeme la gracia de que antes de que me acerque á recibir el manjar espiritual que me tienes preparado, á saber, antes de recibir tu preciosísimo cuerpo en la santa Eucaristia, sea reengendrado, bautizado y espiritualmente lavado por la santa confesion, á fin de que libre de todas las asechanzas y acusaciones de mis enemigos, pueda dedicarme con todo el fervor de mi corazón á adorarte, alabarte y bendecirte. Concédeme tambien que evite toda simulacion é hipocresia, toda arrogancia y ambicion, para que jamás peque contra ti ni contra mi prójimo, por la mentirosa usurpacion de la virtud ó de la perfeccion, por el deseo de una vanidosa singularidad, por la teneridad de la injusticia de mis juicios, ó por la perversidad de alguna mentira ó engaño, para que jamás me haga participante de la vanidad de los fariseos, sino que guíndome tú con tu santa verdad, á ti vaya y por ti viva eternamente en la gloria. Amen.*

**Nora.** La historia del presente capítulo corresponde al 11 de san

[1] Div. Crisostom. Hom. 46 in Math.  
[2] Ose. cap. 3, vs. 4 et 5.

Lúcas, desde el versículo 39 hasta el 54; y el 23 de san Mateo, desde el versículo 13 hasta el 39, ambos inclusive.

La Iglesia usa de varios trozos de estos Evangelios en diversos dias; á saber, del Evangelio de san Mateo, desde el versículo 34 al 39 en la festividad del proto-mártir san Esteban; y como de los otros trozos no hay un Evangelio continuado, se pone á continuacion la letra textual del de san Mateo, como primero en el orden de los evangelistas, y como que contiene con alguna mayor minuciosidad los hechos que se han referido, dice así:

## EVANGELIO DE SAN MATEO.

*Cap. XXIII, desde el v. 19 hasta el 39, ambos inclusive.*

En aquel tiempo dijo Jesús á los escribas: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que cerrais el reino de los cielos á los hombres; porque ni vosotros entráis, ni dejais entrar á los que entrarían, impidiéndoles que crean en mí. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que devorais las casas de las viudas, con el pretexto de hacer largas oraciones: por eso recibireis sentencia mucho mas rigurosa. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! porque andais girando por mar y tierra á trueque de convertir un gentil, y después de convertirlo le haceis con vuestro ejemplo y doctrina digno del infierno dos veces mas que vosotros. ¡Ay de vosotros, guías ó conductores ciegos! que decís: El jurar uno por el templo no es nada, no obliga; mas quien jura por el oro del templo está obligado. ¡Necios y ciegos! ¿qué vale mas, el oro, ó el templo que santifica al oro? Y si alguno, decís, jura por el altar, no importa; mas quien jurase por la ofrenda puesta sobre el altar se hace deudor. ¡Ciegos! ¿qué vale mas, la ofrenda, ó el altar que santifica la ofrenda? Cualquiera pues que jure por el altar, jura por él y por todas las cosas que se ponen sobre él. Y quien jura por el templo, jura por él y por aquel Señor que le habita. Y el que jura por el cielo, jura por

el trono de Dios y por aquel que está en el sentado. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que pagais diezmo hasta de la yerbabuena, y del aneldo, y del comino, y habeis abandonado las cosas mas esenciales de la ley, la justicia, la misericordia y la buena fe; estas deberiais observar sin omitir aquellas. ¡Oh, guías ciegos! que colais cuando bebes por si hay un mosquito, y os tragais un camello. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que limpiais por defuera la copa y el plato, y por dentro en el corazon estais llenos de rapacidad é inmundicia. ¡Fariseo ciego! limpia primero por dentro la copa y el plato si quieres que lo de afuera sea limpio. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! porque sois semejantes á los sepulcros blanqueados, los cuales por afuera parecen hermosos á los hombres, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de todo género de podredumbre. Así tambien vosotros en el exterior os mostrais justos á los hombres; mas en el interior estais llenos de hipocresía y de iniquidad. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que fabricais los sepulcros de los profetas, y adornais los monumentos de los justos, y decís: Si hubiéramos vivido en tiempo de vuestros padres, no hubiéramos sido cómplices en la muerte de los profetas. Con lo que dais testimonio contra vosotros mismos, de que sois hijos de los que mataron á los profetas. Acabad pues de llenar la medida de vuestros padres. ¡Serpientes, raza de víboras! ¿cómo será posible que eviteis el ser condenados al fuego eterno?

*Lo que sigue es el Evangelio de la misa del proto-mártir  
san Esteban.*

Porque he aquí que yo voy á enviáros profetas, y sabios, y escribas, y de ellos degollareis á unos, crucificareis á otros, á otros azotareis en vuestras sinagogas, y los andareis persiguiendo de ciudad en ciudad, para que reediga sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Beraquías, á quien matásteis en

tre el templo y el altar. En verdad os digo que todas estas cosas vendrán á caer sobre la generacion presente. ¡Jerusalem, Jerusalem! que matas á los profetas y apedreas á los que te son enviados; cuántas veces quise recoger á tus hijos, como la gallina recoge á sus pollitos bajo las alas, y tú no lo has querido? He aquí que vuestra casa va á quedar desierta. Y así os digo: En breve ya no vereis mas, hasta tanto que digais: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.

rigió más particularmente á ellos para que se cautelasen contra la faustosa doctrina de los fariseos y el desarreglo con que cubrían hipócritamente sus perversas costumbres. Ellos, les dijo el Maestro divino, tienen astucia para todo y saben ocultar con maña toda la perversidad de su alma, del conocimiento de los hombres; pero al fin ella se descubre sin remedio, pues nada hay tan oculto en el mundo que no se llegue á conocer. Así les dió á entender al mismo tiempo que lo propio sucedería en el reino de Dios, cuyo establecimiento les confiaba. Vosotros, les añadió, que sois mis apóstoles, descubrireis hoy privadamente las máximas de este reino, y vosotros las predicareis en medio del día y á vista de todo el mundo. Vosotros las direis en secreto y al oído de los fieles, y se publicarán sobre los techos de las casas. Entonces vosotros y los fariseos seréis conocidos de todo el mundo por lo que sois, y se declarará la guerra; ellos la llevarán contra vosotros hasta el último extremo. Pero desde luego os pravego á vosotros que sois mis amigos á quienes amo y que me amais, que no toméis á vuestros perseguidores, y que no cedáis en nada del valor y firmeza de vuestra conducta. No por eso os prometo que no os podrán alcanzar sus tiros, y que seréis insensibles á sus golpes; que no sería digno de los ministros que yo elegí el no saber sufrir, padecer y aun morir por mí.

Fácil es de conocer toda la sublimidad y grandeza no menos que la importancia de esta doctrina de Jesús á sus apóstoles. Enviábales á predicar el reino de los cielos, habíales revestido con todo el aparato de su poder y autoridad divina; quería salvar de la perdición y atraer otra vez al redil de su padre las ovejas descarriadas de la casa de Israel, y debía anunciarse la verdad santa á los gentiles é idólatras, y por último quería enseñarles no solo el desinterés, sino hasta el desprecio del oro, de la plata, y de todas las cosas necesarias para la defensa de la vida; y era preciso por lo mismo revestirles del espíritu de desprendimiento; y como no se le ocultaba que habían de sufrir persecuciones, que serían llevados ante los tribunales, que serían acusados, calumniados, abarrecidos y entregados por fin á la muerte por aquellos que ellos mismos no podían pensar, los armó de la entereza de la fe, de la libertad con que debían declarar los mandatos pertenecientes al misterio ocultísimo del

## CAPITULO XXVI.

ELIGE UN HOMBRE AL SALVADOR PARA QUE SEA ARBITRO Y JUEZ ENTRE EL Y SU HERMANO, Y ES REPRENDIDA LA DEMASIADA CODICIA DE UN RICO.

Son tan maravillosos y sorprendentes los efectos de la justicia, que por mas que el hombre quiera encerrarlos en el fondo de su corazón, á su despecho y pesar no se descubran alguna vez; y siendo tan grande la de Jesucristo, claro es que no podía permanecer escondida ni oculta mucho tiempo: así es que á pesar de la fuerza de sus razonamientos y de la energía de sus reprensiones, por mas terribles que fueran, era buscado de las turbas y á todas partes seguido de ellas, porque la rectitud de sus juicios cautivaba tambien los corazones; pero como era en ellos infalible, y era asimismo eterna su justicia, ni se entibiaba, ni desmayaba su celo por violentas que fuesen las persecuciones que contra él suscitase la envidia feroz de sus enemigos.

Pocos meses habían pasado después de la terrible reprimenda que dió á los escribas y fariseos, cuando oprimido por una multitud de turbas que en pos de él corrían, tuvo ocasión de añadir algunas pinceladas notables al retrato horroroso que de sus enemigos había hecho. Sabía bien la candorosa sencillez de sus discípulos, y se di-

reino de Dios, á fin de que cuando viesen cumplirse todas estas cosas permaneciesen firmes é intrepidos contra las persecuciones del mundo que les acababa de anunciar; á todo lo que aludió aquella sola expresion, no os aterreis ni confundais á vista de los que matan el cuerpo, aunque sea con durisima y violenta muerte: hecho esto, ya nada les queda que hacer, al alma no pueden llegar.

Esto mismo ya se lo habia repetido otra vez el Señor, como lo acuerda san Mateo; y por esto les refirió aquí de nuevo los motivos de confianza que les debia suministrar el poder y la misericordia de su Padre celestial, sin cuya voluntad no podia parecer ni un solo cabello de su cabeza. Recordóles de nuevo la obligacion que tenian de no avergonzarse de la profesion de predicadores del Evangelio, so pena de ser negados y desconocidos de su Maestro en el dia del juicio; renovándoles por último las promesas de su proteccion y de la asistencia de la gracia del Espíritu Santo en el tiempo de sus tribulaciones; cuando de repente fué interrumpido su discurso por un hombre que imaginaba tener que proponerle cosas muy importantes. Señor, le dijo con libertad indiscreta; yo tengo un hermano que rehusa darme parte en la herencia de mi padre; se ha alzado con toda ella; ordénale pues que la divida conmigo. Imaginábase el que pedia, revestido de la calidad de proteta; creía por lo mismo que el Salvador podia mandarle, y no se persuadia que su hermano se atreviese á apelar de las sentencias. El Redentor dulcísimo queria enseñar á ese hombre y á todos en general, que no habia bajado del cielo para mezclarse en negocios temporales; y por esto le respondió con todo el lleno de su amabilidad y dulzura: Hombre, dime, ¿quién me ha constituido juez ó árbitro de vuestras particiones? ¿pensáis vosotros que yo he venido al mundo para entender en vuestras quejas y evacuar vuestros pleitos. *Hombre*, le dijo, para demostrar que era carnal y terreno, y que su pretension era puramente terrena y nada tenia de espiritual; y le añadió: *¿Quién me ha constituido juez y particionero vuestro?* para demostrarle que sus resoluciones y juicios no serian jamás sobre las posesiones de la tierra, sino sobre las celestiales. Que fué lo mismo que si les dijera: Yo no soy Dios de la disension ó de la dispersion, sino que lo soy de la coleccion, de la paz y de la union; porque vine á pacifi-

car á los hombres con Dios y con los ángeles, y para que muchos no tengan sino un solo corazón y una sola alma, para que no estén divididos por varias y diversas cosas de la tierra, sino que vivan hermanados y unidos por la caridad, y sean todas las cosas comunes entre ellos; para que ninguno de ellos sea menesteroso y pobre, sino que todo lo que cada uno tenga se reparta entre todos, segun la respectiva necesidad de cada uno. El que no junta conmigo, á mí no se reune y mis consejos no sigue; es destructor de la fraternidad y autor de disensiones; sobre todo, lo que dice el venerable Beda [1]: Con razon se llama hombre el que se atreve á interrumpir con motivo de diversiones terrenas el admirable discurso que el Maestro divino pronuncia sobre los gozes celestiales y la paz del corazón, porque escrito está [2]: ¿Habiendo ante vosotros celos y discordia, no es claro que sois carnales y que procedéis como hombres? Y san Ambrosio dice [3]: Muy bien hace en declinar de las contenciones y disputas de las cosas de la tierra el que precisamente habia venido de las celestiales. Rehusa ser juez y árbitro en los pleitos puramente terrenales, el que lo es por su naturaleza y autoridad eterna de los vivos y los muertos. No solo pues ha de mirar el hombre lo que pide, sino á quien lo pide. No es por consiguiente reprochado sin motivo este hermano, que queria ocupar en el conocimiento de las cosas corruptibles, el dispensador de las celestiales.

Hermoso ejemplo es este que no deben echar en olvido los predicadores del Evangelio y los repartidores de los dones espirituales, porque menos aptos se manifestarán para las cosas espirituales los que se mezclen en los negocios reglars y contenciones puramente terrenas. En atencion á esto dijeron los apóstoles consolando á todos los discípulos de Jesús [4]: No es justo que nosotros descuidemos la predicacion de la palabra de Dios por tener cuidado de las mesas. Por tanto, hermanos, nombrad de entre vosotros siete sujetos de buena fama llenos del Espíritu Santo y de inteligencia, á los cuales encarguemos este ministerio, y con esto podremos nosotros

[1] Ven. Bed. in cap. 12 Luc.

[2] Ep. 1.ª ad Corinth. cap. 3, v. 3.

[3] Div. Ambros. lib. 7 in Luc.

[4] Actor. c. 6, v. 2.

emplearnos enteramente en la oracion y en la predicacion de la divina palabra. Pero de qué manera tan distinta suceden hoy las cosas! Dominados por el falso celo y por el deseo de sostener una autoridad precaria, se entretienen muchos en conocer y juzgar causas ajenas enteramente y contrarias al modesto ejercicio de la oracion, y al de la predicacion de la divina palabra, arrastrados y conducidos por el espíritu de la avaricia. Nadie mejor ni con mas derecho que Jesús pudo hacerlo; sin embargo, no quiso por no dejar el alto ejercicio de las cosas espirituales, para entrometerse en las cosas temporales; y para que no se creyera que él quería favorecer la avariciosa codicia del que le suplicaba, dirigia precisamente la súplica á la reconvenccion del hermano por el apego y amor á las cosas de la tierra.

Después que el Salvador casi puede decirse que despreció la súplica del que le rogaba, volvióse á los discípulos y á las turbas que tenia presentes, y les dijo: Ya veis á lo que se reduce el amor de los bienes de este mundo, y cómo aparta á los hombres de la atencion que deben tener á las cosas del cielo. Yo estaba hablando de las mas sublimes de la religion; ya habeis visto cómo se me ha interrumpido para la decision de un pleito. Guardaos de la solicitud de los cuidados inquietos que lleva tras sí una codicia que no se puede satisfacer. Persuadios á que no se vive ni con mayor felicidad ni por mas largo tiempo por haber multiplicado riquezas y ensanchado y dilatado prodigiosamente grandes posesiones. Nada en el mundo puede llevar las exigencias ambiciosas del corazon del hombre; nada tampoco puede librarle de la muerte. Escuchad sobre este particular una parábola bien triste por cierto; grabadla profundamente en vuestras símas y procurad no olvidarla jamás.

Un hombre poderoso tenia una dilatada y hermosa heredad que le daba frutos con abundancia. Recreábase con frecuencia con esta lisonjera idea, meditaba sobre la multitud de sus bienes y riqueza, y decía: ¿Dónde echaré ahora todos mis granos? No tengo lugar suficiente para encerrarlos. Esme preciso tomar sobre ello una resolucion. Ya sé qué haré, dijo al instante: demoleré mis casas y edificios, pues son viejos; edificaré otros mayores y mas capaces; encerraré en ellos cómodamente la gran cosecha de este año, que

augmenta mucho mis riquezas y me deja verdaderamente acomodado. A vista de esto bien podré decir, alma mía, alegrate, y empecemos á gozar de las delicias de la vida. Mira los bienes que posees, ellos te servirán para alimentarte muchos años; bastante hemos trabajado, tratemos de descansar; bóguemos, hagamos festines y divertámonos. No pienses en otra cosa que en comer, beber y darte buena vida. ¡Qué locura! miraba en aquellos bienes su mayor felicidad y como el colmo de su dicha; pensaba gozárlos solo, sin que persona alguna, ni aun los pobres, tuviesen en ellos la menor parte; y este hombre, que no hizo cuenta con el árbitro soberano de la vida y de la muerte, ni con la providencia de Dios y de su justicia, de la que dependia el cumplimiento de sus deseos y proyectos, mientras se alimentaba y saboreaba con sus lisonjeras ideas tuvo noticia de que Dios habia sentenciado su causa y que habia salido condenado en su justo juicio. ¡Oh necio! ¿en qué habias? Esta noche será arrancada tu alma de tu cuerpo, y de todos estos bienes que te prometes gozar mucho tiempo, ¿quién será el poseedor después de tí? Ten por cierto que la muerte te los arrebatará y pasarán á otro dueño. Ved ahí la muerte de los ricos; ellos atesoran para sí, ó por lo menos así lo imaginan, y se les pasa la vida en prevenir comedidades, las que ó no las gozan jamás, ó las gozan por muy poco tiempo. Dichosos los que no son ricos sino por los intereses de Dios y con el designio de enriquecer á los pobres, de los que su Majestad es padre. Ellos solos son los que sacan verdaderas ganancias de los bienes que recibieron, porque todo su comercio se funda en la caridad.

San Agustín discurre con su acostumbrada elocuencia y profundidad sobre este rico desventurado, y dice [1]: Aflijase este rico en medio de su opulencia, y era infeliz entre sus bienes presentes, porque debia serlo mas en la eternidad. Su herencia no le dió tan pingües réditos como lo causó atroces tormentos. Sus grandes afanes crecieron con su avaricia y nacieron sus angustias de la mayor abundancia que Dios le habia concedido. Pensaba en el fondo de su corazon sin atreverse á pronunciar una palabra para no ser oido;

[1] Div. August. Serm. 20 de Verb. Dom. tit. 7. cap. 2. §. 1. v. 12. [1]

porque los ricos avaros poseídos de miedo temen aun el ser mirados de otros hombres. Deseaba preparar los graneros, y se olvidaba de que graneros bien preparados tiene el gran Padre de familias en el vientre de los pobres. Olvidóse de que á todos es común la misma naturaleza, y deseando ensanchar los graneros temporales, se olvidó de los pobres de Cristo. Codicioso decía: ¿dónde juntaré mis bienes? Cuando mejor debiera haber repetido: ¿Cómo los repartiré á los pobres? Para mí no solo me dió Dios tantos bienes en la tierra; debo pues repartirlos entre mis hermanos necesitados. Y san Ambrosio añade [1]: No son bienes del hombre los que al hombre acompañan siempre; la misericordia sola es el bien inseparable del hombre, pues le acompaña en la vida y en la muerte.

Satisfecho el rico avaro en la consideración de los bienes que á su vista tenía, dijo: ¡Alma mía, muchos bienes tienes! Mejor hubiera dicho uno solo, porque esta era la gran misericordia que en ellos podía haber vinculado para su alma. Prometiáse gozarse muchos años, y su deseo debió precisamente haber sido que otros muchos hombres infelices los hubieran gozado con él. El rico pues no puede fabricar graneros permanentes donde sus granos deposite, si no los consigna en la mano del pobre; y lo que es mas necio aun y detestable, es, que se trace una vida muy larga, cuando de ella no puede disponer ni un solo momento, y el aliento que respira puede ser el último de su vida. Tienes pues ¡oh rico! concluye san Ambrosio, abundancia de granos encerrados en tus graneros, pero allí no tienes encerrados los años que has de vivir. No seas necia, reparte con profusion cuanto Dios largamente te da; el crimen no está en recoger, sino en retener; y puesto que todos los años te da Dios, también todos los años debes repartir, y siempre á proporción de lo que Dios te hubiese dado; si mucho, mucho, si poco, poco; también de este poco al pobre debes repartir con generosidad y alegría.

Satisfecho con la vista de sus bienes y con la esperanza de gozárlos, continuó el desgraciado rico diciendo á su alma: Descansa, esto es, del trabajo ó de trabajar mas en tu vida. A la peste de la avaricia añadió la enfermedad vergonzosa de la pereza y el des-

[1] Div. Ambros. lib. 7 in Luc.

cuido de rogar á Dios aun para que le concediese nuevos bienes temporales; he aquí la ociosidad espantosa, madrastra de todas las virtudes. Come, continuó diciendo, he aquí la golosina. Bebe, he aquí la embriaguez. Ten espléndidos convites, y he aquí cómo vinieron á unirse la voluptuosidad y la lascivia á todos los demás vicios, cuyos cuatro males acostumbra siempre á seguir la abundancia de riquezas. Estos fueron los cuatro gravísimos crímenes por los que descendió fuego del cielo sobre la infortunada Sodoma. A este propósito parece que dijo el eclesiástico: Nunca negué á mis ojos nada de cuanto he deseado, ni vedé á mi corazón el que gozase de todo género de deleites y se recrease en las cosas que tenía yo preparadas; antes bien juzgué ser esta mi suerte, el disfrutar de mi trabajo ó industria. Mas volviendo la vista hácia todas las obras de mis manos y considerando los trabajos en que tan inútilmente me había afanado, vi que todo era vanidad de vanidades y aflicción de espíritu y que nada hay estable en este mundo. . . . Por cuyo motivo he dado de mano á todas estas cosas, y he resuelto en mi corazón no atañarme mas por nada de este mundo; visto que después de haber uno trabajado con sabiduría y doctrina y desvelados, viene á dejar lo adquirido á un holgazán, cosa que ciertamente es una vanidad y mucha desdicha. Porque ¿qué frutos saca el hombre de todos sus afanes y de la aflicción de ánimo con que se atormenta en este mundo? Llenos están de dolor y de amargura todos sus días; ni aun por la noche goza de reposo su alma. . . . ¿Quién podrá regalarse y abundar en delicias tanto como yo? Sin embargo, yo soy verdaderamente un infeliz.

Segun el venerable Beda, no fué reprendido este rico porque cultivase la tierra y conservase sus frutos, sino porque colocase toda su esperanza en ellos, y porque computando su felicidad por su abundancia, nada cuidase de repartir á los pobres, estando el mandato expreso del Señor que dice: *Da de limosna lo que te sobrare*, y solo procurase reservar este sobrante para sí en el tiempo futuro. Habló y pensó interiormente, creyendo que nadie le observaba y contemplaba, y á sus deseos respondió prontamente la voz de la justicia divina, amenazándole con que en aquella misma noche se le arrebataría la vida. Deseaba como necio y olvidábase de que en



Dios, desear, hablar y querer una cosa, es hacerla de repente según la expresión del Salmista: *El lo dijo y todo quedó hecho* [1]. Muy bien, dijo san Basilio, le dijo la justicia de Dios el nombre de necio, porque negó con su hecho la bondad de Dios y desconfió de su providencia [2]. El venerable Beda añade [3]: Tú que te prometías nadar muchos tiempos en delicias por los cuantiosos bienes que habías juntado, arrebatado esta noche prematuramente por la muerte, dejarás á los otros todo lo que con tantas maquinaciones y afanes lograste reunir. Y san Gregorio concluye [4]: En la noche fué arrebatado el que mucho había juntado; y el que tanto se afanó para gozar muchos días, se vió privado del primero siguiente para empezar á gozar. De noche se le arrebató el alma, porque á oscuras vivía su corazón. Murió de noche y fué privado de la luz eterna a aquel á quien le falta la luz de la consideración para prever y proveer lo mas preciso y conveniente para el día de su verdadera necesidad. La mano del pobre es la tesorería del rico, y el mas rico para Dios es aquel que despreciando por Dios todas las riquezas transitorias las deposita en la mano del pobre.

Por este rico se entiende todo hombre que congrega bienes temporales para vivir en la ociosidad y el regalo, sucediendo con mucha frecuencia que regularmente disfrutan poco los que mucho se afanan por gozar mucho: miranse solo los tiempos presentes y se desprecian los futuros; por esto, cayendo improvisadamente sobre ellos los demonios, exatores injustos, llenan sus corazones de amarguras y remordimientos eternos, tanto como ellos pensaban gozar y disfrutar de bienes temporales. Muy fácilmente, dice san Gerónimo [5], desprecia todas las cosas el que se persuade que dentro de muy poco ha de morir; porque como la muerte dice muy claro el abandono de la vida, nada de ella estima el que muerto se contempla. Llenos estaban los graneros del rico, pero no estaban satisfechos los deseos de su corazón. La avaricia nunca se ve harta, siempre roba y jamás se sacia; ni á Dios teme ni del hombre se aver-

[1] Ps 148, v. 5.

[2] Div. Hom. 6 in Ditescentis.

[3] Ven. Bed. in cap. 12 Lucæ.

[4] Div. Gregor. lib. 22. Moral. cap. 2.

[5] Div. Hieronim. ad Heliodor.

güenza; no perdona al propio padre y desconoce la verdadera madre; no contemporiza con el hermano ni guarda fe al amigo; oprime á la viuda é invade demente y furiosa los tesoros del pupilo. ¿Qué locura es esta amontonar oro para perder el cielo? La avaricia es una culebra de dos cabezas, y mata con la lengua de una y otra. Con la una invade y roba lo ajeno, y con la otra se deleita con la posesion injusta de lo robado [1]. ¿Crees tú que Dios es injusto porque distribuye los bienes con desigualdad? Tú abundas mientras el otro mendiga, para qué consigas el mérito de una buena dispensación, mientras gana el otro la aureola de la paciencia. Y si tú reputas como propio lo que á otros debes dar, ¿no te constituyes acaso un verdadero usurpador de lo ajeno? Lo que poseses y en tu gaveta conservas, es el pan del hambriento, la túnica del desnudo, la sandalia del descalzo, y á tantos injustamente injurias, cuántos son aquellos á quienes justamente debías dar [2]. Y san Crisóstomo concluye [3]: Todo lo que Dios nos da, nos lo da para que á otros demos, y para que de lo que recibamos hagamos partícipes á los menesterosos.

#### ORACION.

*Oh Señor! No me llares á juicio en la mitad de mis días, ni permitas que muera con muerte imprevista y repentina; antes bien concédeme tiempo y lugar para que pueda hacer penitencia verdadera y fructuosa de mis culpas, que sea á tí grata y aceptá; desprecia todas las cosas terrenas, y darte en esta vida una tan condigna y cabal satisfaccion de mis pecados, que después de ella merezca sin impedimento alguno verte, llegar á tí seguro y alegre, y eternamente poseerte. Tú eres, Señor, mi única esperanza; tú eres mi única posesion y gozo; tú eres la parte que me toca en el reino de los cielos, y tú eres el único que me la has de restituir. Allí, Señor, descansaré contigo en compañía de mis hermanos, tus santos y escogidos; allí te gozaré y me alegraré eternamente poseyéndote con ellos en la eterna gloria. Amen.*

[1] Div. Gregor. lib. 15. Moral. cap. 10.

[2] Div. Basil. Hom. 6 in Ditescentis.

[3] Div. Crisostom. lib. 1.º de Providencia.

NOTA. La historia del presente capítulo pertenece al XII de san Lucas, desde el versículo 12 hasta el 20, ambos inclusive.

La Iglesia no lo usa de su texto en ninguna Dominica ni feria del año; pónese sin embargo su traducción textual que dice así:

EVANGELIO DE SAN LUCAS.

Cap. XII, vs. 12 al 20.

En aquel tiempo dijo á Jesús uno de sus oyentes: Maestro, díle á mi hermano que me dé la parte que me toca de la herencia. Pero Jesús le respondió: ¡Oh hombre! ¿quién me ha constituido á mí juez ó repartidor entre vosotros? Con esta ocasión les dijo: Estad alerta y guardaos de toda avaricia; que no depende la vida del hombre de la abundancia de los bienes que posee. Y en seguida le propuso esta parábola: Un hombre rico tuvo una extraordinaria cosecha de frutos en su heredad, y discurría para consigo diciendo: ¡Qué haré que no tengo sitio capaz para encerrar mi grano? Al fin dijo: Haré esto, derribaré mis graneros y constituiré otros mayores, donde almacenaré todos mis productos y mis bienes, con lo que diré á mi alma: ¡Oh alma mía! ya tienes muchos bienes de repuesto para muchísimos años; descansa, come, bebe y date buena vida. Pero al punto le dijo Dios: ¡Insensato! esta misma noche han de exigir de tí la entrega de tu alma: ¿de quién será cuanto has almacenado? Esto es lo que sucede, concluyó Jesús, al que atesora para sí y no es rico á los ojos de Dios.

## CAPITULO XXVII.

SANA JESUS A UN PARALÍTICO DESPUES DE TREINTA Y OCHO AÑOS DE ENFERMEDAD, EN LA PISCINA DE JERUSALEN.

Ignorando los motivos que pudo tener el reverendo padre Ludolfo de Sajonia para no seguir en su obra la narración de los sucesos del Evangelio que siguen otros historiadores de mucha erudición y fama, nos concretaremos estrictamente al orden que él tiene establecido, y diremos con él: Después de estas cosas subió Jesús á Jerusalem para celebrar una fiesta de los judíos, esto es, la Pascua de Pentecostés, que era la de los frutos nuevos, y en aquel mes se ofrecían al Señor las primicias de los frutos. Esta parece la opinión más probable. En esta solemnidad hizo Jesucristo obras muy señaladas en distintas ocasiones. En ella echó del templo á sus profanadores, declaró la necesidad del bautismo é hizo aquel gran convite de los cinco panes y dos peces, del cual tomó ocasión para hablarles del pan que bajó del cielo para dar la vida al mundo.

No falta quien cree y aun asegura que esta era la que se llamaba *fiesta de PHERIN*, DE LAS SUERTES, ó DE MARBOQUEO, establecida en memoria de la protección con que favoreció el Señor á

su pueblo contra los intentos de Aman, la que se celebraba el día 15 del último mes. Los que así piensan aseguran que aquel año cayó la fiesta en día de sábado y no debía distar mucho de la Pascua. Estas circunstancias solamente se encuentran en la fiesta de las suertes el año 32 de Jesucristo, el cual, según el orden del calendario de los judíos, era un año *embolismico*. En este tiempo y festividad se supone que entró Jerús en Jerusalem sin ser esperado, y juzgó que para disponer los ánimos á oír sus lecciones convenia dispartarlos desde luego, llamándolos con un milagro tan claro y manifiesto que no fuese posible tener la menor duda de él.

Tres fiestas principales acostumbraban á celebrar los judíos, en las que era preciso que todos hubiesen al templo santo del Señor: estas eran, la solemnidad de los *Azimos*, la de las *Hebdomadas*, por otro nombre la de *Pentecostés*, y la otra se llamaba de los *Tabernáculos*. La primera, que se llamaba *Phase*, que se interpreta *Tránsito*, se celebraba todos los años en el primer mes, que equivale á nuestro marzo, en memoria del beneficio de haberles libertado el Señor de la esclavitud de Egipto. También nosotros celebramos espiritualmente esta fiesta, cuando abandonados los vicios pasamos á las virtudes.

La segunda fiesta, esto es, la de las *Hebdomadas* ó *Pentecostés*, se celebraba en memoria de haber dado Dios la ley á su pueblo, lo que fué el día 56 después de su salida de Egipto. Esta fiesta celebramos también nosotros cuando obedecemos con puntualidad las leyes santas del Señor.

La tercera fiesta, que era la de los *Tabernáculos*, la que se llamaba por otro nombre *Plenopegia*, se celebraba en memoria del beneficio de la protección que visiblemente les habia dispensado Dios en los cuarenta años que caminaron por el desierto, habitando bajo tiendas de campaña y á la sombra de las ramas de los árboles, significando que Dios les habia conducido por la tierra del desierto á la de promisión; y esta fiesta celebramos nosotros mientras que como peregrinos pasamos el desierto de este mundo, debiendo tener en tanto que le pasamos, ramas verdes de virtudes en el fondo de nuestro corazón, para llegar á la patria dicha, que el Señor nos tiene prometida.

A estas fiestas sube el Señor como hombre, para celebrar con los hombres las solemnidades prescritas en la ley. A ella se sujeta el Legislador eterno y concurre á la celebracion de la Pascua. Adviértase bien que santifica Jesús la fiesta y no la profana. Los que miran con desprecio las leyes y las costumbres de la religion, deben conocer la terrible acusacion que de ellos hace el Señor, puesto que en las fiestas y solemnidades en que debieran aprovechar en la virtud, prevarian en su corazon y escandalizaban á los sencillos, pasándolas en profanas diversiones.

Subo Jesús á Jerusalem, que era la ciudad mas célebre, no solo de Judea, sino de todo el Oriente, y aunque habia legenerado de su antigua piedad, no dejaba Dios de obrar allí de tiempo en tiempo una maravilla, que aunque pública y sabida de todos, no servia para hacer mejores á los que la veían. Aun permanecia en Jerusalem una grande piscina, llamada por otro nombre *Bethsaida* ó la *Piscina Probática*. También se llamaba *Piscina superior*, porque descargaban sus aguas en otro estanque, al cual se daba el nombre de *Piscina inferior* ó *baño de Silós*, en el cual las aguas que caian de arriba estaban sossegadas y se movian con silencio. Esta *Piscina Probática* era la misma que habia mandado construir Ezequias después que el Señor le prolongó su vida, según aparece en el libro IV de los Reyes [1], y estaba comprendida en aquella parte de la ciudad que mandó reedificar Nehemias, hijo de Arboz, prefecto de la mitad del cuartel de *Bethsur* hasta frente del sepulcro de David; y hasta la casa de los valientes de este rey [2].

Hay quien asegura que tenía el nombre de *Piscina Probática* porque era el estanque en que los sacerdotes lavaban las víctimas de los sacrificios, por cuya razon la llamaron algunos *Piscina de la oveja*; pero en lo que no hay duda es, en que las aguas que bajaban del templo iban á parar allí y formaban un baño saludable para toda clase de enfermedades. En él estaba perfectamente representado el lavatorio de la justicia cristiana que obró en nosotros la sangre del Cordero de Dios hecho víctima por los pecados del mundo. Esta *Probática Piscina* era también uno de los mas bellos orna-

[1] Lib. 4 Reg. cap. 20, v. 20.

[2] Lib. 2. Esdra, cap. 3, v. 16.

mentos de la ciudad, por los cinco pórticos ó galerías cubiertas con que embelleció Nehemias al tiempo de restablecerlo, después de la vuelta de la cautividad de Babilonia. En el agua de esta piscina ve dibujado san Agustín al pueblo judaico, circunvalado de los cinco libros de Moisés como de otros tantos pórticos [1]. La historia no nos da otras noticias de este célebre monumento, ni aun en los siglos mas vecinos al Evangelio; por lo que es preciso sujetarnos á lo que hemos dicho y conformarnos con la narracion sucinta del Evangelio.

Estas galerías ó pórticos estaban frecuentemente llenos de toda clase de enfermos que esperaban que el Angel moviese las aguas de aquel baño, porque el que primero entraba en ellas después del movimiento que las daba el ángel, quedaba infaliblemente curado de cualquiera enfermedad, por grave é inveterada que fuese. Desesperábanse los incrédulos á vista de un suceso tan milagroso que no podia dudarse y que guardaba una especie de período regular, aunque el día no era fijo ni siempre el mismo; lo que era causa de que siempre se viesen al rededor de ella multitud de enfermos que formaban como un grande hospital. Como Jesús era infinitamente misericordioso, concurrió á aquel lugar para ejercer su misericordia; y al caminar por medio de tantos hombres que allí habian concurrido, los unos con la esperanza de ser curados milagrosamente, aunque para uno solo habia de ser el milagro, y llevados los otros de la curiosidad de presentarlo, fijó su vista el Salvador clementísimo en un desventurado que hacia treinta y ocho años que padecia una cruel enfermedad, á causa de la cual habia perdido el uso de todos sus miembros y se veia precisado á hacer que lo llevasen en su cama: no habiendo perdido las esperanzas de recobrar su salud á pesar de las tentativas inútiles que en tantos años habia hecho, á él se acercó Jesús, y sin preguntarle ni el tiempo que llevaba de enfermedad ni cuál era la que padecia, porque nada de esto ignoraba, solo le preguntó si queria ser curado.

Tampoco podian ocultarse los deseos del paciente al que era infinitamente sabio; pero convenia que él mismo los manifestase, que

[1] Div. August. in Joann. c. 5. Tract. 17, num. 2.

declarase la insuficiencia de sus esfuerzos y las diligencias que sin ningun fruto habia practicado; y así al oír la pregunta del Salvador, le contestó: ¡Ah Señor! mi único y solo deseo es el conseguir la salud. Para lograrla, hago que todos los años me conduzcan á este puesto, donde me veis padecer; mas como no tengo un hombre que se interese por mí y tenga el cuidado de arrojarne el primero al agua después que el ángel viene á moverla, me quedo siempre sin la salud que tanto apetezco. Mientras mis esfuerzos hago, se me anticipa otro, mirolo salir del baño sano y robusto, quedándome con el dolor de verme conducir otra vez á mi casa enfermo como antes estaba.

No podian menos estas palabras de conmovir las entrañas misericordiosas del Señor; y levantado su mano y dirigiendo su voz al enfermo, dándole al mismo tiempo su bendición augusta y sacrosanta, le dijo: *Ya estás sano, levántate, toma tu cama y anda;* y en seguida obrando con la fuerza y eficacia de su palabra el milagro portentoso de la curacion del paralítico, se apartó insensiblemente y desapareció de en medio de la multitud que allí se habia juntado. Obediente el paralítico mientras tanto á la intimacion de su bienhechor, lleno de vigor y fuerzas, se levantó, tomó su cama, cargóla sobre sí, y sin que la carga le sirviese de peso ni de incomodidad alguna, echó á andar libre y desembarazadamente á vista de todo el mundo. Este milagro, que era una prueba de bondad del Salvador, y un efecto visible y grandioso de su poder, fué condenado por los judíos como una profanacion ó quebrantamiento de la ley por haber sido hecho en día de sábado. Con esta falsa apariencia de piedad con que ordinariamente coloreaban su odio y sus celos, inquietaban al paralítico, alterando su gozo y diciéndole que no podia llevar á cuestas su cama sin violar la ley del sábado. El alegaba en su defensa el mandato del que le habia curado, y esta era en verdad toda su justificacion. Fácil es de conocer que aunque esta curacion repentina renovó la memoria de otras tantas como Jesús en iguales dias habia obrado, creyeron no sin fundamento que el Señor se hallaba en aquel recinto; pero como su Majestad hasta entonces no se habia dado á conocer en aquel dia, abandonaron el prodigio á la admiracion del pueblo y se dirigieron al curado, no

tanto para acriminar su obediencia, cuanto por averiguar el paradero de Jesús.

Yo bien sé, les decía, que no tengo facultad para quebrantar el precepto de la ley; pero el que me sanó me dijo: *Levántate, toma tu cama y marcha*. Es muy verosímil que él sepa tanto como vosotros sobre la observancia de este día; juzgad lo que quisierais; la repentina y perfecta curación que en mí ha obrado con sola la virtud y eficacia de su palabra, me indica que tiene un poder muy superior al vuestro; por consiguiente, yo no tengo de hacer sino lo que él me mandó.

De furor y coraje bramaban los escribas y fariseos, tanto por oír la contestación contundente del paralítico, cuanto porque habiéndole preguntado quién era el hombre que tal mandamiento le había impuesto, no solo supo decir su nombre, sino que aseguraba no lo conocía ni lo había vuelto á ver después de su curación. De diversas maneras piensan algunos autores sobre este particular. Hay quien cree que por una especie de ingratitude muy ordinaria en los hombres, no procuró el paralítico averiguar quién fuese su bienhechor, contento solamente con gozar el grande bien que acababa de recibir; estos son los menos, así como hay quien opina que Jesús, inmediatamente después de haber obrado el milagro, se retiró de entre el concurso como á escondidas, como parece lo indica con claridad el contexto del Evangelio, para darnos á entender que cuando hacemos algún bien á nuestro prójimo, siempre conviene mucho que recatemos nuestra persona, para evitar las cortesías de la gratitud en favor nuestro y el que por ello seamos mas queridos y obsequiados. Los escribas y fariseos no podían negar la verdad del milagro, porque miles de testigos presenciales los hubieran desmentido y confundido, y hubiera cerrado la boca á su desenfrenada maledicencia la curación perfecta de un mal conocido por increíble treinta y ocho años hacia.

San Pedro Crisólogo [1] expone esta orden terminante de Jesús dada al paralítico de esta manera: *Toma tu camilla y anda*. Esto es, lleva al que antes á tí te llevaba, para que sea prueba de tu sa-

[1] Dir. Petr. Crisol. Serm. 50, circa fin.

jud lo que hasta ahora ha dado testimonio de tu dolencia; para que la camilla de tu dolor sea indicio de mi milagro; para que la grandeza de la carga muestre ser tambien grande tu fortaleza. Así el penitente lleva la carga del pecado, en el que antes permaneció como descansado, cuando cumple la penitencia que por aquel se le impuso, y camina mas que con los piés del cuerpo en el aprovechamiento de la virtud. La camilla en que está tendido el pecador miserable, es el deleite que al parecer siente cuando le comete; y en tantas ocasiones queda impedido de llevarla cuantas son las que por la costumbre en el pecado recae. Así pues, llevando la camilla y andando, manifestó que el milagro de la curación perfecta se había obrado interiormente en el alma y exteriormente en el cuerpo.

Tres cosas mandó el Señor al paralítico, y son, que se levantasé, que tomase su camilla y andase, para manifestar que se le había restituído perfectamente su salud; y estas tres son las que se requieren para probar la justificación del pecador. Primera, que se levante apartándose de los pecados. Segunda, que tome su camilla llevando la carga de la penitencia que por aquellos se le impone. Y tercera, que camine, andando siempre de lo bueno á lo mejor, y de virtud en virtud, hasta la cumbre de la santidad. Treinta y ocho años hacia que padecía el enfermo, y sin embargo, no desesperaba. Grande ejemplo de paciencia que se dé á los pecadores, para que insistiendo en las súplicas de la oración tengan grande esperanza de conseguir la salud de aquel que dice: *Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá*; porque la verdadera conversión es obediente á la voz de Cristo, y con ella desaparece la enfermedad del alma y se habilita el hombre para merecer cada vez mas las misericordias del Señor.

Injustos en todo los fariseos, aparentaron escandalizarse de la obediencia del paralítico; pero ella encierra para nosotros la grandísima y no menos importante instrucción de que para asegurar nuestra curación espiritual es preciso obedecer los mandatos del ministro de Cristo. Aunque se había escondido Jesús, quiso comenzar esta nueva visita á Jerusalem por un milagro tan ruidoso, para que se nyesen después con mas atención sus santas y saludables doctrinas, que habían de empezar tambien en aquel dia por el mis-

mo paralítico. Hizose como encontradizo con él en el templo, y le dijo: Ya ves como estás sar; guárdate bien de pecar en adelante, y temo no te encueda alguna cosa por que la enfermedad de que acabas de salir. Levantó los ojos el que había estado paralítico, reconoció á su bienhechor y le rogó que le manifestase su nombre para conservar preciosamente la memoria de aquel á quien debía un bien tan grande; y queriendo que su Soberano médico fuese de todos reconocido y honrado, marchó á decir á los judíos que Jesús era aquel á quien debía la salud.

Antes de analizar los funestos efectos que esta noticia produjo en el ánimo iracundo de los hipócritas, preciso es decir algo sobre el encuentro de Jesús y el paralítico en el templo. Subió Jesús á él en cumplimiento de la ley y para dar gloria á Dios su Padre, porque le había hecho el dispensador de sus misericordias y gracias. Y subió el paralítico al templo, porque es el lugar de la oración, y para dar gracias á Dios de la sanidad que había recibido. Colocado entre las turbas no conoció al Señor; pero en el templo le halló y le conoció. No se halla fácilmente á Jesús entre la multitud confusa de los hombres; y entre la turbación que ocasionan los cuidados temporales; hállase empero en el retiro espiritual, en el secreto del corazón y en el templo de nuestro espíritu, donde se digna habitar por su gracia. Ningun retiro mejor que el templo, ningun asilo mas seguro, ningun refugio mas santo para los que de veras desean conservar la gracia recibida y medrar y crecer en ella, huyendo de los lazos del siglo, orando y oyendo la palabra de Dios que nos habla allí al corazón. ¿Y qué diremos de aquel que por la mañana busca á Jesucristo en la piscina de la penitencia, y por la tarde busca la enfermedad que le pone paralítico en el sucio albañal de la corrupción? No se halla en los lugares donde se pierden á un mismo tiempo la inocencia y el alma; hállase solamente en aquellos donde se destierra de esta toda clase de abominación, donde se la enriquece y adorna con la gracia y donde se une intimamente con él por el fervor de la oración. Por último, debemos notar con san Agustín [1], que si queremos conocer las gracias del Salvador y llegar á

[1] Div. August. Tract. 17 in Joann.

su perfecta vision, hemos de huir la turba incitativa y seductora de los malos pensamientos y perversas inclinaciones; nos hemos de apartar de la reunion y asociacion de los hombres malos; hemos de correr al templo de nuestro corazón, y de la oracion interior; esto es, al secreto de una buena conciencia, para que nos hagamos nosotros mismos el templo vivo de Dios, donde su Majestad se digne habitar y permanecer.

No era esto lo que pensaban los fariseos, pues en vez de admirar, como el pueblo crédulo y sencillo, las bondades del Señor en beneficio de los hombres, le acusaron públicamente como trasgresor de las leyes mas santas, procurando formar contra él un partido poderoso para desacreditarle y bastante fuerte para quitarle la vida. No pueden ser verdaderos milagros, decian, los que se hacen por un hombre quebrantador de los preceptos de Dios. Bueno es restituir la salud á un enfermo, pero no puede serlo el ordenar á un discípulo de Moisés que en el día del sábado vaya cargado con su camilla, quebrantando impunemente el precepto de la ley á vista de una innumerable multitud. No, no puede ser, repetian, hombre de Dios, y tener un poder venido de Dios, el que tan poco respeto tiene á sus órdenes; como si las obras admirables y santas que obraba Jesús no hubiesen sido mas propias para santificar que para profanar el día del sábado. De aqui inferian y publicaban que no pudiendo autorizar Dios aquellos prodigios, por ser, segun decian, contrarios á la ley, necesariamente debian obrarse por la influencia y poder del espíritu de las tinieblas; y si alguna vez no se atrevian á denunciarlo así al pueblo, que se hacia lenguas para publicar las maravillas que Jesús obraba, lo graban al menos suscitár dudas que detengan en algunos los frutos de la predicacion.

A estas atroces calumnias respondia el Salvador, que en cuanto obraba seguia constantemente el ejemplo de su Padre, que era el autor del sábado, el que no cesaba de obrar, ya en la conservacion y gobierno del mundo, ya en la produccion de una infinidad de criaturas que se veian nacer cada momento. Los escribas y fariseos eran suspicaces, y percibian tambien como los demás la fuerza y eficacia de esta justificacion que no podian negar ni destruir; mas bien presto prevalecia en su corazón y tomaba grande incremento el odio

que á Jesús profesaban; y faltos de toda razon, que aun los mas rudos no dejaban de tener, se persuadian que la fuerza de sus invectivas y repriminaciones algo habia de poder para la consecucion de sus depravados intentos. ¿Por qué fatalidad extremadamente grande para ellos mismos, preocupados y ciegos, no habian de detenerse en el exámen sencillo de las palabras de Jesús? Si así lo hubieran hecho, no hay duda que comprenderian fácil y claramente que el Padre y el Hijo eran inseparables, y que lo eran por lo mismo sus obras; y no tan solo eran inseparables las obras del Padre y del Hijo, sino tambien las del Espíritu Santo; porque así como la igualdad é inseparabilidad es de las personas, lo es tambien de las obras. Siguese de aquí que todas las obras de la Trinidad augusta se llaman indivisas ó comunes á las tres divinas personas, porque todo lo que obra el poder lo modera y ordena la sabiduría, y lo confecciona y conserva la bondad; y así es que nos enseñan Jesucristo y su Iglesia que todo lo que hagamos en el nombre de Dios y á mayor gloria suya, lo hagamos diciendo: *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, ó en el nombre de la santa é indivisa Trinidad.* Para que así como es indivisa la operacion, así tambien sea inseparable la invocacion. Así Cristo se excusó legal y legítimamente por sus obras hechas en día de sábado; pero como de esta acusacion se sigue que Cristo es igual á Dios su Padre, le perseguian por lo mismo como blasfemo con mas encarnizamiento y furor; porque la blasfemia es pecado mayor que la violacion del sábado y lo castigaba la ley con mayor terribilidad y rigor; por lo que se añade en el Evangelio: Que los judíos le perseguian con mas ahínco y furor buscando ocasion de matarle, no solo porque quebrantaba el sábado, sino porque decia que Dios era su padre natural y consubstancial.

Hasta aquí el odio de los escribas y fariseos puede decirse que habia ido vagueando, permaneciendo unas veces como amortiguado ó suspenso y otras como apagado ó muerto. Mas desde este día empezaron los actos públicos de hostilidad y la guerra sin descanso ni tregua que en adelante hicieron siempre á Jesús, sin cejar en ella hasta conducirle al suplicio: importa por lo tanto formar una idea justa de la preocupacion de sus corazones, y de la dureza y

obstinacion de sus ánimos. Sabian bien estos hombres que habia en su ley dos crímenes ó pecados que se castigaban con la pena de muerte: tales eran la violacion del sábado y el pecado de blasfemia; por cuya razon todos sus conatos se dirigian á poder convenecer al Salvador de uno de estos dos crímenes. Excusóse legalmente del primero, y por consiguiente le creyeron convencido del segundo, porque en su disculpa legal habia probado que era Hijo de Dios é igual al Padre; no atreviéndose empero á condenarle por esta razon sola, á fin de justificar con claridad el pecado de blasfemia que le imputaban, recorrian el sentido de las Escrituras, de las que se creian depositarios, y corrompian las tradiciones de sus padres para demostrar al pueblo que aquél no podia ser en manera alguna el Hijo de Dios enviado ó el Mesías prometido, sino un hipócrita engañador, á fin de que depesta toda veneracion y respeto entrasen mas fácilmente en la horrible conjuracion que contra él meditaban. El Mesías, decian, que esperamos, ha de ser un Rey glorioso segun el mundo, guerrero y conquistador; hará pelazos el yugo de los romanos que nos oprime, y sujetará las naciones. Como lo deseaban con tanto afán, así era tan firme esta persuasion; y tergiversando y corrompiendo, segun su modo de pensar, los oráculos de todos los profetas, solo aplicaban al Mesías que ellos esperaban los que podian convenir al sosteo de sus mentidas esperanzas y groseras preocupaciones. Al Mesías que tenian á su vista le veian pobre y abatido, y despreciando las Escrituras de los profetas que su pobreza y abatimiento expresaban, no querian recibirle. No podian negar que habia aparecido entre ellos en el tiempo mismo que se prometian muy cercano su libertador. El es, decian, de la sangre de David; él es tambien heredero de su trono, y se da por fin por el Mesías; pero es un hombre pobre, sencillo y sin pretensiones. En vez de aparecer amable y complaciente con los que encuentra en posesion de gobernar é instruir el pueblo, corre el velo á su ignorancia, les quita la máscara y los desacredita. No habla de guerras, ni de conquistas, ni de victorias, ni de triunfos; antes al contrario, su sermón favorito es la renunciacion y despego de las cosas del mundo; y es tal en esta parte su austeridad, que no practica sino lo que predica; el fausto y la magnificencia son siempre el motivo de sus mas severas agrimi-

naciones, acompañándose solamente de hombres idiotas y groseros. En medio de esto hacen milagros, sana enfermos, multiplica los alimentos para dar de comer á los que le siguen, y resucita los muertos. Como su poder no se oculta, tampoco su sabiduría se esconde. Explica con la mayor claridad el sentido de las Escrituras, aplica-se á sí mismo las profecías y las verifica. Enamora y atrae á los pueblos con la santidad de su vida, los gana con su caridad y anuncia en todas partes que es el Rey de los judíos; el enviado y el Hijo de Dios, y el prometido á su nación.

En verdad que la necia obstinación y ceguera de los expositores de la ley era bien digna de compadecerse. No quisieron entender jamás que la exaltación y la gloria que á los hombres se había prometido por la venida de Jesucristo, era la gloria celestial y no la terrena; más como buscaban esta y no la otra, por esto permanecieron en la infidelidad. No buscaban la gloria de Dios sino la suya; por esto no pudieron creer en Cristo abatido y pobre, porque solo en él cree el que como él se humilla y no se envanece; por esto dice el venerable Beda [1]: De ninguna manera puede evitarse mejor el vicio de la vanagloria, que encerrándonos en el recinto de nuestras conciencias, considerando nuestras miserias y no olvidando que somos tierra y polvo; y si aun después hiciéremos alguna cosa buena, conozcamos que por nosotros mismos nada podemos, y demos toda la gloria á Dios por lo poco que hiciéremos. Y san Crisóstomo añade [2]: Huyamos de la vanagloria con todo cuidado; ¡pero cómo la venceremos! Mirando solo y deseando aquella gloria que está en el cielo, de la que esta vana nos arroja. ¡Qué esperanza podremos tener de salud ó de salvarnos para siempre, si solo tenemos presente aquello que se nos manda olvidar, olvidando todo lo que nunca debiéramos perder de vista? ¡Puede haber una desgracia mayor para el hombre que esa insensibilidad, con la que pasamos los días de nuestra vida, y aunque oigamos referir que las desgracias que al mundo sucedieron en los días de Noé, y los incendios de Sodoma, imitamos las iniquidades de aquellos, diciendo que queremos aprender con la experiencia para saber cómo hemos de obrar? Pa-

[1] Ven. Bed. in cap. 5 Joann.

[2] Div. Crisostom. Hom. 39 in Joann.

ra nuestra enseñanza se escribieron todas estas cosas, para que los que no quieren creer las que se les anuncian como futuras, se convenzan por la experiencia de las pasadas; y comprendiéndolas, respiremos algun tanto ó tengamos alguna especie de consuelo en esa tan afrentosa esclavitud en que yacemos sumidos; y sea para nosotros este convencimiento, que por él los males de la tierra se nos conviertan en bienes y después gocemos de los eternos.

No llegando pues los fariseos á comprender y á convencerse de la exactitud y certeza de estas verdades, nada habia mas difícil para ellos que reconocer en Jesús el verdadero Mesías prometido; por esto se esforzaban en persuadir al pueblo que no lo era ni podia serlo. Su interés les estimulaba á ello, y por esto se atuvieron y obstinaron en que no lo era, prevaleciendo siempre el error á pesar de los remordimientos é inquietudes que les causaba la verdad. ¡Qué lección tan espantosa para los que en todo tiempo se obstinan á desconocerla ó á negarla! En este estado, para el hombre bien triste seguramente y lamentable, resiste con furor el examen sossegado y detenido de los primeros pasos y resoluciones, porque teme encontrarse con la verdad de que huye; y cuando un juicio comparativo le obliga á confrontar los hechos que pueden oscurecerla ó evidenciarla, siempre trata de eludir todo aquello que pudiera causarle una saludable impresión. Cuanto en otras no le pareciera ni aun verosímil, impresionado siniestramente, viene á ser una razon sólida que á su parecer convence; y acostumbrado á recibir lo falso como verdadero y lo malo como bueno, ama las tinieblas como á luz y vive entre los vicios mas groseros, sin tener valor para reprehenderlos ni alma para detestarlos. ¡Qué estado tan infeliz! Casi es imposible que haya otro mayor.

Si registramos con severa imparcialidad la historia de la Iglesia desde su mismo establecimiento, veremos que así se formaron todos los grandes perseguidores que ha tenido y los mas insignes herejarcas que el infierno ha abortado. Cerraron los ojos á los destellos de la mas radiante luz; desconocieron á Jesucristo á pesar de la multitud de milagros con que los apóstoles atestiguaban la verdad de su doctrina y que eran los enviados por el Señor; y porque empezaron por no amarlo, vinieron á hacerse enteramente ciegos para



no conocerlo. Como Hombre enviado por Dios su Padre, predica Jesús su doctrina; y cuando lo atestigua y confirma curando á vista de un pueblo inmenso un paralítico de treinta y ocho años, se desprecia y aun se condena el milagro porque lo obra en día de sábado, y manda al curado que camine cargado con su camilla en señal de que ha recobrado perfectamente la salud; y cuando los apóstoles y sus sucesores obran milagros á la presencia de los mas encarnizados perseguidores, siempre halla la obstinacion furiosa motivos para detestarlos. Lo que para un entendimiento claro y un corazón dócil es un motivo sólido para creer en un ánimo preocupado, siempre se convierte en motivos de odio y de obstinacion insuperable. Castigo espantoso con que el Señor acostumbra á castigar á los que se resisten á oír su voz y seguir sus mandamientos.

## ORACION.

*¡Oh Señor mio Jesucristo! Salvador amantísimo y Médico soberano de mi alma: sáname de los largos y penosos males que tantos años hace me afligen y atormentan. Paralítico en mi cuerpo y en mi espíritu, no puedo ir á tí si no me sanas con tu misericordia y si no me llevas con tu gracia. Hazme levantar, Señor, para que huya del pecado y de todas las ocasiones de ofenderte; mándame que lleve la carga de mi camilla haciendo de el verdadera penitencia, y que siga caminando, aprovechando en el bien obrar, y subiendo de virtud en virtud hasta la cumbre de la perfeccion, y perfectamente sano por tu bondad cuide de no pecar mas en lo restante de mi vida, no sea que me suceda alguna desgracia mayor. Concédeme tambien, oh Jesús mio, que siguiéndote con humildad desprecie toda gloria humana y terrena, que nunca desee sobreponerme á los demás, sino que solamente busque tu gloria y á tí sola desee agradar, para que después eternamente te pueda yo gozar. Amen.*

**NOTA.** La historia del presente capítulo corresponde al V del Evangelio de san Juan, desde el versículo 1.º hasta el 24, ambos inclusive.

La Iglesia lo usa como propio de la misa de la feria sexta de las cuatro témporas de la Cuaresma, desde el versículo 1.º hasta el 15, y como de la festividad del glorioso arcángel san Rafael, tambien desde el versículo 1.º hasta el 4, todo inclusive; uno y otro dicen así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA VI DESPUES DE LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA.

*San Juan, cap. V, vs. 1.º al 15.*

En aquel tiempo era el día de la fiesta de los judíos y fué Jesús á Jerusalem. Hay en Jerusalem una piscina que se llama probática y en hebreo Betsaiga, la cual tiene cinco pórticos. En ellos yacía una gran multitud de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, que aguardaban el movimiento de las aguas. Un ángel del Señor descendía de tiempo en tiempo á la piscina y se movía el agua. El primero que entraba en la piscina después de movida el agua quedaba sano de cualquiera enfermedad que padeciese [1]. Estaba allí un hombre que llevaba treinta y ocho años de enfermedad, al cual como viese Jesús tendido y conociese que hacía mucho tiempo que estaba enfermo, le dijo: ¿Quieres ser curado? Respondió el enfermo: Señor, no tengo persona que me meta en la piscina así que el agua está conmovida; por lo cual mientras yo voy, otro antes de mí ha bajado ya. Dícele Jesús: Levántate; toma tu camilla y anda. Y al punto quedó sano aquel hombre, y tomó su camilla y echó á andar. Era aquel un día de sábado, por lo que decían los judíos al que había sido curado: Hoy es sábado, no te es lícito llevar la camilla. Respondióles: El que me ha curado, este mismo me ha dicho, toma tu camilla y anda. Preguntáronle pues, ¿quién es ese hombre que te ha dicho, toma tu camilla y anda? Mas el que había sido curado no sabía quién era. Porque Jesús se había retirado de la gente que allí había. Después le habló Jesús en el templo y le dijo: Bien ves cómo has sido curado; no peques mas en adelante para que no te suceda otra cosa peor. Fuése aquel hombre y contó á

[1] Hasta aquí el Evangelio de la misa de san Rafael arcángel.

los judíos que Jesús era quien le había librado. *(Hasta aquí el Evangelio de la feria VI de las cuatro temporadas de cuaresma.)*

Pero estos por lo mismo perseguían á Jesús por cuanto tales cosas hacía en día de sábado. Entonces Jesús les dijo: Mi Padre, hoy como siempre, está obrando incessantemente, y yo ni mas ni menos. Mas por esto mismo andaban tomando los judíos con mayor empeño el quitarle la vida; porque no solamente violaba el sábado, sino que decía que Dios era su Padre propio, haciéndose él igual á Dios. Por lo cual tomando la palabra les dijo: En verdad, en verdad os digo que no puede hacer el Hijo por sí cosa alguna, fuera de lo que viere hacer al Padre; porque todo lo que este hace lo hace igualmente el Hijo. Y es como el Padre ama al Hijo, le comunica todas las cosas que hace; y aun le manifestará, y hará en él y por él obras mayores que estas, de suerte que quedaréis asombrados. Pues así como el Padre resucita á los muertos y les da vida, del mismo modo el Hijo da vida á los que quiere. Ni el Padre juzga visiblemente á nadie, sino que todo el poder de juzgar le dió al Hijo con el fin de que todos honren al Hijo de la manera que honran al Padre; que quien al Hijo no honra, tampoco honra al Padre que le ha enviado. En verdad, en verdad os digo que quien escucha mi palabra y cree á aquel que me ha enviado, tiene la vida eterna y no incurre en sentencia de condenacion, sino que ha pasado ya de muerte á vida.

## CAPITULO XXVIII.

### DE LA FIGUERA ESTERIL Y LA MUJER ENGOBADA

DIEZ Y OCHO AÑOS.

El que no conociera el carácter mansísimo de Jesús y su eterno é infinito amor, podría muy bien creer que el Salvador amantísimo de los hombres retenia en su corazón algunos sentimientos ó afectos de rencor ó de ira al ver que después de haber hablado con tanta claridad á los escribas y fariseos y á todos los judíos, se apartaba de Jerusalem, dejando á sus habitantes cada vez mas sumidos en la incredulidad, y se retiraba otra vez á Galilea. Llevaba consigo el Señor á las diferentes ciudades, lugares y aldeas por donde transitaba, á sus apóstoles y discípulos; los que como coadjutores suyos anunciaban también el reino de Dios, y las misiones del Señor producian en muchas ocasiones grandes y maravillosos efectos. Con el mismo ardor que siempre enseñaba al pueblo cuanto le convenia, para hacerle sentir todas las dulzuras de la pobreza voluntaria á fin de apartarle de la multitud de males que causa la avaricia en el corazón que llega á esclavizar. Enseñando de esta suerte y predicando sin cesar, caminaba muchas veces todo el día seguido de innumerables turbas, que embelesadas con la dulzura y suavidad de sus

los judíos que Jesús era quien le había librado. (*Hasta aquí el Evangelio de la feria VI de las cuatro temporadas de cuaresma.*)

Pero estos por lo mismo perseguían á Jesús por cuanto tales cosas hacía en día de sábado. Entonces Jesús les dijo: Mi Padre, hoy como siempre, está obrando incessantemente, y yo ni mas ni menos. Mas por esto mismo andaban tomando los judíos con mayor empeño el quitarle la vida; porque no solamente violaba el sábado, sino que decía que Dios era su Padre propio, haciéndose él igual á Dios. Por lo cual tomando la palabra les dijo: En verdad, en verdad os digo que no puede hacer el Hijo por sí cosa alguna, fuera de lo que viere hacer al Padre; porque todo lo que este hace lo hace igualmente el Hijo. Y es como el Padre ama al Hijo, le comunica todas las cosas que hace; y aun le manifestará, y hará en él y por él obras mayores que estas, de suerte que quedaréis asombrados. Pues así como el Padre resucita á los muertos y les da vida, del mismo modo el Hijo da vida á los que quiere. Ni el Padre juzga visiblemente á nadie, sino que todo el poder de juzgar le dió al Hijo con el fin de que todos honren al Hijo de la manera que honran al Padre; que quien al Hijo no honra, tampoco honra al Padre que le ha enviado. En verdad, en verdad os digo que quien escucha mi palabra y cree á aquel que me ha enviado, tiene la vida eterna y no incurre en sentencia de condenacion, sino que ha pasado ya de muerte á vida.

## CAPITULO XXVIII.

### DE LA FIGUERA ESTERIL Y LA MUJER ENGOBADA

DIEZ Y OCHO AÑOS.

El que no conociera el carácter mansísimo de Jesús y su eterno é infinito amor, podria muy bien creer que el Salvador amantísimo de los hombres retenia en su corazon algunos sentimientos ó afectos de rencor ó de ira al ver que después de haber hablado con tanta claridad á los escribas y fariseos y á todos los judíos, se apartaba de Jerusalem, dejando á sus habitantes cada vez mas sumidos en la incredulidad, y se retiraba otra vez á Galilea. Llevaba consigo el Señor á las diferentes ciudades, lugares y aldeas por donde transitaba, á sus apóstoles y discípulos; los que como coadjutores suyos anunciaban tambien el reino de Dios, y las misiones del Señor producian en muchas ocasiones grandes y maravillosos efectos. Con el mismo ardor que siempre enseñaba al pueblo cuanto le convenia, para hacerle sentir todas las dulzuras de la pobreza voluntaria á fin de apartarle de la multitud de males que causa la avaricia en el corazon que llega á esclavizar. Enseñando de esta suerte y predicando sin cesar, caminaba muchas veces todo el dia seguido de innumerables turbas, que embebecadas con la dulzura y suavidad de sus

palabras, ni sentían el cansancio del camino ni desmayaban por el hambre, porque se alimentaba su alma con el pan de la divina palabra. Así caminó el Señor hasta las fronteras del antiguo reino de Judá, y al entrar en una ciudad de Galilea, se le acercaron unos judíos que le dieron una muy triste noticia, la que sirvió al Maestro divino para dar á sus apóstoles y á cuantos le seguían una muy bella é importante instrucción.

Acabábase de celebrar la fiesta de las Trompetas ó de la Neomenia del sétimo mes, la que cayó en dos días diferentes para los galileos y para los judíos de Judea; según su diferente modo de colocar el primer día del mes; por cuya razón se diferenciaban todas las solemnidades que dependían de la diversa forma del calendario respectivo; circunstancia que es preciso no olvidar para la justificación del importante, aunque desgraciado suceso, que en ella sucedió. Pilatos, gobernador y presidente de la provincia de Judea por el César, había mandado que se quitase la vida á un pequeño número de galileos, cuantos juntos hacían sus sacrificios en la casa de Dios, mezclando así su sangre con la de las víctimas que al Señor ofrecían.

Aunque eran diversos los rumores que corrían sobre este desgracia lo suceso, parece sin embargo lo mas cierto que un galileo llamado Judas, hombre sedicioso, se había hecho caudillo de una tropa en su misma provincia, y que decía en alta voz á los de su partido: Que no se había de pagar tributo á los romanos ni ofrecer sacrificios por la salud del César [1]; lo que llegado á noticia del gobernador quiso hacer un ejemplar castigo para contener en su debida obediencia á los galileos. Envió pues sus soldados, los que llegaron á tiempo que estaban para hacer los sacrificios, y fueron a aquellos miserables sacrificados, y su sangre corrió mezclada con la de las víctimas. Mas no dejaba de haber quien los reputase por muy hombres de bien, y se resentían los mas de que hubiesen sido tratados con tanta crueldad. Otros empero mas timoratos al parecer, decían: Que aunque no hubiesen sido culpados á la presencia de los hombres, debían serlo sin remedio á la de Dios, y que algun peca-

[1] Joseph. lib. 18 Antig. c. 1 et 2.

do oculto les había acarreado este castigo. Preocupados en esta parte los judíos, se persuadían con razón que por lo que mira á Dios no hay suceso fortuito y que nada sucede sin la dirección de su providencia; por lo que añadían que no permite su Majestad estos accidentes en que la vida de los hombres es sacrificada, sino para castigar en este mundo pecadores señalados, de que quiere dejar grandes ejemplos.

Contóse al Salvador este hecho, á fin de saber lo que su Majestad opinaba sobre el mozo y la ocasion con que habían sido sacrificados, interesándose tambien en esta declaración de Jesús dos partidos igualmente poderosos, cuales eran el de Pilatos en Jerusalem y el de Herodes en Galilea; el que se manifestaba altamente ofendido, pues que los galileos sacrificados eran de su jurisdicción; pero como todos venían á coincidir en el mismo pensamiento, aunque opinasen de distinta manera respecto á la jurisdicción, juzgó prudente el Salvador aclarar precisamente la verdad sin entromettersé en el otro intrincado laberinto. Dijoles pues: No conviene creer que estos galileos, degollados todos de una vez en el tiempo de su sacrificio, sean los hombres mas criminales y los mas perversos de la nación. Yo os aseguro que así los elegidos é inocentes como los pecadores y réprobos, están expuestos á tales acontecimientos. Lo que hace la muerte desgraciada no es una mala fortuna, sino la impenitencia del pecador. Dios lo ha permitido así; pero no seas tan temerarios que os juzgueis autorizados para concluir ahí contra ellos. Volved sobre vosotros mismos y considerad que sin distincion de galileos y judíos todos tendreis una suerte semejante y perecereis si no hacéis desde luego penitencia de vuestras culpas.

Del infortunio de estos galileos es preciso sacar este precioso fruto, el de la penitencia; pues que infinitamente justo el Señor, tiene determinado el castigo de los pecadores temporal y eterno, y de él sola la penitencia nos libra, que es la segunda tabla después del naufragio; y lo mismo que de estos se ha de decir de aquellos diez y ocho judíos que fueron oprimidos por la ruina de una de las torres de Siloé. Vosotros tambien imaginai que eran tambien los mas delincuentes de Jerusalem, y que la justicia de Dios los juntó allí expresamente para que todos pereciesen, y asimismo en esto os enga-

nais. Yo os lo repito una y otra vez: no juzguéis á vuestros hermanos tan temeraria y prematuramente; mucho mejor obraríais, y mas provecho os acarrearía pensar en vosotros mismos, aplacar al Señor con vuestra penitencia, y procurar por este medio impedir una desolacion general, en la que seréis sin duda arrollados y confundidos. Habitantes de Jerusalem y de la Judea, oíd mis amonestaciones; reconciliaos enaito antes con Dios, pues de lo contrario todos pereceréis en la ruina y desolacion de vuestras murallas, como perecieron vuestros hermanos bajo de las de la torre de Siloé. Para que os convenzais de esta verdad, oíd esta parábola; y haciendo de ella una justa aplicacion, vendreis á conocer claramente, no solo el estado presente de vuestra capital, de vuestro templo, de vuestro país y de vuestro pueblo, sino tambien el fin que todo ha de tener.

Judá y Jerusalem eran dos objetos que siempre tenia Jesús á la vista, y sobre ellos discurría con tristeza presagiando y anunciando con toda claridad su ruina: en ella habia de verificarse su muerte, y la reprobacion del pueblo de Dios que á ella habia de seguirse era el objeto continuo de sus predicaciones: apresurábase á dar á los hijos de Jacob pruebas positivas del desseo que tenia de salvarles, y solo les faltaba entregarse por ellos y morir por la salud del mundo. Para entender pues las parábolas del Salvador y la multitud de instrucciones que sobre este particular deseaba, conviene no perderlo de vista ni un solo instante; por lo que dice el venerable Beda [1]: Los judíos oprimidos y muertos por la torre, significan los que de entre ellos no quisieron hacer penitencia, y en el tiempo señalado por el Altísimo han de perecer sepultados entre las ruinas de los muros de la ciudad santa. La torre que los oprimió significa aquel que es la torre de nuestra fortaleza, que no sin razon fué la de Siloé, que se interpreta enviado, denotando muy bien aquel que vino al mundo enviado por el Padre, y es la piedra angular que con su peso omnipotente oprimirá todos aquellos sobre los que cayese; por lo que pudo muy bien el Señor referirles la parábola de la higuera que no daba fruto y ocupaba la tierra inútilmente; la que queria con razon cortar su propio dueño, puesto que tres años hacia

[1] Ven. Bed. in sep. 13 Luc.

que no le daba higos, burlando así todas sus esperanzas. Mas el cultivador de la viña interpuso su ruego en favor del árbol ingrato, pidiendo para él un año mas de paciencia al propio dueño, ofreciendo cavarla y estercolarla; y si aun con esto, le dijo, no da fruto, obedere vuestras órdenes y la cortaré.

Grande es y sobremanera interesante el sentido de esta misteriosa parábola. Los acontecimientos en ella figurados son los únicos que pueden aclarar toda su inteligencia, aunque á primera vista ya se observa que ella señalaba á los oyentes de un modo claro é inteligible el estado presente y las calamidades futuras de la nacion judaica.

En esta semejanza manifestó Jesús en primer lugar la gran paciencia de Dios y la gran negligencia del hombre en dar á su divina Majestad los frutos de virtudes que debe darle. La higuera plantada en medio de la viña señalaba la Sinagoga plantada en medio de la casa de Ismel y la nacion de Judá: los tres años que el dueño la habia visitado sin hallar fruto en ella, denotaban las tres maneras con que el Señor habia procurado instruirla, á saber, con la intimacion de los preceptos de la ley, con los oráculos de los profetas y con los primeros y ya muy radiantes fulgores del nuevo Evangelio de paz y caridad que les anunciaba. En cuyos tiempos habia buscado Dios entre los judíos el fruto de las buenas obras, y no las habia hallado sino en muy pocos, los que no podian computarse como ningunos respecto de tanta muchedumbre. Y aunque tantos cultivadores como Dios la habia enviado habian cavado á su alrededor con el azadon de las agudas y terribles inectivas para humillarla, y habia procurado abonarla ó estercolarla con el miedo y terror de los divinos juicios, manifestándole además el hedor y abominacion de sus pecados, cuya memoria suele humillar á los hombres, compungirles y obligarles á la penitencia; sin embargo, los colonos ó cultivadores sirvieron de poco á causa de la pertinaz obstinacion del judaismo, y por esto los judíos merecieron ser cortados á la presençia del Señor.

De otra manera explican otros la significacion misteriosa de esta higuera, y los tres años que estuvo sin dar frutos. Entienden por la viña toda la extension de la Tierra Santa ocupada por el pueblo

de Dios, y por la higuera infructuosa plantada en medio de esta vida entienden la ciudad de Jerusalem, que era la capital de la tierra de promisión. Por los tres años en que el dueño visitó la higuera buscando en ella fruto sin hallarlo, dicen estar representadas las tres épocas de las tres grandes aflicciones con que castigó Dios á su pueblo para procurar su omnienda: en el primer año creen estar figurado el tiempo que pasó desde que David estableció en Jerusalem el centro de la religión y de la monarquía hasta la época en que en razón de su esterilidad fué destruida por Nabucodonosor y conducidos cautivos á Babilonia casi todos sus hijos. En el segundo año creen que se comprende la época de su restablecimiento después de la vuelta de aquella cautividad hasta la espantosa desolación que sufrió por Antiocho, rey de Siria. Y el tercer año, dicen, que significa la época de paz que adquirió por la heroica resistencia de los macabeos, en la que volvió á florecer el culto público y se restableció el gobierno soberano de la nación hasta la venida de Jesucristo, enviado de Dios, en cuyo tiempo se vió cumplimentada enteramente la profecía de Jacob; pues despojados los judíos de su autoridad gemían bajo el yugo de hierro de los romanos, dominando en Jerusalem, en nombre del César, un presidente de esta nación.

¡Admirables juicios de Dios por cierto, que siempre están fuera del alcance y penetración de los hombres! Vino Jesús á buscar frutos á la higuera y no los encontró, aunque habia sido cultivada con tanto esmero. Rogó por ella á su Eterno Padre y le concedió este cuarto año, que se entiende desde la predicación del Mesías hasta la fatal irrupción de las armas romanas. El amantísimo Salvador se encargó por fin del cultivo de la viña y de la higuera, la cobó con su predicación, la abonó con sus milagros, la regó con sus sudores, y no se perdonó trabajo y fatiga alguna para ver si daría fruto; mas no aprovechándose la higuera de tantos trabajos, no dió fruto alguno y fué cortada de raíz. Ingrata, desconocida y siempre rebelde Jerusalem, despreció todos los medios de salud que se la ofrecieron; la abandonó el Señor, permitió se entregase enteramente á las pasiones violentas, y vino á ser subyugada, destruida y reducida á cenizas por los romanos.

Otra interpretación que no carece de grande analogía se da tam-

bien á la misteriosa parábola de la higuera infructuosa: créese que representa tambien por sí misma en todos los tiempos del cristianismo, el alma rebelde á los llamamientos y avisos del cielo, y á las inspiraciones interiores de la gracia, cuyos cultivadores son los prelados y sacerdotes del Señor. Cualquiera alma de por sí es el árbol, la viña, el huerto y el campo que cada uno debe cultivar por sí mismo, cavar, abonar y regar para que dé fruto. Pero ¡ay! que entre los cristianos hay muchos rebeldes, incrédulos é indóciles que ocupan inútilmente la tierra, que no dan fruto alguno, y que con sus largas y obstinadas resistencias caminan con precipitación á la pena que Dios los señaló; sobre lo que dice san Gregorio [1]: Vino el Señor tercera vez á visitar la higuera, esperando, avisando y visitando con su gracia á todo el género humano, antes de la publicación de la nueva ley; pero se queja de no hallar fruto en ella después de estas tres visitas, porque algunos depravados corazones no les corrigieron los preceptos inspirados de la ley natural, ni les enseñaron los escritos en la ley dada á Moisés, ni les convirtieron los milagros obra los por el Altísimo durante su predicación. Con temor pues debe oirse la voz que dice: *Cortales; porque inútilmente ocupa la tierra.* Cada uno, segun su modo, debe dar el fruto de buenas obras, y si no lo da ocupa inútilmente la tierra como higuera estéril.

Cultivadores son de la viña y de la higuera todos los que presiden y mandan, en la Iglesia de Dios, y lo son tambien los justos y santos que están dentro de ella y ruegan por los que están fuera. Todos á una voz estrechan é interpelan al Dios de la misericordia, diciéndole: *Déjalos, Señor, tambien este año;* esto es, este tiempo de la gracia, para que cavando alrededor de su corazón, reprendiendo sus vicios, les arrojemos el estiércol de la mortificación y penitencia, despertándoles del sueño mortal en que yacen sumidos; porque cavar alrededor del corazón es doblegarle con la humildad, succarle con la penitencia y prevenirle con la paciencia: ninguna tierra es tan blanda y humilde como la recién cavada; y la memoria de los pecados ejercita la penitencia, agujonea con la compuncion.

[1] Div. Gregor. Hom. 31 in Evang.

y obliga á dar el deseado fruto del arrepentimiento; por cuya razon decia el mismo san Gregorio: Con el estiércol de la penitencia revive el árbol del corazon, y por la consideracion del pecado se reanima para obrar el bien. Nada hay mas inmundo que el estiércol, y sin embargo, nada hay mas provechoso y beneficioso para la tierra.

Después de todo esto no será en vano traer á la memoria la doctrina del grande Agustino sobre este punto tan interesante [1]: Nada hay, dice, en que el hombre debe pensar como en mirarse á sí mismo, estudiarse á sí mismo, discurrir sobre sí mismo, buscarse á sí mismo y procurar hallarse á sí mismo: en este exámen y estudio encontrará necesariamente en sí mismo lo bueno y lo malo; lo que le agrada y lo que le desagrada; lo que le llena y lo que le hace estar vacío; y si vacío se halla de buenas obras y merecimientos interiores, ¿por qué ha de buscar con tanta avidéz los bienes y los honores exteriores? ¿De qué le aprovecha tener llena de oro su gavata, si tiene de buenas obras vacía la conciencia? ¿Quieres, oh hombre, grandes bienes tener en tu casa, y tú no quieres ser bueno? Avergüenzate de tener tu casa llena de bienes y tu corazon lleno de males? Si te preguntan, si males quieres tener en tu casa, ó si quieres que la habiten malos, seguramente dirás que no: no quieres tener la esposa, ni el hijo, ni el criado, ni tu posesion, ni tu túnica, ni aun tu sandalia mala; ¿y con todo quieres tener mala vida? Monstruosidad abominable. Todas las cosas que te rodean las quieres bellas, elegantes, hermosas y apreciables, y tú solo quieres ser y eres para tí mismo, sórdido, inmundo, feo y despreciable. Si las cosas que posees y de las que está tu casa llena pudiesen responderte, por cierto que clamarían á tí y en voz en grito dirían: Tú nos quieres tener para tu servicio porque somos apreciables y buenas, y nosotros no queremos para dueño sino un hombre bueno y apreciable. Reconvenccion tan terrible como justa, y á la que seguramente el hombre malo no podria responder.

Parecia lo mas regular que la mortandad de los galileos ordenada por Pilatos y referida por algunos judíos á Jesucristo, la que dió ocasion á esta parábola, fuese un motivo suficiente para hacer apar-

[1] Div. Agust. Serm. 144 De tempor.

tar al Señor de la idea de regresar á la capital, donde era mirado como originario de Galilea, y donde las disposiciones del gobernador eran poco favorables á los habitantes de aquel país. Mas como el Señor nada tenia por qué temer, porque no habia llegado aun el tiempo de ejecutar las órdenes de su Padre celestial, ni cosa alguna le obligaba á apresurarse sin inmutar su resolucion de volver á Jerusalem para uno de los días de la próxima fiesta que se celebraba con mucha mas solemnidad que la de las Trompetas ó Neomenia, se detuvo en el mismo paraje, y verosíblemente en el sábado próximo, acaso ocho dias después de aquel acontecimiento y tres antes de la fiesta, pasó, segun tenia de costumbre, á la Sinagoga de la ciudad limítrofe de Judea, donde esperaba el dia de partir, con ánimo de continuar instruyendo á sus oyentes para que se animasen á hacer pronta penitencia.

Pública era ya la parábola misteriosa de la higuera estéril condenada á ser cortada y arrojada al fuego, y nadie dudaba que ella indicaba con claridad la destruccion de la Sinagoga, sobre cuyas ruinas debía levantarse majestuosa y recta la nueva Iglesia de Dios, y un nuevo milagro del Señor vino á demostrarlo completamente. Hallábase en el concurso del sábado una pobre mujer, á quien afligia terriblemente el demonio hacia ya diez y ocho años con una enfermedad que la humillaba y mortificaba sobremanera: pues sin dar señal alguna de estar poseida, no podia ocultar su vergüenza y confusion á cuantos la miraban. Estaba encorvada tan violentamente hácia la tierra por la impresion y fuerza que la causaba el espíritu maligno, que tenia contraidos todos sus nervios; pero de tal manera, que no podia levantar sus ojos al cielo, ni aun fijarlos en las personas que le hablaban. Todos los esfuerzos del arte no habian sido bastantes para curarla, lo que demostraba que su enfermedad no era natural. El Médico soberano, que habia bajado del cielo para romper las fuertes ligaduras con que el demonio tenia aprisionados los hijos de Adán, no pudo mirarla sin moverse á compasion, y quiso sacarla de situacion tan afflictiva y triste.

Si la desventurada hubiese podido mirar á Jesús, así como el Salvador la miró á ella, seguramente hubiera comprendido que no estaba muy lejano el instante de su salud; mas no siéndole esto posi-

ble, oyó al menos la voz del Señor que la llamaba, y desde luego concibió en su corazón muy grandes y lisonjeras esperanzas. *Aórcate á mí, le dijo Jesús, y ella obedeció al instante.* La Majestad divina puso su mano omnipotente sobre su cabeza y la dijo: *Mujer, ya estás libre de tu enfermedad:* y sintiendo en sí en aquel mismo instante todo el efecto de la misericordia omnipotente de Dios, levantó su cabeza y se puso derecha por primera vez después de diez y ocho años. La que por tanto tiempo solamente había visto la tierra, levantándose y mirando hacía el cielo encontró por primer objeto de sus ojos al Mesías prometido, al hombre Dios, al libertador universal de todas las criaturas. ¡Con qué ternura le miraría! ¡con qué excesos de gratitud y reconocimiento le adoraría! ¡y con qué cánticos de alabanza no cantaría las grandezas de Dios y la magnificencia de sus misericordias! Las voces de gratitud que salían mas bien del corazón que de la boca de aquella mujer, eran repetidas con entusiasmo por un pueblo inmenso admirador de aquel prodigio, y nada se hubiera oído en la Sinagoga, sino cánticos de loor, acciones de gracias y demostraciones de júbilo, si el archisinagogo ó jefe de la misma Sinagoga no hubiera turbado la alegría pública con otra pública acriminación dirigida á Jesús; la que por fin vino á convertirse, como era regular, contra el mismo que la había dirigido.

Dicho se está, y repetido hasta el fastidio, que el crédito y la reputación del Salvador causaban horribles celos á todos los escribas y fariseos, y que cada vez que le veían obrar uno nuevo, la desesperación y la rabia se apoderaba de ellos con nuevo furor. La sencillez, la prontitud, la facilidad con que Jesús obraba los milagros, no daba lugar á sus enemigos para prevenirse contra él é impedirle con calumnias y acusaciones injustas que los obrase; por consiguiente debían estas entrar después de verificado aquel, cuando las turbas lo celebraban, cuando su grandeza había ya cautivado el corazón de los hombres mas timoratos y justos, y cuando ya por ellos era adorado y bendecido Dios, que había dado tal y tan grande poder al que para la salud de todos había enviado. Vengóse pues el archisinagogo como acostumbraban á hacerlo todos sus colegas, manifestando indignación porque Jesús había obrado el milagro en

el día del sábado. Pero es de advertir que en vez de dirigirse al que había obrado el portentoso, se encará con los circunstantes, entre los que había muchos que también deseaban ser curados, y los dijo: Seis días hay en la semana que pueden emplearse en el trabajo, y son los únicos en que este es permitido. Venid pues en cualquiera de ellos; presentaos en este sitio para que os curen, si creéis ó esperáis conseguir la salud; pero respetad el día del sábado: esto es el día del reposo santo, el día que el Señor consagró á su culto; en esto solo debía emplearlo.

No dejó pasar el Salvador desapercibido al discurso fatal del fariseo, y lleno de aquel celo santo que en su pecho rebozaba, deseoso de ilustrar al pueblo y de contener las maquinaciones malignas de los fariseos, volviéndose al archisinagogo, y á los escribas y fariseos que con él estaban, les dijo: *¿Quién hay entre vosotros, oh cautelosos hipócritas, tan escrupuloso observador del descanso del día santo, que no desate á su buey ó á su jumento del establo para llevarlo á beber en aquel día como en cualquiera otro de los demás? ¿Cómo os atreveis á murmurar porque he roto las cadenas que tenían diez y ocho años hace oprimida esta hija de Abraham, á la que era imposible levantar los ojos al cielo? Bien se conoce que no es la religión del sábado la que os mueve, para que tanto al pueblo como á mí dirijáis tan injustas acriminaciones. ¡Ah! bien se conoce que hay otra cosa oculta en el fondo de vuestro corazón.*

Bramaron de coraje y de rabia los enemigos implacables de Jesús, porque nada podían oponer á la contundente reflexión que acababa de hacerles, la que entusiasmó tanto al pueblo cuanto á ellos llenó de furor y venganza; y así como habían oído la justa censura que contra ellos se había fulminado, tuvieron que oír también los gritos de alegría que en la Sinagoga resonaron. A su confusión siguió su vergüenza y su ignominia; pues el pueblo, que juzgaba las cosas sin la prevención é interés que los fariseos, aplaudía todos los milagros de que era testigo y alababa al Dios de la gloria que había dado á Israel un tan generoso dispensador de sus beneficios. Una luz tan visible ofuscaba los fuegos artificiales y fatuos de los escribas, y una virtud tan grande como humilde, condenaba sus incorregibles desórdenes que cubrían con el faustoso oropel de sus hipocresías.



En vista de esto, y no pudiendo resistir la fuerza de las doctrinas del Salvador, se apersonaron con él; y aparentando una compasión que no tenían, quisieron intimidarle con un aviso tan ridiculo como acaso falso. Sal de aquí, le dijeron, cuanto antes; deja este país, porque Herodes, que manda esta provincia, ha resuelto quitarte la vida. No debía recelar el que nada podía temer, y aumentando con su contestación la inquietud y la rabia de aquellos hombres perversos, les dió á conocer que nada temía por entonces de parte de los hombres. Decidle á esa zorra (así llamó á Herodes) que sin temer sus amenazas permaneceré aquí algun tiempo, pues es menester que yo emplee algunos dias mas en hacer bien á los que me hacen mal; en librar á los endemoniados y en dar salud á los enfermos; que después de esto no me durará mucho la vida, y que mi muerte pondrá fin á sus desconfianzas y sospechas; que tengo ánimo de pasar, aunque de presa, por sus tierras, para ir dentro de poco tiempo á Jerusalem; pues en esta ciudad, siempre fatal á los profetas, debo morir como ellos, por la defensa de la justicia y la verdad.

Como á competencia brillan las elocuentes exposiciones de los padres y doctores de la Iglesia sobre los interesantes pasajes de este Evangelio, es preciso oír alguno de ellos. Sola la gloria retiene Dios para sí de sus obras maravillosas, dice san Agustin; la utilidad empero toda cede en beneficio y favor nuestro [1]: da Jesucristo una prueba grandiosa de su humildad cuando no se desdenea de tocar un enfermo, por grave y asqueroso que sea su enfermedad. Aunque la inclinación de aquella mujer deba contemplarse como la enfermedad exterior que la aquejaba, por la violencia con que el demonio la atormentaba, con todo, tiene una muy grande significación que no debe dispensarse ó pasarse en silencio. Encorvada la mujer mira siempre hácia la tierra, para que no fije jamás sus ojos en el hombre, pues su vista es para el hombre peligrosísima. No se afane mucho la criatura ni se mezcle en los negocios de la tierra, no sea cosa le suceda lo que á la mujer encorvada: el peso de los cuidados mundanales es horrible; cuanto mas la criatura se entrega á ellos, tanto menos puede levantar la cabeza para ver á Dios.

[1] Div. August. Serm. 31. De Verb. Dñi.

Deseando las cosas visibles se pierden las invisibles, exclama san Gregorio [1]: aquel hombre está encorvado, porque está inclinado á la culpa; no puede dirigir su vista á lo alto, porque le falta la justicia. Entregado á los deleites voluptuosos, solo puede amar y pensar en las cosas caducas y transitorias; y no llamándole la contemplación de las celestiales, no suspira ni apetece el goce de los deleites que no han de tener fin jamás: á este pues si Dios no le toca con su gracia y no pone sobre él la mano de su misericordia, permanecerá encorvado siempre, no se levantará por medio de la justificación, y será eternamente infeliz; porque todo pecador que solo piensa en la tierra, jamás levanta su vista al cielo, y solo ama lo que ve y lo que sin intermision ocupa su pensamiento. En un todo es parecido á la mujer encorvada que jamás al cielo pudo mirar. Si una vez concinimos por la gracia de Dios los bienes de la patria celestial y á ellos queremos aspirar, avergoncémonos de estar encorvados á la presencia de Dios. Nunca falten de nuestra vista la higuera infructuosa ni la mujer encorvada.

Luego, concluye san Agustin [2], el que es estéril debe hacer penitencia para hacer fruto digno de la penitencia; y el que se halla doblegado para mirar hácia la tierra, alégrese y levántese contemplando la felicidad eterna; y si por sí mismo no puede, invoque á Dios, que es fiel, omnipotente y veraz, y hará que abunde en nosotros la gracia. Y con razon debe levantarse el hombre, porque él solo tiene recta y erguida su cabeza para que atienda mas á las cosas celestiales y eternas que á las caducas y perecederas. A las bestias crió Dios inclinadas á la tierra, buscando en ella el pasto para alimentarse, y al hombre le colocó sobre dos piés, para que caminando recto, sus ojos, su corazon y sus pensamientos siempre estuviesen en el cielo. No haya pues, oh hombre, discordancia alguna entre tu corazon y tu rostro: con esta levantado hácia el cielo y el corazon inclinado hácia la tierra, serias un monstruo.

San Basilio corrobora armoniosamente [3] todo cuanto el sol Agustino dice. Las bestias de la tierra á ellas miran siempre; pero el

[1] Div. Gregor. Hom. 31 in Evang.

[2] Div. August. Serm. 31. De Verb. Dñi.

[3] Div. Basil. Ham. 9 in Exameron.

hombre, que es como un árbol celestial plantado en la tierra, y que de ella ha de trasplantarse al cielo, al cielo precisamente mira; y cuanto se diferencia de las bestias en su estructura corporal otro tanto las aventaja en la dignidad, hermosura y belleza de su alma. ¿Cuál es la figura de los animales cuadrúpedos? No solo su cabeza, sino tambien todo su cuerpo, está inclinado á la tierra y á la tierra mira, como que su patria y su esperanza única es la tierra; camina sobre su vientre, y todo lo que puede indicar carnal voluptuosidad está en ellos manifiesto. Tu cabeza empero, ¡oh hombre! está levantada hácia el cielo; tus ojos contemplan su hermosura y belleza, á fin de que si alguna vez te viciases esclavizándote bajo el peso de tus pasiones, sirviendo á tu vientre y á los demás apetitos de la carne, entiendas que á las bestias tú mismo te comparas y en todo á ellas te asemejas: otros cuidados hay mas dignos de tí, otras solicitudes que deben serte mas propias; tú debes buscar lo que está mas arriba, á Jesucristo que está sentado á la diestra de su Padre: á semejanza de Dios eres formado; á Dios debes en todo parecerle; tu domicilio está en los cielos; aquella sola es tu verdadera patria, la celestial y santa Jerusalem. Por último, san Bernardo con su acostumbrada elocuencia nos dice [1]: Tener el alma encorvada ó doblegada hácia la tierra, es buscar con afán y saborearse con avidez con las cosas de la tierra. Una cosa torpe es en el hombre, cuya figura es recta, inclinarse como las bestias y pensar como ellas piensan. Dióle Dios al hombre hermosa y recta estatura en su cuerpo, para que el hombre exterior sepa que el hombre interior, á imagen de Dios formado, ha de vivir siempre en la rectitud de la justicia. Nada hay mas indecente que tener un ánimo doblegado hácia la sensualidad, encerrado en un cuerpo que está recto hácia el cielo. Si el hombre pues, al cielo sus ojos alza, si libremente le mira, si su espíritu se deleita en la contemplación del sol, de la luna y de las estrellas, ¿con qué motivo ha de tener su ánimo inclinado á la tierra, sus afectos en la tierra, y pegado siempre como el inmundito cerdo al barro y al estiércol de la tierra?

Hasta los poetas gentiles, Boecio y Ovidio, hablaron tambien de

[1] Div. Bernard. Serm. 24. Curbitas animus.

la figura y estructura del cuerpo humano, y ambos á dos en sublime metro dijeron [1]: Que era cosa muy deforme y fea que levantado el rostro del hombre y su frente hácia el cielo, inclinasen su ánimo y su vista hácia la tierra; y el mismo Aristóteles observó tambien [2]: Que las aves que vuelan hácia el cielo cierran sus ojos con el párpado inferior del ojo; pero que los animales grandes y cuadrúpedos todos los cierran con el párpado superior. Entiéndense por las aves los varones espirituales, que cerrando sus ojos á la tierra y á todo lo que en ella hay, siempre están atentos y miran al cielo y á las cosas celestiales. Por los animales grandes y cuadrúpedos se entienden los hombres mundanos que los tienen cerrados para todas las cosas celestiales y abiertos para las mundanas y terrenas. Por esta mujer encorvada se significa el alma pecadora y el corazon avaro. *Mujer*, porque por la ausencia de la caridad está arrecida de frio. *Encorvada*, porque instigándola el demonio está de tal manera inclinada por una larga costumbre á los amores terrenos, que ya no puede de modo alguno levantar su corazon al cielo. *Tenia un espíritu de enfermedad*, porque estaba enferma; esto es, flaca y débil para todas las cosas espirituales. *Diez y ocho años*, porque estaba envejecida en la iniquidad. Y significa tambien un corazon avaro, porque todos los vicios del hombre envejecen cuando él envejece, sola la avaricia parece que todos las dias rejuvenece. San Ambrosio [3] tambien corre una hermosa pincelada sobre estos pasajes del Evangelio, y dice: Tan dulce como es esta parábola es de fácil comprension. Compara el Señor un vínculo á otro vínculo, y de una ligadura á otra ligadura, para confundir en el acto la hipocricia y pérdida simulacion de los judios; por-

[1] Qui recto coelum vultu petis, exornisque frontem  
In sublime furas animum, ne gravata pesum  
Inferior sidat mens corpore celsius levato.  
*Boettius, lib. 5. De consol. metro 5.*

Pronaque cum spectent animalia coetera terram,  
Os hominis sublime dedit cselumque tueri  
Jussit, et erectos ad sidera tollere vultus.  
*Ovidius, lib. 1.º Metamor.*

[2] Aristotel. in lib. De Animalibus.  
[3] Div. Ambros. lib. 7 in Luc.

que siendo así que ellos en el día del sábado desatan los vínculos ó ligaduras de sus jumentos para llevarlos á beber, reprenden injustos al Señor que les desata y libra de la ligadura del pecado. El archisinagogo entendia muy malamente la ley que alegaba cuando no quería que en el día del sábado se ejercitasen los hombres en obras de misericordia y piedad. Contrariando esta doctrina, curó el Señor en día de sábado, porque la curacion y el obrar milagros que se ordenaban á la mayor gloria de Dios y á promover la piedad y devocion entre los fieles, podian sin duda alguna verificarse en día de sábado, y mucho mejor en este día que en otro qualquiera, porque estaba aquel ordenado para el mayor culto de Dios y para promover mas y mas la devocion del pueblo.

Cierra por último san Bernardo con llave maestra, y concluye hermosamente contra el archisinagogo, diciendo [1]: Cae la burra y hay quien la levante; perece el alma y no hay quien procure sanarla; luego es un infiel el que prefiere el cuidado de su caballo ó de cualquiera otra bestia que le pertenezca, ó aunque sea el de su propio cuerpo al cuidado que debe tener por su alma: para librar aquellos ó para sanarlos no se repara en dispendios, en incomodidades y en peligros; y para sanar el alma y librarla de los lazos con que la aprisionó el diablo, todos son temores y reparos, siendo así que es mucho mayor la obligacion que tenemos de cuidar de aquella que de cuidar de nuestro propio cuerpo. Sobre infiel, es un hipócrita engañador el que hace lo primero y desprecia lo segundo; y sobre infiel é hipócrita comete un grave pecado.

No podia menos de manifestar sentimiento y pena en su corazon el amantísimo Jesús, cuando no satisfacía la audacia de los escribas consintiendo las reconvenções injustas que el archisinagogo dirigió al pueblo, autorizaron tambien aquella especie de amenaza que en el nombre de Herodes se le hizo, por cuya razon trató de zorra á aquel desgraciado príncipe, pues en ella están figurados todos los príncipes malos. La zorra es un animal dañino, rapaz, engañador, que camina tortuosa y siniestramente, y despiende de su cuerpo hedor y fetidez. Así es todo príncipe malo y así era tam-

[1] Div. Bern. lib. 4. De Considerat. ad Eugenium.

bien Herodes: doloso y engañador, porque siempre maquinaba maldades ó iniquidades; tortuoso en sus pasos, porque era perverso é injusto en la formación de los juicios y en la administración de justicia; féudo por fin y hediondo, por la infamia de su nombre; por todo lo que deseaba matar á Cristo y á todos los que en él creían, por lo mantos en cuanto estaba de su parte y de su voluntad pendia. Cuan perjudicial y dañoso sea para una ciudad y un reino entero un príncipe como Herodes, es fácil de conocer. Malicioso en extremo y sobremana infiel, quería extinguir la religion y aun acabar con su fundador divino en el mismo instante en que este la plantaba y nacia. El que impide pues el nacimiento de la santidad y los progresos de la religion en el corazon de la criatura y la persigue hasta exterminarla, ó al menos deseando su exterminio, este tal es como Herodes, perseguidor de Cristo. Dijo por tanto muy bien el Salvador cuando le apellidó zorra, pudiendo haber añadido: Decidle que yo lanzo y arrojo los demonios de los cuerpos sin que puedan resistirme; siendo así que cada uno de ellos tiene mas poder que él; y que si á ellos no les temo, menos le temo á tí; que me interesa en la sanidad y la salud de las almas y de los cuerpos; que perfecciono mis obras hoy y mañana, esto es, muy pocos dias, hasta el tiempo de mi pasion; y que en el día tercero consumaré mi ministerio con la muerte; así que Herodes no puede impedirme que haga lo que yo pretenda y deseo.

Explanó consiguientemente el Señor el lugar donde habia de morir, y lo indicó con toda claridad en Jerusalem. En el seno de esta ciudad ingrata, donde perecieron tantos de mis profetas, allí debo perecer yo tambien, que soy la cabeza de todos ellos; allí debo ser sacrificado segun sus oráculos y vaticinios, pues todos ellos escribieron de mí; allí en fin, donde no mandan Herodes ni Pilatos. De lo que se infiere y es claro que mi muerte no está en su poder ni en el poder de los hombres, como ni tampoco la hora ni el tiempo. Bien sé cuándo debo morir, pero él lo ignora; bien sé el lugar donde debo padecer, pero él no lo sabe. Ojalá que á imitacion de Cristo todos los ministros del Evangelio y todos los fieles no cesasen ni se apartasen de la confesion de la verdad por temor de los príncipes injustos y de los hombres malos, sino que imitando al Pastor supre-

mo, Padre y cabeza del cristianismo, y fundador divino de su Iglesia, Cristo Señor nuestro, todos le confesasen y defendiesen, publicando con constancia y libertad santa todas las verdades que por nuestro bien nos enseñó. ¡Qué feliz sería entonces el mundo! ¡qué dichosos todos los hombres!

## ORACION.

*¡Oh Señor y Dios mío! librame de las crueles cadenas del demonio que hacen mi alma esclava y la impiden hacer con fervor el fruto de buenas obras y perseverar en ellas con constancia hasta el fin; no permitas que en el día de tu visita vea mi corazón hallado sin frutos, y por lo mismo sea por tu orden cortado y arrojado al fuego eterno. Concédenme, Señor y Dios mío, que jamás me vea inclinado á la tierra por la culpa, sino que caminando con rectitud por el camino de la justicia, me dirija al cielo ayudado de tu gracia; ni consientas que doblegada la rectitud de mi entendimiento y la fortaleza de mi corazón, piense ni ame las cosas transitorias ni caducas de la tierra, sino que levante hácia ti todos los afectos de mi alma por medio de la contemplación, y á ti solo desee, á ti solo ame, en ti solo piense y de ti solo espere las imperecederas riquezas de la eterna felicidad. ¡Oh Señor! mírame por la piedad, llámame por las internas inspiraciones, sáname por la remisión de mis pecados, tócame por el dolor y arrepentimiento de todos ellos, y levántame á la cumbre excelsa de tu gloria por el amor ardiente del corazón, con el que eternamente te ame, para que con los santos te goce y con ellos para siempre te atobe. Amen.*

Nota. La historia del presente capítulo corresponde al XIII de san Lucas; desde el versículo 1.º hasta el 47.

Contéstale san Mateo en los capítulos 7, 13, 19, 20 y 23, y san Marcos en los capítulos 4 y 19; todos ellos con pocos versículos en cada uno de dichos capítulos.

La Iglesia lo usa como propio en el sábado de las cuatro temporadas del mes de setiembre; dice así:

## EVANGELIO DE LA MISA DEL SABADO DE LAS TEMPORAS DE SETIEMBRE.

*San Lucas, cap. XIII, vs. 1.º al 17.*

En aquel tiempo vinieron algunos y contaron á Jesús lo que habia sucedido á unos galileos, cuya sangre mezcló Pilatos con la de los sacrificios que ellos ofrecian. Sobre lo cual les dijo: ¿Pensais que aquellos galileos eran entre todos los demás de Galilea los mayores pecadores, porque fueron castigados de esta suerte? Os aseguro que no; y entended que si todos vosotros no hiciéseis penitencia, todos igualmente pereceréis. Como tambien aquellos diez y ocho hombres sobre los cuales cayó la torre de Siloé y los mató. ¿Pensais que fuesen los mas culpados de todos los moradores de Jerusalem? Os digo que no; mas si vosotros no hiciéreis penitencia, todos igualmente pereceréis [1]; y añádióles esta parábola: Tenia uno plantado una higuera en su viña, y vino á ella en busca de fruto y no le halló; por lo que dijo al viñador: Ya ves que hace tres años seguidos que vengo á buscar fruto en esta higuera y no lo encuentro; córtala pues. ¿Para qué ocupa ya la tierra? Pero él le respondió: Señor, déjala aun este año; yo cavaré á su alrededor y le echaré estiércol, á ver si así dará fruto, y si no después la cortarás. Enseñando Jesús un día de sábado en la Sinagoga, he aquí que vino una mujer poseída de un espíritu que la tenia enferma diez y ocho años, y andaba encorvada sin que pudiese poco ni mucho mirar hácia arriba. Viéndola Jesús la llamó así y le dijo: Mujer, quedas libre de tu enfermedad. Y le impuso las manos, y al punto se enderezó y glorificaba á Dios. Mas indignado el jefe de la Sinagoga de que hubiese curado Jesús en día de sábado, dijo al pueblo: Seis días hay destinados para trabajar; venid en ellos á ser

[1] Aquí empieza el Evangelio de la misa.

curados y no en el día del sábado. Respondióte el Señor: Hipocrita, ¿cada uno de vosotros no desata en sábado su buey ó su asno del pesebre y lo lleva á beber? Y á esta hija de Abrahán que diez y ocho años habia tenido atada, Satanás, ¿no fue lícito desatarla de esta ligadura en día de sábado? Al decir estas cosas quedaron afrentados todos sus contrarios, y todo el pueblo se regocijaba por todas las cosas gloriosas que él hacía.



## CAPITULO XXIX.

CONVIDADO JESU A COMER EN LA CASA DE UN FARISEO, CURA A UN HIDRÓPICO Y ENSEÑA LA HUMILDAD Y LA MISERICORDIA.

Desgracia es para los espíritus fuertes de este siglo, amantes de luz según dicen, pero verdaderos hijos de las tinieblas, que los historiadores sagrados que en algunas cosas nos han dado detalles tan minuciosos de la vida del Salvador, en otras hayan pasado en silencio los lugares donde hizo mansion durante sus correrías, y no nos hayan descrito la serie de sus marchas y jornadas, sino que se hayan contentado con referirnos algunos de sus milagros y algunos discursos de religion y moral de los que pronunciaba para instruir á las turbas que le seguían, porque de este modo no tendrían aquellos motivo alguno para desvirtuar y ridiculizar, como lo hacen, algunos hechos de Jesús, solo porque les falta la data puntual del día y lugar donde se verificaron. Pero por fortuna todo cuanto del Salvador divino se ha escrito, todo está sostenido por su propia grandeza, todo arrastra el corazón de los fieles; y fijo desde el principio la atención pública de un modo tan completo, cabal y satisfactoria, que acaso por esto mismo no repararon los cronistas sagrados en de-

curados y no en el día del sábado. Respondióte el Señor: Hipócrita, ¿cada uno de vosotros no desata en sábado su buey ó su asno del pesebre y lo lleva á beber? Y á esta hija de Abrahán que diez y ocho años habia tenido atada, Satanás, ¿no fue lícito desatarla de esta ligadura en día de sábado? Al decir estas cosas quedaron afrentados todos sus contrarios, y todo el pueblo se regocijaba por todas las cosas gloriosas que él hacía.



## CAPITULO XXIX.

CONVIDADO JESU A COMER EN LA CASA DE UN FARISEO, CURA A UN HIDRÓPICO Y ENSEÑA LA HUMILDAD Y LA MISERICORDIA.

Desgracia es para los espíritus fuertes de este siglo, amantes de luz según dicen, pero verdaderos hijos de las tinieblas, que los historiadores sagrados que en algunas cosas nos han dado detalles tan minuciosos de la vida del Salvador, en otras hayan pasado en silencio los lugares donde hizo mansion durante sus correrías, y no nos hayan descrito la serie de sus marchas y jornadas, sino que se hayan contentado con referirnos algunos de sus milagros y algunos discursos de religion y moral de los que pronunciaba para instruir á las turbas que le seguían, porque de este modo no tendrían aquellos motivo alguno para desvirtuar y ridiculizar, como lo hacen, algunos hechos de Jesús, solo porque les falta la data puntual del día y lugar donde se verificaron. Pero por fortuna todo cuanto del Salvador divino se ha escrito, todo está sostenido por su propia grandeza, todo arrastra el corazón de los fieles; y fijo desde el principio la atención pública de un modo tan completo, cabal y satisfactoria, que acaso por esto mismo no repararon los cronistas sagrados en de-

jar de escribir ciertas actitudes que en otras historias serian de mas bulto y consecuencia. Sin entrar por tanto en la investigación de si habia salido el Señor de Jerusalem la mañana siguiente al sábado en que abrió los ojos al ciego de nacimiento, para hacer una incursión á la Galilea, ó si antes de dejar este país después de haber confundido al archisnagogos y á los demás fariseos que le censuraban por haber libertado en día de sábado del poder del demonio á la mujer encorvada; es preciso decir que después de obrado este gran portentó, abrió otro no menos grandioso en otro día de sábado de los siguientes y acaso en el inmediato, en beneficio de otro desgraciado que padecía tambien una horrible enfermedad, y en la casa de un fariseo de los mas distinguidos de la secta, jefe ó príncipe de los de aquel canton de Galilea, que habia convidado á comer al Salvador.

Motivos hay superabundantísimos en la historia de la vida de Jesús para afirmar que cuanto mas se aumentaba y extendia su gloria entre cierta clase de gentes de todos los pueblos, tanto mas crecía la envidia y aborrecimiento que los escribas y fariseos le tenían. Muchos eran á su parecer los motivos que habia para perseguir á Jesús; pero ninguno en su concepto mas fuerte y poderoso que el de la violación de las fiestas del sábado; y de esto mismo se valieron para formar nueva querrela contra su Majestad en el día de aquel convite.

*Entrando Jesús, nos dice el Evangelista, en casa de uno de los principales fariseos, un sábado á comer el pan, le estaban ellos escuchando.* Pocas palabras por cierto parecen estas; pero en ellas se descubre toda la mala fe y el odio inveterado de que estaban poseídos los fariseos contra el Salvador. Mas censores y adversarios encontró Jesús en el lugar del convite, que sus amigos y apasionados; mas espías, que hombres destinados á hacer los honores y la corte al nuevo huésped; y mas corazones preocupados por la mas implacable venganza, resueltos á sorprenderle, acusarle y condenarle si posible les fuese, que amigos resueltos á defenderle. Consumidos por la envidia, observaban con ojos linceos las mas pequeñas acciones de Jesús, por si advertían motivo en alguna de ellas para clavar en su conducta el aguijón mortífero de que estaban armados

No es fácil resolver si los fariseos de Galilea pensaban ya de la misma manera que los de Jerusalem acerca del Salvador, ó si entre los primeros habia algunos de un carácter mas sencillo y menos violento, que deseaban instruirse por sí mismos y asegurarse de todos los pensamientos, acciones y doctrinas del Maestro divino, antes de decidirse á hacerle como los de Jerusalem, una guerra irreconciliable. Fuere, empero de esto, lo que fuese, lo cierto es que todos le observaban con escrupulosa atención.

De paso es preciso observar, que aunque parece sonar el nombre de convite no era la que se presentó á Jesús, sino una mesa muy económica y frugal, puesto que nos asegura el Evangelista que entró el Señor *para comer pan*. Necesidad indica esta palabra, mas bien que delicias ó glotonerías. Por el nombre de pan se señala precisamente el alimento necesario para la conservación de la vida, excluyendo todo lo superfluo, como asegura el venerable Beda [1]; añadiendo que el Salvador se contentaba con muy poco, y que de ninguna manera queria ser gravoso al que le habia convidado. Entró el Señor al convite, rogado, porque á los de los fariseos no asistía de otro modo, y al de los publicanos asistía aunque no le rogasen. Resistía la asistencia á los primeros, porque se apelidaban justos y santos; por consiguiente no tenían necesidad de médicos; pero los publicanos se confesaban pecadores y enfermos, y tenían por lo mismo necesidad de médico que los curase. Así pues entra súbitamente y sin ser llamados en la casa de estos, porque como ciegos, necesitaban luz; y él era la verdadera luz del mundo que habia venido para iluminar todos los que estaban preocupados por las tinieblas de la muerte; y no asistía sino rogado á los convites de los otros, porque considerándolos llenos de soberbia, queria precipitarles en la carrera de la humildad haciendo que le rogasen. Observábalos con grande atención, y en esto se descubre la gran perversidad y malicia de sus corazones. Cazadores insidiosos, le presentaban la comida cual si fuese una incarta avencilla, para cogerle en el lazo que tenían preparado.

Como la necesidad y la desgracia buscan siempre al que puede

[1] Vea. Bed. in cap. 14 Luca.

socorrerles, así también los pobres y los enfermos averiguaban los pasos de Jesús y los parajes donde podían encontrarle, por hallar y conseguir prontamente el remedio que necesitaban. Estimulábanlos á buscar con tanto afán y á buscar en pos de él la preferencia con que el Señor les miraba; y llenos siempre de una grandiosa y no menos admirable esperanza en todas partes se presentaban á él, y entre muchos era esta tan grande, que firmemente persuadidos de que solo con verles su Majestad se moverían á compasión sus entrañas, llenas siempre de amor, se ponían ante él mirándole de hito á hito y sin hablarle solo una palabra, siendo por consiguiente los ojos los únicos y fieles intérpretes de todos sus deseos. De esta misma fe y confianza pareció animado un hidrópico, que habiendo sabido que comía el Salvador en casa del fariseo, fué desde luego á buscarlo y se colocó delante de su Majestad sin hablarle una palabra, persuadido de que le bastaba dejarse ver de médico tan caritativo y amoroso, para moverle á compasión y conseguir repentinamente su salud. Efectivamente, no se engañó en el fondo de su corazón. Vióle Jesús y resolvió curarle; pero quiso atajar y prevenir la censura mordaz é injusta de los fariseos, y para prevenirla ó al menos para desvirtuarla enteramente, se anticipó á ella; y volviéndose á los doctores de la ley y fariseos que le rodeaban, les dijo: ¿Qué opináis vosotros? ¿es permitido curar á los enfermos en día de sábado? Esta pregunta, que ellos no esperaban, les puso en un embarazoso conflicto para darle pronta respuesta. Si decían que estaba prohibido, no podían presentar un texto de la ley que así lo expresase; y si decían que era lícito curar, aprobaban lo mismo que tenían ánimo de reprender. Un silencio sepulcral y una inclinación de ojos hacia la tierra, fué la demostración inequívoca de su confesión. El Salvador llevó adelante los empeños de su misericordia, tomó por la mano al hidrópico, lo curó y le ordenó que se volviese á su casa. Tocóle el Señor con su mano para curarle, no por necesidad que tuviese de esta acción, sino por humildad; y para manifestar también que bajo el velo de su carne estaba escondida su divinidad. Despreciadas las asechanzas de los fariseos, sana al hidrópico, el que por el miedo que tenía á los fariseos, por ser aquel día de sábado no se atrevía á pedir al Dios de la caridad el reme-

dio que necesitaba. No hay duda que los afectos tan encontrados y contrarios del hidrópico y de los fariseos, debían formar un espantoso contraste á la presencia del Señor, tanto mas subido por una parte y rebajado por otra, cuanto mayor era y mas ardiente la caridad de su corazón, la fe del hidrópico, y afrentosa é injusta la envidia de los fariseos.

De ninguna manera puede santificar mejor el hombre los días dedicados al Señor, que absteniéndose de pecar y ejercitándose en buenas obras. Los fariseos no podían condenar esta doctrina, que era la que el Señor anunciaba con sus palabras y confirmaba con sus hechos: por esto callaron cuando les preguntó Cristo sin desmayar por ello de llevar adelante los planes de iniquidad y de perdición que habían meditado. Mas si el vergonzoso silencio en que permanecieron sucedió al hecho auténtico y decisivo de la curación del hidrópico, ¿quién no creerá que el ejercicio y práctica de la caridad es el mayor y mas grande correctivo que los hombres virtuosos deben siempre oponer á la encarnizada persecucion de los malvados?

Segun la orden de Jesús, se habia retirado de su presencia el hidrópico, y en seguida dió claramente á entender á los fariseos que nada se le escondía de lo que ellos pensaban en su corazón por el bien que á aquel infeliz acababa de hacer; y para demostrarles que ya en otra ocasion habia cerrado la boca á otros de sus hermanos, porque por un hecho igual en día de sábado querian acriminarle, les dijo: Respondedme si podeis: ¿qué haria cualquiera de vosotros si por desdicha suya viese caer en día de sábado á un jumento ó á su buey en una profunda fosa? ¿no es cierto que iriais á sacarle con toda presteza de aquel peligro aunque fuese en día de sábado? Esta reflexion concebida en tan cortos y precisos términos los impuso otra vez un vergonzoso silencio, acabó de abatir su orgullo y cerró sus bocas maldicientes, pues ninguno de ellos se atrevió á oponerle cosa alguna; mas aunque la justificacion del Salvador no extinguió para siempre, como debia suceder, el odio de sus enemigos, impidió al menos por entonces todos sus progresos, y puso á su Majestad en estado de dar severas reprehensiones á los que se habian erigido en jueces de su conducta; y habiendo conseguido con esto el Señor hu-



millarlos completamente, creyó llegado el caso de usar con ellos de toda su autoridad.

No era Jesús un asechador insidioso de la conducta de los fariseos, era infinitamente sabio y previsor, y ninguna de las acciones de sus émulos, ni aun sus propios pensamientos, ni sus mas ocultos deseos se le escondian, por pequeños é insignificantes que fuesen. Habia notado el Salvador que los fariseos que habian concurrido á la mesa de su huésped habian buscado con solicitud los primeros asientos, y no ignoraba que si alguno que no fuese de su secta ó no tuviese su nombre se antepusiese á ellos, lo mirarian con indignacion; con cuyo motivo, y aunque fuese la ocasion de un festin, la juzgó la muy oportuna para dar sabios consejos ó reprehensiones saludables á aquellos que se glorian de ser los maestros de Israel; y usando de aquella libertad santa y admirable prudencia que siempre le haba distinguido, les dijo: Quando fuéreis convidados á algun banquet de bodas, guardaos bien de sentaros luego en la mesa para tomar el primer asiento; porque podrá suceder que algun hombre mas distinguido que vosotros sea del número de los convidados y que se presente cuando vosotros ya háyais tomado asiento: en este caso el esposito que os convidó se verá en la precision de decir: Dejad el asiento que tomásteis y cededlo á esta persona, que debe ocupar un lugar preferente, porque es mas digna que vos. Si desde luego hubieseis tomado un lugar menos distinguido ú honorífico, ninguna vergüenza tendríais que sufrir; pero qué confusion tan grande si despés de las representaciones del dueño de la casa os viéreis forzados á bajar y á buscar el último asiento!

Aunque esta tan sabia y prudente reflexion ya indica un documento sublime y tan claro, que no hay necesidad que se expona; conociendo sin embargo su Majestad que la soberbia de los fariseos no lo comprenderia tan claramente como él deseaba, les añadió: Por esto es conviene buscar en tales ocasiones un pretexto ó razon para tomar el último asiento en la mesa del festin, y enloques, cuando viniere el que os llamó y os vea sentado en el último lugar, no podrá menos de haceros subir mas arriba y os resultará una gran gloria á la presencia de todos los demás. Que fué lo mismo que si les dijera: Con éstas diferencias y con esta urbanidad es con lo que

un hombre se hace verdaderamente grande, se da honor á si mismo y se grangea la estimacion de todo el mundo, pues es un principio recibido en el trato de la vida, que *todo hombre que se exalta será humillado; y que cualquiera que se humille será exaltado.* Seguramente que esta candorosa, pero terrible acriminacion del Salvador, no podia menos de afectar y confundir unos hombres tan soberbios y orgullosos, que en todo apetecian una tan grande preferencia exterior, que condenaba la verdadera humildad y reprobaban altamente el sentido comun y la buena crianza.

Y en efecto, nada hay á los ojos del mundo que tanto degrade al hombre y que le haga tan odioso y ridículo, como el tenerse por mas que nadie y tomar para sí lo mejor en cualquiera materia. Nada hay mas despreciable, mas grosero y descortés que los soberbios, que ni siquiera tienen talento para disimular su orgullo: la verdadera grandeza se funda en la humildad, en todo es modesta y vive siempre guarecida contra el espíritu de ambicion, contra el amor de la gloria y el impetu de las otras pasiones que agitan el ánimo; y llegan á turbar el orden exterior de la sociedad. La experiencia de todos los siglos y de todas las naciones atestiguan que nunca perdieron los hombres ni la virtud, ni su mérito, ni su grandeza, ni su honor, por no preferirse á otros ni pretender que les amen mas, ó que les den mas honra exterior que la que por su clase y estado merecen: antes al contrario, las historias de todas las naciones y tiempos atestiguan y confirman que los grandes disturbios del mundo, la guerra de las naciones, la ruina de los pueblos y la desgracia de las familias, siempre provinieron de haber deseado y apetecido los hombres mucho mas de lo que por su clase y posicion, en la sociedad podia corresponderles.

La reprension de Jesús no podia caer en mejor lugar ni venir mas á tiempo, porque los fariseos eran soberbios hasta la locura; y es de presumir que los que estaban sentados en la mesa con Jesucristo se habrian portado de tal manera con su Majestad y con sus discipulos, que hubiesen preferido la antelacion á todos ellos, y por consiguiente debian aplicarse á sí mismos con toda exactitud esta sublime leccion.

Persuádense empero algunos que en esta humildad que Jesús

aconseja y manda, entran aquellos actos de pura urbanidad y cortesía que acostumbran á hacerse entre la gente que se llama cortés y bien educada, prescindiendo de todo principio de religion y de modestia; pero no es así. Habla precisamente el Señor de aquella humildad que es la enemiga capital de la soberbia, que la prueba y la condena; pero no de aquella que los ambiciosos y soberbios hacen servir como de andamio para subir á los puestos mas honoríficos y elevados; porque esta es en el fondo verdadera soberbia: es una refinada hipocresía, es una simulacion y una perfidia. La verdadera humildad debe nacer del conocimiento de nuestra miseria, del conocimiento de nuestra propia indignidad, y del deseo de asemejarnos á Cristo; por lo que conviene saber que la humildad meritoria, la que se debe la gloria de la verdadera exaltacion, consiste en tres cosas: primera, en el aniquilamiento de la propia estimacion, mediante la que tanto se abate el hombre á sí mismo, que cree con toda verdad que es nada, no solo á la presencia de Dios, sino á la de los hombres mismos: reconociendo á Dios por un verdadero dador de todo lo que posee y goza en la tierra, tanto en bienes de naturaleza y fortuna como en bienes de gracia. Segunda, en el desprecio de todas las honras y dignidades que en la tierra se le pueden dar y ofrecer: por medio del ejercicio de esta humildad, el hombre quiere para Dios todo el honor y la gloria; y aunque se vea sublimado á los mas grandes honores ó enriquecido con las mas sublimes virtudes, no se engríe por esto ni se ensoberbece, sino que todo lo retorna á aquel de quien todo mana y fluye. Y la tercera consiste en dar á todos los demás la antelacion y preferencia en todas las cosas; lo que induce con sumo aprecio de nuestro prójimo, pues consideramos que todos son mas dignos y merecedores que nosotros, que son mayores sus méritos y mas heroicas sus virtudes. Porque cuando el hombre se juzga á sí mismo mas digno y merecedor que los otros, los desprecia mas bien que los honra.

Vendrá después el Señor, y al que hallare prevenido con esta virtud tan acendrada, le honrará y sublimará, dándole en primer lugar el dulce nombre de amigo, y haciéndole después subir á un puesto mas preferente y distinguido: así será su gloria mayor á presencia de todos los convidados, que no podrá menos después de enviar

las grandes distinciones con que el dueño de la casa le honre. Para conservar esta humildad, por la que tantos honores la criatura á presencia de Dios merece, es preciso acordarse que es uno un pecador vilísimo, indigno de todo don y gracia de Dios, y de ninguna manera merecedor que Dios oiga sus oraciones y súplicas. Este es el camino real que conduce á la Patria; esta es la puerta por la que se entra en la posesion del Reino; este es el manto de oro purísimo que cubre perfectamente á los hombres y los hace gratos, aceptos y apreciables á los ojos de Dios y de los hombres; de modo, que tanto como se alegran los ángeles en el cielo de ver en la tierra verdaderos humildes, tanto confunden estos con su humildad á sus propios enemigos, que llegan alguna vez á convertirlos en apologistas y amigos [1].

A los convidados instruyó el Señor en la humildad, y luego declinó á otra leccion no menos sublime é importante para pagar en cierto modo el agasajo y hospitalidad el que á él y á sus discípulos habia convidado, y dirigiéndose á él mismo le dijo: Cuando prengas algun banquete, oye lo que debes hacer para no perder á la presencia de Dios el mérito de tus expensas. No convides á tus amigos, á tus hermanos, á tus parientes, ni á tus vecinos si fuesen ricos y acomodados como tú; porque en tal caso no dejarán de convidarte á su tiempo, y de retornarte cada uno, tal vez con usura, cuando te llegue la ocasion. Estas compensaciones ocupan el lugar de la paga, los hombres las esperan sin advertir que ellas cierran la puerta á las liberalidades de Dios. ¿Queréis pues encontrar en la otra vida las expensas que haceis y preparais en esta? Cuando diéreis un convite, llamad á él á los pobres, y entre estos á los que comunmente se ven mas abandonados, como son los ciegos, cojos é impedidos. No os adjais porque de ellos nada tengais que esperar en el mundo: vuestra compensacion y dicha vendrán de mas alto. Esperad hasta el día de la resurreccion de los justos; ahí allí os espera el gran Padre de las misericordias, el Señor infinitamente rico, el único que sabe premiar la caridad de los hombres: mirad hasta dónde se extiende el mérito de la vuestra, y conoceréis la lar-

[1] Div. Crisostom. Hom. 66 in Math.

guez y liberalidad inmensa de la de Dios; la vuestra pasajera y corta, y la de Dios perpetua y eterna.

No nos turbemos pues, dice san Crisóstomo [1], cuando no recibamos en la tierra compensación á los favores y beneficios que á nuestro prójimo hiciéremos; turbémonos, si, cuando la recibamos; porque si aquí ya la recibimos, no debemos esperarla allí; si el hombre no restituye, Dios compensa largamente. No desprecies pues á los enfermos, á los ciegos, cojos y tullidos, como si de nada fuesen dignos; piensa bien lo que son, y en el fondo de su corazón hallarás toda su preciosidad. Vistiéronse de la imágen del Salvador, son los herederos de los bienes y del reino futuro; los llaveros del reino de los cielos; los mas elocuentes acusadores, y los mas bellos defensores, á quienes atiende y entiende perfectamente el Juez, no con oídos hablar, sino solo con mirajes. A estos huéspedes se les debería recibir, no en la escalera ni en los cuartos donde están los arneses de los caballos, ni en los de los criados, sino en los estrados y salas principales; pues en ellos á Cristo se recibe, y Cristo es el pobre que en su persona nos pide. En la casa del baron limosnero no se atreve á entrar el diablo. No digas que el pobre es sucio y asqueroso; lávale y hazle después sentar en la mesa contigo; si tiene el vestido andrajoso y sucio, quítale aquel y vístete otro nuevo. En su persona, Cristo á tí se acerca; deja, hombre, de ser necio y de hablar vanidades y locuras: recibe al pobre, y el pobre será tu premio.

Si los ricos se dejasen llevar de las inmensas ventajas que deben necesariamente producirles el cambio de las riquezas, depositándolas en las manos del pobre, y los convites hechos á ellos en obsequio de la caridad, no hay duda que no se verían tantos miserables sumidos en las mayores calamidades; que la caridad cristiana se extendería al socorro de muchos infortunios, y que la vinda, el pupilo y el huérfano encontrarían padres en la tierra que enjugarían verdaderamente sus lágrimas y cubrirían su desnudez; mas porque la insensibilidad y dureza del corazón desoyen los clamores de las victimas de la desgracia, mientras ellos consumen en prodigalidades y

[1] Div. Crisostom. Hom. 3 in Ep. ad Colosen.

lascivias lo sobrante de sus tesoros; por esto el Señor les enseñó con tanta claridad reprendiendo los abusos de su glotonería: así hizo provechosa y utilísima, aun para sus mismos discípulos, la ocasion de un convite; así, en vez de murmuraciones y de otras conversaciones muy impropias que por lo regular se tienen en las mesas, hizo brillar los principios de religion y de sana moral que venia á establecer entre los hombres, consagrando á tan importante tarea todos los momentos de su vida, enalteciendo la gloria de su Padre, en la que estaba tan sobremanera interesado; y como el Salvador manifestaba con bastante claridad que los judíos serian excluidos del reino de Dios por la dureza de su corazón y la obstinada infidelidad que manifestaban, estaban con extremada inquietud y sobresalto todos cuantos le oían. Uno empero de los circunstantes, ó mas crédulo y movido interiormente que los demás, ó tal vez mas avieso y sagaz, tomó pié de este gran discurso de Jesús, y deseoso de oírle mayores explicaciones sobre el espiritual y eterno banquete de que les hablaba, le dijo: ¡Dichoso aquel que fuere admitido en el banquete del reino de Dios!

No habia entendido bien el fariseo rudo y carnal toda la sublimidad del discurso doctrinal del Salvador: él creyó que en la resurreccion futura de los justos de que se les hablaba, los bienaventurados en el cielo habian de alimentarse con manjares corporales, y que Cristo les prometia tambien un reino temporal y eterno; es decir, un reino que en el mundo durase para siempre. Como carnal, esperaba carnales y corporales remuneraciones, y prescindia de la vida espiritual del alma dichosa y feliz, que era todo el objeto de la predicacion de Jesús, la que consiste en la vision y fruicion de la hermosura de Dios y de la divinidad de Cristo, que se llama asimismo pan de la vida; sobre lo dice san Agustin [1]: Este hombre suspiraba como quien espera un gran bien que de lejos ha de venir; y este bien mismo por quien suspiraba y de lejos esperaba, sentido como él estaba á la mesa, teníale á su vista y de su presencia gozaba; pero como era carnal y terreno, como desatendia el sentido espiritual y no queria abrir los ojos á los milagros de Jesús, por es-

[1] Serm. 80 de Verb. Domini.

to no le conocia. Porque ¿quién puede ser este pan del reino de Dios sino el mismo que dice: Yo soy el pan vivo que bajé del cielo? No prepares pues solamente, oh cristiano, para recibirle, tu boca y tu garganta, sino que debes preparar tu corazón. Bienaventurado por tanto el que se alimentará de este pan, que es la refección y el alimento espiritual de las almas eternamente en el reino de Dios, viéndole y gozándole; por cuya razón se dice en el Eclesiástico: *Los que comen de este pan todavía tendrán hambre; no porque hambre padezcan los espíritus como la padecen los cuerpos, sino porque se fastidian muy pronto y se desmayan por la ausencia de aquel, que siendo todo amor purísimo, es el único y verdadero alimento del alma.* Este es el colmo de la dicha, esta es la cumbre del honor, y esta es la felicidad mas grande que el hombre puede ambicionar. Muchos hay que desean ser felices, pero muy pocos los que desean la felicidad que les conviene.

## ORACION.

*¡Oh Señor Dios mío y Padre amantísimo Jesucristo! extiende la mano de tu misericordia, cógeme y protéjeme, no sea cosa que prevalezca en mí la hidrapesia de los deleites carnales, de la avaricia y de la soberbia; inspírame la humildad verdadera que tú desees ensalzar; humilla esta alma mía presuntuosa y soberbia, para que desee sinceramente el infierno lugar que le corresponde, y por tu piedad merezca subir al altísimo que tú le ganaste con tu santísima vida, pasión y muerte, á fin de que por tu misericordia y bondad me conozca, y conociéndome me humille, y humillándome por tí sea ensalzado. No consentas en mí la humildad fingida, que nace de la refinada soberbia, sino que sea humilde por conocimiento de mí mismo, por la persuasión de mi indignidad, por el espíritu de la penitencia, por el ansia de seguir tu Evangelio, y por el ardentísimo amor de asemejarme á tí. Dador opulentísimo de dones y gracias, haz que nunca aparte mi vista de las nec-*

*sidades de los pobres, para que socorriéndoles á ellos sea yo socorrido con el pan celestial, que eres tú mismo, y le coma en tu reino, gozándote eternamente en compañía de los espíritus bienaventurados que sin cesar te bendicen y alaban en la gloria. Amen.*

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XIV del Evangelio de san Lucas, desde el versículo 1.º hasta el 15, ambos inclusive; y la contestan san Mateo en diversos parajes y trozos de los capítulos 5, 10, 16, 18, 22 y 23, y san Marcos en los capítulos 8 y 9.

La Iglesia lo usa como propio en la misa de la dominica XIV después de Pentecostés, desde el versículo 1.º hasta el 11, ambos inclusive; dice así:

EVANGELIO DE LA DOMÍNICA XIV DESPUES DE PENTECOSTES.

*San Lucas, cap. XIV, vs. 1 al 11.*

En aquel tiempo entrando Jesús en casa de uno de los principales fariseos, un sábado, á comer el pan, le estaban otros asechando. Había allí delante de él un hidrópico, y vio'to Jesús á los doctores de la ley y á los fariseos les dijo: ¿Es lícito curar enfermos en sábado? Callaron ellos, mas Jesús tomando á este hombre le sanó y le despidió. Y dirigiendo á ellos la palabra dijo: ¿Quién de vosotros si le cae en el pozo el asno ó el buey no le sacará luego en día de sábado? Y no podían responderle á esto. Considerando tambien cómo los convidados escogian los primeros asientos, les propuso esta parábola, diciéndoles: Cuando fueres convidado á bodas no te sientes en el primer lugar, no sea que entre los convidados haya otro mas honrado que tú, y viniendo el que os convidó á tí y á él, te diga: Da á este ese lugar, y entonces te veas obligado á ocupar el último con afrenta tuya propia; sino que cuando fueres convidado vete á ocultar en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó te diga: Amigo, sube mas arriba. Lo que te acarreará honor á vista de los demás convidados; así es que cualquiera que

se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado. (*Hasta aquí el Evangelio de la dominica.*) Decia tambien al que le habia convidado: Tú, cuando das comida ó cena, no convides á tus amigos, ni á tus hermanos, ni á tus parientes ó vecinos ricos, no sea que tambien ellos te conviden á tí y sirva esto de recompensa, sino que cuando haces un convite has de convidar á los pobres, y á los tullidos, y á los cojos, y á los ciegos, y serás afortunado, porque no pueden pagártelo, pues así serás recompensado en la resurreccion de los justos. Habiendo oído esto uno de los convidados, le dijo: ¡Oh, bienaventurado aquel que tendrá parte en el convite del reino de Dios!

### CAPITULO XXX.

DE LOS CONVIDADOS A LA GRANDE CENA DEL PADRE DE FAMILIAS,  
A LA QUE SE EXCUSAN TODOS DE ASISTIR.

Si los fariseos hubiesen sido menos preocupados y hubiesen oído á Jesús con atencion y fervor como debian, hubiesen sabido aplicar las grandes y preciosas verdades que sus palabras encerraban, y sin duda hubieran logrado satisfacer las ansias que aparentaban tener encerradas en el fondo de su corazon. Mas al mismo tiempo que el Salvador procuraba, no solo ilustrarlos, sino atraerlos así con tanta suavidad y dulzura, tambien á la par procuraba amenazarlos con el designio de arrancar la obstinacion de su ánimo y guiarlos por el camino de la verdad. Muchos hay entre los cristianos, que en todo parecidos á los soberbios, son mas inclinados á la satisfaccion de los goces y deleites temporales, que á probar las dulzuras de los que alegran y fortalecen el espíritu, le llenan de gozo en la tierra y son como el principio ó las primicias de los deleites eternos que han de disfrutar en el cielo; y para manifestar su Majestad que los que están poseidos de este tedio mortal no son dignos de sentarse en la mesa de los convites eternos, les añadió otra parábola, en la que al

mismo tiempo que les manifestó la abundancia de la largueza divina, redarguyó y acriminó la multiplicada ingratitud de los judíos, que habían sido llamados á los convites celestiales antes que las demás naciones de la tierra: primero por los profetas, segundo por Jesucristo, tercero por los apóstoles, y á pesar de esto reusaron entrar por la puerta de la fe, y por esto fueron llamados los gentiles.

Un hombre, les dijo el Señor, preparó una grande cena, y convidó á ella muchas personas. *Un hombre*, esto es, Jesucristo Dios y hombre verdadero, que es hombre en razon de la verdad de su naturaleza humana, y que es uno en razon de la singularidad de su persona respecto á los demás. Este hombre, que es el gran Padre de familias que compró á todos sus hijos, que son los de toda la naturaleza humana, con el precio infinito de su sangre, les preparó la gran cena de la gloria y la refeccion permanente en la eterna bienaventuranza, en la que se goza Dios con sus santos y escogidos, para que todas las criaturas se gozasen en ella tambien. Y es de advertir que se llama cena, porque es la refeccion última; pues así como la una se prepara á la caída del sol, y después de ella ya ninguna otra refeccion se toma hasta el día siguiente, así tambien se nos da la vida eterna al declinar el día de la vida presente, después de la que ya nada la criatura puede esperar, sino ó su refeccion eterna en el cielo ó su condenacion eterna en el infierno. Llámasse *cena magna á máxima*, porque el hombre no es capaz de comprender toda su inmensidad y grandeza. *Llámosse á ella á muchos*, porque Dios quiere salvar á todos los hombres. A unos llamó por medio de sus ángeles, á otros por los antiguos patriarcas, á otros por los profetas, á otros por sí mismo, á otros por sus apóstoles, á otros por la predicacion de sus ministros, á otros por las inspiraciones interiores de la gracia, á otros por medio de las prosperidades y beneficios, y á otros en fin por medio de las adversidades y castigos. Y *envió á su criado*, esto es, al predicador evangélico, porque aunque estos son muchos en número, no son mas que uno en el espíritu de la fe y de la caridad. *Envióle á la hora de la cena*, en la última edad y tiempo de la gracia, porque aunque en las otras edades eran llamados á la cena todos los hombres, ninguno sin embargo era recibido á ella, sino que todos los que un día habian de cenar con el

Padre de familias, bajaban al limbo para esperar aquella hora: y se decia á los convidados que viniesen, esto es, que se dispusiesen para celebrar las bodas del Cordero, para las que todo estaba ya preparado.

Antes de la venida de Cristo no estaba todavía preparada aquella cena, porque nadie podía entrar en la vida eterna; sacrificado empero el Cordero inmaculado, se abrieron las puertas de los palacios eternos, y después fueron enviados los apóstoles á aquellos á quienes antes lo habían sido los profetas. Por esto denota en primer lugar esta grande cena la vocacion de los pueblos á la fe de la encarnacion, en la que Jesucristo unió á sí, esto es, á su naturaleza divina con lazo indisoluble, toda la naturaleza humana y toda la Iglesia. Esta fué la mas estrecha, la mas tierna, la mas rica é inviolable alianza de cuantas se habían visto en el mundo, por la cual entendemos lo ventajosa que es al alma la íntima union con que quiere unirse Dios con ella en su mismo Hijo, por la fe y por la caridad.

Mas expresamente denota tambien y significa esta cena el convite magnífico y suntuoso, el mas espléndido y rico que jamás los siglos pudieron ver ni aun pensar que nos preparó Jesucristo en la sagrada Eucaristia. Los convites de los hombres muy ordinariamente se hacen por necesidad: por doloite, por interés ó por otras causas que pueden ser indicios de mayor necesidad en el que convita que en el convidado; pero solo Jesús convita á su mesa y se da á sí mismo en manjar sin necesidad propia, por pura bondad, con ansia de comunicarse á sí mismo y de hacer á sus huéspedes participantes de su gloria y eterna felicidad. Y por fin denota este convite la alianza perpétua del Esposo y de la Esposa, esto es de Jesucristo con su Iglesia y de todos los escogidos con Dios, sin que falte quien diga que aquella cena consiste principalmente en tres cosas, á saber: en la vision beatífica de las tres divinas Personas, en la sociedad de los ángeles y en la compañía de todos los santos.

Siendo esto así, como es indudable, es sobremañera horrible ver que los convidados todos se excusaron con muy frívolos y despreciables pretextos. El primero dijo: Que habia comprado una casa de campo y que le era preciso ir á verla, añadiendo al criado: Yo

os ruego agradezcais de mi parte al amo la fineza del convite, y que me tengais por excusado. El segundo encareció la imposibilidad de presentarse, con el pretexto de que habia comprado cinco pares de bueyes, y que tenia necesidad de irlos á probar, por cuya razon rogó, como el primero, que se le tuviese por excusado. Y el tercero dijo: Acabo de casarme; es absolutamente imposible el que deje la esposa tan presto; por lo que rogaba tambien se le tuviese por dispensado de asistir. Todos se excusaron y se retrajeron por sus obras malas, porque amaron y prefirieron mas las cosas corporales y terrenas que las celestiales y espirituales; por lo que dice san Gregorio [1]: Todos se excusan, si no con la palabra, al menos con el pensamiento y con la obra: todos, dice, esto es, por la mayor parte; porque respectivamente son muy pocos los que se salvan. Muchos son los llamados, pero pocos son los que vienen; porque aunque son muchos los que á Dios se sujetan por la profesion de la fe, son muchísimos los que viviendo mal resisten y contradicen el convite. Pero ¡ay de aquellos que así lo hacen! Un hombre rico hace un convite en la tierra, y todos los convidados se dan prisa para asistir á él; y Dios convida y todos se excusan. Convida el hombre, porque la necesidad en muchas ocasiones le obliga y convida á aquellos á quienes cree necesita: por grande que sea el convite y suntuoso, siempre es momentáneo y corto; y convida Dios, no por necesidad, sino de muy buena voluntad, y con misericordia y caridad eternas, no á un convite transitorio y de poca duracion, sino á un convite eternamente duradero, y todos los convidados se excusan con excusaciones tan voluntarias como pecias: las unas demuestran soberbia, las otras avaricia, las otras indican lujuria, y todos dicen que no pueden asistir; por consiguiente todos se hicieron indignos de entrar á las bodas del Cordero.

Compró el primero la villa y expresó que debía ir á verla. He aquí la ambicion de las dignidades y de la presidencia en el mando. He aquí la dominacion, he aquí la soberbia; porque los soberbios son los que á otros quieren dominar. Dijo otro que habia comprado cinco pares de bueyes; he aquí la avaricia expresamente ma-

[1] Div. Gregor. Hom. 36 in Evang.

nifestada por la necesidad de irlos á probar. He aquí la expansion de los sentidos corporales, de los deseos y afectos del corazon, y de la inclinacion vehemente á todas las cosas terrestres y mundanales; pues por los bueyes que la tierra surcan y revuelven se entienden las cosas terrenas. Otro por fin dijo, que con motivo de su casamiento y de tener que estar con su esposa no podia tampoco asistir; esta es la verdadera expresion de los afectos carnales y lividinosos: y dijo muy bien que no podia ir, porque entregado el corazon á estos afectos, es sobremanera débil para obrar las cosas divinas; por cuya razon dijo muy bien un célebre poeta cristiano: *La villa, los bueyes y la mujer cerraron la puerta á los llamados; el mundo, sus cuidados y la carne, cerraron el cielo á los bautizados.*

Á estos tres vicios parece que quedan reducidas y como en ellas encerradas todas las cosas que privan al hombre la fruicion de los gozes celestiales; porque como dice san Juan: Todo lo que hay en el mundo es, ó *concupiscencia de la carne, ó concupiscencia de los ojos, ó soberbia de la vida* [1]. Sobre lo que añade san Agustin: Todos vosotros los que venís á la cena de Dios, no querais amar al mundo ni á las cosas que son del mundo. El amor de las cosas terrenas es la liga con que se cogen las espirituales y eternas penas, porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y ambicion del siglo. La de la carne por los deleites, la de los ojos por las riquezas, y la soberbia de la vida por las honras. El mundo da á sus seguidores un ramillete compuesto de estas tres flores, *deleites, honras y riquezas*; y bajo de ellas están escondidas las tres punzantes y matadoras espinas que san Juan nos refiere; cébalos el mundo con prosperidad, con gozo, disimulaciones y consentimiento de sus pecados; y luego los mata para que sean eternamente atormentados. Quitemos pues de enmedio excusaciones vanas y malas, y vengamos á la cena en la que precisamente ha de engordar nuestra alma con el manjar celestial y divino que el Esposo nos tiene preparado. No nos lo impida el engreimiento, no la soberbia, no la vana curiosidad, no la sensualidad de la carne, no los deseos corrompidos del corazon; to-

[1] Ep. 1.º Joann. cap. 2.

do esto nos aparta de Dios. Vengamos, sentémonos en la mesa, embriáguese nuestro espíritu con la sangre del Cordero que quita los pecados del mundo, y nuestro gozo será satisfecho y completo [1].

Estas excusas dadas por los convidados obligaron al siervo á que diese cuenta de todas ellas al gran Padre de familias, el que no pudo menos de irritarse contra la ingratitud horrible de aquellas gentes. Y viéndose al parecer así desairado, dijo al siervo: Anda prontamente, recorre las plazas y las calles de la ciudad y recoge los pobres, los impedidos, los cojos y ciegos que encontrases y tráedmelos aquí. Misteriosa es, no hay duda, esta especie de ira del Padre de familias; esto es, de Jesucristo, contra los menospreciadores de su cena; porque como dice san Agustín [2]: La ira de Dios es la venganza que su Majestad toma contra el pecador ingrato, y justamente se irrita y enfurece por causa de las ingracias de los hombres, que despreciando la cena dispuesta que les ha de dar la vida eterna, prefieren llenar su vientre de las comidas viles y despreciables. *Hizo salir á su siervo por las calles y plazas de la ciudad*, porque así como las puertas de estas están cerradas muchas veces, se entendiese precisamente el llamamiento de los judíos que estaban como encerrados dentro las legales observancias, y eran como los ciudadanos de Dios. Eran pobres por la falta de gracia y de virtud, y débiles por la falta de buenas obras, y ciegos por la del verdadero conocimiento, y cojos por la de rectitud en sus intenciones y afectos; *á introduce, le dijo tambien*, todos los humildes que repudiando se por indignos, desean entrar y no se atreven; y á estos quiere Dios llamar á sí por la penitencia, é introducirles en su convite eterno, pues en lugar de los príncipes, y sacerdotes y doctores de la ley de los judíos despreciados de Dios por su soberbia, llama el Señor á su cena á los sencillos, á los humildes, á los publicanos y á los pecadores.

Porque reusan venir los soberbios, dice san Gregorio [3], son elegidos los pobres; pues eligió Dios lo enfermizo y despreciable del mundo para confundir lo orgulloso y fuerte. Los pecadores sober-

[1] Div. August. Serm. 33 de Verb. Dñi.

[2] Div. August. in Pa. 78.

[3] Div. Gregor. Hom. 36 in Evang.

bios son despreciados, y los pecadores humildes son elegidos. A aquellos elige Dios á quienes el mundo desprecia, porque muy regularmente sucede que el desprecio del mundo obliga al hombre á entrar en sí mismo y á levantarse á Dios. Llámense los pobres, los ciegos y los cojos, los débiles y enfermos, porque cuanto mas despreciados del mundo, oyen tanto mas pronto la voz del Señor, porque no tienen en el mundo donde distraerse y deleitarse. Vienen los mendigos, porque convida aquel que siendo infinitamente rico, por nosotros se hizo pobre, á fin de que con su pobreza nosotros nos enriqueciésemos. Vienen los débiles y enfermos, porque les convida el Médico, y los robustos y sanos no tienen necesidad de él: vienen los cojos, porque les convida el que endereza todos los pasos torcidos, y los encamina derechamente á la consecucion del último fin. Vienen los ciegos, porque los convida la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene al mundo. Mas después de todo esto, y obedecido puntualmente el amo, quedaban todavía en la mesa muchos asientos vacíos, lo que visto por aquel, dijo á su señor: Cumplióse exactamente todo, lo que mandásteis y aun queda un lugar bastante espacioso que llenar. Pues anda, dijo el señor, sal de la ciudad, marcha por los caminos, recorre los vallados, ruega, suplica, empeña, y aun precisa á cuantos encontrases, para que vengan á mi casa á fin de que se llene completamente mi mesa. Porque desde ahora declaro que ninguno de aquellos que fueron llamados y rehusaron venir al convite, ninguno se sentará en mi mesa ni gustará de mi cena.

Manifiesta es y clara con este motivo la vocacion de los gentiles, que como agrestes y salvajes estaban dispersos por los campos, echados por los caminos y expuestos á todos los peligros de la gentilidad misma en que vivian; y á estos, como que se les forzó á entrar por la constancia é importunacion de la predicacion de los apóstoles, llámense los que se miran apartarse del mal por las fervientes exhortaciones con que se les enseña, y se les obliga ó hace violencia con la dureza de las conminaciones con que se les atrae. Y así es que á los judíos solo se les mandó llamar, y á los gentiles ordenó que se los hiciera violencia; porque para los primeros debia bastar un llamamiento mejor, puesto que tenían la ley y los profetas.



tas; y como los gentiles estaban como dormidos ó aletargados, sin tener quien los instruyese y dispase las tinieblas en que yacian sumidos, era por lo mismo necesario un llamamiento mayor, y como una fuerza que les impeliese ó violentase, con el santo y laudable designio de que se llenase la casa paterna, esto es, el cielo, donde se ha de hacer y celebrar el convite eterno al número determinado de los predestinados, que no ha de quedar incompleto. Por esta violencia entiéndese también la que se hace á los herejes, que castigados por la Iglesia abjuran en sus errores y vuelven al seno de la buena y cariñosa madre; y todos aquellos en fin que desengañados de la mala correspondencia del mundo vuelven otra vez á Dios, al que por el mundo habian abandonado.

Preciso es que tenga el corazon endurecido y obstinado el que no conozca las grandes impresiones que Dios quiere hacer en el de las criaturas por medio de esta misteriosa parábola; pues si bien resplandecen por una parte en ella el amor y la caridad de Dios, por otra brillan sus amenazas y justicias, haciendo temblar y estremecer la voluntad mas depravada. No hay duda, tarde ó temprano venga Dios el menosprecio de su palabra y la injuria hecha á sus ministros: mensajeros son del Eterno, anunciadores de sus misericordias, progoneros de sus justicias. Por su medio nos llama el Señor á la vida de la fe, á los consejos de la religion, á la fruicion de la mesa santa. Dichoso el que reconociéndose pobre y falto de poder y de fuerzas, confiesa su pequeñez, oye la voz del Ministro Augusto, clama por él al Padre celestial, y por él espera la consecucion de su verdadera salud y la riqueza eterna. Para la salvacion no hay acepcion de personas; toda especie de gentes son llamadas á este gran convite; gentiles y judios, nobles y plebeyos, ricos y pobres, y aun estos por su nombre; porque es mas fácil hacer escalera del cielo, de la pobreza que de la riqueza; pues vemos muchos pobres bien hallados en su pobreza, y pocos ricos desprendidos de su riqueza. ¡Cuánto mas valdrá esta razon para los que voluntariamente se hacen pobres de espíritu, y por Dios se desprenden de los bienes temporales!

De advertir es, y causa admiracion, que no se negaron los pobres á admitir el convite que despreciaron los ricos. Escucharon al sier-

vo enviado, agradecieron la liberalidad y misericordia del Señor que los llamaba, y hallaron cabida en su misma mesa, esto es, en el seno de Dios, donde celebra su eterno banquete con los escogidos; pero como este mismo seno es un océano insondable, como es un piélago inmenso de claridad y de luz, no pudo llenarse con la vocacion de los judios, y mucho menos habiendo entre ellos tanto número de ingratos. Llamáronse los gentiles, y aunque todos entrasen en este gran festin, no se llenaria su inmensidad; sin embargo, contadas están en el cielo y dispuestas las sillas para los escogidos; no hay pues que temer que falte lugar para los que de veras quieran salvarse. ¡Oh, cuán bueno es el Señor! ¡Cuán admirables son todas sus obras! ¡Cuán deliciosos y amables sus tabernáculos! ¡Oh, cuántos medios inventa su caridad infinita para atraer á sí y dar entrada en su mismo seno á los descaminados y perdidos que quiere salvar! ¡Qué temes, miserable pecador! ¡Por qué desconfías de la misericordia que te está aguardando? Mira los medios ingeniosos de que se vale para que no te pierdas. A unos convida, á otros llama, á otros atrae, á otros compele. Si no te basta la gracia del convite y de la vocacion exterior animada de la suave eficacia de su espíritu, ruégale que te compele por un medio extraordinario, que rompa la cadena de tus vicios y te descarne de tus pasiones, y ayente de tí las ocasiones de pecar y perderte.

Si los fariseos hubiesen procedido de buena fe y querido aprovecharse de las doctrinas del Señor profundizando las Escrituras santas, como con frecuencia les enseñaba el divino Maestro, la inteligencia é interpretacion de esta parábola misteriosa no les hubiera sido difícil, puesto que la bondad del Señor, que tan liberalmente les instrua, no tuvo á bien explanarla como lo habia hecho con otras; pero los sucesos que se verificaron después, que se verifican aun y que seguirán verificándose hasta la consumacion de los siglos, nos han dado su mas genuina y exacta explicacion, y su sentido literal se ofrece por sí mismo.

Si se atiende á la persona de Jesús, á su altísima dignidad, al grande é importante ministerio que ejerce, se verá que él es el verdadero enviado por su Eterno Padre como Hijo único suyo; que el banquete es la doctrina santa del Evangelio y la sagrada mesa eu-

carística. Que la casa es la Iglesia católica; que los primeros convidados son los hijos de Jacob y las ovejas descarriadas de la casa de Israel; y que los primeros que resisten la asistencia son los ministros de la ingrata Sinagoga y todos los encargados de la dirección, ya civil á ya religiosa, de los hijos del pueblo santo. Que volvió el enviado á su Padre y se sentó á su diestra después de su pasión y muerte, y llevó consigo al banquete de la gloria los pobres y los enfermos que estaban encerrados y detenidos en el seno de Abraham desde el principio del mundo esperando su redención. Y que enviando desde allí, en cumplimiento de su promesa, el Espíritu Santo sobre los apóstoles, les hizo salir después para llamar en los caminos y en los vallados á los gentiles dispersos en lugar de los judíos, ocupando los primeros en la Jerusalem militante el lugar que dejó vacío la incredulidad de Israel. Para los nuevos llamados pues fué la verdadera felicidad en premio de su obediencia, porque ninguna puede prometerse el que desprecia los estímulos de la divina gracia y desoye la voz de Dios que le llama, para que vaya á él y se salve. Muchos fueron los llamados por la ley natural, muchos por la ley escrita, y muchísimos mas por la predicación evangélica; pero pocos son los que vinieron y entraron por la ley, y aun de estos muy pocos los que viven de la fe, y menos los que perseveran en esta vida hasta el fin.

No es extraño que concluya el Señor su elegante discurso diciendo á los fariseos que presentes se hallaban: Mas yo os digo que ninguno de aquellos varones que fueron llamados, esto es, ninguno de los que se excusaron y no quisieron venir gustará mi cena. Terrible juicio es esta exclusion perpetua de los convidados que una vez soia desestimaron el convite; y mucho mas terrible si se atiende no solo la verdad, sino la infalibilidad y justicia de aquel que lo pronuncia; y mucho mas terrible si se atiende que no solo significa que no gustarán la cena, sino que ni tampoco la verán; porque los santos la gustan y la ven tambien en esta vida presente, según que escrito está: *Gustad y ved cuán suave es el Señor* [1]. Sobre lo que dice san Jerónimo: Muy de tener es esta sentencia del Señor. Na-

[1] Ps. 33, v. 9.

die pues desprecie el venir, no sea cosa que ya que se excusa siendo llamado no pueda entrar cuando quiera [1]. Seguramente que el que no entrare siendo llamado, hambriento y vacío ha de quedar después. Este es el gran peligro á que se exponen los que desprecian el llamamiento de Cristo: en la vida presente serán privados de la refeccion espiritual de la gracia, y en la vida futura lo serán de la gloria. Considerar debemos pues bien la altísima dignidad á que somos llamados cuando el Señor nos convida con tanto amor y despreciando todo lo caduco y perecedero para obtemperar su llamamiento, preparémosnos para conseguir lo futuro, que es permanente y eterno. Permanezcamos pues conservando la altísima dignidad que en el principio, esto es, en el santo bautismo, recibimos por la fe, y busquemos cada día con afán el reino futuro. Pensemos que todo lo presente son sueños y sombras, y que lo venidero son realidades eternas. Si nada hay en el mundo tan precioso como la vida, nada hay tan estimable ni precioso fuera de este mundo corruptible como la vida eterna; y puesto que á la vista nos pone el Señor este grandioso y admirable ejemplo, no despreciemos nunca su misericordia y su gracia, que son la prenda segura de la felicidad eterna.

#### ORACION.

*Señor mio Jesucristo, que queriendo salvar á todos los hombres es preparaste la refeccion eterna en la celestial bienaventuranza, llamando á muchos á ella de muchas y diversas maneras; no permitas que yo, miserable pecador, sea excluido de aquella gracia general que veniste á repartir á muchos. ¿Qué será de mí, Dios mio! si al clamor de tu piedad que me atrae hácia tí opongo yo la rebeldía de un corazón obstinado? ¿Quién me abrirá la puerta de tu casa si no me dejas yo atraer de tí ahora que me convidas y de tantas maneras me compelas para que á tí me acerque? Enséñame, Señor, á pisar la soberbia, la ambicion, la avaricia, la concupiscencia de la carne y todos los deseos que de tí me separan y alejan,*

11) Div. Gregor. Hom. 36 in Evang.

todos los gozes que me cierran la entrada á tu eterno convite; y ya que soy pobre en gracia y virtud, débil en el bien obrar, ciego en el conocimiento, y cojo para caminar derechamente hácia tí, sé tú mismo mi maestro, mi defensor y mi guía, ahuyenta todo aquello que de tí me separa, y con tu gran misericordia conduíceme tú mismo á los espacios eternos de la gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XIV de san Lucas, desde el versículo 16 hasta el 24 del mismo, ambos inclusive. Contéstale san Mateo y san Marcos en diferentes parajes de sus respectivos Evangelios.

La Iglesia lo usa como propio de la Dominica *infra octavam* del Corpus; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA INPRA OCTAVAE  
DE CORPUS CHRISTI.

*San Lucas, cap. XIV, vs. 16 al 24.*

En aquel tiempo dijo Jesús á los fariseos esta parábola: Un hombre hizo una gran cena y convidó á muchos, y á la hora de la cena envió un criado á decir á los convidados que viniesen, pues ya todo estaba preparado. Y empezaron todos como de concierto á excusarse. El primero dijo: He comprado una granja y necesito ir á verla; ruegote que me tengas por excusado. Y otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes y quiero ir á probarlas; ruegote que me tengas por excusado. Y otro dijo: Acabo de casarme, y así no puedo ir allá. Habiendo vuelto el criado, refirió todo esto á su amo. Irritado entonces el padre de familias, dijo á su criado: Sal luego á las plazas y las calles de la ciudad, y tráeme acá cuantos pobres, y lisiados, y ciegos, y cojos hallares. Y dijo el siervo: Señor, hecho está como lo mandaste, y aun sobra lugar. Y dijo el Señor al criado: Sal á los caminos y á los cercados, y compele á los que halles á que vengan para que se llene mi casa. Digoos que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados gustará mi cena.

## CAPITULO XXX.

DE LA SCENOPEGIA, FESTIVIDAD DE LOS JUDIOS, O SEA FIESTA DE LOS TABERNACULOS, Y DE LA VISITA QUE HIZO JESUS A MARTA Y MARIA EN BETHANIA.

Después de estas grandes doctrinas y parábolas misteriosas permanecía Jesús en Galilea enseñando en las sinagogas de aquel país, dando vueltas por todos sus pueblos, porque no quería marchar á Judea, pues no ignoraba los designios de los judios sobre su persona. Durante todo el año treinta y dos de su vida, no había ido á Jerusalem, ni á la fiesta de la Pascua, ni á la de Pentecostés, y mucho menos á la de las trompetas ó de la expiación, que no eran tan solemnes. No tenía miedo á la resolución formada por los príncipes y sacerdotes de apoderarse de su persona para hacerle morir, puesto que no había llegado aun la hora determinada por su Padre: sin embargo, vivía retirado de la capital y recorría los países sujetos á Herodes sin poner el pié en alguna de las tierras donde los jefes de su nacion pudieran tener alguna autoridad.

La solemnidad llamada *Scenopogia* ó de las *Cabañuelas*, se celebraba en memoria de los cuarenta años que anduvieron los israelitas por el desierto alojados en tiendas. Duraba ocho dias, y el úl-

todos los gozes que me cierran la entrada á tu eterno convite; y ya que soy pobre en gracia y virtud, débil en el bien obrar, ciego en el conocimiento, y cojo para caminar derechamente hácia ti, sé tú mismo mi maestro, mi defensor y mi guía, ahuyenta todo aquello que de ti me separa, y con tu gran misericordia conduíceme tú mismo á los espacios eternos de la gloria. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla en el XIV de san Lucas, desde el versículo 16 hasta el 24 del mismo, ambos inclusive. Contéstale san Mateo y san Marcos en diferentes parajes de sus respectivos Evangelios.

La Iglesia lo usa como propio de la Dominica *infra octavam* del Corpus; dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA INPRA OCTAVAE  
DE CORPUS CHRISTI.

*San Lucas, cap. XIV, vs. 16 al 24.*

En aquel tiempo dijo Jesús á los fariseos esta parábola: Un hombre hizo una gran cena y convidó á muchos, y á la hora de la cena envió un criado á decir á los convidados que viniesen, pues ya todo estaba preparado. Y empezaron todos como de concierto á excusarse. El primero dijo: He comprado una granja y necesito ir á verla; ruegote que me tengas por excusado. Y otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes y quiero ir á probarlas; ruegote que me tengas por excusado. Y otro dijo: Acabo de casarme, y así no puedo ir allá. Habiendo vuelto el criado, refirió todo esto á su amo. Irritado entonces el padre de familias, dijo á su criado: Sal luego á las plazas y las calles de la ciudad, y tráeme acá cuantos pobres, y lisiados, y ciegos, y cojos hallares. Y dijo el siervo: Señor, hecho está como lo mandaste, y aun sobra lugar. Y dijo el Señor al criado: Sal á los caminos y á los cercados, y compele á los que halles á que vengan para que se llene mi casa. Digoos que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados gustará mi cena.

## CAPITULO XXX.

DE LA SCENOPEGIA, FESTIVIDAD DE LOS JUDIOS, O SEA FIESTA DE LOS TABERNACULOS, Y DE LA VISITA QUE HIZO JESUS A MARTA Y MARIA EN BETHANIA.

Después de estas grandes doctrinas y parábolas misteriosas permanecía Jesús en Galilea enseñando en las sinagogas de aquel país, dando vueltas por todos sus pueblos, porque no quería marchar á Judea, pues no ignoraba los designios de los judios sobre su persona. Durante todo el año treinta y dos de su vida, no había ido á Jerusalem, ni á la fiesta de la Pascua, ni á la de Pentecostés, y mucho menos á la de las trompetas ó de la expiación, que no eran tan solemnes. No tenía miedo á la resolución formada por los príncipes y sacerdotes de apoderarse de su persona para hacerle morir, puesto que no había llegado aun la hora determinada por su Padre: sin embargo, vivía retirado de la capital y recorría los países sujetos á Herodes sin poner el pié en alguna de las tierras donde los jefes de su nacion pudieran tener alguna autoridad.

La solemnidad llamada *Scenopogia* ó de las *Cabañuelas*, se celebraba en memoria de los cuarenta años que anduvieron los israelitas por el desierto alojados en tiendas. Duraba ocho dias, y el úl-

timo ara como el primero, muy solemne, y en ellos comían á la sombra de los árboles en remembranza de que muchas veces lo habían hecho así en el desierto durante su peregrinacion. Celebrábase en el sétimo mes de los judíos, que corresponde á nuestro setiembre, esto es, en el tiempo de la vendimia, respecto á que los exploradores ó espías enviados para explorar las inmediaciones de la tierra prometida, habían presentado á los hijos de Israel dos grandes uvas en un mismo sarmiento, en testimonio de la gran feracidad del terreno que Dios había prometido darles. Acordábanse los judíos con esto de los beneficios que el Señor les hizo desde que los sacó del Egipto hasta que los introdujo en la tierra prometida; pues no quería su Majestad que se les olvidasen los riesgos y miserias de su primer estado, para que nunca viesesen á caer en el muy afrentoso pecado de la ingratitude. Así como era tan solícito el Señor en procurar toda la felicidad imaginable y deseable entonces á los hijos de su pueblo, así tambien quería que por medio de la celebracion de aquellas fiestas levantasen con nuevo furvor su corazón á Dios, esperando firmemente el cumplimiento de sus ulteriores promesas, viendo que se habían verificado las primeras con tan puntual exactitud.

Instando pues la festividad de la Scenophegia, los *humanos*, esto es, los parientes de Jesús ó los sobrinos ó sobrinas de José y de todas sus familias, los que habían mudado mucho en su modo de pensar acerca de su persona desde que se había hecho el hombre mas célebre de su nacion, se acercaron á él y le rogaron sabiese con ellos á Jerusalem en esta gran festividad, añadiendo á sus ruegos para inclinarse á aquel viaje, que aunque absolutamente se podia dispensar de él, no era con todo bien parecido que se vudiese de la permission que tenían los mas distantes de ir solamente á la fiesta de Pascua, en razon á que acudían á la ciudad y al templo los judíos de todas partes, ya por devocion, ya por obligacion. Y sobre todo, para obligarle á salir de Galilea y marchar á Jerusalem, le recordaban que era aquel un país menospreciado de los judíos, y que si quería adquirir reputacion y nombradía para sí y los suyos, no debía vivir en un territorio pobre y encerrado entre tinieblas, sino que debía dejarse ver en los grandes pueblos y ciudades mas nobles; y

recordándole por fin que tenía en la Judea discípulos celosos de su gloria, á los que era preciso que les mostrase, como lo hacia con los demás, los efectos de su virtud poderosa; sobre lo que dice el venerable Beda: [1]. Tú, Señor, encarrabas en el territorio de Galilea, obras milagros, y son pocos los que lo ven. Deja pues el oscuro retiro y ven á la ciudad real donde habitan los príncipes, para que visto por ellos merezcas su aprecio y consigas á su vista grandes alabanzas.

Los amigos carnales, que en la gloria de Jesús buscaban la suya propia para ser participantes de ella y deseaban ser aplaudidos y celebrados por los milagros que él obrase, le daban un consejo carnal para que se adquiriese por esta medio gloria y alabanza en el mundo, y su gran nombradía se extendiese por toda la tierra; por lo que le aconsejaban que no hiciesen milagros como á escondidas, sino que los obrase en público y á la vista de muchas gentes; porque es propio de los amadores de la gloria vana que todo aquello que puede acarrear y merecer esta se haga en público; que es lo mismo, continúa Beda, que si le hubiesen dicho: Haces milagros, pero los haces en secreto; manifiéstate, aparece ante los hombres, date á conoer á ellos, justífiguete tus obras, y serás de ellos aplaudido y honrado. En lo que, aunque parientes de Jesús, no manifestaban entera y pura fe. Y como le aconsejaban mal, porque le persuadían que buscase la gloria del mundo, por esto les recusó y no admitió sus consejos, dándonos ejemplo con esto de no admitir ninguno de los pèrdidos consejos que nos dan los hombres para merecer la gloria y estimacion del mundo.

Para el perfecto conocimiento de los hechos gloriosos de Cristo en esta ocasion, y aun para el de la letra del Evangelio, es muy justo y conveniente recordar lo que ya hemos dicho en otra ocasion, á saber, que no siendo iguales en un todo los calendarios de los judíos y de los galileos, empezaban estos sus fiestas un dia antes que aquellos; y como todas ellas tenían octava, á excepcion de la de Pentecostés, cuyo rito era diferente, duraban para ellos nueve dias enteros, porque no les era permitido salir de Jerusalem el último dia, que para ellos era el noveno; y no siendo sino el octavo para los judíos,

[1] Ven. Bed. in cap. 7 in Joann.

era día de fiesta en la ciudad. En este año pues, que era el treinta y dos de Jesucristo, empezó la fiesta de los tabernáculos para los galileos en la feria tercera, y no se acabó en Jerusalem hasta la feria cuarta de la semana siguiente; de manera que el sábado ó la feria sétima dividía la solemnidad para los galileos en dos partes perfectamente iguales, de la cual cuatro días le precedían y cuatro le seguían; lo que hizo llamar al sábado que dividía por medio la solemnidad de los tabernáculos de este año, la *Fiesta de en medio ó sábado intermedio*, que es lo que dice san Juan: *Dix festo median-te*. El primer día en que principiaba la fiesta, según el rito de los galileos, era el en que la parentela de Jesús quería hallarse en Jerusalem. Mas por lo que respecta al Salvador estaba resuelto á no dejarse ver en ella sino la segunda fiesta, esto es, durante el sábado ó la fiesta intermedia. Sobre esta distincion versa precisamente la conversacion que tuvo Cristo por sus hermanos sobre la subida á Jerusalem.

El Señor, que como antes decíamos, quería darles el grande é instructivo ejemplo de no buscar la gloria vana, sino el de hurtir, viendo el empeño tan activo de los suyos en persuadirle lo que él condensaba públicamente, no solo con su doctrina y palabras, sino tambien con sus obras, les respondió resueltamente: Para vosotros siempre es tiempo de entrar en Jerusalem, pero mi tiempo no ha llegado aun. Lo que fué decirles: Ya os entiendo, y bien sé lo que sería menester hacer para daros gusto. Vosotros podéis dejaros ver en Jerusalem cuando quisierais; allí no correis riesgo alguno; pues los judíos no os aborrecen. ¿Y por qué os habian de querer mal á vosotros, en quienes no ven cosa alguna que dé temor á su envidia ni asuste á su conciencia? No sucede empero lo mismo conmigo, porque no puedo dejarme ver en medio del mundo escorrupto de la Judea sin dar público testimonio de que las acciones que en ella se ejecutan son obras de iniquidad. Mi nombre causa celes á los principes del pueblo, y mis milagros asustan é inquietan á los sacerdotes. Así es que luego que me ven en Jerusalem, todo es rumor, todo se conmueve, todos se declaran y todos toman su partido. Yo tengo que tomar medidas y precauciones que vosotros podéis omitir sin correr por ello riesgo alguno. Yo bajé del cielo para hacer la

voluntad de mi Padre y no la mia; y así no rehusó hacerle el sacrificio de mi vida en el lugar que ha querido escoger para recibirlo. Cuando llegare el día me verán presentarme con aliento, pero no debo prevenirlo. Entre tanto á mí me toca evitar con mi sabiduría los lazos que me arman, y cuyo efecto no quiere mi Padre que suspenda con un milagro de mi poder. Por lo que mira á vosotros, no tenéis razon alguna para deteneros. El tiempo insta para llegar antes del principio de la eceremonia y hacer las prevençiones ordinarias de la fiesta. Yo no quiero ni ir allá ni partir en vuestra compañía, porque eso sería darme á conocer con demasiado ruido. Yo no os detengo, pero no me habéis mas de seguros. El día de la fiesta que os llama no me verá en la capital.

Si los parientes de Jesús hubiesen meditado bien y comprendido esta doctrina sublime del Salvador, no hubieran podido menos de descubrir en ella una reprehension terrible que encierra, dirigida precisamente á ellos para corregir la ambicion desmedida de gloria vana que manifestaban. Mi tiempo, les dijo, no ha llegado aun; esto es, el tiempo de manifestar mi gloria, porque esta no se manifestará hasta después de mi resurreccion; pero si llegó vuestro tiempo, esto es, el tiempo de desear las glorias y alabanzas del mundo; pero ¡ah! que con ellas seréis engañados, y los engaños os acarroarán graves perjuicios. Vosotros buscáis las glorias del mundo, y á él consagrais vuestros afectos; por consiguiente siempre tenéis preparado vuestro tiempo. Los mundanos siempre tienen en el mundo preparado su tiempo y sus glorias, porque aman lo mismo que el mundo y con él siempre convienen; por lo que siempre hallan preparado en el mundo lo que buscan. Los justos empero que solo buscan la gloria de Dios y su bien y dicha espiritual, nunca tienen preparado su tiempo en el mundo, porque le desprecian, y con él desprecian tambien todo lo que él ama. A vosotros empero el mundo no puede aborreceros, porque sois de los amadores del mundo, de los que siguen sus máximas y de los que están unidos con él con todos los lazos de la amistad y del amor.

De varias maneras entiende san Crisóstomo [1], esta subida de

[1] Div. Crisostom. Hom. 47 in Joann.

Jesús con sus parientes al templo de Jerusalem para la fiesta de los tabernáculos y el amor que les dijo les profesaba el mundo. A vosotros ama el mundo por la semejanza y simpatías que con él tenéis; pero á mí, y á los míos aborrece por la desemejanza y antipatías que con él tenemos; ni en voluntad, ni en deseos, ni en obras nos asemejamos. Sus obras son malas, y en vez de aprobarlas las acriminamos y condenamos. Las glorias y satisfacciones de los hombres son varias como sus fiestas. Los mundanos tienen sus fiestas temporales que consisten en disfrutar, gozar y comer, y los justos tienen las suyas espirituales, que solo consisten en los gozos y deleites del espíritu; por lo que añade, les dijo Jesús muy bien: Vosotros que buscáis la gloria mundana y los deleites que el mundo da, subid á esta fiesta, en la que quereis ver y ser vistos para satisfacer la curiosa vanidad y concupiscencia de vuestros ojos, y la grosera alegría temporal de vuestro corazón; subid á ella, satisfaced todos vuestros apetitos carnales y la ansia de los deleites que os fatigan. Yo que nada de esto busco y que nada de todo ello me alegra, no subiré con vosotros á esta festividad, porque el tiempo de mi gloria, según mi humildad, no ha de llegar para mí hasta que haya corrido la carrera de la humildad; esto es, la carrera de mi pasión, después de la que vendrá precisamente la gloria de la inmortalidad.

O de otro modo. Subid vosotros á este día de fiesta ó al principio de esta solemnidad, porque entonces se entregaban mas los judíos á los convites y saraoes que al fin: yo no subiré á esta fiesta, esto es, á su principio, porque no llegó todavía mi tiempo. El mas apto para enseñar la doctrina de la verdad, que era el objeto de la venida de Jesucristo al mundo, no era el principio de la solemnidad por los motivos que se han indicado, sino cerca del fin; porque meaos glotonos ó mas templados, estaban mas dispuestos para oír. Diciendo pues el Señor, *subid vosotros*, ni lo aconsejó, ni lo mandó, ni les invitó para que subieran, sino que previno, predijo y manifestó lo que querían aquellos cuyo corazón estaba poseído de los deseos mundanales. Ellos querían asistir siempre á la fiesta y no á la vigilia; porque siempre querían lo que les halagaba, no lo que les mortificaba. De esta clase hay tambien muchos en el siglo presente que siempre quieren fiestas, pero nunca vigiliat; siempre quieren hallarse

entre la embriaguez y destemplanza, pero nunca entre la mortificación y penitencia; siempre entre la vanidad y las risas, nunca entre el hambre y la sed, la turbación y el llanto.

Por tres causas poderosísimas no deben las criaturas concurrir á estas fiestas diabólicas. La una es por deber ser nuestra vida una vigilia continuada, por cuya razón debemos siempre ayunar y llevar nuestros pecados á fin de poder llegar á la fiesta de la patria celestial; en cuyo concepto escribió muy oportunamente san Mateo el célebre dicho del Salvador: *Bienaventurados los que lloran*, esta es la vigilia, *porque ellos serán consolados*, esta es la fiesta. Pero los hombres vanos quieren celebrar aquí la fiesta y no hacer la vigilia; sin advertir que tendrán por fuerza que llegar á ella. San Lúcas expresó muy oportunamente este pensamiento cuando dijo: *Ay de vosotros que estais hartos*, esta es la fiesta, *porque luego tendreis hambre*, esta es la vigilia. La segunda causa es porque la vida presente no es mas que un destierro, y sería muy necio el peregrino que quisiese celebrar fiestas desterrado en país extranjero, sino que para celebrarias debe esperar el regreso á su patria. Nuestra patria, que es el cielo, y porque los pecadores hacen de este destierro su patria, por esta razón desterrados serán para siempre y expulsados de la celestial. Y la tercera porque esta vida es lugar de trabajo, por cuya razón los siervos de Dios deben trabajar sin descanso, porque del trabajo viene después á él. Los hombres malos y voluptuosos quieren vivir siempre en la ociosidad, y por su desgracia pasan de ella después á los trabajos eternos.

Con toda claridad nos manifiesta esto la diferencia que hay del modo de desear y de vivir entre los buenos y los malos. El tiempo de la gloria de los malos siempre es la vida presente; árboles de mala calidad plantados en terrenos malos, en él viven y en él florecen; pero el tiempo de la gloria de los buenos es el futuro; en él vivirán y rainarán con Cristo, y llegarán á la gloria por el camino de los padecimientos y tribulaciones que recorrieron en este destierro. Digan pues los devotos y timoratos, los penitentes y mortificados, y todos los que caminan por el camino de la perfección á aquellos que les convidan á los convites, embriagueces, destemplanzas y lascivias: *Subid vosotros á esta fiesta*, que nosotros que tales cosas no

apetecemos, de ninguna manera queremos subir. El verdadero siervo de Cristo no debe deleitarse en tales cosas: soldado muy delicado es y de ninguna manera apto para resistir las grandes luchas á que está continuamente expuesto al que quiere á un mismo tiempo alegrarse con el mundo y reinar con Cristo; porque escrito está: ¡Ay de aquellos que tocan el pandero y la vihuela y bailan al son de los instrumentos músicos! pasan entre delicias los días de su vida y en un instante bajan á los infiernos. Estos son los que dijeron á Dios: Apartate de nosotros, que no queremos saber nada de tus mandamientos [1]. Recibieron estos en verdad los bienes en su vida. San Agustín sobre este mismo concepto dice [2]: Seamos rectos de corazón, no llegó todavía el tiempo de nuestra gloria. Dígame á los amadores del mundo cuáles eran los hermanos del Señor; vuestro tiempo siempre está preparado y dispuesto, pero el nuestro no llegó aun. Si, tengamos valor para decirlo, porque somos el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, porque somos sus miembros, y digámoslo con firmeza, porque conocemos quién es la cabeza de este cuerpo místico que todos formamos; porque él mismo se dignó decirlo para enseñarnos: cuando pues nos insulten los amadores del siglo, esta debe precisamente ser nuestra única y verdadera respuesta: *Vuestro tiempo siempre está preparado; pero el nuestro todavía no llegó.*

No es fuera de propósito esta elocuente reflexión del grande Agustín: bien conocía el santo doctor que nunca era el mismo tiempo para los ricos y para los pobres, para los seguidores del mundo y los servidores de Dios; para aquellos, en fin, en cuyos corazones no habitan sino la ambición y la avaricia, estando perpetuamente desterrada de ellos la caridad. En efecto, en tiempo de los ricos siempre está preparado, porque en cierto modo está en su bolsillo; si hace frío, visten bien y calientan sus habitaçiones; y si el calor les aflige ó incomoda, las refrescan y se procuran toda especie de consuelos. De la misma manera también en todas las demás molestias, aficciones ó incomodidades del cuerpo, siempre tienen el remedio prevenido y pronto, y así es que tienen siempre su tiempo

[1] Job. cap. 21, vs. 12, 13 et 14.

[2] Div. August. Tract. 28 in Joann.

preparado; mas á los pobres sucede en este mundo todo lo contrario, de otra manera empero en el otro siglo.

Después de esto se quedó Jesús en Galilea; mas luego que partieron sus hermanos, fué también él á la fiesta, no manifestamente, sino en secreto. De la compañía de sus hermanos parece que huýó el Señor, porque era otro su espíritu; y el huir de aquella comitiva tan empeñada en honrarle, confunde la soberbia de los grandes y poderosos de la tierra, que en todo tiempo y ocasión, y hasta en los mismos templos del Señor y en las mayores solemnidades de la Iglesia, se presentan en ella con un lujoso acompañamiento para llamar sobre sí las miradas y atención de todos con su faustosa ostentación, olvidándose que las grandes festividades de la religion no han de manifestarse tanto con el lujo y adorno exterior de los cuerpos, cuanto con las galas interiores de la virtud, que son las que adornan el espíritu y hacen celebrar con aparato verdaderamente religioso los días santos consagrados á Dios; porque escrito está: Terrible eres tú, oh Señor; ¿y quién podrá resistirte á tí desde el momento de tu ira? Desde el cielo hiciste oír tus juicios; la tierra tembló y se quedó suspensa al levantarse Dios á juicio para salvar á todos los mansos de la tierra. El hombre que esto medite te alabará, y en consecuencia de sus meditaciones celebrará fiestas en honor tuyo [1]. Así pues debes tú celebrar tus festividades si quieres que á ellas venga Jesús; porque los que las celebran con faustosas ostentaciones en público para ser vistos de los hombres, recibieron ya su paga.

El amantísimo Salvador, que quería cumplir exactamente la voluntad de su Padre, no podía dejar de concurrir á esta solemnidad, á la cual asistió en secreto y sin acompañamiento alguno; pero antes de manifestar lo que en ella pasó, es indispensable hacer una pequeña digresion.

Parece que esta fué la ocasión en que los escribas de Galilea dijeron á Jesús lo que hemos referido ya en el capítulo anterior, á saber: *que se marchase de allí porque Herodes quería matarle; y que en esta jornada ó tránsito fué en la que se detuvo Jesús en Be-*

[1] Ps. 75, vs. 8 et seqba.



thania, castillo fortificado y tan vecino á Jerusalem, que en un día de sábado se podia andar el camino sin contravenir á la ley, llegando á él á la caída de la tarde de la feria sexta. Por mas reflexiones y vueltas que se den á los Evangelios santos, no aparece de ellos con la claridad que seria de desear, ni aun con alguna mayor y mas probable conjetura, el lugar donde pueda colocarse con mas verosimilitud que aqui lo que refiere uno de los historiadores sagrados de la visita que quiso hacer su Majestad á dos personas de Bethania, que le fueron siempre fielmente adictas. No era esta la vez primera que el Salvador las habia honrado con su presencia. Cuanto en los Evangelios se lee, todo nos indica con claridad, las atenciones de Jesús para con la virtuosa familia que habitaba el castillo y los fervorosos ruegos de esta para agradecerlas. Mas adelante veremos en el gran milagro que el Señor obró en beneficio de la cabeza principal de aquella familia y en los ruegos ardientes de sus dos fervorosas hermanas, el ejemplo de la amistad mas santa y el modelo del reconocimiento mas vivo. Preseindiendo por tanto de las dudas é incertidumbres que no pueden aclararse, no hay inconveniente alguno en insertar en este lugar, como en el suyo propio, este bello pasaje del Evangelio que en el suyo san Lucas nos refiere.

Entró Jesús en este castillo donde habitaban las dos hermanas de Lázaro, Marta y María, y le halló lleno de extranjeros que sin duda serian varones religiosos de las diversas familias de Jacob, los que con motivo de la solemnidad habrian venido á visitar aquella familia virtuosa. El afecto que Jesús la profesaba y la franqueza con que en él se alojaba, nos obliga á que lo miremos como el asilo de la piedad, la morada de la inocencia y la escuela del fervor. Marta, la mayor de las dos hermanas, estaria excesivamente ocupada en el frecuente ministerio y asistencia de todos los huéspedes. El Salvador, que tenia motivos para no dejarse ver, se retiraría sin duda con el pequeño número de discípulos que le seguian siempre que iba como de secreto á alguna estancia separada, á la que parece muy verosímil fuese Marta á hacerle los honores debidos á su persona, y á oír con atencion y respeto las sublimes lecciones que siempre salian de la boca de su Majestad divina. No es difícil creer

que embelesada María con la suavidad de las palabras de Jesús, se olvidase de que su hermana estaba sola y ocupada con mucho trabajo. Marta, que no podia con tanto, se fué á hablar á Jesús con un poco de aceleracion y le dijo: Señor, ¿no haceis reflexion que mi hermana me deja sola en un tiempo en que necesito de su socorro? Yo os ruego que la deis orden de que venga á ayudarme para asistir á tanta gente como tengo en casa.

Varias son y muy grandes las reflexiones que hacen los padres y doctores de la Iglesia sobre la entrada de Jesús en el castillo de Bethania, sobre la fervorosa contemplacion de María sentada á los piés del amantísimo Maestro, y sobre las quejas de Marta, siempre ocupada en las atenciones de la casa, pues parece que entró en él el Salvador para recomendar el ejercicio de la vida contemplativa y santificar las obras de la vida activa.

Este castillo, santificado con la entrada de Jesús en él, es una viva imagen del vientre purísimo de María, santificado y consagrado con la encarnacion del Verbo. Este fué el primer hospedaje que tomó el Salvador entre los hombres, cuando con pasos de gigante vino presuroso del cielo á la tierra para quebrantar las cadenas del pecado. Habíale antes llenado de su gracia y héchola depositaria del amor con que la eligió para morar en ella; y en esto vemos con toda claridad indicados los vistosos adornos con que Dios quiere esté engalanado el corazon que le hospeda. No busca el Señor en él ninguna de aquellas cosas que regularmente se buscan para adornar los palacios donde han de hospedarse los principes de la tierra, sino que busca el ejercicio y práctica de las virtudes, como son la caridad, la humildad, la union con Dios, la modestia, la pureza y la union de su espíritu, porque las alhajas de la casa donde se hospeda Cristo no pertenecen al reino terreno, sino al reino celestial.

Otra consideracion no menos importante viene como á avivar la amortiguada fe del corazon de la criatura, cuando vemos á Cristo que entra como huésped en el castillo donde moran Marta y María. Vino Cristo por nosotros y para nosotros y para quedar hospedado en nosotros. Dióle el Eterno Padre á la Virgen como Hijo, cuando le concibió por el amor y gracia del Espíritu Santo. Dióle la Virgen á los hombres como Rey, Redentor y Salvador, cuando nos

le dió en su nacimiento. Dase él mismo á los hombres como verdadero Salvador cuando toma el nombre de Jesús, y dase tambien como victima por medio de la comunión, que es una extension de la encarnacion. Tan ingenioso hizo á Cristo el amor eterno con que nos amaba para hacerse de muchos modos el huésped amantísimo de nuestras almas. Tambien es muy digno de advertirse que aunque Jesús fué hospedado por Marta, alabó á María para demostrar las ventajas que hay de la una á la otra ocupacion de la vida. Marta, ocupada precisamente en los cuidados domésticos, parecia como mas extraña á los ejercicios de la vida contemplativa, á la que se manifiesta mas inclinada María; y aunque se dice que Marta hospedó al Señor en su casa, no significa esto que la vida contemplativa esté excluida de hospedar á Cristo. Marta le hospedó en su casa y María en su espíritu; Marta admitió la persona y María recibió la palabra; y así Cristo fué hospedado por la santa ocupacion y por la elevada contemplacion. A la una y á la otra es provechoso el hospedaje de Cristo; á la ocupacion da fortaleza, á la contemplacion da sabiduría, él que es la sabiduría y la fortaleza del Padre.

Si después de esta primera entrada ocupa nuestra consideracion el interior de la casa, y al reflejo de las diversas ocupaciones de Marta y María analizamos las quejas de Marta, al contemplar la santa ociosidad de María no podremos menos de admirar con san Bernardo [1] la dicha que cabe á toda casa donde se observan las santas quejas de una hermana tan laboriosa como Marta; pero no deberemos pasar por alto que una sola vez se quejó Marta de su hermana, y María nunca se quejó de Marta: el tenerse esta por sola sin la ayuda de María, denota el abandono y el riesgo en que está la vida activa cuando le falta el socorro de la oracion. Así es que nunca se le oyó á María el quejarse porque su hermana la hubiese dejado sola contemplando y escuchando la palabra del Señor. Nótese empero bien que Marta no se queja de la santa ociosidad de María, y si pide la manje el Señor que la ayude. Bien ordenada está, no hay duda, la vida activa cuando conocó la necesidad que

[1] Div. Bernard. Serm. 3 in Assump. B. M. V.

tiene de la vida contemplativa; ¿pero estaba por ventura ociosa la que no trabajaba en las obras de María? ¿Por ventura en la casa donde se hospeda Cristo no hay que hacer otra cosa mas que dar de comer á Cristo? Carnal es y no se paladea en las cosas del espíritu, el que tiene por inútil y desaprovechada en la Iglesia aquella porcion nobilísima que se dedica á la oracion. Sea cada uno fiel en seguir el espíritu de su estado y de su vocacion, porque el Señor condaee por los caminos menos trillados, que mirados por la falsa perspectiva, de los necios se ofrecen torcidos á sus ojos, á las criaturas todas, á los respectivos cabales fines para que las crió. Así pues Jesucristo, que era el testigo y el juez de la respectiva fidelidad de entrambas hermanas, oyó la queja de Marta, observó el silencio de María y respondió fallando en la duda propuesta. La respuesta de Jesús dejó á Marta enseñada y á María aprovechada y alentada. No reprendió Cristo toda la solicitud de la vida activa, sino la que causa turbacion y estorba el cuidado de la propia salud.

Es muy conveniente oír en esta ocasion al máximo entre los doctores san Gerónimo, porque su doctrina, si no dirime, al menos esclarece una interesante cuestion [1]: introducese el santo doctor escribiendo á Paula y Eustaquio, recoviniendo al parecer á Marta en su ocupacion, y le dice: ¿Cuándo tendrá fin esta servidumbre imperfecta? ¿Por ventura no tendrá el Señor de dónde alimentar sus pobres sino por tí? Retírate, Paula, al desierto, y procura mejor imitar la santa contemplacion de María, aunque seas como ella acusada. De tres maneras ó por tres causas es acusada María; la acusa el fariseo de *teneridad ó de presuncion*, porque siendo pecadora se atreve á tocar á Jesús estando sentado en la mesa; Judas la acusa de *prodigalidad* porque derrama un bálsamo precioso y unge con él la cabeza y los pies de Jesús; y su hermana la acusa de *ociosidad* porque está á los pies del Maestro divino oyendo la doctrina santa y á ella no la ayuda; mas en todas tres acusaciones calla María paciente y sufrida, y nunca se defiende, porque el Salvador siempre la excusa. Al fariseo le hace ver que lo que él juzga presuncion, no es en María sino devocion; á Judas y á los demás

[1] Div. Hieronim. Ep. ad Paulam et Eustachium.

discípulos que habian oído la acusacion, les demuestra que aquel derramar el unguento no era prodigalidad, sino piedad; y á Marta su hermana la enseña que el estar sentada María á sus piés no era ociosidad, sino una ocupacion mas santa que la que ella tenia. María, cuyo corazon y entendimiento estaban fijos en su Dios, y atraídos con una santa y admirable suavidad á los clamores de su hermana, dispertó como de un sueño, se mostró tímido por su aparente descanso, é inclinada su cabeza en la tierra, cayó: y con su silencio remitió la causa al Juez que presente tenia para que la fallase segun su justicia, sin atreverse á responder una palabra por no interrumpir la santa contemplacion en que se hallaba.

El Señor disculpó, como era justo, á su querida y amante discípula, y volviéndose á su hermana la dijo: Marta, Marta, tú estás solícita, inquieta y conturbada, y te distraes á muchas cosas cuando una sola es necesaria. María escogió la mejor parte, de la cual no se verá privada jamás. Esta duplicada repeticion del nombre de Marta es signo de amor é indica claramente la intencion que tenia el Salvador de avisarla de una cosa que le interesaba, y fué lo mismo que si le hubiera dicho: Las obras de la vida activa inducen solicitud en el corazon, distraccion en el entendimiento y turbacion en el ánimo. Si quieres pues vivir con alegría, no te ocupes en muchas cosas á la vez, porque estas complicadas ocupaciones te harán mucho menor de lo que eres. Lo que es necesario para vivir bien es unirse estrechamente con Dios por medio de la contemplacion. Dios no es mas que uno, y sobre todas las cosas debe ser buscado. Esta unidad de Dios reclama la union del entendimiento de la criatura con Dios, y esta union no se consigue sino por medio de la contemplacion; así como por el contrario, atendiendo esta á los cuidados de la vida activa que son muchos, parece que se divide el alma y como que se distrae por medio de muchas operaciones. María escogió la mejor parte, la mas segura y la mas digna. No quiso decir el Salvador que la eleccion de Marta fuese mala, sino que la de María es la mejor; significándole con esto que no debia producir quejas de ninguna clase por la santa ocupacion de María. Llamóla el Señor muy buena, ó mejor que la de Marta, para indicarle que aqui en la tierra empezaba ya á gustar las bondades,

las alegrías y las dulzuras que después habia de gozar en la vida futura en la patria celestial.

Nótese tambien que el dicho de Jesús á Marta no es una reprehension, porque su ocupacion era buena, sino que se alaba la de María como mejor; y al añadir que de ella no se verá privada jamás, fué como si le dijera: La ocupacion de María empezó en esta vida; en ella se aumentó y en la otra vida se perfeccionará completamente; ahora no ve María el objeto de su amor, sino como por entre figuras y enigmas; lo ve como el que mira su imagen dentro un espejo; entonces lo verá cara á cara, y este fuego amoroso que aquí empezó á arder en su corazon, cuando viere el objeto de su amor entre los resplandores de su gloria, entonces crecerá con tanta extension como un volcán. La caridad, que es verdadero amor, nunca disminuye, y el amor que en la tierra se tiene sube como llama á la patria, y allí crece y se explaya. El fuego está en Sion, pero el camino en Jerusalem: así María excusada por el Salvador permaneció sentada á sus piés con mas seguridad y descansó con mayor alegría. Sobre lo que dice san Agustin: El la respondió á Marta por María, y se hizo su abogado, el que con respetuoso silencio fué por ella interpelado como juez. Como tal dió su sentencia y defendió á la que á él se habia acogido. Ocupada esta Marta pensando cómo habia de alimentar al Señor, y ocupada estaba María alimentando su espíritu con las doctrinas del Maestro divino. Marta preparaba el convite y Marta se alegraba con él. Mas grande era la suavidad del entendimiento y del corazon de María, porque en la refeccion espiritual es siempre mucho mayor el gozo y la satisfaccion del ánimo, que en la corporal lo es la del vientre.

Notarse debe tambien que en esta accion distinguen los padres y doctores dos actos realmente distintos: uno que consiste en el ejercicio de las virtudes morales y dispone para la contemplacion; por lo que dice san Gregorio [1]: Los que desean atrincherarse en el fuerte de la contemplacion, deben antes prepararse y probarse en el campo de la accion. Calmados los tumultos de las pasiones por el ejercicio de las virtudes morales, dispónese el alma para elevarse libre-

[1] Div. Gregor. in cap. 14. lib. 1 Reg.

mente en la contemplacion; de lo que se infiere que la tal accion de la virtud se ordena á la contemplacion que es su fin; el fin es siempre mucho mejor que aquellas cosas que á él conducen. La otra accion es la que se sigue de la contemplacion; procediendo inmediatamente de su plenitud, como el enseñar, el trabajar en la direccion de las almas y en hacer otras obras semejantes; de cuya accion dicen algunos que es mejor que la misma contemplacion; y de esta es claro que no habló Jesucristo.

Estas dos hermanas amadas de Jesús parece que indican dos vidas espirituales con la que se ejercitan y viven los hijos de la Iglesia. Marta la vida activa, por la que nos asociamos y unimos á nuestro prójimo con el vínculo de la caridad. María la contemplativa, por la que suspiramos por la union con Dios y así dice que Marta recibió á Cristo en su casa y no María. Esta al parecer no la tenía; porque la vida contemplativa desprecia por Dios todas las riquezas y posesiones en la tierra. A la alma que se entrega á la vida contemplativa, bástale estar siempre á los piés de Dios y oír su palabra, fortalecerse y alimentarse con ella, antes que dar pábulo á su vientre. Bástale entregarse á la leccion y á la oracion espiritual con la mayor asiduidad, y estando ocupada siempre en la contemplacion de las bondades de Dios, derramar lágrimas abundantes de compuncion para obtener el perdon de sus pecados, suspirando dulcemente por la eterna vida.

Digimos antes que san Gerónimo en su epístola á Paula y á Eustaquio, diviniza al parecer una cuestion oscurísima y enmarañada en la Historia Evangélica, pues que á una sola María atribuye tres cosas que parece diéron lugar á que algunos pensasen haber sido, no una, sino tres Marías; la una que entró á buscar su médico en casa de Simon el fariseo, y recibió la salud espiritual y el perdon de sus pecados; la otra María, hermana de Marta y de Lázaro, y la otra María Magdalena, una de las piadosas mujeres que acompañaron constantemente á Jesús desde Galilea en todos sus viajes, sin haberlo jamás abandonado ni aun en su último suplicio ni después de su muerte.

Desde los primeros siglos de la Iglesia se afanaron sin descanso los primeros sabios en la investigacion y aclaracion de esta parte de

la historia; y después de lo mucho que han trabajado, escrito y disputado los antiguos y modernos intérpretes para aclararlo y resolverlo, nos han dejado todavía en tinieblas, sin esperanzas de poder saber la verdad, fluctuando en el caos de mil varios y encontrados discursos, y aun el día tiene á los sabios divididos. Algunos siguen con tenacidad la opinion de que fueron tres; otros creen que solamente fueron dos, y los mas siguen con san Gerónimo la opinion de que no fué mas que una; esta es la mas común y la mas generalmente recibida. Dejando a parte pues la opinion de los que dicen que fueron tres, como mas improbable é in verosímil, y resueltos á seguir la mas común y general de que no fué sino una, preciso es presentar el apoyo y autorizacion que creen tener en su favor aquellos que dicen que fueron dos, para que destruido aquél, aparezca mas cierta, clara y fundada la que con san Gerónimo seguimos.

Está fuera de duda entre los Evangelistas mismos por sus sencillas relaciones, que la mujer pecadora es idéntica, y sin duda alguna la misma que María Magdalena, sin que pueda por su relacion inferirse que esta sea realmente distinta de María, hermana de Marta y Lázaro. Para establecer esta virtud es preciso seguir fielmente los hechos del Evangelio. La mujer pecadora es la primera que empieza á sonar en el Evangelio, y san Lucas es el único de los cuatro Evangelistas que nos habla expresamente de ella, refiriéndonos circunstanciada y detalladamente su conversion en el capítulo sétimo de su Evangelio. Este notable suceso, segun las mas probables conjeturas y las narraciones del mismo san Lucas, parece se verificó no mucho tiempo después del público y portentoso milagro de la resurreccion del hijo de la viuda de Nain. Parece tambien estar fuera de duda que se verificó en la misma ciudad donde tenía su residencia Simon el fariseo, de lo que quieren inferir los que dicen que fueron dos las Marías, que esta mujer pecadora era de Galilea. Nada de esto dice san Lucas; calla la provincia y el pueblo del nacimiento, y aun el nombre, el estado, oficio, profesion ó estado de aquella mujer, reduciendo toda su narracion á estas muy singulares palabras: *Habia en la ciudad una mujer pecadora.* Y esta al parecer no suena otra vez en la Historia sagrada, ni la nombra con semejantes estados ningun otro de los Evangelistas. El mismo san

Lúcas en su capítulo octavo nos habla de una mujer llamada María Magdalena, pero sin declararnos tampoco su patria ni su genealogía; y para darnosla á conocer mas bien añade dos circunstancias mas notables: Primera, que esta es aquella de quien habian sido arrojados siete demonios, de la que tambien habla san Márcos en su capítulo decimosexto tratando de la resurreccion de Jesucristo y diciendo expresamente que Jesús apareció á María Magdalena, de la cual habia antes lanzado siete demonios. Y segunda, que María Magdalena fué una de aquellas religiosas mujeres que habiendo recibido de Jesús extraordinarios beneficios, como la libertad de los espíritus malignos y la curacion de otras varias enfermedades, fueron siempre adictas á su persona, lo siguieron en todos sus viajes y le suministraron en muchas ocasiones lo necesario para su subsistencia y la de sus discípulos.

Los mas antiguos doctores de la Iglesia, así griegos como latinos, infieren de las notas y advertencias de san Lúcas, que esta María Magdalena es idéntica, y sin duda alguna la misma mujer pecadora que antes habia referido, añadiendo algunos que es la misma sin duda por ser oriunda de la ciudad de *Magdala*, ó tal vez el mismo *Nain*, no muy distante de aquella. Y siendo los espíritus malignos la representacion de todos los vicios, pecados y enfermedades, concluyen, que no hay la menor duda en afirmar que estas no fueron dos, sino una sola; pero realmente distintas de María, hermana de Marta y de Lázaro. ¿Y qué motivo tienen para asegurar que esta pecadora ó María Magdalena no es esta hermana de Lázaro? ¿Por ventura el veria afanada cuando así la nombran en los fervores de la contemplacion altísima á que estaba entregada? ¿O acaso tal vez el no darla á conocer con estas señales cuando era precisamente pecadora? Hermana de santos, pudo muy bien ser el escándalo de Jerusalem, y á esta ciudad indican todos los Evangelistas cuando con este nombre comun la apellidan y significan; lo que no sucede cuando nombran á Tiro, Sidonia, Samaria, Jericó, Nain, Cafarnaum y otras que hay necesidad de nombrar. Diciendo pues san Lúcas que habia en la ciudad una mujer pecadora, se entiendo sin repugnancia alguna Jerusalem. El castillo de Bethania, donde tenían su ordinaria morada y residencia estos tres hermanos, dista

ba muy poco trecho de la ciudad y se reputaba como un suburbano de la misma, y no obsta tampoco que Marta y Lázaro fuesen virtuosos para decir que su hermana fuese pecadora. Como á tal punto salie de su castillo afrontada tal vez y corrida, porque la modestia de su vida no correspondiese ni á la nobleza de su cuna ni á la santidad de sus hermanos, para ir en busca de aquel que es el origen y la fuente inagotable de la santidad. Acababa el Señor de obrar en Nain el portentoso milagro de la resurreccion del hijo de la viuda, y la que estaba muerta por la culpa no debia tener reparo en ir á buscar en su verdadera fuente la salud y la vida. Parece que viene á confirmar esta misma opinion su propia entrada y presentacion en casa del fariseo. Las personas vulgares y de poca representacion ó mérito en la sociedad, no tienen fácil entrada en la casa de los grandes. Grandes y poderosos eran entre los judios los escribas y fariseos, y á no haber sido conocida por su grandeza ó nobleza la mujer pecadora, es indudable que el fariseo la hubiera mandado lanzar de la sala del festin. Por último, nada prueba contra esta opinion el que san Lúcas no la nombre como pecadora por su propio nombre, aqtes al contrario confirma tambien hasta cierto punto las anteriores reflexiones; patea por el honor de la familia callaria seguramente esta circunstancia tan notable, así como calló el nombre propio de san Mateo en obsequio á su dignidad de apóstol y Evangelista cuando refiere su llamamiento y conversion; y para saberlo fué preciso que el mismo san Mateo nos lo revelase. Sigue se pues de todo lo dicho, que las Marias no fueron tres, ni dos, sino una sola, y que fué precisamente esta hermana de Marta y de Lázaro.

Por último, la susceptibilidad de los autores que dicen que esta María no pudo ser la pecadora, se atrincheira entre dos reflexiones que creen como incontestables, y la presenta como el mas sólido argumento de su opinion, y son, el haber hecho Jesucristo el encomio de la hermana de Marta, diciendo que habia elegido lo mejor y que jamás le faltaria el objeto de su eleccion. La mujer pecadora fué alabada por el Salvador, no por uno, sino por muchos conceptos, y en su conversion eligió seguramente lo mejor. Eligió á Jesús y se unió intensísimamente con él por medio del amor, amor sólido,

amor grande, amor perfecto, porque *no le despreció por el amor de Jesús; por lo que le perdonó el Señor sus pecados, porque le amó mucho.* Este amor no podía ser anterior por haber sido su vida criminal; Cristo no podía mentir; luego es claro que la calificación de este amor hecha por la verdad eterna, declara que *fué mucho, porque fué desde su principio, grande, sólido y perfecto; por consiguiente hizo Jesús con esta declaración el mas grande y cumplido elogio de la pecadora; y el que hizo de esta misma mujer en el castillo de Bethania, no fué sino una confirmación ó continuación del primero, así como el hecho de la misma de sentarse á los piés del Maestro para oír sus doctrinas, puede tambien mirarse como una continuación del que comenzó en casa del fariseo.* Aquí se postra y llora para obtener el perdón supuesto que es pecadora, y en Bethania se sienta porque sabe que es ya perdonada. Entróse en casa del fariseo, porque iba á ofrecer la dádiva de su corazón y de su amor, y como era pecadora se presentaba tímida; y sintiéndose en Bethania confiada, porque se habia aceptado la ofrenda y la justicia estaba aplazada. Los fervores de la contemplación que en el castillo manifiesta, no son sino las llamas ardorosas de aquel amor que la arrastró á casa del fariseo y la obligó á rendirse; pero sentada ó postrada en una y otra parte, está rendida á la violencia del amor.

Este amor innegable y nunca desmentido, adquiriolo y conservado siempre á los piés de Jesús, fué el que la alentó en la pasión para que no abandonase á su Madre, atravesase con ella la calle de la Amargura, subiese con ella al Gólgota, permaneciese junto á ella al pie de la cruz, y para que fuese la primera que después de muerto el Redentor y estando aun clavado en el suplicio, se arrojase ardiendo á sus piés divinos, los regase de nuevo con sus lágrimas y los adorase con la mayor ternura; y fué, en fin, el que la impulsó, para que despreciando los peligros y la firoidad de los centinelas, corriese tambien de madrugada con otras al sepulcro para ungirlo; y de aquí fluye la razon poderosa que debilita, enerva y destruye completa y vigorosamente la segunda razon que alegan los sostenedores de la opinion de que María Magdalena ó la pecadora no pudo ser la hermana de Marta y de Lazaro.

De positivo sabemos, dicen, que Maria, hermana de Marta, era

del castillo de Bethania, y era rica y opulenta; y de la pecadora no sabemos sino que era galilea, y no nos consta su casa, ni su patrimonio; al contrario, hay motivo para pensar que no tenia casa ni hogar alguno. Y sien lo esto así, ¿de dónde podia sacar el gasto para aquel bálsamo de mirra precioso que derramó á los piés de Jesús, lo que el mismo Jadas estimó de un valor de mas de trescientas monedas de plata? ¿Ni de dónde saldría el valor de aquellas cien libras de mirra y aloes para ungirlo en el sepulcro? Son casi inmensas las pruebas de razon y congruencia, que de las aducidas hasta aquí pueden deducirse para probar que las Marias célebres en el Evangelio no fueron tres, ni dos, sino una sola, á la que corresponden todas las circunstancias que en él se refieren; y que esta fué precisamente la hermana de Marta y de Lazaro; pecadora un tiempo, después arrepentida, compañera fiel y discipula de Jesús, sin que las sutilezas de algunos metafísicos escritores basten para destruir esta opinion, que tiene en su apoyo la de san Gerónimo y la de otros muchos padres y doctores de la Iglesia.

Incomprensible siempre el Señor en sus juicios y resoluciones, dejó á las dos hermanas y á sus apóstoles, para pasar la noche en oración y encomendar á su Padre celestial la ejecucion de los designios que habia formado para la mañana siguiente. Este dia era el sábado ó la fiesta intermedia de la solemnidad, para lo cual su Majestad habia fijado su entrada en Jersalen y en el templo. En ella lo habian buscado con gran empeño en el principio de la solemnidad como el Señor lo tenia previsto. Amigos y enemigos, todos deseaban verle; los unos para alabarle, los otros para vituperarle. Estaba dividida notablemente Jersalen respecto de su persona, y la division dependia de la diversidad de intereses de cada uno de los judíos; buscábanle algunos pocos con sana intencion, otros por mera curiosidad y deseo de verle obrar algun milagro, y otros, en fin, para darle muerte. Los grandes soberbios, los devotos hipócritas, los sabios envejecidos y los magistrados prevaricadores, todos lo aborrecian. Apenas se encontraban estos en diferentes órdenes de la república un pequeño número de personas prudentes y desinteresadas que no quisiesen contribuir en perderlo; y aun era preciso á los que en él, creían disimular sus afectos y tener oculta su buena voluntad para no perderse á sí mismo.

El pueblo, fiel espectador de los sucesos, atento observador de los milagros y celoso escudriñador de las doctrinas de Jesús y de las de los fariseos, aun no estaba enteramente corrompido; pero la obra de la seducción general hacia progresos muy sensibles. Seis meses antes había salido Jesús de la capital, y confundido y abochornado á sus injustos detractores con un estupendo milagro, que confirmó en la buena opinión que de él tenían, á todos aquellos á cuya noticia había llegado. Los que de Galilea se presentaban en Jerusalem confirmaban la buena opinión de Jesús y persuadían fuertemente á sus partidarios de que en la que habían forzado acerca del Salvador no se equivocaban. Estos, que pueden muy bien llamarse sus discípulos, no eran muy numerosos, y aun poco á poco se disipaban, porque los sacerdotes y los escribas no omitían diligencias ni calumnias para desacreditarlo enteramente.

Habíase divulgado en la ciudad la llegada del Salvador á Betania, y muchos le creían en Jerusalem, cuando aun estaba como oculto en el castillo; y como no le hallasen entre la muchedumbre los principales cabezas de la conspiración, se preguntaban á sí mismos y se decían con desprecio é insulto: ¿Dónde está ese Jesús Nazareno? No hay duda que estará escondido en alguna parte de la ciudad, y el temor que tiene á los magistrados le impedirá presentarse en la solemnidad. Los más celosos y alentados de sus discípulos contrariaban la doctrina de los escribas y le anunciaban como un hombre santo. Lo que él enseña, decían, es todo puro, todo celestial y divino. No cabe duda que él es el gran Maestro que Dios envió al mundo para la verdadera enseñanza de los hijos de Israel: dichosos serán sin duda los que le crean y cumplan puntualmente sus doctrinas. Otros empero preocupados y verdaderamente engañados por las doctrinas maldicientes de los escribas, replicaban y decían: No, no es así. El es un engañador que abusa del pueblo ignorante. No puede venir de Dios un hombre que con su ejemplo enseña á quebrantar el sábado en todas partes donde predica; nosotros vimos que lo ejecutó á nuestra vista y escandalizó á todos nuestros doctores; por cuya razón no se atreve á presentarse en Jerusalem: ni en las Pascuas, ni en la fiesta de Pentecostés lo hemos visto, y lo mismo sucederá en esta solemnidad. Sin embargo

de todo esto, nadie se atrevia á hablar públicamente de él por el miedo que tenían á los judíos.

Es de advertir que este murmullo que había en Jerusalem, dice san Agustín que nacia de la contienda [1]. ¿Y qué contienda es esta? Porque unos decían, bueno es, y otros decían: no, sino que engaña al pueblo. No le nombran por su propio nombre, tanto los que le querian con intencion sana cuanto los que le deseaban con ánimo dañado. Estos tenían como á menos el nombrarle, porque su nombre les era pesado. Los que hablaban de él y le buscaban con veneracion y respeto, no se atrevian á nombrarle por miedo de los judíos; sobre lo que dice san Crisóstomo [2]: No se diga que había en Jerusalem una grande opinión formada, porque es preciso distinguir entre la opinión del pueblo y la de los príncipes y sacerdotes. Yo creo que aquella era la de la muchedumbre; pero la de los príncipes estaba enteramente corrompida, y unos y otros, añade san Agustín [3], eran reos á la presencia de Dios; porque reo es el que calla la verdad, y reo es el que dice la mentira; y aunque la muchedumbre no callaba al parecer la verdad, sin embargo, la celaba y ocultaba por miedo de los judíos.

En medio de esta confusion se presenta Jesucristo en Jerusalem, y persuadido íntimamente de la disposicion de los ánimos no quiso entrar en compañía de sus hermanos ó parientes. No se hospedó en casa alguna de la ciudad. No se dejó ver sino en el templo, lugar de refugio y en todos tiempos mirado como inviolable asilo. La admiracion fué extrema, porque se presentó en el instante mismo en que los fieles ya desesperaban de verlo y los incrédulos no estaban preparados para sorprenderlo. En poco tiempo se vió rodeado de gente, hizo silencio y empezó con un discurso de religion que no nos han conservado los historiadores, pero cuya materia es preciso fuese grande, misteriosa y sublime cuando los mismos magistrados y doctores de la ley, arrebatados por una parte por la fuerza irresistible de la verdad, y por otra envidiosos y como fuera de sí, clamaban y decían: ¿Cómo sabe este las letras sagradas sin haber-

[1] Div. August. Tract. 28 in Joann.

[2] Div. Crisostom. Hom. 48 in Joann.

[3] Div. August. Tract. 23 in Joann.

las estudiado jamás? Este hombre, decían otros, sabemos que ha pasado toda su vida en un oficio mecánico; jamás ha frecuentado las escuelas; no ha estudiado como nuestros sabios, ni debería saber mas que nosotros. ¿De dónde pues ha sacado tanta doctrina? ¿De qué fondo saca tantas maravillas como salen de su boca? El Señor, que penetraba bien lo que pasaba en el corazón de los escribas, tomó de ahí motivo para continuar su instrucción, excitando de esta manera mas la admiración del pueblo, y confundiendo con mayor firmeza la malicia de los magistrados y príncipes de la Sinagoga.

*Mi doctrina,* dijo respondiéndoles en alta voz, *no es mía, sino de aquel que me envió. No es una ciencia adquirida en las academias á fuerza de mucho tiempo y trabajo; no se aprende en la escuela de los hombres, porque no es fruto del estudio ni producción del entendimiento humano. Yo no la he inventado ni perfeccionado. En este sentido os digo que no es mía, sino de aquel que me envió. A mí Padre se la debo. De él es de quien yo la he recibido para comunicarla al mundo. De su divino seno la he sacado. Si alguno quisiere hacer de esto el debido juicio y saber si es de Dios de quien yo la tengo, es preciso que tenga un entendimiento puro y un corazón recto. Si yo hablara de mí mismo, buscaria mi gloria delante de los hombres y me gloriaría de mis pensamientos y discursos. Así es como lo hacen los sabios presumidos del mundo, y así lo hicieron los que os profetizaron en mi nombre, y yo no los había enviado ni les había hablado visiones mentirosas, adivinación, vanidad y engaño de corazón; os profetizaron porque buscaban su gloria; mas yo, que veis que refiero toda la honra y gloria á mi Padre que me ha enviado, de ninguna manera debo ser para vosotros sospechoso. El que así os habla es fiel y veraz, y por consiguiente no debéis suponer en él fraudes ni injusticias.*

Después de esto continuó el Señor su discurso con denodada valentía, y encarándose con los doctores de la ley cuyos corazones penetraba, les dijo: ¿Por ventura no os dió Moisés la ley, y con todo eso ninguno de vosotros la cumple? Que fué lo mismo que decirles: Yo sé bien que vosotros promovéis sediciones en el pueblo, y maquináis secretamente contra mí acusándome de que no obser-

vo religiosamente la ley del sábado; y para justificar nuestro dicho, enteramente calumnioso y falso, añadía con sobrada imprudencia que di pruebas de ello en esta ciudad la última vez que estuve en ella. Vosotros os engañais, y yo estoy pronto á convenceros de que en todo este gran pueblo á quien hablo no hay un solo hijo de Jacob ni un discípulo de Moisés que no observe la ley tan literalmente como yo. ¿Con qué motivo pues se me designa en Jerusalem y se me trata como á enemigo del Legislador, y por esto intentais matarme? ¿Acaso por haber hecho una obra de misericordia en día de sábado?... Una agitación y efervescencia general se excitó en medio del pueblo al oír esta aseveración de Jesús; y á ella respondieron inmediatamente las turbas, instigadas sin duda y seducidas por los fariseos, y dijeron: Estás endemoniado; ¿quién es el que ha pensado en eso? Replícales Jesús con la moderación que le era propia, á pesar de lo incivil y grosero de la respuesta que se le había dado, porque conocia bien que en la mayor parte de las turbas no nacía de un interior malvado, aunque no ignoraba que no estaba lejos el día en que una parte de aquel mismo pueblo, amotinado y enfurecido por los mismos escribas, clamaria en el pretorio de Pilatos y diría: *Quítale de nuestra vista y crucifícale;* y les dijo: Una obra hice en sábado y todos os maravillais. ¿No es cierto que Moisés os dió la circuncisión, no porque traiga de él su origen, sino de los patriarcas que la recibieron de Dios? y si por no quebrantar la ley circuncidais al hombre en día de sábado, sin que por esto se mira con infracción de la ley, sino por el contrario cumplimiento de su observancia; ¿por qué llevais á mal que en el día mismo del sábado sanase yo á todo un hombre?

Volved, volved sobre vosotros mismos, y conoced que la cura milagrosa de un paralítico, obrada con una sola de mis palabras, en el día del sábado, no es mas contraria al descanso del día sétimo que la circuncisión de vuestros hijos. ¿Son por ventura las obras de misericordia menos meritorias que las de la ley? ¿O acaso no son aquellas preferibles á las de la ley misma? Y si estas se hacen todos los días de la semana inocentemente, ¿por qué aquellas no se harán con mérito en el día de sábado? No juzgéis por lo que parece ni según lo que aparentan las cosas; juzgad imparcialmente:



ni la adulación, ni el respeto á persona alguna, ni la hipocresía, ni la simulación, tenga lugar en vuestros juicios, y sean ellos subordinados en todo á la ley, á la razón, á la equidad y á la justicia.

No podia dejar esta contestación de Jesús de hacer una honda y muy fuerte impresion en los ánimos de todos los que la oyeron, sin que se encontrase alguno que no quedase satisfecho ó que se atreviese á reclamar. Mas viendo que habian enmudecido los escribas y fariseos, y que no se atrevian á llevar adelante las pérdidas intenciones de la Sinagoga, admirados por una parte de la libertad con que Jesús les hablaba, y por otra del estupor y cobardía que se habia apoderado del corazón de los escribas, decian en alta voz: ¿No es este aquel hombre á quien buscan nuestros príncipes para darle la muerte? Vedlo ahí en medio de nosotros, y nadie le inquieta ni se atreve á decirle una palabra. ¿Será tal vez porque los príncipes de los sacerdotes habrán conocido verdaderamente que esto es el Cristo prometido? Mas esto no puede ser. Cuando Cristo venga, nadie sabrá su generación, y de este sabemos su procedencia, su patria y sus padres. Este es galileo de la ciudad de Nazareth.

¿Cómo se conoce que Dios habia cegado enteramente el entendimiento y el corazón de los perseguidores de su Hijo! Los judíos acreditaron su torpe ignorancia acerca de la patria, origen y procedencia de Jesús. Habian echado en olvido que el lugar de su nacimiento fué en Belén de Judea, como estaba anunciado por los profetas, y que de aquella ciudad, aunque la mas pequeña en el reino de Judá, habia de salir el que dirigiese y gobernase todo el pueblo de Israel; que así lo habian anunciado ellos mismos á los magos de Oriente cuando llegaron á Jerusalem en busca del recién nacido Rey de los judíos, y que como á tal su genealogía y ascendencia subía hasta David. Persuadéronse que Cristo era galileo y natural de Nazareth, fundándose en la larga mansion y continuada residencia que hizo el Señor en esta ciudad por espacio de treinta años; y así era que fortificados en su preconceptión, y creyendo que de Nazareth nada bueno podia salir, ni aun como profeta querian recibirle. Pero Jesús, que no creia oportuno ilustrarles sobre su genealogía y procedencia temporal como hombre, sino que queria darles lecciones mas importantes é indicarles su origen divino y su misión

celestial, orillando la cuestion primera introduciéndose desde luego en la segunda, les dijo: Yo no he venido á hablaros de mi nacimiento y procedencia temporal; mas si quiero que sepais que yo no he venido de mí mismo ni por mi voluntad, sino del que es la verdad por esencia, y vosotros no lo conocéis. Yo si que lo conozco, porque procedo de él y soy una misma cosa con él: Dios me ha enviado y autoriza mi misión con la multitud de milagros que obra á una petición sencilla que le hago; ni miente ni puede mentir. El es verdadero y no quiere engañaros. Vosotros no lo conocéis como yo lo conozco, porque de él vengo y tengo el ser, y él es el que me ha enviado.

Como los judíos no comprendian bien estas importantes verdades, y lejos de procurar adquirir su inteligencia formaban una resistencia tenaz en el fondo de su corazón, desestimaban no sólo las doctrinas que Jesús les enseñaba, sino hasta los milagros mas asombrosos y extraordinarios con que las confirmaba. Y si ponian resistencia á dar entero crédito á los oráculos de los profetas, que á cada paso veian á su vista confirmados, ¿cómo era posible que creyesen que venia de Dios, y que como Dios era la segunda de las tres divinas Personas! ¿Y que en cuanto hombre, pero hombre Dios por la union hipostática de su santísima humanidad con la persona del Verbo, era enviado á los hombres por la voluntad de Dios su Padre! Y no comprendiendo los príncipes de la Sinagoga estas verdades importantísimas, procuraban por ello prenderlo; pero ninguno osó poner en él las manos, porque aun no era llegada su hora: entre tanto muchos del pueblo creyeron en él y decian: cuando viniere Cristo, ¿hará por ventura mas milagros que los que este hace? ¿Nos dará pruebas mas incontestables de su misión, ó en mayor número que Jesús! Luego á Jesús es á quien debemos honrar como al Mesías; de otra manera nunca podríamos salir de la ilusión que nos oprime, y nos víeramos precisados á renunciar nuestras esperanzas. Prudente, justo y sólido raciocinio que formaron los verdaderos creyentes; ¡ojalá que siempre hubiesen permanecido fieles á este su santo propósito, por lo menos los que le habian formado; la desgracia de Israel y de Judá tal vez no hubiera sido tan grande! ¿Quién sabe si llevando Dios mas adelante los

designios de su misericordia, hubiera permitido que se hubiesen convertido verdaderamente á él!

Cual corre plácidamente por entre la menuda yerba un manso arroyuelo, y serpenteando por ella llega hasta las extremidades de un ameno y dilatado prado, que hace revivir y reverdecer, así corrian insensiblemente estos rumores favorables á Jesús por entre el pueblo sencillo y fiel, hasta llegar hasta los oídos de los fariseos, infundiéndoles graves y espantosos recelos, tanto que los obligaron á temer; por lo cual, reuniéndose muy luego en su Sanhedrin y temiendo que la chispa de la fe, que se hacia un incendio, inflamase prontamente á todo el pueblo, resolvieron de comun acuerdo mandar ministros para que le prendiesen y trajesen á su presencia. No podia ocultarse á la comprension infinita del Salvador este tan perverso designio, y mientras llegaba la hora de ejecutarlo, aprovechó su Majestad el tiempo intermedio para ponerlo en noticia de las turbas, para darles esta nueva prueba de que su mision era toda celestial y divina, aunque tampoco de esta importantísima leccion habian de aprovecharse. Poco es el tiempo, les dijo, que me resta de estar en vuestra compañía; es preciso que yo vuelva á aquel que me envió. Esperad por tanto un poco, que lo que ahora no podeis ya lo podreis después.

Bien claramente les manifestó Jesús con estas palabras que nada ignoraba de todo cuanto pasaba en el fondo de su corazón. Los ministros que habian ido á prenderle quedaron sorprendidos y espantados á la vista de un hombre Dios; y desarmados del todo por la vehemencia de sus discursos, perdida enteramente su fuerza, se olvidaron al parecer del objeto de su mision; y aprovechando el Señor esta tan repentina mudanza, continuó su discurso diciéndoles: Entonces os vereis privados de mí enteramente, y arrepentidos de vuestras iniquidades y resueltos á seguirme, me buscareis, pero no os será dado encontrarme; en vano desearéis verme y hablarme, como lo haceis al presente; pero por mas esfuerzos que hagais no podreis venir al lugar donde yo me hallo; será inaccesible para vosotros y para todo hombre mortal. ¡Oh! cuánto estorbo os hace este tupido velo que vuestra razon cubre. Despejado, corredlo y os serán bien claras las verdades que os anuncio.

Por mas que los judios se esforzasen para comprender este discurso del Salvador, no podian descubrir el secreto misterioso que encerraba. Jesús no les habia dicho, *no podreis venir donde yo estaré, sino donde yo estoy*; significando con esto el cielo, donde estaba ya en cuanto Dios y donde iria á tomar asiento en cuanto hombre en un trono debido á su humanidad [1], porque estaba sustancialmente unida á la persona del Verbo, y comprado además con el mérito infinito de su sacratísima pasion y muerte; y siendo todo esto para ellos un areano misterioso, se decian á sí mismos: ¿A dónde puede ir que nosotros no le podamos encontrar? ¿Si querrá ir á predicar á los gentiles que están dispersos por todo el mundo? ¿Qué quiere decir cuando nos amenaza que por mas que le busquemos no le podremos encontrar, porque irá á un lugar á donde no podremos llegar? Esta repeticion tristísima de los judios llamó la atencion de san Agustín y le obligó á decir [2]: Esto sucede cada dia á muchos cristianos que buscan al Señor y no le hallan, porque le buscan, no allí donde está, sino allí donde no está. Cristo no se halla entre las delicias, ni entre las riquezas, ni entre los honores; por esto los que allí le busquen, seguramente que allí no le han de encontrar. Ya habia dicho Job [3] que este grandioso y purísimo tesoro no se halla en la tierra de los que viven en delicias. El abismo de la tierra dice no está dentro de mí, y el mar afirma ni conmigo, en lo que están figurados los avaros y los soberbios. Las exigencias de los avaros son como el abismo cuyo seno profundo no se halla, y como las olas entumecidas de los mares son los soberbios, cuya orgullosa hinchazon viene á estrellarse inútilmente contra la Peña. Hállase Cristo precisamente entre la humildad, entre la pobreza y la mortificación: estas tres cosas trajo el Señor al mundo, y con ellas quiso nacer: ellas fueron las únicas señales que los ángeles que le anunciaban dieron á los pastores para que lo conociesen [4]. Hallareis un tierno infante; ¡oh! cuánta humildad! Envuelto en unos pobres pañales: ¡oh! cuánta pobreza! Y reclinado en un pesebre: ¡oh! cuánta mortificación!

[1] Dje. Crisostom. Hom. 49 in Joann.

[2] D. v. Augustin. Tract 41 in Joann.

[3] Job. cap. 28, vs. 13 et seqs.

[4] Lucæ c. 1.

Mientras los espíritus groseros del judaísmo no acertaban á salir de su ignorancia ni á aprovecharse de los primeros rayos de la fe que empezaban á desplegarse á su vista, seguía el Señor clamando en medio del templo en el día último de la festividad, y decía en alta voz: Si alguno se halla agobiado de la sed, venga á mí para beber una gota mucho mejor y mas abundante que todas las de la tierra; porque os aseguro, que cualquiera que cree en mí, tendrá dentro de sí, según dice la Escritura, una fuente de agua viva que manará siempre en su seno. Puede ser que en el mismo instante en que Jesús clamaba con tanto fervor en medio del templo, llegasen los enviados de los sacerdotes sumos para apoderarse de su persona; pero lo cierto es que no lo verificaron, porque el Señor se manifestaba con una actitud tan imponente, que con sola su presencia á todo imponía y aterraba; y como el pueblo judaico era tan inconstante y variable que en una sola conversacion pasaba con mucha frecuencia de uno á otro extremo, aun de los mas opuestos y distantes, pudo tambien suceder que por un efecto de los sentimientos de su rectitud natural, se dejase impresionar de las santas doctrinas del Salvador; tanto mas que en otras ocasiones se habia dejado preocupar por las pérdidas sugestionos de los maestros artificiosos, que con pretexto de religion y so color de justicia, deseaban precipitarle y perderle.

El concurso que en aquel día se habia juntado en el templo, era no hay duda, el mas á propósito para que la injusticia y la venganza hubiesen conseguido todos sus depravados intentos, pues se componia de una tropa bastantemente confusa de israelitas de todo el país, mezclada de un número muy considerable de habitantes de Jerusalem, la mayor parte, empero, gentes sin letras, sin crédito y sin autoridad; y así la sola alegoría de Jesús, pronunciada en muy pocas palabras, fué suficiente para que el pueblo numeroso se mantuviese en una expectativa fiel, lo que pudo tambien contribuir en gran parte al estupor sorprendente que se apoderó del corazón de los enviados por la Sinagoga.

Era maravilloso y en todos conceptos notable el modo con que Jesús con una sola palabra pasaba de las cosas de la tierra á las del cielo, y así tal vez conociendo la necesidad que tendrían los concur-

rentes al templo de beber agua por el calor del día, les suministró el admirable exordio con que principió su discurso; y como estaban acostumbrados á su modo de predicar, todos se convencieron de que aquella introduccion metafórica encerraba un grande misterio que el Salvador no tardó en explicar, aunque tenia motivos muy grandes para explanarla con la mas cautelosa reserva; y el discípulo amado que recostado sobre su pecho en la noche de la pasión bebió en la verdadera fuente los raudales inagotables de la mas alta sabiduría, nos las desenvolvió y aclaró, excusando á los fieles de los siglos venideros las dudas de una interpretacion arbitraria. *Hablaba Jesús, dice san Juan, del espíritu que habian de recibir algun día los que creyesen en él. Pues el espíritu, añade el mismo, aun no se habia dado, porque Cristo no se habia glorificado.*

El Evangelista nos dice que clamaba Jesús, y con esto nos manifiesta el fervor de sus deseos y la grandeza de sus afectos, para informarnos é instruirnos del afectuoso fervor con que debemos trabajar en el negocio de nuestra salud eterna. El que tenga sed, decía, esto es, el que desea la agua de la gracia, la doctrina de la vida y la gracia del Espíritu Santo, venga á mí de buena voluntad, pues yo á nadie quiero arrastrar por la fuerza; si alguno desea mucho y su deseo es fervoroso, á este llamo: generalmente hablo y á ninguno excluyo, cualquiera que sea su condicion y estado; cada uno según su sed, en mí que soy Dios hallará su bebida, pues por esto soy la fuente de agua viva. Venga, no solo con el cuerpo, sino con los pasos de una fe bien formada en su corazón; venga, no con los pies, sino con los afectos; no caminando, sino volando en alas de mi amor y apartándose del amor del mundo, y beba con abundancia la agua salvable de la sabiduría y del Espíritu Santo hasta la superabundancia, y entonces brotarán de su vientre, esto es, del interior y del fondo de su corazón, ríos de agua viva que purificarán los entendimientos y vivificarán los ánimos en la doctrina sana, en la benevolencia y en la continua acción de gracias, porque la fe y la bondad de un alma fiel á todos debe derivarse y comunicarse, pues no fluyen aguas vivas del vientre de aquel que solo cree ha de ser para si mismo lo que beba en el mas puro manantial: así es que el que bebe en él para hacer bien á su prójimo, no se seca,

sino que continuamente mana; por cuya razon dijo el grande principe de los apóstoles san Pedro [1]: Comuniqué cada cual al prójimo la gracia ó don según que la recibió como buenos dispensadores de los dones de Dios.

El Señor llama á sí todos los sedientos cuyo corazon está vacío del amor del mundo, á las aguas de la gracia ó del amor de Dios; sobre lo que dice san Agustín [2]: Si en tí habita el amor del mundo, no esperes que entra en tu corazon el amor de Dios. Vaso eres, pero lleno; derrama lo que tienes para recibir lo que no tienes; arroja fuera de tí el amor del siglo para que puedas llenarte del amor de Dios. Rio llama san Crisóstomo [3] al Espíritu Santo, porque así como un rio nunca atrás vuelve ni se está parado, sino que corre siempre, así aquel que recibió el Espíritu Santo no vuelve otra vez á los pecados ni se está quieto en la necia ociosidad, sino que siempre corre á lo mas fuerte, esto es, á lo mas áspero y de difícil ejecucion para progresar en la virtud. Dicese tambien agua viva el Espíritu Santo porque derrama en el corazon de la criatura dones multiplicados, la continuacion y la perseverancia, sin la que nada le valdrian todas sus obras meritorias y precedentes. En cuyo concepto dijo san Bernardo: Quitá la perseverancia y todo obsequio perdió su mérito, todo beneficio su gracia y toda fortaleza su alabanza [4].

Si los judíos hubiesen penetrado bien el espíritu de la verdad de que estaba lleno el Salvador y el desseo vehementísimo que le animaba de instruirlos sólidamente en un asunto que tanto interesaba á su felicidad presente y futura, temporal y eterna, fácilmente se hubieran persuadido de que los milagros de Jesús eran el lenguaje de su divinidad, que en él se verificaba todo cuanto estaba escrito en la ley y en los profetas, y sin reparo ni duda alguna le hubiesen respetado como al verdadero enviado de Dios y como al Mesías prometido á los hombres. Es cierto que para llegar á esto necesitaban una fe probada y un convencimiento íntimo de todos los estados de

[1] Ep. 1.ª Petri. c. 4, v. 10.

[2] Div. August. Tract. 32 in Joann.

[3] Div. Crisost. Hom. 50 in Joann.

[4] Div. Bernard. Ep. 129.

humillacion por donde habia de pasar Jesús, y esto fué precisamente lo que faltó al mayor número de aquella desventurada nacion. Las humillaciones, los tormentos y la muerte del Redentor eran la condicion indispensable á que habia aligado Dios la efusion de su Espíritu sobre los discípulos de su Hijo, pues hasta que llegase al trono de su gloria y á la diestra de su Padre no se habia concedido á Jesús el enviarlo sobre la tierra.

Distinguiendo como distinguirse debe entre las promesas y dadas que hacia Jesús al pequeño escuadron que le seguia con la mayor fidelidad, y las que hacia y milagros que obraba en favor de aquel pueblo incrédulo á quien entonces con tan fervorosa caridad él mismo instruía, se verá claramente que el espíritu propio de su Evangelio no se derramó con toda propiedad sobre los fieles cuando el mismo Jesucristo los instruía en persona durante el curso de su mision; porque efectivamente, este don perfecto no se derramó sobre todos ellos, ni aun sobre los apóstoles, hasta el dia en que recibieron toda la plenitud del Espíritu, de la gracia y del amor; y si bien la tradicion constante del pueblo de Judá era de que habia de escuchar la voz de aquel que segun todas las apariencias parecia el Mesías, y que se debian seguir todos sus grandes ejemplos, sin embargo, las multiplicadas investivas de los doctores de la ley contra la persona de Jesús, hacian claudicar á los que parecian mas adheridos á su persona. Con todo, el fervor se generalizaba, y clamaban unos diciendo: Este es un verdadero profeta, sin faltar quien asegurase que él era el Mesías; los escribas y todos sus seguidores lo desconceptuaban y menospreciaban diciendo: ¿Pues qué, ha de venir el Mesías de Galilea, la última de nuestras provincias? No es posible que éste sea aquel famoso descendiente de David, mayor que todos los reyes, mas santo que los profetas, mas legislador que Moisés, ni que sea el descanso de las gentes, la gloria de todos los fieles, el Salvador de todos los hombres y el Hijo de Dios; y así aunque algunos de los que se hallaban presentes eran oficiales y ministros de la justicia y habian ido con determinacion de prenderlo, no lo ejecutaron entre tanta confusion y alboroto, porque temieron por una parte al pueblo, y por otra, aterrados por la multitud de las verda-

des que salían de la boca de Jesús, le respetaron, retirándose confusos de su presencia.

Aunque no fuesen tantos y tan multiplicados los motivos que tienen los hombres para persuadirse de la nulidad de todos sus despos y determinaciones contra los designios de Dios, bastaría para justificarlos el ver regresar á la presencia de los fariseos sus ministros y enviados sin habérses atrevido á emprender cosa alguna contra la persona de Jesús. Los pontífices y fariseos, que los esperaban con impaciencia al observar que volvían sin él, les preguntaron con azoramiento y enojo el motivo por qué no habían cumplido bien con su comision; á lo que no pudieron menos de contestar que sus palabras tenían tal eficacia y un atractivo tan grande, que encantaba y ataba las manos para cualquiera ejecución; que jamás hombre alguno había hablado como él, y que no se le podía oír sin quedar como absortos y encantados. Que fué lo mismo que decir: Habla tan bien, que no parece hombre puro, sino algo mas; por lo que sería muy temerario poner las manos sobre él. ¡Ojalá que vosotros os hubiéseis hallado presentes! ¡Ojalá que hubiéseis oído sus palabras! A buen seguro que jamás maquinariáis en adelante alguna cosa contra él.

Enfurecidos y llenos de rabia los fariseos, replicaron á sus enviados: ¿Tambien habeis sido vosotros de los engañados y seducidos? ¡Ah! esto sería tolerable en personas de ninguna instruccion, en personas del infimo pueblo á quienes se seduce con facilidad por causa de su ignorancia; pero en vosotros sería un crimen imperdonable. ¿Habeis visto por ventura entre sus seguidores y discipulos algun hombre de especial nota, alguna persona constituida en dignidad, algun fariseo ó doctor, en quienes precisamente se hallan la ciencia y la discrecion? Seguramente que no. La gente que le sigue es la hez del pueblo, la que le escucha es la ignorante y maldita de Dios, pueblo novelesco que jamás ha estudiado la ley y cuyos sentimientos merecen ser reprobados. Sin embargo, es preciso advertir que en este pueblo infimo y al parecer despreciable, se encuentran con mucha frecuencia la piedad, la devocion y las virtudes todas, mas que entre el pueblo orgulloso y soberbio; y esto mismo pa-

rece que es lo que quiso dar á entender el mismo Dios cuando amenazó á Jerusalem su espantosa ruina por boca de Isaias, haciéndole decir: Oid, cielos, y tú oh tierra presta toda tu atencion, pues el Señor es quien habla: He criado hijos, dice, y los he engrandecido, y ellos me han despreciado. Hasta el buey reconoció á su dueño y el asno el pesebre de su amo; pero Israel no me reconoció, y mi pueblo no entendió mi voz ni hizo caso de ella. ¡Ay de la nacion pecadora, del pueblo plagado de iniquidades, de la raza malvada, de los hijos depravados! Han abandonado al Señor, han blasfemado del santo de Israel [1]. Y como la doctrina de Cristo, las aseveraciones de los ministros enviados para prenderla y la fe del pueblo tan claramente manifestada, no bastaban para reprimir la malicia de los fariseos, sino que perseveraban constantes en la acriminacion de sus enviados y del pueblo sencillo y fiel, se levantó Nicodemus, que era discipulo oculto del Salvador y le apreciaba mucho, y como maestro y doctor dijo libremente á sus compañeros: Que no podía acomodarse á su parecer; que procedían con mucha precipitacion, y que la ley prohibía dar sentencia contra un hombre sin hacerlo oido ni examinado. Lleno estaba su corazon de justicia, y esta resplandecía en sus palabras y queria que brillase en sus obras; porque en verdad nadie puede ser legalmente condenado si por sí mismo no es confeso ó por otros convencido; debe ser juzgado estando presente y no ausente, porque para el juicio y condenacion de un hombre no es lícito proceder con ligereza, sino con circunspeccion y mesura. Mas los perversos fariseos preferían ser antes jueces condenadores, que hombres conocedores de la justicia y de la verdad.

Hallábase solo este virtuoso israelita entre tantos hombres perversos y malvados, los que burlándose de él le decían como por burla é insulto: ¿Acaso eres tú tambien galileo? Bien das á conocer tu ignorancia. Estudia las Escrituras y verás como jamás ha salido profeta alguno de Galilea. Nicodemus empero creía con muy viva fe, que si tan solamente una vez oyeran á Jesús con paciencia y sin

[1] Isaias. cap. 1, v. 3.

prevención alguna, que su palabra sería de tanta eficacia, que muy luego serian en un todo parecidos á aquellos que habian sido enviados á prenderle, y que convertidos al Señor creerian en él, así como aquellos habian creído; por cuya razon queria inducirles á oír á Cristo para que se convirtiesen oyendo la dulzura de sus palabras así como él se convirtió. Mas ellos obstinados, llenos de envidia y agitados por la venganza, despreciaron la persuasión de su compañero, y divididos en todos sus pareceres se apartaron de aquella junta regresando otra vez á su casa sin concluir el negocio para el cual se habian juntado. Volviéronse vacíos de fe, engañados por sus malos despos á su casa, esto es, á la maldicia propia de su corazón, á la impiedad y á su temeraria infidelidad, llenos de pesar por no haber podido satisfacer los pensamientos de iniquidad que en su corazón habian meditado y concebido.

## ORACION.

Señor mio Jesucristo, Redentor dulcísimo de mi alma, guía y camino á quien deseo constantemente seguir, concédeme la gracia de que con todos los deseos de mi corazón suba por medio del arrepentimiento y la penitencia al día de la fiesta de la solemnidad eterna; de que á ella siempre me prepare, á fin de que cuando llegue el tiempo de que tú me visites, merezca llegar felizmente á aquella para contemplarte cara á cara, y allí eternamente gozarte. Por mí, Señor, veniste al mundo en carne mortal, y por mí uniste prodigiosamente tu naturaleza divina á la naturaleza humana: muéstrame pues las entrañas de tu eterna misericordia en favor de este indigno siervo tuyo, pecador y rey, y por los méritos de aquella Marta piadosa que te llevó por espacio de nueve meses como huésped en su vientre virginal, y de aquella María que retenía y conservaba en su corazón tus santas palabras y consoladoras promesas, esto es, por los merecimientos y ruegos de aquella tu clementísima Madre y Madre mia, dignate venir á mi alma por la infusión de tu gracia, para que no ame sino á ti, nada busque ni nada desee sino á ti solo, que eres toda mi esperanza y to-

do el deseo de mi corazón. ¡Oh fuente verdadera de aguas vivas! mira que tengo sed y que aunque soy en tu divina presencia un pecador miserable, suspiro incesantemente por tu gracia: á ti vengo y por ella con toda el afecto de mi alma suspiro; dame, pues, Señor, que de ella beba, pero con tanta abundancia, que los dones de tus gracias rebosen en mi corazón, y por sola tu benevolencia refluyan en mis prójimos y les aprovechen, para que viendo tú el buen uso que yo haga de tus misericordias que me concedes, por él merezca, Señor, verme colmado de tus gracias en la vida y de tu gloria en la eternidad. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al VII de san Juan y al X de san Lucas, desde el versículo 38 hasta el 42, ambos inclusive.

La Iglesia usa una parte del primero como Evangelio propio de la Misa de la feria III, después de la Dominica de Pasion, desde el versículo 1 al 13.

Otra parte como propio de la feria III después de la Dominica IV de cuaresma, desde el versículo 14 hasta el 31.

Y otra parte como propio de la Feria II después de la Dominica IV de pasion, desde el versículo 32 hasta el 39, todos inclusive.

Y el do san Lucas como propio de la festividad de la Asuncion de Maria purísima á los cielos, desde el versículo 38 hasta el 42, ambos inclusive. Unos y otros dicen así:

## EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA III DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

San Lucas, cap. VII, vs. 1 al 13.

En aquel tiempo andaba Jesús por Galilea porque no queria caminar por la Judea, porque los judíos desean matarle. Estaba cerca la fiesta de los judíos llamada Scaenopgia. Y le dijeron sus hermanos: Sal de aquí y vé á Judea, para que tambien tus discípulos vean las obras maravillosas que haces. Porque nadie hace las

cosas ocultamente si quiere ser conocido en público; ya que tales cosas haces, manifiéstate al mundo. Porque ni aun sus hermanos creían en él. Dicesle pues Jesús: Mi tiempo no llegó todavía; el vuestro empero siempre está á punto. A vosotros no puede el mundo aborreceros; mas á mí me aborrece porque doy testimonio de él que sus obras son malas. Id vosotros á esta fiesta; yo no voy todavía á ella, porque mi tiempo aun no se ha cumplido. Dicho esto él se quedó en Galilea. Mas luego que partieron sus hermanos, él tambien se puso en camino para ir á la fiesta, no con publicidad, sino en secreto. Buscábanle pues los judios en la fiesta y decían: ¿Dónde está aquel? y era mucho lo que se susurraba de él entre el pueblo. Porque unos decían: Sin duda es bueno. Otros al contrario decían: No, antes engaña al pueblo. Mas ninguno hablaba abiertamente de él por medio de los judios.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA III DESPUES DE LA DOMINICA IV DE CUARESMA.

*San Juan, cap. VII, vs. 14 al 31.*

En aquel tiempo estando ya la fiesta á la mitad de los dias, subió Jesús al templo y enseñaba. Y maravillávanse los judios y decían: ¿Cómo sabe este las letras sagradas sin haber estudiado? Respondióles Jesús y dijo: Mi doctrina no es mia, sino de aquel que me ha enviado. Si alguno quisiere hacer su voluntad, conocerá si mi doctrina es de Dios ó si yo hablo de mí mismo. El que habla de sí mismo busca su propia gloria, mas el que busca la gloria del que me envió, ese es veraz y no hay injusticia en él. ¿No os dió Moisés la ley? ¿y ninguno de vosotros guarda la ley? ¿Por qué queréis matarme? Respondió el pueblo y dijo: Estás endemoniado: ¿quién es el que trata de matarte? Respondió Jesús y díjole: Una sola obra hice y todos os maravillais. No obstante, Moisés os dió la circuncision (no porque sea de Moisés, sino de los patriarcas) y en sábado circuncidais al hombre. Si por no quebrantar la ley de Moisés es circuncidado el hombre en sábado, ¿cómo es que os indignais con-

tra mí porque he curado un hombre en todo su cuerpo en dia de sábado? No querais juzgar por las apariencias, sino juzgad por un juicio recto. Decían algunos entonces en Jerusalem: ¿No es este á quien buscan para darle la muerte? Y ved ahí que habla en público y no le dicen nada. ¿Si será que nuestros principes conocieron que este es el Cristo? Mas esto sabemos de dónde es; pero cuando venga el Cristo ninguno sabrá de dónde es. Entre tanto, prosiguiendo Jesús en instruirlos, clamaba en el templo enseñando y diciendo: A mí me conocéis y sabeis de dónde soy, y yo no he venido de mí mismo; mas el que me envió es veraz, al cual vosotros no conocéis. Yo sí que le conozco, porque de él tengo el ser y él es el que me ha enviado. Buscaban pues ellos cómo prenderle y nadie puso en él las manos, porque aun no era llegada su hora. Entre tanto muchos del pueblo creyeron en él.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FERIA II DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

*San Juan, cap. VII desde el v. 32 al 39.*

En aquel tiempo enviaron los principes y fariseos ministros para que prendiesen á Jesús; pero Jesús les dijo: Todavía estaré con vosotros un poco de tiempo y voy á aquel que me envió. Vosotros me buscaréis y no me hallareis, y donde yo estoy vosotros no podéis venir. Entonces dijeron los judios entre sí: ¿á dónde irá este que no le háyamos de hallar? ¿Acaso se irá por entre las naciones esparcidas por el mundo á predicar á los gentiles? ¿Qué es lo que ha querido decir con estas palabras: me buscaréis y no me hallareis, y donde yo estaré vosotros no podéis venir? En el último dia de la fiesta estaba Jesús en pie y clamaba diciendo: Si alguno tiene sed, venga á mí y beba. Del seno de aquel que cree en mí manará, como dice la Escritura, rios de agua viva. Esto lo dijo por el Espíritu Santo que habian de recibir los que creyesen en él (*lecta aquí el Evangelio de la misa*), pues aun no se habia comunicado el Espíritu Santo, porque Jesús todavía no estaba en su gloria.

Muchas de aquellas gentes habiendo oído estos discursos de Jesús decían: este ciertamente es un profeta. Este es el Cristo, decían otros. Mas algunos replicaban: ¿Por ventura el Cristo ha de venir de Galilea? No está claro en la Escritura que del linaje de David y del lugar de Betlelem, donde David moraba, debe venir el Cristo. Con esto se suscitaron disputas entre las gentes del pueblo sobre su persona. Había entre la muchedumbre algunos que querían prenderle; pero nadie se atrevió á echar la mano sobre él, y así los ministros volvieron á los pontífices y fariseos. Y estos les dijeron: ¿Cómo no le habeis traído? Respondieron los ministros: Jamás hombre alguno ha hablado tan *divinamente* como este hombre. Dijéronles los fariseos: ¿Qué, también vosotros habeis sido seducidos? ¿Acaso alguno de los príncipes ó de los fariseos ha creído en él? Solo ese populacho que no entiende la ley es maldito. Entonces les dijo Nicodemo, aquel mismo que de noche vino á Jesús y era uno de ellos y les dijo: ¿Por ventura nuestra ley condena á algun hombre sin haberle oído primero y examinado su proceder? Respondiéronle y le dijeron: ¿Eres acaso tú como el galileo? Examina bien las Escrituras y verás que el profeta que *esperamos* no ha de ser originario de Galilea. En seguida se retiraron cada uno á su casa.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FESTIVIDAD DE LA ASENCION DE  
MARÍA PURÍSIMA A LOS CIELOS.

*San Lucas, cap. X, vs. 38 al 42.*

En aquel tiempo entró Jesús en una aldea, y una mujer llamada Marta le hospedó en su casa. Tenía esta una hermana llamada María, la cual, sentándose á los pies del Señor, estaba escuchando sus palabras. Marta andaba atareada en las haciendas de la casa, la cual se presentó á Jesús y le dijo: Señor, ¿no echas de ver que mi hermana me ha dejado sola en las haciendas de la casa? Dila pues que me ayude. Mas respondiéndola el Señor, la dijo: Marta, Marta, tú te afanas y acongojas distraída en muchísimas cosas; á la verdad que no hay sino una que sea necesaria. María ha elegido la mejor parte, y de ella jamás se verá privada.

## CAPITULO XXXII.

LIBRA JESUS A UNA MUJER ADULTERA.

Pasadas que fueron todas estas cosas en el templo santo de Jerusalem, y como la ciudad no suministrase á Jesús un lugar seguro donde retirarse, queriendo también por otra parte ocultar su poder bajo las precauciones de una advertida prudencia, salióse del templo á la caída de la tarde del día en que se cerraba la fiesta y se retiró al monte de las Olivas, seguro asilo suyo hasta entonces, donde pasó la noche en oración; y al despuntar el día de la mañana siguiente (muy probablemente á la hora del sacrificio matutino) entró Jesús en la casa de Dios; en lo que se manifiesta el grande celo que le animaba por la salud y salvación de las almas. Tan luego como se supo su llegada, corrieron á él en tropas las turbas de los judíos y lo rodearon; en lo que se patentiza también el grandioso desseo que estos tenían de aprovecharse de sus instrucciones. Sentóse Jesús y se puso á predicar. Fueron avisados de esto los escribas y fariseos, y como habían dejado por algun tiempo los medios violentos ó de fuerza, juzgáronse dichos de tener actualmente en las manos la ocasión de poner al que miraban como su enemigo en



Muchas de aquellas gentes habiendo oído estos discursos de Jesús decían: este ciertamente es un profeta. Este es el Cristo, decían otros. Mas algunos replicaban: ¿Por ventura el Cristo ha de venir de Galilea? No está claro en la Escritura que del linaje de David y del lugar de Betlelem, donde David moraba, debe venir el Cristo. Con esto se suscitaron disputas entre las gentes del pueblo sobre su persona. Había entre la muchedumbre algunos que querían prenderle; pero nadie se atrevió á echar la mano sobre él, y así los ministros volvieron á los pontífices y fariseos. Y estos les dijeron: ¿Cómo no le habeis traído? Respondieron los ministros: Jamás hombre alguno ha hablado tan *divinamente* como este hombre. Dijéronles los fariseos: ¿Qué, también vosotros habeis sido seducidos? ¿Acaso alguno de los príncipes ó de los fariseos ha creído en él? Solo ese populacho que no entiende la ley es maldito. Entonces les dijo Nicodemo, aquel mismo que de noche vino á Jesús y era uno de ellos y les dijo: ¿Por ventura nuestra ley condena á algun hombre sin haberle oído primero y examinado su proceder? Respondiéronle y le dijeron: ¿Eres acaso tú como el galileo? Examina bien las Escrituras y verás que el profeta que *esperamos* no ha de ser originario de Galilea. En seguida se retiraron cada uno á su casa.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA FESTIVIDAD DE LA ASENCION DE  
MARÍA PURÍSIMA A LOS CIELOS.

*San Lucas, cap. X, vs. 38 al 42.*

En aquel tiempo entró Jesús en una aldea, y una mujer llamada Marta le hospedó en su casa. Tenía esta una hermana llamada María, la cual, sentándose á los piés del Señor, estaba escuchando sus palabras. Marta andaba atareada en las haciendas de la casa, la cual se presentó á Jesús y le dijo: Señor, ¿no echas de ver que mi hermana me ha dejado sola en las haciendas de la casa? Dila pues que me ayude. Mas respondiéndola el Señor, la dijo: Marta, Marta, tú te afanas y acongojas distraida en muchísimas cosas; á la verdad que no hay sino una que sea necesaria. María ha elegido la mejor parte, y de ella jamás se verá privada.

## CAPITULO XXXII.

LIBRA JESUS A UNA MUJER ADULTERA.

Pasadas que fueron todas estas cosas en el templo santo de Jerusalem, y como la ciudad no suministrase á Jesús un lugar seguro donde retirarse, queriendo también por otra parte ocultar su poder bajo las precauciones de una advertida prudencia, salióse del templo á la caída de la tarde del día en que se cerraba la fiesta y se retiró al monte de las Olivas, seguro asilo suyo hasta entonces, donde pasó la noche en oración; y al despuntar el día de la mañana siguiente (muy probablemente á la hora del sacrificio matutino) entró Jesús en la casa de Dios; en lo que se manifiesta el grande celo que le animaba por la salud y salvación de las almas. Tan luego como se supo su llegada, corrieron á él en tropas las turbas de los judíos y lo rodearon; en lo que se patentiza también el grandioso desseo que estos tenían de aprovecharse de sus instrucciones. Sentóse Jesús y se puso á predicar. Fueron avisados de esto los escribas y fariseos, y como habían dejado por algun tiempo los medios violentos ó de fuerza, juzgáronse dichos de tener actualmente en las manos la ocasión de poner al que miraban como su enemigo en

una prueba de la cual se le suponía que no saldría con ventajas, sino que en ella habían de encontrar otras muy robustas para calumniarle ó para perderle.

Los escribas, que poseían bien las escrituras, y los fariseos, que querían parecer siempre mas religiosos que los demás y que por lo mismo eran los verdaderos magistrados que juzgaban y condenaban ó absolvían toda clase de delinquentes, acababan de recibir en su tribunal una mujer que había sido cogida en adulterio, y aunque estaban ya sentados para juzgarla, oyendo que Jesús se hallaba en el templo rodeado de multitud de oyentes, mudaron de resolución, se levantaron y marcharon con ella á buscar al Juez soberano y rectísimo. Ellos sabían que Jesús era mansísimo, muy amigo de usar de misericordia, y que le predicaba sin intermisión; por lo que se había ganado, según ellos entendían, la gracia y el favor del pueblo. Presentáronle la mujer para que por el voto unánime y por aclamación general fuese como adúltera condenada á morir apedreada, tentado antes sin embargo y esperando la sentencia de Jesús para calumniarle y despreciarle como truel si según el texto matante de la ley dispusiese también el apedreo, y despreciándole en fin como hombre sin misericordia si predicándola como la predicaba, la condenase á aquella muerte tan cruel, y condenándole á él juntamente con la mujer adúltera como prevaricador de la ley si determinaba en uso de su misericordia el que fuese absuelta.

Necios y obcecados por el espíritu de la venganza, creían que el Dios de la misericordia y de la justicia podía ser sorprendido y faltar á alguna de estas dos cualidades inseparables de la divinidad, en las que era infinito como en todos sus demás atributos y perfecciones, y así seducidos y engañados presentáronse al Señor y le dijeron: Maestro, esta mujer que traemos á vuestra presencia ha sido sorprendida en un adulterio; la ley ordena que las personas delinquentes en este delito, sean apedreadas. El caso no es dudoso, y siendo cierto el hecho, solo falta pronunciar y decidir según el derecho, sobre lo cual deseamos oír vuestro parecer. La ley como está escrita en el Levítico [1] dice: *Si alguno adulterare con la mu-*

[1] Levit. cap. 1. v. 10.

*jer de otro, mueran sin remision, así el adúltero como la adúltera.* Y en el Deuteronomio [1] se lee: *Si un hombre pecare con la mujer de otro, ambos á dos morirán, adúltero y adúltera, y quitarás el escándalo de Israel.* Mas á pesar de esto y habiendo predicado el Salvador y dicho muchas veces á sus discípulos que no había venido á la tierra para castigar los pecadores, sino es para salvarlos á todos, parecía un preámbulo seguro de la gracia y del perdón el ser entregados los culpados al tribunal de Jesús, lo que previsto por los inicios fariseos y no dudando que el Señor tomaría el partido de la misericordia y exhortaría la pecadora á penitencia, creyeron asegurado el triunfo que esperaban. Mas el prudentísimo Jesús evitó uno y otro extremo; pues sin desviarse del camino de la justicia, entró de lleno en el de su misericordia, y temperó de tal manera su juicio, que ni contradijo la ley ni declinó del sendero de la amistad. Inclínase por tanto su Majestad hácia la tierra, escribía con el dedo en ella sin hablar ni una sola palabra, manifestando estar distraído de algun modo del negocio que se le proponía con algun pensamiento mas serio; sobre lo que dice Eutymio en este lugar: *Esta es cosa que acostumbran á hacer con mucha frecuencia los hombres probos y justos que no quieren responder á cosas impertunas é indignas.* Conocida pues por Jesús la pérdida maquiñación de los que le hablaban, fingía escribir en la tierra por no atender á lo que le decían.

Este aparente entretenimiento del Señor excitó mas la cólera de los fariseos, que cansados de que durase tanto tiempo, le instaron con mas empeño y viveza, diciéndole: Queremos saber lo que pensais sobre la pregunta que os hemos hecho. Levantóse entonces el Señor, y mirándoles con aquella severidad que no imponía solamente, sino que aterraba y confundía á los malvados, les dijo: *Yo pienso que el que de vosotros se halle sin pecado, tire contra esta mujer la primera piedra.* Y pronunciadas estas palabras, inclínase después de nuevo Jesús sobre la tierra, y continuó como antes, escribiendo con su dedo sobre ella. Es preciso recordar el texto de

[1] Deuteronom. cap. 22, v. 23.

otra ley escrita tambien en el Deuteronomio [1], para conocer que el fallo del Salvador en esta ocasion fué dado como siempre, en todo conforme á ella. Dice pues: *Por deposicion de dos ó tres testigos perderá la vida el que es digno de muerte. Ninguno será condenado á muerte por el dicho de un solo testigo contra él. La mano de los testigos será la primera en tirar piedras para matarle, y después todo el pueblo acabará de apedrearle, á fin de expeler al malo de en medio de ti.* Oyendo pues ellos la respuesta de Jesús y entendiendo la reprobacion, agitados por los remordimientos de su conciencia, se fueron escabullendo uno á uno, comenzando desde los mas ancianos y respetables hasta los últimos.

San Agustín dice [2]: Que se inclinó y escribió sobre la tierra para denotar dos cosas: primera, que se apartaba con humildad de la rigidez de la justicia; y segunda, para demostrar que los nombres de aquellos hipócritas acusadores nunca serian escritos en el cielo. Escribía en la tierra, para enseñar que siendo de tierra el corazón humano suele dar en muchas ocasiones el fruto de las acciones malas, y escribía con el dedo, cuya flexibilidad es tan notoria, para demostrar la sublimidad de la discrecion que en todo juez debe residir. Enseñónos con esto, que oídos los malos procederes de nuestro prójimo, no seamos fáciles en juzgarlo desde luego con temeridad, sino que examinándolo con las reglas de la prudencia, los depositemos en el fondo de nuestro corazón, y solícitamente discutamos sobre ellos con suma y exquisita discrecion.

No falta quien presume con grande fundamento [3] que escribió el Señor sobre el polvo los pecados mas vergonzosos de los fariseos que la tentaban; y que su accion era relativa á la sentencia que acababa de pronunciar. Solo Jesús, que estaba muy enterado de los secretos de aquellos corazones perversos, podia fallar con tanto acierto, pues no podia engañarse en un solo punto; y para no elegir el lado mas sensible, tomó el partido de avergonzarlos y confundirlos, pudiendo tambien presumirse que este continente y modo de proce-

[1] Deuteronom. cap. 17. vs. 6 et 7.

[2] Div. August. Tract. 33 in Joann.

[3] Alcuinus in cap. 8 Joann.

der de Jesús encerrase la resolucion que habia formado de fatigar á estos pretendidos celadores de la ley, á fin de que conociesen que le hablaban de un negocio en que no le convenia mezclarse, mientras se trataba en forma de rigurosa justicia, y no podia terminarse sino por una sentencia de muerte. Usó de lleno de justicia el Señor, porque accion de justicia es el que el juez sea justo y no reo de pecado; pues para juzgar á los demás debe el hombre ser justo en el fondo de su corazón. Séneca, aunque gentil, no titubeó en afirmar [1]: Que para administrar recta justicia debía el hombre examinarse á sí mismo, y si se hallaba bueno, buscar otro parecido á él; pero que si se hallaba malo en su corazón, tenia un deber de perdonar á los demás.

Los santos Agustín, Gerónimo y Ambrosio opinan de distinta manera sobre lo que Jesús pudo escribir. El primero dice: Que escribió lo que con su voz expresó y contestó á los judíos; esto es: *El que de vosotros no tenga pecado, tirele la primera piedra* [2]; y así el mismo usó una fórmula judicial, pues primero escribió la sentencia, después la pronunció. San Gerónimo dice que escribió estas formidables palabras: *Tierra, tierra, trágate estas hombres malvados.* Y san Ambrosio afirma [3] que escribió: *¡Tierra! ¡tú acusas á la tierra! Tierra, tierra, tierra, mía es la equidad, mía es el juicio, mio es el juzgar á este ó aquel.* Y formó después distintos caracteres que indicaban la ineptitud de los escribas para juzgar aquella mujer y llevar á efecto su juicio; los que leídos por los mismos acusadores, les llenaron de tal manera de vergüenza, que todos se marcharon de su divina presencia uno tras otro, corridos y avergonzados, dejando sola á la mujer. Pudo muy bien el Señor trazar con su virtud omnipotente caracteres tales, que cada uno leyese en ellos sus propios pecados y nada percibiese de los demás, como si á cada uno de ellos y á todos en general les dijera: *Si esta que yo me presentais es pecadora, tambien vosotros sois pecadores; y si ella debe ser juzgada, vosotros tambien.* Escribió dos veces, para manifes-

[1] Séneca, lib. de Justit. c. 1.

[2] Div. August. Tract. 33 in Joann.

[3] Div. Ambros. Ep. 55.

tar mas la firmeza de su sentencia, y se inclinó negando el rostro á los escribas, para demostrar que ellos eran indignos de su presencia; y así, después de haberlos mortificado y herido con el celo de su justicia, les desatendió apartando de ellos su vista. ¡Ay de aquellos á quienes el mansísimo y dulcísimo Jesús llegue á tratar con tanto rigor!

Otro motivo muy particular indican otros, por el cual parece que quiso su Majestad divina estar inclinado con el rostro á la tierra, y esto fue el darlos así mas libertad para que con mas precipitación se retirasen de su presencia; pues levantada su cabeza y fija en ellos, la vista, sabia el Señor que esto hubiera sido para ellos un gran estorbo. Se marcharon y confesaron paladinamente con su retirada que todos eran pecadores; no hubo necesidad de testigos que los acusasen. De acusadores y jueces que pretendian ser, se convirtieron en reos confesos y convictos de muy graves y atroces crímenes. Huyeron en fin, porque conocieron la verdad y la terribilidad de la sentencia pronunciada por Cristo, y se convencieron de que todas sus maquinaciones y astucias estaban no solo descubiertas, sino destruidas. Se desesperaron, porque no habian podido sorprender á un hombre tan comedido en sus palabras y resoluciones, y marcharon uno en pos de otro; los ancianos dieron la señal y el ejemplo de retirada, los mas jóvenes los fueron siguiendo, y en poco tiempo se vió vacío el lugar que se habian abierto los soberbios fariseos. Quedó solo Jesús y cerca de él la mujer adúltera, en la que tenia todo el pueblo fija su vista. Quedó solo Jesús, es decir, la misericordia, y quedó solo á su vista la mujer que representaba la miseria. Muy oportunamente se verificó esto, porque nada necesita tanto de misericordia como la miseria. Este momento debió parecer muy dulce á la delinciente, pues si ella se hallaba siempre con algun temor, mientras estaba en medio de feroces acusadores, es muy verosímil mirase como segura su absolucion cuando se dejaba enteramente su suerte á la decision de Jesús.

Levantóse el Señor para demostrar que con su misericordia iba á levantar tambien á aquella desgraciada hija de Adán que estaba caída en el lago de la miseria. El, que es la fortaleza de los débi-

les, la esperanza de los pecadores, el consuelo de los justos y el remedio universal de todos, cuya vista consuela, alegra y conforta, miró á la mujer y la dijo: ¡Dónde están los que te acusaban? Como si quisiera decirle: Los que vinieron á buscar y pedir justicia contra tí, se han fugado del juicio de la justicia. Aquel que desbarató los adversarios con la lengua de la justicia, levantándola y fallando, lleno de mansedumbre le preguntó otra vez y dijo: ¡Ninguno te condenó? Y á esta segunda pregunta respondió la mujer, aunque llena de confianza, confusa y avergonzada, como se puede inferir, y dijo: Ninguno, Señor, me condenó. A lo que respondió Jesús: Ni yo tampoco; retírate, y en adelante no quieras pecar mas.

¡Qué gloriosos son todos los pasos de este esclarecido príncipe, Rey y Señor de todos los siglos y Salvador amantísimo de los hombres! Aunque no hubiese en su preciosísima vida millares de ellos que demuestran con toda claridad su eternal clemencia en beneficio y favor de los desgraciados, este acto heroico de aquella usado en pro de una mujer pecadora, bastaria para hacer de Jesús el mas amable de todos los hombres; y mirado al través del ignominioso celo de justicia de que estaban poseídos los fariseos, ensalzaria tanto mas su misericordia infinita y sin término, cuanto condenaria la implacable venganza de los malvados; pues en aquella se ve el innato deseo de salvar á todos, que en el corazón de Jesús reside y en nosotros se descubre siempre la dañina intencion de perseguir á todos y no perdonar á nadie, aunque fuese el mas justo é inocente. Ninguna cosa por tanto merecian mas que la mortificacion que experimentaron, porque nada tampoco podian hacer mas contrario á las sanas intenciones de Jesús.

Sentado estaba enseñando en el templo, cuya accion demuestra sosiego y tranquilidad. En el templo, muy de mañana, siendo así que los falsos maestros de Israel, los enemigos de su doctrina y envidiosos de su gloria, fueron á turbar su reposo y á distraer su enseñanza, no para ver castigado un crimen, sino para aprovecharse de este mismo crimen para calumniar la conducta irreprochable del Salvador. Bajo las apariencias de un celo santo, ocultaban un corazón mas abominable á los ojos de Dios, que aquellas mismas cui-

pas que aparentaban desear ver prontamente castigadas. Fingian honrar al juez é intentaban envolverle en la misma pena de la que le presentaban como culpada. Mas el silencio de Cristo descubrió toda su malignidad, tal vez su injusticia, y acaso su complicidad en el crimen, cuya venganza deseaban; y así pudo muy bien ser motivo de que Jesús no condenase á la mujer adúltera, el saber que sus acusadores eran mas culpables que ella. No hay duda que el adulterio era un crimen, pero debía sujetarse al tribunal competente; su juicio era una atribucion del magistrado público. La acusación que contra ella formulaban, no estaba conforme con las actuaciones criminales de los hebreos, pues los acusadores no presentaban deslindadas las circunstancias del caso, para declarar si la mujer era culpable; por cuyas consideraciones el Salvador mansísimo tampoco la condenó.

Mas á pesar de esta conducta de Jesús y de la respuesta terminante que dió á los acusadores, es forzoso advertir que el que tiene obligacion por su oficio de reprender y aun de castigar á los malos, no debe faltar á la recta administracion de justicia, ni á lo que previenen las leyes, aunque en su corazón se halle rep de los mismos delitos porque condena á otros: y si bien se aconseja y manda á los jueces reos que hagan penitencia y procuren ponerse en estado de justicia interior, no se les permite que destruyan la necesidad y los fueros de la justicia misma, cuando en el fondo de su corazón se hallen verdaderamente criminales. Absolvió Cristo á la mujer adúltera, mas no tildó ni rompió la ley que la condenaba. Perdonó la ofensa por lo que miraba al juicio de Dios; pero nada habló contra los magistrados, cuyo deber era conservar la moralidad pública, que es la única base indestructible sobre la que se afianzan la paz y la tranquilidad de las naciones.

Si detenidamente se miran todos estos actos de Jesús, se verá que en ellos resplandece el celo santo, la caridad heroica y la admirable mansedumbre que formaron el carácter del hombre Dios, y que con todos y cada uno de ellos recomendó el divino Salvador á sus ministros el modo con que deben tratar á los pecadores, guardando la severidad y el rigor de los pecados. Absuelve Cristo á la pecadora,

ra, mas no disminuye ni sobredora la fealdad de su culpa. Siempre misericordioso y pio, hace alarde de perdonarla; pero no quiere que este perdon le sea ocasion de recaer, y así añade: *Vete y no piques mas.* Perdónala porque es bueno, prohibe la recaída porque es justo. Nunca abre el Señor las puertas de la penitencia sin cerrar las de la recaída. ¿De qué sirva al enfermo la medicina si descuida en conservar la salud recobrada?

Una circunstancia muy particular hay que advertir en esta ocasion, y es que Cristo pronunció dos sentencias, una de justicia y otra de misericordia; y para pronunciar entrambas siempre se puso de pié y conservó recta su estatura. Se levantó para pronunciar la sentencia de justicia contra los acusadores, y como en seguida se volvió á inclinar, se levantó otra vez para pronunciar la sentencia de misericordia en favor de la acusada; porque lo uno y lo otro, á saber, el castigar y el perdonar, es propio del divino poder, á quien corresponde conservar siempre íntegra la misericordia y la justicia. En el juicio de la justicia salvó la misericordia, y en el de la misericordia salvó el de la justicia; porque escrito está que todos los caminos del Señor son misericordia y verdad. ¡Oh admirable é inefable bondad de Cristo, exclama san Anselmo! Podía haber condenado justamente, y quiso mejor libertar misericordiosamente. Habiendo aterrado á todos los fariseos con su primera sentencia, y arrojados del templo, es sumamente consolador oír la dulzura, suavidad y eficacia de la voz con que pronuncia la de la absolucion; y confundidos los fariseos y despedida la mujer adúltera, salió del templo seguido de una multitud de turbas que alababan la bondad de Dios y le bendecian, porque habia hecho aparecer en la tierra un hombre tan singular y benéfico: Un hombre que arrostraba el poder de los soberbios y orgullosos para consolar á los miserables y caidos. Un hombre Dios que justificaba con sola su palabra, sin que nadie se atreviese á condenar lo que él habia absuelto.

Incontestable y fuerte argumento es este para confundir las doctrinas de todos aquellos que niegan el poder de las llaves que Jesús, fundador de esta Iglesia santa, dió al príncipe de los apóstoles y su primer vicario en ella, y para destruir completamente los necios

errores de los insensatos novacianos, que decían no podían recobrar-se la gracia una vez perdida. Es cierto que causa un horrible espanto, y más espantosa tristeza, la ausencia que hace del alma el Espíritu Santo arrojado de ella por la nueva reincidencia de la culpa. Es asimismo innegable que entonces el diablo la avasalla con más furor, la encadena con más fuerza y la pone en el inminente riesgo de morir en la impenitencia filial; pero no es cierto que la gracia perdida no pueda recobrase otra vez por la penitencia, y que el alma arrepentida no sea digna del perdón. Mas en esto, si bien por una parte debe entrar la esperanza en la misericordia de Dios, por otra debe arredrarnos la terribilidad de su justicia y el riesgo inminente á que se exponen los que por su voluntad á Dios ofenden, y los que su penitencia difieren hasta un momento que no saben si se lo conderá el Señor. Si Dios pues nos libró por su misericordia y clemencia infinita de la desventura del pecado, agradecerle debemos el inestimable don que nos hizo, correspondiendo á él con la penitencia y precaviendo la recaída con la vigilancia continua de la oración, con la mortificación de los sentidos, y con el enfrenamiento de todas las pasiones. Y puesto que el Señor no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva, invocarle debemos; clamar á él, gemir, suspirar y llorar, á fin de que la penitencia verdadera de los males pasados sea el remedio y el antídoto que nos preserve de caer en otros nuevos.

## ORACION.

*¡Oh, clementísimo Jesús! que libraste misericordiosamente á la mujer cogida en adulterio, de las acusaciones de sus enemigos, y la despachaste en paz, previniéndola no quisiese pecar mas; aquí tienes postrada ante tí á mi pobre alma verdaderamente adúltera, que tantas veces se apartó de tí, que eres su verdadero esposo, enantas consentió las péfidas sugerencias de sus enemigos: acúsame, Señor, mi propia conciencia, acúsame mis obras y mis acciones malas; no entres, Señor, en juicio con ellas; no te acuerdes de sus*

*antiguas iniquidades; libra de las instancias de tan fuerte acusador, á la que es en tu presencia pecadora y fea; despidchala en paz y absuélta en tu tremendo juicio, porque á tí solo es propio ¡oh Señor! compadecerte siempre y perdonar; pues que tus misericordias no tienen número ni fin. Alhuyenta de mí la ociosidad, que retarda el aprovechamiento y el descuido que abre las puertas á la perdición. Dame celo para guardar perfectamente tus leyes y preceptos; lléname de tu espíritu, que es todo caridad y paz, y concédeme fortaleza para castigar mis culpas, fervor para dolerme de las ajenas y perseverancia en el bien obrar, para que una vez arrepentido, siga por el sendero de la justicia y no desmaye hasta que merezca poseerte, bendecirte y alabarte por eternidades en la gloria. Amen.*

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al VIII del Evangelio de san Juan, desde el versículo I hasta el 11, ambos inclusive.

La Iglesia lo usa como propio de la misa del sábado de la tercera semana de cuaremas; dice así:

*San Juan, cap. VIII, vs. 1 al 11.*

En aquel tiempo se retiró Jesús al Monte de los Olivos, y muy de mañana volvió al templo, y concurrió á él todo el pueblo, y sentábase los enseñaba. Y los escribas y fariseos le presentaron una mujer cogida en adulterio, y poniéndola en medio le dijeron: Maestro, esta mujer acaba de ser cogida en adulterio. Moisés en la ley nos tiene mandado apedrear á las tales. ¿Tú qué dices á esto? Mas esto le decían tentándole para poderle acusar; pero Jesús, inclinándose hácia abajo, escribía en tierra con el dedo, y perseverando ellos en preguntarle se enderezó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado, tire contra ella la primera piedra; y volviéndose á inclinarse escribía en tierra. Mas ellos oyendo esto se salían uno tras otro, ce-

menzando desde los mas viejos, hasta que dejaron solo á Jesús y á la mujer que estaba en medio; y enderezándose Jesús le dijo: Mujer, ¿cómo están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado? Y ella dijo: Ninguno, Señor. Díjola Jesús: Ni yo te condenaré. Vete y no peques mas.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

O. M. I. S. C. S. M. E.

## INDICE DE LOS CAPITULOS DE ESTE SEGUNDO TOMO.

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                          | PAGS. |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------|
| CAPITULO I.—De la eleccion de los doce apóstoles, y de la instruccion que Jesucristo les dió,                                                                                                                                                                                                            | 3     |
| Observaciones sobre el capítulo que antecede,                                                                                                                                                                                                                                                            | 22    |
| CAPITULO II.—Sermon de Jesucristo en el monte, y de las ocho bienaventuranzas,                                                                                                                                                                                                                           | 32    |
| CAPITULO III.—Continuacion del sermón de Jesucristo en la montaña,                                                                                                                                                                                                                                       | 57    |
| Observaciones sobre el capítulo que antecede,                                                                                                                                                                                                                                                            | 85    |
| CAPITULO IV.—Continúa Jesucristo dando instrucciones á sus apóstoles y discipulos, y les prescribe las reglas de generosidad y beneficencia que han de tener los hombres entre sí,                                                                                                                       | 88    |
| CAPITULO V.—Amplia mas Jesucristo el precepto de la caridad cristiana, mandando amar á los enemigos y hacer bien á los que nos aborrecen,                                                                                                                                                                | 97    |
| CAPITULO VI.—Explica Jesucristo la pureza de intencion con que deben hacerse las buenas obras,                                                                                                                                                                                                           | 106   |
| CAPITULO VII.—De la oracion dominical y de la pureza de intencion que se debe tener en el ayuno,                                                                                                                                                                                                         | 114   |
| CAPITULO VIII.—Da la confianza en Dios, y del desprecio de los cuidados de la tierra,                                                                                                                                                                                                                    | 123   |
| CAPITULO IX.—Conclusion del sermón de Jesús en el monte; condena los juicios temerarios, y amenaza á los que así juzgan á sus prójimos. Da advertencias para el conocimiento de los falsos profetas.—E indica el empeño que deben formar los hombres para entrar por la puerta estrecha de la salvacion, | 139   |
| CAPITULO X.—Cura Jesús milagrosamente un leproso y al criado del centurion; resucita al hijo de la viuda de Naim; somera el mar alborotado, y da libertad á dos poseidos de los espíritus inmundos,                                                                                                      | 166   |
| CAPITULO XI.—De cómo sanó Jesús á un paralítico que pusieron á su presencia bajándolo desde el techo,                                                                                                                                                                                                    | 211   |
| CAPITULO XII.—Sana Jesús á la hemorroisa y resucita á la hija del archisnagogo,                                                                                                                                                                                                                          | 218   |
| CAPITULO XIII.—Curacion maravillosa de dos ciegos, y de un mudo y endemoniado,                                                                                                                                                                                                                           | 230   |
| CAPITULO XIV.—Envía Juan Bautista des de sus discipulos hallándose el en la cárcel para que pregunten al Salvador si él es el Mesías prometido. Contestales Jesús satisfactoriamente, y hace el elogio de su santo precursor,                                                                            | 239   |
| CAPITULO XV.—Reprende Jesús severamente algunas ciudades obstinadas en la incredulidad. Convidado á comer en casa de Simon Fariseo, durante la comida entra una mujer pecadora, le unge los pies y el Señor la perdona sus pecados,                                                                      | 256   |

|                                                                                                                                                                                                                                        |     |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| CAPITULO XVI.—Envía Jesucristo á predicar á sus setenta y dos discipulos, y el Bautista es degollado en la cárcel,                                                                                                                     | 285 |
| CAPITULO XVII.—Multiplica Jesús en su bendición cinco panes y dos peces, y sacia como mil hombres en el desierto,                                                                                                                      | 300 |
| CAPITULO XVIII.—Sucede una segunda tempestad, durante la que andan sobre las aguas Jesús y san Pedro, y en entrando en el bote se serena la borrasca,                                                                                  | 318 |
| CAPITULO XIX.—Enseña Jesús á las turbas cuál sea el verdadero manjar del espíritu, y les aclara que él es el pan de la vida, su carne verdadera comida, y su sangre verdadera bebida,                                                  | 332 |
| CAPITULO XX.—Acriminan los escribas y fariseos á los apóstoles porque arrancan unas espigas en el día de sábado y Jesús los defiende. En otro sábado cura en la Sinagoga la mano seca de un hombre, y confunde la malicia de aquellos, | 360 |
| CAPITULO XXI.—Retirase Jesús de la Sinagoga, siguenle muchos enfermos, y sana á un endemoniado, ciego y mudo,                                                                                                                          | 380 |
| CAPITULO XXII.—Piden los judíos á Jesús un signo ó milagro, y el Señor los reprende y amenaza,                                                                                                                                         | 402 |
| CAPITULO XXIII.—De las parábolas de Jesús á las turbas y á sus discipulos,                                                                                                                                                             | 417 |
| CAPITULO XXIV.—Continúa la materia del capítulo precedente,                                                                                                                                                                            | 441 |
| CAPITULO XXV.—Reprende Jesús á los fariseos y doctores de la ley, y acrimina terriblemente sus pensamientos y conducta,                                                                                                                | 463 |
| CAPITULO XXVI.—Elige un hombre al Salvador para que sea árbitro y juez entre él y su hermano, y es reprendida la demasada codicia de un rico,                                                                                          | 482 |
| CAPITULO XXVII.—Sana Jesús á un paralítico, después de treinta y ocho años de enfermedad, en la piscina de Jerusalem,                                                                                                                  | 493 |
| CAPITULO XXVIII.—De la higuera estéril y la mujer escorvada diez y ocho años,                                                                                                                                                          | 509 |
| CAPITULO XXIX.—Convidado Jesús á comer en casa de un fariseo, cura á un hidrópico y enseña la humildad y la misericordia,                                                                                                              | 529 |
| CAPITULO XXX.—De los convidados á la cena grande del padre de familias, á la que se excusan de asistir,                                                                                                                                | 543 |
| CAPITULO XXXI.—De la Scaenopogin, festividad de los judíos, ó sea Fiesta de los tabernáculos, y de la visita que hizo Jesús á Marta y Maria en el castillo de Bethania,                                                                | 555 |
| CAPITULO XXXII.—Libra Jesús á una mujer adúltera,                                                                                                                                                                                      | 595 |

DIRECCION GENERAL

DE BIBLIOTECAS



